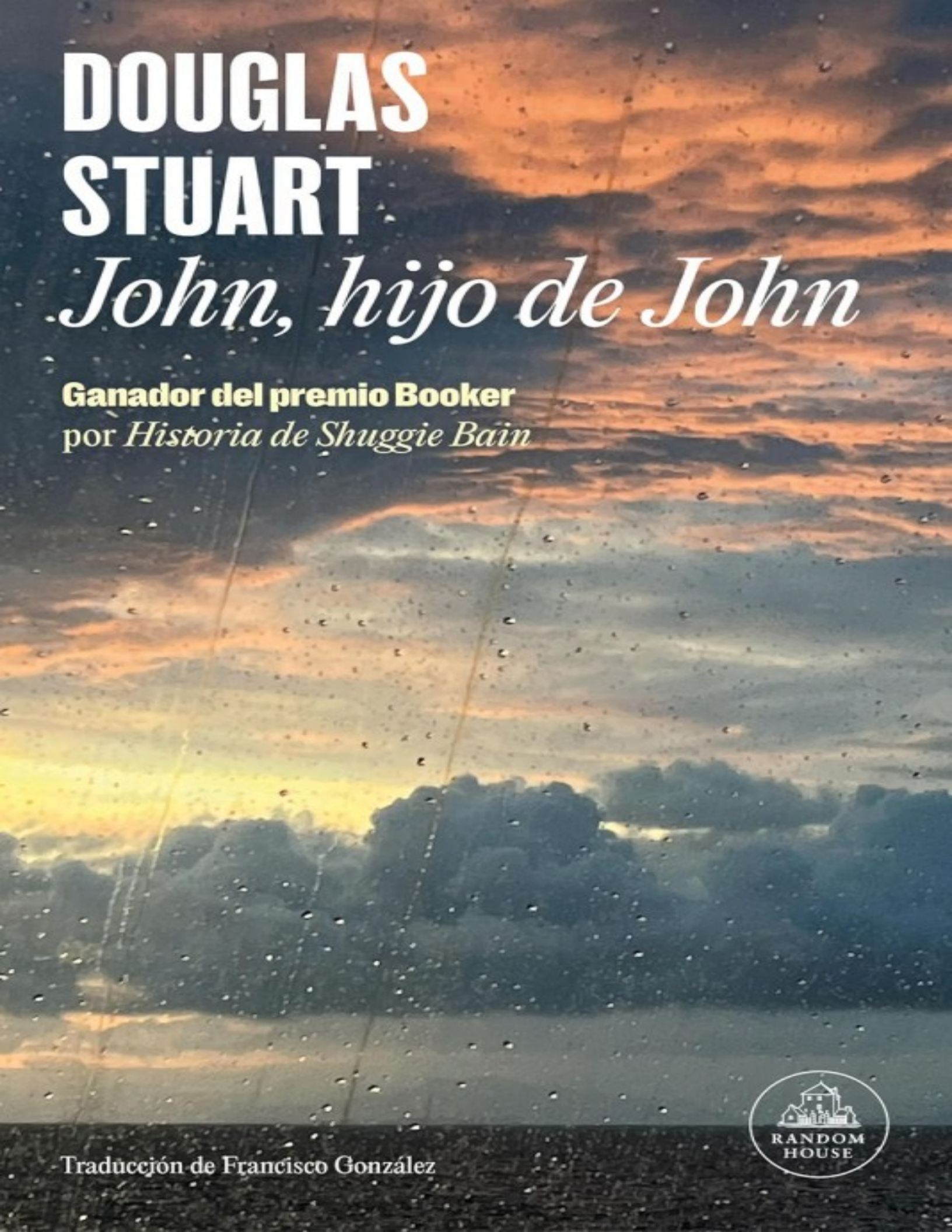

DOUGLAS
STUART
John, hijo de John
Ganador del premio Booker
por Historia de Shuggie Bain
RANDOM
HOUSE
Traducción de Francisco González

DOUGLAS STUART

John, hijo de John

Ganador del premio Booker
por *Historia de Shuggie Bain*

Traducción de Francisco González



RANDOM HOUSE

El trabajo que todo hombre prosigue con asiduidad, tiende, de ese modo, a volverse un fin por sí mismo.

GEORGE ELIOT,
Silas Marner: el tejedor de Raveloe[1]

Los isleños de todo el mundo nacen para el exilio. Las islas te conceden una infancia privilegiada y, luego, una vez que te han convertido en lo que eres, te dejan sin ningún lugar donde expresarlo.

DONALD MACLEOD,
The Living Past

A H-AON / UNO

Tiene los pies morados como hígado de ternera. Eso fue lo que dijo su padre antes de colgar. Cal estaba en la cabina telefónica roja que había al fondo de los Meadows observando cómo los jugadores de rugby estiraban sobre la hierba verde y exuberante. Los pantalones cortos y blancos de los muchachos se les ceñían a las nalgas y, bajo aquella llovizna, la tela se transparentaba y dejaba ver las líneas elásticas de sus calzoncillos. Cal apenas prestaba atención mientras su padre le leía el Nuevo Testamento.

A su padre, John Macleod, nunca le había gustado hablar por hablar, y eso daba a sus llamadas telefónicas un aire de mensaje pregrabado, como cuando llamabas al servicio de información horaria para poner el reloj en hora. Cuando Cal se lo dijo a su padre, la comparación le hizo gracia porque este creía que el espíritu precisaba de una calibración constante, y Cal calibraba el suyo todos los miércoles a las seis en punto, y dos veces más el domingo, el día del Señor.

No podía permitirse la llamada de larga distancia a las islas, así que desarrollaron un sistema de señales mediante el cual Cal llamaba a casa a la hora acordada, esperaba tres tonos y colgaba. Su padre devolvía la llamada de inmediato. Este método requería llegar temprano y fingir que hablaba con alguien para que ningún transeúnte se adueñara de la cabina.

Le llevó un tiempo encontrar el lugar perfecto donde rendir culto, una cabina solitaria que no estuviese pegada a otra. Cuando su padre entonaba el salmo, Cal debía responder cantándolo en gaélico con toda la fuerza de su fe. Pero cuando pasaba un hombre especialmente apuesto, se ponía nervioso y bajaba la voz y, como no podía ser de otra manera, John le preguntaba por qué había titubeado. Era un suplicio soportar las miradas de los desconocidos. Por esta razón pasaba gran parte de la llamada con los ojos cerrados o de espaldas al sendero. Descubrió que cantaba mejor cuando dejaba que sus dedos hurgasen las tarjetas con el contacto de prostitutas y masajistas.

Aun así, le gustaban los Meadows. Aquellos campos ondulados le calmaban la mente. Era uno de los pocos espacios donde la ciudad respiraba, y eso lo ayudaba a armonizar el ritmo de sus pensamientos con el discurso pausado de su padre. Sabía que su padre estaba mirando al mar.

—*Ciamar a tha thu an-diugh?* —preguntaba su padre en gaélico. *¿Y cómo estás hoy?*

—*Bien. ¿Y tú?*[2]

—*En pie, que no es poco. Alabado sea el Señor.*

Su conversación siempre estaba censurada, faltaban las cosas de las que no podían hablar. Cal nunca mencionaba que no tenía dónde vivir. Nunca decía que, desde que se graduó, no había dejado de abusar de la caridad de sus compañeros, que se turnaban para alojarlo en sus sofás. Tampoco que esperaba a que sus compañeros se fuesen a trabajar para rebuscar en los muebles de la cocina como un ratoncillo de campo: cogía muy poco, lo justo para saciar el hambre sin que nadie se diera cuenta. Nunca mencionaba que se

secaba al aire después de ducharse, ni que rellenaba con agua del grifo la cantidad exacta de leche que bebía de la botella, ni que deambulaba por los barrios de Edimburgo al anochecer para que sus amigos no se sintiesen obligados a alimentarlo.

No mencionaba que trabajaba para una cuadrilla de albanesas limpiando los baños salpicados de vómito del Negociants y del pub de Rose Street. Ni que cuando fue a recoger su primer sueldo, le descontaron la mitad por los productos de limpieza y otras siete libras con cincuenta por guardar los cubos y las fregonas. Ni que cuando les plantó cara, las albanesas le dijeron que, si creía que los cargos eran injustos, hablase con sus maridos, unos hombretones fornidos y muy velludos. Y, por supuesto, no le contó a su padre que no había tenido el valor de hacer semejante cosa.

Tampoco mencionaba que pasaba más noches de las que quería con un galés muy amable al que le gustaba tumbarse boca abajo con los brazos debajo del cuerpo y las manos entrelazadas en un gesto devocional de indefensión mientras Cal se lo follaba. Si le contaba algo así, estaba convencido de que aquellas serían las últimas palabras que compartiría con su padre.

—*No sabes la de palomas que hay aquí, y no le tienen miedo a nada*. —Con tantas cosas que debía callar, intentaba salir del paso como buenamente podía durante la primera parte de la llamada, pero en sus palabras siempre había un leve matiz de desesperación. Durante la semana llevaba consigo un trozo de papel en el que iba anotando posibles temas con los que rellenar el tiempo. Sacó el papel del bolsillo y estudió la lista. Su padre debía de pensar que era lerdo porque parecían fascinarle todo tipo de cosas absurdas.

—*Hoy he visto muchos coches rojos*.

Se mordió el labio al recordar que ya lo había dicho en una llamada anterior. Luego se llevó un mechón de pelo a la boca y chupó las gotas de lluvia.

Era un alivio cuando las trivialidades concluían y daba comienzo la oración; entonces todo lo que Cal tenía que hacer era recibir la Palabra del Señor y asentir. John hablaba en voz baja y, al ser director del coro de la iglesia, había desarrollado una cadencia muy melodiosa. Cuando leía las Escrituras en gaélico, las palabras condenatorias siempre se transformaban en algo lírico, bello, hipnótico.

—*A bhràithre, ma tha neach air bith air a ghlacadh ann an euceart sam bith*… —comenzó—. *Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.*[3]

Durante las últimas semanas se había obsesionado con la Epístola a los Gálatas, no dejaba de hablar sobre la necesidad de la corrección fraterna.

Su padre era así a veces: se le metía algún libro de la Biblia entre ceja y ceja y podía pasarse meses con él.

Después de las oraciones, John lo guiaba para que cantase con él. Entonaba el verso, y luego, Cal —a casi quinientos kilómetros de distancia de su padre— lo repetía con toda la devoción de la que era capaz mientras observaba cómo los jugadores de rugby forcejeaban para hacerse con el balón.

Después del canto, volvían a caer en una charla trivial y forzada. Su padre nunca había estado en la capital y Cal sabía que era mejor no hablar demasiado de Edimburgo o, de lo contrario, el siguiente

sermón versaría sobre los pecados y sus múltiples formas. Si le preguntaba por las ovejas, o por el telar, o por el tiempo, recibía siempre la misma respuesta, pues ¿de qué servía comentar algo que jamás cambiaba? *«Está bien. Mañana estará mejor. Si Dios quiere»*.

Por este motivo fue relevante el hecho de que John mencionase a la abuela de Cal y el color oscuro que habían adquirido sus pies. Cal se imaginó de inmediato el color del hígado de ternera, morado y gris y crema al mismo tiempo, muerto y grotescamente vivo a la vez. Imaginaba sus pies hinchados, llenos de motas, la sangre aflorando y bullendo bajo una piel turbia.

—¿Hígado de ternera? ¿Estás seguro?

Sabía que aquella pregunta era innecesaria. Se habían pasado la vida tejiendo telas, alzando la trama a la luz para comprobar su uniformidad. Entre ellos, todo lo relativo al color se establecía siempre con una exactitud asombrosa.

—Es justo ese tono —dijo John—. *No son solo los pies. El corazón no le va bien y se queja de la circulación. Cojea, va más despacio. Y tiene la cabeza más perdida de lo habitual. Dice que habla con las ovejas.*

—Siempre lo ha hecho.

—Ahora dice que ellas le responden. —John chasqueó la lengua—. *No tengo por qué hacerme cargo de la madre de tu madre, John-Calum, no es mi responsabilidad. Ya hemos hablado de esto.*

—Lo sé. Pero ¿por qué no puede irse a vivir con mi madre? —Se sucedió un silencio sepulcral y Cal pensó que la llamada se había cortado—. *¿Hola? Papá. ¿Sigues ahí?*

—Sí —dijo John—. *Sigo aquí. ¿Esperas que responda a todas las tonterías que preguntas?* —Se sucedió otra pausa—. *Tu abuela dice*

que esta es su casa y que aquí terminará sus días. No ve ningún motivo para marcharse.

Cal reprimió el impulso de provocarlo. Quería preguntarle por qué su madre no podía volver a casa, por qué no podía cuidar de su propia madre y evitarle a él la carga de tener que regresar, pero la pregunta solo desataría una pelea, así que se mordió la lengua y no dijo nada.

—Es hora —dijo John al fin con la certeza de un hombre que conoce el momento exacto en el que debe realizarse cada tarea—. Ya te has divertido bastante.

Cal estaba pensando en esta última conversación cuando el ferri dio una violenta sacudida. Palpó la rula y se preguntó cómo le sentaría, ya que tenía el estómago un poco revuelto por el oleaje. Si calculaba bien el tiempo, el efecto del éxtasis se le pasaría cuando estuviese a punto de llegar. Quería sentirse pletórico al bajarse del barco, insensible a la opresión que lo invadiría al ver aquella casa junto al mar.

Se tragó la pastilla y le dio un trago a la sidra.

El ferri avanzaba entre resoplidos, pero él se dio media vuelta y se quedó observando cómo el puerto se alejaba. Había pasado sus años universitarios explicando a sus compañeros por qué, a pesar de ser isleño, no sabía nadar. A los de la ciudad les parecía una locura. Al parecer, en el continente todo el mundo recibía clases en alguna piscina local, con esas aguas templadas que olían a cloro, como si aquella calma artificial pudiese prepararte para este mar caprichoso e implacable.

No parecía agosto. La lluvia caía en diagonal, empujada por un viento del oeste que encrespaba el mar y ralentizaba todas las embarcaciones. A medida que el puerto se alejaba, se abrió una especie de fisura entre las nubes y un cielo plomizo se abrió sobre la silueta del pueblo. Un brillo fugaz bajo el sol que lo tentó a darse la vuelta. Cal se encogió en el asiento de plástico y se caló el gorro sobre las orejas.

Las pilas del walkman se le habían agotado en el autobús a Glasgow. No tenía intención de pillarse un reproductor de cedés. Se había pasado la juventud grabando a escondidas canciones que ponían en los programas de John Peel y Pete Tong, amortiguaba el sonido del radiocasete con una almohada y sellaba la rendija de la puerta con una sábana para que nadie lo oyese. Hizo rodar las pilas entre los dedos y chupó los extremos, tal vez así resucitasen. Funcionaron media canción más antes de que la voz de Siouxsie Sioux se arrastrase hasta una muerte lenta de borracha.

Le quedaban seis cigarrillos húmedos en el paquete. Sacó uno, ahuecó la mano para protegerlo de la lluvia y lo encendió. Le dio un calada y le supo amargo, así que lo sostuvo en alto y se preguntó si ardería hasta consumirse o si la lluvia lo apagaría antes. Le ayudaba a pasar el rato.

Apenas había pegado ojo desde que salió de Edimburgo la tarde anterior. Tenía que llegar a Uig con tiempo para tomar el único barco a Harris. Así que fue en autobús desde Edimburgo hasta Glasgow, donde evitó a todos los isleños que solían congregarse por los pubs de Partick. Allí tomó otro autobús hasta las Tierras Altas y se bajó en Fort William, donde volvió a esquivar a los exiliados de las islas, conocidos que le habrían abierto con gusto las puertas de sus casas,

le habrían ofrecido comida caliente y un sofá donde pasar la noche. Cal, sin embargo, prefirió gastarse lo que le quedaba de su sueldo como limpiador en la litera baja de un albergue para mochileros, donde pasó la noche malhumorado y sintiéndose poco querido.

Por la mañana puso rumbo a Skye; una vez allí, se dirigió al noroeste de la isla y tomó el barco que lo llevaría al otro lado del mar. De autobús en autocar, de autocar en autocar, luego noche en un albergue, después otro autocar que embarcaba en el ferri de Kyle, luego otro autobús, otro ferri, el autobús de la isla y, por último, la larga caminata final: casi veinte horas para llegar a casa, un día entero de viaje para recorrer menos de quinientos kilómetros.

Sopló la punta encendida del cigarro y sintió cómo los párpados se le volvían pesados mientras esperaba a que la pastilla hiciese efecto. Hizo una lista de las cosas que echaba de menos de casa: el silencio, Doll Macdonald, el mar. Luego hizo otra de las cosas que temía: el silencio, Doll Macdonald, el mar.

La lluvia estaba formando charcos en los asientos. Los charcos se convertían en pequeños océanos mientras el ferri se balanceaba en el estrecho de Minch. Se agachó y se quedó observando el vaivén de las olas. Al calor de una autocompasión cada vez más densa, sintió un resentimiento viscoso hacia su padre, un rencor impregnado de deshonra hacia el cuerpo envejecido de su abuela, y atravesándolo todo, una veta de vergüenza por ser tan egoísta, tan renuente a cuidar de quienes en su día habían cuidado de él.

Hacia la mitad del estrecho, un auxiliar de a bordo salió a ver cómo estaba. La lluvia caía casi en horizontal. El hombre se le acercó con

cautela antes de ordenarle que entrase.

Dentro reinaba el silencio. Era fácil distinguir a los isleños de los visitantes porque los primeros rara vez miraban el mar. Leían en silencio o resolvían crucigramas en periódicos viejos. Se quedaban plácidamente dormidos con las manos entrelazadas sobre el pecho y el cuerpo torcido, pero manteniendo ambos pies en el suelo por una cuestión de decoro.

Calado hasta los huesos y con la mandíbula tensa por la rula, Cal iba arrastrando una bolsa enorme de basura en busca de un rincón vacío. Miró los dedos que asomaban por sus Converse rotas. Si alguien lo veía —y estaba seguro de que lo habían visto—, su padre se enteraría del estado en que se encontraba mucho antes de que llegase a casa.

Todas sus posesiones cabían en una mochila y una bolsa de basura. Le había llevado menos de diez minutos recoger cuatro años de vida. Le costó algo más replegarse sobre sí mismo, esconder todas las partes que habían ido abriéndose desde que llegó al continente. En realidad, no había cambiado tanto desde la universidad y, mientras deambulaba por el ferri pensó que, quizá, en el fondo, siempre había tenido la certeza de que volvería a casa.

Se acurrucó en la fila más tranquila que encontró. Se metió las manos en los sobacos y apoyó la cabeza en los revestimientos de madera de la pared. Frente a él había una mujer bien vestida que no le sonaba de nada. Llevaba un traje fino de tweed y tenía una permanente blanca como la nieve. No llevaba maquillaje, y lo único que brillaba en ella era una discreta alianza y dos pequeñas perlas, una en cada lóbulo de la oreja. Los traqueteos de la embarcación no parecían afectarle, y Cal supo que era isleña. Tenía los ojos cerrados

y mantenía una quietud reflexiva, con las manos entrelazadas sobre su ejemplar de la Biblia del rey Jacobo.

El viejo ferri avanzaba más despacio de lo que recordaba. Cuando lo llevaba lejos de casa, surcaba las olas como una piedra que rebota sobre el agua tras ser lanzada. Ahora gemía y protestaba mientras se dirigía con terquedad hacia las islas, como si compartiese la reticencia de Cal. El sonido del motor le resultaba reconfortante, un runrún sordo que sentía como una palpitación en el cuello, una vibración que le subía por las plantas de los pies, le atravesaba la columna y le llegaba hasta la cabeza.

—*Dè thachair dha d' aodann?* —dijo la mujer, que ahora tenía los ojos abiertos; sus pupilas dilatadas parecían querer devorarlo.

Cal se tocó la cara y notó el calor en la frente, donde se había hurgado un grano hasta hacerlo sangrar.

La mujer sacó un pañuelo del bolso. Se lo ofreció para que se limpiase la sangre y dijo en gaélico:

—*¿Y por qué estás tan risueño?*

—*Por nada. Solo me alegra volver a casa.*

—*Deberías quitarte el gorro. Estarás mejor sin él.*

Llevaba un gorro de punto verde lima, de un color tan ácido que dolían los ojos de mirarlo. Aún lo llevaba calado hasta las orejas y Cal pensó en quitárselo, pero entonces recordó lo que ocultaba debajo.

—*Estoy bien.*

—*Y estás muy pálido, pareces un fantasma. No te gustan mucho los barcos, ¿no?* —Desenvolvió un rollo de caramelitos de azúcar y se inclinó hacia delante para ofrecerle uno. Debió de percibir su aliento a alcohol porque arrugó la nariz. Al recostarse de nuevo en el

asiento, le crujieron las rodillas—. *¿Lo has oído? No soy más que un saco de leña.*

El caramelo lo ayudó a controlar el rechinar de su mandíbula.

—*Es la humedad. Ya empieza a notarse* —dijo Cal.

—*¿Ah, sí? Me sorprende que notes algo en el estado en el que estás*. —La mujer se entretuvo un rato girando los botones del abrigo hasta ponerlos todos derechos. Lo miraba sin parpadear—. *Me parece que te conozco, hijo. ¿De dónde eres?*

—*De Falabay*.

—*Ah, a la gente de allí le gusta empinar el codo* —dijo con una risa amarga—. *Yo soy de Shawbost, pero Falabay… es un lugar duro. Duro, aunque hermoso* —concedió—. *Lo que no sé es por qué puñetas alguien elegiría vivir en esas rocas*.

Cal nunca había tenido la oportunidad de elegir. Vivía en las tierras que en su día habían sido el sustento de su bisabuelo materno y que, como dictaban las costumbres, habían pasado a manos de Ella. Algún día acabarían pasando a él.

La mujer estaba chupando el caramelo y la mejilla no dejaba de vibrarle.

—*¿Y cómo has dicho que te llamabas?*

El barco dio una sacudida y Cal cerró los ojos.

—*John Macleod. John-Calum*.

John Macleod. Un nombre tan común como las ovejas blancas. Él prefería Cal, que era como lo llamaba todo el mundo. Le recordaba menos a su padre.

—*¿Y de quién eres?* —preguntó la mujer con el ceño fruncido.

Era una pregunta que los isleños hacían siempre. Tratándose de familias que habían sobrevivido durante siglos en un pedazo de

tierra inhóspita, los mismos nombres se repetían una y otra vez, así que necesitaban saber su linaje.

—*Soy John, hijo de John, hijo de Iain, hijo de Iain el Follonero.*

La mujer se quedó cavilando.

—*Ya sé quién eres* —dijo al fin—. *Conocí a tu abuelo. Era voluntario en el servicio de salvamento marítimo, coincidió con mi padre. Un buen hombre. ¿Sigue viva tu abuela?*

Cal no había conocido a su abuela paterna, ni siquiera su padre llegó a conocerla; había muerto cuando John era solo un bebé. Falleció en la cama pocos días después de dar a luz. Le puso John, la forma anglicanizada de Iain, con la esperanza de que la familia emigrase pronto a Detroit, donde a su marido le habían prometido trabajo como chapista. Cal dio por hecho que la mujer se refería a Ella, su abuela materna.

—*¿Ella? Sí. Mi padre la cuida. O mi abuela lo cuida a él, según a quién le preguntes.*

—*Ella. Eh-la. Eso es. La de Glasgow. Una señora de armas tomar, ¿verdad? ¡Ningún hombre podía con ella!* —La mujer se dio un golpecito en el pecho y Cal no supo si se trataba de una forma de reverencia o de un gesto de desagrado—. *Veo que llevas tiempo fuera. Vas vestido para el clima de la ciudad.*

—*Sí. He estudiado diseño textil en la escuela de arte* —dijo.

—*¿Y te vas a comportar ahora?* —preguntó la señora mirándolo fijamente.

—*¿Qué quiere decir?*

—*Si vas a dar un buen ejemplo a los jóvenes. Dejar atrás la podredumbre del continente.*

—*Ah, entiendo* —dijo Cal y soltó una risita—. *Sí, claro que sí. Pero no tiene de qué preocuparse. Donde yo vivo no hay gente joven*.

Una ola rompió contra la ventana. Cal dio un respingo. La mujer ni se inmutó.

—*¿John-Calum?* —El hombre alto que lo llamó por su nombre iba caminando en dirección al baño con las piernas arqueadas, poco hechas al mar. Cal, que había estado forzando una sonrisa para la mujer, la perdió por un momento antes de recuperarla. Estaba enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta de dónde estaban los baños cuando eligió aquel asiento—. Eeeh… ¡Todos los jóvenes se marchan!

Innes MacInnes vivía a pocos kilómetros del *croft* de los Macleod, lo bastante cerca como para considerarlo su vecino. Era el único amigo que su padre parecía tener. Innes vivía con su hermano menor. Ambos estaban solteros y se disputaban la gestión del *croft* familiar mientras atendían a su padre, un anciano de muy mal genio. A él lo conocían como Innes Ciùin (el Manso) para distinguirlo de su padre, Innes Crùbaidh, un viejo cabrón con el corazón de piedra. Los isleños los llamaban así a la cara. Nadie se ofendía.

Innes era alto y daba un poco la impresión de que siempre tenía hambre. Su cabello leonado empezaba a clarear y se lo peinaba hacia delante para disimular las entradas. Era un hombre tranquilo y hablaba con suavidad. Las comisuras de sus finos labios se curvaban formando una sonrisa que parecía incapaz de controlar, tanto si daba buenas como malas noticias. Para tener casi cincuenta años, estaba en buena forma gracias a las exigencias del *croft*, y Cal pensaba que, según el tipo de luz, incluso se podría decir que era guapo.

Innes miró a la mujer de Shawbost y luego a Cal, preocupado por haber interrumpido alguna broma privada. No entendía por qué Cal estaba sonriendo mientras la mujer permanecía erguida e impasible.

—Vi a tu padre el jueves. Eeeh… No me dijo nada de que fueras a volver. —Innes tenía una forma muy peculiar de hablar, aspiraba bruscamente justo cuando empezaba a soltar las palabras, una especie de resuello muy común en la isla Harris. Aquel «eeeh…» parecía escapársele antes de cada frase y daba a su manera de hablar un tono cauteloso, entrecortado—. Eeeh… ¿Estás bien? No pareces el mismo.

Aquel hombre, que lo conocía de toda la vida, no tenía ni idea de cómo era él en realidad.

Cal sentía la lengua hinchada. La empujó contra el labio inferior.

—Me he tomado una pastilla para el mareo. Me ha dejado el cuerpo raro.

—Bueno, ¿y vienes de visita o vuelves para quedarte?

—Me quedo una temporada, al menos.

Innes exhaló como si no terminara de creérselo.

—Pensaba que estarías por ahí conquistando el mundo. Eeeh… Después de ir a la universidad y todo eso.

El hermano menor de Innes, Sorley, se había marchado de casa para estudiar, un lujo que Innes Crùbaidh le había negado a su hijo mayor. Sorley se fue a Glasgow, pero acabó regresando a la isla. Aquella situación era injusta para Innes, que había renunciado a esa oportunidad con la idea de que, siendo el hijo mayor, acabaría gestionando la tierra, cuidaría de su padre y, con el tiempo, el *croft* sería suyo.

Un doctorado en Historia de Francia no servía de nada para la vida agrícola; de hecho, debía de servir de bastante poco en general, porque Sorley, un tipo fornido pero sin un penique, acabó volviendo a casa. Siempre que podía, usaba su educación superior para criticar a su dócil y metódico hermano y, cuando no conseguía salirse con la suya en cuestiones prácticas, sazonaba sus argumentos con grandes «palabras universitarias». Intentaba aplicar sistemas socialistas más propios de fábricas chinas que de la organización del esparcido de algas con las que abonaban la tierra. En más de una ocasión había propuesto un nuevo método para cortar y voltear bloques de turba que consistía en poner a los trabajadores en fila, como si se tratase de una cadena de producción. Tres mil años de tradición isleña no significaban nada para él.

Cansado de soportar la altivez de Sorley, Innes acabó desconfiando de la educación superior. La veía como un timo clasista para separar a los «que saben» de los que «han leído cómo se hace y creen que saben, pero ahora son demasiado cultos para molestarse en hacerlo y, por tanto, deben dirigir a quienes saben».

Cal miró a la mujer de Shawbost. No quería parecer un fracasado, pero tampoco verían con buenos ojos si se pusiera fanfarrón.

—Sigo teniendo planes y tal. Pero hay tiempo de sobra para eso.

—Doll Macdonald se alegrará de verte. Y la joven Isla estará encantada.

—*¿Do bhràmair?* —preguntó la mujer de Shawbost.

Cal no sabía por qué le importaba lo que aquella mujer creyese, pero no pudo evitar corregirla:

—No, no éramos novios. No exactamente.

Innes volvió a mirar a Cal y le dijo:

—Eeeh…, si quieres te puedo acercar a tu casa.

Desde el puerto hasta su casa había un buen trecho. Si aceptaba el ofrecimiento, Innes lo dejaría en la puerta y llegaría demasiado pronto. Cal necesitaba tiempo para adaptarse, estar un poco más entre desconocidos, beber más sidra, dejar que el efecto del éxtasis se disipara. La soledad del largo camino hasta su casa era un buen forma de resignarse a su destino.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer. He quedado con un amigo.

—¿Con quién?

—Bah, no lo conoces.

Innes esbozó una sonrisa ante lo absurdo de la respuesta.

—¿Seguro que estás bien? Pareces un poco perdido.

—Sí. Bien. —Lo que le dolía era que, cuanto más se acercaba a casa, más perdido se sentía. Se puso en pie con miedo a decir en voz alta lo que pensaba. Trató de poner en orden sus ideas, le dio una palmada a Innes en el hombro y, antes de darse cuenta, lo abrazó. Innes se quedó rígido entre sus brazos y Cal pensó que quizá no lo habían abrazado desde niño—. Oye, me apetece una última pinta antes de volver. Ya sabes que a mi padre no le gusta que nadie beba en casa.

—¡Como debe ser! —dijo la mujer de Shawbost.

Cal se apartó de Innes y le dijo:

—Me pasaré a veros cuando me haya instalado, ¿vale?

Era una forma brusca de despachar a un hombre al que conocía de toda la vida. Se colgó la mochila al hombro, abrazó la bolsa de basura y salió de nuevo a la lluvia con paso apresurado.

El ferri se balanceó al acercarse al embarcadero. Los turistas estaban encantados con ese último zarandeo. Los excursionistas tiritaban. Se ajustaron los anoraks, sus rostros castigados por el viento asomaban por las estrechas aberturas elásticas.

El barco atracó y los camiones bajaron en primer lugar. Cal se quedó atrás para asegurarse de que Innes se hubiese marchado antes de que él desembarcara. Como no sabía nadar, nunca se sentía del todo seguro hasta tener los pies en tierra firme. Golpeó los talones contra el suelo del muelle, tal y como marcaba la tradición de la isla. Cuando estaba en el colegio, a los niños les enseñaban la tragedia del Iolaire, y cada Año Nuevo su abuela horneaba un bizcocho con forma de salvavidas para recordar a las doscientas cinco personas que perdieron su vida en aquel barco, tan cerca de casa.

Cal iba detrás de los coches de pasajeros cuando una mano firme le dio una palmada en el hombro. Apenas conocía al hombre, un criador de peces de Seilebost, corpulento y afable.

—¿No habrás traído algún chochito fresco?

Cal se rio con desgana.

—¿Vas en esa dirección? Si pudieras acercarme, me harías un favor.

El hombre le explicó que tenía el coche averiado, que necesitaba ciertas reparaciones que no podía permitirse. Iba a pasar la tarde en Tarbert con su tía, y su hermano, que estaba en Seilebost, vendría a recogerlo esa misma noche. Sin dudarlo, le ofreció tanto la casa de su tía como el coche de su hermano, pero Cal rechazó ambas cosas y le dio las gracias a aquel hombre cuyo nombre aún no tenía del todo claro.

Esperó a que se alejase antes de ir a la parada cubierta del autobús. Dejó pasar el primero a propósito, aunque sabía que si no cogía el siguiente bus se quedaría tirado toda la noche.

Se tomó su tiempo y se terminó la última lata de sidra. Luego se puso en cuclillas, vació la mochila y volvió a hacerla con cuidado. En el fondo escondió el walkman y las cintas grabadas; después, varios números atrasados de la revista *The Face*. En el bolsillo delantero había un periódico gay gratuito; no sabía por qué lo conservaba, pero cuando pensó en tirarlo a la papelera, le asaltó el miedo de que el viento lo levantara y esparciese sus hojas por toda la isla. Lo dobló y lo escondió bajo el forro de la mochila tras decidir que sería más seguro quemarlo en casa. Encima puso la ropa sucia y, por último, colocó con cierto orgullo la Biblia que su madre había desechado.

A DHÀ / DOS

Llevaba una hora tumbado en la cama, despierto, pero por más que se reprendía a sí mismo, no lograba reunir las ganas de levantarse. A John Macleod le gustaba estar en pie y trabajando en cuanto Dios derramaba los primeros rayos de luz sobre las rocas, pero aquellos días en que saltaba de la cama con una lista de tareas en mente y el cuerpo listo para la faena quedaban ya muy atrás. Ahora, al despertar, sentía como si hubiese pasado la noche en una especie de duermevela, con el cuerpo agotado, la mente inquieta, dándole vueltas a lo mismo, repitiéndose la misma cantinela una y otra vez.

La pared de sotavento estaba cada vez más deteriorada por la erosión. Una vez, su mujer le había dicho en broma que aquellas grietas eran fruto de todo el amor que había encerrado entre aquellas paredes, y John se entristeció al recordarlo. Hubo un tiempo en que habría preparado yeso fresco y reparado los desperfectos, pero incluso el yeso nuevo había empezado a desmoronarse y, en las noches de viento, una fina capa de polvo cubría la colcha cuando se despertaba.

Observó la grieta que trepaba por la pared. Cuando la vio por primera vez, años atrás, hizo una marca en el extremo con un lápiz. Luego, a medida que se alargaba, fue haciendo marcas nueva, igual que Ella señalaba en el marco de la puerta los centímetros que crecía Cal. La grieta había alcanzado hacía tiempo la esquina

superior y se extendía ahora por el techo. Aquellas marcas a lápiz sobre su cabeza parecían las patas de un ciempiés monstruoso.

Hoy era el día en que su hijo regresaría a casa y se aferró a ese pensamiento para levantarse. Se palpó los bolsillos del pantalón y, al encontrar los cigarros, se encendió uno. Detestaba fumar en el dormitorio, pero sabía que Ella estaba trajinando abajo; había oído el zumbido de las viejas tuberías mientras su suegra llenaba la tetera y preparaba la mesa del desayuno. En cuanto John pusiera un pie en el linóleo, ella empezaría con su odioso cotorreo.

Escuchó el silbido del viento y trató de adivinar qué tiempo hacía antes de abrir las cortinas. Apagó el cigarro y se vistió con la ropa del día anterior. Al ponerse la camisa, le sorprendió ver que el botón que había perdido la tarde antes ya estaba cosido. Comprendió que Ella debía de haberse dado cuenta durante la cena y lo había arreglado mientras él se daba un baño de agua caliente. En lugar de sentirse agradecido, le irritó que ella lo observase con tanta atención.

Al otro lado del promontorio se iban encendiendo las primeras luces. Las casas blancas salpicaban las laderas rocosas y empezaban a cobrar vida como faros. Desde allí, John podía ver quién estaba despierto y, al encender su propia lámpara, sabía que ellos también lo verían. No alcanzaba a divisar todas las casas debido a la curvatura del terreno, pero vio que Alistair Rae era el siguiente en levantarse y, unos kilómetros más allá, distinguió el suave resplandor rosado del baño de arriba de Beady-Màiri. Todo estaba en orden. Unos momentos después, el *croft* de Donnie Macdonald se iluminó. Era el único en el que aún había niños, y por eso su casa brillaba más que ninguna otra en la oscuridad.

Su mejor carnero había muerto durante la noche a causa de la duela del hígado. La mañana anterior, el animal había estado inquieto, de mal humor, pero cuando John regresó al redil por la tarde vio que estaba extrañamente manso para lo territorial que solía ser. Cuando empezó a echar espuma por la boca, lo atendió allí mismo. Se sentó en una roca y le empezó a cantar como si fuese un niño enfermo.

Esta mañana lo encontró desplomado en la ladera y, bajo la tenue luz azulada del amanecer, vio que las gaviotas le habían arrancado los ojos. Tenía una lona impermeable en el Land Rover; la extendió sobre el cadáver y la sujetó con piedras. Cuando dejase de llover, lo enterraría, si es que encontraba algún trozo de tierra sin rocas.

Observó cómo el barco de los Macdonald salía hacia los caladeros de langosta. Sacó del bolsillo del pecho un montón de tarjetas y quitó la goma que las sujetaba. Rebuscó entre el horario de las mareas y las tarjetas de oración hasta dar con el papelito donde anotaba las iniciales de sus vecinos, todos y cada uno de los veintiséis creyentes. Junto a cada inicial, anotaba de memoria las veces que habían faltado al servicio dominical. Doll Macdonald ya había faltado cinco domingos este año.

La iglesia era tan modesta y los asistentes tan escasos que, cuando John se colocaba al frente y cantaba para la congregación, veía todas las almas presentes y advertía cualquier ausencia. Había oído que el joven Macdonald se estaba echando a perder por culpa de la bebida y, como diácono, decidió hablar de ello con el reverendo. Guardó el papelito y, aunque se lo sabía de memoria, consultó los horarios del ferri por cuarta vez aquella mañana.

El trayecto desde el *croft* hasta la parada del autobús duraba exactamente veintidós minutos; John lo había calculado para aprovechar las mejores horas de trabajo. Aparcó al final del camino de la cinta, justo en el cruce con la carretera principal que recorría las islas de punta a punta. La parada de hormigón tenía un diseño modernista y feo. Atraía a estudiantes de arquitectura que peregrinaban hasta aquí en furgoneta para fotografiar su extraño brutalismo. Se trataba de una estructura con planta de cruz y muros entrelazados, pensada para resguardar del viento cortante, que parecía soplar en todas direcciones a la vez, sin un árbol ni un arbusto que lo amortiguara.

Una pequeña parte de él temía el regreso del hijo pródigo. Falabay siempre había sido el centro de su universo. Nunca había deseado estar en ningún otro lugar, ni había tenido la sensación de estar perdiéndose algo mejor, algo más animado. Pero desde que se fue a estudiar fuera, su hijo parecía creer que Falabay era el último confín del mundo.

Aunque no lo decía en voz alta, era evidente que pensaba que a sus vidas les faltaba algo, como si las cosas que lo habían sustentado de niño ahora le resultaran aburridas. La mirada de su hijo contaminaba todo lo que John había amado siempre y lo hacía sentir como si tuviese que pedir perdón por la vida que había construido.

Le vino a la memoria un verano en que Cal trabó amistad con un muchacho inglés del Nicolson Institute. Era hijo de unos recién llegados, profesores universitarios de renombre que se habían trasladado a las islas para centrarse en sus propios proyectos. La familia debía de tener una fortuna considerable, porque habían

construido una vivienda modernista y arrogante con vistas a la mejor playa de la costa oeste. John dejó a Cal allí una tarde y, cuando su hijo regresó a casa aquella noche, empezó a deambular de habitación en habitación como un asistente social entrometido; se detenía frente a cada mueble, cada cuadro, cada zócalo viejo y desgastado, y se quedaba allí mirándolo como si lo estuviese viendo por primera vez.

El autobús empezó a perfilarse a lo lejos. Por la forma en que gruñía, parecía que la siguiente cuesta podía ser la última. Sonrió ante la idea de ver de nuevo a su hijo, pero el vehículo no se detuvo y John, desconcertado, vio cómo se marchaba.

Cuando se dio media vuelta, vio aparecer a Innes MacInnes. Tenía el remolque lleno de ovejas Texel jóvenes. John bajó la ventanilla mientras Innes se apeaba de la furgoneta y se apoyaba en el Defender. Ninguno de los dos dijo hola. Nunca había prisa por hablar. Innes llevaba un jersey de lana Shetland nuevo, de un tono gris azulado como el tomillo seco. Le sentaba bien. John tomó nota mental de ello sin comentarlo.

—*Juraría que te he visto sonreír* —dijo Innes en gaélico.

—*Es pecado dar falso testimonio*.

Innes, que solía exhibir una sonrisa amable en el rostro, soltó una carcajada. Ambos miraron hacia la ladera irregular, la carretera de alquitrán negro, el cielo que se oscurecía. Era una forma de pasar el rato, y resultaba agradable hacerlo en silencio, en compañía.

Innes sacó una tarjeta del bolsillo. Era una postal oficial con el código EA8EAFB impreso y con marca de fecha y hora.

—Gran Canaria —dijo con orgullo.

—*¿Tan lejos?* —dijo John—. *Enhorabuena*.

El dormitorio de Innes estaba lleno de radios. Desde que era niño lanzaba señales en la oscuridad con la esperanza de conectar con alguien, y se volvía loco de contento cuando alguien respondía. Cada pocos meses recibía una de esas tarjetas QSL de algún lugar lejano: Gibraltar, Reikiavik, Troon.

—*Eeeh… Esto es lo más lejos que he llegado nunca. Las Canarias están prácticamente en África*.

John nunca le había visto el sentido. ¿Qué necesidad tenía de que alguien en España reconociese su existencia?

Innes percibió su falta de entusiasmo. Secó las gotas de lluvia de la tarjeta y la guardó en el bolsillo. Pasaron un rato más mirando la ladera.

—*He visto a tu heredero en el ferri*. —John frunció el ceño. Si había visto a Cal, ¿cómo es que no estaba con él?—. *Me ofrecí a acercarlo, pero dijo que tenía cosas que… atender*.

John no se rio. No veía a su hijo desde Año Nuevo. Desde que se fue a estudiar fuera, apenas había aparecido por casa. Y si venía y el mal tiempo se instalaba en las islas, llamaba a la oficina del ferri para preguntar si iban a cancelar los barcos. Y si era el caso, adelantaba su regreso: nunca quería esperar a que pasara la tormenta.

Señaló con la cabeza las ovejas del remolque, rostros blancos y curiosos que asomaban por entre los barrotes. No quería contarle a Innes lo del carnero muerto, implicaría admitir que su vecino se manejaba mejor con las ovejas que él.

—*Me gustaría saber de dónde sacas tanto dinero* —dijo señalando con la cabeza hacia las ovejas.

—Voy ahorrando lo que puedo. Si dependiera de Sorley, estaríamos viviendo debajo de un barco volcado. —La sola mención de su hermano hizo que Innes arrugase el ceño mientras observaba la carretera—. *Anda, vente a casa. Eeeh… Seguro que no has comido. Mi padre se alegrará de verte.*

John negó con la cabeza.

—No tengo ganas de cháchara, Innes. Y menos contigo, con esa forma tan rara que tienes de hablar.

Innes estuvo a punto de preguntarle si alguna vez tenía ganas de cháchara, pero en lugar de eso golpeó el capó con los nudillos para hacerle saber que no aceptaría un no por respuesta.

—Venga. Todavía faltan horas para que llegue el chico. No puedes quedarte aquí como un perro apaleado.

John siguió la furgoneta de Innes. Tardaron quince minutos en llegar al *croft* de los MacInnes. Desde fuera se notaba que no había mujeres. Era una casa bien emplazada, orgullosa, levantada en lo alto de una ladera sobre la carretera negra, orientada para recibir el amanecer en cuanto el sol asomaba por el Minch. Sin embargo, aunque estaba bien cuidada y protegida de la intemperie, arrastraba las cicatrices de varias mejoras inconexas, si bien bienintencionadas. El revestimiento exterior exhibía un blanco casi doloroso, pero la fachada norte, más propensa al moho, estaba pintada de un granate desaborido y práctico. Una antena enorme de radio deslucía el aspecto del jardín, al lado del cual se encontraba un taller tosco junto a un montón de ladrillos rescatados y un tejadillo improvisado sobre la puerta. El terreno estaba lleno de coches viejos y la casa

parecía diminuta bajo la mole de un cobertizo de ovejas de chapa ondulada que se alzaba un poco más arriba. Por mucho que a John le disgustara su suegra, apreciaba el toque de delicadeza que aportaba a su hogar.

La cocina de los MacInnes era una estancia bastante amplia revestida de madera de pino. En el centro había una mesa en la que siempre se realizaba alguna tarea. Las encimeras estaban cubiertas de latas y cajas de avena, como si el orden fuese una preocupación absurda, una pérdida de tiempo. Una estufa de turba dominaba la pared del fondo, flanqueada por dos sillones raídos; en el que daba al mar estaba sentado Innes Crùbaidh, el padre de Innes. Los perros pastores, empapados de lluvia, corrían a sus anchas por toda la casa.

Sorley, que estaba dándole un cuenco de sopa a su padre, tenía que detenerse de vez en cuando para limpiarle la barbilla con la cuchara. Innes Crùbaidh llevaba el traje negro, aunque su esposa había fallecido hacía décadas. Le quedaba grande, los años lo habían dejado en los huesos. Sus hijos ya no se molestaban en plancharle la camisa, así que llevaba una fina camiseta interior bajo el tweed que revelaba el hundimiento progresivo de su pecho. Había sufrido tres infartos en los últimos cinco años, John temía que le diese otro en cualquier momento cada vez que estaba cerca de él.

John saludó a los hombres mientras Innes ponía la tetera en el fuego. Innes le preguntó si quería comer algo y, cuando le dijo que no, empezó a negociar con él hasta que aceptó tomarse, al menos, una taza de té. Y ya que iba a tomar té, ¿por qué no una tostada con queso? Su vecino no era insistente, pero tenía la determinación

silenciosa del agua: lo rodeaba todo con suavidad y persistencia hasta que se salía con la suya.

Sorley apartó los componentes de una radio de onda corta averiada para que los hombres pudieran sentarse en torno a la mesa. Innes observó cómo su proyecto se movía como por arte de magia. Dos bombillitas estaban rodando por la mesa, parecían a punto de caerse al suelo y romperse. Innes parecía querer advertir a su hermano que tuviese cuidado, pero no podía hacerlo, así que John se vio obligado a indicárselo. Sorley siguió el dedo de John y atrapó las bombillas justo a tiempo. Innes colocó los platos sobre la mesa; su rostro, sereno y tenso como un tambor.

Los hombres inclinaron la cabeza y rezaron antes de comer. Sorley acercó una silla y se unió a ellos, aunque Innes no se había molestado en prepararle ningún sándwich.

—*¿Y cómo está el tejado?* —preguntó John a Sorley.

—*Mal. Todavía tenemos goteras y el papel pintado se ha despegado de la pared. He visto una plancha de hierro corrugado junto a la cabaña de Ella. ¿Crees que le importaría si la cojo?*

John sorbió el té. Pensó que no habría problema. Aquella plancha llevaba tirada entre las rocas desde hacía más o menos un año. Debía de estar completamente oxidada, pero quizá Sorley la había examinado mejor que él. El queso tostado estaba bueno. Saladito, le hacía cosquillas en los labios.

Innes no hizo ningún ruido ni contradijo a su hermano, pero John sabía cómo funcionaban las cosas en casa de los MacInnes. Se volvió obedientemente hacia Innes.

—*¿Y cómo está el tejado?*

—*Eeeh…, tenemos goteras* —dijo Innes mientras se limpiaba la boca—. *He pedido tapajuntas y pizarra nueva al almacén. Los apaños temporales no sirven.* —Puso las manos en forma de pico—. *Hay que desmontarlo entero y hacerlo de nuevo hasta la altura de la buhardilla.*

Pese a vivir bajo el mismo techo bajo, los hermanos MacInnes llevaban más de dieciséis años sin dirigirse la palabra: ni un solo comentario amable, ni hiriente, ni nada de nada. Cuando ibas de visita a su casa, ambos se sentaban a tomar el té, pero si le hacías una pregunta a uno, luego tenías que girarte y repetirla palabra por palabra al otro. No era posible aprovechar el flujo conversacional, cualquier intento de diálogo se convertía en un eco enloquecedor. *«¿Cómo está tu padre, Innes?, ¿Cómo está tu padre, Sorley?»*. Los hermanos MacInnes se limitaban a fingir que el otro no estaba allí. Cualquier conversación tenía que duplicarse o, de lo contrario, se sentían ofendidos. Cuando era pequeño, a Cal le encantaba aquella situación, sobre todo cuando uno decía algo gracioso y el otro intentaba contener la risa. Ella decía que era una casa de chicos tontos y malhumorados.

—*¡Las ovejas están caladas hasta los huesos, no van a secarse en la vida!*

El viejo MacInnes no parecía dirigirse a nadie en particular, y John se preguntó si sería así como sobrellevaba a sus hijos testarudos, si todo lo que decía ahora era una especie de proclamación.

—*Macleod hijo ha vuelto* —dijo Innes alzando la voz para que su padre le oyese—. *Johnny estaba esperándolo al final de la carretera, pero el chico debió de perder el autobús. O se ha perdido*.

John se dio cuenta de que Sorley quería preguntarle por Cal, pero no podía hacerlo sin reconocer la existencia de su hermano. Se puso a acariciar el borde de la mesa con la uña pulgar.

—*Solo hay una carretera. ¿Cómo diantres va a perderse?* —preguntó el anciano.

—*No se ha perdido, pero no sé dónde está* —dijo John y cabeceó —. *Su alma… Eso ya es otra cosa*.

—*¿Se ha echado novia en Tarbert? ¿Alguna rubia?*

—*¡Papá!* —intervino Innes.

John se puso rígido y dijo:

—*No creo*.

Sorley cogió a uno de los perros pastores. Subió a la bestia empapada a su regazo y se arrellanó en la estrecha silla de la cocina. El perro, más acostumbrado a arrear ovejas que a recibir mimos, parpadeaba incómodo mientras lo acariciaba.

—*He oído que tu Cal volvía hoy a casa, ¿no?* —preguntó Sorley.

John se terminó el té. Aún faltaban horas para que llegase el siguiente autobús.

—*Has oído bien.*

Innes lo acompañó hasta la puerta trasera. Le entregó su abrigo encerado.

John agradecía la comida caliente, pero hacía mucho que habían dejado de darse las gracias por este tipo de gestos pequeños.

Innes se apoyó en el marco de la puerta. La niebla se adhería a la ladera.

—*Vente luego a dar un paseo. Igual hace mejor tiempo.*

John negó con la cabeza. No podía pensar en después. Quería a su hijo en casa. Quería sentarse y mirarlo durante mucho tiempo.

Innes posó la mano en el antebrazo de John como si quisiera decirle algo más. John se detuvo y se quedó a la espera. Pero su vecino no dijo nada, solo le quitó una pelusa suelta de la manga, un hilo color aulaga de la tela que llevaba días tejiendo. John apartó el brazo y, preocupado por si había sido demasiado rudo, se metió la mano en el bolsillo fingiendo que buscaba las llaves del coche.

—¿Crees que se quedará esta vez?

Innes se encogió de hombros.

—Hombre, después de estar fuera y ver mundo, imagino que no debe de serle fácil volver aquí.

John tenía una miga en la comisura de sus labios fruncidos. Innes alzó la mano y se la quitó.

John se apartó con brusquedad y la mano de Innes quedó suspendida en el aire. Se miraron a los ojos y, en esta mirada compartida, se sucedieron una advertencia, una súplica y, con algo de retraso, una disculpa.

—Eeeh… Es que… llevo meses sin verte.

—Me ves cada dos días.

Estaban detrás de la casa, completamente ocultos de la carretera. Aun así, John miró a su alrededor para asegurarse: las colinas quebradas, las sombras del cobertizo de chapa. Luego miró por la ventana en dirección al recibidor donde dejaban las botas sucias. Por último, comprobó el pasillo que Innes tenía a su espalda.

Su vecino sonrió mientras se apartaba para que pudiese ver mejor el pasillo.

—No he tenido un momento a solas contigo desde… No recuerdo cuándo —dijo Innes.

—Cal estará en casa pronto. Ten paciencia, por favor.

—*¡Pero si soy el autocontrol hecho persona!*

John exhaló como si estuviese soplando una taza de té caliente. Luego asintió con lentitud y dijo:

—*Lo eres, lo eres*.

Volvió a mirar detrás de Innes, hacia la oscuridad de la casa y, tras comprobar que estaban solos, dio un paso hacia él. Tomó su mano entre las suyas y le acarició el dorso con el lateral del pulgar.

A TRÌ / TRES

Era casi de noche y Cal estaba esperando el autobús junto a un par de australianos que no dejaban de tiritar. Los mochileros ofrecían sus primeras impresiones de aquel paisaje lunar. No paraban de decir «guau», pero Cal no sabía si era un guau de asombro o de decepción. Para tratar de asentarse el estómago, se comió un plátano magullado y, mientras masticaba, meó en la cuneta que había junto a la parada de hormigón. Los australianos iban con las piernas al aire y no estaban preparados para el viento. Parecía que querían acercarse a pedirle indicaciones, pero al ver cómo se balanceaba se lo pensaron mejor. Cal tenía el pelo leonado y unos músculos fibrosos, de senderista. Estaba masticando y meando al mismo tiempo cuando oyó a su padre llamarlo por su nombre.

John estaba fuera del coche, apoyado en la puerta del conductor. A medida que Cal se acercaba, vio el cambio en la expresión de su padre. Vio cómo bajó el ceño y tomó una respiración profunda antes de que su rostro recuperase su hieratismo habitual. Era una cara hermosa. Cal creía que estaba desperdiciada en su padre, en esta isla, sin apenas nadie que pudiera apreciarla. Tenía unas cejas oscuras y descuidadas que acentuaban la intensidad de sus ojos azul pálido. A sus cuarenta y seis años, su cabello y sus patillas seguían luciendo un castaño intenso, y las escasas canas no hacían sino conferirles un brillo aún mayor. Era el tipo de rostro que podría

aparecer en la sección de hombres del catálogo de Littlewoods. El tipo de caballero que los jóvenes gais buscaban en bares cutres y oscuros.

—Aquí está —dijo John—. El orgullo de sus antepasados.

—Vaya presión —respondió Cal—. Pero si es el mismísimo John Macleod.

John rodeó a Cal con los brazos y le dio dos palmaditas en la espalda como si fuese un bebé con cólicos. Luego le puso sus pesadas manos sobre los hombros y se quedó observándolo.

—*Tha thu air an t-sìde mhath a thoirt leat* —dijo. *Has traído el buen tiempo.*

Todo era de un azul denso. El aire se sentía húmedo al tacto. Cal soltó una risita.

—*También me alegro de verte, papá.*

John murmuró algo por lo bajo, como si no lo creyese.

—*Llevo todo el día esperándote. Y has estado bebiendo.*

—*Solo me he tomado una.*

—*Una detrás de otra. Bajo mi techo no consiento que te comportes así.*

Cal quiso decirle que no estaba bajo su techo, todavía no, que precisamente por eso se había demorado. Sintió cómo los último efectos de la rula se desvanecían. Solo quedaba un reflujo lejano, una sensación de caída, de hundimiento, como cuando el ferri se precipita en el agua tras superar una ola.

Tenía un rasgón en la manga de la bomber MA-1. Lo había tapado con cinta aislante, pero la cinta se había soltado con la lluvia. El viento la hacía aletear ruidosamente.

John vio cómo unas plumas huían y se elevaban en el aire. Aquello era demasiado: la tardanza, la bebida, su aspecto desaliñado. Tal vez Cal quería provocarlo, pensó. Chasqueó la lengua al ver los vaqueros desgastados que se le pegaban al cuerpo y marcaban cada curva obscena; la camisa de nailon con un estampado de medallones estridentes bajo aquella chaqueta verde.

—*¿De quién es esa ropa?*

—*¿Te gusta? La compré en una* tienda benéfica*.*

—¿Benéfica?

—*Sí, están muy de moda.* —Y, con la esperanza de encontrar alguna fibra de compasión, añadió—: *La ropa es más barata.*

—*¿Llevas la ropa de otro hombre? No me extraña que parezcas un* ceàrd*.*

John le arrancó la gorra verde tan fea que llevaba en la cabeza. Luego se apartó cuando unos largos mechones se agitaron alrededor de su rostro como llamas infernales.

Cal se pasó la mano por el pelo. Estaba mal cortado, a hachazos, y le caía casi hasta los hombros. Su color natural era tan oscuro que el kit de decoloración casero no había logrado aclararlo del todo. En vez de rubio platino, le había quedado un tono rojizo estridente y, a medida que crecía, unas raíces castaño oscuro afloraban bajo aquellas brasas.

—¿No te gusta? —preguntó en inglés y metió de nuevo las llamas bajo la gorra. La mandíbula de su padre palpitaba como si estuviese conteniendo palabras duras. Seguro que su abuela le había advertido que fuese paciente y que no lo abroncase nada más llegar. Cal se la imaginó orbitando alrededor de su padre como una gaviota sobre un

barco pesquero—. Papá, recuerdo una foto tuya de boda en la que parecías un hippy.

—Era lo que se llevaba.

—Y luego vinieron los años de Kevin Keegan. Y la cresta y la permanente.

—Nunca me hice la permanente. Fui bendecido con rizos naturales.

John observó a su hijo. No era solo el pelo largo de color fuego, ni los vaqueros rotos, ni siquiera lo ridículo que resultaba que un chico que nunca había estado en los Boys Brigade llevase una chaqueta militar. Era la señal confusa que transmitía el conjunto, la extraña tensión entre lo masculino y lo femenino.

—Pareces un travesti que ha salido un momento a comprar leche y se ha echado un abrigo por encima.

Cal chasqueó la lengua.

—Pero ¿qué dices?

—Bueno, esa ropa no te favorece nada. Y ahora que estás en casa, estaría bien que controlaras eso un poco.

—No escuchas mucho grunge, ¿verdad?

Se volvieron justo a tiempo de ver a los australianos agachar la cabeza para protegerse del viento y empezar el largo ascenso por una colina rocosa. Era demasiado tarde para subir. Subestimaban el viento atlántico, que azotaba las Hébridas Occidentales incluso en verano. Era algo que siempre les pasaba a los forasteros.

De niño, cada vez que se cruzaban con un grupo de senderistas, Cal y su padre intentaban adivinar —previa apuesta de diez peniques — quién lograría subir y quién no. John consideraba que aquel juego era pecaminoso, pero se permitía esa pequeña absolución porque

era una forma de enseñar a su hijo a leer el carácter, las virtudes de la determinación y la fortaleza.

«Esa mujer no lo logrará —decía—. *¿Y ves al hombre con el que va? Ella solo hace esto para complacerlo, porque quiere sacar algo de él»*.

Los Macleod hacían sus apuestas y alineaban las monedas sobre el salpicadero. Por la tarde iban a la posada y se sentaban en el reservado. Su padre nunca tomaba alcohol. Pedía un té negro frío que Flash vertía en una jarra de pinta para que pareciese una Guinness sin espuma. Los senderistas, abatidos y de mal humor, estaban allí también, y John les sonreía por encima del té mientras Cal iba deslizándole monedas. Se preguntaba cómo podía saber tanto de la gente si no conocía a casi nadie.

John señaló con la cabeza hacia los australianos

—¿Am bi sin a'cur geall? —dijo. *¿Nos apostamos algo?*

—Ni de broma.

—Como quieras. Aún me debes ciento cuarenta y tres libras con veinte peniques.

—Tienes memoria de turbera.

—Y eso que no te he cobrado intereses.

—Menos mal, porque estoy tieso.

Cal lanzó las bolsas al asiento trasero. Los perros de su padre, Bess y Tick, olfatearon la ropa mientras él les rascaba detrás de las orejas. Estaban siempre empapados y sus ojos cobrizos permanecían atentos a su padre, a la espera de una orden; sabían que Cal no ocupaba ningún lugar relevante en la manada.

Su casa estaba al final de una carretera larga y sinuosa, esculpida a dentelladas sobre la roca. Los lugareños la llamaban la «carretera de la cinta» porque se desenrollaba como un ribete gris en el que se iban engarzando como perlas las escasas casitas blancas que salpicaban la ladera. Desde el cruce principal, esta carretera menor bordeaba las colinas y los pequeños lagos y seguía su obstinado curso hasta el *croft* de los Macleod, que estaba pegado al mar. Era tan estrecha que los coches solo podían pasar en un sentido, tenían que avanzar un poco y apartarse en los ensanchamientos en una especie de pantomima de cortesía.

Hubo un tiempo en que todo lo que la comunidad necesitaba llegaba por mar. En su origen, algunos tramos de la carretera eran senderos de arrieros y todavía hoy conservaban ese carácter. Lo mejor era recorrerla despacio, aunque John nunca lo hacía. Ser su pasajero era emocionante y, a veces, aterrador, pero Cal estaba tan acostumbrado a su forma de conducir que cualquier otro viaje le resultaba aburrido en comparación. En algunos puntos, la carretera parecía desafiar toda lógica o prudencia: caía en picado a ambos lados —tres, seis, diez metros— y un solo descuido bastaba para destrozar el coche y matar a todos sus ocupantes.

Había un ejemplar de *Por el camino de Swann* en el salpicadero y, al tomar una curva, fue a parar al regazo de Cal.

—*Hemos creado un grupo de hombres* —dijo John—. *Después de la oración, dedicamos media hora a hablar de libros*.

Cal le dio la vuelta al libro. Pensó en decirle a su padre que Proust era homosexual.

—*No pude terminarlo. ¿No te pareció un poco… pretencioso?*

Su padre murmuró en señal de acuerdo.

—Fue elección de Sorley. Pero hemos leído a Hogg, algo de James y Al faro*, de Woolf, que ofendió a todo el mundo. Está ambientada en Skye y casi no sale ningún escocés. Muy propio de los ingleses eso de irse al extranjero y seguir creyendo que ellos son el centro del mundo. Hemos leído trece libros este año. Y habríamos leído más si Donnie no fuera tan lento*. —Miró a Cal—. *Puedes unirte. Si quieres*. —Para unirse al club de lectura, Cal tendría que ir a las reuniones de oración. Miró el reloj del salpicadero. No pudo por menos que aplaudir la estrategia de su padre—. *Podrías elegir el próximo libro…*

—¿Y si proponemos a Jackie Collins?

Su padre soltó una risa forzada.

—¿Sabes que Innes lloró delante de los representantes de la iglesia?

—No me digas.

—Estábamos releyendo Cumbres Borrascosas *y se emocionó con el final. Flash intentó encasquetarle el apodo de «Cathy». Tuve que llevármelo a un aparte y decirle que lo dejara tranquilo.*

Cal se sintió mal por Innes, tan afectado por el amor condenado de la novela que lloró delante de aquellos señores trajeados y estoicos. Tardarían mucho en olvidarlo.

—Vi a Innes en el barco. Pero seguro que eso ya lo sabes. —Cal sonreía cuando miró a su padre—. *No sé qué me pasó, pero le di un abrazo*.

John pisó el freno. Cal salió disparado hacia delante en el asiento.

—¿Que hiciste qué?

—Deberías haberle visto la cara.

—Preferiría no ser conocido como el hombre cuyo hijo va por ahí abrazando a la gente. —Le apretó la rodilla—. *Innes lleva un tiempo bajo de ánimo. No te burles de él.*

—No me estaba burlando.

John cerró el puño y dio un golpecito en el muslo de Cal para indicar que debía obedecer.

Cal suspiró. Apoyó la cabeza en la ventanilla y observó las laderas yermas. Era imposible contemplar aquella belleza implacable sin sentir la mano de Dios, aunque fuese un Dios al que no le importaba tu bienestar, un Dios que te obligaba a luchar para sobrevivir.

Aquellas colinas desnudas eran erupciones de complejo lewisiano con vetas de esquistos de mica rosada y anortosita blanca. La anortosita era una piedra tan rara que, según su padre, solo era posible verla en las Hébridas y en la luna. Había una cantera cerca donde podía encontrarse en abundancia. John le contó una vez que la Luna y la Tierra estaban pegadas, eran amantes, y que aquella cantera correspondía al lugar donde se habían besado por última vez antes de separarse. En las cimas, los tonos granate que salpicaban la roca eran lágrimas de la Luna que había caído sobre la Tierra. De niño, Cal se pasaba horas mirando fotografías de la Luna, preguntándose por la soledad que debía de sentir.

Para su duodécimo cumpleaños, su padre estuvo ahorrando para comprarle un atlas lunar de alta resolución. En él aparecían todos los mares y montañas, todos los promontorios y grietas, desplegados y etiquetados por la NASA.

Cal estuvo estudiando el atlas de forma obsesiva hasta que una noche encontró por fin la isla, *Insula Ventorum*. A pesar de que a su padre no le hacía mucha gracia, había aprendido algo de latín y, tras

confirmarlo en el apéndice, bajó corriendo las escaleras para declarar que, efectivamente, habían caído de la luna. Harris era un territorio lunar y quizá era por eso por lo que se sentía tan solo. Aquella era la prueba, *Insula Ventorum*. La isla de los vientos.

—*¿En qué piensas?*

Su padre lo había estado observando. Cal habría preferido que estuviese más pendiente de la carretera. Los cambios de rasante eran especialmente peligrosos en este tramo. El hijo menor de Beady-Màiri había muerto cerca de allí. Iba conduciendo borracho la noche del baile de fin de curso. La chica que iba con él sobrevivió. Perdió la pierna izquierda, pero encontró a Dios.

—En esquinas.

—¿Donde se ponen las mujeres de mala vida? —preguntó John.

—¡No, papá! Esquinas de calles sin más. —Formó un ángulo recto con las manos—. Me gusta la sensación de no saber qué hay al doblar.

Notaba cómo el bajón empezaba a tocar fondo. La bebida no hacía nada por amortiguarlo.

Cuando llegó por primera vez al continente, no estaba preparado para lo distinto que le harían sentirse las carreteras de allí. Aquellos pueblos y ciudades, con sus calles principales, sus avenidas arboladas de cuatro carriles y sus pasarelas metálicas para peatones. Había algo en la alegría —y el peligro— de una esquina de Edimburgo que lo desorientaba y le producía un placer vertiginoso, casi estúpido, el saber que había más de una forma de ir desde donde estabas hasta donde querías llegar. Todos aquellos callejones y pasajes eran como un videojuego ambientado en una mazmorra vasta e inexplorada. Le encantaba poder ir al quiosco un domingo

por la mañana, cruzarse con un centenar de personas distintas y que ninguna reconociese su cara. La primera vez que perdió a un amigo entre una multitud de compradores entró en pánico. Tenía veintidós años.

—Me alegré cuando dijiste que volvías a casa. Me puse contento. Pero me sorprendió.

Cal pensó en los turistas derrotados por el viento y en cómo su padre sabía que no alcanzarían la cima antes que ellos.

—¿De verdad te sorprendió?

John sonrió hacia las laderas. Era tan raro que una sonrisa se dibujase en su rostro, que Cal se detuvo a mirarla.

—Tu abuela decía que no estaba bien decir «te lo dije». Así que fingiremos que me sorprendió, ¿de acuerdo?

—Papá, me pediste que volviera a casa.

—No. Te dije que tu abuela estaba sufriendo y tú decidiste volver.

—Pero a ver, estaba implícito.

—Ella no es mi responsabilidad. No es justo que me dejes a mí al cargo.

—Pero sigo sin entender por qué no puede irse a vivir con mamá.

—Ya hemos hablado de eso. Y sabes cómo es tu abuela, así que es mejor que no sepa que hemos estado hablando de su salud. Si cree que sientes lástima por ella, fingirá que está bien. Si cree que has vuelto por ella, se sentirá culpable y se pondrá todavía peor.

—¿Y qué coño hago cuando le vea los pies morados? ¿Hago como que no me doy cuenta?

John le dio un golpecito de advertencia en la pierna y respondió en gaélico:

—Realizamos estos actos de caridad porque ese es el camino correcto, no porque esperemos que nos los agradezcan en esta vida. Y mejor que seas útil aquí, en casa, que no perdiendo el tiempo en Edimburgo.

—No estaba perdiendo el tiempo —replicó Cal manteniendo la vista en el mar azul oscuro. Vio que las aguas se estaban enfureciendo a medida que el tiempo empeoraba. Mañana cancelarían todos los barcos—. Nadie de la escuela encontraba trabajo. No era solo cosa mía.

Aquí, en el borde de Escocia, había sido feliz de niño. La costa y las colinas eran suyas y podía recorrerlas a su antojo. Y aunque no creyese todas las palabras de las Escrituras, podía sentir lo pequeño e insignificante que era y comprender que todo aquello debía de haber sido obra de un Dios mucho más grande que él. Fue de adolescente cuando empezó a sentir que él era más grande y que el mundo a su alrededor se había vuelto demasiado pequeño.

La mayoría de los jóvenes se iban al mar, trabajaban la tierra, tomaba el camino religioso o se dedicaban a la industria textil; a menudo, debido a lo poco que se ganaba, desempeñaban más de un oficio. John siempre se quejaba de la falta de estabilidad en el sector textil y de lo mal que pagaba la fábrica —si es que tenías la suerte de que contasen contigo—, pero Cal no mostraba aptitudes para nada más. A pesar de sus reservas, John se sintió orgulloso cuando los profesores dijeron que su hijo era muy listo y que tenía talento suficiente para ingresar en la escuela de arte que quisiera.

Cuando Cal abandonó la isla, fue a visitar aquellas escuelas. En Edimburgo, el profesorado había hecho una exposición con los trabajos de los alumnos que se graduaban: vestidos etéreos, tejidos

de un polipropileno resbaladizo. Los habían metido en hornos hasta que algunas partes se derretían, se solidificaban y adquirían una forma escultórica. De frente se ceñían obscenamente al cuerpo, eran como piezas delicadas de encaje mojadas por una llovizna veraniega, pero cuando la modelo se daba la vuelta, el vestido se abría en picos, se volvía abrupto, violento. Cal se quedó mudo largo rato después de ver la exposición, asombrado de que aquel tejido intrincado, tan sedoso como el hilo de araña, pudiera ser tan duro y punzante como un erizo de mar.

En Dundee, un chico negro con el pelo decolorado les había hablado de la riqueza dimensional de sus instalaciones de flocado e impresión. Guio a los estudiantes por los talleres con una frialdad algo torpe, propia de quien todavía es un niño pero teme que lo descubran como tal. Y en la jornada de puertas abiertas de Glasgow, una profesora que llevaba unas gafas de esquí a modo de diadema lo miró por encima del hombro mientras le explicaba la importancia de la intersección entre el bordado y las bellas artes. Con el polvoriento telón de fondo de Mackintosh, declaró que el mundo necesitaba recuperar la artesanía femenina tradicional y convertirla en algo subversivo y sin complejos. Cal, que apenas tenía diecisiete años, se sonrojó cuando la profesora le pidió que tocase unas vulvas bordadas. Quería que comprobase con sus propias manos la astucia con que la artista había combinado monofilamento con alpaca peruana con el fin de dotar a toda la pieza de una vitalidad orgánica y realista.

El interés de Cal por las escuelas de arte generó cierto conflicto en John. Estaba orgulloso de tener un hijo así, y pensaba en él como algo que él mismo había «confeccionado». Descendían de una larga

estirpe de hombres ligados a la tierra y al trabajo duro, y su hijo sería el primer Macleod en terminar el instituto, el primero en ir a la universidad. Tenía delante a un muchacho inteligente —no, no solo inteligente, porque la inteligencia puede aprenderse, basta con un libro y disciplina—: tenía un hijo talentoso, bendecido por la gracia de Dios y, sobre todo, con aptitudes para el mundo textil, y esto le hacía sentir a John que su propia vida no había sido en vano.

Pero Dundee, Glasgow y Edimburgo se habían topado con la resistencia de su padre. John tenía un respeto presbiteriano por la educación, pero la vida universitaria encerraba para él demasiadas incógnitas, y las escuelas de arte le despertaban un auténtico pánico moral. La idea de la autoexpresión chocaba de frente con los principios éticos de la obediencia religiosa, y las escuelas de arte le parecían demasiado liberales, y las mujeres, demasiado desinhibidas y entregadas a su propio placer.

Ella habló con Cal y le dijo que media victoria seguía siendo una victoria, y de este modo, acabó decantándose por una escuela técnica modesta. Era el campus más alejado de casa, pero el más cercano a la manera en que su padre entendía el mundo. La escuela textil estaba a sesenta y cinco kilómetros al sur de Edimburgo, escondida en los apacibles valles de los Borders. Se ubicaba en la ribera de un río, en un edificio industrial abandonado. Los amplios suelos de madera crujían bajo el peso de las instalaciones de impresión y las máquinas de tejido industrial. En el luminoso ático se encontraba la mayor colección de telares manuales que Cal había visto jamás. La escuela no tenía ningún interés en replantearse ni reinventarse. Se justificaba por una necesidad práctica, arraigada durante generaciones, de enseñar a los trabajadores a fabricar

textiles conforme a los métodos tradicionales. En la jornada de puertas abiertas, Cal la encontró llena de mujeres de rostro sencillo: apenas había hombres, salvo algunos especialistas en coloración textil y personal técnico de edad avanzada. Las estudiantes carecían de la vanidad de las chicas de ciudad. Tenían ese aire callado y algo miope que encajaba a la perfección con el trabajo obsesivo y repetitivo de la costura. Hasta una paleta de las islas habría visto que no se vestían para agradar a nadie. Era algo que a Cal le gustaba de ellas.

—Entonces, después de todo este tiempo, ¿no has conseguido ni trabajo ni mujer?

John podía ser así de brusco, no por mezquindad, sino porque prefería decir las cosas sin rodeos.

Cal dudó un instante. John no dejaba de mirarlo de reojo, estaba esperando su respuesta. Cal se preguntó si aquel sería un buen momento para sincerarse con su padre. Una parte de él quería decirle que era gay, aunque solo fuera para hacerle daño, por haberle exigido que regresara. Desde luego, como diácono de la iglesia, John no podría albergar semejante pecado en su propia casa. Si le decía la verdad, que no sentía atracción por las mujeres, temía que John lo echase definitivamente y que esa fuera la última vez que se vieran.

Pero John interpretó mal su vacilación y respondió por él.

—Tanto dinero y tantos años para llegar aquí sin mujer y sin trabajo.

—Fui el mejor de mi promoción, papá. Saqué matrícula de honor. No es culpa mía que el país esté en la mierda.

Quiso explicarle el estado lamentable en que se encontraba la industria textil escocesa, que Pringle estaba prácticamente en manos chinas, que Barrie Knitwear llevaba tiempo despidiendo a sus trabajadores, que Innerleithen era una ciudad de fábricas sin fábricas. Pero al ver los hombros caídos de su padre y el lateral de su dedo índice, endurecido tras décadas manipulando pesadas bobinas, suspiró y volvió la mirada al mar.

Una parte de él había recibido con cierto alivio la noticia de la enfermedad de su abuela. Volver a casa bajo el pretexto de hacer lo que se esperaba de él le permitía sentirse menos fracasado. Estaba muy agotado de no tener una cama propia, de tener que robar comida ajena, de las oficinas de empleo y de aquellas filas interminables de hombres perfectamente aptos para trabajar.

—¿Y había muchas mujeres en el continente? Sé sincero.

—Sí —dijo—. Millones.

John chasqueó la lengua.

—No me refiero a eso, y lo sabes. —Cambió al gaélico—. *Has debido de sentir la tentación del pecado. Puede que incluso hayas caído en él. Te has dejado arrastrar por los placeres de la vida, estoy seguro.* —Miró a Cal para asegurarse de que lo entendía—. *Cuanto más nos dejamos arrastrar, más nos alejamos de Dios. Pero incluso cuando pecamos, es posible volver a Él. Lo sabes. Regresa a Cristo cuanto antes y pídele ayuda*.

Cal se imaginó a sí mismo corriendo a los brazos de Cristo, pero Cristo le ponía la mano en el pecho para apartarlo, fruncía el ceño y le preguntaba quién cojones era.

Nunca oyó a sus compañeros hablar de Jesús, por lo que optó por ser discreto con su educación. Los del continente consideraban a los

presbiterianos libres como una secta de fuego y azufre, profundamente anticuada, fuera de onda y un tanto inquietante. Todo este tiempo había estado rodeado de una suerte de relativismo moral que habría horrorizado a su padre. Estudiantes que, en su mayoría, eran «buenas personas» y que celebraban todo tipo de vicios. Se habían entregado con orgullo a todos y cada uno de los pecados contra los que su padre le había advertido, y su forma de pecar estaba sujeta a una innovación constante. Se traicionaban unos a otros con frecuencia, se acostaban con las parejas de los demás, rompían acuerdos, dejaban meses de alquiler sin pagar, robaban, mentían, chismorreaban, se abandonaban a una crueldad gratuita. Eran, en general, una decepción para Dios. Cal debería haberse llevado las manos a la cabeza —a veces le daban auténtico miedo—, pero al final descubrió que se sentía más él mismo cuando estaba entre ellos.

Cerró los ojos tratando de obviar los vaivenes de la carretera mientras John comenzaba a orar en voz alta.

—Oh, Dios, somos conscientes de que te fallamos de muchas maneras y de que a menudo no estamos a la altura. Estamos llenos de pecado. Pero te doy gracias por todo lo que has hecho para traer a mi hijo de vuelta a casa. Amén.

Pasaron junto a un grupo de casas cuyos dueños habían muerto o les faltaba poco para ello. Los MacAulay: fallecidos; la viuda MacIver: fallecida; Licky McAllister: a punto de fallecer. Luego aparecieron algunas casas habitadas, el *croft* donde vivían Innes y Sorley, y después una cabaña más nueva, de paredes de gravilla, construida por veraneantes que ya no veraneaban allí. Luego pasaron por varios *crofts* más, abandonados y ruinosos, hasta que

cuatrocientos metros más adelante apareció el de los Macdonald, el más grande de todos.

—*La joven Isla se alegrará de verte.*

—¿Sí? —Cal cambió de tema—: ¿Has visto a los propietarios últimamente?

John resopló. Cualquier mención a la familia aristocrática que era dueña de sus tierras lo ponía de mal humor.

—Los hijos estuvieron no hace mucho y se trajeron un séquito desde Londres. Al parecer vinieron con un chef muy finolis, dos estrellas del pop venidas a menos y un primo de la Reina. Un día los vi allí, muertos de aburrimiento, con sus trajes nuevos de tweed, plantados junto al río, mientras un muchacho del lugar pescaba para ellos.

En cierta ocasión, John había rescatado a una de las herederas de la familia cuando su coche deportivo se quedó atascado en un bache de la carretera. Cal oyó como la joven se refería a Harris como «nuestra isla» sin asomo alguno de exageración o ironía.

Cal miró por encima de las colinas. La finca del terrateniente se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Gestionaban sus intereses a través de la Crofting Commission y del administrador, cuya oficina estaba en Stornoway; aunque todos los arrendatarios —su propia familia y la mayoría de sus vecinos— pagaban sus rentas, albergaban escasas esperanzas de llegar a poseer sus casas en propiedad.

Un amplio lago marino se abrió bajo ellos. La carretera caía en picado y, al fondo, se alzaba la iglesia presbiteriana, levantada en piedra basta y cal. Era una construcción sobria, rematada por una torre achaparrada concebida para no albergar jamás campana

alguna. Aquella ausencia pretendía ser una advertencia contra todo adorno superfluo, pero también escondía una crítica a las religiones más débiles, se burlaba del rebaño dócil de otras iglesias que necesitaban de un tintineo para acudir al abrevadero.

—No puedo creer que no hayan vendido todavía la iglesia.

Las autoridades eclesiásticas, que tenían problemas de liquidez, ya habían vendido la casa parroquial y muchas de las casas de misión de la periferia.

—Estoy seguro de que se ha hablado del tema —dijo John—. Me imagino que el reverendo le tiene miedo a las viejas. Las *cailleachan* pueden ser aterradoras. Estará esperando a que mueran unas cuantas más. —Cal se escurrió en el asiento. John frunció el ceño al verlo y le preguntó—: ¿Qué demonios haces?

—No quiero que la gente me vea. No me siento preparado para socializar.

—Pero para dejarme en ridículo sí estás preparado, ¿no? —John lo agarró por el cuello y tiró de él hacia arriba—. La gente se va a pensar que hablo solo. ¡Venga, ponte derecho, so imbécil!

Sin ninguna gana, Cal volvió a incorporarse.

Continuaron por la orilla del mar y dejaron atrás la furgoneta varada. Cal se giró en el asiento para mirarla. La pequeña Bedford había pertenecido a Innes. Después de estrellarla contra las rocas, se había convertido en una especie de guarida, un lugar donde los niños jugaban cuando hacía mal tiempo. Las puertas traseras se habían reutilizado para construir un gallinero, y los asientos habían ido a parar al porche de Licky McAllister, donde hacían las veces de mobiliario de patio. Lo que quedaba del armazón seguía allí, oxidándose bajo la lluvia, y resultaba reconfortante en cierto modo

ver que todavía seguía en pie. Cal no pudo evitar acordarse de Doll Macdonald y de todas las tardes que habían pasado allí juntos.

Ella estaba esperándolos en medio de la carretera. Con las ovejas arremolinadas a su alrededor, parecía estar flotando sobre un mar de nubes húmedas y malolientes. John avanzó entre ellas y aparcó el Land Rover sobre las rocas.

Cal se bajó y salió corriendo a abrazar a su abuela. La sostuvo entre sus brazos durante unos segundos antes de que ella hiciese un ruido de desaprobación y se zafase.

Ella le sujetó la cabeza entre las manos. El humo de su cigarrillo hizo que Cal parpadease para contener las lágrimas.

—A ver que te vea bien.

—¿Qué tal todo, abuela?

Ella soltó una risa áspera y ronca.

Eleanor Morrison estaba exactamente igual que la había dejado. Baja y rechoncha. Con aquellos ojos brillantes, resueltos y llenos de picardía. Su boca estaba surcada de finas arrugas de tanto reprender, fumar y reír. Desobedeciendo a las Escrituras —una falta del todo inusual—, llevaba el cabello gris rapado al ras, un corte sencillo y práctico, casi masculino. Su rostro redondo estaba enmarcado por un flequillo demasiado corto. Antes de ir a la universidad, Cal pensaba que ese flequillo la hacía parecer la tonta del pueblo, pero ahora que había visto algo de mundo, era consciente de lo involuntariamente chic que era. Con un simple toque de carmín rojo en los labios, podría haber sido la señora más moderna en kilómetros a la redonda. Ninguno de estos

pensamientos pasaba por la mente de Ella. Su abuela solo necesitaba definir dónde terminaba su pelo y dónde empezaba su cara.

Su rostro estaba libre de cremas o maquillaje, pero de cada lóbulo colgaba un aro gitano de latón como para dejar claro que, en efecto, era una mujer. Cal nunca la había visto sin ellos —ni siquiera se los quitaba cuando se bañaba—, y los pendientes habían adquirido un tono amarillento y sucio, y olían un poco a fritanga.

Había llegado a esa etapa vital en que aprovechaba la ropa de la familia, la que fuese, hasta que no daba más de sí. Se ponía los jerséis viejos de Cal o prendas muy, muy anticuadas, mezclaba estampados sin ningún criterio. La ropa siempre estaba limpia, eso sí, pero no se esforzaba lo más mínimo en su presentación. Con el paso de los años, a medida que se volvía más baja y regordeta, aprovechaba las blusas de la madre de Cal para remiendos y zurcidos. Un parche nuevo sobre un vestido viejo podía avivar recuerdos en los hombres, que se quedaban absortos contemplándola.

—Llevo todo el día aquí esperando, mirando la carretera como una imbécil. —Sus iris habían comenzado a fundirse, el color se deshilachaba en los bordes. Cal no soportaba verlo. Ella le apretó las mejillas y sus labios se arrugaron—. ¿A qué has venido, eh?

—Soy un fracaso, Ella. ¿No te has enterado?

Cal quería abalanzarse sobre ella y abrazarla con todas sus fuerzas. Puso la mano sobre la muñeca de su abuela y la introdujo bajo la manga de su rebeca. Recordaba el truco: ella permitía ese contacto y esas caricias siempre que pareciese que él buscaba un

pañuelo. Mientras registraba la manga, aprovechaba para acariciarle el antebrazo. Era suave como la piel de gamuza.

Poco después de que su madre se fuera, Cal se quedó destrozado por el triste episodio de los corderos. Había sido una primavera horrible, llena de nevadas tardías, demasiadas ubres se endurecieron por la mastitis y muchas ovejas abortaron. En la cocina, Cal buscó refugio en la suavidad de Ella y se cubrió la cara con la vieja rebeca de su abuela mientras lloraba. Se escondía de su padre, que sostenía los corderos muertos y cubiertos de mucosidad por las patas traseras intentando determinar si aún podían aprovecharse para comer. Cuando John salió de la cocina, Ella apartó a Cal de su costado, le secó el rostro y dijo: «Es un horror que hayan muerto tantos corderos. Pero no puedes agarrarte a mí así. No nos hará bien a ninguno de los dos. —En ese momento, Ella decidió endurecerse; creía que, a la larga, sería lo mejor para Cal—. Yo no soy tu madre, Callie. Y no podemos fingir que lo soy».

Años después, Cal pensó con cierta tristeza que una abuela no tenía por qué ser así, hasta que en el instituto Nicolson coincidió con un chico que tenía siete hermanos y dos hermanas. Aquel muchacho le contó que su madre nunca los besaba y que nunca jamás abrazaba a ninguno. Cada mañana los esperaba junto a la puerta y les estrechaba la mano antes de que se fueran al colegio. Decía que estaba demasiado ocupada, temía mostrar preferencia por alguno y que luego todo fueran agravios.

Cal intentaba mirar los pies de Ella de soslayo, echarles un vistazo sin que se diese cuenta. Estaban hinchados, se desbordaban de las sandalias ortopédicas como una masa con demasiada levadura. Le faltaban varias uñas, y las que aún conservaba estaban amarillentas

y estriadas como cuernos de carnero. Pero no eran de ese color púrpura como el hígado. No parecían a punto de reventar, como su padre le había hecho creer. Estaban grises por el frío. Un lila apagado, polvoriento, no muy distinto del de una sombra de ojos barata.

Su padre no era hombre dado a exageraciones. Dominaba el lenguaje del color con una exactitud infalible, inigualable. Era capaz de apreciar diferencias mínimas entre cuarenta partidas de tinte y devolver a la fábrica las que no se ajustaban al estándar.

John bajó las maletas de Cal. Iba tarareando mientras subía por el sendero. Al pasar junto a ellos, se inclinó y se dirigió a su suegra en inglés:

—Me debes diez libras. Te lo dije. Sin trabajo, sin mujer y empinando el codo.

Alargó la mano y le quitó el gorro a Cal.

Los ojos de Ella se abrieron como dos lunas.

—¡Pero qué clase de pelambrera llevas! —dijo—. De casa no sales hasta que adecentemos esa cabeza.

A CEITHIR / CUATRO

Los días que siguieron no dejó de llover. Ese tipo de lluvia que los aislaba del mundo. Las nubes eran tan densas que, en cuanto se levantaban por la mañana, Ella iba de una habitación a otra encendiendo las lámparas. Era imposible saber la hora sin mirar el reloj. Para matar el tiempo, Cal iba a la ventana del salón y se quedaba observando la nada; luego iba a la de la cocina, donde hallaba la misma oscuridad gris.

Ella había puesto trapos enrollados en todos los alféizares. Tenía adiestrados a los perros para tumbarse de modo que taparan la rendija de la puerta trasera. Le dio a Cal unos cubos y le pidió que los pusiera en la planta de arriba, uno bajo la gotera del pasillo y otro en el baño. Cal los revisaba de vez en cuando y los vaciaba antes de que se desbordasen. Calculó que cada cubo tardaba casi cuatro horas en llenarse, y por eso fue el primero en notar que la lluvia había empezado a amainar.

Su padre se acercó a él varias veces para encomendarle pequeñas tareas. Cal dijo que ya las haría, que necesitaba un momento para asentarse, para volver a encontrar su ritmo después de tanto tiempo fuera. Era obvio que a su padre le costaba tolerar aquella inactividad, pero Cal sabía que, si decía que sí a cada encargo, el trabajo no tardaría en acumularse y, al igual que la lluvia, no terminaría jamás.

Desde la ventana del baño vio a su abuela llevarse a John del brazo hasta el fondo del jardín. Se cobijaron bajo un paraguas amplio y descolorido y Ella lo reprendió, le dijo que le diese a Cal unos días para adaptarse, para volver a encajar, como si fuese un hombro dislocado. Cal vio cómo su padre se abrochaba el abrigo y salía escopetado por la puerta. Dios aún no había inventado una lluvia capaz de mantener a John Macleod encerrado en casa.

Al cuarto día, los cielos se condensaron y adquirieron un blanco lechoso. Cal se puso la cazadora y salió a caminar sin rumbo. Mientras enfilaba la carretera, se sentía febril por el encierro y agradecía el viento que lo barría todo. *«Insula Ventorum»*, murmuró para sí; con la boca abierta, se puso a dar vueltas y vueltas mientras mordía el viento como un perro enloquecido y sentía cómo se le hinchaban las mejillas antes de tragárselo. Cualquiera que lo hubiese visto habría pensado que estaba poseído por algún demonio.

Vivían al final de la carretera, en «la salida», cosa que desconcertaba a los turistas porque no había otra salida que el mar. Al pie de la última colina se extendía una franja estrecha de terreno rocoso y, encajada en ella, se alzaba la casa de los Macleod. Era una casa de muros enfoscados, la parte de atrás daba a la ladera, y la fachada al mar. Las buhardillas rompían la línea del tejado de pizarra y el musgo de los canalones era más espeso y luminoso de lo que Cal recordaba. La pintura, de un verde salicornia moteado de sal, estaba adquiriendo un tono gris azulado.

La casa quedaba flanqueada por un cobertizo de techo plano, a un lado, y por una caravana, al otro; ninguno de los dos elementos lograba restarle soledad al conjunto. El cobertizo albergaba el telar de su padre y estaba separado de la casa mediante un sendero

pedregoso. Al principio, la caravana estaba erguida, pero un viento invernal la volcó y dispersó sus contenidos en el mar. Entonces su padre cavó una fosa no muy profunda donde metieron la caravana para que el viento no volviese a arrancarla. La cercaron con un montón de piedras hasta que solo quedó visible la línea del techo, por lo que daba la impresión de que brotaba de la tierra. Aquella primavera trasladaron allí las últimas pertenencias de su madre; John se metía por la claraboya y, poco a poco, iba llenando la caravana con los recuerdos de su mujer. Luego puso encima una piedra pesada y la selló como si fuese una tumba.

La casa se asentaba a la sombra de una colina que se iba desmoronando poco a poco; de hecho, tras los deshielos primaverales, no era raro que el esquisto se partiera y las rocas saliesen rodando hacia el mar. Su abuela tenía la costumbre de bendecir cualquier peñasco que les hubiese perdonado la vida durante la noche, y, por las mañanas, mientras su padre se afeitaba, Cal a veces lo oía entonar una canción de alabanza en la que daba las gracias a la colina por brindarles protección un año más.

Antes de entender lo que era la erosión costera, a Cal siempre le había parecido que la colina jugaba a asustarlos, que avanzaba sigilosamente hacia ellos y los empujaba poco a poco hacia el mar. Con nueve años, después de haber pasado la noche en vela por los dolores del crecimiento, se lo contó a su padre a la mañana siguiente.

John, que estaba masticando una tostada, se quedó pensativo. Luego miró a su hijo y dijo: *«Si algo así pasa, es obra del Diablo. Y si pasa, es porque no rezas lo suficiente».*

La bahía estaba desierta salvo por la barca de los Macdonald. Cal reconocía el casco rojo descascarillado desde lejos. Cuando su padre era niño, solía haber una docena de barcos de arrastre amarrados. Ahora ya no quedaba ninguno y la rampa de botadura se había vuelto resbaladiza por la falta de uso. A esa distancia, Doll parecía una figura de hojalata en una maqueta. Era obvio que no había sido una buena jornada para las nasas.

Doll no levantó la cabeza cuando oyó los zapatos de Cal resonar sobre la piedra. Con sus zapatos buenos de iglesia, se situó en lo alto de la rampa y se deslizó por ella como si fuese nieve recién caída. Era un juego al que habían jugado de niños, un entretenimiento infantil, y seguro que Doll creía que estaba haciendo el tonto. Pero Doll no le estaba haciendo caso, seguía sacando langostas de las nasas. Cal volvió a subir la rampa y se deslizó de nuevo, aunque todo atisbo de diversión se había esfumado ya.

Las langostas eran de un marrón aceitoso con manchas blancas. Doll estaba comprobando su tamaño, separando las grandes de las que todavía eran demasiado pequeñas. De vez en cuando sacaba una regla y medía desde la cuenca del ojo hasta la base del caparazón. Era evidente que no necesitaba la regla para saberlo, pero al usarla, parecía querer demostrar que la experiencia de sus ojos estaba equivocada. Todo en vano. La langosta siempre resultaba ser demasiado pequeña y tenía que devolverla al mar.

—Pensaba que ya estarías con las gambas.

—Aún faltan unas semanas.

Doll ni se molestó en levantar la mirada. Su chaqueta de seguridad naranja confería un brillo antinatural a la parte inferior de

su rostro; el resto estaba lívido, como si se hubiese mareado o tuviese resaca, o ambas cosas.

El padre de Doll era uno de los pocos isleños que todavía operaba un barco de nasas, una embarcación tosca y ruidosa con la que recorría las aguas del Minch casi todas las mañanas para capturar bígaros y cigalas, y revisar las trampas de langostas. Los barcos familiares eran vulnerables en mar abierto, y la dureza del invierno hacía imposible ganarse la vida con eso todo el año. Hubo un tiempo desesperado en que muchos pescadores se arriesgaban a alargar la temporada. Algunos se hacían a la mar y no regresaban jamás.

El joven pescador era más alto que Cal, más ancho y más robusto. A los veinte, su cuerpo aún estaba atrapado en esa lucha entre la grasa adolescente y el músculo. El viento había despeinado su cabello rubio lino, lo que lo hacía parecer más aniñado. Aquel rostro juvenil sobre un cuerpo tan voluminoso le recordó a Cal a los muchachos que conducían los tractores de sus padres: pese a ser apenas unos niños, movían maquinaria pesada desde el campo alto hasta los pastos.

Cal sacó un poco de liquen y lo estrujó para exprimirle las gotas de lluvia.

—Acabo de volver. Mi viejo, de momento, me está dando un respiro, pero está loco por meterme en vereda y esquilarme como a un buen cordero.

Se quitó el gorro y sus cabellos anaranjados se agitaron al viento.

—Joder. —Doll torció el gesto y negó con la cabeza—. Vaya pinta tienes.

Ambos habían formado parte del escaso alumnado —tres chicos en total— de la escuela de Falabay, que solo contaba con un aula.

Cuando Doll cumplió ocho años —Cal tenía diez—, lo pasaron al otro lado de la cinta adhesiva que dividía la clase en dos. Aquel desplazamiento mínimo a la izquierda, apenas un metro, suponía un extraño rito de iniciación hacia la hombría y, para celebrarlo, la maestra suspendió las clases y dejó que los niños hiciesen una hoguera con basura doméstica. En cualquier otro lugar, esos dos años de diferencia habrían supuesto un freno a su amistad, pero allí los había unido la necesidad. No obstante, Cal tenía a menudo la sensación de estar haciendo de niñero, un trabajo por el que nunca cobraba.

La madre de Doll se sentía culpable porque, de sus seis vástagos, solo uno era varón, así que buscó un servicio de suscripción en el continente que le hacía llegar un suministro interminable de películas estadounidenses para su hijo, algo que el padre de Cal no habría consentido en su casa. Las cintas VHS alternaban entre una violencia gráfica y una comicidad casi infantil, y a menudo se desgastaban y se detenían en fotogramas extraños que parecían un poco pornográficos. Ante la falta de otros estímulos, los chicos se pasaban las tardes lluviosas haciendo maratones de cine. Las favoritas de Doll eran *Los Goonies*, *Cazafantasmas I* y *II* y *Uno de los nuestros*. Cal evitaba las películas de John Hughes, aquellas pandillitas de amigos tan felices le dejaban una sensación de aturdimiento y pesadez que le duraba días. Él era más de *Top Gun*, *Desafío total* o *Terminator*. Una tarde de noviembre, mientras veía cómo Arnold Schwarzenegger aparecía desnudo en un aparcamiento con vistas a Los Ángeles, Cal tuvo que ponerse en el regazo uno de los cojines de la señora Macdonald. Al poco le dijo a Doll que tenía diarrea y se

fue a su casa, donde se escondió detrás de la caravana hundida y le rezó a Dios para que lo perdonase.

En los días en que la pubertad lo ponía de mal humor, cuando los efusivos círculos de amigos de las pelis americanas despertaban su envidia, Cal sentía como una especie de opresión por el hecho de que Doll fuese su único amigo. Le decía cosas deliberadamente hirientes para provocar una reacción, cualquier cosa que agitase aquella amistad aburrida y monótona. Cuando Cal lo evitaba, Doll se ponía a corretear por el promontorio como un perro pastor escocés. Cuando por fin encontraba a Cal escondido entre la hierba alta, nunca parecía guardarle rencor.

Motivo por el que su frialdad actual no parecía encajar del todo con su forma de ser.

—¿Estás cabreado con nosotros?

—¿Por qué iba a estarlo? —Doll empezó a apilar las nasas. De vez en cuando encontraba un cangrejo pequeño atrapado en la red y lo lanzaba al agua haciéndolo rebotar sobre la superficie como si fuese una piedra plana. El cangrejo moría en el acto—. ¿Por qué has vuelto? Pensaba que esto se te había quedado pequeño.

—Estoy sin un penique y mi abuela no está bien. —Se rascó el pelo bajo el gorro. La coronilla le sudaba por la lana, pero tenía el rostro entumecido a causa del viento—. No te imaginas lo caro que es todo. Vivía en una buhardilla encima de una cafetería. Un cobertizo para las ovejas es menos cutre que aquello. Sesenta y cinco libras a la semana. Facturas aparte.

Doll dejó de apilar las nasas.

—Y cuando estuviste aquí por Navidad, ¿por qué no te pasaste a vernos? Te vi en la iglesia y de milagro.

—Solo estuve un par de días. Y Ella no me dejaba tranquilo ni un momento. —Doll no parecía muy convencido, así que Cal añadió—: Me daba miedo volver a casa. No sé, que mi viejo me dijera que tenía que quedarme por alguna razón.

Doll echó la cabeza hacia atrás.

—Tal y como lo dices, parece que quedarse aquí fuera algo malo.

La última vez que Cal estuvo en Falabay, se encontró con Doll y su hermana, Isla, en la misa de Año Nuevo. Cal se alegró de verlo, pero Doll ya se mostraba distante por aquel entonces. Le estrechó la mano con formalidad, lo llamó John-Calum, como queriendo dejar atrás sus nombres infantiles. Mientras entraba en la iglesia, enfundado en su mejor traje y con su madre del brazo, Cal imaginó el tipo de hombre recto en el que se convertiría. Imaginó a su esposa devota y obediente, y su camada de hijos isleños de cabello rubio casi blanco.

—¿Estás faenando en el barco todo el tiempo?

—Sí. Pero quiero dejarlo. Me paso el día discutiendo con mi padre.

Sacó un cigarro del bolsillo impermeable. Estaba doblado y trató de enderezarlo. Lo encendió y le dio un calada sin que pareciese disfrutarlo.

—¿Por qué no te vas a Glasgow? Allí podrías cobrar también el subsidio. Y mientras, puedes hacer algún curso de formación o algo.

—Si es tan fácil, ¿por qué no te vas tú?

—Yo la he cagado, tío —Cal se encogió de hombros—. No sabes la de dinero que debo, una locura. Pero tú…, tú podrías hacer algún ciclo técnico, meterte de aprendiz. Hay más mujeres de las que crees en esos centros. En el de Inverness tienen cursos para peluqueras y comadronas.

Doll bufó.

—Mi padre no va a dejar que me vaya ni muerto.

Al único chico de una casa llena de hermanas no lo iban a dejar marcharse así como así, no mientras el barco no estuviese pagado del todo y no hubiese nadie que heredara el *croft*.

—¿Y tu coche? ¿Has conseguido que funcione?

—Que va, es un montón de chatarra. Arreglo una cosa y se rompe otra.

—Tú no te rindas. Seguro que dentro de nada puedes ir a Stornoway y volver —dijo Call en un intento por arrancarle una sonrisa—. A las chicas de ciudad les va la marcha.

Doll negó con la cabeza.

—Las tías pasan de mí. He estado en todos los bailes del colegio y en todas las putas comuniones y siempre lo mismo. ¿Quién quiere acabar con un chico de Falabay? Todas van buscando el dinero del petróleo y una casa con dos baños. Para ellas, casarse conmigo sería una condena.

Aquellas chicas tan buenas y piadosas tenían un instinto animal para detectar el fracaso. Ya que su única aspiración en la vida era casarse con un hombre y criar a sus hijos, debían elegir a ese hombre con sumo cuidado.

Doll metió la mano en la bolsa de trabajo y sacó una lata de McEwan's Export. No le ofreció ninguna a Cal.

—¿Un traguito para animarte? —preguntó Cal.

—Nah. Para mantener el tipo. —Bebió un sorbo—. Ya me he tomado una para ponerme en marcha, otra para venirme arriba, otra para espabilarme y otra para entonarme.

Cal buscó el sol del mediodía. Estaba oculto tras unas nubes densas.

—Tengo que ponerme al día. Cuando acabes aquí, podemos ir a tomarnos unas birras.

—Con esto me basta —dijo Doll mostrándole la lata.

—Venga, hombre. Por los viejos tiempos. Seguro que Ella me deja algo de dinero.

—No, gracias.

Doll subía y bajaba con los vaivenes de la marea. Eso obligaba a Cal a asentir como un idiota mientras intentaba sostenerle la mirada.

—Doll… ¿He hecho algo que te molestara?

—No has hecho nada. Absolutamente nada. Te largaste cuando te dio la gana. Y ahora apareces y esperas que todo siga igual. —Tiró el cigarrillo medio fumado al mar—. Así que perdónanos, chico de universidad, si nadie tiene ganas de montar un *cèilidh* en tu honor.

Cal sintió la vergüenza como un bofetón. Le dieron ganas de frotarse la cara. Se dio media vuelta con intención de irse, pero se resbaló con el musgo y se dio un golpe en la rodilla. Siguió cojeando hasta lo alto de la rampa.

Miró hacia la carretera. Solo había dos direcciones: la casa o el horizonte.

Se volvió hacia Doll.

—Si quieres, te la chupo.

Sus miradas se cruzaron un instante.

Doll parecía incómodo mientras retomaba sus quehaceres con las nasas. En realidad, el trabajo de la mañana estaba hecho, pero prefería esperar a que Cal se fuese antes de pisar tierra firme.

La mesa de la cocina estaba cubierta de extractos bancarios con saldo negativo, documentos del préstamo estudiantil y una carta de aspecto alarmante de una compañía de tarjetas de crédito que en otro tiempo hablaba con un tono amable y servicial, «cualquier cosa que necesite, no dude en pedírnosla». Su padre, que nunca había comprado nada que no pudiese pagar al contado, se había tomado la molestia de desplegar los papeles y dejarlos boca arriba. Expuestos como si estuviesen en un museo.

—*Algunas mañanas llegan dos y hasta tres cartas* —dijo—. *Nunca había visto nada igual*.

—No puedo ocuparme de eso ahora. Por favor.

Cal recogió los papeles y los metió en un cajón. Se sentó a la mesa y se sirvió un plato de estofado.

—*Estaba pensando en comprar más ovejas*.

Era una sugerencia que no requería respuesta. Le hizo saber a Cal lo desesperado que estaba. Las ovejas no daban dinero, ni por la carne ni por la lana. Ella les sirvió *dumplings* de la pesada sartén negra. Cal se ofreció a sostener la sartén, pero su abuela lo apartó con un gesto con la mano.

—Me he pasado el día metida en la cocina y ahora llega el caballero andante a salvarme —dijo y dejó caer cuatro bolas blancas y grasientas del estofado en el plato de Cal, sin reservarse ninguna para ella.

Cal estaba sentado entre su padre y su abuela en el banco que John había atornillado a la pared. Inclinaron la cabeza, unieron las manos y su padre comenzó a bendecir la mesa. Mientras daban gracias, Cal volvió a abrir los ojos y observó el reflejo de los tres en

la pantalla gris del televisor. Ella estaba mirándolo. Se sacó la dentadura postiza inferior y su rostro adoptó una expresión grotesca. Cal tuvo que toser para disimular la risa.

—Amén —dijo John y lo miró de reojo.

Cuando Cal estaba en casa, su padre tenía la costumbre de hablarle en gaélico aunque eso dejase a Ella fuera de la conversación. A menudo, John y Ella acababan hablando a la vez, en idiomas distintos, como una película extranjera mal doblada.

Desde su regreso, las conversaciones en torno a la mesa habían fluido con facilidad. Era como si se les hubiesen acumulado los temas pendientes y ambos agradeciesen tener al fin a alguien con quien debatirlos. Para su abuela, ningún asunto era demasiado trivial como para no mencionarlo. Charlaba sin parar sobre Anna Ahearn y el gato de la difunta madre, mientras su padre, sentado al otro lado, le daba la lata con una hebra de tweed que, según él, era endeble y venía mal hilada de fábrica.

Hablando a dos bandas en inglés y en gaélico, Cal hacía lo posible por seguirles el ritmo a ambos, hasta que entendió mal a su abuela y le pidió que repitiera.

—¿Qué?

—Prolapso —dijo—. Se le salían las tripas a la pobre criatura.

John puso la mano sobre la de Cal, como queriendo poner fin a una conversación tan vulgar.

Cal había visto una obra de teatro *amateur* durante el Fringe en el que seis actores sentados en un escenario oscuro hablaban consigo mismos sobre la guerra de las Malvinas, cada uno soltaba su propio monólogo al público. Le sobrevino una nostalgia extraña.

Vio que su abuela estaba machacando su comida en el plato y se preguntó si le molestarían de nuevo los dientes. Entonces ella le preguntó:

—Y tú, ¿cocinabas mucho cuando estabas en la universidad?

Le horrorizaba y fascinaba a la vez la papilla que estaba haciendo su abuela con los *dumplings*.

—No. Nadie fregaba los platos. Una vez vi a un tipo coger un plato sucio, darle la vuelta y servirse el curri encima.

Su padre estaba rebañando el estofado con el cuscurro de una barra de pan blanco.

—He hablado con Fiona, de la fábrica principal. Por lo visto les ha entrado un pedido de una empresa japonesa. Nada complicado, pero es grande. Dos diseños distintos. Feísimos. Ni un solo color que se haya visto jamás en la naturaleza. Lo quieren para mediados de noviembre.

—¿Necesitan a gente?

Ella habló por encima de John, como si no lo hubiera oído, lo que, en cierto modo, era cierto.

—Hoy has visto a Doll, ¿no?

Cal suspiró y miró a su abuela.

—¿Y tú cómo te has enterado?

John se chupó la salsa de los dedos y dijo:

—No puedo decir en la fábrica que me estás ayudando, no sea que los demás tejedores se molesten. Pero podemos echar las cortinas y turnarnos en el telar. Así entraría más dinero en casa. Además, es una pena que el telar se quede parado por la noche.

—Pero, papá, eso es hacer trampa.

Los tejedores tenían un código estricto: un telar por casa, un tejedor por pieza. Era posible obtener una licencia familiar, pero eso implicaba que los miembros debían trabajar paños distintos y esperar a que cada uno terminase el suyo antes de que otro pudiese empezar. Es decir, debían turnarse cada semana, cuando en realidad lo que necesitaban era aumentar la producción y sacar algo más de trabajo cada día. Era un sistema igualitario concebido para que todos los isleños tuviesen la oportunidad de ganarse modestamente la vida y evitar que nadie acaparase la producción mediante métodos automáticos o subcontratando a terceros. También pretendía garantizar la calidad de los tejidos y asegurar que cada metro pudiese atribuirse a un único tejedor, no a dos, por mucho que sus manos se pareciesen.

Con la propuesta que acababa de hacerle a su hijo, John sabía que estaba quebrantando el código y que eso podría costarle tanto la licencia como la reputación. Pero ya se había reconciliado con la zozobra espiritual que le provocaba esa artimaña. La reconciliación había tenido lugar una fría mañana de febrero, cuando se les acabó el gas y ni John ni Ella tenían dinero para comprar más bombonas.

—Tengo mis fuentes. —Su abuela se dio unos golpecitos presuntuosos en la nariz—. ¿Te ha dicho Doll que su madre tiene varices?

—No. Menos mal. —Cal volvió a mirar a su padre—. *Ya te diré los turnos que puedo hacer. Pensaba hablar con Flash, por si necesitaba ayuda en la posada*.

John gruñó.

—¿Cómo que ya me dirás los turnos que puedes hacer? Aquí el que dice el trabajo que hay soy yo. Y tú te organizas como puedas.

Punto.

Su padre era como una marea inagotable.

—Te lo agradezco. Pero me gustaría ver primero lo de la posada y luego te digo cuánto tiempo me queda para tejer.

Ella comía con la boca abierta sin dejar de parlotear.

—Ya te digo, un horror. Tiene las venas hinchadísimas. Duele solo de mirarlas…

—¡¿Quieres PARAR de interrumpirme?! —John golpeó la mesa con el puño.

Se quedaron un rato en silencio, avergonzados, sin querer provocarlo más.

John pensaba que Ella derrochaba las palabras. Decía que era como si alguien dejase el coche al ralentí al entrar en una tienda en vez de apagar el puto motor y dejarlo descansar.

John se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Cómo es posible que después de cuarenta y ocho años no hayas aprendido ni una palabra en gaélico? Pareces una extranjera vaga hablando todo el santo día en inglés.

—Papá —dijo Cal en voz baja—, venga, ya está bien.

Durante una época, a John le intentaron extirpar el gaélico de la cabeza. El maestro de la pequeña escuela parroquial les pegaba en el dorso de la mano a los niños que se atrevían a hablar la lengua antigua, decía que era el idioma de los campesinos, que, en el fondo, es exactamente lo que eran. En la actualidad, cuando John hablaba inglés, su pronunciación era impecable, más pura que el escocés de Ella. No tenía ninguna marca dialectal del continente, y su cadencia melódica ocultaba la amargura que sentía por tener que

hablarlo. Su elección de usar el gaélico era a menudo territorial, una forma de reclamar a Cal como algo suyo y de nadie más.

Ella expulsó aire por la nariz y Cal buscó su reflejo en el televisor. La tomó de la mano, pero ella levantó el tenedor.

—¿No entiendes por qué no hablo gaélico, verdad? Pues yo no entiendo por qué no te he echado ya a patadas. Ya ves, el mundo está lleno de misterios sin resolver.

—Mi padre estaba diciendo que en la fábrica ha…

—¡No necesito que nadie me traduzca! —dijo John y dio otro un golpe en la mesa.

Cal apartó el plato. Se metió debajo de la mesa como un niño desobediente y salió por el otro lado. Lo miraron con cierta incredulidad mientras se remetía el pelo por detrás de las orejas e intentaba recuperar la dignidad.

—Voy a ver a Flash, a ver si puedo hacerle algunos turnos. Necesito salir de esta casa, papá. No puedes tenerme aquí atado como a un perro, todo el día de aquí para allá.

Señaló su dormitorio, el cobertizo del telar y la mesa de la cocina.

Ella se estaba sacando un nervio de carne de entre los dientes.

Había una nueva grieta en la pared de yeso, sobre la cabeza de John. Cal vio que había crecido desde la última vez que estuvo. El armazón estaba empezando a ceder, no había forma de reparar nada, la casa estaba atravesada por una especie de relámpago que se movía a cámara lenta.

Cal se frotó el pecho. El cordero se le había quedado atascado en la garganta.

—Voy a ver a Flash y te digo lo que sea, ¿vale?

John se sirvió una taza de té amargo de la tetera amarilla. La lentitud con que lo hizo parecía deliberada. Intentaba calmarse, pero solo conseguía enfurecer a Cal.

—¿Y cuándo piensas rezar?

John les leía fragmentos de la Biblia casi todos los días, por la mañana y por la noche. Reflexionaba a fondo sobre las Escrituras y sobre cómo aplicar la palabra del Señor a sus vidas. Elegía el pasaje que más se adecuaba a la tarea que tuviesen entre manos, según la época del año: el afable Lucas para el parto de las ovejas, Gálatas para la misericordia de Dios al final del año. Todo tenía un ritmo y una estructura, como el patrón de una tela. Para las noches, su padre solía recurrir a Mateo y a Pedro.

Mientras John les leía la Biblia, Ella se ponía a colorear viejos cuadernos de princesas y hadas regordetas que danzaban sobre hongos venenosos, cosas infantiles que Cal ya no utilizaba y que para ella suponían una forma de meditación.

—No pasa nada si no rezo una noche.

—Quédate. —Cal se dio cuenta de que su padre estaba intentando tranquilizarse. Cerraba y abría la mano izquierda para regularse el pulso—. Puedes ver a Flash por la mañana.

Cal negó con la cabeza. Fue al pasillo y volvió con las botas.

—Deberíamos tomar vino durante la cena. Si vamos a cenar juntos todas las noches, al menos deberíamos tener vino, y charlar como personas normales, no esta locura de ahora inglés, ahora gaélico. Deberíamos beber vino, disfrutar de los sabores y de la compañía.

—Mira tú qué bien —dijo Ella.

—¿Vino? —preguntó John.

—Sí. Chardonnay. Y, no sé, Marlow con el cordero.

—¿Marlow?

—Eso es lo que hacen las familias normales. Si vamos a sentarnos a esta mesa todas las noches, quiero que sea algo que nos apetezca de verdad. Seguro que Dios lo vería con buenos ojos.

—¿Ah, sí?

Cal miró a su abuela buscando una aliada y siguió diciendo:

—Podríamos hablar de cosas de verdad. Leer el periódico y que cada uno comente algo. Tener una conversación en condiciones. Sobre política, arte, libros… Papá, a ti te gustan los libros. Y todo en inglés.

—Lo que me faltaba a mí ahora es ponerme a hacer deberes —dijo su abuela.

—*No vayas a la posada* —dijo John dando golpecitos sobre la mesa para captar la atención de Cal—. *Quiero que reces con nosotros. Te has apartado del camino*.

Cal se dejó caer en un sillón y se puso las botas.

—¿Hoy toca Mateo? —preguntó.

—*No*. Deuteronomio.

Mientras se ataba las botas con fuerza, Cal comenzó a recitar de memoria el Deuteronomio en un gaélico arcaico, con tono plano y un poco más rápido de lo debido:

— *Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obedeciere…* —Se metió la camisa por dentro del pantalón—*; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y*

borracho… —Untó una rebanada de pan con mantequilla y la espolvoreó con azúcar—*. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá.* —Dobló el pan por la mitad y le dio un mordisco. El azúcar crujió entre sus dientes.

Cal no se atrevía a mirar a ninguno de los dos a los ojos.

Estaba seguro de que su abuela estaba sonriendo.

La casa estaba repleta de estanterías. Encontró el ejemplar de *La fábrica de avispas* justo donde su madre lo había dejado dos navidades atrás, sin cubierta de tanto amor. Lo cogió y lo metió en la bomber de otro hombre. Luego se colgó la bolsa al hombro y salió a la llovizna.

Flash había convertido su casa en una posada sin encanto. Se trataba de una vivienda anodina con la fachada de grava vista construida en los años treinta y ampliada posteriormente por la parte de atrás. Las habitaciones de arriba, donde antes dormían sus hijas, se alquilaban de vez en cuando a algún excursionista. Había transformado la parte delantera en una especie de refugio, un bar clandestino donde los hombres del lugar podían tomarse una pinta tranquila, vecinos que habían estado bebiendo gratis hasta que Flash se dio cuenta de que podía montar una barra de madera y cobrar por ello. Nunca se había molestado en obtener la licencia pertinente.

Lo llamaban «Flash» desde la noche en que le dio por contonearse al ritmo de una canción de Boney M. Su cuñado, Shockie, que estaba un poco resentido por su propio mote —se lo pusieron cuando, después de un viaje a Edimburgo, exclamó: «¡Menudo

shock cuando vi esos precios!»—, fue quien vio a Aonghas bailando por la sala. «¡Eh, Flashdance, haznos una pirueta!», gritó. Y en ese mismo instante todos los hombres rompieron a reír y Aonghas Calder quedó rebautizado como «Flashdance» para el resto de su vida.

Cal se caló el gorro sobre las orejas antes de entrar a ver a Flash. Esperaba poder echarle una mano como cuando estaba en el instituto: tareas sencillas como limpiar los baños, hacer camas o pasar la aspiradora por la moqueta pegajosa. A Flash le sabía muy mal decepcionarlo, pero bajo la atenta mirada de su mujer, Jeanie, se vio obligado a admitir que no podían permitirse ayuda. Varios forasteros del continente habían comprado los *crofts* de alrededor, que se quedaban vacíos la mayor parte del año, por lo que cada vez les resultaba más complicado mantenerse a flote con apenas una veintena de parroquianos y los escasos turistas que se dejaban caer de vez en cuando. Le sirvió a Cal una pinta templada y sin gas para darle la bienvenida. Cal la fue apurando poco a poco, no tenía dinero para pedirse otra, y Flash no se ofreció a rellenarla.

Después bajó hasta la rampa del embarcadero y se sentó con las piernas colgando sobre el agua. Se puso a leer un rato, pero ya había leído ese libro muchas veces. Bajo la luz del atardecer, rebuscó en la bolsa y sacó el periódico que había comprado para el viaje de vuelta. Había rodeado el horóscopo de Ella: «Momento propicio para perseguir tus sueños y alcanzar la fama». Luego pasó a la sección de empleo. Ya la había mirado cuando vivía en Edimburgo y, al repasarla ahora, se deprimió ante la cantidad de ofertas de esquemas piramidales. Parecía que el mundo solo necesitaba vendedores de azulejos y operadores de líneas eróticas.

Sus ojos se detuvieron en los anuncios de contactos y empezó a leerlos por matar el rato. Después de páginas y páginas de hombres que buscaban mujeres, había una breve columna de hombres que buscaban hombres. Todos parecían ser tipos de mediana edad provenientes de pueblos pequeños. Decían que querían «amistades duraderas» y anhelaban algo «sincero», una palabra que se repetía una y otra vez.

Los anuncios eran muy directos porque los hombres pagaban por palabra. Y estaban desprovistos de encanto porque habían perdido toda esperanza. Hacían una descripción sucinta de quiénes eran y enumeraban las cosas que esperaban a cambio. Quizá habían aprendido que lo mejor era ser honestos y por eso no adornaban en exceso sus cualidades. «Guapo», «musculoso» o «sexy» eran adjetivos difíciles de encontrar. En su lugar, abundaban los calificativos poco halagüeños como «normal», «delgado» o «agradable». Enumeraban sus atributos físicos como si fuesen bicicletas de segunda mano o sofás viejos, tal vez un poco gastados, pero resistentes, fiables, capaces de aguantar unos cuantos años más en buenas condiciones. Cal sabía que si un hombre decía que era «noble» o que tenía «buen corazón» es porque era poco o nada agraciado.

El bochorno y la risa cruel se alternaban en su fuero interno mientras recorría la columna con el dedo. No sabía por quién sentía más lástima, si por aquellos cuya soledad les había permitido cultivar intereses extraños y muy específicos —Renée Fleming, la arquitectura morisca, el turismo fluvial por la red de canales del Reino Unido—, o por los que no tenían ningún interés y se limitaban a elaborar una lista de verbos: caminar, viajar, leer. La mayor parte

de la columna estaba dominada por hombres que llevaban meses renovando el mismo anuncio insulso a una tarifa reducida. Reconoció a los habituales: un aficionado al teatro de cincuenta años de Oban y un policía jubilado que parecía tan huraño como su padre. Pero entonces vio uno que parecía completamente fuera de lugar:

> H × H.
> Varón, 28, zona de Inverness.
> William. De un pueblo aburrido donde no para de llover.
> Busco a mi Johnny Marr.
> Exjugador de rugby. Alto. Pelo corto castaño. Sincero.
> *No reinonas tipo Madonna.
> Apartado de correos INV3553

Iba calado hasta los huesos cuando llegó a casa. Estaba a oscuras, su padre y su abuela ya se habían acostado. Una vez en su cuarto, cogió la almohada y tapó con ella la rendija de la puerta. Luego colocó un espejo de mano sobre el escritorio. Era el espejo que usaba su padre para afeitarse, el mismo sobre el que Cal, a los catorce años, se había agachado para descubrir el confuso placer de su propio esfínter. Se miró en el espejo mientras redactaba la respuesta.

La primera vez que conoció a otro hombre gay fue en la universidad. Hasta entonces pensaba que eran criaturas míticas o algo así. A partir de los catorce años, la mayoría de los chicos de las zonas rurales tenían que vivir en residencias para asistir al Nicolson Institute, el gran instituto de Stornoway. Pero aquellas residencias mugrientas no tenían nada que ver con los internados del

continente. En ellas no había espacio para la clase de experimentación que, entre los ingleses ricos, parecía surgir de forma natural, casi garantizada. Todos los muchachos de las islas eran hijos de padres austeros, de mentalidad práctica o, peor aún, de presbíteros protestantes.

Durante un tiempo circuló el rumor de que en una de las islas católicas vivía un chico gay. Un joven de Vatersay, la más meridional de todas las Hébridas Occidentales, un lugar tan remoto que los reformadores que llevaron el protestantismo a las islas, mareados ya de tanto oleaje, habían pasado por alto. Cal oyó a Shockie decirle a Beady que aquel homosexual era exactamente lo que merecían esos católicos, los cuales —según él— eran unos pedófilos romanistas que decoraban sus iglesias como si fuesen palacios rusos.

A los catorce años, Cal empezó a soñar con aquel chico. Estuvo meses pensando en él. Calculaba las horas de viaje necesarias para llegar a su isla, anotaba todos los horarios en la solapa interior de su cuaderno de geografía y sumaba el coste del autobús-ferri-autobús-autobús-ferri-autobús que tendría que tomar para reunirse con él. Aquello le ofrecía una esperanza leve, la sensación de estar perdido en la carretera y divisar una luz a lo lejos.

Hacía años que no se acordaba de aquel chico. Deseó que fuese feliz.

Volvió a leer el anuncio antes de estudiar su propio rostro en el espejo. Se levantó el jersey y contempló su pecho pálido y lampiño, sus pezones tímidos y hundidos.

Querido William:

No sé muy bien ni por dónde empezar. No suelo escribir muchas cartas, así que, por favor, no me lo tengas en cuenta. La verdad es que nadie me ha

pedido nunca que me describa. Todo el mundo cree saber todo lo que hay que saber sobre mí.

Tengo casi 23 años. Tengo los ojos (más o menos) verdes; el pelo (más o menos) castaño y (más o menos) largo. Soy alto, probablemente demasiado. Delgado, pero no estoy en los huesos. Alguien me dijo una vez que tengo cuerpo de nadador, pero la verdad es que no sé nadar (una pena, porque vivo en una isla y estoy rodeado de agua). Nunca le había escrito a nadie del periódico, pero no sé, tu anuncio me llamó la atención y pensé: a la mierda, ¿por qué no? No he salido del armario, así que tengo que ser discreto. Si me contestas, por favor mete la carta en un sobre que no llame mucho la atención.

Me encantan los Smiths (incluso Morrissey, aunque sin Johnny no es lo mismo). Me gustan mucho los Stone Roses, Inspiral Carpets, Jesus and Mary Chain, Gene y algo de Northern Soul.

Acabo de terminar diseño textil en la escuela de arte y estoy viviendo de nuevo en la isla hasta que pueda mudarme. ¿Al sur? ¿A Glasgow? ¿A Londres quizá? Mientras tanto, estoy trabajando para mi viejo. Coso, hago punto, serigrafía, bordados… No es muy sexy, lo sé, pero si alguna vez necesitas un cojín para regalárselo a tu tía por Navidad, soy tu hombre. En fin, contéstame, por favor. Aquí me aburro como una puta ostra.

Le deagh dhùrachd. (Ah, y hablo gaélico).

CAL X

P.D.: Una cosa más: me han dicho que tengo buenos muslos. Por más que busques, nunca encontrarás mejores piernas que las de un tejedor.

Se lo pensó mejor y tachó la «x». Luego coloreó el garabato hasta convertirlo en un horrible dibujo de Morrissey sosteniendo un tulipán mustio.

A CÒIG / CINCO

Ella recogió la ropa húmeda que Cal tenía desperdigada por el cuarto. Ralló un poco de jabón carbólico y le lavó la ropa interior, llena de agujeritos, en el fregadero. Mientras frotaba las manchas, se puso a cotillear con las ovejas que se habían congregado detrás de la casa. Ella balaba algo y esperaba a que los animales respondiesen, y luego balaba alguna cosa más. A todos los efectos, parecía una conversación fascinante.

Cuando hacía mal tiempo, las ovejas se acercaban a la casa, que se inundaba de sus balidos y del tintineo hueco de los cencerros metálicos. El aire se impregnaba de una humedad verdosa y la cocina se agriaba con el hedor de la lana mojada y grasienta. El rebaño, presa de un apetito irreflexivo, devoraba la hierba hasta las raíces. Y cuando Cal veía la casa desde lejos, siempre le sobrevenía la sensación de que era un meteorito que había arrasado con toda la vida de alrededor.

Cal escuchó el parloteo de su abuela mientras bajaba las escaleras sentado, deslizándose escalón tras escalón. La pintura crema de los peldaños se estaba descascarillando y podían verse algunos destellos de azul huevo de pato. Era un color que le traía recuerdos del pelo suelto de su madre, de las puntas manchadas de pintura. Se sentó en el último peldaño y se puso a arrancar un desconchón hasta que asomó más azul. Tenía en mente ir a visitar a su madre,

pero seguro que alguien le había dicho ya que él estaba aquí, y le producía una satisfacción mezquina la idea de imaginarla esperándolo junto a la ventana, pendiente por si aparecía por la colina.

Llegó al pasillo. La casa no había cambiado nada desde los años cincuenta. A la derecha estaba el salón bueno, que rara vez se usaba. Toda la vida familiar transcurría a la izquierda, en una estancia alargada que daba cabida a la cocina, al fondo, y a una sala de estar, delante. Este espacio estaba abarrotado de muebles, resultaba asfixiante, y por mucho que Ella limpiara, siempre había montañas de trastos a punto de venirse abajo. La cocina tenía armarios pintados. Unos alargadores naranja brotaban de los enchufes y serpenteaban por los rodapiés.

Fue a la cocina y, sin dar los buenos días, metió la mano en la panera.

Ella chasqueó la lengua.

—Si estás aburrido, ¿por qué no vas a ver a algún vecino? Si quieres, puedo hornear unas galletas…

—¿Quién ha dicho que esté aburrido? Y tengo veintidós años, no voy a ir de puerta en puerta repartiendo las galletas de mi abuela. Vaya ocurrencias tienes. —Apenas unos meses atrás había estado en el sindicato de estudiantes debatiendo sobre el ascenso de Tom Ford en Gucci—. Oye, ¿por qué estás tan morena?

—¿Estoy morena?

Ella sonrió mientras giraba la muñeca. La parte exterior del brazo estaba bronceada; el interior, en cambio, era del color del jamón crudo. A la luz de la mañana su rostro tenía un tono cetrino, como si lo hubiese metido en un caldo aguado.

Cal se estaba empezando a preocupar por los riñones de su abuela cuando esta lo agarró de la mano y lo llevó a rastras a la despensa.

Su abuela se había quedado viuda el mismo año en que John y Grace se casaron. Tras la boda, se fueron a vivir con Ella a la casa del *croft* que había pertenecido a la familia de su difunto marido durante generaciones. Cuando Grace se quedó embarazada, Ella cedió el dormitorio principal a los recién casados, y John amplió la despensa de la cocina, apenas unos metros, para convertirla en un dormitorio. En pocos meses, su abuela había pasado de ser la señora de la casa a la mujer del armario.

Cal nunca había conocido la sensación de entrar en la cocina sin que su abuela estuviese allí. Incluso en mitad de la noche, el sonido de sus pasos podía hacerla salir renqueando de su cuarto como una vieja criada victoriana. Parecía estar siempre despierta, y si él le decía que no se preocupara, que podía calentarse la leche él solo, su abuela se quedaba rondando con el gesto torcido. Los hombres se habían acostumbrado a dejar que ella lo hiciese todo: cada taza de té, cada refrigerio, aparecía siempre ante ellos de forma milagrosa.

Ella abrió la puerta de su dormitorio. La cama estaba encajada bajo los estantes de la despensa, los cuales, en lugar de latas de sopa y granos secos, albergaban novelas románticas, madejas de lana y una colección de figuras de cristal, ositos en su mayoría.

En un rincón había una lámpara plateada, muy grande, orientada hacia el interior. Sus curvas metálicas y futuristas desentonaban con el carácter humilde de la habitación. Ella la encendió y el espacio se llenó de una luz cegadora, atómica. Soltó una carcajada cuando Cal se tapó los ojos con las manos.

—Me he comprado una cabina de rayos UVA.

Lo normal habría sido colocar el aparato sobre la cama, pero Ella lo había dejado en una esquina con el haz apuntando hacia el centro del estrecho cuarto. Se quedaron de pie bajo su luz azulada, con los ojos cerrados y la barbilla en alto, como si esperasen la unión mística con Dios. El mar, el viento, los lamentos de las ovejas, todo se disolvió bajo el zumbido de los tubos incandescentes.

Ella lo apagó.

—No voy a poner un salón de belleza. Tampoco pienso dejar que lo uses, eh. Y no lo menciones delante de tu padre. Me pasé seis semanas aguantando sus caras largas.

Cal se acercó una Biblia imaginaria a su pecho desnudo y alzó la otra mano al cielo. John Knox en calzoncillos.

—Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, esa será alabada.

Ella lo sacó de su cuarto a empujones

—Es que me gusta cómo me sienta. Me hace feliz.

—Esperemos que el reverendo Rose no te vea las marcas del bañador.

—El problema es que todavía eres muy joven y no entiendes que no siempre mostramos la misma cara a todo el mundo.

Ella, que había nacido y crecido en Glasgow, llegó a las islas después de la guerra. Como «recién llegada», no tardó en aprender a adaptar su rostro a la persona que lo miraba. Solo con Cal se mostraba irreverente, desdeñosa, indolente. Solo con él decía todo lo que se le pasaba por la cabeza.

Su abuela se dio media vuelta y lo miró.

—¿Tienes palabras nuevas para mí?

—Sí.

—Pues dímelas, dímelas —dijo Ella con ojos suplicantes y le puso las manos en el pecho.

—Priápico —pronunció Cal con claridad y enseñando los dientes.

Ella retrocedió.

—¿Pri-á-pi-co? ¿Y qué significa eso?

—Un hombre que va siempre con la picha tiesa.

Ella soltó un grito de deleite.

—¡Deletréalo! ¡Deletréalo! —Cal se lo deletreó y Ella se tomó un momento para grabárselo en la memoria—. Oh, me encanta. Suena tan grandilocuente.

Cuando Cal era niño, Ella lo llevaba a pasear por la orilla, donde buscaban trozos de ámbar gris putrefacto. A solas, arrullados por el susurro del mar, su abuela le regalaba palabras obscenas con la condición de que no las repitiese jamás delante de su padre. Comemierda, gilipollas, bujarrón, soplagaitas, cipote, tragasables, puta. Bajo el viento cortante, el rostro de su abuela cobraba vida con expresiones de burla o amenaza mientras se esmeraba en pronunciar cada palabra con claridad y le enseñaba a Cal cómo debía colocar el cuerpo al decirla.

«Huelecalzones», le dijo ella en cierta ocasión.

«¿Qué?».

«Hue-le-cal-zo-nes. Gente a la que le gusta oler la ropa interior usada».

Cal estaba agradecido de que el viento le hubiese puesto las mejillas rojas.

«¿Pero se escribe junto o separado?».

«¿Y yo qué coño sé? Tú procura que nunca te llamen eso. Ni pajillero, ya que estamos. —Tocó un pegote viscoso con la punta del zapato. A veces, el aceite de palma solidificado que arrastraba el mar podía confundirse con ámbar gris—. Ahora bien, "puta" es una palabra difícil de dominar. Cambia de significado según la frase en la que vaya. Pero es muy útil».

Ella repasó todas las entonaciones posibles de la palabra e hizo que Cal la imitara una y otra vez de cara al mar, parecían dos chiflados con síndrome de Tourette. Su abuela le contó que estaba loca por que alguien le dijese puta a la cara. Lo cual, decía, era preferible a las sonrisas falsas y apretones de manos desganados que solía recibir.

Lo inició en el arte de la irreverencia porque «a ninguna mujer le gusta un hombre soso». Al principio parecía que su única intención era contrarrestar la rigidez de su padre. Pero cuando se hizo algo mayor, Cal se dio cuenta de que Ella no tenía amistades reales y que tal vez quería convertirlo en el amigo que tanto necesitaba.

Ella murmuró «priápico» para sí mientras frotaba las manchas con jabón carbólico. Cal se acercó a su abuela y la apartó con suavidad. Puso la boca bajo el grifo de agua fría y sació su sed. Tras la ventana de la cocina, en el extremo opuesto del camino de guijarros, escuchaba tejer a su padre. El ritmo constante le hizo saber que el trabajo avanzaba solo, sin interrupciones por enredos ni roturas.

Ella señaló con la cabeza hacia las ovejas.

—¿Ves esa oveja? ¿La de la marca rosa? Se llama Ishbel. —Había un montón de ovejas arremolinadas en el recoveco que formaba la casa. Todas miraban en direcciones distintas; sus cráneos, vacíos de preocupaciones. Todas excepto Ishbel. El rostro negro y curioso de

Ishbel se alzaba sobre la marea de lana apelmazada de color crudo. La oveja marcada tenía los ojos clavados en la ventana, como si estuviese escuchando la conversación—. Yo no salgo mucho, así que la pequeña Ishbel me mantiene al tanto de todo. Me cuenta lo que pasa por allí arriba.

—Te van a quemar en la hoguera.

Ella soltó una risita mientras le entregaba una taza de té.

—Ishbel me ha contado lo que hiciste anoche. Me ha contado que tomaste una cerveza y que luego te sentaste en el embarcadero, en la oscuridad. ¿Por qué demonios harías algo así?

—Estaba contemplando las estrellas.

—Bueno, allá tú, pero antes o después me acabaré enterando. —Reanudó el ahogamiento de la ropa con sus manos nudosas—. La pequeña Ishbel es la nueva oveja guía.

—Imposible —dijo él—. Los carneros castrados son los que hacen de guía porque son más mansos.

—Sí, tuvimos un carnero guía hasta la Navidad pasada. Pero tu padre se dio cuenta de que el rebaño no le hacía caso y prefería seguir a la vieja Ishbel.

—Noticia de última hora —dijo Cal—: El feminismo llega a Falabay.

—Pues tu padre le dio el finiquito al pobre carnero. Acabó convertido en comida para perros.

Cal se puso de puntillas para ver mejor. Vio a la oveja desdentada y, como estaba aburrido, imaginó aquello como un triunfo maquiavélico. Tal vez la vieja Ishbel sabía que le faltaba poco para acabar en la olla y había orquestado la caída del carnero para robarle el puesto.

—¿Ves? —dijo Ella—. Podemos hacer todo lo que hacen los hombres.

—Cierto —convino él—. Thatcher pisoteaba los derechos de la mujer, apoyaba el *apartheid* y solo se rodeaba de señores poderosos. Un hombre no lo habría hecho mejor.

Cal estaba pensando en Ishbel como imagen del eslogan feminista «*We can do it*» cuando Ella se puso de rodillas. Mientras su abuela buscaba algo en el armario bajo el fregadero, él aprovechó para mirarle los pies; eran de un lila pálido y tenían una textura calcárea, como las pastillas de azúcar Parma Violets. Parecían pies necesitados de una horita en remojo.

—¿Cómo estás? —preguntó Cal—. ¿Cómo va tu salud?

—Bien —dijo ella—. Un poco de sol no me vendría mal. Un amante italiano me vendría aún mejor.

Gruñó al levantarse del suelo. Usó el dobladillo de la falda para quitarle el polvo a una caja vieja antes de dejarla encima de la mesa de la cocina.

Por el peinado de la mujer de la caja, Cal dedujo que el tinte era de los años ochenta. La impresión estaba desvaída, y el papel, curvado debido a la humedad del grifo que goteaba y enmohecía todo lo que había debajo del fregadero. El tinte llevaba años ahí, así que debía de ser de su madre. Fue ese pensamiento el que lo animó a cogerlo para verlo de cerca. «CENIZA OTOÑAL». No sabía nada de árboles, pero era el color más apagado y sin vida que había visto jamás. Le dio un capirotazo como si fuese un disco de hockey. Salió volando sobre la mesa.

—No sabía que en la tienda vendieran cosas de contrabando —dijo y, al pensar en su madre, preguntó—: ¿Y cómo está? ¿Cómo

está mi querida *mamaidh*?

—Ah, muy bien —dijo su abuela—. ¿Por qué no vas a verla? Te está esperando.

—Ya iré —gruñó—. Dame un tiempo, ¿vale? —Se recolocó los huevos, tomó la novela de Iain Banks y se dejó caer en el sillón más cercano al hogar—. Está lejísimos. Y además tengo que prepararme para el sermón que me va a soltar mi señor padre.

—Deja de poner excusas.

—¿Que yo pongo excusas? —replicó con sorna—. Perdona, pero aquí los reyes de las excusas baratas son ellos. Y, si no, dime, ¿por qué mi madre no viene nunca a verme? Han pasado quince años y no se ha dignado a venir aquí ni una sola vez.

—Vaya, igual es que eres tan encantador que…

—Venga ya, Ella. —Señaló con el pulgar hacia el telar de su padre —. ¿Por qué tengo que ser yo siempre el responsable cuando son ellos los que se comportan como críos?

Ella resopló y se dio la vuelta.

Cal volvió a coger el libro pero estaba demasiado irritado para leer.

Se quedó mirando cómo su abuela empezaba a meter la ropa en la lavadora de doble tambor. Ella cogió una sábana vieja, muy gastada y con un rasgón enorme. La examinó un instante, le dio la vuelta y abrió dos agujeros pequeños con el pulgar. Se la puso encima de la cabeza, levantó los brazos y emitió un gemido grave. Vivía tan acostumbrada a la soledad que a menudo hacía cosas raras como aquella.

Cal la vio ir al fregadero, recoger unos cubiertos y ponerlos en el cajón. Durante unos momentos, su abuela siguió con sus quehaceres cotidianos vestida de fantasma. Escurrió un trapo y lo

pasó por la encimera; luego fue a por un paño de cocina, pero se lo pensó mejor y usó el ropaje fantasmal para secar la superficie. Se rio para sus adentros y dejó escapar un gritito de alegría. Cal no pudo evitar que se le ablandase el corazón.

—¿Quieres que nos emborrachemos y salgamos a dar una vuelta en coche luego?

—No puedo —dijo ella con tristeza—. Me han dicho que tenemos que madurar.

Ella levantó la sábana y la dejó caer por la espalda a modo de velo. Recogió un puñado de tenedores limpios como si fuese un ramo de flores.

—No irás a quedarte ahí sentado todo el día, ¿verdad?

—Ven aquí —dijo él—. Ven un momento.

Cal se levantó del sillón y se colocó detrás de ella. Hizo un agujero grande en la sábana y se la puso a su abuela como bata. Encontró un bote de imperdibles y gomas elásticas en el cajón de los trastos y empezó a hacerle retoques a la tela, como un modisto, hasta darle forma de vestido. Se la ajustó a la cintura y usó las gomas para crear una mangas fruncidas y vaporosas.

—¿Tú no ibas a ser una gran figura del diseño como Jean Muir?

—¡Jean Muir! —se mofó Cal—. ¿Cuánto tiempo hace que no te compras un vestido? —Le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos en el espejo—. No me des por perdido todavía. —Cortó la falda y la recogió en pliegues. Arregló el vestido para que cayese en una cascada favorecedora desde su busto generoso—. Pareces una diosa griega.

—¿La diosa de las sopas?

—¡No! Una diosa de la tercera edad, la abuela de algún semidiós menor pero muy encantador.

Ella se rio.

—Claro, el nieto encantador no podía faltar en la historia, por supuesto. —Tiró de uno de los pliegues—. Parezco un costillar de cordero envuelto en papel de estraza.

—Pero un buen costillar —dijo él—. Rollizo y con buenas carnes.

Le puso una ramita de romero en el pelo y observó con tristeza que a su abuela no le gustaba verse en el espejo.

Ella se quedó con el vestido puesto mientras terminaba de fregar. Cal volvió a repantigarse en el sofá. Intentó leer un poco pero la culpa calvinista lo lastraba. Dejó el libro y redirigió su inquietud hacia su abuela.

—Esta noche empiezo a tejer.

Ella dejó de fregar.

—¿Al final te vas a animar?

—¿Acaso tengo elección?

Ella no comprendía la presión que entrañaba trabajar con su padre, ni el hecho de que, para Cal, suponía más una obligación que un trabajo. John veía a su hijo como algo de su propiedad, como una extensión de sí mismo, no terminaba de tomárselo en serio porque, a sus ojos, seguía siendo un niño. La idea de que uno trata mejor a los suyos era mentira; su padre le había dicho y hecho cosas terribles, había cruzado límites que no había rebasado con ningún otro ser humano. Los padres siempre son los peores jefes del mundo.

Ella llevó una bandeja de té al telar, ansiosa por darle a John la buena noticia. Aprovechando que su abuela se había ido, Cal se

puso a revisar todas las cartas que su padre había abierto a pesar de estar dirigidas a él. Para poder pagar los cuatro años de préstamos estudiantiles necesitaría tejer cien mil metros de tela, o tal vez más, si tenía que contribuir en el mantenimiento de la casa. El Gobierno le había subvencionado la carrera, pero para el resto de los gastos había ido tirando de becas y trabajillos de verano y préstamos y tarjetas de crédito que de primeras parecían muy inofensivos. Leyó la primera línea de cada carta y, una a una, las fue dejando caer al fuego no sin antes hacer un sonido de pedorreta con la boca.

Ella parecía de buen humor cuando volvió a la cocina. Daba saltitos como si tuviese ganas de fiesta, y Cal pensó en bailar un vals con ella. Luego echó un vistazo a la correspondencia y se vino de nuevo abajo.

—¿Son todas las cartas que han llegado para mí?

—Imagino que sí —respondió Ella.

Cal miró el reloj, luego hacia la fina lluvia que caía fuera.

—Esperaba una carta de alguien de la universidad.

Volvió a mirar el reloj. Luego cerró los ojos.

—Pues eso es todo lo que ha llegado.

Había un chico en el continente con el que se acostaba de vez en cuando. Se llamaba Samuel Harvey. Era galés, estudiante de química del color, le gustaba llevar pantalones militares con muchos bolsillos y una camiseta ceñida y corta con una imagen de Piolín en el pecho. En su última noche juntos, apretujados en su cama individual, Sammy le pidió que se quedara con él, que no volviese a las islas. Le dijo que compartiría su beca y que él se haría cargo del alquiler. Le dijo que podía quedarse todo el tiempo que hiciera falta mientras se buscaba la vida. Cal no fue capaz de gestionar tanta generosidad.

Luego Sammy le dijo que lo quería , pero lo dijo por decirlo, sin sentirlo de verdad, y todo se fue al garete. Así era él. Le gustaba decir cosas bonitas porque sonaban bien. Le gustaba proclamar sentimientos enormes sin creer en ninguno de ellos.

Durante toda su estancia en el continente, Cal había tenido mucho menos sexo del que le habría gustado, y el poco que había tenido lo había disfrutado mucho menos de lo hubiese querido. Lo habían educado para tener miedo al contacto íntimo. Un miedo sembrado a través de las Escrituras y alimentado por los horrores que veía en el telediario, todas esas imágenes bíblicas de hombres demacrados, de ojos hundidos, cubiertos de llagas, muriendo solos. De niño había escuchado a los hombres hablar de esa plaga cuando se reunían para orar en la iglesia. No se regodeaban en el sufrimiento, pero había en ellos un cierto consuelo veterotestamentario. Ahí estaba la prueba de que el precio del pecado era el infierno en la tierra. Ahí estaba la prueba de que Dios decía en serio lo que decía.

Cuando los primeros rayos de sol empezaron a alumbrar la parte baja de la ciudad, Sammy dijo que le escribiría a diario, todos los días sin falta, hasta que Cal volviera a Edimburgo. Cal había visto cómo el galés decoraba sus carpetas con querubines y calaveras, y luego añadía su firma con letras grandes y redondeadas. Mientras daba la vuelta a los calzoncillos y se vestía con la ropa arrugada del día anterior, le dio a Sammy una dirección falsa, un pueblo inventado que sonaba vagamente gaélico y un código postal formado por una serie aleatoria de números y demasiadas letras. Sammy lo apuntó todo en una novela muy manoseada mientras Cal metía los pies en sus Converse apestosas y hacía lo posible por no mirarlo.

De camino a su último turno con las limpiadoras albanesas, le asaltó el miedo de que Sammy supiese su nombre completo y que con eso bastase para que le llegara cualquier carta; la isla no era tan grande ni el cartero estaba tan ocupado. Se maldijo a sí mismo mientras los autobuses matutinos rugían calle abajo, y deseó haberle dicho la verdad a Sammy. Debería haberle dicho que habían terminado.

Sammy era lo contrario de su padre en todo, y el momento en que se dio cuenta de eso fue el momento en que comprendió que nunca podría quererlo.

Ella lo golpeó con una toalla húmeda.

—¿Por qué no vas a ver a Doll? Me extraña que no haya venido por aquí todavía.

—Creo que nos hemos distanciado.

—Anda, no digas tonterías. El pobre anda perdido desde que te fuiste. Eso es lo que me dice Ishbel.

Ella metió la ropa a manotazos en el cesto. Luego le dijo a Cal que lo llevara fuera.

En calzoncillos y con los pies descalzos, Cal no dejaba de tiritar mientras su abuela tendía la ropa. Tuvo que alzar la voz por encima del murmullo de las olas.

—¿Por qué la gente no puede cambiar? —preguntó—. Éramos amigos. Ahora no lo somos. No hay más.

—Mira, hijo, si no fuera por las mujeres, los hombres de esta isla estarían viviendo en cuevas, mirando el mar con cara de malas pulgas. —Se tomó su tiempo mientras alisaba las arrugas de las camisas—. Por lo menos, pásate a saludar a la madre de Doll. ¿Has visto ya a Isla?

—¿Quién es esa?

—Ja, ja. Ay, Cal, si la vieras… Cada día está más guapa.

—Pues cásate tú con ella.

—¡Y lo lista que es! —Ella soltó un grito de admiración—. Muy lista. A ver, muchas curvas no tiene, pero no está nada mal…

Ella apartó las sábanas. Hizo el gesto de un busto generoso y puso los labios como diciendo que cualquier hombre estaría encantado de estar con Isla.

Cal tiró el cesto al suelo y volvió a la casa.

Ella fue cojeando detrás de él y dijo:

—¡No me mires así!

—¿Cuántos años tiene Isla? ¿Dieciocho?

—Casi diecinueve, estoy segura.

—Pero yo he ido a la universidad, he visto mundo, ¿y ella? Lo más lejos que ha ido es al pueblo de al lado. —Se agachó delante del hogar y se frotó las espinillas frías.

—Yo, a su edad, era un torbellino.

—Me lo puedo imaginar.

—Bueno, ¿y qué opciones tienes si no?

—¿Me estás hablando en serio? ¿Quieres que me plante en la puertas del instituto como un pervertido esperando a que las chicas vayan cumpliendo la mayoría de edad?

—Mira, el marido de Lorna Duff le sacaba dieciocho años. ¡Y el de Mad Licky, treinta! Y era lo más normal del mundo. Todos los hombres se hacían a la mar y, a su regreso, las muchachas de su edad ya estaban pilladas. ¿Qué más darán unos años más que menos? Antes no te importaba. —La televisión parpadeaba en silencio. Siempre estaba encendida para hacer compañía a su

abuela. Cal cruzó la habitación y la apagó de golpe. El aparato soltó un quejido de alivio—. ¿Tienes algo que contarme? A ver si lo que pasa es que no te gustan las mujeres.

—No me gustas tú —espetó Cal—. Eres la única mujer que no soporto.

Recogió el libro, pero al recordar que ya había intentado concentrarse sin éxito, lo lanzó contra el sillón. El libro rebotó en el cojín y salió volando. Ambos lo vieron golpear el atizador, que cayó con estrépito sobre las baldosas del hogar. El repiqueteo rítmico que venía del telar se detuvo. Se quedaron petrificados y contuvieron el aliento, con la cabeza ligeramente ladeada, pendientes de si la lanzadera reanudaba su traqueteo.

Ella bajó la voz.

—Esa chica es más madura de lo que tú llegarás a ser nunca. De todas formas, no podrás acostarte con ella hasta que os caséis.

Cal miró el reloj otra vez.

—¿Puedo darme un baño?

—Es jueves.

—Presiento que va a ser una semana de dos baños. Dile a mi padre que me lo descuente del sueldo.

Ella fue a encender el calentador de gas. Cal subió de nuevo a la parte de arriba, se sentó en el borde de la bañera y miró por la ventana abierta hacia el mar oscuro e inmenso. El viento azotaba las olas de tal modo que avanzaban paralelas a la orilla. El poste suelto de la valla no dejaba de danzar, azotando y sacudiendo el alambre de espino que la coronaba. Tardaría un rato en que el agua estuviera

más o menos caliente, y cuando lo estuviera, apenas le cubriría las rodillas.

Mientras esperaba, escuchó a su abuela hablar fuera con su padre.

Estaban discutiendo sobre su aspecto. Ella le había dicho que Cal no había querido teñirse, a lo que John respondió:

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Qué es lo que no entiende él?

Y citó el Deuteronomio: «No vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace».

Cal se tapó la cara con las manos y se quedó inmóvil, esperando. Mientras la saliva se le acumulaba en la boca, pensó de nuevo en Doll, en cómo su amigo había adquirido la complexión sólida y musculosa de su padre. Pensó en la vena gruesa que le palpitaba en el costado del cuello. En cómo se le humedecía el labio inferior cuando hablaba. Cerró la ventana, cogió una toalla y tapó con ella la rendija de la puerta. Mientras esperaba a que se reanudase el traqueteo del telar, se bajó los bóxers hasta los tobillos y apoyó un pie en el borde de la bañera. Intentó imaginar a Doll desnudo a los veinte años. Intentó superponer esas imágenes con las que tenía de él a los catorce, cuando se escondieron juntos y Doll se quitó el jersey por la cabeza. Pensó en sus michelines adolescentes y en la marca del elástico de los bóxers, en la piel rosada de excitación, en su cuerpo tenso de miedo.

Se sentaron los tres en fila y cenaron bacalao con patatas cocidas y pálidas. Nadie dijo gran cosa. Después, su padre les leyó algunos

pasajes de la Biblia mientras su abuela coloreaba una escena alegre de cachorros en la playa persiguiendo pelotas a rayas por la arena. Aunque Ella inclinaba la cabeza en actitud de concentración reverencial, Cal volvió a preguntarse cuánto gaélico entendería en realidad. Entonces su abuela se inclinó y dijo:

—Seguro que está de mal humor por tu culpa.

Después de las oraciones vespertinas, Cal se recogió el pelo y se dejó llevar al cobertizo del telar como una novilla dócil. El cobertizo había sido construido sin aislamiento. El suelo de hormigón y el techo de uralita le daban a la habitación las cualidades acústicas de una lata de galletas vacía. Para ser un taller estaba muy limpio, desprovisto de adornos, austero. Las paredes estaban forradas de estantes perfectamente organizados, hileras de destornilladores, engranajes y piezas de repuesto etiquetadas y colgadas de la pared como si fuesen reliquias.

En el centro de la habitación estaba el mismísimo púlpito de hierro, el telar Hattersley, con sus múltiples cuadros y pedales. El pesado armazón de hierro le confería al espacio un aire de taller victoriano. Aunque se decía que era cuestión de tiempo que introdujesen telares modernos de doble anchura, la tecnología del tejido no había cambiado gran cosa desde la Revolución Industrial. El telar tenía que ser accionado por el hombre, ese era el requisito para obtener la denominación de origen. No podía funcionar con electricidad ni gas, ni ser controlado por un ordenador. El resto del mundo fabricaba metros y metros en telares mecánicos incansables, pero aquí no. En las islas la tela tenía que tejerse a mano y accionarse con el pie; debía hacerse en casa de la misma manera que se había hecho siglos antes. La única innovación, la única

concesión a la comodidad del tejedor, era que ahora podían conectar un pedal y un cuadro fijos. Delante del telar estaba el asiento y los pedales, los cuales —no sin cierta ironía— hacían que el conjunto se pareciese al órgano de una iglesia papista.

—¿No te sientes nunca solo aquí todo el día metido? —preguntó Cal.

—A veces —dijo John—. Pero nunca estoy solo. —Cal esperaba alguna frase trillada sobre la omnipresencia del Señor, pero su padre lo sorprendió cuando dijo—: Pienso en ti. Y hablo contigo. Te cuento las cosas que me pasan durante el día.

Cal se acercó a la estantería de los hilos. Era su lugar favorito del mundo.

—¡Anda, cuántos colores nuevos!

Las estanterías estaban llenas de cientos de madejas, todos los colores románticos de Escocia: helecho y urogallo, aulaga y brezo, lluvia y musgo, el rojo irritado de la cara de un borracho, y un blanco puro y bilioso. Y entre estos, una gama de rosas fucsias de aire punk y amarillos ácidos, tonos agresivos que extrañaban a la gente hasta que veían la tela acabada y comprobaban la maestría con la que John conseguía mezclar tonos lima, trigo y belladona hasta convertirlos en un prado de jacintos silvestres en primavera. Era un cofre del tesoro. De pequeño, a Cal le encantaba jugar con esas bobinas. Cogía un color y se lo enrollaba en el dedo hasta convertirlo en un gusano loco de rayas multicolores. Por aquel entonces, John tenía mucha paciencia con su hijo, desenrollaba los colores y los volvía a enrollar para enseñarle conceptos como la armonía, el contraste, cómo debía ser el tartán fúnebre de los Macdonald y cómo el de caza de los Macleod.

«Si está bien hecho —le dijo John en cierta ocasión—, deberías ser capaz de sentir algo». Su padre le había envuelto los deditos en lapislázuli, violeta y azul aciano. Añadió un toque de melocotón maduro y, luego, para darle peso al conjunto, un marrón musgoso con motas de siena cobrizo. «Ese fue el día que llevamos a tu madre a Callanish. ¿Te acuerdas? Así eran las piedras y el cielo y el abrigo de tu madre. —John desenrolló un hilo bermellón y lo enrolló entre el resto de los colores—. Empezó a sangrarte la nariz. Siempre te la estabas hurgando».

De niño, John le daba bobinas de hilos y lo mandaba fuera a que buscase elementos del entorno que tuviesen el mismo color, y no podía volver hasta que encontrase algo del tono exacto. A Cal le gustaba la búsqueda, vagar por ahí con un propósito concreto, la recompensa. Con el dobladillo del jersey a modo de bolsa, regresaba al taller y su padre cogía el sargazo, la costra de liquen o la pluma del arao que había recogido su hijo y lo ponía junto al hilo. Con el tiempo, Cal iba afinando el ojo cada vez más. «Pero no has encontrado el azul verdoso», le dijo una vez su padre.

«El azul verdoso es el mar. Pero cuando lo cogí con la mano, se veía transparente. —Señaló las pequeñas motas verdes del hilo—. Lo he encontrado, pero tenemos que ir a mirarlo juntos, donde hay algas y debajo se ve la arena».

John enterraba la nariz en la coronilla de Cal y aspiraba el aire fresco. En días como aquel, Cal aprendió a amar el color.

Cal se apoyó en su padre como hacía de niño, pero John lo apartó.

—¿A qué has venido, a dar por saco? Mañana, en cuanto te levantes, te vistes como Dios manda. No puedes estar medio en

cueros a todas horas. Como te vea en calzoncillos otra vez, te vas a enterar. Tu etapa de estudiante se ha acabado. ¿Me oyes?

Cal asintió. Detrás del telar, vio la pieza en la que John estaba trabajando, un tartán de caza que su abuela habría dicho que era marrón. Pero era mucho más que marrón. Por separado, los colores eran demasiado apagados o demasiado chillones. Pero juntos se transformaban en algo armonioso, casi mágico. John se puso las gafas sobre la punta de la nariz y examinó un lizo enredado. Anudó el cabo de un hilo roto. Un defecto que tendría que remendar más tarde.

—Papá, la abuela parece que está muy bien. Nos va a enterrar a todos. —Estaba casi seguro de que su padre había mentido, pero no podía acusarlo directamente, no sin esperar un bofetón a cambio—. Debe de tener los pies mucho mejor. Morados no están, desde luego.

Sostuvo la mirada de su padre y se obligó a mantenerla. Para llenar el silencio, se fijó en los radios de su iris, donde se congregaban toda suerte de azules claros y grises cálidos: hollín, paloma, mica, ceniza, campanilla y, bajo determinada luz, algunas pinceladas de un insólito lapislázuli.

—Pues cuando yo los vi, tenían un color horrible. —John apartó la vista—. Supongo que va y viene. Igual ahora tiene una racha buena. —Se entretuvo quitando motas de polvo de la urdimbre; luego siguió diciendo—: Confía en la providencia. Hay un plan para cada uno de nosotros. Todo se revelará al final.

«Sí —pensó Cal—, pero ¿te refieres al plan de Dios o al tuyo?».

John volvió al telar. Le mostró a Cal cómo la franja de color se superponía al patrón base.

—¿Ves cómo se va asentando el color?

Cal observó a su padre tejer medio metro de tela prestando especial atención al ritmo de los cuadros, la densidad y la tensión de la trama. Luego su padre lo observó tejer otro medio metro y lo corrigió porque estaba tensando la trama más de la cuenta. Era difícil que dos hombres tejiesen exactamente igual.

Cuando John se cercioró de que el pulso de Cal era idéntico al suyo, de que la tela quedaría aceptablemente pareja y de que nadie se daría cuenta del ardid, corrió las cortinas, le dio una palmada en la espalda y volvió a la casa.

Cal se quedó de pie ante el telar y escuchó el zumbido del tubo fluorescente. Le preocupaba que en el momento en que sus manos se posaran sobre el peine del telar, se quedaran allí para el resto de su vida. Que ese taller se convirtiera en su cárcel, y que un día levantase la cabeza y fuera más viejo que su padre.

Se oyó el suave roce de unas zapatillas sobre el hormigón.

Ella estaba en el umbral, observándolo a escondidas.

—Hola, arañita.

—No puedo hacer esto, Ella.

—Sí puedes. Te sentirás mejor cuando ganes algo de dinero.

Su abuela cruzó la habitación y acarició la pared del fondo; Cal se dio cuenta por primera vez de que estaba vacía, era la única superficie libre de herramientas o repuestos.

—Imagina lo que quieras en esta pared, y no pares hasta conseguirlo.

A SIA / SEIS

Mientras Ella se abrochaba el abrigo bueno, se preguntó si seguía siendo en realidad el abrigo bueno. Las costuras se estaban deshilachando bajo las axilas y había que sujetar el forro rojo con imperdibles o, de lo contrario, sobresalía por debajo y se meneaba como la lengua de un depravado.

Mientras prendía el forro, se fijó en la bolsa de basura negra junto a la puerta de entrada. Llevaba semanas allí, como si Cal no estuviese seguro de si iba a quedarse o no. Ya le había dado la ropa sucia, pero cada vez que veía aquella bolsa lo maldecía, consciente de que aún le quedaban más cosas por lavar.

Se arrodilló junto a la bolsa y deshizo el nudo. Para su sorpresa, había siete vestidos dentro, cada cual más elaborado. El primero era de seda, del color de las mejillas cuando se ruborizan. Al ponerlo al trasluz, vio el cielo a través de la tela, y el cielo era más hermoso gracias a ella. Estaba confeccionado con puntos de encaje diminutos y muy elegantes, y si alguien le hubiese dicho que habían salido del vientre de una araña, lo habría creído.

Aquellos vestidos eran lo más refinado que Ella había tocado jamás, y estaban allí, abandonados, pudriéndose dentro de una bolsa. La sencillez de sus talles eran el reflejo de una disciplina calvinista, pero aquella delicadeza, aquellas transparencias, tenían algo como íntimo, profano. Ella había sido quien enseñó a tejer a

Cal, pero jamás habría imaginado que su nieto pudiese concebir tal belleza. La mente de Ella no era capaz de inventarse cosas que no hubiese visto antes. Volvió a guardarlos en la bolsa, y el último vestido relució en la negrura como un charco bajo la luz de la luna.

Aquella misma mañana había subido las escaleras para sacar a Cal de la cama. Eran las diez y media y él estaba tumbado con los ojos abiertos, mirando el techo como un parapléjico. Llevaba dos semanas tejiendo hasta bien entrada la medianoche. Después se escabullía al salón y se encorvaba frente a la tele. Veía Channel 4 sin volumen y con la nariz tan pegada a la pantalla que, mientras ella lo espiaba, sentía como un picorcillo reflejo en la suya.

Ella descorrió las cortinas de un tirón y le dio un yogur caducado. Se palpó los bolsillos, pero había olvidado la cuchara. Cal se incorporó, olisqueó el yogur y metió dos dedos en el envase.

—Voy a ver a tu madre. ¿Quieres venir?

—Ah. —Parpadeó—. ¿Crees que me prestaría algo de dinero?

—Puede. Se muere de ganas de verte. A mí, como me tiene muy vista, siempre me manda a freír monos.

Cal se puso boca arriba. Empezó a imitar a un gorila, uh uh ah ah, como si su abuela no estuviese allí. Al poco se cansó y volvió a apoyarse sobre un codo. Se chupó el yogur de los dedos.

—¿Me dijiste que estaba bien, verdad? —Cuando Ella asintió, añadió—: Bueno, vale. Dile que iré a verla pronto.

—¿Irías a verla si te dijera que se encuentra fatal?

Ella observó cómo se ofendía. Luego vio que se quedaba en blanco, como si no supiese qué decir. Pero antes de que a Cal le diese tiempo a contestar, ella se dio media vuelta y se marchó sin despedirse.

A Ella no le gustaba conducir. Tenía la costumbre de abusar de las marchas cortas, y el coche chirriaba con cada curva. Cal le había enseñado muchas veces cuándo cambiar de marcha, cómo dejar que el coche avanzase en tercera y luego reducir a segunda al pie de la cuesta, pero nunca parecía acordarse. La carretera zigzagueaba tanto que a Ella le daba miedo perder el control. El motor iba demasiado revolucionado y resollaba a cada poco, lo conducía como si fuese un carrito de golf.

Ella tenía sentimientos encontrados respecto al viejo Sunbeam. Cuando los hombres trajeron el coche desde Scalpay, tuvieron que esperar varios meses a que el mar se calmara. John puso unos tablones en el pesquero de Donnie y metió el coche como si tal cosa. La embarcación se hundió por el peso y el coche parecía flotar sobre el mar. Una ola furiosa habría bastado para volcar el barco y ahogarlos a todos.

Después de que naciese Cal, John trabó amistad con unos tipos de la congregación de Breacleit que participaban en carreras de coches los fines de semana y se reunían para ver los campeonatos por televisión. El Sunbeam iba a ser un proyecto de restauración para John, pero también un regalo para Grace: la posibilidad de que ella tuviese un poco más de independencia. Pero cuando llegaron al embarcadero, Ella vio enseguida que el coche estaba tan hecho polvo que Grace solo podría conducirlo por la carretera de la cinta y poco más. Nunca tendría los papeles en regla ni pasaría la inspección técnica, y no había dinero para asegurarlo. En cuanto lo vio, entendió lo que John pretendía. Aquel coche rojo era, en

realidad, una correa, una atadura, una falsa sensación de libertad. Pero cuando Grace se montó en él, le dio igual todo: ni que apenas supiese conducir, ni que el guardabarros procediera de otro vehículo, ni que le hubieran quitado los asientos traseros para que tomase mejor las curvas.

Muchas familias tenían un coche como ese, y algún otro oxidándose sobre ladrillos. Corría el rumor de que los chinos iban a enviar petroleros por todo el mundo para comprar cuanta chatarra hubiera en las islas, pero hasta que eso no ocurriera, las cosas se quedaban donde se habían averiado.

Ella se inclinaba sobre el volante mientras conducía. Llegó a una cabaña abandonada que había pertenecido a la familia de su suegra.

De recién casada, el viejo Calum y ella solían escaparse allí, como si fuese un escondite, aunque estuviese a menos de un kilómetro. En la época en que intentaban tener hijos, Ella preparaba una cesta con comida y pasaban allí las noches templadas del verano. Le entristecía ver cómo aquel refugio de amantes se había convertido en un simple cobertizo donde guardar trastos.

Ella aparcó el coche y enfiló el sendero cubierto de maleza. Era una construcción alargada y baja, hecha con piedra y terrones de césped; de haberla visto en el continente, habría jurado que era un cobertizo para vacas. La puerta tenía truco. El marco se había deformado y, para abrirla, era necesario alzarla y empujarla con el hombro, como haría un cobrador de impuestos. Ella ya estaba demasiado mayor para esas cosas. Si alguien viese a una mujer resoplando de aquella manera, sería la comidilla de la iglesia.

La cabaña de los Morrison se hallaba en tal estado de abandono que Ella sentía que había fallado a todos los antepasados de Calum.

Se habían roto varias ventanas durante el invierno y, con el deshielo, las cortinas y la ropa de cama se habían cubierto de un moho negro. Como ya no se encendía ningún fuego, los pinzones anidaban en las esquinas de los hastiales, los ratones desgarraban el colchón y se cagaban en los cajones. El viento había arrancado una parte del tejado. Antes había dos habitaciones separadas, pero el tabique se había deshecho hasta quedar reducido a una pasta blandengue. Ahora había un charco en medio del suelo de tierra y la superficie era un hervidero de mosquitos diminutos.

Por más que Ella le pedía a John que arreglase el tejado, él nunca parecía tener tiempo. Pero, mira tú por dónde, sí tenía tiempo para meter todos sus trastos en la cabaña: el generador que ya no generaba nada, las puertas pintadas que rescataba de por ahí, cualquiera de las cuales habría servido para reparar el tejado hasta que fuese a la otra punta de la isla a comprar materiales.

Ella alisó un poco los visillos deshilachados y limpió las moscas muertas del alféizar de la ventana; una tarea inútil, pero que la hacía sentirse un poco mejor. Era indecente que su vida hubiese quedado expuesta a los elementos, a la vista de cualquiera que pasara por la carretera.

De vez en cuando le gustaba ir allí y rebuscar entre las cosas de su pasado. Los objetos verdaderamente importantes los había rescatado mucho antes, pero la casa aún guardaba muebles sueltos y pequeños objetos pasados de moda, cachivaches que Grace no quería porque, según ella, no tenía dónde meterlos: platos y toallas con estampados o colores que no eran de su agrado.

Los cajones del aparador de la cocina se habían combado y, cuando los abría, daba un paso atrás por miedo a lo que pudiese

salir de ellos. Dentro había un juego de cuencos marrones decorados con gansos canadienses que Grace odiaba porque le parecían «vulgares». También había un viejo farol náutico que le recordaba a las noches posteriores a su boda con Calum. Ponían una vela dentro y se quedaban tumbados en la cama escuchando el suave tamborileo de la lluvia sobre el tejado de chapa.

Fue un gran alivio cuando comprobó que el viejo Calum era un amante considerado. Tenía la paciencia de un hombre trabajador y el ritmo constante de un buen hilandero. Su manera de hacer el amor no se parecía en nada a la de los hombres inmaduros y egoístas que había conocido en Glasgow, que la metían y acababan en dos minutos.

Conoció al viejo Calum Morrison en Glasgow, durante una escala antes de embarcar al norte de África. Ella había ido a bailar al Locarno con sus amigas, un grupito de chicas que fingían ser más sofisticadas de lo que eran, todas engalanadas con vestidos que les habían prestado sus hermanas mayores. La hermana mayor de Ella, Annabel, era la mujer más llamativa del salón de baile. Debido a un grave problema de tiroides, tenía bocio, y la enfermedad le hacía tener los ojos saltones, tanto que habría bastado un golpe fuerte —o una buena follada, como solía bromear ella—, para que se le hubiesen salido de las órbitas.

Annabel había aprendido a delinearse los ojos con khol; ya que los hombres la iban a mirar de todos modos, decidió sacarle partido a su enfermedad. Bajo la bola de espejos, los jóvenes se dejaban seducir por su dolencia. Les parecía hipnótica, y las hermanas se reían de

los idiotas que hacían cola para invitarla a copas. Annabel era hermosa por dentro y por fuera, pero Ella sabía lo distinta que podía ser su hermana a la luz del día, encorvada y con resaca junto al fregadero de la cocina, el pelo enredado y la boca torcida en una queja constante: de sirena deslumbrante a Medusa de agua turbia, una gorgona de los cubos de basura.

Era emocionante ver a tantos forasteros pasando por la ciudad, chicos de pueblos pequeños, muchachos de las Tierras Altas y las islas y, tras ellos, con unas tonalidades de piel que Ella no había visto antes, los estadounidenses. Aquellos hombres tenían otra forma de divertirse, nada que ver con las borracheras desesperadas de su padre y sus hermanos.

Aunque Calum Morrison le sacaba una década, a Ella le dio la impresión de que era un niño de mamá. Pese a ser robusto y de pectoral amplio, de primeras le pareció soso, demasiado lánguido e introvertido como para despertarle ningún interés. Él la había estado observando, aunque en realidad observaba a todo el mundo, siempre con la distancia prudencial de un viajero en tierra extranjera. Cuando la multitud empezó a emparejarse, los fueron desplazando por el banco hasta dejarlos uno al lado de la otra, igual que su madre iba emparejando los calcetines hasta que solo quedaban los sueltos.

En el rostro del joven se dibujaba la concentración tensa de un isleño que intentaba entender inglés, el inglés glasgüense de Ella, que parecía cualquier idioma menos inglés. Por más que ella intentase decir algo gracioso, él la miraba con una seriedad absoluta. Era tan sincero que Ella pensaba que se estaba riendo a su costa.

Cansada de la situación, al final se excusó y le dijo que se marchaba. Calum se puso de pie y apartó las sillas para que ella pudiera pasar, la acompañó hasta donde estaban sus amigas y le estrechó la mano al despedirse. Le pidió la dirección para enviarle unos versículos de la Biblia —en los que él decía hallar consuelo— como muestra de agradecimiento por haber pasado con él aquella última hora. Ella no se atrevió a mirar a sus amigas por miedo a que prorrumpiesen en carcajadas. Como su padre tenía muy mal genio, le dio la dirección de la señorita Ferguson, la solterona que vivía en el rellano de arriba. Calum la memorizó sin pedirle que la repitiese.

Ella se olvidó por completo del isleño hasta que, varias semanas después, llegó la primera carta. Calum escribía desde la base naval de Plymouth. Su inglés era rígido y torpe; las páginas, un campo de batalla de palabras tachadas, y otras muchas escritas tal y como sonaban. Ella podía percibir su frustración en la marca profunda que dejaba el bolígrafo sobre el papel. Calum le escribió de nuevo y, aunque ella no contestó, le escribió otra vez más. Sus cartas empezaron a llegar cada dos semanas.

Nunca hacía mención de la guerra, prefería describir los paisajes del norte de África y de la Italia de Mussolini como si estuviese allí de vacaciones en tiempos de paz. Sus cartas se leían como el diario de un viajero y, para Ella, una chica de ciudad, resultaba evidente que él veía la naturaleza de una manera que ella jamás había conocido. Parecía especialmente fascinado por los árboles, y llenaba páginas y páginas describiendo la bendita sombra de los tarayes y el placer que le producía ver las copas ondulantes de los cipreses italianos. A Ella le aburría todo aquello.

Nunca tuvo intención de responderle. Pero después de tres meses sin recibir contestación, Calum seguía escribiéndole siempre que podía. Había algo sorprendente en su fe, en aquella obstinación ciega por escribirle. Nunca había conocido a un hombre capaz de dar algo de sí mismo sin esperar nada a cambio.

Al cabo de varios meses, presionada por la señorita Ferguson, por fin le respondió. Ella le había dicho a la solterona que no pensaba molestarse en contestar, y esta la persiguió calle abajo leyendo en voz alta los nombres de los caídos en el periódico vespertino.

Sus compañeras de la fábrica de galletas se carteaban con tres o cuatro soldados distintos al mismo tiempo. Pasaban la hora del almuerzo inventándose sentimientos tiernos y redactaban las misivas con una eficacia casi profesional. Una de las chicas se echaba perfume entre los pechos antes de arrimarse las cartas al canalillo e impregnarlas de su sudor íntimo. Cuando a alguna de aquellas bardas con el pelo recogido en una redecilla se le ocurría una mentira especialmente conmovedora, todas la copiaban entusiasmadas y la añadían a su propia correspondencia.

Lo primero que Ella le dijo en la carta fue que dejase de citar pasajes de la Biblia. En vez de eso, quería que le contara cómo vestían las italianas, qué colores preferían, cómo se peinaban. Después vino un silencio de varias semanas, y Ella pensó que tal vez había ido demasiado lejos al criticar su fe.

Le sorprendió echarlo de menos.

Por fin llegó una carta en la que solo incluyó un breve pasaje del Levítico. El resto era una larga descripción de las mujeres napolitanas, de cómo se untaban la piel con aceite para mantenerla

suave bajo el sol. Él había hecho lo posible por observarlas, le decía, aunque no le gustaba quedarse mirando.

Se estuvieron carteando durante más de un año: él con gran frecuencia; ella, bastante menos. No es que Calum despertase en ella una gran pasión, pero sus cartas empezaron a darle una sensación de seguridad y se dio cuenta de que tenía algo que su hermana no había conocido jamás: un hombre que quería saber lo que ella pensaba. Aun así, había otros hombres en su vida, hombres de carne y hueso, hombres que bebían, reían y follaban. Nunca dejó de bailar con los estadounidenses del Locarno.

La segunda vez que se vieron fue en un café italiano bajo el puente de Trongate. Calum le pidió algo llamado «café espumoso» y a Ella le encantó el cacao espolvoreado que llevaba por encima. Con el uniforme estaba guapo, más alto de lo que recordaba. Él le enseñó todas las cosas que había subrayado en sus cartas, expresiones glasgüenses que no entendía, rarezas del inglés que nunca había oído.

Estaba nervioso y, por las miradas furtivas que le lanzaba, era evidente que aquella correspondencia había significado muchísimo para él, y a ella le avergonzaba no sentir lo mismo. Era un caballero y nunca le había declarado su amor ni admitido que albergase sentimientos por ella, pero entonces comprendió que quizá aquella era su manera indirecta y apocada de hacerlo.

Tal vez fuera el peso de aquellas expectativas, o quizá el café con leche le había revuelto el estómago, pero de pronto Ella empezó a sentirse incómoda en el estrecho reservado. Se movió en el asiento y se disculpó mientras se bajaba la cremallera lateral de la falda. El

vientre se le había hinchado como masa fermentada. Encendió un cigarrillo y suspiró, aliviada.

Calum seguía mirándola, pero no dijo nada.

Ella chupó una pastilla de menta. Se puso a juguetear con los aros de latón que llevaba en las orejas. Se encendió otro cigarrillo, ansiosa por inventarse una excusa y largarse.

Cuando Calum habló al fin, escogió las palabras con muchísimo cuidado. Empezó diciendo que sabía bastantes cosas sobre las ovejas y sus ciclos reproductivos. Luego se disculpó antes de preguntarle de qué color creía que sería el bebé.

Flash estaba cambiando los barriles cuando Ella apareció.

—Tiene muy buen aspecto —dijo mientras le servía una lager tibia con un poco de limonada.

Ella se alegró de haberse comprado la cabina de rayos UVA.

Él parecía encantado de hablar de las intrigas políticas de la isla mientras Ella fingía interesarse. En realidad estaba pensando en aquella mata espesa de pelo, en esos rizos cobrizos que se ensortijaban como olas de fuego. Nunca lo admitiría, pero le gustaba verlo con el traje de domingo; al andar, su miembro viril se balanceaba bajo los pantalones de lana. La fantasía se iba un poco a pique cuando recordaba que Jeanie, su mujer, se había quejado en cierta ocasión de que a él no le gustaban mucho los besos. Qué desperdicio. Con los labios tan bonitos que tenía.

Ella esperó a que hiciese una pausa en su disquisición sobre el *comhairle*. Flash pensaba que el consejo insular era, en esencia, un club de viejos camaradas, una pandilla turbia de ancianos beatos

que votaban únicamente en beneficio de sus intereses mezquinos. Ella le preguntó si Cal podría trabajar algunos turnos en la posada, un par de noches por semana, lo justo para apartarlo de su padre unas cuantas horas.

Él señaló hacia la sala vacía.

—Hace semanas que no tengo huéspedes.

Flash completaba sus ingresos con un servicio de minibús. Transportaba hasta Stornoway a una chica joven con fibrosis quística para que recibiera fisioterapia, aunque el diésel le costase la mitad de lo que ganaba. Todos los hombres se buscaban la vida satisfaciendo cualquier necesidad que surgiese. Habían aprendido a ganarse la vida arreglando goteras, clavando postes para cercas, reparando muros de piedra, con lo que sea que hubiese que hacer.

Ella apuró la shandy. Le aliviaba el dolor de los talones. Dijo que ella misma subvencionaría la mitad del sueldo de Cal con parte de su pensión, igual que había hecho cuando él estaba en el instituto.

Flash parecía incómodo por tener que negarse.

—Las cosas están peor ahora. En el continente solo quieren paquetes vacacionales a España. Nunca se les ocurriría explorar el patio trasero de este país.

Ella sacó un bolígrafo del bolso y empezó a garabatear cifras en un posavasos. Si utilizaba la pensión y algunos ahorros, podría pagarle el sueldo entero, al menos durante los primeros meses: ocho horas repartidas en dos turnos cortos.

—Pero es que no hay nada que hacer.

Ella miró a su alrededor. Vio un centenar de pequeñas tareas en las que un hombre ni siquiera repararía.

Flash tenía la sensación de que era imposible hacerla entrar en razón.

—Pobre John. Seguro que nunca consigue salirse con la suya.

Ella se bajó del taburete y dijo:

—Nunca. Pero él cree que sí, y eso es lo único que importa.

Sarah Macdonald estaba espiando detrás de los visillos, pero tenía la luz a la espalda y era posible ver cómo su silueta delgada se recortaba sobre las espigas de trigo. Ella pasó con el coche, tocó el claxon, soltó una risita y la saludó con la mano.

En la casa no se oía ni un ruido, cosa que no era habitual. Sus hijas habían salido y los hombres estaban en el barco. El salón era más cómodo que el del *croft* de los Macleod. El sofá, blando y mullido, estaba hecho para que los niños pudiesen tirarse encima y despatarrarse, y cuando Ella se sentó en él, sus pies quedaron momentáneamente suspendidos mientras se hundía en la tapicería. Sarah sirvió el té en unas tazas con el borde azul, sabía que a Ella le gustaba con leche y muy dulce. Ella se acercó la taza a los labios, pero Sarah le tocó con suavidad la muñeca. Agachó la cabeza para rezar y Ella pidió disculpas —por pura formalidad— e hizo lo propio.

Mientras su vecina daba gracias al Señor, Ella la observó a través del velo de sus pestañas. Sarah tenía algo casi divino. Desprendía elegancia hasta en la punta de los dedos, y su belleza delgada, quebradiza, hacía que Ella se sintiese tosca y rechoncha a su lado. Sarah era prima hermana de Innes y Sorley, y todos ellos habían heredado de sus madres —mujeres recordadas por su devoción cristiana inquebrantable— el instinto de pensar antes en los demás

que en sí mismos. De niña siempre andaba con un libro entre las manos, pero ahora parecía que aquella curiosidad se había apagado un poco. Sus hijos habían ido naciendo con uno o dos años de diferencia, cada cual más pálido y rubio que el anterior, como si Sarah fuese un sello al que se le estaba acabando la tinta.

Cuando terminó la oración, charlaron un rato de nimiedades. Una de las cosas que menos le gustaba de Sarah era su escaso interés por los cotilleos. Daba igual lo que Ella le contase, su vecina siempre asentía con educación y decía: «Ah, ¿sí?». Pero nunca llegaba a hacer una pregunta de verdad y era difícil llegar al meollo de las cosas, sacar la carne del hueso, cuando lo único que tenías era una herramienta tan poco afilada como Sarah Macdonald.

Empezaron a hablar de los pies de Ella. Entonces Sarah se subió la falda y dejó que Ella le mirase las varices.

—Necesitaría pasarme un mes entero con los pies en alto —dijo mientras volvía a ajustarse la venda de compresión—. Pero en esta casa nadie mueve un dedo, parecen mancos.

—Le he dicho a Cal que si algún día acabo como Licky McAllister, que me lleve detrás de la casa y me remate. —Ella hizo el gesto de estrangular con la mano.

—Yo pensaba que algún día volvería usted a Glasgow.

Ella soltó una risita.

—¿Lo pensabas o lo deseabas?

—Lo pensaba —respondió enseguida—. Claro, claro, solo lo pensaba.

La segunda cosa más agotadora de Sarah era su absoluta incapacidad para bromear; todo lo decía con una seriedad extenuante. A Ella le daban ganas de provocarla.

Se lio un cigarro, humedeció el papel de extremo a extremo y lo hizo rodar entre los dedos.

—¿Y qué tal va ese trabajillo?

—Bien. Tirando. Cada semana convierten más casas en alojamientos vacacionales.

—Rory MacNeil ha vendido la casa de su abuelo. Por lo visto le dieron doce mil por ella.

—Ah, ¿sí?

—Y luego está la antigua casa parroquial, que la compró una pareja de papistas ingleses. Menudo sacrilegio, ¿eh? Él es urologista… —Ella no estaba segura de cómo era la palabra—. Uro… ¿Cómo se dice el que está obsesionado con el pis de los demás?

—¿Urólogo? ¿Es un médico, no?

—¡Eso! —Ella apuntó a Sarah con el dedo como si fuese una pistola—. En fin, el médico este de los meados y su mujer compraron la casa parroquial y unas tierras de pasto. Piensan reintroducir una raza muy antigua de vacas o alguna gilipollez por el estilo. —Sarah se estremeció al oír un lenguaje tan soez, pero Ella sonrió y se inclinó hacia delante—. Coincidí con ella en la cola de la tienda de Beady, yo estaba justo detrás. Tendrías que haber oído el acento de esa mujer. —Le dio unos golpecitos en el dorso de la mano—. Le pregunté si le gustaba vivir junto al mar y ¿sabes qué me contestó?

—No.

—¡Ciertamente!

—¿Ciertamente?

—Sí. «Ciertamente», eso me dijo. ¿Se puede ser más pedante? Y, si te digo la verdad, sigo sin tener muy claro si le gusta el puto mar

o no…

Sarah suspiró.

—Ah, ¿sí?

La llovizna amainó y el cielo empezó a despejarse. Una luz repentina inundó la estancia. Ella miró el reloj y se sintió aliviada al ver que ya llevaba allí bastante tiempo.

—Bueno, gracias por el té. —Gruñó mientras Sarah tiraba de ella para ayudarla a levantarse del sofá.

Sarah tomó las manos de Ella entre las suyas e inclinó otra vez la cabeza. Rezó una oración especial para que el Señor cuidase de ella y les diese fuerzas a ambas para soportar el dolor de sus respectivas piernas.

Ella se puso el abrigo con cuidado de que su vecina no viese el forro roto.

—Ah, oye… —empezó a decir como si acabara de acordarse de algo—. ¿Sabes que nuestro Cal ha vuelto?

Hasta a ella misma le sonó fingido. Habían pasado una hora hablando de cosas banales cuando aquella era la noticia más importante de los últimos cuatro años.

—Sí, lo sé. Lo vi por la carretera. No entró a saludar, pasó de largo. Pensé que igual estaba molesto con nosotros por algún motivo…

—¡Claro que no! —Ella le puso una mano en el brazo. Le maravillaba la continencia de aquella mujer; a pesar de saber que Cal estaba allí, había vencido el impulso de mencionarlo durante todo ese rato—. Ay, Sarah, los hombres son como niños, ya lo sabes. Se enfurruñan por cualquier pamplina. ¿Por qué no le dices a tu Doll que se pase a verlo? O que se vayan a tomar una pinta o algo.

—Verá, es que al padre de Doll no le gusta que beba. Luego cuesta mucho levantarlo por la mañana. Y se pasan el día entero en el barco de mal humor.

—Entonces quizá podrían ir a dar… ¿un paseo?

Sarah tamborileó los dedos sobre sus labios finos. Ella sabía que estaba pensando en lo que diría su marido, y eso hizo que le cayese todavía peor. Pero su vecina asintió, dijo que le parecía bien y que se lo comentaría a Doll si a cambio le pedía a Cal que se pasara por allí y las pusiera al día —a ella y a sus hijas— de todas sus novedades.

Ella dejó el coche junto a la marquesina del autobús. Caía una lluvia fina, pero no tuvo que esperar mucho. Dentro del autobús hacía calor y las ventanas sudaban por la condensación de los murmullos. Las mujeres estaban terminando los últimos recados antes de que la isla se sumiera en el silencio dominical, y Ella saludó a todos los desconocidos con los que se cruzó. El viaje en aquel autobús tan lento tal vez fuese el mejor momento de su semana. Le habría dado vergüenza admitirlo, pero aquella hora le pertenecía solo a ella y le gustaba recordar que todavía quedaban desconocidos en el mundo.

Encontró asiento junto a una madre joven que intentaba sujetar a una niña pequeña que no paraba de retorcerse. Ella se sacó un caramelo del bolso, le quitó las pelusillas y se lo dio a la criatura. Charlaron un rato sobre la niña y sobre lo bonita que era su rebeca hasta que la madre se bajó cuando llegó su parada y el autobús siguió entre traqueteos dirección norte, rumbo a Lewis.

De pronto, Ella se cubrió la boca con la mano, temía que el aliento le oliese a cerveza. Se puso a tararear y, al poco, el tarareo se

convirtió en un silbido suave. Le gustaba silbar.

Estaba absorta en sus pensamientos viendo cómo las colinas de Harris se desvanecían hasta convertirse en páramos llanos cuando alguien le dio un golpecito en el hombro. Ella se giró en el asiento y vio cómo la mujer que tenía detrás se pellizcaba los labios con los dedos para indicarle que dejase de silbar.

Ella fue de las últimas en bajarse. En cuanto puso un pie en la carretera, el viento del Atlántico barrió la llanura y estuvo a punto de derribarla. En la costa oeste de las islas, al ser más llana, el viento soplaba con más ferocidad. La hierba del *machair* se agitaba en oleadas como un mar dorado.

La casa se alzaba solitaria en mitad del páramo. Ella se inclinó contra el viento y encaminó sus pasos hacia la enorme vivienda mientras tiraba del carrito, que iba cargado de comida casera: una pierna de cordero, una olla de patatas hervidas y sazonadas, un cuenco de gelatina de menta y gachas de avena que había dejado enfriar antes de cortarlas en barras y cubrirlas con sirope dorado.

El sol quedaba a espaldas de Grace. Ella distinguió su figura esbelta a través del fino vestido veraniego que llevaba puesto. Había oído decir que las hijas les robaban la belleza a sus madres y, si eso era cierto, Grace debía de haber metido los brazos hasta el fondo y haber arrasado con todo, porque Ella tenía poco que ofrecer y Grace era simple y llanamente espectacular. A veces, bajo ciertas luces tenues, a Ella le parecía ver en su hija un destello del joven amante que la había seducido en el Locarno, y aquello la entristecía, porque le sabía mal no pensar en Calum como su padre.

Grace se estremeció mientras se cerraba la rebeca sobre el pecho.

—¿Dónde está?

—Ni hola ni nada, eso está precioso. —Grace estaba mirando por encima del hombro de Ella, como si Cal estuviese escondido detrás —. Tu hijo mide casi dos metros. ¡Y yo no estoy tan gorda!

—Mamá, ¿dónde está? —Grace volvió a apoyarse sobre una cadera—. ¿Por qué no lo has obligado a venir?

Ella pensó en decirle la verdad a su hija: que su nieto se mantenía alejado para castigar a su madre y que aquello era también una forma de castigarse a sí mismo, lo que, a fin de cuentas, era otra manera de castigar a su madre. Sabía que Cal tenía ganas de ver a Grace, pero no soportaba la idea de presenciar su felicidad, no en aquel momento, no mientras siguiese hundido en el fango de la autocompasión.

—Vendrá cuando esté preparado —dijo—. Pronto, muy pronto.

Tomó a Grace del brazo y la condujo de vuelta a la casa. Tenían todo el día por delante y sería una pena estropearlo hablando de los hombres y sus tonterías.

A SEACHD / SIETE

Cal estaba tumbado en la cama observando a través de la ventana cómo el atardecer se volvía más denso y violáceo. Le producía un consuelo amargo oír a su padre abajo, en la cocina, cantando los salmos para la misa de la mañana. Al final de cada verso, John dejaba una pausa para que respondiese la congregación, y en ese momento Cal aprovechaba para adornar el estribillo con florituras tipo «oooh-ooooh-oooh» o «yeah, baby, yeaah».

En el techo había pegatinas con forma de estrella. Empezaban a brillar al anochecer. A menudo olvidaba que su madre las había pegado allí hasta ese instante del día en que la tarde comenzaba a tornarse noche. Aquellas estrellas no parecían absorber suficiente luz solar para resplandecer de verdad. Cal estaba pensando en cubrirse el cuerpo desnudo con ellas, bajar las escaleras y meterse en la cabina de rayos UVA de Ella, cuando llamaron a la puerta.

Encendió la lámpara.

—¿Jacob Marley, eres tú?

John estaba envuelto en cadenas de hierro. Se las había enrollado varias veces alrededor del cuerpo y, al soltarlas, cayeron al suelo con un gran estruendo.

—Estaba a punto de irme pero me he dado cuenta de que estabas aquí. —Le hablaba en inglés a Cal porque Ella no estaba en casa—.

He pensado que podrías encargarte de las cadenas del domingo. Te vendrá bien un poco de aire fresco.

—Pero si casi no quedan niños.

—¿Y si aparece un coche lleno de turistas? De todas formas, conviene mantenerlas en buen estado. —John dejó el candado sobre el escritorio de Cal. Pasó el dedo por el borde desconchado—. Hay pintura nueva en el cobertizo. Si quieres te ayudo a lijar el escritorio y lo pintamos.

Cogió varios libros y volvió a dejarlos en su sitio. Cal lo observó recoger unos lápices sueltos y devolverlos al bote.

Había dos estanterías largas donde Cal había colocado los cientos de telinas y moluscos que encontraba en la orilla. Las conchas tenían una gama limitada de colores naturales, predominaban los tonos hueso o marfil que se degradaban hacia un azul pálido o un rosa suave, como el lóbulo de una oreja. Se había tomado la molestia de ordenarlas por tonalidades, de la más clara a la más oscura, aunque a menudo la diferencia solo la percibía él. John examinó la larga gradación de almejas venus rosadas. Cogió la penúltima y la intercambió con la última.

—Te haces un lío con los tonos cálidos neutros. —Inspeccionó una esquina despegada del póster de River Phoenix. Mientras lo observaba, se le tensó la boca, pero volvió a clavar la chincheta en el yeso—. Más te vale que vengas mañana a la iglesia. Llevas dos semanas en casa. Todo el mundo me preguntó por ti la semana pasada. No voy a seguir inventando excusas.

—Iré.

—Pues tendrás que arreglarte el pelo.

—Me lo echaré hacia atrás. Con gomina parece que es más oscuro.

—No vas a hacer eso. Mañana es el tercer domingo del mes. Vendrá el reverendo Rose.

—Seguro que no le importa. Solo es pelo.

—Pareces una mujer. Y además, fea. Conoces las Escrituras perfectamente, así que no te hagas el tonto.

La manera en que Cal usaba la Palabra del Señor a su conveniencia exasperaba a John. Quería que los hechos cediesen y se acomodaran a sus sentimientos. Si algo no le gustaba, seguía dándole vueltas hasta encontrar una fisura por donde colarse.

Cal se agachó para recoger del suelo sus Levi's 501 raídos, pero John se adelantó y los cogió antes que él.

—¿Es que quieres dejarme en ridículo delante de todo el mundo?

Cal intentó recuperar los vaqueros, pero John no se lo permitió.

—Todo el mundo lleva vaqueros, papá.

—Vaqueros, sí. Pero no ese harapo que se ponen los *skinheads* para marcar paquete y enseñar media raja del culo. —Ambos hombres se quedaron mirándose. Cal sabía que su padre podía permanecer así hasta el fin de los tiempos. Así que, maldiciendo entre dientes, empezó a rebuscar en los cajones y se puso unos pantalones de pana algo desgastados. Luego fue a por las Converse, que estaban reventadas y llenas de agujeros, pero John les dio una patada y las mandó debajo de la cama. Seguidamente, dijo—: Venga, ya que estamos, vamos a zanjar este tema de una vez. No como las mujeres, que le dan mil vueltas a todo. —Cal se puso a cuatro patas y buscó las zapatillas debajo de la cama—. La gente se va a pensar que no podemos permitirnos ni un par de zapatos.

—Es que no podemos.

John rompió los vaqueros. La tela emitió un sonido terrible al rasgarse y Cal dejó de buscar. Se sentó sobre los talones y miró a su padre, atónito.

—Y para cuando el sol alcance esa ladera, espero que tengas el pelo igual de corto y arreglado que el mío. ¿Está claro? —Su padre había esperado a que Ella se marchara y Cal comprendió que ya no había posibilidad de negociar. Cualquier réplica solo serviría para provocarlo aún más. Cuando alguien lo desafiaba, su mente se convertía en el canalón de un tejado: toda el agua iba a parar allí y salía en una única dirección, la suya, y a los demás no les quedaba otra que dejarse arrastrar—. Tanto tiempo fuera te ha ablandado. —John arrojó los vaqueros rotos a un rincón—. Seguro que has conocido a muchos católicos. Lo mismo te han caído hasta bien.

Cal ya no era capaz de sostenerle la mirada y eso lo enfurecía. Señaló el póster de River Phoenix.

—No quiero cortarme el pelo. Así es como lo llevan en Glasgow.

—Es femenino.

—Yo no lo creo.

—Por suerte, a la Biblia no le interesa lo que tú creas.

John arrancó el póster de un tirón y lo dejó boca abajo sobre el escritorio.

Cal se enrolló la pesada cadena alrededor del cuerpo; en manos de su padre le había parecido mucho más ligera. Bajo la luz del crepúsculo, avanzaba a duras penas como un reo. A cada poco tenía que detenerse para recolocarse el peso y frotarse las magulladuras

de los hombros. Las botas de cuero se amoldaban bien a sus pies, pero estos habían perdido la costumbre de llevarlas. La izquierda le rozaba la piel reblandecida del talón y ya había empezado a cojear cuando llegó a la rampa del embarcadero.

El pequeño parque infantil estaba junto a la posada. Flash lo había instalado en los ochenta pensando que atraería a más familias a su negocio. Había dos columpios colgados de una estructura que no dejaba de crujir. Los asientos de plástico, que a la sazón habían sido rojos como un camión de bomberos, estaban ahora agrietados y exhibían un tono rosa jabonoso. Junto a los columpios había un tiovivo oxidado. Cal se subió a él en la oscuridad y empezó a girar, despacio al principio, luego cada vez más rápido. La brisa marina le sentaba bien en el pelo. Echó la cabeza hacia atrás y, por un instante, sintió que estaba en otra parte. Pero cuando el tiovivo ganó velocidad, empezó a chirriar, a pedir aceite y clemencia, y Cal se cayó y trató de detener aquel chillido espantoso.

Aquellas cadenas le avergonzaban. Habían salido en un programa de noticias de la BBC y, desde entonces, los habitantes del continente se habían aferrado a ellas como símbolo de la austeridad presbiteriana. Los demás estudiantes de la escuela habían visto el reportaje y se burlaron de él por eso. Cal podía hablar largo y tendido sobre el valor de trabajar la tierra, sobre el alivio que suponía descansar, aunque solo fuese un día, pero lo único que ellos oían era que a los miembros de la Iglesia Libre de Escocia no les gustaba la risa de los niños y todos los domingos cerraban los parques infantiles con cadenas.

Estaba convencido de que eran una de las poquísimas parroquias que seguían utilizándolas. Quería decírselo a su padre, pero una vez

le había preguntado por qué se tomaba las tradiciones tan en serio, y John le dijo que ignorar el cuarto mandamiento equivalía a desentenderse de la palabra de Dios, y que, ya puestos, también podías ignorar el sexto y matar a quien te viniese en gana.

Así que Cal aseguró los columpios a la estructura. Luego pasó la cadena alrededor del pequeño tiovivo y la sujetó a la argolla que los miembros del consejo habían fijado al hormigón.

A la mañana siguiente, cuando Cal bajó las escaleras, supo al instante que John estaba de malas pulgas. Su padre lo miró de arriba abajo con ojos reprobatorios

—*Te dije muy clarito lo que tenías que hacer*.

—*Un momento. Ahora me la abrocho*.

Cal soltó todo el aire mientras intentaba abrocharse la chaqueta. El traje de tweed se le había quedado pequeño. El cuello le irritaba la piel y, si se agachaba para atarse los zapatos, temía que la tela del pantalón se rompiese. Cuando acercó la nariz a la manga, percibió el olor a humedad y moho, a armario cerrado. La tupidez del tejido había agotado hasta a la polilla más industriosa y, mientras arrancaba un capullo reseco de las costuras, le impresionó que la tela hubiese resistido a pesar de tantos años abandonada a su suerte.

—*No me refiero a eso. ¡Y lo sabes! Te dije que te cortaras el pelo.*

—*Y yo te dije que no tenía intención de hacerlo.*

John estaba junto a la puerta principal, con la Biblia pegada al pecho. El traje de domingo le hacía parecer un hombre distinguido. En otra vida podría haber sido banquero, empresario industrial o

político. Cogió las tijeras de latón del aparador y se las tendió a Cal. El hecho de que las tijeras grandes de tejer estuviesen junto a la puerta le dejó claro que su padre había previsto su desobediencia. Sin duda, llevaba tiempo preparándose para aquella pelea.

—*Muy bien* —dijo Cal—. *Entonces no iré a la iglesia*.

Nada más decirlo, le sorprendió el hecho de sentirse contrariado. No tenía ningún deseo real de ir, pero después de dos semanas encerrado en casa necesitaba un cambio de paisaje. Quería ver a Doll, aunque fuese un momento.

—*¡Vas a ir!* —espetó John—. *Tenemos oscuridad en el corazón. Necesitamos la luz de las Escrituras.*

John se acercó a él. Las tijeras giraron en su mano y, con el codo en alto, arremetió contra Cal. Por un instante pareció que iba a clavárselas en el corazón, pero en el último segundo torció la muñeca y le hundió el puño en el pecho. Le apretó las tijeras contra el cuerpo con tanta fuerza que Cal dio un pequeño traspié.

Estaban hechas para telas gruesas, lo bastante afiladas para cercenar diez mil hilos con un solo giro de muñeca. A Cal nunca le habían parecido capaces de tanta violencia.

—*Ojalá te importara menos lo que piensan los vecinos*.

A John no le quedaban más palabras. Alzó el puño hacia la cara de Cal y, con los nudillos blancos por la tensión, lo situó a escasos centímetros de su nariz. Solo el sonido de los pasos de Ella lo hizo recobrar el juicio. John empezó a frotarse la cara, como intentando disipar su ira, cuando la abuela de su hijo apareció por el pasillo.

Ella llevaba unos zapatos de paseo, unos *bluchers* feísimos de puntera redonda que habían pertenecido a la madre de Cal. Como le venían varias tallas más grandes, tenía que rellenarlos con lana

cruda de cordero. Resultaba ridículo, casi cómico. Cal, alterado y nervioso, soltó una risita.

Ella miró al padre, luego al hijo, y luego al padre otra vez.

Cal se remetió el pelo por detrás de las orejas. Se lo había mojado y se lo había peinado hacia atrás lo mejor que pudo, apenas le rozaba el cuello de la camisa y, gracias a la gomina, aquellos tonos incandescentes se habían atenuado bastante. Cruzó los brazos, pero cayó en la cuenta de que era una postura demasiado desafiante, así que volvió a descruzarlos y los dejó colgando a los lados; luego, creyendo que tal vez ofreciese una imagen demasiado dócil, entrelazó las manos detrás de la espalda. Rozó el borde de las tijeras con el pulgar para comprobar lo afiladas que estaban.

—Por favor —dijo cambiando al inglés—. Haré más el ridículo si me destrozo el pelo ahora. —Luego añadió—: Jesús llevaba el pelo largo.

—Ese estilo no va nada contigo, hijo. ¿De verdad quieres ir a la cruz por esto? —preguntó su abuela, que se paseaba de un lado a otro, la alfombra se arrugaba bajo sus zapatos pesados.

—Tú llevas el pelo corto. Seguro que a san Pablo no le hace ninguna gracia.

Los hombres suponían que era una cuestión práctica, o el abandono de toda vanidad, o el momento en que una mujer deja de preocuparse por lo que piensen los demás. Pero en algún rincón profundo de su mente, Ella seguía siendo una niña de ocho años. Su padre, que rara vez la miraba pero siempre parecía tener una palabra amable para su hermana, le rozó la nuca con los dedos una mañana de camino al retrete. Le acarició el cuello mientras ella

estaba encorvada sobre la mesa y le dijo: «Tienes una nuca preciosa». Una nuca preciosa.

Ella se puso el broche derecho y dijo:

—A mi edad, nadie sabe ya si soy un hombre, una mujer o una col.

—¡Callaos de una vez! —John los había estado observando discutir, pero ellos no se habían dado cuenta de lo rojo que se había puesto—. ¡Ella! ¡Métete en el puto coche, vamos a llegar tarde! —Volvió a encararse con Cal, chasqueó los dedos y señaló la alfombra —. ¡Y tú! ¡Tú, que no me tienes ningún puto respeto ni conoces el temor de Dios! ¡Te quedas aquí y te pones a rezar hasta que volvamos! ¡Y ni se te ocurra moverte!

Ella salió de la casa sujetándose el sombrero para que no se lo llevara el viento, seguida de John, que cerró dando un portazo. La casa, que hacía apenas unos instantes parecía abarrotada, quedó de pronto en silencio.

Los perros daban vueltas a sus pies con el rabo entre las patas. Habían percibido la amenaza en la voz de su padre, pero no sabían cuál de ellos se llevaría la patada. A pesar de lo mal que los trataba John, seguían siendo su propiedad dócil y leal. Se tumbaron panza abajo a la espera de recibir el golpe.

—¡Vamos, levantaos! ¡Arriba! —bramó Cal.

Subió las escaleras corriendo y rebuscó en la mochila hasta encontrar el walkman. Luego bajó corriendo y salió por la puerta trasera y enfiló el camino del cartero. Los perros habían levantado las orejas, parecían escandalizados. Sabían perfectamente que no debían ir tras él.

Si se daba prisa, quizá llegaría a tiempo a la iglesia. Estaba escuchando Jesus and Mary Chain mientras corría. El traje le oprimía el cuerpo, pero se valió de la rabia para impulsarse hacia delante. Soltó una carcajada de loco al pensar en todas las veces que habría dado cualquier cosa por librarse de la iglesia, por quedarse en casa viendo dibujos animados. Ahora lo único que quería era enfrentarse a su padre, demostrarle que ya no podía darle órdenes. Colarse en la iglesia y quedarse de pie al fondo serviría como protesta. Solo necesitaba que su padre alzase la vista y lo viera allí plantado. Llegó a la vieja iglesia al cabo de unos treinta minutos, sudoroso y sin aliento. Fuera estaba lleno de coches que bloqueaban la carretera, si alguien quisiera pasar por allí, no le quedaría otra que pensárselo dos veces. Estaban todos, los veintiséis vecinos.

Se quitó los auriculares, los enrolló alrededor del walkman y se lo metió en el bolsillo del pantalón. Atravesó la pesada puerta exterior, pero cuando intentó cerrarla sin hacer ruido, entró una corriente de aire y se cerró de golpe. Se quedó inmóvil en el vestíbulo, con los dedos de los pies encogidos dentro de los zapatos.

Se sacudió la lluvia del traje y entreabrió la puerta interior. La iglesia había sido construida para acoger a cientos de personas, pero ahora estaba casi vacía. El espacio era sencillo y sin adornos. El interior estaba revestido de yeso blanco y liso, y el techo —forrado de madera clara de abeto— se arqueaba hacia arriba como el casco de un barco volcado. Cada unión se ensamblaba con la siguiente sin dejar una sola junta visible; los artesanos habían curvado la madera en varias direcciones para darle aquella forma elegante. Se notaba que era un trabajo hecho con devoción.

Los bancos eran intencionadamente incómodos. El duro roble servía de asiento y otro tablón muy estrecho flotaba detrás a modo de respaldo. Solo los más débiles podían apoyarse en los respaldos; los demás debían sostenerse con la fuerza de su fe para que no se rompieran los viejos bancos. De niño, a Cal le clavaban a menudo un dedo en las costillas, un correctivo tajante que le recordaba que debía mantenerse erguido en la casa del Señor.

Entró con sigilo en la iglesia y se quedó entre las sombras. El reverendo Rose bramaba en gaélico mientras la escasa congregación escuchaba embelesada. Su voz era temblorosa. Había en ella un deje de lamento y súplica que reverberaba contra el techo desnudo. Cal imaginaba que la palabra del Señor era escoltada por un ejército de ángeles suplicantes.

—*Sabemos que el rey Herodes no albergaba temor de Dios en su corazón. Los impíos, los impíos de verdad, aquellos cuya maldad es visible para el mundo, no respetan Sus mandamientos: eso es evidente. Pero no hace falta ser un pecador manifiesto para no honrar a Nuestro Señor. Os engañáis creyendo que sois rectos ante Dios. Pero al miraros ahora…, ¡oh!, veo que falta algo. Y lo que falta es TEMOR*. —Tal vez vio un mar de rostros inquietos porque elevó aún más la voz—: *Si sois pecadores sin convertir, quizá creáis que lleváis una vida decente y razonable. Pero no queréis que las personas piadosas que os rodean digan que no hay temor de Dios en vuestros corazones. Si no sentís temor, os estáis engañando a vosotros mismos. Y la luz de las Escrituras iluminará vuestras mentiras*. —El reverendo golpeó el pulpito una última vez—. *¡Pecador! ¿Me oyes?—.* Levantó la vista. Directamente hacia Cal—. *Que la Palabra del Señor dé fruto en nuestros corazones. Amén*.

Antes de que el reverendo pudiese reprender a Cal, John —que estaba junto al púlpito secundario— dio un paso adelante para dirigir el canto de salmos. John era siempre el primero en legar su voz a Dios, y su tono era tan impetuoso que podía sacar del ensimismamiento al miembro más distraído de la congregación.

Cal lo observó con atención. Parecía resplandecer bajo la luz limpia y sin filtros del día. Ni siquiera aquel espacio cavernoso lograba empequeñecerlo.

—*Salmo 13. Con la melodía de Walsall* —dijo. Y empezó a cantar —: *¿Hasta cuándo, Señor? ¿Vas a olvidarme para siempre*?

Cantaban sin acompañamiento instrumental. La devoción de su canto desnudo era suficiente. Los asistentes, que conocían el salmo de memoria, se unieron a John, pero no como una sola voz, sino como veintiséis individuos con voces firmes y resueltas que suplicaban al Señor. El lamento fue creciendo hasta convertirse en una marea de adoración. El gaélico de las Escrituras era arcaico y, sin música que los guiase, la melodía se deshilachaba en mil variaciones; cada fiel tronaba como una nube de tormenta, entregado al ritmo según su propio pulso, dejándose arrastrar por una cadencia íntima y profunda.

Aunque el rebaño había menguado mucho, sus voces todavía hacían temblar los cielos. No había timidez ni murmullos tibios, y el espacio vibraba con los graves de los hombres, todos ataviados de negro; sus voces parecían atravesar un vacío interminable en un intento desesperado por que Dios los escuchase.

Cal aguardaba entre las sombras. Escuchó la fe en aquellas voces y se preguntó adónde había ido a parar la suya. El problema nunca había sido el pelo, ni los vaqueros, ni la música pop. Si no se

mantenía firme, John lo erosionaría como la marea hasta convertirlo en una costa irreconocible.

Dio un paso adelante, quería aprovechar el canto para escabullirse hasta el último banco. Cabizbajo, con la mirada fija en las losas del suelo, sentía que los ojos de su padre estaban clavados en él. John no había dejado de cantar, pero observaba a los fieles con una expresión suplicante en los ojos. Movía la cabeza de lado a lado; un gesto sutil, casi imperceptible. Por favor, parecía estar diciendo. Por favor, John-Calum. Por favor.

Todos los hombres importantes de la iglesia se sentaban delante con sus familias. Justo detrás estaban «los convertidos», un pequeño grupo de fieles que habían declarado su fe en Jesús. Y detrás de estos, los «no salvados». Solo la esposa del reverendo podía estar al fondo del todo. Menuda e inquieta, se acomodaba sobre un cojín burdeos enorme, como un ratoncillo de cuento. Desde allí podía observar a la congregación e informar luego a su marido de cualquier señal de agitación espiritual. Después del oficio se lo llevaría a un aparte y lo pondría al tanto de todo, como la ayudante de un médium.

Cal se dirigió hacia el último banco, pero cuando se inclinó para sentarse, el walkman se le salió del bolsillo debido a lo apretados que le quedaban los pantalones. Cuando golpeó el suelo, se oyó un estrépito todopoderoso. El aparato se hizo añicos y las piezas se esparcieron por todas direcciones; la tapa se rompió y la carcasa se deslizó por el pasillo. Apenas fueron unos segundos, pero el eco de la explosión pareció durar una eternidad mientras el casete daba vueltas en el suelo y las pilas rodaban hacia el púlpito.

El canto se interrumpió de golpe.

El reverendo Rose miró hacia el pasillo mientras los fieles se giraban en sus asientos al unísono.

—Lo siento. —Cal se vio obligado a correr arriba y abajo por el pasillo para recoger los restos desperdigados. Se guardó el casete en el bolsillo—. Estaba escuchando un sermón.

Se oyó un murmullo de risas incómodas.

El reverendo Rose sonrió. La sonrisa cruzó el templo, fría como luz de invierno. Su rostro alargado y pálido podía tener la serenidad de un lago de las Tierras Altas, pero aquella quietud apenas cubría un fondo somero, pedregoso e implacable. De joven había sido un hombre mediocre, sin dotes aparentes para nada, sin ninguna habilidad especial para la tierra o el mar, ningún talento para los libros o las mujeres. Pero la congregación lo respetaba por haber crecido entre los suyos y por ceñirse a los rígidos principios calvinistas, tanto en la iglesia como dentro de su propia casa. Si parecía más relajado que los reverendos anteriores era porque había entendido que la congregación estaba cautiva, no solo geográficamente, sino también por las expectativas de sus vecinos. Se vigilaban unos a otros mediante la vergüenza, los desprecios y los juicios mezquinos mucho mejor de lo que él podría hacerlo desde el púlpito.

Cal, con el walkman roto entre las manos, trató de sentarse en un banco vacío. Sus ojos se cruzaron con los de Doll, pero este esbozó una sonrisa burlona y apartó la mirada con desprecio. Luego se volvió hacia Isla, pero ella mantenía la vista fija al frente.

—Lo siento mucho —dijo—. No volverá a pasar.

El cable de los auriculares se había enganchado entre la mano y el botón de la chaqueta, y era ese, y no la sinceridad, el motivo por el

que mantenía la mano sobre el corazón. Por el rabillo del ojo alcanzaba a distinguir algunos rostros, y vio cómo unos cuantos sonreían con sorna y aprovechaban la ocasión para chupar una caramelo de menta, complacidos por la distracción que él les había procurado. Trató de mantener la mirada por encima de la línea de sus ojos y no permitir que aquellas expresiones sombrías lo avergonzasen. Su padre le había dado la espalda. Mantenía la cabeza inclinada en señal de humildad, pero Cal veía cómo una furia fucsia le ascendía por el cuello.

—Aquí. Aquí.

El reverendo Rose señaló el lugar que le correspondía entre los no salvados, justo al lado de su abuela.

Se sucedieron algunas risas compasivas ante su torpeza y oyó a varias personas hacer comentarios en voz baja sobre su llamativo pelo. Se quedó de pie junto a Ella y no gritó cuando esta le aplastó la mano entre las suyas.

Su padre se aclaró la garganta y la congregación volvió a mirar al frente. Dirigió el siguiente salmo sin mirar ni una sola vez a Cal. Su abuela levantó la cabeza y reprodujo las palabras sin saber lo que decían.

Había aprendido a imitar parte del gaélico bíblico de los salmos, gorjeaba los sonidos sin entender prácticamente nada de su significado. Cal la encontraba a veces cantando junto al fregadero de la cocina con una entonación casi perfecta, pese a que apenas conocía unas puñado de palabras comunes.

—¿Qué estabas cantando? —le preguntaba—. ¿Sabes lo que significa?

Ella se detenía a pensar.

—Que Dios es manso como un cordero, ¿no?

—Exacto —decía él con una sonrisa—. ¿Ves como sí sabes? Podría enseñarte *gàidhlig*.

—Quita, quita, ¿para qué? —respondía ella—. No voy a quedarme aquí mucho más tiempo.

El reverendo comenzó a despedirse de los feligreses con un apretón de manos tan leve que apenas les rozaba los dedos. John permanecía a su lado, con una serenidad forzada en el rostro. Le irritaba la forma en que sonreían sus vecinos al pasar junto a él. Las mujeres le daban palmaditas en el brazo y ponían esas caras condescendientes en las que se entreveraba la lástima y el regodeo. Durante el almuerzo hablarían de su hijo. Ya podía oírlas: lo irrespetuoso que había sido por llegar tarde a la misa, y con esos pelos de mujer, y, para colmo, escuchando música pop donde solo debería oírse la Palabra de Dios. No tardarían en llegar las especulaciones sobre los errores de John por haber criado a un hijo así. Y quienes aún recordaban al padre de John, y al padre de su padre, no dudarían en exhumar sus huesos y mancillar sus nombres.

Los hombres se alinearon en los escalones según una jerarquía tácita que jamás se ponía en duda. Eran hombres grandes y tranquilos, ataviados con trajes oscuros, y quien no conociese su carácter apacible, tal vez percibiese en ellos una autoridad matonesca; de hecho, parecían más un grupo de porteros desalojando un club nocturno que una reunión religiosa. Solo había dos hombres que no habían dado un paso al frente en la iglesia y

que, por tanto, no podían ocupar legítimamente un lugar entre ellos. El primero era Sorley McInnes. El segundo, Cal Macleod.

Las mujeres charlaban animadamente. Había dejado de llover, contaban con la presencia del reverendo y estaban encantadas con el ridículo que había hecho Cal. Beady-Màiri se metió las orejas dentro de la boina y se acercó a John. Le puso una mano en el brazo y le dijo que rezaría por su hijo. A John le entraron ganas de mandarla a la mierda. En lugar de eso, le rozó la mano con la misma condescendencia con que ella le había dado aquellas palmaditas y le devolvió una sonrisa lánguida. Entonces, con un discreto aire triunfal, Beady colocó la otra mano sobre la de él.

Detrás de John, los hombres se echaron a reír por algo que había dicho el reverendo, pero él no lo había oído y se sintió excluido de la broma, incluso temió que fuese sobre él. Aquellas risas sonaban falsas, aduladoras. Pensó en reírse también, pero no tenía idea de cuál era el chiste y, cuando quiso hacerlo, ya era demasiado tarde. Se intentó acercar al corrillo de hombres, pero, en cuanto lo vieron, se dispersaron.

Al menos Cal había tenido la decencia de no quedarse merodeando por allí. John no le había dirigido la palabra, pero había visto a Ella sacarlo a empujones y ponerlo a salvo. Lo vio en el asiento del copiloto con aquella mata de pelo indecente cayéndole sobre los ojos mientras trasteaba con el maltrecho walkman.

—*Ha cantado muy bien*. —El reverendo echó el cerrojo de la puerta de la iglesia—. *Tengo ganas de volver solo por verlo a usted en acción*.

John inclinó la cabeza, más avergonzado que agradecido. El reverendo Rose oficiaba en varias parroquias, y siempre esperaban

su visita —cada tres semanas más o menos— con ilusión. Las misas eran mucho más animadas cuando venía él que cuando las dirigía alguno de los miembros del consejo.

John observó cómo algunos miembros de la congregación se dirigían hacia la furgoneta de Innes. A Innes jamás se le habría ocurrido pedir dinero, ni ellos se lo habrían puesto nunca directamente en la mano, pero con los años el bolsillo izquierdo de su americana se había vencido por el peso de las monedas que las mujeres dejaban caer con discreción mientras se subían a la furgoneta que las llevaría de vuelta a casa. John vio cómo se quitaban el sombrero antes de que Innes las ayudase a subirse en la parte de atrás. Innes se pasaba gran parte del sábado limpiando la mierda de oveja de la furgoneta y atornillando los asientos al suelo del vehículo. Y casi todo el domingo llevando a los ancianos a la iglesia y trayéndolos de vuelta a casa.

John quería hablar a solas unos minutos con Innes. Quería que le sujetase la cara entre las manos y le dijese que todo saldría bien.

Ella se quedó a su lado mientras el último coche se alejaba. John estaba observando el coche del reverendo, pero sentía cómo la mirada de su suegra le escrutaba el rostro y decidió que no le daría esa satisfacción. Una vez, Ella le dijo que era esa calma lo que más la inquietaba. Sabía manejar a los hombres de Glasgow, hombres de sangre caliente, temperamentales; lo que le aterraba era la rabia de los isleños, silenciosa y profunda como un lago.

Ella empezó a palparse los bolsillos con mucha teatralidad.

—Me he dejado los Pan Drops en el banco. Ve a buscármelos, anda.

John estuvo tentado de decirle que fuese ella a por los putos caramelos mentolados, pero reparó un instante en sus tobillos hinchados y, al recordar que estaba en la casa del Señor, volvió a abrir la puerta de la iglesia. Apenas había dado unos pasos dentro cuando la oyó bajar las escaleras entre jadeos. John se quedó observando cómo Ella avanzaba con dificultad por la grava, se encaramaba al asiento trasero y le susurraba alguna advertencia a Cal.

Ella se creía más lista que nadie, cosa que sacaba de quicio a John. Se creía poseedora de una astucia refinada, cuando en realidad actuaba con la torpeza de un chiquillo irritable e inmaduro. Solo los buenos modales y la discreción de sus vecinos —que habían presenciado todas sus artimañas, pero preferían no avergonzarla para no rebajarse a sí mismos— le permitían seguir creyendo que era astuta.

Ni siquiera se molestó en buscar los caramelos. Esperó lo justo para que representaran su pequeña farsa, para que urdiesen la estrategia con la que pensaban apaciguarlo y, acto seguido, se dirigió al coche. Se sentó al volante y dejó caer la Biblia sobre el regazo de Cal como si él no estuviese allí. Después extendió la mano izquierda.

—*Dame ese aparato de música.*

Se sucedió un silencio mientras Cal intentaba encontrar la manera menos conflictiva de decir que no.

—*Yo… lo compré con mi propio dinero,*

La mano de John se cerró en un puño. Contempló el mar negro verdoso.

—*Te pido tan poco.*

—Bueno, eso no es verdad.

—Solo piensas en ti mismo. —Unas focas estaban jugueteando en la bahía. Eran tan oscuras como el agua, pero cuando rompían la superficie, su grasa formaba pequeñas islas de calma sobre la marea agitada—. *Te pedí que confirmaras tu fe, nada más. ¿Sabes lo humillante que es que el único hombre excluido del grupo después del oficio sea mi propio hijo?*

—Pero Sorley Mac…

—¡Que le den a Sorley!

John se había entregado a la misericordia de Jesús el año después de que la madre de Cal los abandonase. Cal tendría entonces nueve o diez años, y lo único que John recordaba de aquel ritual era cómo segregaban a los salvados del resto. Recordaba al reverendo exhortando a los confirmados a dejar atrás a sus seres queridos: mientras los elegidos caminaban envueltos en la luz, los no confirmados seguían sumidos en la oscuridad. «¡Vosotros! —bramó —. ¡Aquellos de vosotros que estáis predestinados a la salvación, debéis dejar atrás a vuestras esposas y maridos, a vuestros hijos e hijas!». Al escucharlo en voz alta y ver a su hijo al otro lado de aquella frontera invisible, apartado de él, a John le sobrevino una sensación de pánico; y, al reconocer ese mismo pánico en los ojos de Cal, articuló en silencio: «No te preocupes». Más tarde, aquella misma noche, después de leerle un rato, se tumbó junto a Cal y le dio un abrazo. Le prometió que jamás lo abandonaría en esta vida, jamás, y que antes de que llegase la salvación, se aseguraría de que Cal pudiera seguirlo.

—No me parecía correcto confesarme —dijo Cal—. *Mi relación con Dios no es igual que la tuya. Lo intento. Pero no puedo*.

—Mira a Doll, sentado junto a su padre; y mírate a ti, al fondo de la iglesia, a medio camino entre la salida y la condenación.

—No te engañes. Eso no quiere decir que Doll esté más cerca de Dios. —Cal cogió del salpicadero la gorra de su padre. Se puso a trastear con ella para evitar que le temblasen las manos. Sacó unos cuantos pelos de su padre que se habían quedado atrapados en el cierre y se los enrolló alrededor del dedo como si fuesen una madeja de hilo; al girarlos bajo la luz, vio cómo el castaño oscuro se volvía plateado, igual que la corteza de un abedul en invierno—. *Papá… Es solo pelo. A nadie le ha importado tanto.*

—Jamás ha existido criatura más egoísta que tú.

John se acordó de aquellas mañanas en que el frío le dejaba los dedos tan rígidos que apenas conseguía pasar la urdimbre por los lizos, y en las noches en que los corderos se resistían a nacer mientras él permanecía bajo el viento aullante sacando a los recién nacidos del vientre de sus madres. Nunca había querido hacer nada de aquello, pero lo había hecho sin quejarse y sin esperar ningún elogio. Tiempo después, cuando Cal tenía catorce años, Beady-Màiri le preguntó si quería ser como su padre, y él soltó una carcajada. Allí mismo, delante de John, le dijo a Beady que de ninguna manera, que la vida en el *croft* era una estupidez, que era cosa del pasado.

Se acordó de todas las noches posteriores a la marcha de la madre de Cal en las que le habría gustado huir y conocer algo de mundo, pero no lo hizo; se quedó porque tenía un hijo durmiendo arriba que no podía conciliar el sueño si no dejaban encendida la luz del pasillo. Un hijo que se haría mayor y lo abandonaría y que, llegado el momento, apagaría todas las luces de la casa antes de marcharse.

Pensó en todas las tardes en que le habría gustado tirarse en el sofá, cerrar los ojos y llorar por todo lo que jamás llegaría a vivir, pero no podía porque la anciana que su mujer había dejado en la casa siempre andaba merodeando por todos los rincones. La única paz que encontraba se hallaba en la colina, donde los pies doloridos de Ella no alcanzaban a llevarla, pero ni siquiera allí podía llorar por miedo a que algún vecino lo viese y acabaran llamándolo John el Llorica el resto de su vida.

Se acordó de que Cal nunca lo llamaba cuando estaba en Edimburgo. Decía que lo llamaría pero luego se le olvidaba, o llovía demasiado para ir a la cabina, o surgía alguna fiesta, o tenía que estudiar para un examen, y John se quedaba esperando junto al teléfono, incapaz de concentrarse en nada mientras su suegra coloreaba cuadernos con aquellos rotuladores de olor avinagrado que chirriaban sobre el papel.

Tenía que obligar a Cal a escuchar lecturas de la Biblia, porque pedirle que lo llamase un par de veces por semana o que se sentara con él junto al fuego durante unas horas para contarle sus cosas era pedir demasiado. Era demasiado pedirle que estuviera cerca de él.

Se acordó de la avalancha de facturas. De los extractos y las tarjetas de crédito que lo mantenían las noches en vela. Del tono condescendiente del banquero de Stornoway cuando John le pidió un pequeño préstamo para saldar las deudas. El hombre tasó el valor de su vida y le ofreció una suma ridículamente inferior a todo lo que su hijo ya debía.

Se acordó de la vida a la que se había atado para que Cal tuviese algo a lo que agarrarse, y comprendió, ahora que su hijo rechazaba aquella vida, que él tampoco la había querido nunca.

—Te va a dar un infarto, papá —dijo Cal en inglés.

Era una estrategia barata para poner a su abuela de su parte.

—¿De verdad crees que todo esto es por el pelo? —preguntó John en voz baja—. No, Cal, no creas que tu padre es tan estrecho de miras.

John sintió que Ella se inclinaba hacia delante en el asiento trasero. En el borde de su visión apareció el color turbio de sus medias, parecido al del té demasiado cargado. Ella alargó la mano en dirección a Cal, como si quisiera taparle la boca, pero era demasiado baja, demasiado gorda y demasiado lenta.

—Todos necesitamos relajarnos un poco —dijo Cal—. Supongo que nunca has oído hablar de Kurt Cobain…

John le dio un puñetazo en la cara.

Todo se detuvo.

John se giró en el asiento del conductor. Sujetó a Cal por la solapa de la chaqueta con la mano izquierda y con la derecha lo golpeó tres veces más, cada puñetazo más cargado de inquina y determinación que el anterior. Cal alzó los brazos para protegerse, pero John era demasiado rápido y siempre encontraba la forma de atravesar las defensas de su hijo.

La visión de John se fragmentó en una sucesión de imágenes breves. Vio cómo se le retorcía la boca a su hijo. Cómo los dientes delanteros chocaban entre sí mientras unas burbujas de saliva se abrían paso con rabia entre el esmalte astillado. Vio desaparecer el vello negro de sus propios nudillos, enrojecidos y abrasados por el golpe, luego manchados de sangre. Después oyó el sonido de cuerpos resbalando, de manos luchando por encontrar algo a lo que aferrarse, y entonces Ella se lanzó hacia delante y cayó sobre la

palanca de cambios. Su suegra se agarró al salpicadero como si acabase de sufrir un accidente de tráfico. El contenido de su bolso salió volando y las monedas sueltas tintinearon al impactar sobre el chasis.

Cal se desplomó en el asiento, tenía los brazos cruzados delante del cuerpo, con los codos sujetos a modo de barrera. Tanteó a ciegas la puerta en busca del tirador que la abría. Un tirador que había usado un millón de veces, cuya forma conocía de memoria, pero que ahora era incapaz de imaginar o localizar. Todo se había vuelto de un blanco deslumbrante y empezó a entrar en pánico, a sollozar, mientras sus dedos seguían sin encontrar el tirador.

John alcanzó a ver su reflejo en el retrovisor y tuvo que apartar la mirada. Ahora que la ira se había disipado, no entendía qué se había apoderado de él. Cuando se miró en el espejo vio al diablo, y el diablo tenía su mismo rostro.

Sin mirar a su hijo, se inclinó sobre su suegra y abrió la puerta del copiloto. Luego le dio un empujón a Cal, que cayó fuera, al aire del día.

A H-OCHD / OCHO

Cal se agachó junto a la orilla y observó su reflejo. El moratón estaba empezando a ennegrecerse. Eran tan grande que tuvo que alzar la vista hacia las nubes para asegurarse de que no era la sombra lo que le oscurecía el rostro. Tenía el ojo izquierdo hinchado, la ceja ensangrentada y el labio inferior se le había abierto por dos sitios. Con manos temblorosas, se palpó la nariz. Sintió un dolor intenso, pero la hemorragia se había detenido y, para su sorpresa, no estaba rota.

Visto desde la carretera, Cal no era más que un bulto de tweed gris, podría pasar por un peñasco grande. Se dejó caer hacia delante y hundió la cara ensangrentada en la poza de marea. La mantuvo allí todo el tiempo que pudo soportarlo. El labio le escocía por la sal. El frío amortiguaba la inflamación.

Sacó la cabeza del agua y, como si estuviese rezando, inspiró hondo y volvió a sumergir la cara. Lo hizo varias veces hasta que el agua dejó de teñirse de rosa. Después se sentó sobre los talones, contempló el mar y se quedó inmóvil como una roca.

El agua le llegaba a John hasta el pecho. Se había adentrado más allá de la franja azul, donde el fondo marino desaparecía y todo se convertía en una negrura verdosa y voraz. Allí donde el mar había

retrocedido, la orilla quedaba cubierta de una espuma reluciente. El aire olía a salitre y a algas.

—*Ven aquí* —dijo.

Con nueve años, Cal estaba en una poza de marea, el agua le llegaba hasta los tobillos y los pies le ardían de frío. Se abrazaba a sí mismo el pecho con la cara protegida del viento. A su espalda oía a su abuela caminar de un lado a otro mientras trazaba surcos entre los guijarros de la playa.

—*No puedo* —susurró.

John asintió con frialdad, resignado. Nadó varios metros mar adentro, como ya había hecho cuatro veces antes: dos brazadas por cada «no puedo». Cada vez que se abría paso entre las olas, desaparecía tras las crestas y Cal sentía un escalofrío de miedo.

—*Ven… aquí*.

Cal se chupó los dedos con aquel gesto infantil que John detestaba. Se volvió hacia Ella, pero su abuela no le quitaba ojo a John.

—*No puedo*.

Su padre se hundió bajo las olas y desapareció de repente. Cal se puso de puntillas para buscarlo. Cuando John reapareció estaba mucho más cerca, y aquello lo sobresaltó. Sus ojos, enrojecidos en los bordes, eran de un azul empedernido, penetrante. Cal lo observó avanzar hacia la orilla, su piel rosada y encendida, el vello negro del pecho secándose al viento antes de volver a erizarse. Cal se sentó, se frotó los pies helados y luego se puso a recoger restos de algas pardas. Era capaz de soportar la humillación siempre que no mirase a su padre. La vergüenza era como una mancha en la camisa: podía olvidarse de ella hasta que sorprendía a su padre observándolo;

entonces bajaba la vista, se veía a sí mismo a través de sus ojos y recordaba lo decepcionante que era como hijo.

—*Hay demasiadas olas*. —Se limpió los mocos de la nariz—. *Quizá la próxima vez el mar esté más calmado.*

Era la excusa que su abuela había aducido en todas las ocasiones anteriores.

John nunca le azotaba en las nalgas. Prefería darle una colleja en la nuca. Después, cuando Cal se quejaba de dolor de cabeza, le hundía los dedos entre los omóplatos. Al cumplir los doce años, su padre empezó a zarandearlo cada vez que tenía un arrebato de furia y, la primera vez que Cal lo miró con ojos suplicantes, le cruzó la cara de un guantazo. Aquellas bofetadas tenían la capacidad de paralizarlo todo, interrumpían al instante cualquier cosa que Cal estuviese haciendo mal. Pero también eran una forma de exigirle que espabilase de una vez, que corrigiese su amaneramiento, esos tics afeminados que sacaban a John de quicio, que redoblase sus esfuerzos hasta que lo consiguiera.

John se acercó a su hijo y murmuró algo entre dientes.

—*Tha mi duilich* —dijo Cal tras alzar la vista. *Lo siento*.

John lo agarró de la nuca, sus dedos largos casi le rodeaban la garganta y, como si fuese un cachorrillo al que quería sacrificar, lo arrastró hasta las olas. Lo levantó y lo lanzó al agua, más allá de la franja azul, directo a la parte oscura del mar. Cal giró sobre sí mismo, un torbellino de brazos y piernas, sus omóplatos hendieron la superficie como cuchillas y desapareció bajo las aguas.

El pasillo entre la cocina de Beady y la tienda estaba atestado de artículos comprados al por mayor. Cada mes, algún isleño le daba una lista de las cosas que necesitaba: provisiones sencillas como pan o harina, o cosas más grandes y aparatosas, como tablas de planchar o piezas para un calentador de inmersión. Beady iba a Stornoway y, si no lograba encontrarlo allí, llamaba al continente y pedía que se lo trajeran en ferri. Este era el motivo por el que todo lo que entraba en Falabay pasaba por las manos de Beady-Màiri, hecho que la convertía en una figura central de la comunidad y le concedía —a una mujer sin peso alguno en la iglesia— una forma de inmiscuirse en la vida de los demás. Cal se puso a trastear con la cinta adhesiva de una caja de pañales para adultos mientras Beady iba en busca del botiquín. Sobre el teléfono había un tablero de corcho con un mapamundi iluminado por una constelación de chinchetas azul intenso, una por cada uno de sus cinco hijos supervivientes, todos desperdigados por el mundo en busca de mujeres o de trabajo.

Cal conocía vagamente a dos de los hijos: al menor, que había muerto en un accidente de coche, y al segundo más joven, que ahora trabajaba coordinando el tráfico de embarcaciones en el canal de Panamá. Todos se habían criado con su madre y cualquiera de ellos podría haberse casado con Grace en lugar de su padre. Mientras contemplaba las chinchetas esparcidas por el mapa, sintió crecer en él una rabia amarga, redirigida.

Beady se dio cuenta de que Cal estaba mirando el mapa con los ojos entornados. Tenía la cabeza ladeada tratando de ver con el ojo sano, ya que el izquierdo lo tenía aún muy hinchado. Se limpió las

manos en la falda, cogió una chincheta roja, la clavó en las Midlands y exclamó con orgullo:

—La mayor de nuestro Gregor acaba de entrar en la Universidad de Loughborough. Una chiquilla listísima. Está estudiando Física y Física Teórica.

Cal le siguió la corriente aunque ya había un agujero sobre Loughborough de otra chincheta. Sabía que Beady representaba aquel ritual para todos los visitantes que pasaban por allí.

Lo condujo a la cocina y le limpió la cara con un paño de cocina.

—Parece que has tenido una semana complicada, ¿eh?

—Soy imbécil —dijo él—. Me caí al bordear una colina.

—Eso no te lo niego: eres imbécil —respondió ella.

Beady-Màiri nunca se había cortado el pelo, y le gustaba llevarlo trenzado y recogido en un moño. Como hermana mayor de Donnie Macdonald y de Jeanie Calder, estaba emparentada con la mayoría de las familias que vivían en la carretera de la cinta. Conocía a Cal desde antes de que naciese.

Cogió una aguja de coser y vertió desinfectante sobre ella.

—Tengo azul marino o verde. Dios sabrá por qué tengo verde. En fin.

—Azul marino. Por favor.

Cal había interrumpido el almuerzo de la señora y el olor de las patatas hirviendo en la olla le estaba dando náuseas.

—¿Tiene algún tinte para el pelo?

Beady se quedó inmóvil. Se quitó las gafas y las dejó colgando de la cadenilla de plata. Sus ojos eran dos violetas en un cuenco de leche. Tenía la mirada más cálida y fría que Cal había visto jamás.

—Debes de haberte golpeado muy fuerte la cabeza para preguntarme eso.

—Ya sé que hoy no puede vendérmelo —dijo él—. Pero ¿le importaría dármelo? Volveré con el dinero mañana o pasado mañana.

Cal intentó no gritar cuando la aguja le atravesó la ceja.

Cuando terminó, lo condujo hasta la pequeña tienda. Nunca había entrado por la puerta lateral y, de pronto, se sintió desorientado, como si hubiera llegado a un lugar extranjero.

Cogió una bolsa de patatas fritas, unas tijeras de papel y un paquete de maquinillas desechables.

Beady le mostró los cuatro tonos de tinte que guardaba escondidos bajo el mostrador. Cuando se inclinó, una caja de preservativos cayó al suelo. Sin la agilidad de otros tiempos, la señora dio unos pasos torpes y cómicos e intentó aplastarlos con el pie como si fuesen un ratón.

—¡Eso no lo has visto! —dijo y le dio un puntapié a la caja.

—¿Ver qué? —respondió él.

Cal reparó en un tinte castaño. Era un tono más oscuro que el pelo de su padre.

Beady abrió el libro de cuentas. Todos sus vecinos arrastraban algún tipo de deuda, algunas eran insignificantes, otras ascendían a cuatro meses de salario. La página de su padre estaba impecable y parecía orgullosa por ello. Beady pasó la mano por encima antes de anotar el coste de cada cosa. Luego dejó anotado el cobro para el miércoles siguiente.

Cuando salió de la tienda de Beady, le sorprendió encontrar desconocidos junto a la rampa del embarcadero. Los hombres estaban trabajando y perturbaban con sus gritos la paz del día del Señor. En la bahía había un arrastrero cuyas redes colgaban a ras del agua, como dedos blancos y largos rozando las olas. El aparejo dañado hacía que el barco se inclinase peligrosamente hacia un lado y dejase al descubierto, de forma casi obscena, la línea de mugre del casco. Cuando Cal se acercó, vio en la matrícula que venía del puerto de Oban, que estaba relativamente lejos. No recordaba haber visto nunca un palangrero en Falabay, la bahía no era lo bastante profunda para albergar barcos industriales.

Los pescadores se habían arracimado frente a la posada. Maldecían y discutían en un glasgüense cerrado, era obvio que no conseguían ponerse de acuerdo. Parecían casi adolescentes, chavales en prácticas o estudiantes de algún programa de actividades al aire libre, los típicos niñatos de Glasgow que podrías ver en el Fury Murrays pimplándose una pinta tras otra. Llevaban deportivas de moda, jerséis finos y pantalones de chándal. El capitán era el único con chaqueta impermeable. Estaba escuchando las quejas del grupo con la resignación de un padre agotado.

Uno de los chicos-hombres, un joven con una mata de pelo rubio casi blanco, se estaba mordiendo el labio con aire desafiante. Se mantenía apartado de los demás, al margen de sus disputas.

Fue el único que vio a Cal andando por el paseo marítimo. Para ocultar su rostro magullado, Cal se llevó la mano a la frente a modo

de visera, como si el sol le deslumbrase. Pero el sol estaba detrás de él, bajo y lejano.

Estaba a punto de escabullirse cuando Flash gritó:

—¡Eh! ¡Rocky Balboa! —Cal pensó en darse la vuelta y tomar el sendero que bordeaba la colina, pero Flash volvió a gritar—: *¡Tú! ¡Sí, tú! ¡Macleod el Tuerto! ¡Venga!*

De todos los hombres devotos de la isla, Aonghas Calder alias «Flashdance» era el que mejor le caía. Cuando Cal era más pequeño, Flash solía llevar un pez vivo en el bolsillo y, al estrechar la mano a los niños después del oficio, les hacía cosquillas con el cebo.

Cal se acercó por un lateral hasta que Flash lo agarró del hombro y lo arrastró con brusquedad al círculo. Los pescadores de Glasgow lo miraron, varios pusieron cara de dolor al verle la cara. Flash le pasó un brazo por los hombros y Cal sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

El aliento de Flash era una destilería en llamas cuando le susurró en gaélico:

—Menuda panda de hijos de perra. Su barco está hecho mierda. Pero nos hablan como si fuéramos subnormales, unos follaovejas endogámicos. —Flash sonrió a los pescadores varados—. *Por eso estamos fingiendo que no hablamos inglés, para tocarles los cojones*.

Un par de pescadores llevaban camisetas del Celtic. Sus brazos estaban cubiertos por un tapiz de tinta: nombres de bandas callejeras, mujeres desnudas y despatarradas como arañas muertas, amenazas a la reina.

Flash miró al capitán y dijo en un gaélico hermoso y cadencioso:

—Entonces ¿a tu padre le gusta mirar cuanto te follas a tu madre?

Los forasteros entornaron los ojos. Uno de ellos dijo:

—¿Y por qué cojones no podéis hablar inglés como la gente normal? Hasta los putos españoles de Magaluf hablan mejor inglés que vosotros. —Se pinchó la palma de una mano con el dedo índice de la otra—. ¿Có. Mo. Lle. Ga. Mos. A. Stornoway?

—*¿Steòrnabhagh?* —dijo Flash haciendo un esfuerzo evidente por contener la risa.

Cal les dio la espalda a los forasteros y preguntó:

—*¿Cómo es que la guardia costera los ha remolcado hasta aquí? ¿Por qué no los ha llevado a Leverburgh o Tarbert?*

—*Supongo que Falabay estaba más cerca* —dijo Flash encogiéndose de hombros. Señaló con la cabeza hacia un calvo, el capitán, que estaba gritándole al marido de Beady—. *¿Ves al capullo ese insolente? Bastante suerte ha tenido de que no los dejasen en alta mar. Docky MacNeil es mejor persona que yo. Yo los habría llevado a Sùla Sgeir y habría dejado que se pudrieran allí*. —Se sacó un moco, lo lanzó de un capirotazo y señaló el barco con el mismo dedo—. *Docky dice que en el barco no tienen ni un solo pez. Ni uno. Estos cabrones han venido a vender droga*.

—*¡¿Tienen droga?!* —*preguntó Cal.*

—*Tranquilo, Ozzy. Sí, tienen droga. El verano pasado, dos chavales de Vatersay iban tan colocados que intentaron cruzar el canal a nado y se ahogaron. ¿Has pasado últimamente por los Narrows? Parece una película de zombis*. —Le puso una mano en la espalda—. *Esta gente, cuanto más lejos, mejor*.

Flash llevó a un aparte al marido de Beady para hablar con él. Shockie tenía el pelo blanco y ralo, peinado hacia un lado, y se le levantaba por detrás como la colita de un pato. En sus tiempos se

las daba de ligón, pero los años habían borrado cualquier rastro de atractivo que hubiese podido tener. Era el anciano principal de la iglesia y, aun así, poseía la extraña cualidad de pasar prácticamente desapercibido. Cal se preguntó si aquello no sería obra de Beady; tal vez aquella mujer lo había consumido tanto que ya no quedaba en él nada destacable.

Cuando Flash y Shockie se apartaron, los glasgüenses se apiñaron alrededor de Cal, expectantes. Solo el rubio barbudo se quedó atrás observándolo desde cierta distancia. Cal les explicó en inglés que tendrían que esperar hasta la mañana siguiente para coger el autobús a la ciudad y que, desde allí, podrían tomar el ferri hasta el continente. El domingo no era posible hacer nada. Absolutamente nada.

Los hombres le gritaron.

Al capitán le costaba creer que los isleños no fuesen capaces de reparar un barco.

Flash y Shockie volvieron al grupo. Cal ayudó a distribuir a los pescadores entre la casa de los Glennie y la posada. Flash tenía sitio de sobra para los seis, pero ni siquiera bajo la atenta mirada del Señor estaba dispuesto a hacer tanto sin obtener nada a cambio. Cal eligió a los dos hombres con mejor aspecto y los envió a casa de Beady para que les dieran pastel caliente de cordero. Solo el pescador rubio parecía divertirse con la espera. Escuchaba las quejas de los demás con una sonrisa burlona en la cara. A Cal no le gustaba aquella sonrisa, así que lo mandó a la posada; sabía que Jeanie Calder descongelaría para él alguna cosa beige e insípida para cenar.

Le dolía la cara. Estaba harto de oír tantas quejas.

—*Flash, ¿puedo usar tu baño?*

—*Claro. Pero no te mees en el suelo*. —Flash lo agarró del brazo y lo apartó del grupo. Se quedaron uno junto al otro viendo cómo discutían los pescadores de Glasgow—. *¿Sabes que Margaret Beattie ha vendido su casa?*

—*Creo que Ella me comentó algo.*

—*Margaret se ocupaba de limpiar los váteres y de recoger los vasos; si quieres sustituirla, puedo darte algunas horas el viernes.* —Seguía mirando con el ceño fruncido a los forasteros—. *Pero escucha bien: si no hay suficientes clientes, te vas a casa. No eres tan guapo como para quedarte ahí plantado sin hacer nada.* —Cal no esperaba el ofrecimiento. Desde que su padre le pegó, no dejaba de pensar en el ferri; tal vez podría hacer autostop hasta Tarbert, dormir en la sala de espera, mendigar algo de dinero para comprar el billete o colarse de algún modo en el barco por la mañana. Flash suspiró y dijo—: *Bueno, ¿y esa cara? ¿Me vas a explicar qué te ha pasado?* —Miró a Cal con sus ojos azules—. *Vamos a ver, ¿cuántos años tienes ya?*

—Veintidós.

—*Entonces ya tienes edad de sobra. La próxima vez que John te levante la mano, tú levantas un cuchillo. Y si él levanta un cuchillo, tú levantas una silla. ¿Me oyes? Te está retando a que lo hagas*.

Al ser domingo, la posada estaba cerrada. El baño era un cubículo estrecho con una moqueta de cachemir y las paredes pintadas de un granate oscuro y brillante. Cal logró echar el pestillo antes de que las lágrimas le nublasen la vista. Las dejó caer mientras se desnudaba de cintura para arriba.

Abrió el tinte y usó el pincel para cubrirse el pelo. Mientras esperaba a que hiciese efecto, sacó el paquete de patatas fritas y se las comió deprisa. Se observó en el espejo mientras masticaba.

El destrozo que su padre le había hecho en la cara tardaría semanas en curarse. La herida de la ceja se había cerrado gracias a los puntos de Beady. Tiró del hilo azul marino y la ceja se le levantó de forma cómica. Lo hizo otra vez y, con la boca llena de patatas a medio masticar, su expresión quedó atrapada entre el llanto y la risa.

En unas pocas horas ya no estaría allí. Dormiría en el muelle y, cuando llegase el ferri, se marcharía para siempre. Se sacó algunos restos de patatas de entre las muelas mientras hacía una lista mental de las cosas que tendría que recoger en casa.

Esperó hasta que el tinte empezó a escocerle y entonces se aclaró el pelo y eliminó los productos químicos. Se alisó el pelo con el peine; luego cogió las tijeras y empezó a cortárselo a trasquilones.

Se saltó el oficio vespertino. Se dedicó a deambular por las colinas y después se quedó mirando el mar hasta que el frío se volvió demasiado intenso para seguir a cielo descubierto. El camino de vuelta a casa, en la oscuridad, se le hizo lento. Las nubes apenas dejaban ver una rodajita de luna, y las ovejas balaban en sueños felices, refugiadas en recovecos que retenían los últimos resquicios de calor. Cada vez que Cal se tropezaba, las ovejas levantaban la cabeza en señal de protesta, y entonces él corregía el rumbo, un pecador guiado por el tintineo hueco de una docena de cencerros.

Esperó fuera de la casa durante más de una hora, hasta que la última luz se apagó. Se quitó las botas, entró con sigilo, subió a su

dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Orientó la lámpara de la mesilla hacia la pared para que proyectase una luz suave e indirecta. Había una hucha con forma de cerdito en el estante. Desenroscó el tapón y sacó las últimas monedas. Luego se quitó el traje y lo dejó tirado donde cayó. Estaba empapado por la bruma del atardecer y usó la colcha para secarse la piel. Luego se puso una camiseta vieja de los Smiths, y encima, el *geansaidh* de punto de Aran. Ella odiaba aquel jersey crema. Le preocupaba que la gente pudiera pensar que lo había tejido ella. A Cal le quedaba muy apretado, y las mangas —demasiado largas— le cubrían los nudillos de sus brazos simiescos. Una ganga que había encontrado en la tienda benéfica: dos libras por una prenda de lana de cordero auténtica. Tenía defectos por todas partes, y precisamente por eso le gustaba más.

Oyó un leve arañazo, como si detrás de la puerta hubiese ratoncillos de campo. Pero entonces el pomo empezó a girar, así que Cal cruzó la habitación y puso la mano encima para impedir que se abriera. El pomo dejó de moverse.

—Tu padre se ha pasado toda la tarde pegado a la ventana, esperándote —susurró su abuela.

Ella pasó la uña por la moldura. Cal la imaginó limpiando el polvo y sacudiéndoselo en la falda. El pomo volvió a girar y él volvió a poner la mano encima. Permanecieron así un rato, conectados por el picaporte, hasta que su abuela acabó soltándolo. Cal quería decirle que iba a marcharse. Sabía que a su padre no podía hacerle daño, pero a ella sí. Acercó la boca a la puerta, pero antes de que le diese tiempo a decir nada, oyó otro sonido, el roce suave de la lana contra la madera. El ruido descendió, como si Ella estuviera deslizándose puerta abajo, y luego la oyó sentarse en el suelo con un suspiro.

—No sabe cómo pedir perdón.

Las yemas de sus dedos ancianos asomaron bajo la rendija de la puerta en busca de alguna señal. Cal levantó el pie. Rozó los dedos de su abuela con el calcetín. Qué fácil sería aplastar aquellos apéndices tan frágiles.

—Ah, ahí estás —dijo su abuela y retiró los dedos.

Se oyeron ruidos, Ella parecía estar trajinando con algo y, de pronto, una luna llena se deslizó por debajo de la puerta. Una luna de oro pálido y llena de cráteres.

La tortita descansaba sobre un trozo de cartón, como si su abuela, oliéndose que Cal se encerraría en su habitación, hubiese tenido la previsión de prepararle algo plano y fino para hacérselo llegar por debajo de la puerta.

Cal recogió la tortita y, mientras mordisqueaba los bordes, pensó en todas las veces que ya habían pasado por aquello.

El sol de la mañana inundó la habitación con su luz dorada. Duró apenas unos instantes, antes de que el sol ascendiera un poco más y las nubes la atenuasen. El olor a tostadas subió por la escalera y Cal sintió cómo su determinación empezaba a hacer aguas. Había estado a punto de marcharse. Ahora, bajo la débil luz matinal, ya no estaba tan seguro.

Mientras bajaba las escaleras, los oyó hablar en voz baja y, a mitad de camino, se dio la vuelta y volvió a subir. Se palpó el rostro magullado. Luego volvió a bajar y esta vez dejó que sus pisadas sonasen lo bastante fuerte para anunciar su llegada.

Cuando entró en la sala alargada, su padre estaba mojando una tostada en una yema de huevo amarillo chillón. Ella, sartén en mano, estaba raspando los restos quemados para echarlos en el cuenco del perro. Habían dejado un plato para Cal lleno de rebanadas de pan frito y carne, comida suficiente para varios desayunos.

Ella alzó la vista y lo miró. Dejó de raspar.

—¡No! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Cal—. ¿No te gusta?

Ella lo agarró de la manga. Tiró de él como si quisiera ponerlo a salvo, sacarlo por la puerta trasera, llevarlo colina arriba y alejarlo de allí. Pero Cal se zafó de un tirón. No era consciente de su propia fuerza y fue más brusco de la cuenta, tanto que su abuela se tropezó. Seguidamente, Cal lanzó la mochila a una esquina y los perros se sobresaltaron. Se dejó caer en el banco y se deslizó hasta situarse junto a su padre. Se aseguró de que sus muslos estuviesen en contacto.

John no se apartó. Ni siquiera levantó la vista.

Cal cortó un trozo de salchicha cuadrada y se la metió en la boca.

Su abuela estaba pasándose la sartén de una mano a otra, como si fuese un arma, cuando preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho eso?

Cal se chupó la grasa de los dedos antes de pasárselos por el pelo.

Había engañado a Beady. Mientras ella hacía sus anotaciones en el libro de cuentas, él había cambiado el tinte castaño por un paquete de decolorante. El peróxido hacía que su pelo brillase más que

nunca. Se lo había cortado a trasquilones, en una melena desigual que le caía hasta la mandíbula.

Habló hacia el centro de la habitación, hacia los perros tumbados junto a la chimenea, pero escogió el gaélico para que John supiese exactamente a quién se dirigía.

—*No quiero que te avergüences de mí. Ni que te decepciones*. —Vio cómo las manos de su padre se cerraban. Cal cogió el cuchillo de la mantequilla—. *Pero si vuelves a levantarme la mano, juro que me iré y no regresaré jamás. Os haréis viejos y moriréis solos. Y no me dará ninguna pena*.

Padre e hijo permanecieron sentados hombro con hombro mirando a la nada.

La habitación quedó en silencio. Bess empezó a limpiarse a lametones.

John apartó los cubiertos. Se pellizcó las comisuras de la boca. Se limpió los dedos en los pantalones.

—*¿Qué clase de hijo he criado? Ahí cebándote como un ganso antes de Navidad. Ni siquiera tienes la decencia de agachar la cabeza* —dijo, se levantó y salió de la habitación. Los perros salieron corriendo detrás de él.

Cal permaneció callado unos instantes. Observó cómo el viento irisaba la superficie del mar.

Pasó un rato antes de darse cuenta de que Ella se había sentado a su lado. Le había puesto su mano encima de la suya, y un dedo le acariciaba la vena de la cara interna de la muñeca.

Cal bajó la vista y se dio cuenta de que aún tenía el cuchillo de la mantequilla en la mano, como un niño jugando a los piratas.

A NAOI / NUEVE

Los días que siguieron, todo lo importante se comunicaba a través de Ella, y todo lo que no era importante se quedaba sin decir. Cal comía solo en el escalón de atrás observando a Ishbel guiar al rebaño por la colina. Por las noches iba al telar y pasaba los dedos por el rollo de paño tejido. Calculaba su grosor como quien cuenta los anillos de un árbol y traducía su valor al dinero que necesitaba: tres noches en la peor zona de Glasgow o una botella de vino barato y una noche durmiendo en el sofá de algún amigo de Edimburgo.

Cogió el Sunbeam sin permiso de Ella. Bajó todas las ventanillas que aún funcionaban y dejó que el viento le azotase el rostro. Al pasar junto a la casa de los Macdonald, vio que Doll estaba fuera, en el terreno aledaño. El capó de su Ford Capri verde estaba levantado, parecía estar arreglando el faro izquierdo.

Los Macdonald vivían al otro lado del lago marino en una casa de dos plantas construida junto a la antigua casa —pared con pared— de su abuelo. Cuando Cal era niño, un incendio arrasó la propiedad. Consiguieron salvar la casa nueva, pero la del abuelo quedó a merced de las llamas. De la casa original solo quedaban cuatro paredes de piedra con ventanas que semejaban cuencas oculares sin ojos. El interior formaba un paisaje de vigas carbonizadas y muebles ennegrecidos, un lugar de una textura extraña, a la vez holliniento y empapado por años de lluvia. Se adhería a la casa de los Macdonald

como un espectro captado por una cámara fotográfica. Todas las primaveras, el señor Macdonald prometía derribarla, pero nunca lo hacía.

Al acercarse un poco más, el rugido del motor hizo que las hijas de los Macdonald se girasen al unísono. Isla se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos, por lo que Cal no pudo descifrar la expresión de su rostro. Las cuatro hermanas menores sujetaban Biblias en las manos y, cuando Cal se aproximó, pudo ver cómo forcejeaban con ellas y las retorcían, como si estuviesen en pleno arrebato religioso. Una de las más pequeñas avisó a Doll, pero este la apartó con el pie. Las niñas lo saludaron con la mano y luego volvieron a sus libros. Unos kilómetros más adelante, Cal soltó una carcajada al comprender que lo que llevaban no eran Biblias, sino Game Boys.

Condujo hasta el final de la carretera de la cinta y, como el coche no estaba asegurado, dio media vuelta como pudo y emprendió el camino de regreso. Isla volvió a protegerse los ojos con la mano y lo observó mientras pasaba de largo. Él se dejó resbalar por la funda de cuentas hasta hundirse en el asiento.

La rampa del embarcadero estaba tranquila cuando llegó. El barco de Oban se mecía en la bahía, pero los hombres ya no estaban, solo quedaba un círculo de colillas apagadas en el muelle. Cal rodeó la posada por detrás.

Flash estaba en la cocina descongelando porciones de curri de ternera. Cuando vio a Cal, cerró los ojos y soltó un largo suspiro.

Jeanie, la mujer de Flash, echó un vistazo a su pelo decolorado, a su cara destrozada, y volvió al fregadero sin saludar siquiera al nuevo empleado.

—Decidido —dijo Flash—. Te quedarás en la cocina. Puedes darle un buen fregado al suelo y limpiar los váteres. Jeanie servirá las mesas y yo me ocuparé de la barra. —Le tendió una redecilla para el pelo—. Como si no dieras ya bastante miedo con esa cara, ahora además llevas el pelo como las prostitutas viejas que merodeaban por el paseo marítimo de Largs.

—¿Y cuánto ganaban por hora?

Flash agitó la redecilla delante de él.

Cal fue al baño a ponérsela. Dentro oyó discutir al matrimonio. Jeanie parecía molesta por tener que ser ella la que se arreglase el pelo y se adecentase para atender a los clientes, cuando lo que quería era pasarse la noche en la cocina con la tele bajita. Cal se esperó a que terminase la pelea antes de salir con la redecilla puesta.

Empezó a envolver los cubiertos en servilletas de papel y, de vez en cuando, se detenía para secar las marcas de agua con los pantalones.

—Entonces ¿qué ha pasado con los pescadores?

—Se ve que tu plan no les entusiasmó —dijo Flash—. Dos de ellos prefirieron volver al arrastrero. Se pasaron la noche con la oreja pegada a la radio y, cuando me levanté a la mañana siguiente, ya se habían ido todos. Todas las camas estaban vacías.

—¿Dejaron algo de droga?

Cal pasó la tarde limpiando el bar. La posada estaba ridículamente pegajosa. La moqueta, empapada de cerveza, se despegaba por algunas zonas, y solo los parroquianos sabían cómo sortear sus traicioneros remolinos. Era como si quisiera arrancarte los zapatos de los pies, y más de un cliente desprevenido acababa tropezando al

volver de la barra. Ella decía que era una artimaña para obligarte a pedir otra copa. El pequeño bar solo servía Guinness, lager o whisky, pero en temporada alta Flash guardaba una garrafa de vodka barato y varias cajas de vino de mesa —tinto y blanco— para los turistas del continente.

Airchie Calder, el padre viudo de Flash, estaba sentado en un rincón rodeado de cojines para mantenerse erguido, como si fuese un bebé. Desprendía el olor rancio de un trapo húmedo mal escurrido. La cabeza estaba empezando a fallarle, y los pocos que aún le tenían afecto le hablaban como si fuese un chiquillo travieso. De vez en cuando sus boca fruncida y desdentada bosquejaba una sonrisa pícara. Daba pena ver cómo el tiempo había transformado a un hombre hecho y derecho en un viejo senil. En sus tiempos había sido marino mercante, aunque Cal nunca lo había visto en ningún otro sitio que no fuese la posada de Flash, contemplando el mar día sí y día también. Decían que había trabajado en barcos que llevaban vigas de acero a los campos petrolíferos y que, cuando se hizo demasiado viejo para ese tipo de travesías, lo reubicaron en rutas menos exigentes, barcos que transportaban merlán y bacalao de la isla de Barra hasta Nueva York, y que a su regreso traían tabaco, aparatos electrónicos baratos y, si los rumores eran ciertos, sífilis.

Cal dejó la mesa de Airchie para el final. Sus ojos estaban cubiertos por una pátina verdosa como agua estancada, pero del mismo modo que un perro ciego, el viejo olfateó el aire y giró la cabeza en dirección de Cal.

—¿Le traigo una taza de té, señor Calder?

La mandíbula de Airchie llevaba un buen rato moviéndose antes de que saliese ninguna palabra de su boca:

—*Hombre, el descastado de Macleod. Dime, ¿por qué llegaste tarde a la misa del domingo?*

—Fue un accidente. Me quedé dormido —respondió Cal en inglés como muestra de desprecio.

—Vaya, se quedó dormido —bufó—. *¿Y qué es esa mariconada que llevas en la cabeza? ¡Haz el favor de quitártela!*

—Es una redecilla. Para que no caigan pelos en la comida.

El viejo marino trató de agarrarla y estuvo a punto de caerse del asiento. Meneó la cabeza con amargura y dijo:

—*No me extraña que tu madre se fuera. Con un hijo como tú… Menuda decepción*.

—Eso no es muy amable, señor Calder. —Cal miró el trapo que tenía en la mano—. Y más le vale no volver a mencionar a mi madre a menos que sea para alabarla, pedazo de carcamal…

—¿Todo bien, chicos? —los interrumpió Jeanie. Llevaba una blusa recién planchada. Se había lavado y arreglado el pelo.

—De maravilla —dijo Cal alegremente—. Airchie quiere una taza de té.

—Lo que Airchie necesita es una criada. —Jeanie chasqueó la lengua mientras inspeccionaba un vaso desconchado—. No hace falta que lo limpies más, Cal. A ver si los clientes se van a pensar que se han equivocado de posada. Y usted… —Dio un chasquido con los dedos para captar la atención de su suegro—. Haga el favor de comportarse. O lo pongo mirando a la pared.

Durante el descanso, Cal salió y se sentó en la parte de atrás de la posada justo cuando el sol estaba ocultándose tras las colinas. Flash

había descongelado demasiado curri de ternera, así que le dio un cuenco a Cal y este lo ahogó en mayonesa. Estaba bueno y salado. Le recordó a las noches en el sindicato de estudiantes, cuando volvía medio borracho y se ponía a comer *pakoras* de verduras en calzoncillos. Estaba pensando en la universidad cuando de pronto la vio apoyada en una esquina contemplando el desastre de su cara.

—Qué pena. —Isla dio un suspiro de genuina decepción—. Quería ser yo quien te diera el puñetazo.

—¿Ah, sí? Pues ponte a la cola.

Cal apartó el cuenco y se puso de pie. Como no sabía si debía besarla después de tanto tiempo, acabó conformándose con un abrazo torpe y desacompasado.

Cuando se separaron, ella dijo:

—Veo que al final te han dado tu merecido.

—Bueno, podría haber sido peor —respondió Cal—. Me caí. Por culpa del viento.

—Pues no te confíes, que todavía pueden ponerte el otro ojo morado. Mi madre acaba de hablar con Ella por teléfono. Llevas siglos en casa y todavía no has ido a verla. La pobre, encima de que está fatal de la pierna.

—Es verdad.

—¿Tanto te cuesta pararte un momento y tomarte una taza de té?

—Es que no quería pararme. Solo quería conducir con las ventanillas bajadas y escuchar música. No es culpa mía que no pueda salir de casa sin pasar por delante de la vuestra.

Se quedaron mirándose un instante, ninguno daba crédito a la irracionalidad del otro.

—Mis hermanas llevan semanas preguntándome cuándo vas a venir a verme…

—¿Y por qué no has venido a verme tú? ¿Ahora te pones miriñaque y te cuesta mover el culo?

Isla golpeó con la punta de la bota una caja de leche. Las botellas tintinearon con delicadeza.

—Mi madre me habría matado y lo sabes. ¡Me daba muchísima vergüenza! Todo el mundo diciendo que habías vuelto y preguntándome si te había visto, que qué tal te había ido. Como si yo tuviera que saberlo.

El día se esfumaba por momentos. Empezaron a acudir nubes de mosquitos.

—Si le sirve de consuelo a tu madre, ni siquiera he visto a la mía.

—¿Por qué estás tan raro? —preguntó Isla con el ceño fruncido.

Cal se llevó la mano a la cara dolorida. Se sentó, dio unas palmadas en el escalón de al lado y dijo:

—No quiero pelearme.

—¿Seguro?

Isla tenía el cabello largo y le caía en mechones alrededor de la cara; el resto se lo recogía en dos moños a ambos lados de la cabeza, como si fuesen las orejas peludas de un oso. Llevaba el jersey Fair Isle de su padre, uno muy viejo y apolillado, las mangas le llegaban hasta los nudillos. La falda era demasiado corta para los estándares de la parroquia y casi no se veía bajo el dobladillo del jersey. Debía de haberse remangado la cinturilla después de salir de casa, y Cal se preguntó si lo habría hecho por él. El tono parduzco de la falda le resultaba familiar, y cayó en la cuenta de que estaba hecha con la tela de unos pantalones que Doll se ponía para

trabajar, unos de pana fina. Él había apoyado la cabeza en aquel regazo. Sus dedos habían hurgado aquella bragueta.

—Lo digo en serio —dijo Isla—. Tienes que pedirle disculpas a mi madre. Y tienes que hacerlo delante de Doll.

Era casi tan alta como él, tenía la delgadez huesuda y desgarbada de un chico adolescente. Pensó en los pechos que Ella le había prometido y vio que Isla seguía siendo igual de plana que siempre. Llevaba las viejas botas de trabajo de Doll, y sus piernas larguiruchas parecían dos tallos pálidos que no hubiesen visto nunca la luz del sol.

Isla lo sorprendió mirándole las piernas. Se chupó el pulgar y se intentó limpiar la suciedad de la rodilla.

—Me meto en la bañera después de Doll y te juro que salgo más sucia de lo que entro.

—Lo que más me sorprende es que exista una bañera donde quepa él.

—No intentes hacerte el gracioso. Todavía sigo enfadada contigo.

Se quedaron en silencio. Ahora que la discusión había terminado, Cal no sabía cómo comportarse. Fuera lo que fuese lo que hubiera existido entre ellos era tan inmaduro, estaba tan pasado de fecha, que ninguno de los dos sabía ya cómo retomarlo.

El verano antes de que Cal se fuese a estudiar fuera, Isla tenía casi quince años y estaba a punto de empezar la secundaria. Entre los fieles existía una expectativa tácita, una leve esperanza de que, cuando fuesen mayores, se reencontrarían, se cortejarían como es debido y se casarían más pronto que tarde. La dulzura de aquella relación le había proporcionado a Cal una felicidad sencilla y, al mismo tiempo, una sensación de protección. Siempre que los

hombres lo miraban con cierta incomodidad, siempre que se reía demasiado alto o descansaba el peso del cuerpo sobre una sola cadera, Isla acudía a sus pensamientos y apaciguaba cualquier sospecha que pudiesen albergar. Ella había sido una suerte de abrigo que le permitía mezclarse con los demás, una piel de cordero con la que podía cubrirse el cuerpo y vagar entre el rebaño sin miedo al rechazo.

Él era un hombre y ella una niña. La inocencia de Isla eliminaba cualquier expectativa de que la cosa fuese más allá, lo que a Cal le venía de perlas. Rara vez se quedaban a solas, sin supervisión, o sin una comitiva de hermanas aburridas pululando detrás de ellos; sin embargo, sí se le permitía pasar noches enteras con Doll, recorrer el sendero del cartero hasta Rhenigidale y acampar de noche en la playa de Linginis.

Isla se metió la mano en el bolsillo. Sacó unos cuantos fragmentos de vidrio ambarino y un fragmento de cerámica con el dibujo de un zapatito rojo.

—Me lo encontré en la playa. Lo he estado guardando. —Puso los objetos en la palma de su mano—. Supongo que ahora eres demasiado sofisticado para estas cosas.

Cal examinó los nuevos colores. Solo con mirarlos sabía exactamente en qué punto del espectro los colocaría. Volvió a dar unas palmadas en el escalón y esta vez Isla se sentó a su lado y se metió el jersey largo entre los muslos.

—Me sorprende que sigas aquí. Pensaba que ya te habrías ido.

—Me voy a finales de septiembre —dijo ella—. A la Universidad de Glasgow. Era mi primera opción y saqué muy buenas notas.

—Genial.

Sintió una punzada de envidia que se le reflejó en la cara. Apartó la mirada mientras intentaba asimilarlo.

—He estado ayudando a mi *mamaidh* a limpiar casas para ahorrar algo de dinero. Casas vacacionales, están todas vacías y quieren que vayamos a airearlas. Es dinero fácil. Y con eso paso un rato con mi madre, sin mis hermanas. En mi casa es imposible. —Ahora los mosquitos ya estaban picando. Isla se bajó el jersey hasta cubrirse las rodillas—. Tengo un montón de llaves. Si alguna vez te apetece escaparte, desaparecer una tarde, ver un poco la tele, no sé…

—Oooh —arrulló él—. ¿Estás intentando quedarte a solas conmigo?

—¡Chist! Bueno, hay una casa con un problemilla. Una posible fuga de gas. Y no sé si me atrevo a ir sola.

Si aceptaba la invitación, ¿cuánto tardaría Isla en ofrecerse a ver la tele con él, en planear encuentros secretos en alguna cabaña vacía?

De las cinco hermanas de Doll —todas menores que Cal—, Isla era la mayor. Cada chica Macdonald era más rubia y guapa que la anterior, como una receta familiar que no dejaba de perfeccionarse. Isla tenía una cara agraciada con forma de corazón, pero como no le sobraba ni un poco de grasa en las sienes, las mejillas o los labios, siempre parecía algo mayor de lo que era. Tenía una «cara vieja», como decían las mujeres con un suspiro de resignación: una cara de las islas. Todos los que conocieron a su tía abuela Biddy —que jamás pareció recuperarse de los años de escasez— decían que era clavadita a ella. Cal sabía que Isla no estaba contenta con su aspecto, la había escuchado quejarse durante horas y sabía que deseaba tener los labios más carnosos y una nariz más pequeña.

—¿Te has enterado de que saqué la octava mejor nota de toda Escocia en los exámenes de acceso? Salí hasta en el periódico. El ministro de Educación me mandó una carta de felicitación.

—Vaya. Qué aburrido.

Ella se echó a reír.

—Pero es que estoy aburrida. La espera me está matando. —Se enrolló un mechón de pelo en la boca—. ¿Tienes música buena? ¿Algo de Cocteau Twins?

—No. Pero tengo otras cintas, si quieres te las presto.

Ella volvió a reírse.

—¿En serio? La verdad es que las cintas son lo mejor para escuchar un álbum. O los vinilos. Pero los cedés no molan. Son para gente sin paciencia que no tiene en cuenta al artista y salta directamente a las canciones que más les gusta. Una cinta es la forma cristiana de escuchar un álbum. Gratificación aplazada.

—A veces me cuesta creer que llegaras a caerme bien.

Isla tenía una mente rápida, forjada a base de intimidar a un hermano mayor y mantener a raya a cuatro hermanas. Cal había olvidado lo fácil que podía ser hablar con ella. Era la primera persona menor de cuarenta y cinco años con la que se relacionaba en semanas y se arrepintió de haber estado evitándola. Se inclinó hacia atrás y apoyó los codos en los escalones.

—Sabes que cuando te vayas ya no podrás volver, ¿verdad?

—No seas dramático —dijo ella—. Claro que puedo volver. De hecho, estoy deseando irme solo para volver a la isla con ropa nueva. Voy a renovar el armario entero con el dinero que estoy ahorrando.

—No te lo recomiendo —dijo él—; al menos, no tan pronto. Date tiempo hasta que te asientes un poco. Todavía no conoces a nadie.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía no sabes lo que las chicas consideran que es guay, ni lo que buscan los chicos. —Las mangas largas del jersey de Isla lo estaban poniendo nervioso, le cubrían las manos hasta hacerlas desaparecer. Cal la cogió por la muñeca y empezó a doblarle el puño hacia atrás—. Igual conoces una chica la primera semana que te parece lo más, pero en realidad solo era guay en su pueblo. Y si no, ya verás el batacazo que se lleva. Así que no te compres ropa nueva para impresionar a gente de la que deberías pasar. —Ella lo recorrió de arriba abajo con la mirada—. Vale, no me has pillado en mi mejor momento.

—Muy bien. ¿Qué más consejos tienes?

—Lo más importante: no digas que eres creyente o pensarán cosas horribles de ti. Y las chicas te odiarán nada más verte. —Terminó de doblarle una manga y empezó con la otra—. Si les dices que hablas *gàidhlig*, acabarás siendo un mono de feria. Hablan un inglés de pena, pero seguro que te preguntan si es élfico.

—Entendido. Haga lo que haga, mejor no ser yo misma.

—Exacto. Querrán saber cómo se llama tu caballo y si tienes váter dentro de la casa.

—Vaya panorama tan poco alentador, Cal. ¿No tienes ningún consejo divertido?

—¿Divertido? Bueno… —Se inclinó hacia ella y le susurró—: Besa a todos los chicos que puedas. Lo digo en serio. Y si te acuestas con alguien, usa protección, pero… hínchate a follar.

Isla soltó un chillido tan fuerte que Cal se sobresaltó. Luego volvió la cabeza, temeroso de que Jeanie apareciese por la puerta trasera. Cuando volvió a mirarla, la sonrisa había desaparecido de sus labios. De pronto parecía afligida.

—Eres un crío —dijo mordiéndose el costado del pulgar—. Supongo que dejaste de escribir por eso. Estabas agotado de tanto follar. —Se quitó un poco de tierra de la bota—. Entonces ¿es verdad? ¿Has conocido a alguien?

Al empezar el segundo año de universidad, Cal empleó la táctica cobarde de insinuarle a su abuela que estaba viendo a otras chicas. Aunque era mentira, sabía que Ella se lo haría llegar a Sarah de esa manera sutil e indirecta con la que las mujeres resolvían todas las cosas, ahorrándoles a los hombres el mal trago.

—No, bueno, a nadie especial. Pero había dieciséis mujeres por cada hombre. Así que… —cacareó mientras le guiñaba un ojo con la esperanza de que Isla no lo obligase a desarrollar aquella mentira.

Si le hubiesen gustado las chicas, aquella escuela de arte rural habría sido un paraíso de mujeres atrapadas y obligadas a rebajar sus expectativas cada día un poco más. De los treinta y pocos estudiantes varones, podían contarse con los dedos de una mano los que no eran más raros que un perro verde o tenían una personalidad deleznable. La mayoría de las chicas seguían con sus novios de la adolescencia, jóvenes que ya no tenían nada que ver con ellas; otras se liaban con muchachos del pueblo, hombres que les servían para cubrir una necesidad, pero con los que no se imaginaban construyendo una vida juntos. Si tenías una hermana o una prima en la escuela textil, te había tocado la lotería; los jueves por la noche aparecían minibuses atestados de jóvenes en celo que habían

pagado la gasolina a pachas para venir desde ciudades como Aberdeen, Manchester o Leeds.

—Ya ves —dijo Isla—. Mujeres cayéndote del cielo y no has sido capaz de echarte novia.

Cal se guardó los fragmentos de vidrio rojo y ámbar en el bolsillo.

—Me estoy reservando para el matrimonio.

—¡Bah! ¿Y quién iba a casarse contigo?

—Mi abuela…, eh…, y mi madre. Lo dijeron ellas mismas.

Ella se echó a reír.

—Doll está dentro —dijo señalando por encima del hombro con el pulgar—. Esa es la razón por la que estoy aquí, así que no te creas tan especial. Dijo que iba a ver qué pasaba con los marineros esos de Glasgow. Pero lo que quería era tomarse una pinta, y mi madre me pidió que viniera con él, para asegurarse de que volviera a casa.

—¿Así que ahora eres su niñera?

Isla se encogió de hombros.

—La primavera pasada perdió tres dientes. Si ya costaba entenderlo, imagínate ahora. Estaba en el barco grande con el señor Rae. Calculó mal la fuerza de una ola y acabó estampado contra la cubierta. —Isla le enseñó sus dientes perfectos para indicarle cuáles era los tres que le faltaban a su hermano, todos en el lado izquierdo —. Mi madre tuvo que sentarse encima de él mientras mi padre le arrancaba las raíces con unos alicates. No había forma de salvarlos y él no quería ir al dentista. La moqueta se puso perdida de sangre y mi madre tuvo que cambiar los muebles de sitio para que no se viera. —Isla se quedó mirando la parte trasera de la posada como si hubiese hablado más de la cuenta. Oían voces, pero era difícil distinguirlas con el estruendo del extractor—. Se gasta el paro en

alcohol nada más cobrarlo. Luego se queda sin dinero y se viene abajo. Y así un mes y otro y vuelta a empezar. Mi padre amenazó con echarlo de casa, pero lo necesita en el barco. Así que le pidió al reverendo que hablara con él, a ver si él conseguía que bajase un poco el ritmo.

—No puede ser para tanto.

Isla empezó a bajarse las mangas que Cal había doblado. Se quedó mirando la puerta de la cocina.

—¿Puedes echarle un ojo cuando me vaya?

—Claro, pero siendo Doll, tendré que echarle los dos.

Ella bajó la vista hacia la novela.

—¿Qué estás leyendo? —Cal se había cansado de releer *La fábrica de avispas* y había cogido de la estantería una de las novelas de bolsillo que le gustaban a su madre. Era tan mala que ni siquiera se había molestado en mirar el título—. A ver —dijo Isla.

—No. Este libro está lleno de pensamientos impuros. —Alzó la mano hacia el cielo—. *De obscenidades y blasfemias. Y tú no eres más que una criatura inocente*.

—Cállate y deja que lo vea. —Intentó arrebatarle el libro, pero él se lo escondió detrás de la espalda. Con el forcejeo, Cal tuvo que ponerse de pie e Isla volvió a intentarlo; los brazos largos de la joven se lanzaron primero a un lado y luego al otro. Tenía la cabeza echada hacia atrás y su barbilla afilada se clavó en el esternón de Cal, que seguiría sintiendo esa presión durante horas—. ¿Te crees que no pegaría a un hombre con una redecilla en el pelo?

Él chasqueó la lengua y le tendió el libro. Ella hojeó las páginas buscando algún pasaje especialmente subido de tono. Luego, como si fuera un objeto de contrabando, se levantó el jersey y se lo

guardó bajo la cintura de la falda. A Cal le enterneció la inocencia de las florecitas rosas de su camiseta interior. Estaba a punto de burlarse de ella por ese motivo cuando llegó un sonido nuevo desde la cocina, el flap flap de las puertas batientes.

Mientras la abrazaba para despedirse, Cal —para chincharla— le cubrió la mejilla de besos. Se separaron, sonrieron y se echaron a reír; todo parecía fácil otra vez, como antes. Isla seguía riéndose, así que él le dio un abrazo de oso hasta que ella soltó un gemido. Por último, le dio un beso ruidoso en la mejilla.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Isla y se limpió la mejilla con el dorso de la mano.

—Y yo me alegro de que te vayas. No puedo dejar que me vean con la octava persona más lista de Escocia. Tengo una reputación que mantener.

—Bueno, pero me faltan unas semanas para irme, no me ignores todavía, eh.

—No, no, eso jamás. —Recogió el cuenco—. ¿Te has dado cuenta de que tu jersey tiene veintisiete colores distintos?

—¿Ah, sí? —dijo ella tirando del Fair Isle.

—Sí —dijo Cal—. Veintisiete.

A DEICH / DIEZ

Necesitaban huevos, necesitaban leche. Innes había comentado que el combustible estaba a un precio decente, así que John pensó que sería buena idea acercarse al pueblo, llenar el depósito de diésel del Land Rover y comprar alguna garrafa de gasolina para el Sunbeam. Mientras se ponía el abrigo, pensó que debería preguntarle a Ella si necesitaba algo más de la tienda grande. Decidió que le diría a Cal si quería acompañarlo. Podrían tomar la carretera larga y bordear la costa oeste, quizá parar y dar un paseo por alguna de aquellas playas de arena blanca, dejar que el áspero viento atlántico les enfriase los ánimos. Quizá podrían hablar.

Habían pasado un par de semanas desde la pelea; John pensaba en lo sucedido como una pelea aunque Cal nunca hubiese levantado los puños para defenderse. Pero el silencio ya se había prolongado demasiado y en la casa existía un desequilibrio, una sensación leve pero inequívoca de dos contra uno, el sonido de risas en habitaciones donde él no estaba.

Cuando fue a buscarlos, los encontró junto al fregadero pelando una montaña de patatas. La radio estaba puesta y Ella susurraba algo, le estaba contando a Cal algún chisme que John no alcanzaba a oír del todo. Hizo sonar las llaves para anunciar su presencia y ambos se tensaron un poco y se apartaron el uno de la otra.

John siempre había sido consciente de su capacidad de alterar el estado de ánimo de su hijo cada vez que entraba en una habitación. Estuviese con Ella o con Grace, las risas siempre se extinguían en cuanto él entraba en escena. Aquel cariño entre ellos hacía que se sintiese excluido y profundamente triste, le generaba una sensación de impotencia y rabia.

Luego Cal se marchó al continente y, cada vez que hablaba con él por teléfono, no tardaba ni cinco minutos en pedirle que le pasara con su abuela, su adorada *seanmhair*. Luego, Ella lo ponía al corriente de todo: los premios que Cal estaba ganando, los exámenes que le ponían nervioso, las nuevas amistades que había forjado y perdido.

Había días en que deseaba que Grace se hubiera llevado al chico lejos de él.

Había días en que deseaba haber tenido el valor de ser él quien se marchara.

Volvió a hacer sonar las llaves.

—¡Qué susto me has dado! —dijo Ella y dio varios pasitos torpes para girarse hacia él. Vio que estaba allí plantado, como esperando algo—. ¿Quieres usar el fregadero?

—No. —Esperó a que Cal levantase la vista y lo mirase, pero su hijo seguía dándole la espalda mientras hundía el pelador en las patatas—. Solo venía a deciros que voy a salir. Podéis dejarme el almuerzo en la encimera.

El pueblo estaba tranquilo. Era demasiado pronto para el ferri de la tarde, y los pocos turistas que había estaban paseando junto a la

hilera de casas adosadas, fisgoneando a través de las ventanas para matar el tiempo.

Fue a la gasolinera, llenó el depósito del Land Rover y compró una garrafa para el Sunbeam. Cuando terminó, vio a un corrillo de viejos frente a la tienda grande. Se apiñaban encorvados bajo un débil remanso de sol mientras debatían sobre el lugar de Escocia en el Reino Unido. Aquellos granjeros habían visto el mundo cambiar a lo largo de los años; de hecho, habían conocido más mundo del que John podría imaginar jamás. Todavía no estaba listo para volver a casa y, como no tenía ningún sitio adonde ir, se tocó el ala de la gorra, se detuvo y los saludó.

—*Bueno, bueno, esto no se ve todos los días* —dijo—. *¿A qué se debe el milagro?*

—*El primer martes de cada mes nos reunimos aquí para arreglar un poco el mundo* —dijo Cam Carey tratando de ponerse derecho—. *Solo lo arreglamos un poco, lo justo para que siga girando y nadie se dé cuenta*.

Habían oído que su hijo estaba de vuelta y le preguntaron qué tal iba la congregación. John preguntó por los hijos y nietos de aquellos hombres y le entristeció enterarse de que algunos andaban delicados de salud. Prometió llevar las noticias a Falabay para que rezasen por los que sufrían. Después se quedó un poco al margen mientras la conversación derivaba hacia cuestiones políticas, los parques eólicos y el cibercafé que, según se rumoreaba, iban a abrir en Stornoway.

Cam Carey soltó el humo de la pipa con aire pensativo y su ojo bueno brilló con picardía antes de decir:

—Y ahora, Johnnie, lo más importante de todo: si fueras una Spice Girl, ¿cuál serías?

Los viejos soltaron una carcajada. Sus cuerpos temblaron bajo los trajes de sarga.

John dijo que no tenía ni idea y entonces le dijeron que sería Emma, la Baby Spice.

—*No eres más que un crío* —intervino Paul Murray—. *Un mocoso*.

Animado por la conversación y pensando que quizá podría usarla más tarde como forma de romper el hielo con Cal, se despidió de los *bodachs* y los dejó allí en su remanso de sol.

Sin prisa, fue echando en la cesta todas las cosas que necesitaban. Dejó la mano suspendida sobre los caramelos masticables que le gustaban a Cal, pero recordó cómo Ella se había reído esa misma mañana y volvió a dejarlos en su sitio. Mientras hacía cola para pagar y pensaba en la charla de rigor que tendría que mantener con Margaret, la cajera, la vio por el rabillo del ojo.

Tuvo que mirarla fijamente para asegurarse.

Había cambiado. Tenía un toque como más continental. Llevaba un jersey de cuello vuelto metido por dentro de una falda acampanada con botones dorados de estilo marinero en la parte delantera. Su pelo revuelto descansaba sobre el cuello de una gabardina sin cinturón y, cuando se inclinó sobre el congelador, unos mechones le cayeron sobre la cara e impidieron que lo viese. Hacía años que no había estado tan cerca de Grace. Y allí estaba ahora, su propia mujer, rebuscando patatas fritas en aquel congelador viejo que no dejaba de retumbar.

John se giró justo cuando ella se incorporaba. Dejó caer la cesta sobre el mostrador y salió apresuradamente de la tienda sin hacer

caso de la tendera cuando empezó a llamarlo a voces.

En los meses terribles que siguieron a la marcha de Grace, le llegaban noticias de ella como si se tratase de un ave extraña avistada cerca de alguna playa o cruzando los páramos. Oyó que se estaba quedando con unas amigas del instituto, o con una mujer horrible que a John nunca le había caído bien, una de esas personas que rompen con la iglesia y acaban apartadas de la vida social de la comunidad.

Cuando alguna fuente fiable le decía que la había visto, esperaba a que Cal se fuese al colegio y luego conducía hasta el lugar del avistamiento. Aparcaba a cierta distancia y aguardaba durante horas solo para verla un instante. Cuando estaba seguro de que era ella, metía en un sobre todo el dinero que llevaba encima y lo deslizaba bajo la puerta.

Fue a buscar a Innes y lo encontró junto a los bancales elevados. Siempre que tenía un rato libre, le gustaba trabajar en el huerto, quería reconstruir un tramo del muro de contención que las lluvias habían derrumbado. Su vecino estaba dándole patadas a un balón viejo y, para sorpresa de John, Cal se la estaba devolviendo. No tenía ni idea de que a su hijo le gustase el fútbol. Observó a Cal chutar con excesiva fuerza. Innes amortiguó la pelota con el pecho y volvió a hacerse con el control.

Cal alzó la vista y vio a su padre en la loma baja. El balón pasó rodando junto a él.

Allí, bajo la claridad del día, John vio el destrozo que había causado en la cara de su hijo. En todo este tiempo no había sido

capaz de mirarlo directamente, solo algunos vistazos furtivos dentro de casa. Ahora, con el pelo recogido hacia atrás, pudo verlo todo con claridad, expuesto ante los ojos de Dios.

—*Perdóname* —murmuró—. *Señor, perdóname*.

Innes se volvió y le dedicó una sonrisa.

—¡Hombre, Johnnie! ¿Te animas a un partidillo?

John hizo un gesto con el pulgar para indicarle a Innes que fuese a hablar con él un momento. Innes dejó el balón en el suelo y le dijo a Cal algo que John no llegó a oír; luego se limpió las manos en los pantalones y siguió a John, que había echado a andar en la dirección opuesta.

Cuando lo alcanzó, dijo:

—*Tu Cal me ha estado ayudando con el muro*.

—*Nosotros también tenemos vallas que arreglar*.

—*¿Qué le ha pasado en la cara?* —preguntó Innes y le puso una mano en el brazo.

—*No lo sé* —respondió John—. *Es torpe de nacimiento*.

John siguió caminando sin mirar a Innes para evitar enfrentarse al destello de acusación en sus ojos. Al bajar por el otro lado de la colina, se detuvo e Innes se colocó a su lado.

—*Esta mañana he visto a Grace. En la tienda grande*.

—*Ah, así que de eso iba todo esto* —dijo su vecino con un suspiro de alivio—. *Yo me la encuentro a todas horas*.

—*Nunca me habías dicho nada*.

—*No quería que te alterases*. —Los dos hombres se volvieron hacia el mar. Permanecieron separados por cierta distancia. A John le habría gustado que Innes se acercase un poco más, sentir el roce del dorso de su mano contra la suya, pero le daba miedo que Innes,

aunque fuera de forma inconsciente, se apartase de él—. *Tienes que dejar de ir a su casa*. —John dio un paso atrás al oírlo. Innes se mordió el labio sopesando si debía seguir—. *Te han visto. Alan el carnicero me dijo que a veces ve tu coche aparcado en la carretera de Pàrras. No es sano, John. Vas a acabar volviéndote loco*.

En cierta ocasión, Innes había comparado la isla con una pecera. Decía que tenías que aprender a convivir con tus decepciones y vergüenzas porque, aunque creyeses que las habías dejado atrás, tarde o temprano volverías a dar la vuelta y acabarías dándote de bruces con ellas. John sostenía que aquello no era del todo cierto. Primero, porque él nunca conseguía dejar atrás sus fracasos y, segundo, porque desde una pecera al menos podías ver el mundo de fuera. Aquella isla era más bien una caja llena de ratas.

Innes se limpió el lateral de la bota en la hierba. Luego dijo con su intuición habitual:

—Quizá ahora que ya la has visto podrías empezar a salir más. Te haría mucho bien.

John se había preguntado muchas veces si Grace no sería, en el fondo, la verdadera razón por la que se había refugiado tanto en la iglesia. Daba igual en qué pueblo se celebrasen las comuniones, siempre tenía la tranquilidad de saber que no volvería a ver a su mujer en un templo de Dios.

Innes se balanceó sobre los talones.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal estaba?

Dolido por la facilidad con que Innes lo había calado, John dejó caer las palabras al suelo, a sus pies.

—No lo sé. No hemos hablado.

—Vaya, qué pena. Las veces que he hablado con Grace siempre ha sido muy amable.

—¿Has hablado con ella?

—Eeeh… Nada, poca cosa, pero cuando me la encuentro solemos charlar un ratillo. Hablamos de Ella y sus cosas y nos reímos. Grace siempre ha sido muy cordial conmigo.

—Y supongo que piensas que esa cordialidad es más de lo que merezco.

—Bueno, más de lo que merecemos. Pero… sí.

En la tienda, John se había fijado en que Grace no llevaba la alianza y, mientras la observaba, escondió su propia mano detrás de la espalda e intentó aflojarse la suya con el pulgar.

—¿Cómo puede ir por ahí sonriendo de esa manera?

Innes estudió un momento el perfil de John.

—Di lo que quieres decir de verdad.

—¿Y qué quiero decir? —preguntó John mirándolo de reojo.

—Quieres decir que te humilló y que estás enfadado con ella. Que te preocupa que los hombres digan que no eres capaz de tener contenta a una esposa. —Innes volvió la vista hacia el mar—. *Yo, por mi parte, le agradezco que se marchara. Podría habernos complicado la vida.*

—¿Acaso no era ya bastante complicada?

—Nunca la quisiste, John. Y tampoco quieres que nadie más la quiera. Tienes que aprender a dominar ese afán tuyo tan posesivo. Va a destruirte. —Se corrigió—: *Ya te ha destruido.*

—Se fue con mi hermano y tuvo hijos con él. ¡Con mi único hermano! Vive en pecado en una casa construida sobre las tierras que mi padre le dejó en herencia. Y todo el mundo sabe la historia,

todo el puto mundo, incluso antes de conocerme. —Se acordó de los *bodachs* en el remanso de sol. Comprendió que debían de haber visto a Grace entrar en la tienda justo antes de que él saliese flechado por la puerta—. *A ver, dime, ¿cómo se supone que debo comportarme exactamente?*

Innes sacó un pañuelo del bolsillo. Se tomó su tiempo para hurgarse la nariz y aprovechó el momento para dejar que John se calmase antes de decir:

—*No voy a quedarme mirando cómo te torturas para que luego vengas aquí buscando mi compasión*. —Dobló el pañuelo con cuidado, borde contra borde, una y otra vez, con una lentitud deliberada porque sabía que la primera reacción de John cuando se enfrentaba a la verdad era siempre la ira, y que, estando presa de ese estado, dejaba de escuchar. Se guardó el pañuelo en el bolsillo del pecho y siguió diciendo—: *A veces pienso que habrías preferido que me marchase yo*.

—A veces*.* —John lo dijo deprisa y en inglés. Pero en cuanto las palabras salieron de su boca y vio la cara de Innes, fue consciente de la crueldad que encerraban y de lo profundamente falsas que eran—. *No quería decir eso*.

—*Recuerda que ella no se casó contigo. Al menos, no con el verdadero John.* —dijo Innes y echó a andar.

John fue detrás de él.

—*¡Espera!* —ordenó—. *Aún no he acabado de hablar contigo.*

—*Vaya, tengo que terminar este muro antes de que empiece a llover*. —Innes tenía una zancada larga y decidida y John se vio obligado a correr para seguirle el ritmo, cosa que consideraba indecorosa. Innes sacó los guantes de trabajo del bolsillo trasero y

se los puso—. *Eeeh… Teniendo en cuenta todo lo que pasó, creo que Grace se ha portado con mucha decencia. Le tengo mucho respeto a Grace Morrison*.

—¡*Macleod! A los ojos de Nuestro Señor sigue siendo mi mujer. Se llama Grace Macleod.*

—*Lo cual es muy adecuado* —convino Innes, que se dio la vuelta y empezó a caminar hacia atrás—, *teniendo en cuenta que ahora es la mujer de tu hermano.*

AON-DEUG / ONCE

Faltaban tres semanas para que Isla se fuera a la universidad. Cal apenas salía de casa, pasaba los días ocupándose de las ovejas, preparando los bancales y atendiendo las tareas domésticas. Al atardecer bajaba a la orilla a leer un rato, luego volvía y se ponía a tejer hasta bien entrada la noche. Los sábados iba a la posada a fregar los retretes. Los domingos se dejaba caer por la iglesia. Las semanas se fueron fundiendo unas con otras.

Seguía esperando una respuesta al anuncio de contactos. En cuanto oía el chasquido de la tapa del buzón, salía corriendo a recoger el correo. Convirtió aquello en una especie de juego supersticioso. Tendría respuesta si se quedaba de pie sobre la isla del dibujo de la alfombra. Si todas las cartas llegaban boca abajo. Si recitaba el salmo 13 antes de darles la vuelta. Pero nada funcionaba.

El hombre del anuncio de contactos nunca volvió a escribirle.

Cada mañana intentaba razonar consigo mismo para no volver a sentirse herido al día siguiente. Habiendo tantos hombres en el continente, ¿por qué iba William a tomarse la molestia de responderle a él? Sabía que los hombres no deseaban aquello que no podían tocar. No perseguían aquello que no podían follarse. Ni siquiera sabía si William era quien decía ser. Por no saber, ni siquiera sabía si era un hombre.

A Ella le encantaban los programas de televisión sobre gente ilusa como él, gente cuya desesperación por ser querida superaba los límites del delirio. Le fascinaban los programas sobre amas de casa solitarias que invertían todos sus ahorros de jubilación en importar maridos africanos jóvenes, o sobre hombres babosos que fingían ser estrellas del pop incomprendidas para quedar con adolescentes. Pero, sin duda, sus favoritos eran los de homosexuales entrados en carnes que escribían cartas explícitas a presos haciéndose pasar por jovencitas salidas. Creía que todos ellos albergaban el deseo secreto de dejarse engañar y nunca se enfadaba con el impostor, sino con el iluso. Le encantaba ver la decepción en sus caras; Cal suponía que aquello la hacía sentirse mejor respecto a su propia retirada del mundo.

Por mucho que su mente intentase protegerlo del rechazo, parecía que los rincones rebeldes de su corazón se empeñaban en sufrir. A la mañana siguiente repitió el mismo juego supersticioso. Volvió a hacerse ilusiones y, cuando le dio la vuelta a los sobres, quedó de nuevo destrozado al comprobar que seguía sin haber respuesta.

La tercera semana de septiembre oyó por casualidad a su padre contarle a Ella que iba a trabajar unos días arreglando el cableado de la antigua casa parroquial del urólogo y su esposa. Aquel trabajo tendría que haberle reportado un jornal decente, pero cuando John estaba a punto de acabar, el inglés le preguntó si estaba certificado. Cuando John respondió que no, pero que tenía treinta años de experiencia y había cableado todas y cada una de las luces que podían verse en el promontorio, el urólogo puso cara larga, como de disculpa —idéntica, en realidad, a su expresión habitual—, y le dijo

que no pensaba pagarle la suma acordada, que ahora el precio era menor.

Mientras John estaba fuera trabajando, Ella encontró en el fondo del armario unos sobres de gelatina que habían sobrado de uno de los cumpleaños de Cal. Preparó de tres sabores distintos y las dejó cuajar en grandes cuencos de vidrio. Luego se sentó con Cal en el sofá y juntos disfrutaron de un maratón de *Carry On* mientras se metían cucharadas de pegotes verdes, rojos y amarillos en la boca y los hacían pasar entre los huecos de los dientes.

Hacía varias semanas que su padre no le dirigía la palabra, y entonces, un día, sin venir a cuento, le habló dos veces. La primera fue para informarle de que iba a enviar la tela a la fábrica para que le arreglasen las imperfecciones y la limpiasen. La segunda, para pedirle que dejara de jugar con los perros.

El rostro de Cal se había recuperado casi por completo, pero cuando John se dirigía a él, miraba hacia el espacio vacío que quedaba junto a su oreja izquierda. Si Cal se movía, John levantaba la mirada y le hablaba al espacio alrededor de su cabeza, ese que jamás estaría coronado por una aureola. Cal prefería eso a que se quedase mirando el centro de su pecho. El ceño fruncido de John lo obligaba a revisarse la ropa en busca de manchas. Bastaba una mirada de su padre para sentir que hasta la camiseta que llevaba debajo de la camisa, del jersey y de la chaqueta se había ensuciado de alguna manera.

Entonces, un día azulado de finales de un septiembre grisáceo, Cal decidió rendirse. Se recogió el pelo y fue al cobertizo. Observó cómo los ojos de su padre recorrían la urdimbre al ritmo de la lanzadera y sintió celos de aquella atención.

—*¿Te apetece una taza de té?*

John no lo había oído entrar. Dejó de darle al pedal y sus miradas se encontraron por primera vez en semanas.

—*Sí* —dijo—. *Sí, gracias.*

Cal volvió a la casa sin darse cuenta de que estaba sonriendo. Ella estaba ordenando unas rebequitas de bebé para llevárselas a Beady. Dejó de doblarlas, se echó hacia atrás y lo observó encender el gas y poner la tetera sobre la llama.

—¿Os he oído decir algo civilizado?

—¿Quieres una taza de té?

—Ni hablar. No pienso dejar que nos envenenes a los dos con la misma tetera.

Cal se chupó el dedo y lo hundió en el azucarero.

—¿No hay galletas?

—¿Has comprado tú algún paquete? —Ella siguió ordenando la ropa—. Si quieres, tengo un yogur de melocotón. —Cal dijo que sí, aunque el melocotón era el sabor que menos le gustaba y estaba seguro de que Ella lo sabía. Abrió la pesada nevera, pero dentro no había ningún yogur—. No puedo dejarlo en la nevera —le aclaró su abuela—. No tienes ningún autocontrol.

La ceniza del cigarrillo de Ella cayó sobre la prenda que estaba tejiendo. La apartó con la mano, pero quedó el olor acre de la lana quemada. Cal había visto cómo a los turistas se les iluminaban los ojos cuando cogían alguna de las mantas de su abuela, y cómo se les agriaba la expresión al acercársela a la nariz. Cal preparó el té y cubrió la tetera con una funda de punto *jacquard* que Ella había tejido con una versión sonriente de su propia cara. Se trataba de

algo tan viejo y familiar que nadie reparaba ya en lo extraño que era.

Cargó la bandeja y la llevó al cobertizo. Se sirvió una taza, pero dejó el té de su padre reposando porque sabía que lo prefería sin leche, un alquitrán tan negro que absorbía toda la luz. John parecía agradecido por el descanso. Miró a Cal a los ojos como si en las últimas semanas no hubiese ocurrido nada.

—Si ya te encargas tú de hacer el té, ¿para qué necesitamos a Ella?

—Cuidado —dijo Cal—. Ya sabes cómo se las gastan en Glasgow. Seguro que está sindicada.

John soltó una risita. Señaló con la cabeza el televisor. Estaban dando las noticias de la tarde. El primer ministro, con su carita de hurón sonriente, aparecía estrechando manos en una fábrica de galletas y luego en una base naval.

—¿Qué clase de hombre sonríe dentro de un submarino nuclear? —preguntó John sin esperar respuesta.

Cal dejó que sus ojos se posaran en la ventana. La tierra se oscurecía por momentos, revelando tonos ocres y verdes apagados. Vio a su abuela abrirse paso a través del terreno pedregoso. Caminaba agachada, como si estuviera buscando algo, y se mecía levemente de un lado a otro como si estuviese bajo fuego enemigo. Llegó hasta un arroyo estrecho, se remangó un brazo y lo hundió en el agua. Esperó un momento y luego se incorporó con dificultad con un yogur en la mano.

John empezó a quitar pelusas de la urdimbre, señal de que estaba listo para volver al trabajo. Cal sirvió un poco más de té. Inclinó la taza para que su padre pudiese ver el contenido. Cuando John

aprobó con un gesto el color de la infusión, Cal siguió sirviendo y la llenó hasta arriba.

—¿Cómo es posible que ya estemos casi en octubre?

Cal esperaba un sermón sobre el avance de la tela. Había estado robándole media hora a cada extremo de la jornada porque estaba cansado.

—Ya ha pasado la temporada de caza de alcatraces.

Su padre volvió a señalar el televisor. Estaban repitiendo un reportaje cultural de finales de agosto. Una periodista hablaba con unos activistas por los derechos de los animales en Lewis. Protestaban contra la caza anual de alcatraces jóvenes, una tradición que había despertado el interés de los lectores de *The Guardian*. Los manifestantes aparecían con gruesos jerséis de punto de Aran y chaquetas Berghaus. Unas botas de agua brillaban orgullosas bajo la luz vespertina, inmaculadas, sin una sola mancha de turba ni barro.

Cal detestaba la carne de alcatraz joven, aquel sabor fétido y acre más cercano al pescado que al ave, pero aun así se puso a la defensiva cuando en la pantalla mostraron a los manifestantes cercando a los cazadores mientras estos intentaban cargar el barco. Los hombres iban hasta Sùla Sgeir, una travesía dura y peligrosa en arrastrero, y allí acampaban durante semanas sobre un islote perdido en mitad del Atlántico donde anidaba una colonia de estas aves. Cuando regresaban, todo Ness bajaba al muelle para reclamar su ración de alcatraces curados en sal.

John chasqueó la lengua.

—Deberían dejar tranquilos a esos hombres. Los pobres solo quieren alimentar a sus familias.

—En la universidad todos quieren que seamos una especie de reliquia romántica del pasado, pero luego se horrorizan cuando descubren que matamos los corderos que ellos se comen. Siempre tenemos las de perder. Se supone que debemos ser una atracción turística. Una figura de cera sonriente del Museo de Escocia.

—Pues a mí ya se me están derritiendo las rodillas.

Mientras observaba a los manifestantes, Cal se acordó de las cosas que más odiaba de la universidad. Aunque el campus era pequeño y acogedor, él no estaba en absoluto preparado para esa confrontación repentina con la clase privilegiada. Pensó en todos los estudiantes que hablaban sin parar sobre el propósito de la vida, pese a que ellos no parecían tener ninguno.

La mayoría de las mujeres provenían de entornos acomodados de clase media, algunas pertenecían a familias pijas de Edimburgo, y a otras las habían mandado al norte desde los condados ricos del sur de Inglaterra para que experimentasen el salvaje exotismo escocés. Habían estudiado en colegios caros y se marchaban de vacaciones al extranjero dos veces al año. Les daba lo mismo aprobar que suspender. Para ellas, estudiar diseño textil era una ocupación inofensiva antes de casarse o antes de que algún viejo socio de sus padres les consiguiese un puesto en publicidad. Ni en sus peores pesadillas se habrían planteado trabajar en una fábrica textil de verdad.

Antes de salir de la isla, Cal nunca había pensado demasiado en la clase social porque entre ellos y sus vecinos apenas existían diferencias. Salvo los terratenientes, todo el mundo venía a tener más o menos lo mismo, y eso generaba cierto sentido de solidaridad e igualdad. Aquellos primeros días universitarios, le resultó

desconcertante descubrir cómo lo interrogaban, lo evaluaban y lo metían en el cajón de «clase obrera» sin su consentimiento, sin que él estuviese siquiera al tanto. Era extraño cómo la gente del continente era capaz de reducir la realidad a una sola etiqueta, la manera en que lo leían, lo clasificaban y, al final, lo limitaban. Y qué equivocados estaban: los Macleod nunca habían servido a nadie salvo a Dios.

—Esos idiotas no serían capaces ni de pescarse su propia cena —dijo Cal—. Apágalo ya.

John pulsó el mando y la pantalla se fundió en negro.

—Ya era hora —dijo—. Bienvenido a casa.

John volvió al trabajo y, bajo la atenta mirada de Cal, se puso a anudar un hilo roto de la urdimbre. De un morado idéntico al lecho maltratado de las uñas de su padre.

—Estaba pensando en ir al norte uno de estos días. Acercarme a la fábrica. Quiero ver cuántos metros están produciendo los demás tejedores.

Cal sabía hasta qué punto su padre desconfiaba de la fábrica principal. De todos los tejedores domésticos desperdigados por el archipiélago, el *croft* de los Macleod era uno de las más lejanos. Y como era imposible demostrar nada, John vivía con la sospecha constante de que los demás recibían más trabajo que él. Cuando los encargos disminuían, se comportaba como un hombre al que no habían invitado a una fiesta, convencido de que los otros estaban pasándolo en grande sin él.

—Me gustaría —dijo Cal—. Hace años que no voy.

—Vale, pues en cuanto entre el frío, vamos. —Cal recogió las tazas y la tetera y se dio media vuelta para marcharse. John lo llamó antes

de que saliese—. Ah, una cosa más. Ella me ha dicho que has estado hablando con Isla. —Sonrió a su hijo por primera vez en mucho tiempo—. Eso está bien. Es una buena chica. Tengo entendido que se marcha pronto, aunque supongo que volverá por Navidad. Si tienes algún interés, quizá ese sea el momento de decir algo, antes de que algún chico de ciudad le haga perder la cabeza.

Cal asintió para que su padre supiera que lo había oído. Llevó la bandeja de vuelta a la cocina, donde halló un yogur sudoroso en el centro de la mesa vacía.

Ella estaba tatareando, contenta porque pensaba que le había ganado la partida.

—¿Cómo sabías que había hablado con Isla?

—Ishbel me lo contó.

—¡Corta el rollo, abuela!

—¡Que sí! —Ella se caló un gorro fluorescente naranja y se recogió el pelo dentro hasta que solo quedaron visibles sus aros de gitana. Colgaban como las anillas de un chaleco salvavidas, listas para tirar de ellas e inflarlo—. Me la encontré. Le di un dinerillo para la universidad. La muchacha solo quería saber si tenías la cara mejor. Como esperes mucho más, la vas a perder para siempre. Acuérdate de lo que te digo.

Cal se tocó la ceja. Miró a Ella de tal forma que esta se volvió para mirar detrás de sí.

—¿Y qué te ha contado la oveja de Doll?

Llevaba demasiado tiempo encerrado en casa. Tuvo la sensación de que estaba perdiendo la cabeza por haber hecho esa pregunta.

Unos días después, bajó a desayunar y encontró a Ella de pie junto a la mesa alargada con un sobre al contraluz.

—Señor J-C Macleod —dijo—. Mira tú qué cosa.

En cuanto lo vio, supo que era de William. El sobre era de papel vergé. Azul pálido, de aspecto caro. Se acordó avergonzado de la carta que le envió él, una hoja arrancada de un cuaderno viejo y un sobre de una factura telefónica con los datos cubiertos con típex.

Su padre tomó el sobre. Pasó el dedo por la fila de sellos. El remitente había pegado uno de más y John reparó en el despilfarro.

Cal se sentó a la mesa. Concentró toda su atención en las gachas mientras hundía la cuchara y sorbía la leche tibia y salada.

—*Debe de ser de alguien de la universidad.*

—*Nadie te escribe de la universidad.*

Su padre le tendió el sobre. Cal comprobó el nombre del remitente. «W. TUDHOPE».

—Es de Wendy —mintió Cal en inglés, que siempre le resultaba más fácil—. Estaba en el curso de estampación textil. Seguro que se está quejando de que no encuentra trabajo.

Dejó la carta a un lado como si no significase nada para él.

—¿Es de una chica? —preguntó Ella—. ¿Es rica?

Cal se levantó y raspó el fondo del cuenco para echar los últimos restos de avena en el plato del perro. Se alegraba de darle la espalda a su padre.

—En comparación con nosotros, todo el mundo era rico. Pero ella tiene talento. Dibuja unos motivos florales increíbles. Es china.

No sabía por qué había añadido aquel dato.

—¿China? —preguntó John—. ¿Y su apellido es Tudhope?

—Sí, igual solo por parte de madre, pero parece china china. Es guapísima. Su padre era misionero católico o algo de eso. —Se encogió de hombros—. ¿Puedo invitarla a venir?

John echó sal a las gachas y las removió.

—China, sí. Católica…, no.

Cal reprimió una sonrisa mientras se metía la carta en el bolsillo. Luego se puso la chaqueta y salió de la casa.

Rodeó la primera colina y, en cuanto la casa desapareció de su campo de visión, echó a correr hasta llegar a un escondite que conocía, una cavidad donde terminaba la roca y el suelo de turba parecía partirse en dos. Intentó abrir el sobre sin ensuciar el papel. Había dos hojas y una fotografía con la fecha estampada en una esquina.

Querido Cal:

Perdona por tardar tanto en responder. Empecé a escribirte un montón de veces pero siempre tenía la sensación de que era otra persona quien estaba escribiendo. Te diría que me han llovido las respuestas, pero eres el único (menor de treinta y cinco) que me ha contestado. Me siento como si hubiera hablado mal de Madonna y me hubieran metido en una lista negra o algo así. No dejo de imaginar que llaman a la puerta y aparece un autobús lleno de gilipollas con sujetadores cónicos.

Nunca había oído hablar de Falabay. Tuve que buscarlo en un atlas de carreteras pero no aparece (¿tenéis carreteras, jeje?). ¿Vives cerca de todos esos fundamentalistas calvinistas que salen en las noticias a todas horas? Ya sabes, esos capullos con cara de amargados que protestan contra los ferris de los domingos, el aborto y todas esas cosas. Supongo que esperaba encontrar a alguien más cerca, alguien con quien tomarme una pinta, y no sabía si tenía sentido empezar una amistad con un chico que vive tan lejos.

Pensé que lo más fácil sería mandarte una foto. Soy el que está de pie a la izquierda. Perdona que salgan también mi madre y mi hermano. Es que en mi

familia nadie saca la cámara salvo en Navidad. Estuve tentado de cortar la foto por la mitad. Es muy de lesbianas mandar una foto con tu vieja.

En fin, todavía vivo con mi familia. Mi madre cuida de mi hermano mayor, que estuvo en la guerra del Golfo y ahora va en silla de ruedas. No lo hirieron en Kuwait. Llegó a casa perfectamente pero tuvo un piñazo con su Yamaha en la B464; ahora está en silla de ruedas y sin pensión. Todo el mundo dice que tiene suerte de seguir vivo, pero no creo que él piense lo mismo. En fin, mi madre cuida de mi hermano y, desde que murió mi padre, yo cuido de ella.

Mi tío tiene un taller mecánico y yo le llevo las cuentas, atiendo a los clientes, ese tipo de cosas. Nunca se me dieron muy bien las matemáticas, pero aprendí un poco de contabilidad y a él no le molesta que sea lento siempre que no me equivoque.

No hay mucho que hacer por aquí. Antes me iba por los alrededores del lago a hacer motocross con una moto vieja, me encantaba, pero ya no puedo por lo que le pasó a mi hermano. Solía jugar al rugby algunas noches al mes, y la verdad es que me molaba, pero ahora todo el mundo está casado y tiene críos y nadie tiene tiempo para nada. Hay un par de pubs en Inverness que no están mal, pero ninguno es de ambiente. Hay una tienda de discos indie y siempre traen cosas buenas, así que consigo los discos unas semanas después de que salgan.

En fin, tengo que dejarte ya. Perdona otra vez por haber tardado tanto. Escríbeme si te apetece. Y mándame una foto para que hacerme una idea de cómo eres.

Un saludete,

WILL (Billy para los amigos).

P.D.: Tengo 27.

P.D. 2: Si no es demasiada indiscreción, ¿te puedo preguntar cómo tienes la polla?

Cal leyó la carta cuatro veces. El papel no olía a nada. Estudió la fotografía. Había tres figuras delante de un rododendro enorme, sus hojas anchas como manos extendidas. En el centro había una mujer

de la edad de Ella, pero delgada y de aspecto remilgado. Bajo la mano izquierda de la señora estaba el hermano de Billy en su silla de ruedas. En la hierba se veía el surco de las ruedas hasta el lugar donde lo habían colocado para la foto. Debía de ser un armario empotrado cuando aún podía mantenerse en pie. Cal se imaginó ayudándolo a entrar y salir de la bañera, enjabonándole el cuerpo.

Billy estaba al otro lado de la señora Tudhope. Había un brillo en sus ojos que decía que estaba convencido de ser el favorito de su madre, y una curva en el labio revelaba un espíritu travieso. Tenía la nariz chata y unas orejas grandes y carnosas, de coliflor, que delataban que en otro tiempo había jugado al rugby. Pero fueron sus manos grandes las que llamaron la atención de Cal. Le gustaba cómo aquellos pulgares gruesos se enganchaban en las trabillas del cinturón.

Después de la oración de la tarde, John reunió a los perros y salió a caminar. Una vez que su padre se fue, Cal se dejó caer en la mesa y se quedó mirando al vacío mientras creaba y descartaba frases que nunca pronunciaba, preparándose para compartir secretos con el hombre de la fotografía. Aquel vínculo repentino con un desconocido le parecía más sincero que los sentimientos que había compartido jamás con sus familiares.

Ella apareció a su lado. Puso sus Levi's 501 destrozados encima de la mesa. El desgarrón que había hecho su padre había sido remendado con esmero; los agujeros de las nalgas y las rodillas, reforzados con una tela azul más oscura.

—Te los has cargado —dijo él con una risa de derrota.

—Niñato desagradecido.

Cal se levantó y fue hacia el aparador.

—¿Hay alguna foto mía por aquí?

Ella recogió los 501 e inspeccionó las costuras.

—Una en la playa, con los ponis de Alistair.

—Tenía cuatro años. —Rebuscó entre los cajones abarrotados—. Me refiero a alguna reciente. Voy a presentarme a un concurso de belleza.

—Pues como puntúen la personalidad, la llevas clara.

Cal sacó de la vitrina su retrato escolar del Nicolson Institute. Tenía quince años y cara de pasmarote; el pelo corto y castaño, apelmazado por su propia grasa. Desenganchó el marco y encontró varias copias guardadas detrás. Cogió una y subió corriendo.

Atrancó la puerta del dormitorio con una silla y, tras tumbarse en la cama, encendió la lámpara y escrutó la imagen. No se parecía en nada a él, pero hacerse otra foto, coger el autobús hasta Stornoway y revelarla en la farmacia le llevaría demasiado tiempo. Y ni siquiera estaba seguro de que tuviesen cámara. No recordaba haber visto ninguna.

Viendo que no iba a conseguir nada mejor, retocó la foto con un bolígrafo, afiló los contornos de la mandíbula y rellenó las rayas de la corbata del uniforme para que pareciese azul marino lisa. Luego, incapaz de contenerse, se dibujó el pelo largo hasta los hombros y lo rellenó con cientos de trazos frenéticos. Parecía una peluca azul de espantapájaros. Hundió la cara en la almohada y soltó un bramido.

En la universidad había leído *Santa María de las Flores* y llevaba la novela a todas partes, junto con la Biblia. Tiempo después, con enorme pesar, la dejó en una papelera pública, lejos de la pensión

donde vivía. Se obsesionó con aquellos presidiarios fornidos que dibujaban el contorno de sus erecciones a partir de miles de pinchazos diminutos sobre páginas aparentemente en blanco que enviaban después a sus amantes. Sabían que sus amantes, al recibir las cartas, alzarían el papel a contraluz y apretarían el contorno de sus pollas contra pechos, narices y labios.

Se bajó los pantalones y sacó el pene por la abertura de los bóxers. Se lo limpió con el bajo de la camiseta y empezó a acariciárselo, a deslizar el prepucio adelante y atrás sobre el glande hasta ponerlo duro. Apretó la erección contra la hoja y trazó el contorno, subiendo con cuidado por un lado hasta llegar al glande enrojecido e hinchado para bajar luego por el otro. Lo apartó y contempló el tamaño sobre el folio, orgulloso con cada línea que el rotulador había marcado. Añadió con cuidado los rizos finos del vello púbico y, luego, con el lateral de una cera violeta, dibujó la gruesa vena que recorría el tronco. Después coloreó todo con una acuarela melocotón humedecida con saliva.

Cuando terminó, se chupó el pulgar e intentó quitarse las manchas de tinta del pene. La tinta era impermeable e indeleble, y eliminarla del todo exigía cada vez más saliva, un puñado entero, y el movimiento fue adquiriendo un ritmo más pausado y deliberado, y, para cuando se quiso dar cuenta del rumbo que había tomado, le pareció absurdo interrumpirlo. Así que siguió hasta correrse con un calcetín en la punta de la polla y otro en la boca para sofocar los gemidos de placer.

Cuando volvió a calmarse, examinó el dibujo y se horrorizó. No por su vulgaridad, sino por lo espantoso que era, porque tenía un toque perversamente infantil.

Mientras se subía los pantalones, bajó con sigilo a la sala alargada, apenas iluminada por los rescoldos del hogar. Revolvió el costurero de Ella hasta encontrar unas agujas y un ovillo de lana rosa. Volvió arriba de puntillas y echó el pestillo.

Tumbado en la cama individual, esperó a que la sangre volviese a llenarlo.

Comenzó a tejer alrededor de la erección, primero por la base, añadiendo cada punto igual que un albañil levanta una chimenea alrededor del tiro, o del mismo modo que Ella tejía el talón de un calcetín. A pesar de tejer con esmero —y a pesar de estar bastante bien dotado—, no tardó mucho en terminar. Fue siguiendo la curva, añadiendo puntos en la parte más gruesa y replegando el tejido para crear el prepucio. Luego disminuyó los puntos a medida que se acercaba al glande. Lo hizo de una manera tan limpia y refinada que le dieron ganas de enseñárselo a su abuela. Remató la punta con una pequeña costura invertida.

Tras rellenar el falo con papel higiénico, dudó si enviárselo o no. Aquella polla era al mismo tiempo adorablemente infantil y ridículamente obscena. Esperaba al menos que Billy se echara unas risas.

Al día siguiente, cuando la carta cayó en el saco de Beady, le invadió la sensación de haber ido demasiado lejos.

El Land Rover traqueteó al atravesar el paso canadiense. Después de cinco semanas fuera, los de Glasgow habían vuelto para reparar el barco averiado, lo que vino a confirmar que, fuera cual fuese su negocio, no era la pesca. Cuando los Macleod pasaron junto a ellos,

vieron un pequeño bote de remos cargado de provisiones avanzando hacia el arrastrero que se mecía sobre las aguas. Saltaban chispas de un soplete de etileno y se oía el ronco chirrido de una radial atravesando el metal.

Cal salió corriendo hasta la tienda de Beady para comprarse una lata de Lilt. Dos jóvenes glasgüenses estaban rebuscando en el estante de comestibles, estrujando el pan de varios días. Beady fulminaba sus nucas con la mirada, decidida a cobrarles un extra por ser tan mal educados. Le recordó a Cal que Isla se marcharía en pocos días y que, si pensaba despedirse de su sobrina, más le valía darse prisa.

Volvió al Defender y siguieron conduciendo hacia el redil. Casi un kilómetro después vieron al apuesto pescador de pelo platino. Subía por el sendero hacia la casa parroquial y John redujo la velocidad para observarlo.

—¿Tú crees que conocerá al médico de los meados? —preguntó John mientras detenía el coche.

Los hombres observaron al glasgüense preguntándose si conocería al urólogo y, de ser así, si le vendía drogas o se las compraba. Luego se les ocurrió que tal vez estaba vigilando las casas con intención de robar, cuando, para sorpresa de ambos, llamó a la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y enseguida lo hicieron pasar.

—No me fío un pelo del inglés ese —dijo John mientras volvía a arrancar el motor—. No sé qué trabajo le estará haciendo el chico, pero espero que le pague por adelantado.

Siguieron por la carretera y, al pasar junto a la casa, Cal miró hacia la entrada. No había coches aparcados fuera, ningún rastro del urólogo ni de su discreta esposa.

Llegaron al pasto comunal. Cal llevó los perros colina arriba y condujo las ovejas hasta donde estaban los hombres. Los corderos eran criaturas confiadas, patilargas y juguetonas, sus orejas tiesas e inquisidoras aún eran demasiado grandes para sus cuerpos. Como el día era agradable, condujo al rebaño sin prisas alrededor de la bahía mientras su padre esperaba en el redil junto a Innes. El sol del atardecer estaba a sus espaldas y los ojos de ambos hombres quedaban ocultos bajo sus gorras, pero Cal sabía que estaban atentos a todos y cada uno de sus movimientos.

A John le molestaba sobremanera que la lana que necesitaban para el tweed tuviera que importarse del continente, de ovejas Lowland Cheviot, cuyo vellón era mucho más suave y tenía menos nudos. La lana de las ovejas isleñas se vendía tan barata que casi no compensaba esquilarlas. Era áspera al tacto, buena para relleno o aislamiento, útil siempre que no entrase en contacto con la piel.

Los hombres separaban los corderos destinados al sacrificio palpándoles la grasa de las costillas; elegían uno u otro con la indolencia de unos dioses despiadados. Cal quería creer que los guiaba la experiencia o cierto sentido de la justicia, pero era incapaz de encontrar lógica alguna en aquella selección. Apartaban el cordero más gordo para carne; el siguiente más gordo lo conservaban porque serviría como buen ejemplar de cría. Todo parecía demasiado arbitrario.

«¿Por qué? —preguntaba de niño—. ¿Por qué ese?».

John había intentado explicárselo, pero cualquier razonamiento que le ofrecía, cualquier conocimiento que intentaba transmitirle, empujaba a Cal a buscar alguna fisura con la que rebatirlo.

Si John elegía un cordero porque estaba demasiado débil para criarlo, Cal replicaba: «Si no tiene bastante carne, ¿para qué sacrificarlo?».

Si John elegía otro porque estaba muy gordo, Cal argumentaba: «Imagina todos los corderitos gordos que podría dar el año que viene».

Porque sí. Eso era todo lo que decía ahora su padre. Porque sí.

Porque eran carne. Dinero con patas.

Su padre apartó veintiséis corderos para el matadero. Pero perdonó al más pequeño —una hembra— y Cal la cogió en brazos.

Innes cargó los demás en la furgoneta de la iglesia para llevárselos y sacrificarlos.

Era mejor no pensar en todas las mañanas grises de lluvia afilada como cuchillos, ni en el hedor del baño antiparasitario, ni en los gusanos, ni en la sarna. Era mejor no calcular cuántas horas pasaban cargando sacos de pienso hasta el redil para ganar tan poco dinero.

Cal hundió la cara en el cuello de la borrega y sintió cómo las orejas del animal le cosquilleaban la mejilla. Tenía la sensación de que el camino se desenrollaba bajo sus pies, pero por más que corría, nunca conseguía avanzar.

Aquella misma semana fue a la posada a cobrar el sueldo. Era viernes por la noche, así que se tomó una pinta y se quedó un rato charlando con Flash pensando que Doll aparecería en algún momento. Alargó la bebida todo lo que pudo, pero Doll no dio

señales de vida, así que decidió dar la noche por terminada y volver a casa.

Cuando entró en la sala alargada, su padre estaba leyendo el periódico mientras su abuela, sentada en el sofá, se reía por lo bajo con un programa de variedades. Cal se dio cuenta de que la televisión irritaba a John, tenía la cabeza entre las manos y las yemas de los dedos clavadas en las sienes.

Era exactamente la misma escena de todos los viernes de su infancia. Y, si vivían lo suficiente, sería la misma escena dentro de diez, quizá veinte años. Ella estiró las piernas, las zapatillas le colgaban de la punta de los dedos de los pies.

—Tienes un paquete. Beady ha venido expresamente a traerlo. Acuérdate de darle las gracias la próxima vez que la veas.

—Vale —dijo él—. Lo haré.

Fue hacia la mesa de la cocina y sonrió para sí al ver su nombre escrito con la letra inclinada de Billy. Cogió el paquete y, después de desearles las buenas noches, subió las escaleras.

No podía esperar a llegar al cuarto, así que se detuvo en el rellano de arriba y rasgó el envoltorio. De dentro cayó la foto retocada. También la funda para pollas que había tejido y una breve nota al dorso de su propia carta:

> Cal:
> No creo que seas lo que estoy buscando.
> Te deseo lo mejor y todo eso.
>
> Billy.

DHÀ-DHEUG / DOCE

El día en que Isla debía marcharse, Cal se levantó temprano. Quería evitar despedidas incómodas, así que le dijo a su padre que iba a la posada, pero en realidad hizo autostop hasta la costa oeste de Lewis. El trayecto era de unos cien kilómetros. Pasó varias horas esperando y cambiando de coche hasta que, en un último golpe de suerte, apareció la biblioteca ambulante y lo llevó hasta el comienzo del camino que conducía a casa de su madre.

A lo lejos, al otro lado del páramo, se alzaba una casa enorme de cristal completamente aislada. No tenía vecinos, nada de cabañas desperdigadas a la vista. Una casa así debería haber lucido aquella soledad con orgullo, pero la tierra que la rodeaba era pantanosa, inútil, y había algo en ella que transmitía abandono, falta de cariño.

Cal se detuvo y encendió un cigarro. Oyó un canto suave que al principio tomó por el viento, pero, a medida que fue cobrando fuerza, se volvió y vio a un grupo de niñas acercándose a él. Recortadas contra el cielo, unas nubes amables se arremolinaban sobre sus cabezas. Venían cantando por el camino como peregrinas errantes, ocho niñas en dos filas de cuatro, cogidas de la mano en una formación perfecta. Llevaban vestidos idénticos adornados con pedrería, de una tela verde azulada que emitía reflejos iridiscentes, como la pluma de un urogallo. Todas tenían el pelo platino, trenzado y recogido en una coronita celestial, y la raya en medio. Daban

pasitos de danza y, después, casi al unísono, giraban sobre sí mismas hasta que las faldas volaban a su alrededor como paraguas atrapados por el viento. Cal se preguntó si no estaría teniendo visiones.

—¿Callie? —Una de las niñas rompió la formación. Tenía las mejillas rosadas por el colorete de su madre. Echó a correr en dirección a Cal, se detuvo un instante para asegurarse de que era él y luego se lanzó a sus brazos y se acurrucó en su pecho—. ¿Has venido a verme?

—¿Por qué otra razón iba a venir a estos páramos tan tristes?

Abby se volvió hacia sus amigas, radiante.

—¿Veis? ¡Os dije que tenía un hermano mayor! —Luego lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—¡No te imaginas! —jadeó Cal—. ¡Una batalla terrible! ¡Había saqueadores en la costa! ¡Y el duque de Buccleuch venía en un barco enorme! Llevaban espadas y redes gigantes y querían echarnos de nuestras tierras. —Señaló hacia el asentamiento más cercano—. Nos defendimos con uñas y dientes, pero raptaban a todas las mujeres y niñas, las obligaban a subir a sus barcos para llevárselas a Canadá.

—¡¿A Canadá?! —La más pequeña tenía cara de cerdita de cuento —. ¡Te lo estás inventando!

—Que no —dijo Cal—. Peleamos hasta el final. Los obligamos a retroceder hasta sus barcos, pero se llevaron a vuestra madre. —La niña se quedó boquiabierta. Él señaló a una muchacha alta y de aspecto enfermizo—. ¡Y a tu hermana!

—¡Yo no tengo hermana…!

—¡Todo pasó muy deprisa!

Las niñas se miraron unas a otras. Hubo una pausa, como si estuvieran llegando a un acuerdo y decidiendo si seguirle el juego o no. Entonces gritaron todas al unísono. Y les gustó tanto que volvieron a gritar otra vez.

La pequeña bailarina le tiró de la mano para alejarlo de sus amigas.

—No le hagáis caso. ¡Es idiota!

Le dio un puñetazo en una nalga y él fingió haber quedado mortalmente herido.

Abby se despidió de las demás chicas, tomó a Cal de la mano y cruzaron juntos el páramo a grandes zancadas.

—¿Y por qué vas vestida como una de esas muñecas que ponen encima del papel higiénico? —preguntó él.

—¡Venimos de una competición de baile! ¡Hemos quedado segundas!

—¿Y os han dado dinero? —preguntó Cal—. Dame un poco, que yo estoy tieso.

La casa daba la impresión de estar a medio acabar. Era nueva o casi nueva; no estaba del todo seguro. Los marcos de las ventanas aún tenían el plástico protector y, bajo los aleros, la membrana antihumedad aleteaba ruidosamente con el viento.

Abby dio una patada a la puerta a modo de saludo y el cartel de madera donde se leía «PÀRRAS» se agitó sobre las cadenas que lo sujetaban. Otra niña más pequeña que Abby apareció en lo alto de las escaleras. Saltó con valentía desde el último escalón. No tenía ni un gramo de carne en el cuerpo, pero el impacto casi los tiró a ambos al suelo. Aparecieron más, un niño y una niña muy pequeña desnuda de cintura para abajo. Todos tenían el mismo pelo color

paja. Los cuatro críos revoloteaban a su alrededor, emocionados, incluso la más pequeña, que no entendía a qué venía tanto entusiasmo.

El pasillo seguía sin pintar; las paredes de pladur estaban cubiertas de garabatos infantiles. Abby no soltaba la mano de Cal y parloteaba sin parar mientras lo conducía hacia la parte trasera de la casa.

Había un hombre sentado a la luz de la mañana frente a un ventanal enorme con vistas al páramo. Uilleam Macleod miró a Cal con los mismos ojos azules de su padre. Cal asintió y siguió avanzando por el pasillo.

Su madre estaba trabajando en la mesa de la cocina, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y la mirada perdida. Había un cenicero de abulón repleto de ideas reducidas a ceniza; junto al codo, una taza de té frío cubierta por una película de leche. Su madre estaba preparando facturas y haciendo etiquetas con letras adhesivas para sus jabones: «SAL MARINA», «ORQUÍDEA DE MARISMA», «ROSA DULCE».

—*Halò, mamaidh* —dijo Cal. Grace se estremeció como si hubiese entrado un intruso, y Cal comprendió que eso es justamente lo que era. Se zafó de la mano de Abby y le dijo a la pequeña—: Anda, déjame cinco minutillos que salude.

—¿Y luego nos darás vueltas?

—Os daré vueltas hasta que os mareéis.

Condujo a la pequeña bailarina hasta la puerta y la cerró a su espalda. Luego se volvió hacia su madre. Reconoció en aquel rostro algo de sí mismo: los ojos grises e inquietos, la nariz aguileña que en ella parecía noble y en él, de algún modo, rota, violenta.

—Siete semanas —dijo ella—. ¿Dónde te has metido?

Habría sido fácil tranquilizarla, cualquier pequeña excusa podía explicar su ausencia: la falta de dinero, las exigencias de la estación del año, la iglesia, el telar, las ovejas, su padre. Todo era cierto y, sin embargo, nada bastaba.

—El problema no es venir, mamá. Es irme después.

Grace abrió los brazos y Cal se dejó abrazar. Las manos de su madre estaban frías cuando se las deslizó por la espalda, bajo el jersey. Le fue palpando las vértebras una a una, como si quisiera comprobar que seguían todas allí. Lo meció con suavidad y él lamentó haber tardado tanto en visitarla.

—Tu abuela viene todas las semanas. Y yo siempre pienso que vas a venir con ella.

Le sostuvo la cara entre las manos. Las heridas casi habían sanado, pero ella recorrió con los dedos la piel bajo el ojo y los restos de cicatriz de la ceja.

—¿Qué demonios te ha pasado?

—¿Me creerías si te dijera que había un monstruo en la bahía? —Ella negó con la cabeza—. Entonces me caí por una colina. —Grace le escrutó los ojos, primero uno y luego el otro. A esa distancia, Cal no podía mentirle. Se apartó y dijo—: No puedo quedarme mucho.

—¿Por qué no?

—Sabes por qué.

—Tienes que plantarle cara, Callie.

—¿Me vas a dar un informe al final de la visita con todas las cosas en las que debería mejorar? —dijo y volvió a meterse la camisa por dentro del pantalón.

Grace guardó algunos de los jabones y ordenó los papeles. La cocina era completamente nueva; los electrodomésticos, de acero inoxidable; los cajones se abrían con facilidad y se cerraban sin hacer ruido. Pero también había herramientas eléctricas, restos de cereales que revelaban que los niños volvían a estar abandonados a su suerte y, en un rincón, un saco de pienso para ovejas roído y rodeado de cagarrutas de ratón.

Grace cogió uno de los jabones artesanales. Lo sopesó como si hubiese adivinado lo que Cal estaba pensando.

—He estado muy liada con el trabajo. Y tu tío Uilleam no es de mucha ayuda.

—Por favor —dijo él—. No lo llames así. Con «Uilleam» es suficiente.

Cal cogió el hervidor y lo puso sobre el fogón mientras Grace encendía un cigarrillo. Le dio una calada larga y profunda. Luego señaló la nevera y los dibujos infantiles sujetos con imanes.

—El otro día encontré un dibujo nuevo. Era de la familia, todos en fila delante de la casa, y debajo el nombre de cada uno, la edad y algo que nos gustaba: cachorrillos, espaguetis a la boloñesa, ese tipo de cosas. Yo ya me pierdo y no sé quién dibuja qué. Así que lo pegué en la nevera y no le di más importancia. —Sacudió la ceniza en la concha—. Resulta que lo había hecho él. Uilleam. Lo había hecho para no confundirnos unos con otros.

—Hace un momento me ha reconocido. Se lo he notado en la cara.

—Tiene días buenos. Pero luego se confunde y se enfada con los niños. Últimamente le ha dado por decir que todo es una copia: los niños, el sofá, los ciervos de la colina. Dice que alguien robó las

cosas auténticas y, en su lugar, puso copias. —Cal le quitó el cigarrillo de entre los dedos y le dio dos caladas rápidas. Entonces vio unas cajas aplastadas en un rincón. La de arriba era de un retrete portátil—. Dormimos en habitaciones separadas —le explicó su madre—. Aunque bueno, no sé si dormirá mucho.

John estaba convencido de que Uilleam y Grace habían iniciado su relación mucho antes de que ella lo abandonase, y aunque no la hubiesen consumado en aquel momento, seguía teniendo un carácter romántico y, por consiguiente, suponía una traición a sus vínculos sagrados. Fuera como fuese, a ojos de John, Grace era una desertora y una puta. Para Cal, aquello cambiaba la historia por completo. Ojalá pudiera preguntárselo a su madre.

Cuando Grace los abandonó, Cal sintió que lo estaba abandonando a él en concreto. Era un pensamiento egoísta, propio de un hijo. Era demasiado joven para comprender que su madre podía existir como una persona independiente de él. Los meses que siguieron, Cal le suplicó a Grace que volviese a buscarlo, pero ella ni siquiera sabía con seguridad dónde iba a quedarse y le dijo que el lugar más seguro para él era Falabay, junto a su padre, su abuela y sus amigos. Tal vez fuese el lugar más seguro, pero Cal sabía que no era el lugar donde sería más feliz.

Después de marcharse, Ella llevaba a Cal los sábados a la parada de autobús de hormigón y, si hacía buen tiempo, él y Grace pasaban unas horas caminando por las colinas, comiendo bocadillos y montones de chocolatinas que su madre parecía llevar siempre en el bolso. Cuando se quedó embarazada de Abby, aquellos paseos fueron reduciéndose poco a poco. Tras el parto, su padre únicamente le permitía verla los sábados en que no hubiese ningún

oficio especial y el trabajo en el *croft* lo permitiera. Para cuando empezó en el Nicolson Institute, se sentía tan aliviado de volver a casa los fines de semana que ya no le apetecía pasarse medio sábado cruzando las islas para visitar a su madre y ver cómo era su nueva vida.

A medida que se fue haciendo mayor empezó a comprender que, si seguía viviendo con su padre, su madre aún podría ocupar un pequeño lugar en su vida. Pero si se hubiese ido con Grace, lo más probable es que su padre jamás le hubiese vuelto a dirigir la palabra. Seguro que Grace había tenido eso en cuenta desde el principio.

—Lo vi la otra semana —dijo su madre expulsando una nube de humo.

—¿A quién?

—A tu padre. En la tienda grande. Él cree que no me di cuenta, pero lo vi nada más entrar. Sigue tan guapo como siempre, el muy cabrón. —Grace cogió la hoja de letras adhesivas y pegó la «J» sobre un papel limpio. Con la uña del pulgar la frotó hasta que quedó pegada a la página—. ¿Sabes que me estuvo espiando? Yo me hice la tonta y me puse a mirar el congelador. Nunca habrás visto en tu vida a una mujer tan fascinada por unas *chipolatas*.

—¿Fue a la tienda grande sin mí?

—No estás entendiendo lo que quiero decir.

—Lo entiendo perfectamente. El problema es que los dos os seguís comportando como unos críos.

Ella hizo una mueca e inclinó la cabeza como diciendo «tienes razón».

—Tu abuela tenía un color espantoso la última vez que la vi. Llegué a pensar que necesitaba diálisis.

Cal seguía dándole vueltas al hecho de que sus padres se empeñasen en comportarse como niños. Inspiró hondo y dejó salir el aire muy despacio.

—Son los rayos UVA. Ni siquiera se quita la ropa. Se tumba ahí como una merluza rebozada. Cada vez está más rara, mamá. Dice que la oveja Blackface habla con ella. Que le cuenta todo lo que pasa en la carretera.

—Son las mujeres de la iglesia. Siempre tienen que meter las narices en todo.

—Ya lo sé —dijo Cal, aunque no era del todo cierto. Una parte de él siempre había preferido creer que su abuela era especial, que no era una vieja chismosa más—. ¿Podrías prestarme un par de libras hasta que cobre?

—Claro —respondió su madre sin vacilar.

Encontró el monedero sobre la mesa, entre las facturas, y con la mano vuelta hacia abajo, le pasó un pequeño fajo de billetes. Sin mirarlo siquiera, él le dio las gracias y se lo guardó en el bolsillo. Palpó los billetes y calculó que habría unas quince o veinte libras, casi todo en billetes de cinco.

El hervidor empezó a silbar. Cal llenó las tazas y dejó las bolsitas de té reposando. Mientras estaba junto al fregadero, la luz del día se abrió paso entre las nubes. La claridad reveló los moratones escondidos bajo su piel. Eran como una especie de hondonada, como si el lado izquierdo de su rostro estuviese cubierto por una fina capa de hielo quebradizo.

Grace lo vio. Soltó un pequeño gemido.

—Deberías salir de esta isla de una vez…

Cal bajó la barbilla y la miró con una incredulidad rayana en el aburrimiento.

—Ya, como si fuera tan fácil.

Ella lo había herido por partida doble. Primero por marcharse y luego por no marcharse lo bastante lejos. Le había repetido a Cal por activa y por pasiva que su intención era liberarse de su padre, no de él. Se había ido lejos, pero solo lo justo para seguir estando cerca y, como una planta moribunda que es trasplantada a una tierra mejor, había florecido como nunca. Se había convertido en una mujer que ya no reconocía. Le dolía verla feliz sin él.

Cal cogió uno de sus jabones y lo olió. Le recordó un poco a la posada de Flash.

—Whisky y humo de turba —dijo ella leyendo la etiqueta—. Me hace tanta gracia. Imagínate lo humillado que te sentirías si alguien dijera que hueles a alcohol y a humo de hoguera. Dios bendiga a todos los estadounidenses que aseguran tener un diez por ciento de sangre escocesa.

A Cal le habría gustado llevarse alguno de los jabones de su madre, pero si su padre notaba aquel olor en él, volverían a tener otra bronca. Sabía que su abuela se restregaba con jabón carbólico cada vez que volvía de pasar la tarde en casa de Grace.

Mientras olía todas las mezclas nuevas, Grace se acercó y se colocó a su lado. Puso la mano en su hombro y le apartó el pelo de la cara.

—Puedes decolorarte el pelo todo lo que quieras, pero cada año te pareces más a tu padre.

Era difícil ser el hijo de un hombre tan atractivo. Cal sentía que parecía una copia inferior y defectuosa relegada a la sección de

oportunidades.

Los niños habían salido. Jugaban al pillapilla alrededor de la casa. Mientras sus cuerpos corrían en una dirección, el pelo volaba en otra. Las nalgas desnudas de la más pequeña estaban enrojecidas y agrietadas por el viento.

Cal golpeó el cristal con los nudillos.

—¡Eh! ¡Ponedle los pantalones a la niña!

Los mayores, poco acostumbrados a recibir órdenes, intentaron llevarse a rastras a la más pequeña, pero esta se mantuvo firme, se puso en cuclillas y soltó un chorro desafiante de pis. Todo ello, sin dejar de mirar a Cal con sus dulces ojos.

Su madre se echó a reír.

—¿Bella se ha vuelto a mear como un perro?

—Sí —dijo él—. Eso parece.

Llovía, pero los niños le suplicaron que saliese a jugar con ellos. Los cuatro se pegaron al muro de grava para resguardarse del viento, en fila, uno junto a otro, como si fuesen a fusilarlos. Los iba llamando uno a uno y empezaba a darles vueltas hasta que se reían a carcajada limpia, hasta que Cal sentía que sus propios brazos se le iban a salir de los hombros. Los impulsaba cada vez más alto, y cuando el viento atlántico envolvía a los críos en pleno vuelo, gritaban aterrados y felices al mismo tiempo. Los músculos de la espalda le temblaban por el esfuerzo, pero siguió dándoles vueltas y más vueltas, regalándole a cada uno de ellos sus tres segundos de emoción. Un par de veces se le escurrieron de las manos, resbaladizas por la lluvia y la excitación, y los niños salieron

disparados hasta caer de rodillas sobre el barro. Se levantaron, hicieron una especie de danza bajo la lluvia y corrieron de nuevo hacia Cal, ansiosos por salir volando una vez más.

Cuando se quedó sin fuerzas, quitaron la lona de la hormigonera. Él los ayudó a sujetarla con ladrillos y construyeron un refugio donde guarecerse de la lluvia. Jugó a servir el té con las niñas. Bella balbuceaba en una lengua que no era gaélico, ni inglés, ni humana.

Al cabo de un rato los dejó jugando solos y fue en busca de su madre. Grace estaba recogiendo pinzas de la ropa que los niños habían tirado por la hierba. Cal miró la hora. Se puso de puntillas y observó cómo el autobús en el que venía su abuela se iba abriendo camino por el páramo.

—Debería irme —dijo Cal—. Es más fácil si no desaparecemos los dos a la vez. —Grace lo agarró del brazo. Se aferró a él—. Tengo que irme, mamá.

Ella suspiró.

—¿Sabes? El otro día me quedé escuchando detrás de la puerta mientras tu abuela bañaba a Bella. Le estaba enseñando sonidos: beee, guau, miau, animales de granja y esas cosas. Entonces Bella le preguntó: «¿Qué sonido hace una gallina, abuela?». Y tu abuela dijo: «¡Clo clo clo!». Y luego: «¿Qué sonido hace un cordero, abuela?». Y tu abuela: «¡Beee!». «¿Y qué sonido hace una vaca, abuela?». Y entonces tu abuela dijo: «¡Buuu!». Y Bella movió el dedo y dijo: «¿Querrás decir muuu, no, abuela?». Y tu abuela respondió: «No, quiero decir buuu. ¡Buuu! ¡Porque esto es un puto aburrimiento!».

Cal se tapó la cara con las manos y se echó a reír.

—Lo siento muchísimo.

—Ah, no lo sientas —dijo Grace—. Bella se ha pasado varios días diciéndole a todo el mundo de la guardería que son «un puto aburrimiento». No sabes la vergüenza que he pasado, de verdad. Y me he dejado una fortuna en jabones para disculparme. ¡Mira! —exclamó de pronto y señaló a lo lejos. Había ciervos en el páramo, brillaban como peniques bajo la luz rota del sol. Al cabo de un rato, Grace se volvió hacia él y preguntó—: ¿De verdad es esto lo que quieres?

—¿El qué?

—Todo esto —dijo Grace barriendo el páramo con la mano—. Esta vida. Quedarte aquí.

—Algún día. Pero todavía no. Antes quiero hacer algo con la carrera que he estudiado.

—Es la primera vez que te oigo decirlo.

—¿Te acuerdas de cuando Sorley MacInnes anunció a todo el mundo que volvía a casa para escribir un libro? Ahora, cada vez que alguien lo ve, lo primero que le preguntan es: «¿Y el libro, para cuándo?».

—Tienes derecho a soñar, Callie.

—¿Sí?

Grace lo cogió de la mano y lo llevó al lateral de la casa. Había plantado un pequeño huerto de hierbas aromáticas que usaba para fabricar sus jabones. El invierno lo estaba marchitando, pero al ver lo bien cuidado que estaba, Cal dedujo que era allí donde su madre ponía en orden todas sus preocupaciones. Grace arrancó unas hojas secas de un arbusto verde y leñoso.

—Me encanta el romero. —Grace se metió las hojas en la boca y empezó a masticarlas—. ¿Tu abuela te ha hablado del

arrendamiento?

—No. ¿Qué pasa con eso?

—Se está haciendo mayor, Callie. Su salud le preocupa más de lo que deja ver. Quiere asegurarse de que todo quede arreglado. Que todo quede tal y como ella quiere.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo quiere que quede?

—En manos de los Morrison, donde esté seguro. Siente que se lo debe a tu abuelo. —Deslizó la mano por un tallo y, de un solo movimiento, lo dejó limpio de hojas muertas—. Ha hablado con la Crofting Commission. Su idea es transferirme a mí el arrendamiento.

—¿Cómo?

—Yo lo guardaría para ti. Solo hasta que estuvieras preparado. Supongo que, si algún día triunfas en Nueva York o en Milán y ya no lo quieres, quizá Abby o Thomas…

—¿Y vas a echar a mi padre? ¿O esperas que le dé tanta vergüenza que se vaya él solo?

—Tu bisabuelo, Calum Morrison, construyó esa casa. No le pertenece a tu padre. Nunca le perteneció.

—Él trabaja esa tierra. Si esa tierra le pertenece a alguien, es a él.

—Bueno, la situación ha cambiado. Las cosas no salieron como deberían.

—¡Por tu culpa, mamá! —La señaló con el dedo—. ¡Las cosas no salieron como deberían por tu culpa!

Grace le agarró el dedo y se quedó sujetándolo.

—Como te he dicho, cada año te pareces más a tu padre.

Los niños dejaron de jugar. Empezaron a acercarse a su madre poco a poco, avanzaban hacia ella como si estuviesen jugando al escondite inglés. Incluso Bella, que no le había dado a Cal un

segundo de tregua, le soltó la pierna y se abrazó al muslo de su madre como un mono que pasa de un árbol a otro. Una ráfaga de viento les revolvió el pelo sobre la cara para apartárselo de nuevo un instante después, y en aquellos rostros desnudos, expuestos, no había dónde esconder el desconcierto.

Cal apartó la vista.

—Entonces ¿qué va a pasar? Si Ella te deja la casa y las tierras, ¿él con qué se queda? ¿Con el reloj de sobremesa? ¿Lo sabe ya?

—No. —Grace se limpió las manos en los pantalones—. Y tú no puedes decírselo.

Cal se quedó mirando hacia el páramo. Vio a Ella avanzar poco a poco, a paso lento, pero sin pausa. No hacía falta que su abuela dijese nada. Seguramente ya habrían llegado cartas de la Crofting Commission. O quizá Beady-Màiri mencionó a su padre que Ella le había escrito al administrador. O tal vez su abuela le preguntó a Flash o a Innes, en confianza, cómo se transfería el arrendamiento de un *croft*, sin darse cuenta de que los hombres compartían una red de chismes tan silenciosa y eficaz como la de las mujeres. Cualquiera de esas cosas habría bastado para poner a su padre sobre aviso. John lo sabía. Cal estaba seguro.

—Es el arrendamiento de tu abuela. Puede hacer lo que quiera con él.

—Por favor. Deja que mi padre siga viviendo allí. Deja que muera allí. No lo humilles de esa manera. No le quites también la tierra que pisa.

El suelo que Cal pisaba en este momento había pertenecido a los Macleod. John había perdido las tierras de su propia familia en favor

de su mujer y de su hermano mayor, y no contenta con todo esto, ahora su madre volvía a la carga para acabar de rematarlo.

Cal cerró los ojos con fuerza mientras los niños reanudaban sus juegos, mientras su madre arrancaba las malas hierbas que crecían entre las flores y su abuela franqueaba la verja silbando una canción de Patsy Cline.

TRÌ-DEUG / TRECE

John entró en casa de los MacInnes sin llamar. Lo recibió el olor a pan recién hecho y a una rica salsa de tomate que hervía a fuego lento con hierbas que a él le daban igual, pero por las que Innes habría cruzado media isla. Solo el burbujeo de las ollas rompía el silencio de la casa. El padre de Innes había vuelto a Glasgow, al hospital, para hacerse más pruebas, y Sorley había ido con él para acompañarlo. Iban a estar fuera casi una semana, por lo que Innes había aprovechado la ocasión para invitar a John a cenar.

Innes estaba encorvado sobre la encimera de la cocina, con las piezas de un transistor desparramadas sobre una toalla, soldando un cable al receptor. John lo observó trabajar un rato y pensó en lo mucho que lo reconfortaría poder volver a casa y encontrárselo todas las noches.

Innes ni siquiera se molestó en levantar la vista.

—*Me ha parecido que olía a lluvia*.

John se quitó sus prendas de tweed y las colgó en los percheros del pasillo. Luego sacó dos pilotos luminosos del bolsillo.

—*Me dijiste que te hacían falta, ¿verdad? Las he sacado del antiguo reproductor de vídeo.*

Innes se quedó mirando los pilotos un momento. Luego se ablandó un poco.

—*Bueno, gracias*.

Así era querer a John Macleod. Lo hacías contra toda lógica, contra tu buen juicio, y justo en el instante en que él conseguía apagar las brasas, tenía la habilidad de soplar sobre ellas con suavidad y volver a avivarlas.

—*¿Puedo usar el baño?*

—*Claro* —dijo Innes—. *Ya sabes dónde está.*

Solo había un baño, e Innes escuchó a John subir las escaleras. Los crujidos de la madera delataban cada paso que daba. Innes sabía que entraría en todas las habitaciones, encendería la luz y echaría un vistazo. No sería capaz de relajarse hasta revisar todos los rincones y armarios, hasta asegurarse de que todas las estancias estaban vacías, de que realmente estaban solos.

Hubo un tiempo, años atrás, en que habría tirado de la cadena sin haber usado el váter solo para mantener las apariencias. Pero llevaban décadas haciendo aquello y ya no se tomaba esa molestia.

Al cabo de unos momentos, John regresó a la cocina justo cuando Innes estaba colocando los platos sobre la mesa. Había unos tallos de *crocosmia* en un jarrón. Innes había cortado las flores anaranjadas aquella misma tarde, pero ya se habían marchitado bajo el resplandor del fuego. John observó cómo Innes recogía algunos pétalos caídos y los arrojaba a las llamas.

—*¿Quieres té con la comida?*

—*¿Tienes alguna lata de cerveza?*

Innes trajo unas cervezas tibias que bebieron directamente de la lata. Se sentaron uno frente al otro y bajaron la cabeza mientras John bendecía la mesa. La cena consistía en pasta italiana cubierta con abundante ragú. John no parecía comer con mucho entusiasmo. Aunque la comida estaba exquisita, no era muy de su gusto, la salsa

tenía un sabor extrañamente herbáceo, demasiado intenso. Innes había partido los espaguetis en trozos pequeños, pero a John le seguían pareciendo un engorro. Cada uno se concentraba en su plato, comían como si fuese una obligación, hasta que Innes deslizó el suyo hacia el lado de la mesa donde estaba John.

Luego se levantó, rodeó la mesa y se sentó a su lado. Volvió a pinchar los espaguetis con el tenedor y apoyó la mano libre sobre la pierna de John. Le rodeó con firmeza la cara interna del muslo y tiró de John hacia sí.

—*¿Mejor?* —preguntó.

—*Mejor* —respondió John.

Se quedaron así mientras terminaban de cenar. De vez en cuando hablaban de cosas corrientes: del estofado de cordero tan bueno que servía Flash, de la caída del precio de la lana, de la venta de las iglesias más apartadas de la isla y de las casas de misión, pero todas las conversaciones tenía el sabor de algo ya masticado y John empezó a suspirar en vez de responder. Pronto ninguno de los dos tuvo ánimo para seguir hablando y acabaron sumiéndose en el silencio.

Cuando terminaron, Innes retiró los platos y regresó con un bizcocho de aspecto esponjoso. Estaba cubierto de coco azucarado, pero se le había ido la mano con el colorante y tenía el color de la orina de oveja sobre la nieve recién caída. John lo miró con el ceño fruncido y pensó en lo deshidratada que debía de estar la pobre oveja: intoxicación por cobre, seguramente.

Innes reunió un montón de tarjetas QSL y se las entregó a John.

La primera era azul cielo, de diseño sencillo, con un indicativo alfanumérico y una dirección y un número de licencia de Düsseldorf.

Mientras John las iba pasando, vio respuestas de Leighton Buzzard, Barrow-in-Furness, Mont Saint-Michel, recuerdos de lugares remotos que su vecino había reunido tras noches enteras sintonizando con paciencia la radio, a la espera de alguna respuesta que surgiese de la nada.

—*Que Dios bendiga esa antena nueva*. —Innes dio unos golpecitos a la tarjeta—. *Imagínate. Berlín.*

—*Qué bien…*

Innes se echó a reír porque la mentira no era precisamente uno de los talentos de John. Barajó las tarjetas y levantó una como si estuviera haciendo una prueba de visión.

—*Venecia. Bueno, Verona. Pero eso está cerca de Venecia, ¿no?*

—*¿La tierra de los futbolistas zurdos?* —preguntó John.

—*Te llevaré algún día.*

John tamborileó los dedos sobre la mesa. Innes apartó las tarjetas a un lado. Se levantó y se acercó. Le puso las manos a ambos lados de la cara, como si quisiera sostenerlo con firmeza, y luego lo besó suavemente en los labios.

—*Sé que quieres irte, pero quédate un poco más, por favor.*

—*No soy buena compañía cuando el tiempo está así* —dijo John.

—*No le eches la culpa al tiempo*.

Innes cogió una bolsa de papel marrón del aparador y sacó *The Girl from Greece Sings,* de Nana Mouskouri.

—*Lo tenía escondido en mi cuarto como si fuera una revista porno. Le dije a Beady que era un sermón de Caithness*. —Dio unos golpecitos a la portada—. *¿Te acuerdas de esta?* —La aguja cayó en el inicio de «Don’t Go to Strangers». La voz nítida de la

mezzosoprano inundó la sala—. *Te veo más callado de lo normal*. *¿Qué te pasa?*

—*Lo de siempre. Dinero. Suegras. Hijos*.

—*Todo eso puede esperar. Vamos.* —Innes le cogió la mano y tiró de ella hasta ponerlo en pie—. *Nadie nos mira. Las puertas están cerradas con llave.*

A John le martilleaba la cabeza. Pasó junto a Innes como si fueran desconocidos, pero este lo agarró de la muñeca y lo obligó a darse la vuelta.

—*No me encuentro muy bien.*

—*Eeeh… ¿No me digas que te duele la cabeza? Igual nos parecemos más a un matrimonio de lo que pensaba.*

Innes no le soltó la mano y se puso a balancearla como si John fuese un niño caprichoso. Al final, John permitió que se saliese con la suya, aunque solo fuera para que dejase de tratarlo como a un niño enrabietado.

Empezaron a bailar lento del modo en que habían aprendido en el colegio, donde nunca había suficientes chicas para todos. Ninguno de los dos tenía mucha práctica, pero mantenían los cuerpos pegados y se movían más o menos al compás.

John levantó la mirada hacia la lámpara del techo, era la primera bombilla que comprobaba siempre. Examinaba todas y cada una de las lámparas, y la dirección de la luz que proyectaban; después, las cortinas, la puerta, la cerradura, los rincones oscuros de la habitación, siempre en ese orden.

Aquella noche solo le dio tiempo a comprobar las cortinas antes de que Innes le sujetase la cara y lo interrumpiese con un beso.

—*No te preocupes* —dijo—. *Las he cerrado bien. Las he sujetado con alfileres y he puesto una silla delante para que no se despeguen, tal y como te gusta.*

—*Gracias* —murmuró John. Y luego añadió—: *¿Te acordarás de recoger mañana a Lorna Duff? Está otra vez mal de la pierna*.

—*Claro, John.*

Bailaron el vals hasta que la aguja llegó al final del disco y los altavoces empezaron a crepitar. Se separaron. Innes apagó el tocadiscos y devolvió el vinilo a su funda de papel marrón.

—*Oye* —dijo—, *¿quieres probar el bizcocho?*

Innes había usado la crema de limón que le gustaba a John. Le cortó una buena porción. John se la comió sentado en el sillón de su padre mientras Innes se apoyaba en el aparador y lo observaba masticar.

Hubo una época, cuando rondaban los treinta, en que a John le costaba horrores seguir fingiendo. Iba a ver a Innes con los ojos enrojecidos de tanto frotárselos; la culpa y el agotamiento no lo dejaban vivir. Cada vez le resultaba más difícil disimular el rechazo que le producía el cuerpo de Grace. Siempre concebía sus encuentros conyugales como una sucesión de actos encaminados a obtener un resultado útil: una esposa tranquila, una suegra silenciosa, un nombre intacto, un hijo.

En aquellos tiempos, John se escapaba con más frecuencia y para Innes era como darse un festín. Cuando paseaban a los perros, daban rodeos largos e innecesarios hasta encontrar una hondonada en la ladera, algún lugar seco, a salvo de las miradas de los vecinos. El paisaje estaba tan expuesto que encontrar un rincón así no era fácil, pero con los años habían trazado un mapa de todos los sitios

donde podían estar juntos, y eran capaces de reconocerlos por las flores que crecían cerca o por la forma de las rocas de alrededor.

En los meses de verano, solían tumbarse junto a unas nartecias que crecían en una grieta de la turbera, un refugio donde la tierra parecía haberles preparado un lecho mullido. Al terminar, John arrancaba puñados de hierba para limpiar los restos traslúcidos que derramaba sobre la espalda de Innes. El polen de las nartecias dejaba manchas azafranadas sobre su piel, intensas como el yodo de un cirujano. Pero John dejó de limpiarlo. Un día, mientras frotaba la escasa grasa que rodeaba la cintura de Innes, frunció el ceño. Le dijo que no le gustaba, que esa delgadez le parecía femenina. John olvidó el comentario nada más decirlo, pero Innes lo recordaría siempre.

Lo observó comerse el bizcocho.

Fue en uno de aquellos escondites donde Grace los pilló. Se había ido la luz en la casa y, cuando fue a la caja de fusibles, encontró un humo marrón y acre que la asustó. Se puso el abrigo Crombie de John encima del camisón con ositos y salió en su busca, pero no lo veía por ninguna parte. Estaba a punto de tirar la toalla cuando divisó a la collie de su marido. Frustrada, le preguntó a la vieja perra dónde estaba su amo. Dot la miró fijamente, como si intentase decirle algo. Luego se dio media vuelta y la miró de nuevo, como si quisiera que la siguiera, y así fue como Grace —demasiado asustada para volver sola a casa y enfrentarse al humo—, decidió seguir a la vieja perra por las colinas y lagos. Anduvieron casi media hora y, justo cuando las botas de agua empezaban a hacerle daño, justo cuando había perdido la fe en el animal y empezaba a dudar de su propia cordura, llegaron a un recoveco oculto del terreno. Dot soltó

un ladrido, excitada de haber conducido a Grace hasta su marido y su amante.

Vio a John en brazos de Innes. Yacían sobre un manto de campanillas con vistas al mar en calma. Solo estaban leyendo un libro, *Cumbres borrascosas*, pero la cabeza de John descansaba sobre el pecho de Innes y este acariciaba los suaves mechones que se ensortijaban detrás de la oreja de su marido.

En los meses que siguieron al descubrimiento, John suplicó a su esposa que guardase el secreto, y ella aceptó con la condición de que buscase ayuda en Dios y se mantuviera alejado de su amigo.

Fue durante aquella separación cuando Innes empezó a cartearse con Sascha, el polaco. Sascha. Un nombre ridículo e inventado que parecía de mujer, un nombre que John mascullaba una y otra vez mientras recorría las colinas de mal humor. Innes encontraba consuelo en aquellas cartas y terminó invitando al joven a Escocia. Le envió dinero para el billete de avión, para el ferri, para un impermeable, para su madre enferma. Después pasó cinco días seguidos esperando, pendiente cada vez que llegaba un ferri, hasta que al quinto día, John bajó al pueblo para hacerle entrar en razón, e Innes rompió a llorar allí mismo, unos sollozos hondos y desconsolados, a la vista de los turistas boquiabiertos y los isleños que regresaban.

A John no le quedó más remedio que decirle a Grace que no podía mantenerse alejado de Innes.

Y suponía que a Grace tampoco le quedó más remedio que marcharse.

John arrastró el tenedor entre las migas.

—¿Te gusta?

—Está muy rico. Gracias.

Innes dijo que quedaba más bizcocho, pero John se dio unas palmaditas en la tripa y soltó un gruñido. Innes pensó en envolver el resto para que se lo llevara a casa, pero sabía que John no se arriesgaría a despertar la curiosidad de Ella. Cogió el bizcocho y lo tiró a la basura para que Sorley tampoco pudiese disfrutarlo. Cuando volvió al salón, cogió el periódico y buscó la programación de la tele.

—Podríamos ver una peli. Echan una antigua, de Sophia Loren. Dos mujeres*. Esa te gustaba.*

—Estoy demasiado… No puedo concentrarme —dijo John dándose unos golpecitos en la sien.

Innes buscó otra cosa, algo más ligero, pero no había nada que mereciese la pena. Dejó el periódico encima de la mesa.

John dio unas palmadas en el sofá para indicarle que se sentase junto a él.

—Ven aquí. Quédate un rato conmigo.

Innes cruzó la habitación y se sentó a su lado. Permanecieron en silencio, hombro con hombro, y de vez en cuando John ladeaba la cabeza para escuchar los sonidos de la vieja casa: el murmullo metálico de las tuberías del agua caliente cuando se enfriaban, el roce de la cortina del pasillo cada vez que entraba una corriente de aire.

Innes tomó una de las manos de John entre las suyas. La acarició con suavidad.

—Debería volver a casa —dijo John al cabo de un rato—. *Gracias por la cena*.

—Eeeh… Bueno —dijo Innes—. *Mira la hora que es*.

Innes se masajeó la parte baja de la espalda mientras se levantaba para recoger el abrigo de John.

Luego se dirigieron al pequeño pasillo e Innes ayudó a John a ponerse el abrigo. John encontró el sombrero en el suelo, al pie del perchero, y lo recogió. Permanecieron callados un momento mientras le quitaba las pelusas al sombrero bajo la atenta mirada de Innes.

—Pero antes de que te vayas, si tienes un momento, me vendría bien tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Sí.

John observó cómo Innes iba a encender el televisor y luego la radio que había sobre el aparador. Encendió la luz fluorescente de la cocina y la lámpara principal del salón. Fue prendiendo todas las lámparas de lectura que tenían hasta que no quedó una sola sombra. El contador eléctrico debía de estar echando humo.

Innes miró los platos que habían dejado en la mesa y dio un suspiro, decidió que ya lo recogería todo por la mañana. Se rascó la nuca mientras bostezaba y se quitó los zapatos de una patada.

Subió las escaleras sin decir nada más.

—¿Para qué necesitas mi ayuda? —gritó John.

—Eeeh… No te llevará ni un minuto. Es una tontería, pero hacen falta dos personas. —Lo había seguido escaleras arriba en multitud de ocasiones. Llevaba años siendo un vecino bueno y servicial, décadas fingiendo que examinaban la misma grieta, la misma mancha de humedad en el tejado, todo por si alguien los veía y preguntaba qué demonios hacía John Macleod arriba, en casa de los

MacInnes, a horas tan intempestivas—. *Bueno* —dijo Innes desde el rellano de arriba—, *¿vas a ayudarme?*

John giró el sombrero entre las manos. Cerró los ojos.

Le pidió a Dios que mirase hacia otro lado, que apartara la vista solo una noche más.

Y entonces, justo cuando Innes empezaba a creer que esta vez no iba a funcionar, justo cuando las dudas empezaron a apoderarse de él, oyó el susurro leve de un cuerpo quitándose el abrigo, el paso lento y seguro de un hombre cansado subiendo las escaleras.

Innes se quedó esperando en la oscuridad.

Cuando John llegó arriba, fue a su encuentro.

Lo estrechó entre sus brazos y, durante un buen rato, no hicieron otra cosa que abrazarse, seguros en la oscuridad de la vieja casa, calentados por el resplandor del termo, que seguía repiqueteando dentro del armario de las sábanas y las toallas.

CEITHIR-DEUG / CATORCE

Las noches se estaban alargando. Cal pasaba las tardes —que cada vez eran más oscuras— tejiendo diseños antiguos que luego servirían como muestras en los catálogos textiles. Su padre podría haber terminado el trabajo él solo y en la mitad de tiempo, pero cada semana le dejaba algunos metros de tejido para que su hijo se entretuviese.

El salario que Cal recibía era una suerte de paga semanal. Su padre le daba unas pocas libras para sus gastos personales y apartaba todo lo demás para el banco y la financiera. Por más que pagaban, la deuda apenas disminuía.

Noviembre llegó con la promesa de un invierno duro. El único consuelo era el fuego de turba de la sala alargada. Aquellas tardes oscuras e interminables, se quedaban allí rezando, jugaban al Scrabble o veían algún programa de televisión —fruto de una negociación colectiva— que ninguno de los tres quería ver.

El calefactor de gas Calor seguía a los hombres hasta el cobertizo cada vez que había trabajo en el telar. Cuando ardía, la turba parecía cobrar vida, como si tuviese latido propio; el gas, en cambio, ofrecía un calor miserable y cruel. Cal se echaba hacia atrás cada vez que su padre golpeaba el calefactor y aporreaba con rabia los interruptores de plástico.

—Puto trasto —espetaba—. Nunca funciona bien.

—Si lo apartamos un poco, igual el calor es menos agresivo.

—¿Qué quieres, que me siente en la otra punta?

John debería haber aislado mejor el cobertizo y, en cuanto bajaban las temperaturas, las consecuencias de aquella mala decisión no se hacían esperar. La turba exigía trabajo, pero el gas era insaciable. Dinero puro dentro de una bombona azul y pesada. Le sacaba de quicio ver cómo aquel siseo constante iba consumiendo una libra tras otra. Su solución consistía en sentarse muy cerca y no desperdiciar ni un solo penique de calor. El calor les dejaba la piel seca y cuarteada como la carne crujiente de un cochinillo asado y, cuando llegó el frío de verdad, los hombres no paraban de frotarse en busca de alivio.

Una noche, mientras veían la tele, Cal se rascó los nudillos con una mueca de dolor.

John cerró el libro.

—¿Vas a dejar de despellejarte vivo alguna vez?

—Es que me duelen las manos.

John dejó la novela a un lado. Le pidió a Cal que se sentase a la mesa larga y lo atendió con el mismo cuidado con el que manipulaba sus herramientas de trabajo. Cal se lavó las manos y John se las secó con un paño de cocina limpio. Después las untó con aceite y fue masajeándole los nudillos y las membranas entre el índice y el pulgar. A veces, Cal ponía cara de dolor, y John reducía un poco la presión mientras extendía la loción sobre la piel descamada alrededor de las uñas.

Cal miró por encima del hombro de su padre y observó a su abuela, que estaba viendo un concurso en la tele. La pantalla se

reflejaba en sus gafas. Cada vez que ocurría algo gracioso, soltaba una breve risotada sin perturbar la inexpresividad de su rostro.

—Míralos, han montado su salón de manicura —dijo—. La próxima podríamos jugar al bingo.

Cal se quitó con el dedo un poco de costra de la comisura de la boca. No le había mencionado a su abuela lo del arrendamiento. Pero Ella sabía que él estaba al tanto, seguro que su madre se lo había dicho. Se preguntó si su abuela estaba haciendo todo aquello porque ansiaba un poco de poder, porque quería aprovechar esa oportunidad insólita para hacerse notar. Mientras su abuela se reía de la televisión, Cal se reafirmó en su postura de no hablar del tema, de negarle cualquier satisfacción por el hecho de ejercer al fin alguna autoridad sobre su padre.

—Necesito una taza de té —dijo Cal.

—Pues ya sabes dónde está la tetera —respondió su abuela.

—Y tú sabes dónde está el redil, pero nunca te pedimos que desparasites a las ovejas. —Miró a su padre—. Papá, ¿quieres té? —Cuando John asintió, volvió a mirar a Ella—. Dos tazas.

Ella le lanzó una mirada torva, y Cal resistió el impulso de bajar la vista hasta que su abuela se levantó del sofá y avanzó renqueando en dirección a la cocina.

Cuando Ella se alejó lo suficiente, John le susurró:

—*¿Ha pasado algo entre vosotros?*

—*No* —dijo—. *No creo*.

—*Entonces no le hables así a tu abuela* —dijo John en voz baja.

Ella preparó el té y lo dejó sobre la mesa. Luego se sentó frente al televisor sin servirse una taza para ella. Los hombres dejaron que el té siguiera reposando en la tetera.

Cuando John terminó de aplicarle la loción, Cal le dio las gracias y se ofreció a devolverle el favor. John parecía que iba a decir que no, pero Cal lo había visto mordisquearse la piel inflamada en un intento por mitigar el picor.

Al final John le hizo caso. Se lavó las manos y, cuando volvió a la mesa, las colocó sobre el paño. Cal se las secó con cuidado y, aunque procuró no rozar la piel inflamada, el paño acabó manchado de sangre.

Intentó ser todo lo delicado que pudo. Las manos de su padre tenían nudillos como raíces de apio. La piel estaba abotargada, como afectada de gota, abierta en varios puntos y deteriorada por la lanolina y el baño antiparasitario para las ovejas. Entre los pliegues se habían incrustado pelos microscópicos y fibras diminutas de lana de distintos colores que ponían una nota extrañamente alegre sobre la piel pálida.

Cal arrancó con las pinzas algunos trozos de lana incrustados.

—Tenemos que apuntarnos, papá. Estamos sin blanca.

—¿Qué? ¿Al paro?

Cal miró a su abuela; de repente no quería que ella formase parte de la familia, sentía que no merecía compartir este momento con él y con su padre. Volvió al gaélico.

—*Sí. Apuntarnos al paro. Doll lo cobra. Y seguro que Donnie también.*

Ella se movió. Le lanzó una mirada rápida y enseguida volvió a apartarla.

—*Sería faltar a la verdad. Tenemos trabajo* —objetó su padre.

—*Sí, pero no suficiente.* —Cal sacó un trozo de lana negra de un pliegue de la mano de John que había confundido con vello de los

nudillos. La fibra medía casi dos centímetros. La dejó sobre la toalla —. *En realidad, no estaríamos infringiendo la ley.*

—¿La de los hombres o la de Dios?

—No nos vendría mal tener un colchoncito.

—¿Esperas malas noticias?

—Por supuesto —dijo—. *Somos protestantes.*

Ya había extraído todos los restos de lana, así que echó un poco de desinfectante en un trapo y empezó a limpiar las heridas. John se echó hacia atrás y se agarró al borde de la mesa con la mano libre. La mesa se desplazó varios centímetros. Golpeó el vientre de Cal y lo dejó sin aire.

Pensó en el asunto del arrendamiento mientras le curaba las manos. Se preguntó si sería un mal hijo por guardarse la noticia. Se preguntó si su padre sabría que él estaba al tanto, si ahora lo tendría en peor consideración por no haberlo mencionado.

Luego se preguntó si el arrendamiento no sería en realidad el motivo por el que su padre lo había hecho volver a casa. De ser así, Cal se negaba a admitir que tenía un padre capaz de usar a su propio hijo como peón, de pedirle que abandonase sus sueños, como si estos no tuviesen valor alguno. Cal solo veía dos posibles desenlaces en el caso de sacar abiertamente el tema. El primero, que su padre no supiera nada del plan de Ella y, al contárselo, le hiciese daño. El segundo, que su padre sí lo supiera y se sintiese avergonzado de que Cal lo sacase a relucir, porque ¿cómo iba a ser entonces el hombre de la casa si ni siquiera tenía una casa donde caerse muerto? En ambas situaciones, le exigiría lealtad y le pediría que se pusiera de su lado para plantar cara a su madre y a su abuela.

Al final no dijo nada. El silencio les venía bien.

Cal limpió los cortes de la otra mano. John volvió a echarse hacia atrás y la mesa se movió de nuevo.

Quizá perder el *croft* sería una forma de misericordia.

—Si pudieras vivir en cualquier lugar del mundo, ¿dónde vivirías?

—No hagas preguntas tontas.

—Solo intento distraerte y que no pienses en el escozor. —Los dedos de su padre estaban tan hinchados que la carne había engullido las uñas. Tenía una grieta bastante larga en la uña del pulgar y Cal cogió una aguja de coser y limpió la suciedad que se había acumulado dentro. Le dio la vuelta a las manos, con las palmas hacia arriba, le desabrochó el puño de la camisa y se lo remangó hasta el codo. Le estaba saliendo un sarpullido en la cara interna de la muñeca—. *Si pudieras dedicarte a cualquier cosa, aparte de cuidar a las ovejas, ¿qué harías?*

—Montaría un tribunal para procesar a la gente que pierde el tiempo con preguntas estúpidas.

Cal le extendió un poco de pomada. La piel entre los dedos estaba agrietada, en carne viva.

—¿Has ido alguna vez al médico?

—¿Para qué?

—Creo que eres alérgico a la lana.

—Y si lo soy —dijo—*, ¿qué quieres que haga?* —Cal se apartó un poco y lo miró con cara de incredulidad. John dio unos golpecitos sobre la mesa con el dorso de las manos—. *¿Hemos terminado ya?*

Cal miró a su abuela. Ella estaba pendiente de la tele, pero por su inmovilidad era obvio que estaba intentando descifrar la conversación entre él y su padre. Cal suspiró, se levantó y fue a la

cocina. Rebuscó debajo del fregadero y volvió con un paquete de guantes de goma.

—Las chicas de la universidad se ponían esto. Sé que no te va a gustar. Pero póntelos. Por favor.

Sacó una cantidad generosa de vaselina del tarro. Untó un poco en la mano de su padre, luego sacó un poco más y la metió dentro del guante.

—Toma. Ponte esto. Ahora mismo.

Cal se lo puso a la fuerza. Los dedos de John estaban hinchados y le quedaba muy ceñido. El guante amarillo, que a Ella le llegaba casi hasta el codo, en su padre parecía corto, apenas le cubría la muñeca. Cal no pudo evitar estremecerse un poco al ver aquellas manos fuertes y masculinas embutidas en goma.

La colina bloqueaba el paso de las nubes, que iban asediando poco a poco la isla. Atrapadas por su propio peso, descendían cada vez más hasta que el cielo se desgarraba y la lluvia volvía a hacer acto de presencia. Cal se encontraba otra vez encerrado en casa. La luz pasaba de largo, esquiva, sin demorarse nunca. Los días llegaban sigilosos, a hurtadillas, y se iban del mismo modo.

Hacía tan mal tiempo que Flash no necesitaba que fuese a la posada. En cuanto amainaba un poco la lluvia, su padre retomaba el trabajo en el exterior: repartía pienso mineral a las ovejas, reparaba cercas podridas, atendía los bancales en barbecho. En lo peor del temporal, hacían bajar a las ovejas de los pastos y las metían en el granero de Innes. La estructura de chapa vibraba debido al

vendaval, pero resguardaba a las ovejas del frío, lo que ayudaba a que no perdiesen peso y a reducir el coste del alimento.

La Navidad fue tranquila. Como el dinero de la beca se quedaba corto, Isla se había visto obligada a aceptar un trabajo a tiempo parcial reponiendo estanterías en un supermercado muy concurrido. Se quejaba de que trabajar la retrasaba en los estudios. Decía que necesitaba usar la biblioteca, así que pidió permiso a sus padres para quedarse en el continente durante las vacaciones. Doll seguía sin hablarle y Cal echaba de menos a Isla con una intensidad que no había experimentado hasta entonces.

Ella tejió calcetines gruesos para los hombres de la casa. Cal recibió el regalo con una decepción silenciosa, habría preferido que le diese dinero. En la calma previa a Año Nuevo, las noches sombrías se llenaban de pasteles de carne caseros y comedias inglesas. Unos días antes del Hogmanay, el aburrimiento empezó a ser tan insoportable que una mañana —tras reunir el valor necesario para enfrentarse a la desaprobación de John— se fue y pasó el día en casa de su madre.

Grace pareció sorprenderse cuando lo vio. No habían hablado desde la discusión por el arrendamiento y el día transcurrió envuelto en una tirantez extraña. Hicieron lo posible por no mencionar a su padre ni el *croft,* y mientras observaba a los niños jugar con sus bicicletas nuevas, Cal sintió que era un intruso en aquella felicidad. Intentó forzar su propia alegría, pero los críos percibieron el tono artificial de su risa y lo miraron con cierto recelo.

Al comenzar el nuevo año, las primeras tormentas invernales azotaron las islas. Todos los ferris fueron cancelados y las estanterías de Beady quedaron vacías. Los puestos ambulantes pasaban con

menos frecuencia y Ella tenía que rebuscar en los armarios, cortar el moho del pan y usar avena para que los platos cundiesen más. Comían gachas por la mañana con mucha sal y leche de oveja. Por la noche descongelaba los restos del cordero y se lo comían con patatas viejas que habían empezado a germinar y una porción de gachas frías.

Tuvieron un breve respiro a finales de enero, unos cuantos días seguidos en los que el sol conseguía atravesar las nubes y empezaban a asomar los primeros brotes de algodón de turbera. Ella y Cal salían al aire libre y se dejaban guiar por el sol mientras cruzaba las colinas. Era como una especie de juego, caminaban hacia donde les llevaban los rayos, intentando mantenerse dentro de su tenue resplandor, con el rostro alzado hacia el cielo, como en un estado de dicha.

—Tengo la impresión de que llevas meses evitándome —dijo su abuela.

—¿Y por qué has tardado tanto en decírmelo?

—¿He hecho algo que te haya molestado?

—No sé, tú sabrás.

Cuando su madre le contó lo del arrendamiento, Cal se enfadó muchísimo con su abuela. Desde entonces, Ella siempre andaba cerca de él, y cada vez que se quedaban en silencio, le preguntaba si estaba bien, si había algo de lo que quisiera hablar. Él respondía con toda la despreocupación de la que era capaz que sí, que estaba bien, y que hablar no tenía ningún sentido porque ya no quedaba nada que decir.

Había decidido no comentarle nada a su abuela sobre la cesión. Su silencio era egoísta y lo sabía, y se avergonzaba de ello.

Podría exigirle que traspasara el *croft* a su padre, pero de hacerlo, temía que ella le pidiese a cambio que él se quedase en Falabay para heredarlo. Llevaba ya cinco meses en casa y, con cada mes que pasaba, su regreso al continente parecía menos probable. Era incapaz de asumir la responsabilidad del futuro de su padre cuando el suyo propio le resultaba tan incierto.

Vieron a Bess cojear a través de los campos de turba. La perra parecía embriagada por los olores de la tierra en deshielo, iba arrastrando el hocico por el suelo y resoplaba con fuerza. Su padre le había encontrado un bulto supurante entre las pezuñas —cuando lo apretó, despedía un hedor a muerte—, y se preguntó en voz alta si aguantaría otra temporada. Mientras Cal veía a la pobre bestia cojear sobre la turba, volvió a pensar en los pies de su abuela.

—Nunca me acostumbraré a los inviernos. —Ella le quitó el cigarrillo de los dedos. Dio una calada y se lo devolvió—. La otra noche soñé con un centro comercial. Un recinto de esos enormes con tiendas, cafeterías, peluquerías…

—¡Sé lo que es un centro comercial! Pues vete. Vuelve a Glasgow. ¿No tenías algo de dinero ahorrado?

—Sí, pero es que ya no se parece a la ciudad que yo recuerdo.

—Eso es lo bueno de las ciudades, ¿no? Que cambian.

—Ya, pero es que la destrozaron con la autopista esa enorme y apestosa que parte el centro en dos. Echaron abajo los edificios antiguos y metieron a tu tía Annabel en un piso enano, en un rascacielos. Ay, al principio les encantaba. Pero eran como palomas en una jaula. Y eso fue antes de que todo se fuera a la mierda, así que imagínate ahora.

Cal dio otra calada y le pasó el cigarro a su abuela. La reticencia de Ella a visitar su ciudad natal no tenía sentido para él, cuyo anhelo por volver el continente le empañaba cada pensamiento.

Caminaron un poco más. El sol abandonó la carretera y se deslizó hacia las rocas, donde Ella ya no podía seguirlo. Observó cómo su abuela miraba a unos conejos que correteaban por la ladera. Cada vez que Bess metía la cabeza en una madriguera, los conejos escapaban por la puerta de atrás sin que la vieja perra los viese. La escena no tenía nada de extraordinario, pero ella prorrumpió en carcajadas. Cal no terminaba de entender por qué su abuela había dicho que se aburría tanto.

—Estás hecha una vieja solitaria, ¿eh? —dijo Cal y le ofreció el brazo.

Ella lo tomó y se acurrucó a su lado, más complacida de que hubiese pensado en ella que molesta por el comentario.

—Tengo amigos —dijo—. Te tengo a ti, ¿no?

Acompañó a su abuela de vuelta a la casa. Los rayos de sol aún rastrillaban la tierra, así que cogió el saco de dormir y el walkman sin tapa y empezó a caminar colina arriba.

Mientras subía, rebobinó la cinta de Inspiral Carpets que Doll le había grabado años atrás. Se la había dado como ofrenda de paz después de una pelea por las letras de Depeche Mode. Doll decía que eran muy malas y comparó a Depeche Mode con Erasure. Cuando Cal le dijo que también le gustaba Erasure, Doll se echó a reír. Discutía con mucha vehemencia. Copiaba las estrofas más torpes, plagadas además de faltas de ortografía, y luego las

subrayaba con indignación. Se encendía con cualquier debate a la primera de cambio, y escucharlo era como hablar con un borracho a las cuatro de la mañana. Caía en largos monólogos proselitistas que pronunciaba tan cerca del oído que acababa poniéndolo perdido de saliva. A Cal, en el fondo, Depeche Mode le daba bastante igual, pero no estaba dispuesto a perder una discusión frente a alguien que no sabía escribir «innecesario».

Se quedó en la cima mientras unos gansos graznaban al ritmo de «This Is How It Feels». Cerró los ojos e intentó imaginarse en mitad del Barrowland Ballroom, rodeado de gente por todos lados, la mano de un amante buscando la suya, eufórico por el éxtasis, invadido por una claustrofobia feliz.

Volvió a la carretera y caminó hasta llegar a la furgoneta abandonada. Estaba unos quince metros más abajo, oxidándose en la orilla. En la bahía había tres islotes rocosos y, con la marea baja, emergían del mar como bestias prehistóricas, cubiertos de algas, peludos como mamuts dormidos. Cuando Cal era más joven, había visto a los hijos de los Macdonald jugar allí. Nadaban hasta los islotes, perseguían a las focas y luego reclamaban los mamuts como suyos mientras bailaban en círculos en su holgada ropa interior.

Subió a la furgoneta. El suelo estaba salpicado de mierda de oveja y cristales rotos. Lo apartó todo con la punta de la bota y extendió el saco de dormir. Abrió una lager tibia y se tumbó boca arriba escuchando cómo las primeras gotas de lluvia golpeaban el techo.

Se puso a hojear un ejemplar antiguo de la revista *i-D*, fijándose en la ropa y las fotografías de estilo callejero de chicos negros que merodeaban por el sur de Londres. Hubo un tiempo en que le obsesionaban las marcas y memorizaba todo lo que llevaban y

dónde lo habían comprado. Hubo un tiempo en que todo aquello era muy importante para él. Ahora le parecía la vida de otra persona.

Se quedó tumbado durante una hora o más hasta que la oscuridad no le permitió seguir leyendo.

Entonces oyó como el crujido de un plástico y el chirrido de unas botas de goma sobre rocas mojadas. Se giró y vio que una figura estaba observándolo, la lluvia goteaba de la punta de su nariz penitente. Innes volvió a mirar hacia la orilla. Soltó una risita mientras encogía los hombros con resignación.

—Bien jugado. El que la encuentra se la queda.

Innes se retiró con un fardo de lona bajo el brazo. Era un hombre curtido por la isla que jamás se dejaba vencer por el viento. Cal lo observó avanzar a paso lento y se sintió vacío, insignificante en comparación con él. La lluvia se acercaba en cortinas.

—¡Innes! —gritó—. ¡Al menos espera a que pase la tormenta! Tengo cerveza de sobra.

—Bah, sé lo que es cuando uno quiere estar solo.

—No seas tonto. He tenido soledad de sobra.

Innes regresó a la furgoneta. Apenas había cruzado el umbral cuando colgó la lona en la puerta. Había unas pinzas grandes que debía de haber colocado tiempo atrás. Cal no las había visto.

—Nunca debí dejar que Flash se llevara las puertas traseras —dijo Innes—. Pero esto por lo menos te quita algo de viento.

Cal observó cómo su vecino tensaba la lona; cuando terminó, quedaron aislados de la lluvia y el viento, solos al anochecer en una furgoneta.

El suelo estaba helado. Cal le hizo un gesto para que se acercase a su saco de dormir. Ambos se pusieron de rodillas, cada uno en un

extremo, con las manos sobre el regazo como si de una alfombra de oración se tratase. Luego le ofreció una lata de Tennent's, pero Innes la rechazó con un gesto con la mano, avanzó a gatas hasta el lado del pasajero y abrió la guantera rota. Dentro había dos latas de McEwan's Export y una botella de whisky Bell's medio llena.

—Bienvenido a mi choza —dijo—. El verano que viene cumplo cuarenta y siete años y todavía me da miedo que me pille el reverendo con un cuarto de botella en el bolsillo. —Le ofreció a Cal el primer trago—. Necesitaba salir de casa y pensé: ¿adónde puedo ir? Y, bueno…

Bebieron en silencio, concentrados, como si beber fuese una obligación que tuviesen que cumplir. Cal esperó a que dijese algo más, pero Innes miraba al cielo y no parecía estar pensando en nada.

Estaba reteniendo un buche de cerveza en la boca cuando se acordó de todas las veces que Doll lo había llevado a la furgoneta. Cal debía esperar pacientemente mientras Doll se bebía una lata tras otra, necesitaba llegar a cierto punto de embriaguez antes de que pudieran empezar a tocarse.

Todo empezó cuando Doll tenía quince años y él diecisiete. Su abuela había tirado un viejo catálogo de moda a la pila para quemar, y Cal arrancó las páginas de mujeres en ropa interior y las llevó a la furgoneta. Eran mujeres insulsas de mediana edad con sujetadores de señora, giradas en tres cuartos hacia la cámara y con los dedos elegantemente apoyados sobre las clavículas, como si estuvieran encantadas de que las hubiesen sorprendido con sus bragas de batalla. Le enseñó las páginas a Doll y se masturbaron mientras las

veían. Cal fingió compartir el interés de Doll por las mujeres cuando en realidad solo le interesaba Doll.

A partir de ahí la cosa fue subiendo poco a poco de intensidad, sugerencias que Cal hacía con ese tonillo de «¿no crees que sería divertido?», el mismo tono que usaban cuando eran niños y construían cabañas o prendían fuego a las pacas de heno.

¿Y si te tocas mientras yo miro por la ventana y finjo que soy el marido de ella? ¿Y si finjo ser ella y te la toco un momentito?

Las páginas acabaron resultándoles tan familiares que hasta les pusieron nombre a las mujeres —Stephanie, Rebecca, Joanna—, pues en su inmadurez suponían que así era como se llamaban las fulanas del continente, nunca Donalda, ni Mairead, ni Annag. Cal inventaba historias para cada una de ellas. Stephanie era una mujer casada que había ido a Harris de vacaciones. Por las noches dejaba solo a su anciano marido para recorrer las carreteras rurales en su coche de lujo e iba recogiendo a todos los jóvenes oriundos que se encontraba. A Rebecca la habían destinado a las islas para enseñar francés a los chicos locales. La habían echado de todos y cada uno de los pueblos en los que había estado. Joanna era la más sencilla de todas. Tenía un marido cruel al que no le gustaba que se maquillase. A pesar de llevar un camisón nada sexy, saltaba a la vista que era una zorra y que le encantaba que le rellenasen bien todos sus agujeros.

Gracias a las historias, las mujeres cobraban vida en la imaginación de Doll, pero con el tiempo, Cal se volvió perezoso, el factor novedad se fue diluyendo como en cualquier relación, y todas perdieron sus nombres y sus personalidades y pasaron a llamarse

Julianne. Julianne, una mujer que se aburría en casa y estaba loca por que un pastor de ovejas se la follara.

En algún momento, Doll encontró un folleto en el dormitorio de sus padres. Era una versión cristiana de *El goce de amar*, publicada en aquellos años en que tantas mujeres empezaban a abandonar a sus maridos. Estaba lleno de dibujos sencillos, como las ilustraciones de las tarjetas de emergencia del ferri. No aparecían genitales, apenas había separación entre los cuerpos y, en algunos dibujos, daba la impresión de que tanto el hombre como la mujer estaban completamente vestidos. Ella sentada encima de él. Él tumbado al lado de ella. Ella tumbada debajo de él. Y en un dibujo —el favorito de Doll— él la abría como si fuese unas tijeras gigantes. Ella tenía una pierna encima del hombro de él, y él se arrimaba todo lo que podía a ella, como si quisiera alcanzar la parte donde la hoja cortaba más.

Cal utilizó el folleto para convencer a Doll de que se lo follara. La primera vez se tumbaron juntos con torpeza mientras hojeaban las instrucciones de vez en cuando, como si estuviesen montando un mueble.

Con el tiempo, empezaron a seguir una rutina aparentemente desprovista de interés para ambos; asumían papeles, como hombres trabajadores que se preparaban para completar una tarea. Doll siempre cedía con un suspiro de agotamiento y un fugaz parpadeo de sus ojos azules. Parecía sentirse algo mejor si fingía que le estaba haciendo un favor a Cal. Si fingía que solo estaban allí por Cal y su mente sucia, que él solo era un hombre generoso y un buen amigo, a pesar de que, al final, siempre era Cal el que se quedaba sin desahogarse del todo.

Cal no era más que un conjunto de piezas de repuesto. Un remedio provisional hasta que Doll pudiera conseguir lo que realmente buscaba. Y por eso era imposible que surgieran besos o caricias o palabras tiernas. Era imposible que pareciese que disfrutaban de sus cuerpos.

—Yo los presenté, ¿sabes?

Cal estaba a un millón de kilómetros de allí. Frunció el ceño.

—Perdón, ¿qué?

—A tu madre y a tu padre. Yo los presenté. Eeeh… Tu madre se crio en el número uno y yo en el catorce. Durante un tiempo la gente se pensaba que acabaríamos siendo novios. Pero entonces, un año apareció tu padre en las comuniones, parecía Gregory Peck en un coche de carreras tuneado, y como suele decirse, no hizo falta nada más.

—Entonces ¿podrías haber sido mi padre? ¿Habrías sido un buen padre?

Innes se sonrojó un poco. Sacudió la cabeza, como si no quisiera dar pie a especulaciones.

La lluvia se colaba por las grietas de las ventanas y descendía en regueros por la pared. Los hombres observaron cómo los regueros se convertían en arroyos, y los arroyos en ríos antes de acabar escurriéndose por un agujero del suelo.

—¿Cómo está tu hermano?

Innes soltó una risita.

—Estábamos viendo un programa sobre Marte y él no paraba de hablar, no había manera de escuchar a la presentadora. Quiero decir, la mujer era una científica de la NASA, pero ni por esas.

—Me encantaba ver cómo lo ignorabas.

—Bueno, al menos alguien se divertía. Mi hermano es como una frecuencia que ya no puedo sintonizar.

—¿Por eso construiste esa antena destartalada?

—¿Tan fea es? Bueno, supongo que sí.

Innes parecía horrorizado y Cal se dio cuenta de que ahora se preocuparía por lo que pensaran los vecinos cada vez que pasara junto a la antena.

—Sois un caso digno de estudio.

—Eeeh… ¿Crees que somos un espectáculo circense?

—No, no —dijo Cal rápidamente, temeroso de haberlo ofendido.

Innes sonrió para hacerle saber que no pasaba nada.

—Supongo que somos raros. Es curioso cómo algo puede parecer raro desde fuera y ser de lo más normal para uno. —Despegó la etiqueta de la botella—. Desde que tengo uso de razón, ese hombre ha hecho siempre lo que le ha dado la gana. Mi padre le pagó los estudios con el dinero que yo ganaba en el *croft*. Se quedó con todo ese dinero y ni siquiera me dio las gracias, y aparte tenía un subsidio, una beca y un préstamo. No me extraña que tardara catorce años en sacarse el doctorado. Vivía a cuerpo de rey.

—¿Y qué te habría gustado estudiar a ti, si hubieras podido?

—Yo no… —dijo con timidez—. Mi hermano y yo teníamos un acuerdo. Él podía quedarse con el mundo siempre que a mí me dejara este rincón lluvioso.

Cal lo observó dar un trago a la cerveza seguido de otro a la botella de whisky. Parecía adecuado dejar la conversación ahí, pero cuando el silencio empezó a prolongarse, sintió que debía decir algo más si quería que Innes siguiera en la furgoneta con él. Rozó el muslo de su vecino con la punta de la bota.

—No has respondido a mi pregunta…

—Shhh. —Innes entrecerró los ojos y miró el reloj—. Ven aquí —dijo. Al ver que Cal dudaba, dio unas palmadas en el suelo para que se sentase a su lado—. Corre. Vamos, rápido. —Cal le hizo caso. Gateó hasta sentarse junto a él, hombro con hombro, con la espalda apoyada en la pared. Se quedaron mirando por las ventanas hacia las colinas áridas del oeste. Innes hizo un esfuerzo por incorporarse. Se alzó sobre las manos, levantó la barbilla y dijo—: Espera y verás. —Cal estiró también el cuello para intentar ver lo que fuera que quería mostrarle—. Cierra los ojos —siguió diciendo y cerró los suyos —. ¿Lo sientes? —En efecto, Cal lo sintió. Sintió cómo las últimas hebras de luz del día le acariciaban el rostro, el calor tenue del sol invernal. Durante unos breves segundos, quedaron bañados en una suave luz dorada mientras el sol descendía bajo las nubes densas antes de desaparecer tras las colinas—. No siempre pasa. Pero estaba seguro de que traerías buena suerte. Dios es bueno. —Innes abrió los ojos y vio que Cal estaba observándolo—. No pienses tanto o lo echarás a perder.

En aquel haz postrero de luz solar, los ojos de Innes parecían iluminados desde dentro, un verde apagado y acuoso, salpicado de mil destellos dorados. A Cal le entraron ganas de cortar un trocito y, con el iris en la mano, contemplarlo bajo distintos tipos de luz. Iría hasta el telar y encontraría el hilo equivalente… Aunque cuanto más lo miraba, más seguro estaba de que no hallaría ninguno.

Innes echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—A ver, ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

—Se me acaba de ocurrir una idea rarísima, un poco de asesino en serie. Estaba pensando si podría quedarme con tus globos

oculares cuando ya no los necesites. Me gustaría ponerlos en mi estantería.

—Claro —dijo Innes entre risas—. Cuando haya terminado con ellos. Pero ¿qué recibo yo a cambio?

—¿Cuál es la tarifa habitual?

—¿Según la Biblia? Más globos oculares. —dijo Innes y se pasó la lengua por el interior del labio—. Eso que me has preguntado antes, sobre qué me gustaría estudiar… Cuando estabas en la universidad, ¿había estudiantes de mi edad?

—Había una mujer de unos cincuenta años. Su hija había hecho la misma carrera unos años antes y creo que eso la animó a intentarlo.

—¿Y cómo le fue a esa mujer?

—Le iba bien la parte técnica, pero la moda no tanto. Las chicas más jóvenes, algunas por lo menos, eran bastante cerradas. Un poco… crueles. Verás, en el fondo, la moda es como un banco de peces que no deja de moverse y no permite que nades con ellos. No basta con estudiar para acceder a ese mundo.

—¿Y siempre has sabido lo que querías hacer con tu vida? ¿Era esa tu vocación?

—¿Como si estuviera predestinado? —Cal se rio—. No lo sé. Ya no sé distinguir entre lo que John quería para mí y lo que quería yo. ¿Por qué? ¿Estás pensando en estudiar algo?

Innes resopló como si la pregunta no tuviese ningún sentido, como si importunar al universo con sus propios deseos fuese algo descabellado. Cal optó por no contradecirlo de inmediato. Siguió tomándose su cerveza bajo la luz menguante del día y dejó que Innes fuese a su propio ritmo. Finalmente, después de un poco más de whisky, Innes dijo:

—Me siento estancado y no sé qué hacer para dejar de estarlo.

Cal le dio un pequeño golpe con el hombro y le preguntó:

—¿Seguro que no te gusta estar estancado? ¿No crees que hay cierta comodidad en el hecho de quedarse en el mismo sitio?

Innes se quedó cavilando durante un instante y luego volvió la mirada hacia el oeste, donde el sol se hundía tras las colinas y el día se extinguía hasta adquirir el mismo gris de siempre.

CÒIG-DEUG / QUINCE

—Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste —canturreaba John para sí mientras dejaban Falabay atrás.

—¿Rick Astley? —preguntó Cal.

John hizo caso omiso del blasfemo. Envueltos en un humor excelente, tomaron la carretera principal y rodearon las montañas de Harris con todas las ventanillas bajadas. Las nieves derretidas de An Cliseam dotaban al aire de una nitidez fría y crujiente que hacía que todo pareciese nuevo.

—*Somos muy afortunados* —dijo John—. *Mira esto. Solo alguien de Harris podría echar de menos su hogar estando en el cielo*.

—*Procura que los de Lewis no te oigan decir eso.*

John se echó a reír. Lewis también tenía su belleza: poseía una tranquilidad inigualable y un horizonte que se extendía kilómetros a la redonda. Pero la serenidad de aquellas suaves tierras altas no lograba conmoverlo, no comparada con esta crueldad primitiva. Pensó en su padre y en todos los buenos vecinos entre los que había crecido. Tal era la arrogancia ciega de los lewisianos, con esas caras achatadas que tenían, que pensaban que su isla pantanosa, semejante a una esponja informe, era el lugar elegido por Dios.

John le dio la vuelta al casete. La cinta empezó a reproducir «La Reforma» de Mendelssohn.

—Bueno, ¿estás listo?

—Papá. ¡No!

John tuvo que gritar por encima del *crescendo* de la música.

—¡Te he preguntado si estás listo!

Cal quería decir que no, pero solo pudo agarrarse al asa que tenía encima de la cabeza y gritar como un loco.

John hundió el pie en el acelerador y puso el viejo 110 a máxima velocidad. No estaba hecho para correr, pero el motor rugió cuando lo llevó más allá de sus límites. No perdieron el control ni un solo instante. Cal iba cantando las indicaciones según le venían a la memoria: primero la dirección, luego lo cerrada que era la curva, después la velocidad a la que debían tomar las curvas siguientes, y de este modo fueron recorriendo la carretera sinuosa que bordeaba las orillas del lago Mhorghain. Incluso cuando Cal se equivocaba, John sabía exactamente cuándo reducir de marcha y pisar el freno para tomar las curvas a la velocidad justa para que el Land Rover siguiese aferrado al asfalto, sin volcar ni salir despedido ladera abajo. John sonreía con una concentración traviesa y juvenil en el rostro.

En una vida paralela, John podría haber sido piloto de carreras. Habría seguido frecuentando a aquellos locos de los coches que conoció en la veintena, cuando llevaba el Sunbeam hasta los pastizales de Barvas y seguía por la carretera de la costa. Pocas veces había sido más feliz que aquellos viernes noche detrás de la base de la RAF de Stornoway, quemando el asfalto junto a una flota de Capris, Avengers y Sierras tuneados que derrapaban en los cruces y dejaban marcas de neumáticos en aquellas calles silenciosas.

Mientras el motor rugía, miró a su hijo. Cal se estaba partiendo de risa y el pelo le azotaba la cara.

—¡Grita si quieres que vaya más rápido!

Cal echó la cabeza hacia atrás. Gritó con todas sus fuerzas.

John guardó la Biblia y se puso su mejor traje para ir a la ciudad. El ganadero de Tolsta al que iba a ver era también el director del coro de la iglesia local. A John le gustaba intercambiar interpretaciones sobre los salmos, aprovechar cualquier idea que pudiese reavivar la fe de los fieles de Falabay. El tipo tenía ovejas mestizas que daban más carne pese a requerir menos alimento, y accedió a que John las viese con la esperanza de introducir algunas en su propio rebaño y sacar un pequeño beneficio.

Al entrar en Stornoway, Cal, que había estado inusualmente callado, dijo:

—Papá, ¿cómo es que Innes no se ha casado?

—Quizá nunca quiso hacerlo.

—¿Nunca ha estado con ninguna mujer? O sea, cuando erais jóvenes y tal.

—Que yo recuerde, no.

—Entonces, ¿es virgen?

—¿Por qué? ¿Tú no lo eres?

—¿Yo? Sí, claro que sí —dijo—. Claro. —Quería preguntarle si creía posible que Innes fuese gay, pero era una pregunta que lo incriminaba a sí mismo. Era la cosa más horrible que podía insinuar sobre otro hombre. Además, su padre no creía que existieran los homosexuales—. Qué pena —dijo al fin con un bostezo—. Ver cómo todos tus amigos se casan y forman familias. ¿Y él, qué ha hecho?

Construir una antena horrorosa y pasarse media vida palpando ovejas.

—Es posible que, para algunos de esos hombres, Innes sea el afortunado. —Se incorporaron al tráfico del mediodía. Vieron a la gente del pueblo ir de un lado a otro, entrando y saliendo de las tiendas—. ¿Y a qué viene ese interés tan repentino?

—No sé, igual por miedo a que me pase lo mismo. Pasarme la vida atrapado en casa con un padre difícil… —Le dedicó una sonrisa pícara. John le clavó un nudillo en el pecho—. Venga ya, si fuiste tú el que me dijo que me esforzara más, que mostrara interés por nuestros vecinos.

—Una cosa es mostrar interés y otra muy distinta ser un cotilla. —John se apartó a un lado de la carretera y dejó a Cal cerca del pub Criterion. Mientras Cal sacaba la mochila de la parte de atrás, su padre salió del coche para estirar las piernas y le deslizó un billete de veinte libras—. No bebas demasiado. Y procura comer algo caliente.

John tenía un aspecto impecable, nada que ver con el paleto de campo que los lugareños imaginaban. Se había recortado la parte inferior de la barba, lo que endurecía la línea de su mandíbula. Se había arreglado los pelillos rebeldes de las cejas y llevaba el cabello engominado hacia atrás, reluciente. Cal podía verlo en el rostro de los demás, en el modo en que las mujeres le lanzaban miradas furtivas, un destello fugaz cargado de intención, más que si lo hubiesen mirado con descaro. Algunos hombres también giraban la cabeza al verlo pasar. Torcían levemente la boca en una mueca de admiración resignada.

Cal se apoyó en el coche y se quedó observando a su padre. Qué desperdicio que un hombre así se hubiera pasado tantos años solo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —dijo John.

—Nada. Gracias por el dinero.

—Si ves a alguien de la iglesia, busca otro sitio donde beber. ¿Me oyes?

Quedaron en verse más tarde y John volvió a subirse al Land Rover. Cal echó a andar hacia el pub. Al llegar a la esquina se volvió y vio que su padre estaba peinándose. Por el modo en que comprobaba su aspecto en el retrovisor, Cal pensó que tal vez tenía alguna amante en Tolsta. No era propio de su padre preocuparse por su propio reflejo.

El ganadero de Tolsta pasó la tarde enseñándole a John su rebaño de cruces de Texel. Desde la última vez que había estado allí, Anndra había pedido un préstamo gracias al cual había podido construir un pequeño cobertizo; sus carneros parecían muy contentos, se embestían unos a otros y devoraban el forraje de unos comederos nuevos. Mientras cruzaban los campos, John estaba algo distante, intentaba acallar la culpa fingiendo curiosidad por cosas que ya conocía a la perfección. Anndra levantaba pezuñas, retiraba paja de los ollares y apartaba el vellón del ano para demostrar lo robustas y sanas que eran aquellas razas cruzadas. Estaba enseñándole la nueva trituradora de pienso cuando ya no pudo ignorar más la expresión distraída de su invitado. Cerró la tapa de la trituradora y sugirió que entrasen a tomar un café.

Subieron a la casa. John pidió usar el baño. No podía dejar de pensar en Innes y sentía una rabia indirecta hacia Cal por haber mencionado su nombre justo cuando entraban en Stornoway. Todas las ventanas de Anndra eran de PVC y doble acristalamiento, y John abrió la del baño todo lo que pudo. Miró hacia el campo del fondo. Si se marchaba ahora no habría ningún daño, ningún pecado cometido, ninguna traición.

Anndra había engordado un poco desde la primera tarde que pasaron juntos y, aunque los kilos le sentaba bien, John notaba que su atracción hacia él había disminuido. Pero entonces pensó en aquellas manos firmes, en cómo Anndra las situaba a ambos lados de su caja torácica, y en cómo al sentir aquella presión sobre su cuerpo, todo lo demás desaparecía.

Se lavó la cara y pasó al salón vacío.

Se fijó en la repisa de la chimenea, que estaba abarrotada de fotografías de la mujer de Anndra y sus tres hijos, todos jóvenes y apuestos; el mayor, con la toga doctoral de la Universidad de Strathclyde. Cuando Anndra entró en el salón con dos tazas de café, John llevó la mirada de los hijos al padre y tuvo la impresión de que todos eran el mismo hombre en distintas etapas de la vida.

—Voy a ser abuelo —anunció—. Nada menos que de gemelos. Y eso que se casaron hace nada. Espero que el reverendo no se ponga a hacer cuentas —dijo cabeceando—. Mi mujer dice que me ocupe de mis asuntos, y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—Un consejo sensato —dijo John—. ¿Pero gemelos? Qué bendición. ¿Y volverá con nosotros?

—Lo dudo.

Anndra sopló el vapor de su café.

—Su mujer es de St Albans y está muy unida a su madre. Y la madre no ha perdido el tiempo. Ya se ha ofrecido a cuidar a los niños gratis, así que están haciendo planes para mudarse al sur. Sobre todo me da cosa por Susan. Ella nunca lo admitiría, pero siempre tuvo debilidad por Andrew. Quieras que no, es el primogénito.

Se sentaron uno frente al otro, cada uno en un sillón. Mientras tomaban el café, la conversación derivó hacia el fútbol, pero John no estaba prestando atención. Estaba atrapado entre dos deseos opuestos: que terminase la charla trivial y subieran de una vez a la parte de arriba, o que terminase la charla trivial para poder poner alguna excusa y marcharse. La línea entre lo que quería hacer y lo que debía hacer era tan frágil que cualquier pequeño detalle podría inclinar la balanza hacia un lado u otro.

Siempre seguían la misma rutina: la visita al rebaño, el café y la charla antes de que Anndra sugiriese subir a ver el faro. John suponía que era lo mejor. Así, cuando la mujer de Anndra regresara con el coche lleno de comida congelada, este tendría una explicación plausible si algún vecino decía haber visto un coche extraño aparcado frente a la casa. Podría contarle, no sin cierta honestidad, que John había ido a ver las ovejas cruzadas y que le había dado la brasa con sus historias de Falabay. Su mujer se echaría a reír, pensaría en lo aburrido que era John Macleod y se diría con alivio que se había librado de una buena.

Aquella rutina era casi un ritual, y quizá eso era lo que necesitaban como hombres temerosos de Dios. O quizá no eran más que bestias irreflexivas, ovejas que necesitaban un corredor estrecho, un empujón hacia la puerta. O quizá solo eran pastores, y

por eso necesitaban acercarse a su deseo de soslayo y acorralarlo cuando estuviesen seguros de no poder escapar ni retroceder.

—Me siento demasiado joven para ser abuelo. Mi parienta no deja de decirme que tengo que perder algo de peso.

Anndra tenía un carácter alegre, ojos vivaces y una barba espesa que enmarcaba unas mejillas bien alimentadas. A John le gustaba su optimismo. Nunca miraba a John con la decepción de Innes. Nunca esperaba más.

—Tienes una casa estupenda —dijo John y dejó la taza sobre la mesa.

—La construimos mirando al mar. Desde arriba se ve Tiumpan Head.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Anndra—. Ven que te lo enseñe.

Regresó a Stornoway con una sensación de abatimiento. Como si el pecho se le estuviese desinflando poco a poco, pero cuando se frotaba el esternón no conseguía encontrar el pinchazo para taparlo y detener la fuga.

Entró en una calle secundaria y apagó el motor. Apoyó la cabeza sobre los antebrazos y se puso a rezar. Pese a que nunca faltaba a la verdad en sus oraciones, había estado allí diez mil veces antes, postrado ante Dios, disculpándose ante su Creador por la clase de hombre que era. La culpa estaba tan arraigada en él que las palabras se habían vuelto banales, las recitaba de una forma casi automática. Pedía perdón, sí, liberarse de su propia maldad, sí, la salvación, sí. Pero mientras hacía recuento de sus pecados y trataba

de expulsar a Anndra de sus pensamientos, terminaba llegando, como siempre, a Innes, y entonces las palabras volvían a abandonarlo.

Al cabo de varios minutos comprendió que sus oraciones habían cesado y que solo estaba inclinado sobre el volante observando el ajetreo de la ciudad y echando de menos a Innes. ¿Cuántas noches había suplicado que terminase aquel tormento para, a la mañana siguiente, dar las gracias a Dios por la existencia de ese hombre? Se reclinó en el asiento y se enjugó los ojos. Después cerró el coche y caminó hacia el litoral.

El edificio que buscaba daba al muelle. Se ocultaba entre una hilera de casas de piedra idénticas; en otro tiempo, había sido la vivienda de una familia acomodada, pero la planta baja había sido reconvertida en pequeñas oficinas: habitaciones frías y sin encanto conectadas por una sala de espera provisional llena de sillas desparejadas. La pintura de la carpintería era espesa como la mantequilla y daba cuenta de todas las familias y negocios que habían alquilado aquel espacio para luego fracasar.

John era la única persona que estaba allí. En las paredes había anuncios de grupos de autoayuda, carteles de apoyo para toda clase de pecados: alcohólicos, yonquis, madres solteras. Dejó sus Biblias sobre la mesita. Hojeó los folletos sobre el aborto, panfletos coloridos con mujeres alegres que charlaban y tomaban el té; debajo podía leerse: OPCIONES. Para tratarse de un acto tan sangriento, aquellos folletos desprendían una inocencia capciosa. Había que leerlos hasta el final para descubrir que lo que ofrecían era una forma de asesinato.

—Pase. —John no había oído entrar al hombre a la sala de espera. Llevaba un montón de carpetillas apretadas contra el pecho y se estaba comiendo una manzana verde y brillante. Tenía pequeños trozos pegados a la barba.

—Ah, usted viene de la iglesia a traernos Biblias. Las apreciamos muchísimo, gracias.

—De nada.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Algo dentro de John lo hizo dudar un instante de más. El hombre mordió la manzana y se chupó el jugo del labio—. Ya que está aquí, quizá podría echarme una mano. —Señaló una de las oficinas—. No le llevará mucho tiempo.

John frunció el ceño, pero entró en la oficina y el hombre cerró la puerta tras ellos. Daba a la calle y un visillo ocultaba la ventana. De vez en cuando, las sombras de la gente que pasaba por el paseo marítimo menguaban la suave luz. En una esquina había un escritorio muy desordenado, y en cuanto el hombre dejó allí las carpetas que llevaba, John no pudo distinguirlas de las que ya estaban esparcidas encima. El tipo se dejó caer en la silla.

—Siéntese un momento, ¿quiere?

John permaneció de pie y preguntó:

—¿Qué necesita de mí exactamente?

El hombre rebuscó en el escritorio. Cogió un portalápices y lo soltó de nuevo. Luego cogió sus gafas.

—Una de las patillas no está bien ajustada. ¿Usted sabría ponerla bien? —Pero antes de que a John le diese tiempo a responder, el hombre extendió la otra mano—. Por cierto, me llamo D. I. Donald-Iain cuando mi madre se enfada conmigo. ¿Cómo ha dicho que se llama usted?

John seguía pensando en las gafas. ¿Cómo era posible que no supiera ajustar unas patillas? Justo entonces el hombre las dejó caer sobre el escritorio.

—Gregor —dijo John—. Me llamo Gregor.

—Bueno, tome asiento, Gregor. Creo que nunca había coincidido con usted, ¿verdad? Aunque tengo muy mala memoria para las caras. Por culpa del whisky. —Se pasó las manos por su cara de bulldog y John se sintió aliviado cuando el trocito de manzana cayó al suelo—. ¿De dónde ha dicho que era?

—No se lo he dicho. —John seguía de pie—. De Na Hearadh.

—Mi mujer siempre amenaza con escaparse con un tipo de Harris, dice que tiene muy buenos modales.

El hombre parecía bastante amable, pero decía con excesiva espontaneidad todo lo que se le pasaba por la cabeza, un defecto muy femenino.

—¿A qué se dedica en Harris?

—Cuido ovejas, hago trabajos de cableado y de construcción. Pero sobre todo trabajo el *clò*.

—¿Tweed? Un negocio inestable, al menos en los últimos años. Gregor, por favor. Parece que hubiera venido a robarnos. —D. I. señaló la silla que tenía enfrente. John se sentó en el borde—. Me gusta su traje. ¿Está muy involucrado en la iglesia?

—Sí. Ayudo con la labor de divulgación cuando puedo. Pero sobre todo dirijo los cánticos.

—Están cerrando iglesias por todas partes.

—Sí. Seguro que nuestra parroquia tiene los días contados. No nacen suficientes niños.

—Lamento oír eso. ¿Y qué van a hacer los fieles?

—Iremos a otra iglesia, supongo. Será más duro para los mayores.

—¿Y su mujer? ¿A qué se dedica?

La mirada de John se posó en la manzana medio mordida del hombre. La pulpa ya empezaba a ponerse marrón.

—No estoy casado.

—No sabe la suerte que tiene…

—Estuve casado…

—Ajá.

—Tengo un hijo. Veintidós años.

—Me alegro. ¿Y está fuera?

—No, ha vuelto.

—No sabe la suerte que tiene. Muchos haríamos cualquier cosa por que nuestros hijos se quedaran aquí. Yo tengo dos hijas. Todo el mundo dice que volverán cuando se cansen de la ciudad. Mi mujer quiere irse a Londres con ellas, pero, en fin… Eso no es para hombres como nosotros. ¿Verdad?

—No.

—¿Y ve el fútbol?

—Cuando puedo.

—¿Tiene alguna otra afición?

—Antes me gustaban los motores, las carreras y esas cosas. Ahora ya no tengo tiempo para aficiones.

D. I. señaló una jarra de agua que debía de llevar bastante tiempo allí porque la superficie estaba cubierta de polvo. John negó con la cabeza.

—Salmo 46. «Aunque bramen y se turben sus aguas». Creo que es mi favorito. Me recuerda a mi anciana madre. Lo cantaba cuando mi padre estaba fuera con la marina.

—Me gusta ese —convino John—. Es esperanzador.

—Debe de ser maravilloso tener la iglesia. Un consuelo de verdad. No sabe la suerte que tiene.

—No deja de decir que tengo suerte. Pero yo no me siento afortunado.

D. I. se quitó una pelusa de la pernera del pantalón, paciente como un pescador.

—¿Es la bebida? —preguntó D. I. al fin. John resopló de forma brusca—. Entonces, ¿qué era eso de lo que quería hablar?

D. I. observó a la gente pasar al otro lado de la ventana.

—¿Vienen muchos hombres a verlo? —preguntó John.

—Sí. De hecho, hoy en día vienen más hombres que mujeres.

—¿Cuántos exactamente?

—¿Qué más da? —dijo D.I.—. No sé…, cientos.

—¡¿Cientos?! —John exhaló, incrédulo—. ¿Y todos esos hombres le cuentan sus problemas?

—Problemas. Necesidades. Preocupaciones legales. Chistes… Los chistes son lo que más me gusta.

—¿Y qué hace usted con todo eso?

—Nada. Los pongo en contacto con personas que pueden ayudarlos. Pero yo casi nunca hago nada. Solo escucho. —Se recostó en el asiento. El jersey se le subió y dejó al descubierto un destello de vientre flácido—. Lo que no hago es contarle a nadie lo que ellos me confían. Estoy legalmente obligado a no divulgar nada. Me quedaría sin trabajo si lo hiciera.

John no creyó al hombre. En su mundo no existía nada, ni una sola cosa, que no provocase una consecuencia. Cada palabra era una semilla, y cada semilla podía dar frutos terribles. ¿Cómo era

posible que alguien hablase y que no pasara absolutamente nada? ¿Cómo podía eso ser un trabajo?

—No sé cuánto tiempo más podré seguir así. A mi hijo no le interesa. No quiere este trabajo. No quiere nada de esto —dijo John.

—Es natural a su edad. A ellos les atrae el bullicio de la ciudad y nosotros no podemos retenerlos. —D. I. le sirvió un vaso de aquella agua polvorienta y se lo ofreció—. ¿Le preocupa quién cuidará de usted cuando sea viejo?

John negó con la cabeza, pero luego se corrigió y asintió. Un instante después, le preguntó:

—¿Qué sentido tiene todo esto? —D. I. se encogió de hombros, y John agradeció que no sintiera la necesidad de decir nada—. ¿Cree en el infierno?

—No —respondió el hombre—. Me temo que no.

—¿Qué opina de Juan 21:17? Últimamente he estado pensando en el alma desatendida y en la ceguera del hombre respecto al cuerpo: en cómo la gente actúa como si lo importante fuera esta vida, este cuerpo, cuando es el alma lo que no tiene fin.

—No. —John levantó la vista—. No —volvió a decir D. I. con más rotundidad—. Usted no ha venido hasta aquí para hablar del Evangelio. Seguro que en la iglesia tiene a gente con la que puede debatir sobre esos asuntos. Así que dígame la verdad, Gregor. La verdad que jamás se atrevería a contarle a sus amigos.

—Pero eso es…

D. I. entrelazó las manos sobre el vientre. Miró el suelo, junto a los pies de John.

—Antes le mentí cuando dije que nunca lo había visto. Lo he visto unas cuatro o cinco veces. Trae las Biblias como excusa para venir

aquí y luego se queda rondando por la sala de espera. Tal vez crea que aquello que lo atormenta acabará desapareciendo solo, pero no ha sido el caso. Y yo no puedo ayudarlo a desprenderse de ello a menos que sea sincero conmigo.

John observó las sombras cruzar la ventana. Dio un sorbo al agua.

—Hay un hombre —dijo—. Es un buen hombre. Si necesitas algo, él se da cuenta antes incluso de que abras la boca, y aparece y te da justo lo que te hace falta. Vive en mi misma carretera. Lo conozco desde los catorce años. Lo quiero desde los catorce años. —Alzó los ojos hacia D.I., pero la expresión del hombre era de una aceptación vacía, y entonces John dio otro sorbo de agua y siguió diciendo—: Éramos unos niños cuando nos conocimos. Yo me crie en la costa oeste y él en la este. No es un lugar tan grande, pero a esa edad, cien kilómetros pueden parecer dos mundos distintos.

—Sí —dijo D. I.—. Sí que pueden.

—Lo que me gustaba de él era su amabilidad. Era una cualidad tan rara en un chico.

—¿Su familia era amable?

John negó con la cabeza.

—Supongo que siempre fueron buenas personas, pero de amables tenían poco y, en fin…, que eso fue lo que me impresionó de él. Su padre nunca ha tenido muy buena salud y su madre murió cuando él era niño, eso es algo que tenemos en común. Tiene un hermano más pequeño que parecía tener un futuro prometedor, así que la familia se gastó todo lo que tenía para mandarlo a la universidad. Y por eso él, este amigo al que quiero, no podía marcharse. No podía dejar a su padre solo. —John volvió a levantar la vista y D. I. asintió para que continuase—. Había una chica que vivía al final de la

carretera. Y yo, bueno, me casé con ella para estar cerca de él. Me mudé a la casa de su padre. Y ella se quedó embarazada y me dio un hijo, y… —D. I. dejó escapar un leve murmullo, casi inaudible—. Pera ella no tenía ni un pelo de tonta. Se dio cuenta de lo que pasaba y por eso se fue y me dejó con su madre y nuestro hijo en esa casa, que está al lado de la de mi amigo. Tal vez quería vengarse y por eso empezó a ver a mi hermano, o quizá mi hermano cuidó de ella cuando nadie más lo habría hecho. En cualquier caso…

John percibió un destello fugaz de reconocimiento. Las islas no eran tan grandes y la historia de la mujer que dejó a un hermano por el otro debía de haber llegado a la ciudad.

—Por favor —dijo D. I. con calma—. Continúe.

John alzó las manos y las dejó caer, derrotado.

—He tenido que pasarme la vida haciendo el papel de marido abandonado, escuchando a la gente decir que ella era una zorra egoísta, cuando en realidad me hizo el mayor favor de mi vida. —Notó cómo la vista se le nublaba. D.I. cogió una caja de pañuelos del escritorio, pero John negó con la cabeza y se secó los ojos con la base de la palma—. No soy el hombre que quería ser.

D. I. se inclinó hacia delante. Lo estaba mirando como podría mirar a un perro.

—Entonces ahora es libre para estar con ese amigo. Eso es algo bueno, ¿no?

—No. —El alivio que John había sentido se esfumó de repente. Le había contado todo, pero D. I. no había entendido nada. John no podía echar abajo todo lo que había construido: la historia, la mentira, el hombre respetable de la iglesia—. Tengo que pensar en mi hijo.

—¿Cree que a su hijo le afectaría descubrir que usted es homosexual?

—Le afectaría descubrir que toda su infancia ha sido una mentira. Que toda la crueldad que ha soportado su madre fue culpa mía. Y todo porque… Todo porque padre es un puto maricón y un cobarde miserable.

Fue un pequeño consuelo ver cómo la comprensión iba asentándose en el rostro del hombre. Era un alivio saber que aquella trampa infernal no era fruto de su imaginación. Pero al mismo tiempo le molestaba un poco que aquel desconocido arrogante pensara que podía encontrar una solución a sus problemas, unos problemas tan profundamente entretejidos con su propia esencia que jamás había conseguido resolverlos por sí mismo.

Un barco estaba entrando en el puerto. Hizo sonar la bocina a modo de saludo.

Estaba atrapado entre su amante, su hijo y su Creador. Y era una decepción para todos.

—Tenemos una estufa de gas —dijo John—. Es vieja y se estropea cada dos por tres. A veces pienso en desenroscar la manguera y… — La habitación no dejaba de iluminarse y oscurecerse al paso del sol entre las nubes. Se terminó el vaso de agua polvorienta y observó cómo las sombras de los hombres cruzaban la ventana. Sus ojos se movían inquietos, siguiéndolas de izquierda a derecha. Le había contado a aquel desconocido cosas que no le había contado a nadie y no se sentía mejor por ello—. Le agradezco su tiempo.

D. I. tomó la mano que John le ofreció, pero después de apretarla, no la soltó.

—Gregor. Por favor. ¿Me dará sus datos? Tiene que venir a verme otra vez.

—Vendré —dijo John y se zafó de su mano—. Vendré.

Llegaron a la costa oeste cuando los últimos restos de la tarde se hundían sobre el Atlántico. Todo estaba bañado por una luz gloriosa, e incluso el mar inquieto parecía contemplarla en calma. En casa nunca tenían puestas de sol como aquella; cuando terminaba el día, el sol se ocultaba tras las colinas sin más.

—¿Estás bien, papá?

—Estoy bien.

John sospechaba que Cal se había gastado todo el dinero en cerveza y ni un penique en comida. No había dejado de hablar para llenar el vacío mientras John intentaba salir del pozo en el que había caído. Le pasó un paquete envuelto en papel de aluminio con la esperanza de que la comida espabilase un poco a su hijo. Las tortitas, cubiertas de una gruesa capa de mantequilla salada, se pegaban entre sí como baldosas unidas con mortero. Cal abrió la boca todo lo que pudo y trató de comérselas de un solo bocado para hacer sonreír a su padre.

—Venga, hombre —dijo John con suavidad—. Vas a dejar esto lleno de migas, y verás luego los ratones…

Se tomaron el refrigerio y luego caminaron por la playa. John se puso a hacer listas mentales de trabajos pendientes, tratando de establecer cuál era el orden más conveniente para llevarlos a cabo, mientras Cal tarareaba para sí mismo y recogía conchas de cauri.

Intentaron dormir en el coche con los anoraks puestos, sentados y con la cabeza apoyada en la ventana. Con el motor apagado hacía frío y podían oír el rugido del viento proveniente del mar. Nada ponía freno a su furia, silbaba alrededor del chasis y se colaba por todas las rendijas oxidadas llenando la noche de pitidos y suspiros. Después de horas temblando y cambiando de postura, John desenrolló un trozo de tela japonesa y lo extendió sobre ambos a modo de manta. Dejó que Cal se apoyara en su pecho y, aunque el freno de mano se le clavaba en un costado, trató de aquietar la mente y percibió el cambio en la respiración de su hijo. Debajo del olor rancio a cerveza, John percibió la mantequilla en los mofletes, el calor en la frente, el jabón pastoso que había olvidado enjuagarse detrás de las orejas.

El alba empezó a iluminar los páramos mientras el sol emergía a sus espaldas. John estaba mirando cómo las gotas de condensación competían entre sí por llegar primero al borde de goma de la ventana. Limpió el vaho del cristal y contempló el Atlántico. Halló su propio reflejo en el espejo lateral y le sorprendió ver que Cal también se había despertado y estaba mirando por el mismo hueco desempañado de la ventana.

—Mira —dijo John—. Dios está aquí.

—¿Le apetecerá una taza de té? —preguntó Cal rascándose la nariz.

Cal se rio de su propio chiste absurdo, pero se sintió bien, la forma en que el pecho se le agitaba bajo el brazo de su padre, y mientras John contemplaba el mar intentó pensar en cómo hacerlo reír de nuevo.

Los dientes empezaron a castañearles y sacaron el termo que Ella les había preparado. John observó a Cal mientras bebía. Sabía que daría tres sorbitos seguidos, cautelosos, inseguros.

Había momentos en los que sentía que conocía mejor a su hijo de lo que el muchacho se conocía a sí mismo. Pero a veces había algo como distante en la mirada de Cal, y en esos momentos John pensaba: «No conozco a este joven en absoluto».

Cal dio los tres sorbos tal y como John había previsto. Luego miró a su padre con el ceño fruncido y dijo:

—¿Qué?

John acercó una uña a la mejilla de Cal, le quitó un escama de piel reseca y encontró la misma piel debajo.

—Nada.

La fábrica estaba compuesta por varios edificios, grandes hangares de chapa con techos abovedados, cada uno correspondía a una etapa distinta de la producción. Entregaron las piezas de tela que habían tejido en el almacén y, mientras Davey Maclennan desenrollaba los metros para inspeccionarlos, John echó un vistazo a las telas de los demás tejedores domésticos. Con las manos a la espalda fue recorriendo los pasillos mientras examinaba todos los pedidos terminados. No había vara de medir más precisa que los ojos de John, y enseguida supo que no habían beneficiado a otros tejedores a su costa.

Recibió el albarán por el trabajo realizado y dijo que él mismo llevaría la pieza a las remendadoras. Atravesó el taller de tintado, donde los hombres introducían fardos de lana cruda en cubas de

tinte. El vapor y el hedor húmedo del vellón impregnaban el aire. Después cruzó el almacén de acabados, con sus suelos resbaladizos de jabón y el chapoteo incesante de las máquinas de lavado.

Cuando algo se hacía a mano siempre había errores, pero los tejedores solo tenían que entregar la tela y cobrar. Las zurcidoras eran las que debían buscar los defectos, y había códigos y nombres que las chicas temían ver asociados a un tejido.

John tenía una necesidad casi flagelante de admitir los fallos de su trabajo. Ya había demasiadas mujeres en su vida recordándole sus errores. Pese a que no era necesario, John extendía la tela sobre la mesa de la cocina y pasaba horas examinándola con una lupa, marcando cada defecto con un pequeño nudo blanco. Aquel tweed estaba sembrado de cruces —algo poco habitual en sus piezas— y, al terminar de revisarla, la tela quedó extendida ante él como un campo de batalla o, más exactamente, como un diario de todos los momentos en que Cal había perdido la concentración.

Estaba frente a la mesa de luz hablando con Catriona, que remendaba sus tejidos desde que John era joven. Le señaló todos los puntos donde la urdimbre no había atrapado bien la trama, donde los hilos colgaban sueltos como las cuerdas rotas de un arpa.

—Debería haberme dado cuenta antes.

—No te preocupes por eso, John. Que nos vas a quitar el trabajo como sigas así. —La mujer giró el rostro hacia él. Tenía una belleza serena: ojos grandes y marrones, una sonrisa amable, labios carnosos. Todas las mujeres estaban observando a John. Él era el único que miraba los defectos. Había una joven zurcidora arreglando un hilo suelto de un tartán. Era la hija de una familia que John apenas conocía de oídas. Estaba intentando ubicarla cuando la joven

llamó a otra mujer, que estaba quitando con unas pinzas las pelusas de una pieza de tela, y le dijo en un susurro lo bastante alto para que se oyese:

—Lo hace para pasar tiempo con ella.

La mujer de las pinzas se pasó la lengua por el labio inferior y añadió:

—Seguro que comete errores adrede.

John se sonrojó. En cierto modo era verdad, pero no por el motivo que aquellas mujeres imaginaban. Le gustaba ver a todos los actores que intervenían antes de que el hilo llegase a sus manos, y todo lo que sucedía después, una vez tejida la tela. Formar parte de aquella cadena lo mantenía anclado al mundo. Lo hacía sentirse real, no un simple producto de su imaginación, un fantasma vagando por un cobertizo de chapa.

—Debería avisarnos cuando vaya a venir de visita —dijo la zurcidora. Le faltaba uno de los dientes delanteros. John no había salido aún de su asombro ante semejante descaro cuando la joven añadió—: Seguro que Catriona estaría encantada de prepararle un pastel.

Catriona le lanzó un trozo de tiza de sastre. Las zurcidoras rompieron a reír.

—Todas lo estaríamos —intervino la mujer de las pinzas— a cambio de una cucharadita de esa crema tan buena que tenéis en Harris.

¿Se estaban burlando de él? John no estaba seguro.

Mantuvo aquella expresión serena y hermética que no dejaba traslucir nada.

Las mujeres seguían cacareando cuando se dirigió al taller de hilado. Pasó junto a las hilanderas y los cardadores y se preocupó al ver que las líneas de producción estaban extrañamente silenciosas. Según se rumoreaba en la isla, los estadounidenses blancos y ricos le habían dado la espalda a la ropa de confección clásica y, en particular, a los trajes de tweed. Sus gustos colectivos se inclinaban ahora hacia la ropa urbana de marca y las prendas deportivas, y parecían desesperados por imitar a la gente negra a la que, por lo demás, despreciaban. Un continente entero de gente cada vez más acostumbrada a la comodidad que ya no se molestaba en vestir bien. Solo querían moda barata y rápida, y a medida que sus cuerpos se volvían blandos y fofos, su única obsesión era envolver esa flacidez en una comodidad cada vez mayor.

Cuando los encargos estadounidenses empezaron a escasear, los hombres de la fábrica dejaron de tener el empleo asegurado de por vida. Mientras iba de la sección de lavado a la de fijado, pensó en Cal, en aquella ropa usada que llevaba siempre, y decidió comprarle un traje nuevo.

Pasó de la humedad pegajosa del departamento de acabados al aire seco del almacén de mezclas, como quien deja un continente atrás para internarse en otro. Observó a los hombres manejar los tops teñidos —nubes enormes de lana tecnicolor— y preparar las mezclas. El hombre encargado de introducir el vellón teñido en la mezcladora era nuevo. Seguía las instrucciones al pie de la letra: usaba una horca para meter primero unas nubes esponjosas de color geranio, y luego otras de tono jacinto. Al ver a John, se detuvo y se recostó sobre la horca, como si lo estuviese invitando a quedarse un rato y hablar.

—¿Qué le ha pasado al viejo Fraser?

El hombre inclinó la mano e hizo el gesto de beber.

—En el fondo le hicieron un favor. Por lo visto iban a amputarle la pierna. Ya había perdido todos los dedos.

—Qué pena —dijo John—. Me caía bien Fraser.

Detrás del joven, en la tolva enorme de acero, John vio cómo las fibras se agitaban y mezclaban, parecían caer del cielo como nubes de colores. El hilo final sería de un color púrpura imperial o, si añadían más azul marino y un poco más de fucsia, podría convertirse exactamente en el color de las moras en agosto. John habría preferido ese tono.

—¿Has visto a mi hijo? Más o menos así de alto. Camina como si estuviera hecho de gomas elásticas.

El joven señaló con el pulgar hacia el almacén de mezclas.

—Le he dicho que si acaba con los pulmones destrozados por la lana, que luego no me eche la culpa.

La puerta del almacén de mezclas estaba sellada y tenía un ojo de buey de cristal en el centro. Cuando Cal era pequeño, aquello le parecía una puerta secreta. El viejo Fraser le daba al proceso un aire ceremonial, casi mágico, y todos los tejedores que iban de visita mandaban a sus hijos pequeños a incordiar a Fraser y su máquina mágica de colores. John lo había visto llamar a Cal con una teatralidad digna de Wonka y abrir después la puerta como si al otro lado se encontrase Narnia.

Miró por el ojo de buey. Cal estaba en el centro de la sala, con los brazos extendidos y el rostro vuelto hacia la lluvia de colores. Se había quitado la gorra y el pelo le danzaba al viento. Incluso sin Fraser, la magia seguía intacta.

Los ventiladores estaban girando mientras el aire se llenaba de remolinos de distintas tonalidades. Los colores caían a su alrededor como copos de nieve tecnicolor y se acumulaban en montículos que le llegaban hasta la cintura.

John golpeó la puerta con los nudillos y Cal pegó un respingo. Nada más ver a su padre, se desinfló, como si la llegada de John pusiera fin a todo divertimiento, inexorable como el timbre que anuncia el fin del recreo, inevitable como el momento en que el poni mecánico del supermercado se detiene porque se acaban las monedas.

John lo vio.

Cal estaba caminando hacia la puerta, pero antes de que pudiera salir, John la abrió y entró dentro.

John se echaba a reír, luego empezaba a toser y a rascarse mientras se montaban de nuevo en el Land Rover. Tenía la cara un poco hinchada y sabía que aquella noche no pegaría ojo, pero de momento había merecido la pena porque a Cal le daba un ataque de risa cada vez que lo miraba. Cuando dejaron atrás los cobertizos, John se volvió hacia él.

—Parece que te debo cinco libras. Estás mejorando. Las remendadoras no han notado ninguna diferencia entre nuestros trabajos.

—Podríamos ser la misma persona —dijo Cal mientras se quitaba del pelo los últimos restos de aquellos colores delirantes.

Mientras conducían hacia el sur, en dirección a Harris, la satisfacción de John empezó a disiparse y la preocupación volvió a

abrirse paso. Y, a medida que se acercaban a casa, por alguna razón volvió a usar la lengua antigua.

—¿Pero qué pasará el invierno que viene? El año pasado, cuando llegaron los pedidos de primavera para la fábrica, apenas había trabajo suficiente para mí. Ahora, siendo dos…

—Papá. Nos las arreglaremos.

Pero la calma ya había desaparecido.

La carretera se apartó del mar y entraron en un pueblecito. Había una escuela de primaria en las afueras y varias mujeres aguardaban fuera, charlando mientras sus hijos pequeños terminaban la jornada reducida. Sin ser consciente, John se inclinó hacia delante y empezó a escrutar los rostros de las desconocidas.

Cal lo observó.

—¿Siempre la buscas?

—Me da miedo encontrármela. No sé qué haría.

—Pues preguntarle qué tal le va. Si ha leído algún libro interesante —dijo Cal haciendo rodar unas fibras sueltas entre los dedos.

—Hay días en que tengo que obligarme a salir al mundo.

—Lo sé, papá. —Cal acercó las fibras a la ventanilla. La lana se agitó un instante en la brisa antes de escaparse de sus dedos—. *Pero el mundo no está tan mal*.

Cuando tenía ocho años, Cal batió su propio récord de velocidad. Corrió más rápido que nunca en su vida. Sabía que debía administrar las fuerzas, trotar cuesta arriba y dejarse llevar al bajar por la otra ladera. Pero entonces lo invadió el pánico, no fue capaz de dosificar la energía y no le quedó otra que detenerse. Jadeando y entre

tambaleos, llegó al borde de la carretera, con la espalda arqueada como un gato asustado.

Su padre estaba en el cobertizo mirando por la ventana. Vio venir a su hijo desde muy lejos y enseguida comprendió que algo iba mal.

Pasó mucho tiempo antes de que Cal lograse introducir suficiente aire en los pulmones como para formar una frase completa. John lo agarró por los hombros, intentó serenarlo, quería estrangularlo. Se arrodilló para ponerse a su altura y por un instante tuvo la sensación de que el pánico de su hijo podía transformarse en pena, que los jadeos darían paso a un llanto inconsolable.

Entonces apareció Ella. La puerta de la casa no dejaba de abrirse y cerrarse a causa del viento. Más tarde, aquella misma noche, mientras le ponía un pijama limpio a Cal, Ella vio las marcas que los pulgares de John habían dejado en sus clavículas: dos círculos perfectos, como pequeñas uvas moradas.

—*Mamaidh* —sollozó Cal—. *¡Mamá!*

Durante los últimos cuatro meses, Grace Macleod había ido dejando cosas en el asiento trasero del Sunbeam. Siempre de una en una: un abrigo acolchado, una caja de compresas, su libro favorito. Lo justo para que pareciese un despiste. Cuando Cal le preguntó por aquel cúmulo de objetos, ella le dijo que era un juego. Entonces Grace le escribió una lista, y día tras día, Cal tenía que ir a la casa a coger una cosa de la lista, solo una, y ver si conseguía esconderla en el coche sin que su padre ni su abuela se diesen cuenta. De este modo consiguió reunir: una rebeca azul, un par de zapatos planos (primero el izquierdo y luego el derecho), un tarro lleno de monedas de

cobre, un juego de sábanas (primero la funda de la almohada, luego todo lo demás).

Aquel jueves, cuando se montó en el coche con su madre, pensó que irían a casa de Beady porque aquel cacharro no podía llegar más lejos. Cuando su madre condujo hasta el final de la carretera, Cal la reprendió usando un tono muy parecido al de su padre.

Grace no le estaba prestando atención. Aparcó en un apartadero, sacó un rollo de bolsas de basura de la guantera y, presa de la furia, empezó a meter en ellas todos los objetos que estaban desperdigados por el suelo. Cal se dio cuenta de que pasaba algo raro, pero, alentado por los susurros confabuladores de su madre, la ayudó a rescatar los fragmentos de sí misma con un entusiasmo del que más tarde se arrepentiría.

Arrastraron las bolsas hasta el borde de la carretera principal. Mientras esperaban en la parada del autobús, su madre iba y venía de un lado a otro.

—Me he dejado el libro. ¿Qué voy a leer en el autobús?

Cal estaba en mitad de la carretera. Tenía los brazos en cruz y se dejaba caer contra el viento para ver si las ráfagas lograban sujetarlo.

—Podemos contarnos historias —sugirió.

Grace no dejaba de abrir y cerrar el broche del bolso. Clic, clic, clic.

—¿Cuánto tardarías en llegar corriendo a casa? —Cal estaba en el límite del mundo que conocía. Su madre se miró la muñeca para ver qué hora era. Solo mucho después, Cal se daría cuenta de que su madre nunca llevaba reloj—. Por favor —dijo Grace—. Ve corriendo a

casa y trae el libro de *mamaidh*. Te esperaré aquí mismo. Te lo prometo.

SIA-DEUG / DIECISÉIS

Doll aporreó la puerta. Oía a las chicas al otro lado, estaban riéndose y chapoteando en el agua. Empujó la madera y el pestillo crujió bajo la presión.

—¡Daos prisa! —gritó—. Dejadme entrar.

—Pareces un trol entre hadas. ¡Déjanos en paz!

Su madre había aparecido al final de la escalera. Se había hecho el moño de ir a la iglesia, pero seguía con el vestido de andar por casa.

—Eso te pasa por revolcarte en tu propia mierda. Deja que tus hermanas se bañen tranquilas.

Doll sintió la resaca agitarse en su interior. Allí plantado, con aquellos calzoncillos de abertura en Y, estuvo a punto de decirle que él no se revolcaba en su propia mierda. Que se levantaba a las tres de la mañana, seis días a la semana, todas las semanas del año, para que pudieran echar las nasas antes de que despuntase el alba, y que aquel fin de semana de comuniones era la única vez que podía despertarse y ver amanecer desde su propia cama.

—Necesito cagar, mamá.

—Pues tendrás que ir detrás del cobertizo —dijo ella—. No voy a sacar a cuatro niñas de la bañera. Bastante tarde vamos ya.

Era una mañana glacial de marzo. Tras hacer sus necesidades detrás del cobertizo y lanzar a patadas sus propios excrementos a la fosa de purín, Doll regresó corriendo a la casa. La puerta estaba

cerrada. Sobre el escalón de la puerta de atrás lo esperaba una palangana con agua.

Su madre le había prohibido usar el fregadero de la cocina, decía que tenía los hombros demasiado anchos y que la casa acababa siempre perdida de agua de tanto que salpicaba.

Se lavó a toda prisa. Empapó la toalla y empezó a enjabonarse. Le salía vaho de la boca y, mientras el agua le corría por la espalda, no dejaba de resoplar, brrr brrr brrr. Se arrancó la suciedad de debajo de las uñas y se restregó el cuero cabelludo con un cepillo de cerdas duras. Quería desprenderse del olor del barco, del hedor de las langostas, del diésel que le atravesaba los poros. La iglesia estaría hasta los topes y no quería que las muchachas lo mirasen como si fuera un pobre pescador. Les tenían afecto a los pescadores —sus abuelos o sus tíos lo eran—, pero ninguna quería casarse con uno.

Sarah salió de la cocina con una olla de agua hirviendo. Doll ya se había lavado cada centímetro del cuerpo y estaba temblando en la parte de atrás con aquellos calzoncillos dados de sí y translúcidos por la humedad. Ella comprendió enseguida su error: aunque su hijo estaba bastante a salvo de las miradas indiscretas, si alguna de las viejas beatas llegaba a verlo así, caería fulminada en el sitio en pleno día del Señor. Pese a todo, mientras corría a taparlo con toallas, le sobrevino un súbito orgullo maternal. Su hijo era un ejemplar magnífico, un hombre de verdad, más fuerte y, por lo poco que acababa de entrever, mejor dotado que su padre. No se explicaba cómo las mozas del pueblo no se lo estaban rifando. Qué pena que no pudiera amarrar a un hijo como si fuese un poni, pasearlo arriba y abajo en ropa interior y dejar que las muchachas lo admirasen de camino a la iglesia.

Le enjabonó el cogote y le pasó la navaja de afeitar de su padre.

—¿Cuánto tiempo más vais a seguir enfadados?

—Yo no soy el que está enfadado. Así que vas a tener que esperar.

—No sé cómo podéis estar siempre así, los dos solos en el mar. Pero ese es el problema. Os pensáis que no hay nadie más en el mundo, y al resto no nos queda otra que estar en medio. ¿Qué he hecho yo para merecer a dos hombres tan tontos? —Doll se secó la cara con una esquina de la toalla. Sara siguió diciendo—: Si un hijo sale bueno, parece que es por mérito propio. Pero si sale rana, la culpa es de la madre. ¡Con la ilusión que me hacen las comuniones! Llevo semanas limpiando y ninguno de vosotros se ha dignado a echarme una mano. —Limpió la cuchilla en el delantal—. Anoche había ocho coches delante de la casa de tu tía Beady, ocho, Dhòmhnaill. Y aquí ni uno. Me he hartado de cocinar y de preparar dulces para nada. A ver, dime, ¿qué he hecho yo para que me hayas salido tan egoísta? —Él cerró los ojos y rezó para que aquello terminase de una vez—. Figúrate tú, nuestra casa vacía y la gente matándose por las sobras de Beady. —Sabía que Doll tenía la piel delicada, así que procuró afeitarle de una única pasada—. Invité a Donalda a tomar el té y lo primero que me preguntó es si tú estarías aquí. Vamos a ver, ¿dónde ibas a estar si no? Me dijo que le preguntaría a James y que ya me diría algo. ¿Desde cuándo necesita preguntarle nada a su marido? Siempre viene a tomar el té. —Doll intentó responder, pero Sarah le empujó la cabeza hacia delante. Le pasó la cuchilla por los hombros para quitarle esos vellos dorados que tanta pena le produjo ver la primera vez que, de adolescente, Doll le pidió que se los afeitara—. Todo el mundo pendiente de nosotros y tú allí, borracho como una cuba a las tres de la tarde.

—No estaba borracho.

—¡Claro que sí! Te pasaste una hora entera diciendo disparates. No dejabas de sonreírle a la tal MacIver como si fuera una estrella de cine. La gente no sabía qué decir. No sabían dónde meterse. Y luego volviste aquí y te quedaste frito encima de la mesa.

—Estaba cansado, mamá. Había estado en el barco. Siempre estoy en el barco.

—¡Apestabas a alcohol! Y todo el mundo se dio cuenta.

Doll tenía la cabeza inclinada mientras unas lágrimas de frustración empezaban a gotearle desde la punta de la nariz. Si alguien lo veía, diría que se le había metido jabón en los ojos.

—Trabajo todas las horas que Dios me da. Cada penique que gano vuelve a esta casa. No tengo ahorros. No puedo irme a ninguna parte porque tengo un coche que no arranca ni a la de tres…

—Y la cantidad de dinero que se te va en alcohol, ¿qué?

—No tengo ni una semana libre en verano, mamá. ¿Vacaciones pagadas? Ya me dirás de dónde va a sacar papá el dinero. Los chicos de mi edad se van a Zante o a Ibiza. ¡Yo como mucho voy a Uist, y con suerte!

Sarah apoyó las manos en sus hombros.

—Tienes que dejar de beber así o tu padre acabará haciendo una locura. —No conseguía rodearlo del todo con los brazos, pero lo intentó. Le besó detrás de la oreja—. Ahora entra. Y come algo que nos espera un día muy largo.

Encorvado en un taburete en el que casi no cabía, Doll se dio la vuelta, harto de su propia tristeza. Su madre lo miraba con una compasión insoportable. Él le agarró el brazo y tiró de ella hasta sentarla en sus rodillas. Luego hundió la barbilla en su cuello, en el

sitio donde más cosquillas le hacía. Era algo que Sarah había hecho con todos cuando eran pequeños, cuando los mandaba a la cama, y sus hijos, desbordados de amor hacia ella, no paraban de temblar y de reírse.

Se fue a desayunar a su dormitorio. A su padre no le parecía bien, pero su madre lo hizo callar, convencida de que había llegado con Doll a una especie de acuerdo. Arriba, en su cuarto, se puso a hacer flexiones y, entre serie y serie, se metía en la boca trozos de salchicha y huevo. Luego, todavía con la boca llena, se embadurnó el cuerpo de desodorante.

Se había comprado unos zapatos nuevos por catálogo que había reservado para las comuniones. Tenía una corbata nueva, más estrecha de lo normal. La diferencia apenas era apreciable, pero todo el mundo la apreciaría. Irrumpió en el cuarto de sus hermanas y se examinó en el espejo de cuerpo entero, satisfecho con su propia imagen. Solo necesitaba un trago para entonarse un poco y reunir el valor para hablar con las chicas sin trastabillarse, que es lo que siempre le pasaba.

Salió por la puerta de atrás. Rodeó la casa hasta llegar al esqueleto calcinado de la vivienda de su abuelo. Bajó al interior derrumbado, se puso de rodillas y trató de localizar el agujero que había excavado bajo los cimientos. Hundió la mano, ensuciándose el puño de la camisa nueva, hasta que tocó el vidrio rugoso de la botella de ginebra.

Sarah había dejado muy claro que quería que toda la familia fuese junta a la iglesia, pero Doll había desaparecido después del desayuno; seguramente seguiría de mal humor o se habría acercado a otras casas con la esperanza de acompañar a alguna muchacha a la iglesia. Donnie, por su parte, se había marchado temprano; por lo visto, aún le quedaban cosas por organizar, paños que doblar y bancos que colocar.

Mientras recogía los últimos platos del desayuno, deseó que Isla estuviese allí. Isla siempre sabía cuándo tomarle la delantera y allanarle el camino. Siempre sabía cómo saludar a la gente, cómo iniciar una conversación con naturalidad y ahorrarle el mal rato de no saber qué decir.

Al atravesar la cocina una última vez para comprobar que todo estuviese en orden, quitó unas migas y unos granos de sal esparcidos sobre el mantel. Eilidh había llegado a esa edad en que quería echarle sal a toda la comida, aunque detestara el sabor. Solo le interesaba el ritual, lo adulta que se sentía al hacerlo. Cogía una pizca y fingía espolvorearla sobre los huevos antes de esconder el resto bajo el borde del plato. Sarah suspiró mientras recogía la sal con la mano. Iba a tirarla al fregadero, pero algo la detuvo.

Hizo salir a sus hijas de la casa, que bajaron por el sendero esquivando nasas y piezas de barco desperdigadas. Pasaron junto al Ford Capri verde espárrago que Doll le había comprado a uno de sus compañeros de pesca y que llevaba cuatro años intentando restaurar. Aquel coche no había recorrido ni un solo kilómetro, era un desperdicio absoluto de dinero. Doll lo adoraba por cómo le hacía sentirse, por la sensación de poder que le daba. Sarah se detuvo y

comprobó que no estuviera dentro, bebiendo solo en el asiento de atrás.

Sus hijas la esperaban ya junto a la verja y estaban empezando a impacientarse. Sarah les hizo un gesto para que siguieran y, una vez que se fueron, abrió el depósito de combustible.

Echó la sal y las migas dentro.

Se limpió las manos en la falda y se puso los guantes.

Había gente saliendo de las casas de los alrededores. La de Beady estaba llena. En la de Licky estaban sus hermanas, sus hijos y los hijos de sus hijos.

Doll amaba y odiaba a la vez la Cena del Señor. No soportaba las reuniones interminables de oración, pero después de pasarse el día entero en el barco con su padre, la temporada de comuniones le parecía la única oportunidad de estar con otros jóvenes, con gente que no fuese Cal Macleod.

Durante varias semanas visitaban el resto de las parroquias y, cuando se acercaba el turno de recibir a todos en la suya, las mujeres limpiaban cada rincón de sus casas para preparar los encuentros. Sacaban las alfombras fuera y las sacudían, descolgaban las cortinas y las dejaban en remojo toda la noche. Las semanas previas a las comuniones, los tendederos se llenaban de elegantes vestidos pedidos por catálogo, y la carretera de la cinta parecía relucir ante la idea de reencontrarse con viejos amigos. Era un soplo de vida en un marzo, por lo demás, triste y sombrío.

En la iglesia flotaba una alegría contenida. La gente que no se había visto desde el último encuentro compartía sus novedades en

voz baja. Las mujeres se observaban con atención minuciosa y, al mismo tiempo, aparentaban que todo era casual e insignificante.

La iglesia se había dividido para el oficio. Había un paño blanco sobre el respaldo de uno de los bancos. Delante se encontraban la mesa del Señor y los asientos reservados para quienes habían progresado en su fe y serían salvados. A ellos se unirían quienes acababan de profesar su fe en Dios, y todo el mundo tenía una gran curiosidad por ver quién cruzaría más allá del paño, quién estaba preparado para entregarse a Jesús. Nadie de Falabay dio un paso al frente aquel día, pero una joven viuda de Huisinish dejó a sus hijos pequeños al cuidado de una vecina y fue a reunirse con los salvados. Después, las gemelas Doig —que iban un curso por detrás de Doll e Isla— dejaron a su padre solo y fueron a sentarse junto a su madre.

Detrás del paño se sentaban el resto de los feligreses, los excluidos de la salvación de Dios.

Doll se volvió hacia los desafortunados y vio que Cal Macleod estaba mirándolo fijamente. Apartó la vista de inmediato. Le apretó la mano a su madre y empezaron a intercambiar mensajes silenciosos, como si fuese un juego. Sus ojos se detuvieron en las muchachas que habían acudido a las comuniones. Le gustaban Kirsty y Fiona Johnson, pero eran las más guapas de todas y lo sabían, y también sabían quién era él. Claire Moss tenía un rostro dulce y sereno, y unos ojos marrones y tristes, pero sus padres eran ya mayores y el futuro que le esperaba era quedarse al cuidado de ellos. Si pudiera pedir cualquier cosa en el mundo, pediría echarse una novia para el verano, alguien con quien sentarse en la taberna, alguien con quien encender fogatas en la playa. Escrutó al resto de las fieles y acabó deteniéndose en Margaret Ann MacIver. Había en

ella una timidez que despertaba en Doll un instinto protector. Apenas la conocía, no sabía siquiera qué le gustaba de ella, pero pasó los siguientes cinco minutos fantaseando con la idea de convertirse en su héroe.

La estaba observando cuando una sombra cayó sobre él.

El reverendo Rose apoyó una mano sobre el banco.

—Dhòmhnaill. Una palabra, por favor.

Cuando Doll se puso en pie, todos los representantes que habían acudido de otras iglesias hicieron lo propio. Fue aquel levantamiento repentino de hombres lo que silenció las conversaciones. Algunos alzaron la vista hacia el techo, como si temieran que pudiera venirse abajo, como si los elegidos se hubiesen levantado al unísono para sostenerlo.

—*¿De verdad hacía falta ser tan cruel?* —preguntó Cal en la oscuridad.

—*Nadie pretendía ser cruel.*

—*Doll estaba muerto de la vergüenza.*

—*Esa era justamente la intención.*

John estaba tumbado en la estrecha cama de Cal mirando las estrellas fosforescentes tan cutres que estaban pegadas al techo. Había cedido su propia cama al viejo Beattie y su esposa, que habían venido hasta Falabay con motivo de las comuniones. Cal, por su parte, le había cedido la suya a su padre, y estaba durmiendo en el suelo sobre unos cojines que se separaban como placas de hielo a la deriva.

Cal había visto a Doll entrar pavoneándose en la iglesia, con los hombros echados hacia atrás y apestando a Kouros. Pero en cuanto los fieles de otros pueblos ocuparon sus bancos, el reverendo Rose lo apartó a un lado. Todas las miradas se clavaron en ellos mientras los miembros del consejo avanzaban hacia el rincón más apartado. El reverendo le dijo algo a Doll en voz baja y, aunque la iglesia había quedado sumida en un silencio tenso, nadie alcanzaba a oír lo que se decía. Pero lo importante no era el contenido —eso podían imaginarlo todos—, sino el modo en que aquellos hombres formaron un semicírculo a su alrededor. Eso bastaba para entenderlo todo. De vez en cuando, cada vez que alguno de ellos cambiaba el peso de un pie a otro, Cal lograba vislumbrar a Doll. Vio cómo se esforzaba por mantener la dignidad, y cómo la expresión de su rostro dejaba atrás el arrepentimiento y la vergüenza para dar paso a una mueca desafiante y fanfarrona, una sonrisita inmadura que ponía en evidencia lo dolido que estaba.

—Hemos hablado con él en privado, en público, delante de su madre y delante del reverendo. Se niega a dejar esa bebida infernal. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—No lo sé, papá. Pero eso no.

Eran habituales las historias de hombres y mujeres de la congregación que caían en la bebida para luego renacer en la fe y convertirse en uno de los *cùramach*: los prudentes, los modelos de vida recta y limpia. Las Escrituras ofrecían orden y disciplina. Prometían una salida del caos y la niebla del alcohol, una última oportunidad para que incluso aquellos que habían tocado fondo pudieran redimirse. Pero Doll parecía empeñado en boicotear su propia salvación.

—Pues la habéis cagado —dijo Cal, envalentonado por la oscuridad—. *Lo habéis humillado delante de todas las chicas que le gustaban desde que era un crío. Ahora sí que va a tener ganas de beber.*

—Baja la voz —murmuró John—. *La semana pasada, Flash lo encontró en una cuneta. Tirado allí de cualquier manera. ¡En una cuneta! Flash iba en el coche de camino a casa y vio como un bulto a un lado de la carretera. Pensaba que sería algún animal muerto. Estaba obstruyendo el desagüe y la carretera se estaba inundando con la lluvia, así que se bajó del coche con intención de apartarlo.*

John exhaló de forma abrupta.

—Nadie me había contado nada de eso.

—No formas parte de la iglesia. Si formaras parte, quizá te enterarías de las cosas.

—Buen intento.

John se giró de lado en la cama.

—Están pensando en trasladar a Doll al cobertizo.

—¿Van a meterlo con las ovejas?

—Hay chicas jóvenes en esa casa. Este es el momento de ponerse firme con el muchacho. ¿Qué otra salida tiene Donnie?

—¡Cualquier cosa menos eso! —Cal se incorporó sobre un codo—. *¿Doll lo sabe?*

—No, y tú no vas a decírselo —respondió John—. *Donnie no puede más con su mal genio, está harto de que vomite todas las mañanas. Dice que está siempre borracho y que es un peligro en el barco. Y sus hermanas se dan cuenta. Lo ven todo. ¿Qué ejemplo está dando?*

—Por favor, papá —insistió en inglés—. No podéis dejar que metan a Doll en el puto cobertizo.

—Shhh. *¡El viejo Beattie te va a oír!* —John trató de buscar a su hijo en la oscuridad para arrearle un golpe, pero no lo alcanzó—. *Bastante tengo yo con mantenerte a ti en el buen camino.*

Doll Macdonald era la menor de las preocupaciones de John. Sus pensamientos emigraron hacia Innes. Innes en la iglesia, un buen hombre sosteniendo la mano de su padre, como si el anciano fuese de nuevo un niño. Recordó la mirada que habían compartido mientras él esperaba junto al púlpito secundario. Durante la celebración de los salvados, el reverendo había escogido un pasaje de los Corintios como advertencia solemne para los justos. «¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios». No había sido más que un cruce fugaz de miradas, pero John había visto el dolor en el rostro de Innes, e Innes debió de ver la vergüenza en el suyo.

Cal volvió a dejarse caer. La parte de atrás de su cabeza dio contra el suelo con un golpe seco.

—*Si meten a Doll en el cobertizo, yo me iré a vivir allí con él*.

John se rio por lo bajo.

—*Solo a ti podría parecerte divertido un castigo*.

—*Ya se le pasará lo de beber. ¿Acaso tú nunca tuviste veinte años?*

—*Acaba de cumplir los veintiuno. Y no* —aseguró—. *Yo jamás pasé por algo así.* —John volvió a ponerse boca arriba—. *Entonces*

¿quieres que le diga a tu abuela que os cosa unas cortinas? ¡Los solteros de oro de la isla lunar viviendo en un cobertizo! Las muchachas van a hacer cola para ir a veros.

—No dejes que metan a Doll en el cobertizo. Por favor.

Pero John no dijo nada más. Permaneció tumbado en la oscuridad, irritado por la indignación de su hijo.

Podría haber comprado un colchón hinchable para los Beattie, pero en el fondo siempre había disfrutado de aquellos momentos durmiendo en el cuarto de su hijo. Hubo una época en que Cal siempre le pedía que le sujetase la mano hasta quedarse dormido. Aquella mano pequeña y perfecta. John le decía que no, que ya era un niño mayor y que se durmiera de una vez, pero en secreto le complacía que Cal insistiera, que aquella manita trepase hasta la cama como una araña. Le encantaba despertarse por la mañana y descubrirla escondida dentro de la suya.

SEACHD-DEUG / DIECISIETE

John se apoyó en el redil y cruzó un pie sobre el otro. Echó un vistazo a su alrededor y, tras hacer balance de todo lo que aún tenía, sintió que la pesadez habitual se aligeraba un poco. Las ovejas estaban gordas. El viento se había calmado. Su hijo había vuelto a casa. Su amigo estaba a su lado.

Con sus gorras bien caladas, los hombres observaron cómo Cal subía la colina y se preparaba para hacer bajar a las ovejas. Innes desenroscó el termo y le ofreció a John el primer trago.

—*Sorley y mi padre tienen más viajes pendientes.*

—*Ya me parecía a mí que estabas de mejor humor.*

—*Será una especie de gira de despedida. Mi padre quiere aprovechar para ver a sus hermanas y a mis primos antes de…, en fin.* —Los hombres hablaban sin mirarse. Las alas de sus gorros les tapaban los ojos y apenas movían los labios. Alguien que los hubiese visto desde la carretera habría creído que estaban allí pasando la tarde en un silencio pétreo—. *Igual podríamos aprovechar que no están e irnos por ahí un par de días. Eeeh…, no hace falta que sea muy lejos. Al continente. A algún sitio donde la gente no nos conozca. A Aberdeen. O a Edimburgo, aunque son más horas. Siempre te estás quejando de que nunca has ido.*

—*Ya estoy un poco mayor para castillos.* —John señaló con la cabeza hacia su hijo—. *Imagínate si le digo a ese que me voy a*

Edimburgo.

—Pues no se lo digas. —Innes tomó un sorbo de té. Dejó descansar el labio inferior sobre el borde del termo, justo donde había bebido John—. *Podríamos decir que vamos a mirar furgonetas Transit. Necesito una nueva. Seguro que a la gente le parecería normal que me acompañaras para darme tu opinión.*

—¿Estás diciendo que me vaya contigo… así sin más?

—Eeeh…, no sería prudente viajar solo. No llevando tanto dinero encima.

Cal había alcanzado ya la cima de la colina. Los hombres observaron cómo llamaba a los perros para que acudiesen a su lado. John agradecía que Cal se hubiese ofrecido a ayudar a bajar el rebaño; había mucho desnivel y, con la humedad, la rodilla le estaba dando guerra. Cal le había dicho que le vendría bien mantenerse distraído, pero cuando John se rio y le preguntó de qué necesitaba distraerse, él se limitó a encogerse de hombros. Ahora estaba viendo cómo su hijo llamaba a Bess mediante silbidos y la vieja perra se agachaba casi a ras del suelo e iba deslizándose colina arriba hasta situarse por encima de la oveja guía. Seguidamente, Bess empezó a reunir el rebaño. Se movía como una mano paciente apartando granos de arroz de una mesa. Trabajaba deprisa a pesar de la úlcera de la pata. Aquella perra era una bendición.

Tick era un perro más joven, nervioso e impulsivo. Completamente negro, no había heredado las manchas blancas de su madre. Sus ojos ambarinos despedían un brillo travieso. Iba y venía por la cresta de la colina obligando a las ovejas a girar hacia la ladera para alejarlas del lado expuesto al viento. El rebaño podía bajar sin problemas, pero bastaba con que una sola oveja se desviara y

rompiese la fila para que las demás la siguieran y acabaran dispersándose como las cuentas de un collar roto.

—*¡Heeey! ¡Ojo con ese cordero!* —gritó John.

Cal localizó al cordero rezagado.

—*Prométeme que lo pensarás al menos* —insistió Innes—. *Puedo reservar dos habitaciones separadas en un hotel grande, si eso es lo que te preocupa. Un hotel grande en una ciudad grande, en algún sitio donde la gente no nos conozca.* —Innes interpretó mal la expresión de John, que no era de confusión, sino de desconcierto ante aquella osadía repentina—. *Solo usaríamos una habitación. Pero reservando dos, nadie sospecharía nada.*

A Innes siempre le daban arrebatos extraños cuando su padre y Sorley estaban fuera. Sacaba libros de cocina de la biblioteca y, después de ir a Inverness a comprar un montón de ingredientes extraños, invitaba a John a su casa para cocinar juntos: comida india, italiana, griega. Pedía cintas VHS y le proponía pasar tardes soleadas viendo *Tenko*, *El pájaro espino* o *Hechizo de luna*, acurrucados en el sofá y con las cortinas corridas para mantenerse a salvo del mundo exterior. Tenía revistas sobre la comunidad gay y leía escritos que pedían abolir la sección 28, o sobre Derek Jaram, el director de cine que había creado un jardín junto a un reactor nuclear. Admitía abiertamente que ellos eran «gais». Y John lo soportaba en silencio. Y lo odiaba.

—*¿Dè?* —preguntó Innes—. *¿Y bien?*

—Así que va a ser una excursión pecaminosa. —Le pareció que en inglés sonaba más gracioso, más ridículo.

Innes negó con la cabeza.

—Eres un capullo. *No. No solo pecaminosa. Aunque también, sí, eso espero, si al diácono no le parece mal del todo. Pero también quiero que sea un viaje para caminar, para perdernos por ahí un poco y, no sé, estar cerca de ti.*

—*Ya estás cerca de mí.*

Innes se llevó el té a los labios, pero se detuvo.

—*Haces que me sienta muy solo.*

—*Estoy aquí, contigo.*

La sonrisa de Innes se apagó. Cambió al inglés porque John estaba siendo cruel y porque el inglés era la lengua de los negocios, y quería que prestase atención a cada palabra.

—Me gustaría escapar de la rutina, no soporto hacer todos los días lo mismo. Me gustaría ir contigo a una galería y quedarme delante de un cuadro mientras me enseñas cosas sobre los colores. Me gustaría perderme contigo, John. Caminar por una ciudad sin rumbo, empezar en el centro y llegar andando hasta las afueras…, fisgonear por las ventanas de las casas e imaginarnos viviendo allí. Me gustaría que, de vez en cuando, me dieras una palmadita en el culo solo para decirme que me dé prisa. Me gustaría sentarme contigo en un pub mientras cae la lluvia y hablar sin preocuparme de que alguien nos conozca.

—Sabes que hablar no es lo mío.

—Sabes que eso nunca me ha importado.

—¿Y qué dirá la gente cuando volvamos sin una furgoneta nueva?

—Dirán que Innes MacInnes tiene suerte de tener un amigo como John Macleod. Un buen amigo que no iba a permitir que los del continente lo timasen.

Un cordero descarriado, un borrego joven y rollizo, estaba al borde de un saliente de anortosita. La pared se había desprendido, la caída sería fatal. John observó cómo Cal llamaba a Tick con un chasquido. Consiguió que el joven perro se colocase bajo el saliente para apartar al borrego del borde. Pero Bess seguía concentrada en su cometido mientras descendía por la pendiente. Cuando la perra se acercó, el cordero quedó aislado del rebaño. Dio un balido al resbalar y una de las patas quedó sin apoyo. Durante un instante horrible trató desesperadamente de aferrarse a la roca antes de caer.

Cal, que estaba subiendo la ladera, salió corriendo en cuanto lo vio. Aunque no consiguió atrapar del todo al borrego, sí evitó que se estrellase contra las peores rocas. La cara del animal impactó contra una piedra y, durante un momento de estupor, John creyó que se había destrozado el cráneo. Cal contuvo la respiración y le palpó la mandíbula en busca de alguna fractura.

Aturdido, pero de una pieza, el animal comenzó a chillar para que lo soltara.

Los perros condujeron el resto de las ovejas hacia el redil y Cal reunió de nuevo al borrego con el resto del rebaño.

John señaló con la cabeza al joven carnero.

—*Vaya con el borreguillo. Va a ser un buen semental*.

Estaba satisfecho con el rebaño. El hombre de Leverburgh que hacía las ecografías había estado no hace mucho para ver cuántas ovejas estaban encinta. De las treinta y seis ovejas de John, solo cinco habían quedado sin preñar y muchas parirían gemelos.

Innes le dio un tironcito al vellón del borrego caído.

—*Eeeh*…, *tengo que decirles a los de Uig que este año no podré ir para el esquileo.* —Era una variante de la queja que repetía todos los años. No había esquiladora capaz de cortar el vellón reseco de las ovejas de Uig, curtidas por los vientos de la costa atlántica—. *Este año no pienso hacerlo*.

John y Cal se miraron. Ninguno de los dos lo contradijo.

Sabían que Innes acabaría yendo, no por el dinero —contando el gasto del diésel, al final le salía a perder—, sino porque la gente dependía de él y no era capaz de fallarles.

John cogió la mano de Cal.

—*Toca* —le dijo a Innes y le acercó la mano de su hijo.

Innes pasó los dedos por los callos.

—*Eeeh*…, *ya va cogiendo forma.*

Cal se preguntó cómo podían notar nada con la piel tan curtida como la tenían.

—*Tierra y sal y ovejas y mierda. Hacía mucho que no olías así.* —John le dio un empujón a Cal para que volviese al trabajo—. *Eso está bien.*

Los hombres fueron revisando una a una las ovejas, recortando pezuñas, levantando colas y mirando bajo el vellón por si había gusanos. La mañana transcurrió en paz y John se permitió soñar despierto. Se imaginaba a sí mismo haciendo turismo con Innes en Edimburgo. De forma puntual, cuando estaba seguro de que Cal no estaba mirando, se paraba a observar a Innes y pensaba en lo afortunado que era.

A las diez desenvolvieron los bocadillos y se pusieron a almorzar. John se sentó un poco apartado y se quedó observando cómo Cal e

Innes charlaban. Se preguntó si Innes seguía siendo guapo, era un rostro tan familiar para él que a menudo daba por hecho que lo era.

Tenía cara de isleño. Parecía surgido de un tiempo anterior a las Clearances, cuando miles de campesinos fueron expulsados de las Tierras Altas y las Hébridas. Tenía un rostro honesto, ajeno a las modas del mundo exterior. Las orejas, algo despegadas, le daban un aire de persona fiable y bondadosa, que, de hecho, es lo que era. Mientras se tomaba la leche, John pensó en su cuerpo, en sus músculos fibrosos, en su pecho cubierto de un vello claro, en sus glúteos firmes después de tantos años caminando por las colinas. Le sobrevino una punzada en el pene y juntó las piernas para ocultar la erección. Apresado entre los muslos, podía sentir el agradable latido de su miembro.

—*¡John!* —dijo Innes—. *¡Mira esto!*

John tuvo que darse la vuelta y fingir que recogía las cosas del almuerzo mientras realojaba el pene erecto bajo la cinturilla del pantalón.

Innes estaba inclinado sobre la valla del redil sosteniendo un corderillo al que su hijo había marcado con el color de los Macleod. Un tono cobrizo intenso que había aplicado sobre la nuca de los animales en lugar de en los costados. Parecía que llevaban pelucas pelirrojas descolocadas por el viento. A Cal le encantaba.

John amagó con darle una patada a su hijo, pero este se apartó de un salto.

—*Eeeh*…, *venga, hombre, tiene su gracia*.

Innes dejó el cordero de nuevo dentro del redil.

Ver a los hombres que amaba conspirando contra él lo llenó de una dicha inesperada. Tuvo una fantasía extraña y profana en la que

Innes y él formaban una familia y Cal era el hijo de ambos. Vivirían así todos los días, sintiéndose útiles, tranquilos, felices en su propia tierra, a la espera de que algún día Cal se casara con una chica de la isla y llenase el *croft* de nietos.

Innes habría sido un padre bueno y tolerante. Habría sabido afrontar con paciencia las noches de cólicos y llantos, y habría mantenido las preocupaciones prácticas de los adultos al margen de los hijos.

Al verlos juntos, John estaba seguro de que Cal habría querido a Innes como padre, quizá más que a él mismo.

—*¿Te encuentras bien, Johnnie?* —le preguntó Innes al advertir aquella expresión extraña en sus ojos.

John tumbó una oveja para examinarle la vulva hinchada.

—*Sí. Bien*.

—*Se está haciendo viejo* —dijo Cal con una sonrisa—. *Igual le está fallando la memoria y no se acuerda de quién eres.*

Por la tarde, mientras trabajaban, John escuchó cómo Innes le preguntaba a Cal por la universidad y por el tiempo que había pasado fuera de la isla. Al principio, su hijo respondía de forma escueta, decía cosas como «bien, bien». Tampoco usaba palabras como «estupendo» o «fatal» que revelasen demasiada emoción. Pero Innes insistía, formulaba pequeñas preguntas curiosas, y Cal terminó dejándose llevar por la conversación.

—Vino un grupo de ejecutivos suecos a la universidad —dijo Cal—. Nos pidieron que ideásemos conceptos para interiores de coches, en plan vehículos del futuro. Dijeron que las fronteras entre interiores, moda y automóviles eran cada vez más difusas. Que la gente quería

expresarse en todos los aspectos de su vida y no limitarse a aceptar lo que le ofrecía el fabricante.

—Eeeh…, imagínate las viejas cortinas de mi madre colgadas dentro de la furgoneta de las ovejas, John.

—Los ejecutivos dijeron que elegirían algunos proyectos y que las mejores ideas pasarían a la fase de fabricación. O sea, que podrían acabar en coches de verdad…

John clavó la pala en la tierra.

—¿Y quién tuvo la mejor idea?

—*Mise*. —Cal miró a su padre—. Yo.

—A mí nunca me cuentas esas cosas.

—Tú nunca me preguntas.

John apartó la vista un instante y, cuando volvió a mirar, vio cómo Cal le daba a Innes un empujón en el hombro, en broma. Se estaba riendo de alguna broma privada. Pero después, Cal frunció el ceño y quitó con la mano la marca que había dejado en el jersey de Innes. Le apretó el hombro como diciendo «listo, ya está bien». El contacto se demoró una fracción de segundo de más, y John vio cómo los hombres intercambiaron una mirada que parecía encerrar algo más.

A última hora de la tarde estaban todos cubiertos de mugre, una suciedad que olía a mierda y a monedas de cobre. El tiempo estaba cambiando. La fábrica empezaría a enviar más urdimbres y, gracias al cobertizo de Innes, las ovejas no habían perdido apenas peso. Empezaron a hablar de la época de partos. Acordaron vigilar por turnos los rebaños durante la noche.

Innes estaba usando un cayado para separar a los carneros de las ovejas.

—Oye, Cal, ¿tú sabes algo de electrónica? Es que me compré un transistor de segunda mano. Se había soltado uno de los solenoides y por eso me lo dejaron muy barato. Mi idea era volver a soldarlo, pero ese cacharro es una maraña de cables por dentro. No sé dónde va cada uno.

—Bueno, se me cayó el walkman y conseguí arreglarlo.

—¿Un… walkman? —se burló—. Eso lo arregla hasta un niño.

Innes tenía un cuarto repleto de radios y transistores. John le había dicho a Cal que parecía la sala de control de un submarino y que veía absurdo gastarse tanto dinero en eso. Tenía radios de largo alcance, una máquina de código Morse, emisoras de radioaficionado y un equipo de CB con el que podía hablar con taxistas del continente, algo que, por alguna razón, despertaba en John unos celos bastante infantiles.

—Se te da bien la electrónica, John. ¿Vendrás a echarle un vistazo?

Lo oyeron antes de verlo.

El coche azul asomó por la curva y se detuvo al lado de ellos. La conductora dejó el motor en marcha, el vehículo emitía un suave ronroneo.

—Que Dios nos asista —dijo Innes—. Otra vez esta.

La mujer llevaba uniforme de enfermera. Se había echado sobre los hombros un abrigo *balmacaan* de hombre como si fuese una capa. Llevaba un uniforme reglamentario bastante mediocre, pero aquel cuerpo parecía esculpido por Dios y la tela realzaba sus curvas

generosas. John e Innes apartaron la vista. Cal no pudo evitar mirarla.

La enfermera tenía dificultades para cruzar el terreno pantanoso, así que Cal trepó por el terraplén para ayudarla. Le tendió la mano, pero cayó en la cuenta de que tal vez era un gesto demasiado íntimo y le ofreció el brazo.

—*Halò* —dijo Cal—. *Is mise Calum*.

—¿Perdón? ¿Calum? Yo soy Anna-Marie.

John la observó acercarse. No llevaba maquillaje, pero su rostro lucía impecable: mejillas armoniosas y redondeadas, pelo negro azabache recogido en una pinza de color marfil. Aunque había cierta preocupación en sus ojos castaños, la mujer forzó una sonrisa para que Cal se sintiese cómodo. El suave balanceo de su cuerpo sería capaz de hacer volver la cabeza a la mayoría de los hombres, y John vio cómo Cal se sonrojaba y se quedaba sin habla.

Cuando llegaron al redil, la enfermera pareció decepcionada al ver a Innes.

—Ay, cada vez veo peor —dijo—. Desde la carretera pensaba que eras Sorley. Llevo un rato buscándolo pero no doy con él.

—Ya se lo he dicho, señorita Di Rollo. Yo no soy el guardián de mi hermano.

Innes respondió con tanta frialdad que hasta John se quedó desconcertado.

La falda de la enfermera le llegaba por debajo de las rodillas, pero aun así había algo en aquellas piernas esbeltas que incomodaba a los hombres de mayor edad. Innes había llevado bocadillos de lengua para almorzar. Al terminar, dejaron el periódico en el que venían envueltos sujeto bajo una piedra. John cogió el papel

arrugado, lo desplegó con cuidado y se lo ofreció a Anna-Marie. La mujer cogió el periódico, se lo metió dentro del abrigo y lo puso justo delante de las piernas para que el bajo pareciera llegarle hasta los tobillos.

John advirtió que Innes estaba revisando ovejas que ya había inspeccionado.

—Sorley ha ido con mi padre unos días a Eriskay —dijo—. A ver a mi tía Mags. Ya sabe, para despedirse y todo eso.

—¿Despedirse? —preguntó ella—. Pero si a vuestro padre todavía le queda mucho tiempo. Se lo dije a Sorley.

—Hay que aprovechar mientras haga buen tiempo.

El periódico salió volando con una ráfaga de viento y todos lo siguieron con la mirada. Ahí estaban de nuevo sus espinillas, brillantes y afiladas, bajo el nailon negro. Cuando volvió a mirar a los hombres, Anna-Marie tenía los ojos húmedos de frustración.

—No puedo con tanta estupidez. Esa actitud de crío no tiene sentido.

—Bueno, nuestro Sorle…

—¡No! ¡Tú! ¡Todos vosotros! —dijo ella. John se giró hacia Cal. Luego miró a Anna-Marie, una orden silenciosa para que su hijo se deshiciera de ella. Cal dio un paso delante, pero Anna-Marie levantó un dedo para detenerlo—. Innes, ¿quieres decirme de una vez lo que sea que quieras decirme?

Innes miró a John y luego, para sorpresa de este, miró a Cal.

—No me corresponde a mí. Hace muchos años que no hablo con mi hermano.

—Pues escríbele una carta y ponla en la nevera con un imán. ¡Pero dile a ese cobarde que no pienso irme hasta que me lo diga a

la cara!

La enfermera se dio la vuelta y subió con dificultad por el terraplén hacia el coche. Cal fue tras ella para echarle una mano, pero rechazó su ayuda con un gesto.

Impotentes, los hombres apartaron la vista mientras la mujer se abría paso a duras penas entre las rocas. Soltó el freno de mano, trató de meter la marcha correcta y, tras dar varias sacudidas, el coche se caló. Se vio obligada a avanzar un buen trecho para poder girar y regresar por donde había venido. La observaron ejecutar veintitrés maniobras antes de conseguir dar la vuelta. John las contó.

Cuando por fin se fue, la cháchara entre los hombres se acabó y retomaron sus respectivas tareas en un silencio incómodo, fingiendo que todo requería una atención minuciosa.

Al cabo de un buen rato, Innes lanzó la pala al suelo y se fue.

John le dijo a Cal que terminase y siguió a Innes hasta la orilla.

Se mantuvieron de espaldas a Cal para que no pudiese leerles los labios. Al principio Innes no mencionó a la mujer. Empezó a quejarse de lo cambiante que era el mar, como si el mar hubiese sido predecible alguna vez. Pero John sabía que era mejor esperar, dejar que encontrase las palabras a su propio ritmo.

—Ese hombre ha hecho siempre lo que le ha dado la gana. Y ahora no se le ocurre otra cosa que meter a esta zorra en la casa. ¿Cuánto falta para que duerma bajo nuestro techo?

—Tu hermano no tiene ningún interés en ella, Innes. Ya has visto cómo la evita.

—Ah, sí que tiene interés. Eso seguro. El problema es que en verano cumple cuarenta y cuatro años y, que yo sepa, no le ha dado

un beso ni a la pared. Pero esta enfermera no se va a echar atrás. Un día le acercará los labios y se acabó. Y una vez que eso pase, ¿cuánto tardarán en formar una familia?

—No sé yo, eh. No es tan joven como parece.

—Eeeh…, exacto. No tiene tiempo que perder. Seguro que en cuanto se den dos besos, pasan por el altar. Luego tendrán hijos y yo acabaré siendo el viejo tío Innes. Y claro, me tocará irme a la habitación pequeña. Y luego, cuando llenen la casa de críos, a mí y a mis radios nos meterán en la despensa hasta que un día me tenga que ir al cobertizo y quedarme allí para los restos.

—Vamos, hombre.

—Sobre el papel, el croft *será mío, sí, ¿pero moralmente? ¿Qué hago cuando meta a su mujer y a sus hijos en la casa? ¿Cómo voy a sentarme a la mesa con ellos y hacer como si nada? Imagínate, tener que ver cómo otra familia celebra la Navidad y los cumpleaños, aguantar sus peleas, sus momentos íntimos.*

—Estás desvariando.

—¿Ah, sí? —Se volvió hacia John—. *¿Se supone que tengo que vivir mi vida viendo cómo los demás viven la suya?*

—Lo siento —dijo John—. *Yo no puedo darte eso*.

—Sí puedes, John. —Innes le clavó dos dedos en el pecho—. *Pero no quieres.*

John miró por encima del hombro de Innes y se quedó mirando el mar un momento.

—¿Y qué hacemos? —dijo al fin—. *¿Nos vamos a vivir juntos? ¿Alguna vez te has parado a pensar en lo que estás pidiendo?*

—Eeeh…, lo pienso todo el tiempo. No pienso en otra cosa. —Innes apartó la vista y observó a Cal trabajar con los corderos—.

Grace saldrá ganando si te quedas. Saldrá ganando si te quedas cuidando la tierra para que un día la casa pase a uno de los hijos de tu hermano. Podrías mudarte a la habitación de invitados, el cuarto de la radio, hasta que mi padre se muera. Si te mudas con nosotros, a Sorley no le quedará más remedio que irse. Ninguna novia querría compartir casa con dos viejos cabrones como nosotros. Por una vez me alegraré de que tengas tan mal carácter. Y entonces, pues, no sé.

—¿No sabes? —dijo John rápidamente— *Ya te lo digo yo*: *nos echarían de la iglesia.*

—Para Navidad ya no habrá iglesia que valga. ¡Está muerta! Tú lo sabes mejor que nadie.

—¡Y nos echarían la culpa a nosotros por vivir contra natura! No voy a ser el hombre que mate esa iglesia, Innes. ¡Nunca nos lo perdonarían!

—¿Quién es el que está desvariando ahora? —Innes respiró varias veces. Intentó calmarse un poco—. *A ojos de los demás, solo estaríamos viviendo juntos, ¿qué hay de malo en eso? Pensarían que estamos sin blanca, que es la verdad. Que nos estamos haciendo mayores y que vivir solo es difícil, que es la verdad. Que ninguna mujer en su sano juicio querría estar con nosotros, que es la verdad. Y que trabajar la tierra es demasiado duro para un hombre solo. Total, que piensen lo que quieran. Nunca se atreverían a decírtelo a la cara*. —Se secó la nariz con el dorso de la mano—. *¿Te acuerdas de Sadie y Roberta, las que tenían las cabras? Eran amigas de la infancia y vivieron juntas hasta bien entrados los noventa. ¿Y de Davey-Knees y el viejo Donald Greene? Vivieron muchos años felices bajo el mismo techo. Algunos creían que solo eran amigos, y luego*

estaban los cotillas malpensados que iban diciendo que hacían cosas sucias. Pero todos los domingos estaban en la iglesia, en primera fila, tan contentos. Y nunca llegamos a saber la verdad. Eeeh…, no le incumbe a nadie salvo a nosotros.

—*Le incumbe a Cal.*

—¿Está todo bien? —Se habían olvidado de que Cal estaba en el redil. John se apartó de Innes y al instante supo que había sido un error, como si al alejarse estuviese admitiendo alguna culpa. Por suerte Cal estaba secándose las manos en los pantalones y no percibió la tensión en sus rostros—. Entonces ¿esa era la novia de Sorley?

Innes negó con la cabeza.

—Según él, no. Dice que nunca ha habido nada entre ellos.

—Entonces Sorley es más tonto de lo que parece. Esa mujer es impresionante.

—Eeeh…, es encantadora. No muy refinada, pero encantadora.

—Vamos a ver… —John miró a Cal—. Una enfermera de mediana edad que las ha pasado canutas en la vida no es exactamente la idea que tenía en mente cuando dije que la mujer adecuada para ti acabaría llegando a su debido tiempo.

Innes sacó un paquete de tabaco del bolsillo y les ofreció un cigarro a cada uno. John llevaba tiempo intentando dejarlo, solo se fumaba uno por la mañana, pero Innes y Cal empezaron a fumar y al final él también se encendió uno. Se quedaron contemplando el mar en silencio durante un rato.

Cuando se calmó un poco, Innes dijo:

—Hace unos años, cuando a mi padre le hicieron el bypass, tuvo que ir a Glasgow para operarse. Sorley, que es un vago y un inútil,

decidió acompañarlo. Se quedó con una prima de mi madre mientras mi padre se recuperaba. Se lo tomó como si estuviera de vacaciones y me dejó todo el trabajo a mí. Lo cual no es ninguna novedad. —Señaló hacia la carretera—. Esa mujer, Anna-Marie, trabajaba de noche en la planta. Supongo que en algún momento coincidió con Sorley y empezaron a hablar y tal; además parece que mi padre le cae bien, cosa que no le pasa a mucha gente. Algunas noches dejaba que Sorley se quedara fuera del horario de visitas y se ponía a jugar al *cribbage* con mi padre. Luego, cuando mi padre se quedaba dormido, mi hermano iba a verla al control de enfermería. Quizá le hacía compañía o le leía algún salmo, «aunque ande en valle de sombra y muerte…». Lucas y los incrédulos, ese tipo de cosas.

—Las mujeres de hoy no saben apreciar a un hombre en condiciones —murmuró John para sí.

—En fin, gracias a Dios, a mi padre le dieron el alta y Sorley lo trajo de vuelta a casa. A esta mujer ni la mencionó, solo dijo que le había impresionado mucho el hospital y que las enfermeras eran muy amables. Y nada más. Pero entonces llegó una carta. Sorley no recordaba haberle dado la dirección, pero en fin, tampoco es muy difícil encontrar a alguien aquí. Y este verano aparece la mujer. Él jura que no la invitó, pero la tipa lo ha vendido todo y vive en una habitación alquilada en el pueblo. Ha dejado su trabajo en el Southern General y ahora es enfermera del médico local. Cuatro veces por semana recorre las islas en su cochecito azul para hacer visitas a domicilio y, de paso, buscar al grandullón de Sorley. —Las comisuras de la boca de Innes formaron una sonrisa triste—. Supongo que en algún momento mi hermano sintió algo por ella. Si

ella hubiese tenido más tacto, si lo hubiese dejado respirar, tal vez habría pasado algo. Pero ahora él está agobiado y lo único que hace es evitarla.

John arrojó la colilla a las rocas.

—Innes, si no te importa, creo que no voy a poder ir esta noche a mirar el transistor —dijo. No podía verle los ojos bajo el ala del sombrero, pero sabía que estaba decepcionado por el modo en que aflojó los hombros—. Y creo que comprarte una furgoneta nueva es tirar el dinero. A la que tienes aún le quedan muchos años.

Pensó que, en el fondo, era un acto de bondad decepcionarlo del todo, de una sola vez.

Innes se echó el sombrero hacia atrás. Su rostro estaba completamente sereno, pero se quedó observando a John tanto tiempo que Cal empezó a mirar a uno y a otro con cara de no entender nada.

Innes pidió hablar con él un momento a solas. John lo siguió cuesta arriba y cruzaron la carretera. Cuando llegaron al redil, Innes dijo:

—He tenido más paciencia que nadie…

—Lo sé, pero…

—No me interrumpas. Mi vida ha sido una interrupción constante.

—Yo no…

Innes lo cortó con la mirada.

—Llevo años siendo tu perrito faldero. Buen chico, Innes. Ven aquí, Innes. Espera un momento, Innes. No sabes la rabia que me da ser tan iluso. La vergüenza que me daría si alguien supiera con lo que me he conformado. —Ambos se dieron la vuelta para asegurarse de que Cal no estuviese escuchando. Por suerte, seguía

en la orilla, meando en el mar—. *Es todo tan aburrido, John. Lo que ha ocurrido entre nosotros no ha sido más que un combate de uno contra uno. De ti contra ti mismo. Eres un homosexual que siente asco por los hombres que son como tú. Y lo único que te merece aún más desprecio son los hombres que se atreven a quererte. Y ese pobre pecador soy yo.* —Innes apretó la mandíbula; John sabía que preferiría romperse los dientes antes que llorar delante de él—. *Al principio pensaba que sería cuestión de tiempo, que tú y yo acabaríamos juntos. Luego me dije: «Juntos tal vez no, pero sí cerca». Luego: «Tal vez no siempre cerca, pero algunos ratos». Me engañaba pensando que con eso sería suficiente. Pero tú rara vez has sido suficiente.*

—No ha habido nadie más. Siempre has sido tú.

—Bueno, eso es mentira. —John se estremeció. Tal vez Innes estaba al tanto de sus andanzas en Tolsta. Pero entonces señaló a Cal, que seguía por la orilla—. *El único hombre al que has querido en tu vida es él. Hace mucho que lo asumí.*

—Es mi hijo.

—¿Te preguntas por qué te he pedido que vengas conmigo a regatear por una furgoneta? Lo nuestro no ha sido más que un juego. Un juego para ver lo poco que eras capaz de ofrecer y lo poco con lo que yo me conformaba.

—No seas tan dramático.

—No lo soy —dijo—*. Es solo que ya no puedo más.*

—Sabes que no me gusta cuando te pones así.

—¿Sabes qué, John? Vete a la mierda —dijo con la voz más calmada del mundo—*. Sube al monte más alto que veas y vete a tomar por culo.* —Innes observó el shock en la cara de John; sabía

que estaba sopesando si aquel insulto le daría derecho a hacerse la víctima, así que trató de contenerse. No quería darle ninguna excusa para que invalidase sus sentimientos—. *Esto es todo*. *Se acabó.*

—*No digas tonterías* —John le agarró el brazo y lo apretó—. *Haz el favor de tranquilizarte.*

Innes se zafó.

—*Quiero tener algo que contar antes de morirme. Si estoy destinado al infierno, al menos merezco un amor que haya valido la pena.*

El rostro de John se crispó de rabia. Miró a Innes un instante y, de repente, lo entendió. Aliviado, soltó una carcajada.

—*Ah, no sabía que estábamos en ese punto.*

Innes se volvió hacia él de golpe.

—*¿De qué te ríes?*

—*De ti* —dijo—. *Te conozco como la palma de mi mano.*

Vieron que Cal se acercaba y se separaron. Cal estaba silbando y pateando piedras.

—¿Qué hacéis ahí, que parecéis dos marujas? ¿Habéis terminado ya de cuchichear?

John se dio la vuelta.

—Casi —dijo Innes mientras se masajeaba el brazo que John le había agarrado—. Nos falta muy poco.

—Genial —dijo Cal balanceándose sobre los talones—. Oye, estaba pensando que si el cascarrabias de mi padre no quiere mirarte lo del transistor, yo me ofrezco sin problema. No sé mucho de electrónica, pero mira qué manos —dijo y empezó a moverlas como si fuese un mago—. Se me dan bien las cosas delicadas.

OCHD-DEUG / DIECIOCHO

El autobús rodeaba a paso lento la montaña An Cliseam. De aspecto rugoso, resplandecía con el verde de los brotes nuevos. Los hombres iban sentados en la última fila, se sentían libres, algo mareados y medio achispados, y eso que aún no había llegado la hora del almuerzo. Doll había comprado en la tienda de Beady un refresco de piña que había rebajado con vodka hasta adquirir un tono amarillento que parecía meado. Cogió la botella por el cuello y vertió el contenido en la boca de Cal. Cal tragó cuanto pudo antes de atragantarse y empezar a toser, y el líquido le corrió barbilla abajo.

El conductor les llamó la atención, pero Doll se limitó a soltar una risita burlona. Limpió la boca de la botella y se bebió lo que quedaba. Cuando se acabó el vodka, sacó la botella por la ventanilla abatible y ambos se hundieron en los asientos y empezaron a reírse al oír cómo se hacía añicos contra la carretera.

Cal se había quedado remoloneando en la cama aquella mañana. Oía a su padre en el cobertizo practicar para la misa del domingo: «Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos». John no dejaba espacio para ninguna respuesta, pero Cal lo acompañaba tarareando a la vez que estiraba los dedos de los pies y disfrutaba del calor.

Luego bajó las escaleras creyendo que Ella había preparado un desayuno contundente, morcilla frita o algo así, pero al doblar la esquina la vio sentada en el brazo de una butaca y a Doll en medio de la habitación con las manos entrelazadas como si estuviese ante la directora del colegio.

—Hey —dijo como un estadounidense—. El barco está en el muelle. Hoy libro.

Llevaba una chaqueta y unos pantalones de la misma tela vaquera azul claro. Parecían recién sacados de un catálogo. Su madre les había marcado la raya con la plancha.

—Tormod organiza un *cèilidh*. ¿Te hace?

Ella leyó el desconcierto en la cara de Cal y frunció los labios como diciéndole «di que sí, hombre». Rebuscó en el bolsillo, sacó dos billetes de veinte libras y se los metió en el puño.

Ya en el autobús, mientras atravesaban las colinas, la claridad del día era tan limpia y pura que el mundo parecía estar detrás de un cristal reluciente. Doll estaba apoyado en la ventanilla, mirando el paisaje.

—Una cosa, Doll. Quería decirte que lo siento y…

—No —dijo él sin apartar la mirada de las colinas—. No te pongas en plan mujer melodramática.

El trayecto hasta la costa oeste de Lewis era largo. Cuando se cansaron de mirar por la ventanilla, abrieron unas latas y empezaron a darse empellones mutuamente, como el juego de la cuerda pero empujando en vez de tirando: cada uno intentaba aplastar al otro contra su ventanilla hasta que se rindiera. Doll era más fuerte, más pesado, y venció a Cal con facilidad, que no tardó en quedar aplastado contra el cristal. Doll siguió empujando hasta que la

ventana empezó a vibrar por la presión. Como Cal no se rendía, fue apartándose poco a poco, su cara redonda roja por el esfuerzo. Cal le sonrió mientras se alisaba el pelo.

—Es extrañamente reconfortante. Que un puto gordo de mierda se te eche encima de esa manera.

Le clavó el hombro en el pecho y apenas consiguió moverlo un centímetro.

Se bajaron en la costa oeste. Doll echó a correr, se dio media vuelta y empezó a caminar hacia atrás con los brazos abiertos, ligero como un Jesús sobre las aguas.

—Odio ese autobús.

Qué fácil había sido enfadarse.

Qué fácil había sido reconciliarse sin ofrecer explicación alguna.

Atravesaron el páramo hasta llegar a un pequeño asentamiento, junto al que se alzaba aquella casa de color pardusco que ya conocían. El jardín, primorosamente cuidado, estaba bordeado de flores de temporada y un cartel pintado a mano que proclamaba: DUNMARRIET. Cal suspiró al leerlo.

Llamó a la puerta principal mientras Doll se apoyaba en la pared rugosa.

—¿Sabes? Me he pajeado antes pensando en Siobhan.

Doll hizo un movimiento obsceno con la mano y emitió un sonido húmedo con los carrillos.

—Tiene cincuenta años como poco.

—Como los vinos buenos.

—¿Y qué sabrás tú de vinos?

Cal dio un paso atrás cuando la puerta se abrió.

Shiv Malone llevaba la cara maquillada a cualquier hora del día. Sus labios estaban siempre perfectamente perfilados; de hecho, según Ella, lo tenía todo tatuado. Aquel lápiz de ojos era de un azul eléctrico muy anticuado, incluso para las islas, y Cal empezó a pensar que su abuela tenía razón. Le gustaba observar a la señora cuando no miraba.

—*Halò*, señora Malone.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la irlandesa—. Pero si estás hecho un hombretón. Y ha venido también Macdonald. —Se llevó las manos al pecho. —Uno de los mayores errores de mi vida fue dejar escapar a tu padre. Pero aposté por el caballo equivocado, qué le vamos a hacer.

—Puede apostar por mí cuando quiera, señora Malone.

Doll abrió los brazos como con intención de abrazarla. La mujer soltó una risita y lo apartó con un gesto.

—Creo que lo que quiere decir es: gracias por recibirnos —intervino Cal.

—Es «señorita», y dejaos de tantas formalidades. Que me vais a dar fama de buena anfitriona… Y luego tendré que estar a la altura.

Shiv los condujo por el pasillo y les indicó dónde estaba el salón. El bed and breakfast tenía una decoración católica y muy recargada, rayana en lo ridículo. El tubo de la aspiradora descansaba sobre el sofá y había un montón de sábanas en el suelo.

—Habéis llegado un poco temprano, chicos. Acabo de terminar con la última habitación.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un llavero rojo con una única llave.

—Hemos venido a correrno s una buena juerga —dijo Doll mientras le quitaba la llave de la mano.

—Que sepas que voy a estar pendiente de ti, Macdonald. No te la pegues demasiado gorda. Todavía me acuerdo de vuestra fiesta de graduación. Y esta vez, ni se te ocurra mearte en el lavabo.

Pese a los rezongos, Cal veía con claridad que Doll la tenía encandilada.

—Bueno, pues nos iremos por ahí y volveremos más tarde —dijo Cal—. Si le parece bien.

—¿Tenéis hambre? Los de Edimburgo no han probado bocado. Abogados, ya ves tú.

Doll se dejó caer en el sofá y separó sus gruesos muslos, como si estuviese en su casa.

—Muy bien. Enséñenos por qué mi padre debería haberse casado con usted.

Cuando la mujer salió de la habitación, Cal se giró sobre los talones y le dijo a Doll:

—Para ya, ¿vale?

—¿Qué?

—Que dejes de flirtear con la pobre mujer.

—Se te está poniendo esa cara de abuela que no soporto.

—Lo último que necesito es que le cuente a Ella que has intentado tirarte a la dueña.

—Las mujeres de cierta edad viven para esto, Cal. —Dol señaló hacia la puerta—. Te apuesto lo que quieras a que, cuando vuelva a entrar, se habrá pasado el cepillo por el pelo.

Cal se quedó esperando junto a la chimenea eléctrica. Desprendía demasiado calor para el día que hacía. A ambos lados se alzaban unos jarrones enormes de cerámica con las espigas de trigo más largas que había visto jamás.

—Hierba de elefante —dijo Shiv al regresar con una bandeja—. El hombre del vivero dice que la importan de África, pero yo creo que la arrancan de alguna cuneta. No sabes la de peleas que tuve con mi ex por culpa de esto.

Dejó la bandeja sobre la mesita. Se había retocado el pintalabios y, efectivamente, se había cepillado el pelo, que ahora relucía bajo una nueva capa de laca. Antes llevaba unas medias color carne bajo la falda, pero las había cambiado por unas negras semitransparentes.

Cal miró a Doll. Doll le guiñó un ojo.

Había un montón de panecillos espolvoreados de harina rellenos de salchichas cuadradas —un manjar que los abogados de Edimburgo no habían sabido apreciar— y dos latas de Tennent's recién sacadas de la nevera, cubiertas de gotitas. Doll se sirvió primero. Shiv apartó la aspiradora y se sentó en el sofá, al lado de él. Encendió un cigarrillo.

Cal escuchó cómo Shiv le preguntaba a Doll por sus hermanas, por el barco y por algunos hombres que ambos conocían de la flota arenquera. Debió de haber sido una mujer muy atractiva en otros tiempos: segura de sí misma, desenvuelta al hablar y poco amiga de la moderación. La laca endurecía tanto su pelo rubio que parecía azúcar hilado: un volumen artificial, sacado de la nada, y pegajoso como algodón dulce. Por la forma en que se cardaba el pelo, Cal supuso que su etapa dorada habría tenido lugar en algún momento del verano de 1984.

Había mujeres que no habrían saludado a Shiv Malone ni aunque se la cruzasen por la carretera, pero a Ella le caía bien. Compartían esa complicidad que suelen sentir los recién llegados a las islas. A

Ella le gustaba su manera de pensar. Sentía una fruición perversa hablando con ella porque nunca sabía el rumbo que podía tomar cualquier frase. En cierta ocasión, Shiv empezó a contarle una historia sobre una mancha cancerosa que tenía en el hombro y acabó hablando de la menopausia, el ferri de Uist, la salida de prisión de su sobrino y el iraní con el que se había casado su hermana, que tenía un pene precioso pero jamás movía un dedo para ayudarla.

Doll se terminó su lata y empezó con la de Cal.

—Bueno —dijo Shiv aplastando la colilla y mirando el reloj con los ojos entornados—. No sois los únicos huéspedes que tengo esta noche.

—¿Están todas las habitaciones ocupadas? —preguntó Cal.

—Hay que aprovechar cuando entra dinero —dijo ella—. Hasta he alquilado mi propia habitación. Así que no vengáis luego llamando a mi puerta para que os cuente un cuento antes de dormir.

—Pero ¿dónde va a dormir usted entonces?

—Ah, no te preocupes. Me quedo en casa de mi amiga Georgina, vive un poco más abajo. Si llevo algo de beber, me deja dormir en el cuarto de invitados. Su marido trabaja en el ferri que sale a primera hora. Le gusta tener compañía.

—O puede dormir con nosotros —sugirió Doll.

—Yo no llevo un burdel, señor Macdonald —cacareó ella mirando a Cal—. Oye, tu amigo es un peligro. ¿Ha estado practicando esas frases de seducción con las ovejas?

—Sí —dijo Cal—. Le gusta mucho practicar.

—Tiene que perdonarme —dijo Doll con una sinceridad inquietante —. Pero en Falabay no tenemos nada tan precioso como usted.

Shiv miró a Doll, después a Cal y luego a Doll otra vez. Doll la observaba con una adoración totalmente sincera y un anillo de harina alrededor de la boca. Shiv miraba a Cal intentando averiguar si su amigo se estaba burlando de ella. Permanecieron un instante en silencio. La irlandesa tenía el paquete de cigarrillos en la mano, y con el pulgar hacía deslizar el celofán arriba y abajo, una y otra vez.

Al cabo de un rato volvió a mirar a Doll.

—Antes de irte, ¿serías tan caballero de echarme una mano con una cosa?

Doll se limpió las manos en los vaqueros y salió de la habitación detrás de ella. Cal se quedó junto a la repisa de la chimenea y los observó entrar en el dormitorio de enfrente. La cama estaba sin hacer; el edredón blanco de algodón, encima, hecho un gurruño. Doll se dejó caer de espaldas sobre el edredón con los brazos por encima de la cabeza, riéndose, como un niño cayendo entre nubes.

Durante un momento Cal no pudo ver a la irlandesa, pero sí sus dedos tamborileando sobre el marco de la puerta, sus uñas pintadas de rosa clavel.

Observó cómo levantaban el colchón con esfuerzo y le daban la vuelta. A Shiv se le resbaló y se dio un golpe con la pared. Doll le ofreció la mano y la ayudó a ponerse en pie. Sin ser consciente de su propia fuerza, le dio un tirón brusco y, durante un instante, la dueña quedó suspendida en el aire. Cayó en los brazos de Doll. Ella, sobresaltada, dejó escapar un jadeo.

Tormod MacNeil había vaciado por dentro el autobús. Había desatornillado los bancos y los había pegado a las paredes de modo

que el espacio parecía el pasillo de un hospital; los parroquianos lo habían bautizado como «la sala de espera de Dios». Hacia la mitad tenía una mesa plegable muy endeblilla que utilizaba como barra; detrás había cajas de lager y un ventilador conectado a un generador diésel. En las noches despejadas, la música podía oírse a kilómetros de distancia, por lo que los hijos de Tormod habían puesto un falso techo para amortiguar el ruido. Cal podía —y quería, todos querían— tocarlo con la mano. Las placas de madera de balsa formaban una cuadrícula que recordaba al techo de una pista de coches de choque. Los chicos de la isla se lo pasaban pipa cada vez que levantaban una de las placas y dejaban que cayese polvo sobre alguna chica guapa.

El autobús-pub estaba vacío, solo había un viejo sentado a la mesa, junto a la salida de emergencia. Estaba allí tirado como un montón de escombros bajo un haz de luz polvorienta. A Cal le recordó a una pintura de san Francisco de Asís que había visto en una enciclopedia, una de esas imágenes católicas tan sentimentales. El viejo estaba encorvado sobre los vasos, que parecían diminutos entre sus manos, atendiéndolos como si fuesen pajarillos.

Faltaban horas para que llegase la gente y empezara la música. Estaban limitados por el horario de los autobuses, así que no había nada que hacer salvo matar el tiempo y emborracharse. Pidieron un par de pintas y volvieron fuera.

El autobús estaba al fondo de la parcela de Tormod y, entre el autobús y el mar, descansaba una vieja mesa de billar. Tenía una leve inclinación que debía tenerse en cuenta a la hora de jugar y, cuando apoyaban los nudillos sobre el tapete, salían burbujas de agua como si fuese césped empapado tras la lluvia. Doll golpeaba la

bola blanca con fuerza esperando que, con el impacto, cayese alguna en las troneras, la que fuese. Cal ganó cuatro partidas seguidas. Partidas caóticas y sin decisión, más determinadas por la suerte que por la habilidad.

Doll sonreía por encima de la pinta, sus ojos despedían un brillo de maldad.

—Seguro que Shiv Malone lo tiene todo suave como el culito de un bebé. Tú no estabas en ese dormitorio. No has visto cómo me miraba. Antes de los salmos del domingo, se la habré metido hasta los huevos. Acuérdate de mis palabras.

—¿Sí? Pues deja alto el pabellón. A ver si nos hace un descuento.

Doll bajó la pinta. Parecía extrañamente pensativo.

—Es raro dar con una mujer así. Puedes hacer lo que te dé la gana con ella y no hay peligro de que se quede preñada.

—Qué romántico. Todo un bardo.

Doll fue a por otra ronda y volvieron a sentarse en el autobús, agradecidos por la brisa fresca que entraba por la puerta. Incapaz de seguirle el ritmo, Cal dejó que su lager se quedase sin gas. Doll se terminó la suya y regresó con otras dos, ambas para él. Para pasar el rato, empezaron a lanzarse una moneda el uno al otro e intentaban atraparla al vuelo.

Poco después, entraron tres hombres en el autobús. Tenían las caras quemadas por el sol, pero su monos de trabajo estaban cubiertos de un fino polvo de yeso. Pescadores, probablemente, sacándose un dinerillo extra un viernes por la tarde. Doll los reconoció enseguida y chocó las manos con ellos mientras se abrían paso. Uno de los hombres se sentó junto a Cal. Se puso a mirar alrededor con disimulo, como si quisiera averiguar qué rostro se

escondía tras aquella cortina de pelo decolorado. Cuando sus ojos se encontraron con los de Cal, el hombre parpadeó, sobresaltado.

—Creíamos que Doll estaba con una rubia buenorra. —Cal observó cómo se deformaba la cara de Doll. Disfrutó de su incomodidad. El joven le tendió la mano a Cal—. Joder. Perdona, colega. Yo soy Mildew. Ese es Peepo. De lejos pensábamos que eras una tía. ¡No nos lo podíamos creer!

—¡Doll con una tía! ¡Imposible! —añadió Peepo.

El tercer hombre se reunió con ellos. Hoggy cojeaba como si acabara de bajarse de un caballo salvaje. Repartió las latas y pareció igual de decepcionado al ver que Cal era un hombre.

—¡Menudo cardo! —bramó entre carcajadas—. Aunque claro, siendo la novia de Doll, muy guapa no podías ser.

Tuvo lugar una sucesión de golpes sordos cuando chocaron las latas a modo de saludo. Entonces Mildew se pasó la mano por el pelo y levantó una nube de polvo. Los demás lo insultaron y protegieron sus bebidas.

—Estamos enyesando la antigua escuela primaria. El ayuntamiento ha encontrado moho negro y agua estancada en un depósito, es posible que tenga legionela. Una movida muy peligrosa. Así que estamos arrancándolo todo, pero con tranquilidad, sin prisa. —Metió la mano en el bolsillo del mono y sacó un puñado de rotuladores de colores—. ¿Queréis alguno? Os lo vendo.

—No, gracias —dijo Cal.

Mildew destapó un rotulador naranja y lo acercó a sus caras. Doll no reaccionó lo bastante rápido y acabó con una raya naranja desde el lóbulo de la oreja hasta la barbilla.

—Venga ya, Mildew. Madura un poco.

Se escupió en el pulgar y empezó a frotarse la cara.

Peepo chasqueó los dedos y señaló a Cal.

—Yo te conozco. Ya decía yo. Eres el hijo del cantante ese. John Biblia. Fuiste al Nicolson con mi hermana, Lily. Lilidh Murray.

—¿Ah, sí?

—¿Otro marginado de Falabay? —Mildew le revolvió el pelo a Doll —. No tenéis ni una carretera decente. El ayuntamiento pasa de vosotros, ¿no? Como debe ser. No queremos que vuestras mujeres anden sueltas por ahí asustando a los niños.

—¿Os da miedo que nos tiremos a vuestras hermanas? —dijo Doll —. Pues que sepas que yo me estrené con Lily.

—Ya te habría gustado —soltó Peepo con una risa amarga.

Cal sabía que era mentira porque Doll había perdido la virginidad con él.

Pero Doll se puso un poco más erguido.

—Y tú, Hoggy, ¿por qué andas como si te hubieras cagado encima?

Mildew soltó una exclamación y se apresuró a intervenir:

—¿Lo cuentas tú o lo cuento yo?

—Por favor —dijo Hoggy con un resoplido de cansancio—. Adelante.

Mildew supo entonces que tenía toda su atención. Así que se tomó su tiempo: se sacudió el polvo del pelo, dio un trago a la bebida y paladeó la expectación de los demás.

—Imaginad —dijo con voz de Sean Connery—: Swainbost. Una noche fría y lluviosa. Queríamos pillar una buena cogorza, pero se nos había acabado el subsidio. Estábamos en el salón de la abuela Hogg con una botella de whisky para los tres, pero ya se veía el

fondo. Así que nos inventamos un juego: quien consiguiera sentarse más tiempo en la estufa de turba se bebería lo que quedaba. Ninguno aguantaba el calor más de unos segundos, y entonces el cabrón de Hoggy se fue un momento del salón y volvió con una sonrisita en la cara.

—Cuarenta… y siete… segundos —dijo Peepo lentamente.

Todos se quedaron mirando a Hoggy, boquiabiertos.

—Era incómodo, claro, cada vez quemaba más. —dijo Hoggy encogiéndose de hombros—. Pero pensaba que podía aguantar. Que lo soportaría. A ver, lo que hice fue empapar una toalla de agua y metérmela por debajo de los pantalones. Pero se puso tan caliente que empezó a echar vapor y me quemé la parte de atrás de las piernas. Intenté quitarme los pantalones, pero el poliéster se había pegado a la toalla y me cocí el culo como un bacalao al papillote.

—¡No has olido nada parecido en tu vida! —dijo Peepo—. Aunque, si te digo la verdad, olía hasta bien.

Cal estaba horrorizado, pero los demás se estaban tronchando de risa.

—Bueno, sobrevivió… —dijo Mildew.

—Pero le salió una ampolla gigantesca en el culo —añadió Peepo.

—Me pasé semanas tumbado boca abajo, con el culo en pompa —dijo Hoggy—. Mi madre se agachaba a mi lado. Tenía que tomarme la sopa con una pajita. Os sorprendería las pocas sopas que se pueden tomar con pajita.

—Tienes suerte de seguir vivo —dijo Cal.

Hoggy hizo un gesto con la mano.

—Bah, ¿qué gracia tiene estar vivo si no intentas matarte de vez en cuando?

Peepo se terminó la lata y la aplastó.

—¡Bueno, chavales! —gritó—. Vamos a lavarnos antes de que vengan las nenas.

—Esta noche habrá buen material —comentó Mildew.

Ahora que se había sacudido el yeso del pelo, Cal vio que era del mismo tono rojizo que el de Peepo, y comprendió que eran hermanos.

—Ellie Nelson se casa, así que seguro que vienen todas.

Los hombres se despidieron. Recogieron las bolsas de herramientas y, al pasar junto a Doll, le pellizcaron cariñosamente el michelín, como si fuese su sobrino.

Hoggy se detuvo en el escalón inferior. Se inclinó hacia Cal y le susurró al oído:

—Esto no empieza hasta las ocho, y no se pone bien hasta después de las diez y pico. A ver si consigues que coma algo. La última vez que salió, se meó encima en mitad de la pista.

Cal observó cómo los obreros se apiñaban dentro de un Escort tuneado. El alerón era gigante, del tamaño de un banco de iglesia, tan grande que el coche parecía de juguete.

Doll tenía una baraja de cartas muy estropeada, pero estaba demasiado borracho para concentrarse. Después de unas cuantas manos, Cal ya reconocía los bordes mordisqueados de las cartas y hacía trampas por aburrimiento. Les dieron bolsas de patatas fritas, y Cal, con un gesto casi maternal, las abrió y se las dejó delante a Doll. Él se repantingó en el asiento y empezó a meterse puñados en la boca. Al cabo de un rato, ya no soportaba seguir mirándolo, así que dijo que iba a mear y se dirigió hacia la puerta.

Caminó un buen trecho. Se detuvo en la marquesina de plexiglás del autobús y se quedó mirando a la nada, con la mente en blanco. Esperó a que cayese la tarde, a que saliera la gente y a que todo acabase de una vez. Empezó a tocar el borde de la cartera con el pulgar. Sacó el papel doblado, lo abrió y leyó varias veces el número de teléfono de Innes antes de volver a guardarlo.

La banda empezó con versiones folk del repertorio de U2. La cantante, una chica guapa de rizos pelirrojos, hizo llorar a todo el mundo con su interpretación del «I Still Haven't Found What I'm Looking For». La banda adaptaba el repertorio a medida que el alcohol iba caldeando los ánimos y, cuando versionaron a Chumbawamba, todo el mundo se precipitó hacia la parte trasera del autobús y empezó a saltar. Cal quedó atrapado en medio del pogo. El autobús se balanceaba de un lado a otro. La multitud chillaba entusiasmada.

Las chicas de la despedida de soltera se comportaban como si toda la fiesta se hubiese organizado para ellas. Ellie Nelson llevaba un velo y una liga en el muslo, encima de los vaqueros. Hacía meses que Cal no veía a una mujer con pantalones. Debía de estar haciendo una dieta muy estricta, y cada vez que alguien comentaba lo delgada que estaba, ella sonreía encantada. Su grupo de amigas, robustas y con camisetas rosas a juego, parecían llevar varios días alisándose el pelo. Las chicas de la isla no sabían andar con tacones, iban tiesas y dando saltitos como ponis de Eriskay. Y no dejaban de

echarse el pelo hacia atrás, como si una brisa suave las acompañase a todas partes.

Mildew y Peepo llevaban camisas de cuadros. Las chicas los tenían yendo y viniendo de la barra todo el rato, como si fuesen camareros. Hoggy se había quedado algo apartado. Sus amigos le estaban contando a todo el mundo lo de su apuesta fallida. La noticia corrió rápido y, pese a sus protestas, Hoggy, el hijo del carnicero, pasó a ser conocido como «el Pompis», el hombre de las nalgas llenas de ampollas. Era obvio que aquello le dolió. Cal se preguntó por qué, siendo el hijo del carnicero, no le había puesto «el Pancetas» o «el Torrezno», cualquier cosa relacionada con el cerdo, pero los heteros siempre tenían una extraña fascinación por los culos ajenos.

Una chica con el pelo liso como una tabla y aspecto lozano se acercó a Cal. Señaló a Doll y gritó por encima de la música:

—Oye, tu amigo está fatal. Acaba de vomitar encima de todo el mundo.

En cuanto lo dijo, Cal percibió el hedor.

—¿Vamos a limpiarlo?

—Llegas tarde —dijo ella—. Tu amigo ha ido barriendo el vómito a patadas. ¡A patadas!

La chica se limpió la pierna antes de ir a advertir a las demás mientras su lengua rosa y gruesa intentaba atrapar la pajita del vaso.

Cal observó cómo Doll trataba de rodear con los brazos a una de las damas de honor. Cuando ella se lo quitó de encima, él levantó los brazos y empezó a golpear el techo con los puños como si estuviese en una *rave*. Al darse cuenta de que Cal lo estaba mirando, le levantó el pulgar. Sus facciones estaban deformadas por la bebida.

Al lado de la casa de Tormod había un grifo de agua fría. Cal estaba pensando en ir a buscarle una jarra a Doll cuando vio a Shiv Malone y su vecina Georgina subirse al autobús. Soltaron un aullido salvaje y la multitud respondió con otro. Las mujeres se abrieron paso hasta la parte de atrás, donde se pusieron a contonear las caderas en una especie de two-step con los codos abiertos. Doll se limpió la boca con la manga. En cuanto vio a Shiv y Georgina dando vueltas borrachas, se acercó a ellas. Shiv le echó los brazos al cuello. Si percibió el olor a vómito, no dejó que se le notara.

Harto de las chicas y sus conversaciones sobre bodas, el Pompis se apartó de sus amigos. Se acercó a Cal y se sentó a su lado. Apoyaron las cabezas en la ventana, agradecidos por el frescor del cristal en la coronilla. El autobús estaba abarrotado y la gente les pisaba los pies cuando intentaban pasar. El Pompis le dio unos golpecitos en la pierna y, cuando Cal bajó la vista, vio que llevaba una bolsa de pastillas. «¿Media?», articuló Hoggy, y partió una en dos. Le pasó una mitad y Cal se la tragó.

La banda se tomó un descanso y se dispersó entre la multitud. Salió un DJ, un tipo al que Cal conocía porque iba por las islas con una peluquería móvil. Llevaba un radiocasete enorme y un montón de cedés.

—Sabía que me sonabas de algo —dijo el Pompis—. Tu madre es la que se largó, ¿no?

—¿Quieres un autógrafo?

—Me ha salido un curro nuevo, empiezo dentro de una semana. ¿A que no adivinas de qué? —Cuando Cal se encogió de hombros, añadió—: Voy a ser el director general de envíos y logística de una empresa boutique.

—¿Vas a ayudar a mi madre a empaquetar jabones?

—Eso mismo —dijo antes de darle un trago a la cerveza—. Eso mismo.

Cal se sintió un poco celoso.

—Bueno, me alegro por ti. Y por ella.

El Pompis le susurró una cifra que era casi el doble de lo que ganaba él, aunque Cal ni siquiera sabía cuánto cobraba por hora porque su trabajo no tenía fin y no le daban ninguna nómina. Pero era el doble de lo que había ganado limpiando baños en Edimburgo, y le sobrevino una envidia real, una aflicción que trató de ocultar tras una sonrisa torcida. Hoggy no se lo había dicho con mala intención, se lo había dicho porque estaba contento, porque Grace era una jefa generosa, y Cal no pudo evitar pensar —no era la primera vez que se le pasaba por la cabeza— que había elegido al progenitor equivocado.

Hablaron un rato de su madre y el Pompis le preguntó cuál era la mejor manera de caerle en gracia. Cal no estaba seguro de conocerla tan bien. Al final dijo algo banal sobre tener iniciativa, sobre hacer un poco más de lo que se espera de uno.

El Pompis se acercó un poco más. Cal notaba su aliento en el lateral de la cara. Tenía los labios muy cerca de su oído, y se le erizó el vello de la nuca. Sintió un cosquilleo agradable en la entrepierna. Se trataba de una intimidad inesperada y, aunque apenas lograba escuchar nada, le daba la razón en todo con el único objetivo de seguir oyéndolo hablar desde tan cerca. Hoggy empezó a darle palmaditas en el muslo. El ritmo de los golpes seguía el compás de sus palabras.

El DJ puso House of Pain y la multitud empezó a dar saltos. Cal observó cómo Doll se ponía a bailar en plan pogo. Perdía el ritmo y saltaba en notas alternas, de modo que, durante una fracción de segundo, mientras la multitud aterrizaba y se preparaba para saltar de nuevo, Doll se elevaba por los aires como si estuviese levitando.

—¿Quieres otra media?

Cal asintió. Esta vez, el Pompis partió la pastilla con los dientes delanteros y la deslizó entre los labios de Cal con el pulgar. Luego señaló con la cabeza hacia las chicas de la despedida, que se estaban pasando una botella de MD 20/20.

—¿Sabes qué es peor que casarse? —preguntó el Pompis—. Escuchar a imbéciles hablar de casarse. Si llego a saber que el autobús iba a ser secuestrado por una despedida de soltera, no vengo.

—Tiene gracia —se rio Cal para sí—. Parece una película de Sandra Bullock.

Doll estaba con Shiv. En apenas dos canciones habían pasado de bailar separados a pegarse como lapas. Él no dejaba de manosearle la espalda, se empujaban como si quisieran atravesarse el uno a la otra, y a cada poco perdían el equilibrio y se tambaleaban. Luego empezaron a besarse de una forma tan brusca que Cal se llevó la mano a los dientes.

—¿Cómo coño lo llevo yo ahora a casa?

—Haz lo que hacen con las ballenas. Lo inflas y lo transportas por piezas —sugirió Hoggy. Cal hizo una mueca cuando Doll empezó a morrearse con Shiv. Su amigo abría tanto la boca que parecía capaz de tragarse la mitad inferior de la cara de la mujer—. ¿Os quedáis en el paraíso de las parejas liberales? —Cuando el Pompis vio la

expresión desdeñosa de Cal, añadió—: ¿No has visto los plumeros que tienen plantados? Eso es porque hacen intercambios de parejas.

—Venga ya, eso no son más que rumores.

—Es verdad, te lo juro. Ya verás mañana, seguro que Shiv sale de su habitación a cuatro patas.

Cal se acordó de Doll y aquel verano en que habían experimentado con lubricantes. Habían robado líquidos de toda la casa para ver si alguno servía para aliviar el dolor; probaron con mantequilla, acondicionador del pelo y una crema facial perfumada antes de acabar decidiéndose por un buen chorro de aceite para cocinar. Cuando llegó el verano y empezó a hacer un poco de calor, la furgoneta apestaba a mierda y fritanga.

De vez en cuando la multitud se abría y Cal alcanzaba a ver por un instante a Doll y a Shiv. Aunque casi no cabía un alfiler, en el autobús se había llegado al acuerdo tácito de mantenerse apartados de aquella pareja insólita y rodearlos de un foso de espacio vacío. Cal estaba pensando en la iglesia y en lo mucho que la gente disfrutaba humillando a los demás cuando el Pompis dijo:

—¿Te apetece venir con nosotros al T in the Park? —Señaló con un gesto a los chicos que estaban sentados enfrente—. Nos van a dejar unas furgos y vamos a ir allí a pasar un puente largo. Con unas ciento veinte libras te llega para todo: gasolina, ferri, entradas y demás. Puedes dormir en mi tienda. Va a ser increíble. Prodigy, Pulp, los putos Beastie Boys…

Faltaban aún varios meses y Cal pensó que quizá podría reunir el dinero. Le encantaría pasar un par de noches fuera, y la idea de compartir una tienda de campaña con el Pompis un fin de semana le resultaba muy tentadora.

—Si consigo la pasta, voy.

—¿Quieres que se lo pida a tu madre? —Cal soltó un bufido. El Pompis siguió diciendo—: Oye, están construyendo una piscifactoría nueva por tu zona. Salmones y cosas así. Ya han asfaltado la carretera y mi primo conoce al tipo que la lleva. Si quieres le hablo de ti por si hay algún puesto libre. Están poniendo las jaulas. ¿Has visto alguna vez una jaula para salmones? Son la hostia de grandes. Pagan bien… A ver, el trabajo es una mierda, pero pagan bien.

—¿Sí? Pero no tengo coche.

—Bah, tampoco está tan lejos. Unos treinta kilómetros o así. Podrías ir en bici.

—¿En bici? Se nota que los de Lewis nunca habéis visto una cuesta de verdad.

—Con eso te mantienes en forma.

Ya se le había quedado pequeña su propia bicicleta, pero estaba seguro de que Innes tenía una Falcon de carreras. Se imaginó pedaleando bajo la lluvia por aquellas colinas y la visión le resultó espantosa.

—Claro —dijo, más que nada para dar por terminada la conversación—. Venga, sí. Recomiéndame.

—De acuerdo. —Hoggy sonrió, satisfecho de haber ayudado a un amigo.

Se acomodaron en un silencio tranquilo.

La cantante pelirroja volvió a coger el micrófono y empezaron las canciones en gaélico. Cal estaba pensando en qué se pondría para el festival de julio cuando el Pompis le dio un toque en el lateral del muslo.

—Una cosa… No le digas nada a Doll del festival. —Señaló con la cabeza al gigante del fondo que no dejaba de tambalearse—. No pienso aguantar este plan un fin de semana entero. Tu colega da vergüenza ajena.

Una rubia apareció dando tumbos por el pasillo del autobús. Se agarraba a las correas del techo y se abría paso entre la gente como un marinero en alta mar. Se dejó caer sobre el regazo de Hoggy y este puso cara de dolor antes de envolverla en sus brazos. Acercó los labios a un lunar que la chica tenía entre sus omóplatos desnudos y cerró los ojos como un corderillo mamando de la teta.

La joven escudriñó a Cal antes de decidir sonreírle.

—Soy Marianne. —Señaló con la cabeza hacia el Pompis—. ¿No te estará dando la brasa, no?

—En absoluto.

Ella se levantó con brusquedad, se frotó el hombro y dijo:

—Ay, James, no me babosees.

Cal se despidió del Pompis, recogió sus cosas y salió al aire nocturno. Había varios grupos de amigos reunidos alrededor de hogueras alimentadas con madera de deriva; los hombres mayores, que ya no tenían ganas de bailar, bebían y charlaban sobre fútbol. Se alejó del autobús, de las luces, y caminó en dirección a las dunas, donde todo era tranquilo, azul oscuro e infinito. Encontró un hueco en la arena donde sentarse, se tapó la cara con el jersey y se abrazó las rodillas.

La luna pendía ya sobre la inmensidad del Atlántico cuando Tormod apagó la música. La multitud dejó escapar un gemido colectivo y

empezó a corear «más, más, más». Cal salió de la oscuridad justo a tiempo para ver al hijo de Tormod ayudando a Shiv a bajar del autobús. Las hogueras casi se habían extinguido, y los que ya estaban fuera compartían cigarrillos. Ahora que la música había cesado, el sonido de sus voces se oía demasiado alto. Buscó al Pompis, pero ya se había marchado con sus amigos.

Doll irrumpió tambaleándose en la noche. Casi se cayó de bruces del autobús. Parecía con ganas de gresca y le dijo al hijo de Tormod que dejase a Shiv tranquila, motivo por el que la irlandesa se quejó, pero Cal vio que, en el fondo, estaba disfrutando con todo aquello. Cal le pasó un brazo por el cuello a Doll y trató de alejarlo.

Shiv había perdido de vista a Georgina, así que apareció trotando detrás de ellos. El bed and breakfast estaba a varios kilómetros. Durante el largo camino de vuelta se fueron pasando entre los tres los dos cigarrillos que les quedaban. Al bajar una cuesta, Shiv se puso en medio y los cogió de la mano y, entre los dos, empezaron a balancearla como si fuese una niña, pero Doll tiró demasiado fuerte y ella acabó en el suelo, con las rodillas raspadas y riéndose a carcajada limpia.

Empezó a llover. El pelo lacado de la irlandesa resplandecía bajo la luz de la luna. Doll se levantó la camiseta, cubrió con ella la cabeza de Shiv y la mantuvo pegada contra su pecho como si fuese un tumor que no dejaba de reírse.

Cuando por fin llegaron a la puerta principal, Shiv se llevó el dedo índice a sus labios perfilados.

—Shhh, vais a despertar a la dueña —dijo tratando de meter la llave en la cerradura.

Cal iba detrás y, cuando fue a entrar, Shiv miró a Doll, y este se volvió hacia Cal y le puso una mano en el pecho.

—¿Nos das media horita, colega?

—Venga ya —dijo Cal con cara de indignación. Luego señaló hacia el salón—. Dormiré en el sofá. Quedaos vosotros en el dormitorio. Me da igual.

Shiv regresó de puntillas por el pasillo.

—Tengo un negocio, chicos. No puedo tener a desconocidos durmiendo en el sofá, así que…

—Diez minutos, ¿eh? —dijo Doll y le puso una mano en el hombro.

Luego cerró la puerta lentamente hasta dejar a Cal fuera, de patitas en la calle.

Cal los oyó reírse mientras subían las escaleras con sigilo. Empujó la puerta, pero el pestillo ya estaba echado.

A lo lejos se veían las luces de algunos *crofts,* los hombres debían de estar velando los primeros partos de los corderos. Por lo demás, en la costa oeste reinaba una oscuridad absoluta. Se sentó en el muro de piedra y, para guarecerse del viento, se dejó caer hasta quedar apoyado contra él, mientras la luz del dormitorio de arriba se apagaba. El efecto del éxtasis empezaba a abandonarlo. Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, y la lluvia refrescó sus labios agrietados. La piedra estaba helada. El calor que el viento no le robaba se lo drenaba el suelo. Solo se oía el viento y el rumor de las olas. Cerró los ojos e intentó mantener la mandíbula apretada para detener el castañeteo. Apoyó la cara sobre las rodillas.

Cuando volvió a levantar la cabeza, las luces de los arrastreros ya navegaban mar adentro. Las cuatro de la mañana. Bajó otra vez la

cabeza y se metió las manos entre los muslos.

—¿Hijo? —La irlandesa lo zarandeó para despertarlo. Tenía la cara tan demacrada que el lápiz de ojos azul parecía una vena hinchada —. Vas a acabar congelado. Ay… Me he quedado dormida.

El alba comenzaba a extenderse desde el continente, un horizonte magenta que prometía lluvia. Parecía la barra de una estufa eléctrica. Cal quería echar a correr hacia él.

Shiv le frotó las manos entre las suyas y lo ayudó a ponerse de pie.

La parte delantera de la chaqueta de Cal tenía un tono azul algo más claro. Era la única parte de su cuerpo que seguía seca.

Lo llevó al interior de la casa dormida y lo obligó a desnudarse antes de subir al dormitorio. Él intentó quedarse con los bóxers puestos, pero ella le palpó las nalgas y, al notar que estaban húmedas, le tiró de la cintura y se los bajó. Se quedó desnudo delante de ella, como un niño a la espera del baño.

—Sube —dijo ella—. Métete directamente en la cama.

Arriba había tres puertas. Cada habitación llevaba el nombre de una isla distinta: Jura, Tiree, Muck. Cal no sabía cuál era el dormitorio de Doll. Tenía demasiado frío para llorar, pero el rostro se le contraía y relajaba continuamente de impotencia. Recorrió el pasillo de puntillas tapándose los huevos —arrugados como pasas— con las manos. Fue acercando la oreja a cada puerta como un pervertido hasta que, detrás de la última, oyó el ronquido de un borracho. Giró el pomo con cuidado.

La habitación tenía dos camas individuales. En un rincón había un lavabo pequeño. Abrió el grifo de agua caliente. Primero salió agua fría como a trompicones y, al poco, un chorro humeante. Empapó una toalla pequeña y se frotó con ella la cara y el pecho. Volvió a situarla bajo el grifo y se la puso en los riñones.

—¿Estás bien? —Doll estaba tumbado boca abajo, tenía la cara hinchada y los ojos pequeños como los agujeritos que dejan las navajas en la arena—. ¿Por qué no has llamado al timbre?

Doll salió de la cama. Se acercó e intentó envolverlo con una toalla, pero Cal lo apartó de un empujón. Quitó las mantas de su cama, que seguía perfectamente hecha, se metió dentro y se hizo un ovillo. Las sábanas finas no prometían ningún calor. Empezó a sentir cómo se le endurecían las extremidades, entumecidas por el frío.

Doll encendió un cigarrillo y le dio una calada larga. Se paseó por la habitación y se crujió la espalda con un gemido de satisfacción.

—No puedes depender de mí para todo. Tendrías que haberte buscado a alguien con quien volver a casa.

Se acercó y se quedó de pie junto a él, con la polla aún impregnada del olor de otra persona. Era la primera vez que Cal lo veía entero: entero y desnudo. Y era hermoso.

Cal se giró hacia la pared. Doll se subió a la cama con el cigarrillo sujeto entre los labios y se pegó a su espalda. Cal protestó, pero se aseguró de no protestar demasiado. Doll lo atrajo hacia su pecho y acercó los muslos a sus nalgas huesudas. Su piel olía distinta. Como cubierta por una fina capa de perfume: gardenia intensa, rosa artificial. Gemía como si le doliese la cabeza, pero siguió fumándose el cigarrillo mentolado, cuya brasa crepitaba junto a la oreja de Cal.

El calor de su cuerpo era profundo y constante, como el de un radiador que sigue caliente después de que se apague la caldera. Era la primera vez que yacían juntos en una cama. Cal hundió la cara en la almohada y rompió a llorar.

—¿Qué? —preguntó Doll. Su aliento tenía un extraño olor a carne —. ¿Qué has dicho?

—He dicho que qué suerte tienes.

—¿Yo? —preguntó Doll—. ¿Por qué?

—Por haber dormido bajo un techo de verdad como una persona decente.

Se oyeron pasos en la escalera y el tintineo de unas cucharas sobre platos. Doll lo soltó y volvió deprisa a su cama. Cal estaba de espaldas a Doll y a la puerta, pero escuchó cómo la irlandesa entraba con cautela en la habitación. Cuando Shiv puso la bandeja sobre la mesilla, Cal percibió el aroma del café instantáneo y las tostadas quemadas y, por encima de todo, una nube nueva de rosa artificial.

La mujer le puso a Cal una bolsa de agua caliente en la parte baja de la espalda y chasqueó la lengua.

—¿Crees que se lo contará a alguien? —le preguntó a Doll en voz baja.

—Qué va —dijo Doll mientras apagaba el cigarrillo—. Se le da bien guardar secretos.

Cal oyó a su amigo apartar las sábanas y dar unas palmaditas en el colchón. Luego, el crujido de las tablas del suelo mientras la irlandesa se lo pensaba. Durante un instante pareció que no iba a aceptar. Pero aceptó. Y entonces oyó la sonrisa en los labios

pegajosos de Doll cuando Shiv Malone volvió a meterse en la cama, junto a él.

NAOI-DEUG / DIECINUEVE

Innes invitó a John a almorzar con su padre. Cuando llegó al *croft*, Innes le dijo que, antes de sentarse a comer, tenía que echar un vistazo a un carnero enfermo. Lo llevó detrás de la casa, hasta el cobertizo de chapa. John, que llevaba puestos los zapatos de salir, esperó junto a la puerta mientras Innes hacía la ronda. De vez en cuando le hacía algún comentario en voz alta para hacerse oír entre el coro de balidos.

John observó trabajar a Innes y sintió alivio al ver que volvía a comportarse con normalidad. Tal y como había previsto, las frustraciones que había estado expresando últimamente habían remitido, al menos, por el momento.

Innes le administró al joven carnero un tratamiento antiparasitario. Dijo que el animal parecía algo más espabilado, así que se lavó las manos en un cubo y dio por terminada la faena de aquella tarde.

—*Las ovejas no tardarán en parir* —dijo mientras se secaba las manos en el trasero del pantalón.

—*Así es* —convino John—. *Que el Señor nos bendiga a todos.*

—*Será de gran ayuda tener a Cal en casa.*

John entrecerró los ojos. Recorrió las laderas con la mirada.

—*Bueno, si es que vuelvo a verlo algún día.*

Los hombres ya bajaban hacia la casa cuando Innes se detuvo y señaló un rectángulo grande de lona sujeto con piedras. Estaba en el extremo más alejado de las tierras de los MacInnes, a cierta distancia de la casa, y no se veía desde la carretera.

—No pensaba enseñarte esto todavía, pero tal vez haya llegado el momento.

A primera vista, John pensó que Innes había encontrado un trozo de terreno blando donde cavar una fosa y enterrar a los corderos que no sobreviviesen a las enfermedades. Observó cómo retiraba las piedras y apartaba la lona, dejando al descubierto no una zanja funeraria, sino una losa de hormigón enorme. El cemento ya había fraguado, pero Innes no lo había vertido bien. La superficie conservaba las marcas de la llana; John se dio cuenta de que le había costado alisarla.

—No puedo ser bueno en todo, ¿no?

—Podrías haberme pedido ayuda —dijo John—*. Te habría echado una mano.*

—¿Qué más da que tenga un poco de relieve? —Innes encontró el extremo de un cable que salía de la losa—. *He metido una malla eléctrica en el hormigón. Si lo aíslo bien, podré tener calefacción radiante.*

—¿Todo eso para el cuarto de las radios? —John ya estaba perdiendo el interés.

—No es para las radios. Estoy construyendo un telar.

—Pues con las telas no se gana dinero. Como amigo, te aconsejaría que no lo hicieras. —Innes lo miró con una extraña sonrisa en los labios.

—*No es para mí, John.* —Innes empezó a andar sobre el hormigón mientras John entendía al fin qué quería decir—. *Una cosa: ¿prefieres trabajar con luz de mañana o de tarde?* —señaló hacia el sur—. *Mi idea es abrir aquí una ventana para que puedas ver el lago. Me van a traer el material aislante dentro de poco. Ah, y que sepas que Flash y Donnie han puesto algo de dinero. Y Shockie. Aunque a Shockie le costó rascarse el bolsillo, no había manera de que sacara nada, parecía que estaba buscando El Dorado.*

—*¿Dinero?*

—*Eeeh…, unos cientos de libras entre todos. Pero ha servido para cubrir gastos*.

Innes hablaba como si todo aquello fuese la cosa más normal del mundo.

John soltó una carcajada de incredulidad.

—*Pero ¿por qué has tenido que pedirles nada?*

—*No les tuve que pedir nada. Ellos estaban esperando a ver cómo acababa la cosa con Grace. Quieren ayudar. Suelo radiante. Ventanales de pared a pared.*

—*¡Esto es una locura, Innes! No puedes hacer planes así sin consultarme.*

—*¿Una locura? ¿A mi edad?* —Innes soltó una risita. Parecía satisfecho con la idea—*. Todos creemos que ya es hora de que salgas de esa casa. Llevas años atrapado allí. Cuando le dije a los miembros del consejo que te venías a vivir a la casa grande, cada uno aportó unas libras para ayudarte a construir el taller.* —Apartó unos cascotes de una patada—. *No hace falta que digas nada del dinero, si es eso lo que te molesta. No esperan agradecimientos.*

—No puedo… mudarme contigo. Punto. ¡Ya hemos hablado de esto!

—Sí, hemos hablado, y sin duda volveremos a hacerlo. Pero el problema es que estoy cansado de hablar, John. —Innes soltó un suspiro entrecortado, como si estuviera armándose de paciencia. Señaló hacia la parte trasera de la casa—. *De momento vivirás en la habitación de invitados, entre mis radios. Luego, a su debido tiempo, Sorley acabará marchándose y te mudarás a su cuarto. Es la habitación más cálida de la casa, lo cual, tratándose de mi hermano, no es ninguna sorpresa. Cuando mi padre muera, podremos vivir como nos dé la gana.*

—No puedes usarme como peón para echar a tu hermano.

—¿Y por qué no? A mí me parece un plan estupendo. —Innes rebuscó en los bolsillos del abrigo y sacó un pequeño aparato. Parecía un temporizador de cocina, pero la esfera estaba dividida en veinticuatro horas—. *He comprado esto* —dijo señalando la ventana del cuarto de Sorley—, *lo programaré para que se encienda una luz en tu habitación todas las noches, de siete a diez y media. Beady, Flash y cualquiera que tenga ganas de cotillear podrán verla desde sus* crofts*. Y cuando la vean, pensarán: «Mira John Macleod, qué buen hombre, en su cuarto leyendo la Biblia, acostándose temprano para afrontar otro día de trabajo». Pero donde duermas de verdad será solo asunto tuyo. Y no te preocupes, no pretendo sacarte de una vida de esclavitud para convertirte en una especie de cortesana cascarrabias. Bueno…* —No dejaba de sonreír mientras se pasaba el temporizador de una mano a otra—. *No todas las noches, al menos.*

John lo miraba con incredulidad.

—Eeeh…, le he estado dando muchas vueltas. Grace y Ella creen que han ganado. Y quizá deberías dejar que lo crean. —Innes se giró hasta quedar hombro con hombro, al lado de John, contemplando la casa y, detrás, el lago—. *Es la excusa que llevábamos esperando todo este tiempo. ¿No te das cuenta? Nunca me había alegrado tanto de vivir rodeado de cotillas. Podemos estar juntos y, cuando alguien pregunte «¿qué hacen esos dos viejos viviendo en esa casa tan grande?», siempre habrá quien les cuente que tu exmujer te dejó en la ruina de la noche a la mañana. La gente de aquí no olvida. Dios les conserve la memoria.*

—¿Y qué pasa con Cal?

—¿Qué pasa con él?

—Se quedará con el croft*. Ella acabará cediéndole el arrendamiento. Puedo vivir con él* —dijo John.

—¿Has hablado con él de eso?

—No. Él no sabe nada del tema. —John se dio unos golpecitos en el pecho—*. Y se supone que yo tampoco debería saberlo.*

—Entonces no lo cargues con tus problemas.

—¿Problemas? Me lo debe, después de todo lo que he hecho por él…

—No te debe nada. Tienes que dejarlo ir. El mundo será un sitio mejor si Cal forma parte de él. —Rozó los nudillos de John con los suyos—. *Y sabes que aquí siempre será bienvenido, tanto si vuelve de visita como si decide quedarse para siempre. Este puede ser su hogar y el nuestro. Puede criar aquí a su propia familia. Y como ya no tengo edad de ponerme a tener hijos (culpa tuya, por cierto), algún día todo esto podría ser suyo, si él quiere… Antes prefiero morirme que dejar que se lo quede mi hermano.*

—¿Y qué pasa con Dios, Innes?

—Eeeh…, pero si todo esto es obra del Señor. ¿Te crees que no he estado rezando? Además, el reverendo me dio cien libras para comprarte una ventana grande, así que ya ves… —Silbó entre dientes—. *Yo me lo tomo como una bendición. Seremos tan discretos como siempre, solo que ahora podré ver cómo se te derrama la sopa mientras ves la tele.* —Innes rodeó la losa y empezó a colocar las piedras sobre la lona—. *Están a punto de echarte de allí. A lo mejor crees que la orden viene de Ella. Pero yo creo que viene de Dios.*

—¿Y qué? ¿Se supone que tengo que ir directo a tus brazos?

Innes se echó a reír.

—¡Nos falta esto y nada para cumplir los cincuenta! Me conformaré con un apretón de rodilla de vez en cuando. —Cubrió otra vez los cimientos con la lona—. *Sé que no te gustan los cambios ni que te presionen. Sé que no eres esa clase de hombre.*

—¿Ah, sí? Porque estás actuando como si no me conocieras en absoluto.

Innes hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—El taller no estará terminado hasta finales de verano.

John estaba demasiado aturdido como para armar una frase coherente, pero, a pesar de su estado de confusión, recordó los buenos modales.

—Innes, gracias por pensar siempre en mí. Pero no puedo prometerte nada. Todavía no.

—Vaya, todavía no —dijo Innes con aire jovial—*. El director del coro entona su melodía favorita: «Todavía no», y yo, como devoto feligrés, respondo: «Oh, todavía no, todavía no».* —Levantó la vista

hacia el cielo cargado de nubes. *—Mira, no creo que avance mucho con este tiempo, así que…*

—¿Así que qué?

—Así que, como muy pronto, estará listo para finales de verano. Tienes exactamente el tiempo que me lleve construir este taller para decidir si lo nuestro tiene futuro o no. No pienso esperar más.

Lo dijo con tanta claridad que John no estuvo seguro de haberlo oído bien. Innes observó cómo se debatía buscando una respuesta. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con cansancio, como si esperase algún comentario decepcionante de los suyos.

—¿Me estás chantajeando?

—No, John. Lo que acabas de escuchar es mi último resquicio de dignidad.

Innes se dio la vuelta y empezó a bajar por el sendero que conducía hasta la casa. John se quedó a la zaga observando cómo se iba. El cielo estaba cubierto de nubes algodonosas, pero aquí y allá aparecían grietas por las que se colaba una luz pálida y delicada. Un dedo de sol pasó entre ellas.

Innes se detuvo, se dio media vuelta, miró a John con los ojos entornados y dijo:

—Te has quedado blanco, pareces una col hervida. De verdad.

Luego soltó una risita para sí mismo y siguió bajando la colina.

John estaba demasiado descolocado para ir tras él. Cuando empezó a caer una lluvia fina, volvió a destapar la losa. Pasó un rato midiendo mentalmente el espacio y concluyó que había sitio de sobra para el telar, quizá también para una pequeña mesa de trabajo, un sillón viejo, incluso dos.

Era primera hora de la tarde cuando Cal tomó el último autobús hacia el sur. Sentado en la fila del fondo, el cuerpo no dejaba de temblarle mientras se cerraba hasta el último botón del abrigo. Tras marcharse de casa de la irlandesa, se desvió unos treinta kilómetros para ir a la de su madre, donde, después de comer algo, robó dos temazepam del botiquín. Ahora los tenía entre las pelusas del bolsillo. Mordisqueó uno por el borde y se llenó la boca de saliva antes de tragarse el polvillo amargo. Después dormitó algo más de una hora hasta que el autobús lo dejó al comienzo de la carretera de la cinta.

Caminó varios kilómetros bajo la lluvia oblicua mientras una paz almibarada se apoderaba de él. Al acercarse a las primeras casas, empezó a ser consciente de su estado y, temiendo que la pastilla estuviese afectando su forma de andar, trató de enderezarse todo lo posible, bloqueó las rodillas e imitó la pose de un hombre de vida intachable.

La lluvia golpeaba con tanta fuerza que no oyó el coche detenerse detrás de él. La enfermera bajó con dificultad la ventanilla.

—¡Súbete! —gritó—. ¡Anda, que vas a pillar una pulmonía!

La mujer apartó algunas cosas del asiento del copiloto y Cal se subió. El coche olía a pomada medicinal. Tuvo lugar un momento incómodo, como si ella esperase que él dijera o hiciese algo. Luego, la enfermera se inclinó sobre él y le abrochó el cinturón. Intentó arrancar antes de quitar el freno de mano. El coche dio un tirón y salió disparado hacia delante.

—A ver, dime, ¿qué es lo que te has tomado? ¿Klonopin? ¿Valium?

—¿Yo? Nada, nada. Solo estoy cansado.

Ella se pasó la lengua por el labio superior. Los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad. Cal se sentía abrumado por su ritmo frenético. La enfermera conducía pegada al borde de la carretera y el coche se desviaba ligeramente.

—Estás colocado. Seguro que has tomado pastillas… ¿O heroína?

—No es heroína —dijo él—. Me he tomado medio temazepam. Medio. Ya está.

—Bueno, hagas lo que hagas, ni se te ocurra beber alcohol. Y cuando llegues a casa, tómate un vaso de leche y come algo de pan. —La enfermera había puesto una marcha demasiado larga y el coche empezó a temblar—. Ya ves. Temazepam. Aquí, en la tierra de Dios. —La lluvia azotaba el asfalto. La mujer trasteó con las rejillas de ventilación tratando de quitar el vaho del parabrisas—. ¿Qué dijo tu padre de mí aquel día cuando os vi en el redil?

—No dijo nada. Él no es muy de hablar.

Cal se inclinó y limpió el vaho del cristal para que la enfermera pudiese ver. Llegaron a las estribaciones del Beinn Mhaitheanais. La carretera se aferraba a la ladera y la rodeaba con timidez, como un colegial tratando de esquivar a un abusón.

—Deberías ir más despacio en esta curva. Es por la acústica. No se oye si viene alguien de frente porque las rocas hacen que el sonido rebote hacia el mar.

Anna-Marie tuvo que frenar varias veces seguidas para no acabar en la cuneta. Metió primera y se inclinó sobre el volante.

—Entonces ¿qué te parece él?

—¿Quién?

—Sorley, quién va a ser.

—Ah… —Cal cayó en la cuenta de que la mala opinión que tenía de Sorley no era más que un reflejo de la de su padre. Se quedó pensando un momento mientras trataba de encontrar algo positivo que decir—. Bien. Lee mucho. Si tienes dudas sobre cómo funciona el Gobierno, él es la persona perfecta a la que preguntarle.

Cal quería acariciarle la piel de la parte interior del brazo.

—Vale, bien, pero tampoco como para perder la cabeza por él, ¿no?

Anna-Marie empezó a cabecear. Cualquier conversación que estuviese manteniendo era solo consigo misma. Tenía lágrimas en los ojos, tan densas que en la penumbra parecían azules. Cal la observó, fascinado. Cuando la enfermera lo miró, se dio cuenta de que sus lágrimas tenían un tono azul eléctrico. Era el lápiz de ojos, del mismo color que el de Shiv, que se acumulaba y deslizaba por sus mejillas.

—Una vez se le quedó el brazo atrapado dentro de una oveja preñada y se puso a llamar a su padre a gritos.

—¡No! —Ella se echó a reír. Una carcajada sin ganas, entrecortada, pero bastó para detener el llanto—. Entonces, es oficial. Sorley no te cae bien.

—Nosotros no decimos esas cosas. Da igual que alguien te caiga bien o no, tenemos que convivir unos con otros.

Ella se miró en el espejo y se limpió el lápiz corrido. Después sacó del bolso un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo. Cal deseó que prestase más atención a la carretera.

Cal le encendió el cigarro con la punta del suyo.

—Entonces… ¿mi abuela se pondrá bien?

La enfermera tardó un momento en relacionar a Cal con John y con Ella.

—Tiene que perder algo de peso y vigilar la tensión. Pero estará bien.

—¿Y los pies no se le pondrán morados ni se le caerán a cachos?

—No —dijo Anna-Marie con el ceño fruncido—. ¿Por qué me preguntas eso?

Terminaron los cigarrillos mientras atravesaban Falabay. Al pasar junto al *croft* de los MacInnes, Cal vio cómo reducía la velocidad y observaba la casa por si veía a Sorley.

La enfermera lo dejó en la rampa del embarcadero.

Antes de bajar del coche, Cal buscó algo alegre que decir.

—Falta poco para que nazcan los corderos —dijo—. Ya verás. Todo parece más bonito.

Entró por la puerta trasera. Ella estaba cortando repollo en la encimera de la cocina. Se llevó un dedo a los labios y le indicó con un gesto que hablase bajito.

—¿Te lo has pasado bien?

—No —respondió él con sequedad—. No sé qué estoy haciendo aquí, Ella.

—Ahora no —dijo su abuela y señaló con la cabeza hacia el salón bueno—. Está esperándote.

Ella tenía una goma elástica en la muñeca y, sin mediar palabra, le recogió el pelo en un moño. Luego le limpió la cara con un paño de cocina y, tras colocarle los pulgares bajo los ojos, le tiró suavemente de los párpados hacia abajo, no sin antes chasquear la lengua al ver

lo enrojecidos que estaban. Confundiendo su abatimiento con resaca, lo obligó a beberse un vaso de agua. Después, como una sirvienta de palacio, abrió la puerta del salón bueno y, cuando estimó que Cal estaba presentable, lo hizo pasar.

Su padre estaba sentado en el sillón con la cabeza inclinada hacia delante. Sostenía a Bess sobre el regazo, le estaba cantando una vieja canción gaélica sobre despedidas de hombres que se hacen a la mar. La perra descansaba sobre su regazo, como la piel de una bestia a los pies de un dios nórdico exhausto. Cal observó a su padre acariciarle la cruz y masajearle el cuerpo desde la cadera hasta las patas. John levantó la cabeza al oír la puerta.

Cal señaló a la perra con la cabeza.

—¿Está mal?

—Me la llevé a la colina hace una hora. He tenido que cargar con ella para bajarla.

Cal cruzó la habitación y se sentó en el puf, a los pies de su padre. Le acarició el hocico a Bess.

—Lo siento. Cavaré una fosa.

La perra debió de sentirse abrumada. Se removió e intentó bajarse del regazo de John.

—¡No nos agobies, hombre!

Su padre lo apartó de un puntapié. Solo estaba pidiendo algo de espacio, rechazando su compasión, pero la punta de su bota pilló a Cal desprevenido y le dio en la espinilla. No puedo evitar sentirse dolido y, para que no se le notase, se acercó a la chimenea y se puso a remover las brasas. Odiaba tener que pedir permiso a su padre para echar más turba. Pero cuando lo miró, John asintió, así que echó otro terrón al fuego.

—¿Dónde has estado?

—Había un *cèilidh* en casa de Tormod. Doll y yo nos quedamos a dormir donde la irlandesa.

—Sí. Pero eso fue anoche —dijo su padre—. ¿Dónde has estado todo el día?

La espinilla le latía. Sintió un leve deseo de venganza.

—Ya que quieres saberlo, he estado en casa de mi *mamaidh*. —La mirada de su padre seguía fija en la perra moribunda, y aunque Cal no lo interpretó como una invitación para seguir hablando, sí entendió que le estaba concediendo el espacio necesario para decir lo que pensaba—. La echo de menos, papá. Y me gusta ver a los niños…

—Ya hemos hablado de eso. Y te pedí que no volvieras a sacar el tema delante de mí.

Observó cómo su padre le recolocaba la oreja a Bess. Para ser una perra negra tan vieja, el interior era de un rosa impecable.

—Déjame decir solo una cosa y prometo no volver a hablar de ella. —Buscó en John otra señal de aprobación, pero esta vez no obtuvo ninguna. Mantuvo la mirada baja y, tras un momento largo y tenso, Cal se vio obligado a continuar, ahora con menos seguridad—: Papá, esos niños son mis hermanos; son tus sobrinas y tu sobrino. Nada de esto es culpa de ellos y estoy convencido de que ahora mismo necesitan un hermano mayor, y es posible que también un tío… —Se detuvo para comprobar el efecto que aquella transgresión había tenido sobre su padre, pero no logró ver nada más que una leve tensión en la mandíbula—. Uilleam se está muriendo. Los temblores han empeorado y por lo visto tiene algún tipo de demencia. Se lo pregunté a la enfermera y me dijo que no le quedan

muchos años. Eso es todo. Tu hermano se está muriendo y creo que deberías saberlo.

—¿Y qué te hace pensar que no lo sé? —preguntó John con voz plana.

Cal sintió el impulso de cruzar la habitación y abrazar a su padre.

Y, al mismo tiempo, sintió el impulso de cruzarla y patearle la cara.

—Si todo lo que hago te molesta, entonces ¿por qué me hiciste volver? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Por qué?

Ella los interrumpió al entrar con una bandeja de té. Se acercó a Cal, le examinó la espalda del jersey y, al ver que estaba empapado, se lo sacó por encima de la cabeza. Dos mujeres distintas lo habían desnudado en un mismo día, empezaba a sentirse de nuevo como un niño. Ella salió de la habitación con un suspiro mientras Cal devoraba un *crumpet*. No dejaba de tiritar mientras masticaba. Volvió la vista al fuego y se chupó un poco de mantequilla derretida del pulgar.

—Hemos perdido tres ovejas mientras tú andabas por ahí de parranda.

—¿Tres?

—Sí, tres. Una se puso de parto. El primer cordero salió de cabeza, pero con las patas dobladas bajo el hocico. Se quedó atascado y se acabó asfixiando con medio cuerpo fuera. Su hermana también se asfixió. Y la hemorragia acabó matando a la madre. Cuando las encontré esta tarde, las gaviotas ya les habían sacado los ojos y se habían comido medio cordero del vientre de la madre.

—Pero es demasiado pronto. Se han adelantado.

—¿Y quiénes somos nosotros para cuestionar las cuentas a Dios? ¿Qué quieres, que lo haga todo yo solo? ¿Darte de comer y vestirte?

¿Para qué? Si luego, cuando te necesito, te vas corriendo a casa de tu madre…

Tick se levantó del rincón y empezó a dar vueltas, nervioso.

Aunque perder una oveja era algo terrible, la muerte formaba parte de la vida en el *croft,* así que no les quedaba otra que cavar una fosa y seguir adelante. Pero perder tres en una sola tarde era un golpe difícil de digerir. Era absurdo. No se trataba solo de una cuestión de dinero, sino de esfuerzo, de todo el tiempo desperdiciado para acabar topándose con la muerte, una muerte en cadena que podría haberse evitado.

De todas formas, Cal no entendía por qué aquello tenía que ser culpa suya. Seguro que Innes y su padre estaban en Falabay cuando ocurrió, seguro que vieron a la oveja en apuros. Pensó en preguntarle por qué no acudieron en su ayuda, pero miró a la perra moribunda y decidió no insistir más.

Se puso en pie. Mejor dejarlo solo con su duelo. Cal podría tejer unas horas antes de acostarse y, por la mañana, al levantarse, cantaría con el brillo de Dios en los ojos y trataría de reconciliarse con su padre.

Cogió a Tick por el collar y lo llevó hasta la puerta. Las moscas de la casa empezaban a despertar del letargo invernal y una estaba zumbando junto a la ventana, desesperada, torpe, empeñada en escapar.

Recorrió el cobertizo con la mirada, los restos acumulados de toda una vida. Entonces se permitió dar cabida a una idea cruel. Dejaría que su abuela cediera el *croft* y la casa a su madre, y que su padre hiciera con su vida lo que le diese la gana, tal vez eso le sirviese de liberación o de condena. Ya no le importaba.

La lanzadera cruzó el telar una docena de veces, cien veces, mil veces. Abría la urdimbre como un ciervo rojo atravesando un bosque de árboles desnudos. Durante horas, mantuvo aquel ritmo monótono, ese traqueteo hipnótico que le permitía evadirse de todo.

Una perra muerta. Una oveja muerta. Cinco corderos muertos. Era un comienzo de primavera terrible. Dos de los corderos habían muerto en el parto, llevándose por delante a la madre. Otro consiguió sobrevivir hasta el final de la primera semana, bien alimentado de calostro, y aun así murió.

El cuarto cordero —de Innes— se quedó atascado, al igual que los dos de los Macleod. No podía empujarlo hacia dentro ni sacarlo, así que se vio obligado a cortarle la cabeza mientras aún pendía del cuerpo de la oveja. Y el quinto cayó inmóvil del vientre de su madre. Innes le hizo cosquillas en la garganta con una brizna de paja. Le sopló en el hocico, lo agarró por las patas traseras y lo zarandeó con fuerza, pero el animalillo no volvió a la vida. Cinco corderos muertos en total.

Varios vinieron de nalgas, primero las pezuñas y las patas traseras, pero Cal los sacó adelante sin perder la calma. Ojalá su padre lo hubiese visto, tal vez así recuperaría la confianza en él. Le contó a su abuela los detalles de estos partos difíciles con la esperanza de que luego se los mencionase a John. Pero, si lo hizo, Cal no recibió ninguna palabra de agradecimiento por parte de su padre.

El nacimiento de otro cordero, al que asistieron John y Cal, les dio la oportunidad de redimirse un poco. El recién nacido yacía cubierto

de mucosidad, pero su madre, indiferente a sus necesidades, se alejó de él. Durante la temporada de partos, las gaviotas nunca andaban muy lejos, pero aquella mañana también sobrevolaba la zona un pigargo imponente de cola blanca. Cal estaba demasiado lejos del cordero abandonado cuando el ave rapaz descendió cortando el cielo y desplegó sus garras. Clavó las uñas en la carne y remontó el vuelo, triunfante, derramando gotas de sangre y líquido amniótico.

Cal había llegado demasiado tarde para salvar al recién nacido. Se dejó caer de rodillas sobre la hierba vacía.

Y entonces, justo cuando estaba reuniendo el valor para ponerse en pie y enfrentarse a la ira de su padre, oyó un balido tenue. Se acercó a gatas y el cordero repudiado alzó la vista hacia él, atravesado por el pánico. El pigargo había fallado. Se había llevado la placenta y había dejado al cordero temblando bajo el viento. Cal lo recogió, metió su cuerpo todavía resbaladizo dentro de la chaqueta y lo apretó contra el pecho.

John fulminó con la mirada a la madre, que masticaba distraídamente un puñado de hierba.

—¡Maldita zorra sin corazón! —espetó—. ¡Maldita seas!

Cogió una piedra y se la lanzó a la oveja. Le dio en mitad del cuerpo, aunque el grueso vellón del invierno amortiguó el golpe. La oveja baló más por fastidio que por otra cosa, se tambaleó mínimamente y siguió masticando con la misma indiferencia.

En los días que siguieron, Cal esterilizó varias botellas de whisky y fabricó tetinas con unos guantes de goma que ajustaba a los cuellos de las botellas. Vigilaba a los corderos y atendía a aquellos a los que sus madres rechazaban. Poco después llegó el trabajo de marcar,

desparasitar, cortar colas y castrar. Su padre delegó en él todas estas tareas y Cal pasó varios días muy duros bregando con el rebaño. Reunió a todos los corderos en el redil y, cual pastor presbiteriano en el púlpito, se inclinó sobre ellos y se dirigió a su aterrorizada congregación.

—Siento mucho lo que voy a haceros —dijo—. Pero, creedme, algún día me lo agradeceréis. Os lo prometo, el pellizquito que vais a notar ahora es preferible a que las moscas negras del verano os devoren el culo, ¿verdad que sí?

Era mejor hacerlo cuando los recién nacidos apenas tenían unos días, de este modo sentían menos dolor cuando las colas se secaban y acababan cayéndose. Cal los cogía en brazos y les restregaba la nariz contra el hocico, algo que le habían dicho hasta la saciedad que no hiciese. Después usaba la pistola de anillar para colocarles una goma en la base de la cola mientras susurraba: «Ya lo sé, ya lo sé».

Les cortó la cola a las hembras y luego a los machos. Mientras sostenía a los corderos boca abajo, les tiraba suavemente del escroto aterciopelado y les colocaba otra goma alrededor de los testículos para que quedasen castrados y perdieran el deseo de montar a sus hermanas.

—Bienvenidos al paraíso de los solteros —decía y les daba una palmada en el lomo.

Los corderos se alejaban entre tambaleos, con sus huevos azules cada vez más morados, balando en busca de sus madres.

Al final de la temporada de partos, lo invadió una necesidad desesperada de marcharse. Salió de la casa y emprendió la larga caminata en la oscuridad.

La cabina estaba pegada a la casa de Beady, por lo que esta podía oír cualquier conversación si dejaba entreabierta la ventana del baño, cosa que hacía casi siempre.

Cal se quedó esperando en la penumbra mientras Licky McAllister, con sus labios eternamente agrietados, hablaba con su hermana. Llevaba un chal negro sobre los hombros y estaba sentada de espaldas a Cal en una silla de respaldo duro. Todos los martes por la noche la llamaba desde Nueva Zelanda, donde su hermana, tras casarse con un criador de ovejas merinas, había visto cómo el tejido mismo de su vida adquiría cada vez más brillo y comodidad. Cal permaneció en la oscuridad escuchando a Licky hablar en un gaélico atropellado. La pipa Rattray parecía soldada a su boca y solo la apartaba de los labios para emitir un grave «ju, ju, ju» que debía de ser, dedujo Cal, su forma de reírse.

Esperó diez minutos, veinte, paseándose de un lado a otro. Se preguntó si debería salir de la penumbra y decirle que necesitaba usar el teléfono, pero justo cuando empezaba a reunir el valor para interrumpirla, la conversación derivó hacia Doll, y Licky empezó a contarle a su hermana lo sucedido el domingo anterior en la iglesia. Su voz condenatoria contrastaba de forma extraña con la sonrisa apenas perceptible que tenía en los labios, y varias veces puso a parir a los Macdonald antes de soltar una risita y decir:

—Pero bueno, llevan toda la vida igual.

Las hermanas se despidieron por fin. Licky recogió la silla y la metió en el maletero de su coche destartalado. Arrancó el motor y

se marchó sin darse cuenta de que Cal estaba esperando en la oscuridad.

Cuando las luces traseras del vehículo desaparecieron, dio un paso al frente. Rescató la puerta que estaba tirada en la hierba, volvió a colocarla sobre el vano y se encerró dentro de la cabina. La versión aceptada por todos era que el viento había arrancado la puerta de las bisagras, pero cuando Cal las examinó, vio que faltaban los tornillos y que las piezas estaban intactas.

Descolgó el auricular y marcó el número.

Respondió una voz conocida.

—¿Innes? Sí, soy yo. Cal. —El aire salino había corroído los cables, así que tuvo que mover el cordón hasta que cesó el chisporroteo y el sonido cobró algo más de nitidez—. Oye, siento llamar tan tarde. Pero el otro día te oí decirle a mi padre que querías comprarte una furgoneta nueva y te llamaba para decirte que, si necesitabas ir a mirar alguna, me encantaría acompañarte.

FICHEAD / VEINTE

Oban no podía quedarles más a trasmano. Quizá Innes le había dicho de quedar allí precisamente por eso: era poco probable que se encontrasen con alguien conocido. La ciudad portuaria del continente había tenido encanto en otro tiempo, pero lo había perdido por culpa de un laberíntico sistema de calles de sentido único que serpenteaban alrededor de un centro medio muerto. Todo eran cafeterías y tiendas para turistas, y Cal había cruzado la ciudad de punta a punta en menos de veinte minutos. La plaza consistía en una isleta de tráfico rodeada de parterres elevados y repleta de jubilados ociosos y enfundados en capas de abrigos, sentados solos en bancos húmedos, con cara de haberse perdido, como si sus familias los hubieran dejado allí abandonados a su suerte.

Cal estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en un muro bajo. Se tiró del pelo. Se lo recogió. Luego volvió a soltárselo. Se pasó los dedos por el cabello y después se los olió para ver lo grasiento que estaba. Se lo recogió de nuevo. Al poco se lo volvió a soltar.

Aparecieron unos pies pequeños a su lado. Unos zapatos bajos y planos daban paso a unas piernas delgadas embutidas en unas medias azules, y a un abrigo acolchado beige que debía de ser igual de calentito que un edredón de plumas. La mujer llevaba un crucifijo

de oro colgado de una cadena. Sonrió mientras le tendía un vaso de café.

—Toma.

—Ah, no. Yo no…

—No pasa nada, hijo. Cógelo. —Le metió a la fuerza una moneda de una libra en la mano. Luego le entregó una tarjeta plastificada: un poema impreso sobre la imagen de unas huellas en una playa de arena—. Dicen que la lluvia va a empeorar. ¿Tienes algún sitio donde resguardarte?

—Sí… —vaciló—. Creo que sí.

La mujer le acarició el dorso de la mano.

—Bueno, pues que Dios te bendiga.

Cuando ella se alejó, Cal se tiró del jersey de Aran lleno de agujeros, lo olió y se arrepintió de no haberse puesto algo más limpio. Le dio la vuelta a la tarjeta y leyó el poema. Era un mensaje sobre la fe, decía que cuando caminábamos solos por la vida era porque Jesús nos llevaba en brazos en los momentos más difíciles. Si su padre lo leyese, seguro que se ponía hecho una furia al ver cómo los fenianos trataban a Jesús como un burro para pasear por la playa.

Innes se estaba retrasando mucho, más de media hora, una hora, dos. Los mismos escolares que habían salido a la hora del almuerzo volvían ahora a casa con las camisas por fuera y los chubasqueros cerrados hasta la boca. Cada vez que intentaba aceptar que Innes no iba a aparecer, la incertidumbre volvía a cernirse sobre su mente y seguía esperando diez, veinte, treinta minutos más.

Innes había aceptado dejar que lo acompañara con la condición de que no le dijese nada a su padre. No podían marcharse juntos,

en eso Innes había sido tajante. Así que Cal le dijo a Ella que iba a visitar a su madre, y luego se subió en el ferri de Tarbert mientras Innes iba más al norte, hasta Stornoway, para coger un barco a Ullapool y seguir de nuevo en coche varios kilómetros hacia el sur. A Cal le había llevado más de medio día llegar a Oban; unas pocas horas más de viaje y podrían haber quedado directamente en Glasgow o Edimburgo. Pero cuando le dijo a Innes que en la capital les resultaría más fácil encontrar una furgoneta, este empezó a echarse atrás y Cal dejó de insistir.

Miró a su alrededor. Aquellas no eran las luces brillantes que había imaginado. Palpó los billetes que tenía en el bolsillo y calculó hasta dónde podría llegar con el dinero que le quedaba. Seguro que hasta Glasgow y, si todavía aceptaban su carné de estudiante, podría coger el autobús nocturno a Londres. Se puso en pie y se sacudió el polvo. Cuando levantó la vista, Innes venía hacia él con las palmas abiertas como un santo de escayola.

—Eeeh…, lo siento —dijo tratando de recuperar el aliento—. Ha habido un accidente a las afueras de Ullapool.

—Vaya, no me digas. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Pero el tráfico era interminable. —Se pasó la mano por el pelo, que cada vez le raleaba más—. No me digas que llevas todo este rato aquí esperando. Tendrías que haberte ido a la biblioteca o a una cafetería.

—Me daba cosa irme y que no me vieras.

Innes echó un vistazo a la modesta plaza.

—¿Has conseguido escaparte sin problema?

—Sí, sin problema. —Cal se colgó la mochila al hombro—. ¿Qué? ¿Vamos a mirar esas furgonetas?

—Igual se nos ha hecho un poco tarde —dijo Innes—. Quizá deberíamos dejarlo para mañana.

—Vale. Entonces ¿qué te apetece hacer?

—Eeeh…, no sé. ¿Qué te apetece a ti?

Intentaron orientarse. Bajaron hasta el puerto y se quedaron mirando los barcos, pero ya habían visto mar suficiente para varias vidas. Regresaron a la plaza y descubrieron que las tiendas estaban cerrando. Parecía que no había nada que hacer salvo tomar cervezas, así que volvieron al paseo marítimo y entraron en el primer local que vieron, un antiguo banco reconvertido en pub. Al ver los precios, Cal volvió a palparse los billetes del bolsillo.

Innes pagó la primera ronda mientras Cal iba al baño. Cuando regresó, Innes estaba sentado a una mesa cerca de la entrada, vigilando la puerta como si temiese que volviera a escabullirse. Sonrió al ver a Cal.

—Pareces un bloque de hielo.

—El frío se me ha metido en los huesos. —Cal se quedó de pie junto a la mesa, empapado. El camarero lo miró con el ceño fruncido, como si estuviera molestando a Innes, como si fuese uno de esos vagabundos que venden carne robada del matadero o cigarrillos españoles—. ¿Sabes? Ya es la segunda vez hoy que alguien me mira con cara de pena. Pensé que, si parecía un mendigo, te harían mejor precio por la furgoneta.

—Bien pensado.

Había una pinta sobre la mesa. Innes la deslizó hacia él.

—Bueno, *slàinte* —dijo Cal y alzó el vaso—. Brindemos por nuestra noche de libertad. Seguro que en esta ciudad hay alguna discoteca. Luego podríamos ir a bailar un poco.

—Que Jesús nos ampare. —Innes alzó su vaso a modo de saludo —. *Slàinte*.

Cal apartó el taburete y se dejó caer en él. Trató de recomponerse un poco mientras se secaba las últimas gotas de lluvia de la frente. El pub había sido reformado hasta borrar cualquier rastro de su pasado como banco. A pesar de no tener nada que llamase la atención, las miradas de ambos hombres revoloteaban por la sala como dos pájaros inquietos, incapaces de posarse.

—¿Por qué tengo la sensación de estar haciendo algo malo?

—No te preocupes. Yo estoy en casa de mi madre y tú estás mirando furgonetas.

Innes asintió, pero Cal sabía que no las tenía todas consigo. Tenía la mirada perdida, como si se estuviera adelantando a algún reproche futuro, ensayando mentalmente una conversación que tal vez nunca tendría lugar.

—No ha habido ningún accidente en la carretera, ¿verdad? —dijo Cal. Los ojos de Innes volvieron a enfocarse. Negó con la cabeza—. Supongo que tengo más experiencia que tú en eso, llevo años mintiéndole a mi padre. Pero somos hombres adultos, Innes, y si queremos ser amigos, si queremos tomarnos un par de pintas y mirar furgonetas para ovejas, deberíamos poder hacer lo que nos dé la gana. Además, tú lo invitaste y él dijo que no. Le pediste ayuda y él te la negó.

—Ya. —Innes se irguió un poco en el asiento—. Así es, me la negó. Claro. Tienes razón.

—Pues tu cara parece estar diciendo otra cosa.

Innes se frotó el rostro y, por un instante, casi funcionó.

Cal lo observó mientras le daba un sorbo a la pinta. Tenía el pelo color miel, revuelto, y sus rasgos era agradablemente asimétricos, había en ellos una leve imperfección que impedía que resultase demasiado guapo. Llevaba una chaqueta negra de cuero que nunca le había visto. El corte estaba pasado de moda, pero el cuero seguía rígido, señal de que apenas se la había puesto. Era la clase de prenda que llevaban los tipos duros de Glasgow o los hombres que merodeaban por las pistas de baile de los clubes nocturnos, esos que bebían solos y se apostaban en la periferia, donde no llegaban las luces. Estaba recién afeitado. Tenía un pegote de espuma de afeitar debajo de la oreja izquierda. Cal le señaló la mancha e Innes se humedeció el pulgar con la lengua para borrarla. Se sonrojó.

No tardaron en beberse la cerveza, como si esperasen encontrar algo que decir en el fondo del vaso.

—¿Te has enterado? —dijo al fin Innes—. Han metido a Doll en el cobertizo. Le han puesto una cama y una cómoda, y Donnie dice que está muy a gusto allí. Por lo visto, en la reunión de la iglesia Doll dijo que estaba encantado. Que ahora tiene más independencia porque puede entrar y salir cuando quiere. Y ellos también dicen estar encantados porque tienen un poco más de espacio en casa. Pero ya te digo yo que ninguno está tan encantado como dice.

—¿Y qué pasa si nieva?

—Eeeh…, pues qué va a pasar. —Levantó el vaso y se quedó un momento pensativo—. Donnie dice que sorprendió a las niñas jugando al lado del cobertizo. Les parecía graciosísimo servirle heno a Doll en un plato. Tenían una zanahoria y la metían por las rendijas de la puerta como si fuera una mula.

—Como Doll pierda los nervios, se van a arrepentir.

Como de costumbre, Innes tomó aire con fuerza, pero esta vez la inspiración acabó convirtiéndose en un suspiro.

—Eeeh…, yo no soy padre, pero estoy seguro de que jamás metería a mi hijo en un cobertizo.

—Lástima que los hijos no podamos elegir.

Innes volvió a ruborizarse.

—¿Y de verdad tu padre no te ha preguntado adónde ibas?

—Sí me preguntó. Pero mencioné a mi madre y dejó de escuchar. —Cal se inclinó hasta ponerse a la altura de Innes—. Por favor. No te preocupes.

—¿Y te preguntó algo de mí?

—Ya sabes cómo es. Nunca comenta nada de nadie. —Cal se llevó la mano al pecho y dijo con tono solemne—: Nuestras palabras son semillas, Innes. Nuestras palabras. Son semillas.

—Qué inquietante.

Cal sonrió, satisfecho con su imitación y dijo:

—Pero tarde o temprano tendremos que salir del armario.

—¿Salir del armario?

—Sí, claro. Como amigos.

Innes esbozó una sonrisa torcida. Cal dio un trago a la pinta y se preguntó cómo sería darle un beso. Se preguntó si aquel viejo virgen sería gay. Y, en caso de que lo fuese, si podría seducirlo.

Un grupo de mujeres de mediana edad irrumpieron en el bar envueltas en una nube de perfume dulzón y aire salobre. Tenían ansias de libertad y, en cuento franquearon la puerta, empezaron a despojarse de sus bufandas y chaquetas de trabajo a juego, dejando ver unos tops escotados y sedosos. Les echaron un vistazo rápido a los hombres y luego apartaron la mirada, la noche era demasiado

joven para conformarse con un par de granjeros calados hasta los huesos.

Los hombres siguieron bebiendo lager y hablando de nimiedades, pero cualquier conversación acababa devolviéndolos a Falabay; era una lástima haber recorrido tantos kilómetros para hablar de lo mismo de siempre. Al final se quedaron callados viendo cómo las mujeres se tomaban entre gritos una bandeja de chupitos de sambuca gratis.

—Deberíamos pedir que nos diesen chupitos gratis —dijo Cal—. Esto es discriminación.

—¡Eeeh…, ni se te ocurra!

Le gustaba cómo lo regañaba Innes. Levantó la pinta para ocultar la sonrisa.

Las mujeres pidieron otra ronda de chupitos gratis. Eran unas descaradas. Ese tipo de cosas le daba vergüenza ajena y, sin embargo, no podía evitar admirarlas. Se inclinó hacia Innes.

—De pequeño, mi abuela me llevaba a un oculista que tenía la consulta en Stornoway. ¿Conoces la cafetería esa que hay en The Narrows? Ella se tomaba allí su té y se fumaba su cigarro tan tranquila, pero no perdía de vista la sala, y luego me daba un codazo y decía: «¿Ves a esa chica de allí? No va a terminarse las patatas. Ve y pregúntale si te las puedes quedar. ¡Venga, ve!»

—Dios mío. —Innes hizo una mueca—. ¿Y qué hacías tú?

—Una vez fui. La chica se quedó tan sorprendida que dejó que me llevara las sobras. Se notaba que tenía unos dientes pequeñísimos por las marcas que habían dejado en el pan. Mi abuela asintió con la cabeza y ya está, no le dio ni las gracias. Y luego tuvo la cara dura de soltarme un sermón sobre el orgullo. Pero el caso es que yo

conocía a la hermana de aquella chica. Iba a mi curso. Durante los dos años siguientes fui «el chaval que mendigaba sobras».

—Eso… no está bien.

—La siguiente vez que fuimos a comer intentó hacerme la misma jugarreta, pero me negué. Así que se levantó hecha una furia. Empezó a dar vueltas por la cafetería y se puso a mirar las mesas, parecía una profesora vigilando un examen. De pronto se paró y le preguntó a un cliente si podía retirarle el plato. El pobre hombre debió de pensar que era camarera o que estaba senil…, yo qué coño sé. Pero mi abuela cogió el plato, volvió a nuestra mesa y se comió las migas y los restos de…

Hizo un gesto como de espolvorear algo.

—¿Aderezo?

—Eso. Aderezo. Y el hombre allí mirando cómo se comía las sobras de su comida. —Cal se llevó los nudillos de los pulgares a los párpados y se masajeó los ojos—. ¿Has probado alguna vez la sambuca? ¡La vas a odiar!

Antes de que Innes pudiera protestar, fue hasta la barra y regresó con las bebidas, que al final tuvo que pagar.

—Por Dios bendito —dijo Innes olisqueando el licor—. ¿Cuál es tu plan, matarme?

—Depende. ¿Llevas encima el dinero de la «furgoneta nueva»? —Se bebieron los chupitos de un tirón. Tuvieron que beber cerveza al momento para quitarse el regusto anisado. Cal no había comido nada desde aquella mañana y notó cómo el alcohol empezaba a aflojarle la cabeza. Se sacudió un poco para intentar calmarse—. Vale. Entonces, ya que mi padre es tu mejor amigo…

—Eso suena muy infantil.

—Vale, ya que mi padre es tu amigo más antiguo, ¿por qué no me cuentas algo de él que yo no sepa?

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que las cosas que no sabes son precisamente las que él no quiere que sepas?

—Vaya, al final va a resultar que mi padre es un hombre interesante y todo. —Innes metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes. Los agitó delante de Cal—. Vale, vale…

Cal refunfuñó, pero le arrebató el dinero y volvió a la barra. Mientras esperaba a que el camarero lo atendiese, se giró y vio que Innes lo estaba mirando. Entonces volvió a mirar al camarero, apoyó todo el peso sobre una pierna y sacó un poco el culo. Esperó unos segundos y volvió a mirar a Innes por encima del hombro.

Innes estaba observando la lluvia.

Regresó con las pintas y dos whiskies. Se metió el pulgar en la boca y chupó el whisky que se había derramado. Innes lo miró un momento.

—¿Eres consciente de que, cuando bebes, el ojo izquierdo se te tuerce un poco? —dijo Innes. Cal se tapó el ojo con la mano. Se giró en busca de alguna superficie donde ver su reflejo—. Lleva toda la noche así, como el marcador de gasolina de mi furgoneta vieja. Cuanto más bebes, más se baja.

—Joder. Con razón nunca consigo entrar en casa sin que me pillen. —Los hombres sonrieron sobre sus pintas. Al cabo de un rato, Cal se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel tamaño folio. La desplegó con cuidado. La tinta se había corrido un poco con la lluvia—. No sabía de qué íbamos a hablar, así que he preparado algunas preguntas.

—¿Tan difícil soy?

—No tanto como mi padre. —Alisó el papel—. Vale. ¿Cuál es tu signo del zodiaco?

—No creo en esas tonterías. Pero nací en julio.

—Cáncer. Bien. Leal. Un poco aburrido. Pregunta número dos. ¿Cómo era tu madre?

Innes hizo una mueca.

—La verdad es que apenas la recuerdo…

—Vale, ahora me siento fatal.

—Bueno, recuerdo que estaba muy ocupada. Mi padre, como trabajaba en la marina, siempre estaba fuera. Yo odiaba las gachas, pero las pedía a mi madre todas las mañanas porque me di cuenta de que se tenía que quedar quieta para removerlas, y entonces yo podía acercarme por detrás y abrazarme a ella. Así estuvimos meses, hasta que Sorley se puso celoso y dijo que él quería Frosties como los demás niños.

—¿Era guapa?

—¿Conoces a algún hombre que diga que su madre no es guapa? —Hizo girar la pinta entre las manos—. Para mí era guapísima. Y nos quería. Eso sí lo sé.

Cal pensó en su propia madre. En todos los chicos que había conocido en la universidad. Daba igual lo capullos, cobardes o imbéciles que fueran, todos estaban convencidos del amor que sus madres sentían por ellos.

—¿Te pesa tener que cuidar de tu padre?

—¿Esa también la llevas apuntada?

—Es para un amigo.

—Pues dile a tu amigo que no es asunto suyo.

—Vale, entonces, ¿te dio pena cuando Carlos y Diana se divorciaron?

—¿Me lo preguntas en serio?

Cal llevaba un rato buscando la manera de preguntarle qué pensaba de que su madre hubiese abandonado a su padre. Quería que Innes le contase aquello que, siendo el mejor amigo de John, solo él podía saber. Pero no podía abordarlo directamente porque sabía que respondería con evasivas típicas de la isla. «Ya, qué horror, fue un momento muy duro para todos, claro». Echó un vistazo al resto de las preguntas y ahora le parecieron infantiles y absurdas.

—Creo que mi padre es alérgico a la lana. ¿Tú qué crees?

—Que sí —dijo Innes con absoluta seguridad—. También es alérgico a los gatos. —Alargó la mano, cogió la hoja y la dobló—. Tiene que haber más temas de los que hablar, ¿no?

El pub empezó a llenarse. Mataron el tiempo observando el modo en que cada mujer iba fraguando su propia tragedia. Empezaron a hacer apuestas entre ellos: cuál acabaría llorando, cuál vomitaría, a cuál tendrían que meter en un minitaxi a rastras y cuál terminaría con el tipo fanfarrón de las deportivas nuevas.

Innes sacó los cigarrillos y le ofreció uno a Cal. Cal cogió un cenicero de una mesa vacía. Innes entrecerró los ojos mientras miraba a través del humo.

—Ya que te gustan tanto las preguntas, déjame que te haga una.

—Dispara.

—¿Por qué volviste a casa?

—Mi abuela estaba enferma…

—No —lo interrumpió—. La verdadera razón.

Cal se hurgó la nariz con el pulgar y se tomó algo de tiempo antes de responder.

—Supongo que tenía miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A todo. No fue fácil mudarme a un sitio donde no conocía a nadie. Luego, cuando terminé los estudios, no había trabajo y me di cuenta de que tendría que volver a mudarme. A un lugar más grande. No podía llamar a casa y pedir ayuda. Cualquier decisión o cualquier problema tenía que resolverlo por mí mismo. ¿Sabes lo solo que te sientes cuando eres la primera persona de la familia que va a la universidad?

—Me lo imagino.

—Cogí sarna en segundo. Me salieron unas llagas rojas que picaban muchísimo y estuve semanas sin dormir. Al final le eché valor y se lo conté a mi padre, le pregunté qué era y si debía ir al hospital o no, y lo único que él quiso saber era cómo la había cogido. —Soltó una risa amarga—. La pillé en la biblioteca. Triste, ¿eh? —Dio una calada y mantuvo el humo dentro antes de expulsarlo en una serie de anillos concéntricos—. Me di cuenta de que no podía hablar con él de las cosas importantes. Creo que por eso tengo tantas deudas. Ojalá tuviera a alguien a quien llamar, alguien a quien pedir consejo.

Innes dejó escapar un pequeño murmullo de comprensión y dijo:

—Todo el mundo habla de lo difícil que es irse. Pero es mucho más difícil quedarse.

Se miraron un momento antes de apartar ambos la vista.

—Y tú con tu hermano, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Si te soy sincero, creo que le tienes un poco de celos. —El pub estaba ya abarrotado. Un joven que pasó por detrás de Cal se chocó con él y le manchó la espalda de cerveza. Siguió adelante sin disculparse—. ¿Crees que soy un fracasado por haber vuelto?

—No. A ver, me supo mal por ti, pero no creo que seas un fracasado.

Cal soltó un bufido mientras apagaba el cigarrillo.

—¿Sabes? Tú eres parte de mi problema.

—¿Yo? Eeeh…, ¿qué tiene que ver esto conmigo?

—Mi padre se inventó toda clase de razones para hacerme volver a casa. Pero, seamos sinceros, él puede llevar el *croft* sin ayuda de nadie; de hecho, lo prefiere así. Está solo, Innes. Y no es capaz de admitirlo. Yo habría vuelto a casa solo por eso, pero en lugar de admitirlo, se inventa todas estas excusas, y encima…

Se detuvo. Era mejor no mencionar el tema del arrendamiento.

—Creo que estás siendo un poco injusto. Somos isleños. Aquí todo el mundo acaba yéndose. Y los pocos que nos quedamos, estamos acostumbrados a que nos dejen. No es nada nuevo. —Innes sostuvo el cigarrillo entre los dedos—. Pero no puedo imaginarme lo que tiene que ser criar tú solo a un hijo y que luego tu hijo se marche. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Yo no lo abandoné a él. Simplemente me fui de casa. —Dejó la pinta sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. La lager se agitó y los dos hombres observaron cómo la espuma se deslizaba por el vaso—. Y él me abandonó primero. Me miró a mí, luego a Jesús, y eligió a Jesús. Cruzó aquel paño blanco y me dejó al otro lado. Yo tenía nueve años. Mi madre acababa de largarse y él hizo eso.

—Él espera que lo sigas, ¿lo sabes, verdad?

—¿Ah, sí? Porque yo juraría haber oído al reverendo decir: «¡Aquellos de vosotros que estáis predestinados para la salvación, debéis dejar atrás a vuestras esposas y maridos, a vuestros hijos e hijas!». —Las lágrimas lo tomaron por sorpresa. Se enjugó la cara—. Total, que estoy encadenado a mi padre en esta vida, pero en la siguiente, que me jodan.

Innes no respondió. Se sucedió un silencio incómodo. Innes se disculpó en voz baja y fue al baño. Las mujeres de la mesa de al lado observaron a Cal de reojo mientras se secaba las lágrimas con el cuello del jersey. Cuando finalmente miró por encima del hombro, vio que el pub se había llenado y que Innes estaba de pie entre la multitud, no parecía ir hacia la barra ni al fondo, simplemente estaba allí esperando, varado en un mar de borrachos.

Pasó bastante rato antes de que regresara con las bebidas. Cal intentó sonreír y pensó que cambiarían de tema, pero en cuanto Innes volvió a sentarse, dijo:

—Antes has dicho que yo era parte del problema. ¿Qué querías decir con eso?

—Quiero decir que he bebido demasiado.

Cal alargó la mano hacia el whisky. Innes apartó el vaso.

—No cambies de tema.

—Quiero decir que mi viejo está solo. Pero no lo bastante solo.

—¿Lo bastante solo? No te entiendo. ¿Crees que mi amistad no lo deja avanzar?

—Un poco sí. Sois como dos carneros infelices vagando por las colinas. Creo que sí, que eres el compañero de su soledad. —Cal hizo un gesto para que Innes le pasara el whisky e Innes deslizó por

fin el vaso hacia él. Cal levantó la vista para comprobar si se había pasado, pero este lo observaba con esa serenidad suya tan difícil de interpretar—. Es un capullo…, pero un capullo bastante atractivo. Podría volver a casarse. Debería volver a casarse. A veces lo oigo por la noche, muy tarde, cuando cree que estamos dormidos. Lo oigo y… —Dejó la frase en el aire, consciente de que había hablado más de la cuenta—. Seguro que tiene que haber alguna viuda apañada para él. Alguna mujer agradable y devota. Lo sé.

—¿Y eso resolvería su problema o el tuyo?

—Estoy atrapado. No puedo dejarlo solo con mi abuela en esa casa.

—Eeeh…, por un momento he llegado a pensar que era él quien te preocupaba.

Cal soltó un resoplido poco amable.

—Si hay alguien que debería entenderme eres tú.

—Yo elegí cuidar de mi padre. No me arrepiento.

—¿Ah, sí? —Cal abrió mucho los ojos mientras bebía un sorbo de whisky. Decidió pasar por alto la mentira de Innes—. En fin, igual ya se ha cansado de estar solo.

—¿Y por qué dices eso?

—Creo que ha conocido a alguien. Una mujer de Tolsta. Estoy seguro. Hace unas semanas fuimos a Stornoway. Me dijo que iba a ver a un ganadero, pero llevaba puesto su traje bueno. Sabes que él jamás pisaría un campo con los zapatos de vestir. Antes preferiría cruzar media isla y cambiarse de zapatos.

Innes se echó hacia atrás. Sus ojos verdes parecían negros bajo la tenue luz de la lámpara.

—¿La has conocido?

—Todavía no. Pero cuando volvió de Tolsta no parecía él. Dormimos en el coche, y por el olor supe que había estado con alguien… —Cal pensó en preguntarle al solterón si reconocía ese olor inconfundible del sexo, pero recordó que su padre le había dicho que Innes era virgen—. No sé. Pero creo que ha conocido a alguien. —Hizo chocar su vaso contra el de Innes—. En fin, recemos para que sea verdad. Porque, si lo es, todavía hay esperanza para mí.

Innes bajó la mirada. Tragó saliva varias veces, como si estuviera digiriendo lo que Cal acababa de contarle.

—¿Sabes? —empezó a decir—. Cuando bebes puedes ser un poco incisivo. No es tu mejor cualidad que digamos.

Los hombres estaban esperando a que los atendiesen. El *fish and chips* estaba hasta los topes. En varias ocasiones, se les coló algún cliente y ellos se apartaron sin protestar, con una expresión de resignación silenciosa en sus rostros ajumados. Al final el dueño se apiadó de ellos y les hizo un gesto para que se acercasen al mostrador. Cal pidió e Innes se hizo cargo de la cuenta.

Innes había estado callado desde que salieron del pub. Se refugiaron en una esquina, y mientras echaban sal y vinagre sobre las patatas, una chica borracha con unos tacones más apretados de la cuenta se tropezó con él. Innes la sujetó y evitó que se desplomase en el suelo. La chica se dejó caer en sus brazos. Hundió la cara en su cuello mientras sus amigas se partían de la risa. Luego le robó un trozo de merluza y empezó a masticar con los ojos cerrados, dejando ver pegotes de comida sobre su lengua sediciosa.

La mujer formaba parte de un grupo numeroso de parejas jóvenes. Poco a poco, sus amigos fueron reuniéndose alrededor y Cal quedó desplazado al borde del corrillo. No le importó. Todos estaban borrachos, parecían capaces de hacer cualquier cosa, lo mismo les daba por cantar que por liarse a hostias en cualquier momento, y a Cal le pareció más seguro, más natural, contemplarlo todo desde fuera.

Bajo aquellas luces crueles, Innes parecía cansado. Había en él una especie de nobleza melancólica mientras observaba a los jóvenes con la expresión de un reverendo que ya ha visto de todo. Su dulzura, su bondad —rasgos que Cal nunca había valorado antes y que en el fondo siempre había considerado aburridos y poco atractivos en hombres jóvenes— ahora le parecían cualidades insólitas en mitad de aquel caos nocturno. Mientras los demás hombres se empujaban y bromeaban entre sí, Innes permanecía firme en el centro del grupo, como un pilar.

El grupo decidió ir a una de las discotecas del puerto. La chica debería haberse ido a casa, o quizá al hospital, pero sus amigas le acercaron a los labios una lata de Diamond White y la obligaron a beber. El novio intentó apartarla de Innes, pero ella se soltó de un tirón, protestó y volvió a agarrarse a él con más fuerza.

—No quiero irme contigo —gimoteó—. Quiero quedarme con él.

Acercó la cabeza al pecho de Innes como buscando refugio.

—¡Kirsty, deja de hacer el ridículo, joder!

El novio tenía una mandíbula poco marcada, los hombros caídos y cara de resignación. Kirsty era más guapa que él y ella lo sabía.

La chica alzó su hermoso rostro y, con los ojos entornados, preguntó:

—¿Cómo te llamas, guapo? —Luego añadió en un susurro demasiado alto—: Esta gente no tiene clase. Sácame de aquí.

Innes le sonrió como un padre que trata de complacer a una hija caprichosa.

—Los buenos amigos son difíciles de encontrar. Deberías conservar los que tienes.

Ella torció el gesto al oír aquel acento extraño.

—¿No serás un follaovejas de esos, no?

Innes se encontró con la mirada de Cal en el espejo. Cal ya estaba preparándose para sacarlo de allí, pero Innes le guiñó un ojo, y en aquel guiño percibió un destello de picardía.

—Bueno, Kirsty, soy de las islas y, si quieres que me vaya contigo a casa, me gustaría hablar contigo sobre Nuestro Señor y Salvador.

La chica se echó hacia atrás como si le hubiese escupido.

Varios hombres ajenos al grupo se giraron. La tal Kirsty soltó a Innes como un niño cansado que abandona los brazos de papá para irse con mamá. Buscó a su novio y se dejó caer en sus brazos.

Una vez fuera del *fish and chips*, Cal sintió ganas de marcharse antes de que estallase alguna pelea, pero Innes se limitó a caminar con calma mientras escogía los mejores trozos de pescado.

Pasaron junto a varios pubs, un hotel y una discoteca mugrienta frente al mar. La carretera estaba llena de manadas de hombres jóvenes acechando rebaños de mujeres jóvenes mientras migraban de un local a otro. El viento arrastraba la lluvia desde el mar hasta la costa y, aun así, ninguno de aquellos borrachos de mejillas encendidas parecía notar el frío. Los dos isleños se abrían paso entre grupos de mujeres con la piel erizada. Cal se quedó un poco atrás, concentrado en las patatas, y observó cómo Innes se cruzaba con

un grupo de mujeres y les daba las buenas noches. Todas lo miraron y, una vez que pasó de largo, dos de ellas se volvieron para examinarlo mejor. La ropa le quedaba una talla grande, como si hubiera perdido mucho peso hacía poco, y llevaba la camisa remetida por dentro de unos pantalones demasiado subidos. Cal lo vio caminar entre la multitud con aquella chaqueta de cuero hortera y pensó en lo fácil que sería sacarle un poco más de partido.

—Te has quedado muy callado. ¿Te he ofendido?

—¿Como cuando has dicho que yo tengo la culpa de que tu padre y tú estéis estancados? —Se limpió los dedos en los pantalones—. No.

Pasaron junto a un restaurante indio lleno de gente y decorado con luces de colores. Un grupo de jóvenes salió tambaleándose, sus mejillas enrojecidas por la cerveza y las especias. Se tronchaban de risa mientras rodeaban con los brazos a un hombre que estaba haciendo una imitación grotesca del camarero indio: «¿Quiere más curri, señor?», repetía sin cesar. Al pasar junto a ellos, vio una cara que le resultó familiar. Un chico de melena rubia y hermosos ojos azules en un rostro cruel. Cal se quedó mirándolo y el joven le sostuvo la mirada hasta que Cal la apartó para evitar una pelea. Siguió caminando unos metros mientras intentaba recordar de qué lo conocía, si de la universidad o de los bares gais de la capital. Cuando llegaron a la esquina, cayó en la cuenta: era uno de los pescadores varados que llevaban droga a las islas, uno de los hombres que Flash había amenazado con ahogar.

Tiró de la manga de Innes.

—Eh, conozco a ese tío. Vende droga. Igual podríamos pillar speed o alguna rula y buscar luego una discoteca.

Innes se echó a reír. Agarró a Cal por el cogote y tiró de él para que siguiera avanzando.

Había gente haciendo cola para los minitaxis. Una pareja discutía en la esquina. Un hombre con una camiseta Kappa echó la cabeza atrás y soltó un silbido. Un sonido agudo y alarmante, pero a los demás hombres les encantó. Empezaron a imitarlo y el sonido se fue extendiendo por la parte baja de la ciudad hasta que una bandada de zarapitos silbadores se apoderó de la noche.

El hotel estaba junto a la carretera de circunvalación, en las afueras. Cal se quedó fuera fumándose otro cigarro mientras Innes hacía el check-in. La llovizna se convirtió en lluvia y, sin un abrigo decente, pronto quedó empapado hasta los huesos. Poco después, Innes regresó y le hizo un gesto para que lo siguiera. La estudiante que trabajaba en la recepción apenas levantó la vista mientras Cal cruzaba el vestíbulo dejando un rastro de agua tras de sí.

La habitación estaba en la tercera planta, justo enfrente de los ascensores. El pequeño espacio estaba dominado por dos camas individuales. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado de cardos y todo lo que podía ser de tartán era de tartán, por si algún huésped se despertaba sin recordar en qué país estaba.

Ahora que por fin estaban allí, Cal ya no tenía muy claro cómo debía comportarse. Fue al baño y orinó. Cuando se vio en el espejo, se dio cuenta de lo desaliñado que iba. Aunque se había bañado aquella misma mañana, mojó una toalla pequeña y metió la mano por dentro de la ropa para enjabonarse la entrepierna. Olió la toalla

y repitió el gesto hasta que esta dejó de oler a otra cosa que no fuese jabón.

Cuando salió del baño, Innes estaba sentado en el único sillón que había. La luz de una lámpara de pie lo iluminaba desde atrás, y la sombra de sus cejas espesas le ocultaba los ojos.

—¿Estás borracho? —preguntó Cal—. Yo sí.

—Un poco —dijo Innes—. La sambuca no ha sido buena idea.

Cal encontró un paquete de galletas de mantequilla y lo abrió de un tirón. Se metió una entera en la boca.

—¿Te importa si digo mis oraciones?

—Adelante —respondió Cal con la boca todavía llena—. Yo ya recé en el aparcamiento.

Rebuscó en la mochila mientras Innes se arrodillaba junto a la cama. Sacó el deteriorado walkman y unos pequeños altavoces portátiles que colocó sobre la mesilla. Llevaba una bolsa de plástico llena de cintas Memorex, todas etiquetadas con una letra cuidadosa.

Cuando Innes terminó de rezar, Cal le dio al *play* y la voz de Nick Drake inundó el espacio. Los altavoces eran tan pequeños que el sonido parecía llegar de la habitación de al lado.

—A ver si te compro un reproductor de cedés. —Innes seguía arrodillado junto a la cama.

—Me gustan las cintas. Aquí hay canciones que no quiero perder.

Cal seguía sin entender del todo por qué estaban allí, en el continente. Era muy inexperto, torpe para la seducción, y los nervios no lo dejaban pensar con claridad. Barajó la posibilidad de tomarse algún temazepam de su madre. Intentó calcular cuántos necesitaría para tranquilizarse un poco, para poder disfrutar del momento en vez de estar dándole vueltas a la cabeza, como si estuviese

encerrado en una casa enorme y llena de ventanas a la espera de recibir alguna noticia terrible.

Innes se levantó.

—Coge la cama que más te guste. Aunque aviso que me levanto a mear por la noche.

Cal se quitó las deportivas de una patada. Las dejó en el baño, escondidas debajo del lavabo, pero cuando volvió a entrar en la habitación, le pareció oler el tufo de sus propios pies y temió que Innes lo hubiese percibido también.

Había un televisor en una esquina. Innes se levantó para encenderlo, pero Cal le pidió que no.

No quería distracciones ni nada que les permitiera evadirse. Quería que estuviesen allí, encerrados en aquella habitación sin aire, con toda la atención puesta el uno sobre el otro, y que ocurriera lo que tuviese que ocurrir. Se levantó el borde del jersey. Al escurrirlo, un hilillo de agua cayó sobre la moqueta.

—No tengo nada más que ponerme.

—¿No llevas ninguna muda en esa mochila tan grande?

—No. Solo llevo las cosas importantes de la vida: música y latas.

Cal se quitó el jersey y luego la camiseta. Después se despegó los vaqueros húmedos de las piernas y se quitó los calcetines. Innes empezó a recorrer la habitación como si fueran un matrimonio, iba recogiendo la ropa que Cal dejaba caer y la colgaba sobre los muebles para que se secase. Los calcetines estaban tan empapados que, al lanzarlos al radiador, se quedaron pegados. Ambos se echaron a reír.

Innes cogió el jersey de Aran y lo puso en el borde de la bañera para que se secara. Cuando regresó a la habitación, Cal estaba casi

desnudo. Tenía los pulgares enganchados en los bóxers y, de un solo movimiento, se los quitó, hizo una bola con ellos y se secó las axilas. Al ver la expresión de desconcierto de Innes, sonrió.

—Pensaba que tenías un hermano.

Mientras recogía el resto de la ropa, Innes trataba de no mirarlo. Pero lo miró. Cal se dio cuenta.

Se puso a rebuscar en la mochila y sacó lo que parecía ser un pañuelo de mujer. Tenía el color de un moratón desvaído, y era tan suave y brillante que se le escurría entre las manos. Al desplegarlo, se convirtió en un vestido largo con una filigrana de puntos diminutos.

—Mira esto. Lo tejí en la universidad. Había olvidado que estaba aquí… —Lo sacudió—. Seda italiana. *Mamma mia*. Biagioli Modesto. Hacen los mejores hilos del mundo.

Innes había ido al baño y regresó con una pequeña toalla blanca. La frotaba entre las manos mientras chasqueaba la lengua, decepcionado por lo barata que era. Cuando levantó la vista, Cal estaba sonriendo mientras se metía el vestido de seda por la cabeza. La tela se pegó a su piel húmeda. Podría haber sido cualquier chico borracho recorriendo los pasillos durante una despedida de soltero, un universitario disfrazado de puta francesa para una fiesta de Halloween. No le restaba ni un ápice de masculinidad.

—Vas a estropearlo, con lo que te habrá costado hacerlo.

Cal sabía que la delicadeza de la tela permitía a Innes entrever sus pezones, los contornos de su larga polla. Se dio la vuelta para enseñarle la espalda. El vestido era tan estrecho que no había manera de cerrarlo. Tenía un centenar de botones de perla a lo largo de una de las aberturas. La tela se tensaba alrededor de su culo.

—Ciento treinta y cuatro horas de trabajo.

Innes miró el vestido y luego apartó la vista. Aquel joven era como un sobrino para él. Era el hijo del hombre al que amaba. Y, aun así, aquellos músculos duros y fibrosos tensando el encaje lo estaban excitando. Era algo que no podía evitar. Lo horrorizaban las imágenes que le estaban pasando por la cabeza.

—Por favor —dijo—. No lo estropees.

Cal no sabía si se refería al vestido o a la noche. Su propósito —fallido— había sido romper un poco el hielo y hacer que Innes se echase unas risas. Se deslizó los tirantes por los hombros. El vestido cayó a sus pies.

Innes sostenía la toalla como un criado paciente.

—Perdona si antes te he ofendido, no era mi intención. Me alegro de que mi padre tenga un amigo tan bueno.

Apartó el vestido de una patada, que quedó hecho un guiñapo en un rincón, y decidió que lo dejaría allí para siempre.

Nick Drake estaba cantando ahora sobre el final del día, sobre el sol hundiéndose en el mar. Innes pasó la mano por el borde ribeteado de la toalla. Tenía algunos hilachos y los arrancó antes de dejarlos caer al suelo. Mantuvo la cabeza gacha mientras rodeaba la cama y le tendía la toalla a Cal.

La toalla era fina y áspera, como si hubiese envuelto demasiados cuerpos antes que el suyo. Cal se secó despacio.

—Deberíamos coger el dinero de la furgoneta y comprarnos dos billetes a España.

Se puso a andar por la habitación mientras se secaba. Quería darle a Innes la oportunidad de mirarlo, dejar que aquel hombre tímido contemplase su cuerpo sin fingir que no lo hacía. Así que se

volvió hacia la pared y aparentó interesarse por el papel pintado. Los cardos se entrelazaban formando una *toile de Jouy*, una escena pastoral de lecheras y gansos entre apacibles prados.

—¡Ja! —exclamó—. Hay hasta ardillitas.

La toalla fue descendiendo por los músculos del vientre hasta la línea de vello que nacía en el ombligo y llegaba hasta la ingle; luego siguió más abajo, más abajo, hasta adentrarse entre las piernas. Se secó los testículos, se frotó ligeramente el pene y después se pasó la toalla por el culo. Se inclinó un poco hacia delante, como si estuviese leyendo la tarjeta plastificada de instrucciones del hotel que había encima del escritorio.

—¿Alguna vez has estado de vacaciones con Sorley? ¿Os habéis quedado en algún sitio como este?

Había hecho la pregunta para anunciar que iba a darse la vuelta y ahorrarle la vergüenza de que lo pillase mirando. Pero cuando se giró, Innes estaba hurgándose la uña del pulgar, y Cal se arrepintió de haberlo avisado porque ya no podía saber si había estado mirándolo o no.

—No había dinero para hoteles. Pero nos íbamos de camping.

Cal apoyó un pie sobre la cama. Se secó una pierna y luego la otra, se frotó los muslos y las pantorrillas hasta que el vello se le erizó por la electricidad estática. Jamás en su vida se había molestado en secarse entre los dedos de los pies, pero ahora se inclinó y se tomó su tiempo. Esperaba que Innes estuviese contemplando los músculos que el telar había moldeado en su espalda, sus glúteos compactos y firmes después de años subiendo y bajando colinas.

—Innes, ¿alguna vez has estado enamorado?

—Es una pregunta muy directa.

—Era por hablar de algo, no sé. —Se echó el pelo hacia atrás—. Se lo pregunté a mi padre, pero no me quiso decir nada.

—¿No quiso? —Innes puso una mueca larga—. Sí. He estado enamorado. Una vez.

—¿Ah, sí? —Cal se animó—. ¿Quién era y qué pasó?

—No es asunto tuyo…, y tuve que quedarme en Falabay.

—Yo pensaba que… Mi padre nunca me ha comentado nada… ¿Él lo sabe?

Innes soltó una risita por algún motivo que Cal no alcanzó a comprender.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué pasa con Isla?

—¿Qué pasa de qué?

—Es una chica encantadora.

—Pues adelante, por mí no te cortes.

—Eeeh…, podría ser su abuelo.

—A algunas chicas les gusta eso. —Miró a Innes y le sostuvo la mirada antes de que él apartase los ojos. Se ató la toalla a la cintura —. ¿Sabes? Hubo una época en que me dabas escalofríos —dijo de pronto.

—¿Escalofríos?

—Sí. Cuando era más joven y coincidíamos en alguna reunión o en la iglesia o donde fuera, cada vez que levantaba la vista, tú estabas mirándome. Siempre. No fallaba.

—Dicho así, suena muy mal —dijo Innes ruborizándose un poco—. A ver, yo no te miraba a ti. Solo estaba… mirando.

—Vale. —Cal se encogió de hombros, como si no tuviese importancia alguna. Rebuscó en la mochila hasta encontrar un par

de latas de lager. Le ofreció una a Innes y, aunque la aceptó, la dejó a un lado. Cal abrió la suya. Removió la cerveza en la boca antes de tragársela y sintió la extrañeza de la habitación, el silbido de la corriente que se colaba bajo la puerta. Se puso las manos en las caderas y, luego, invadido por una sensación aún más extraña, cruzó los brazos sobre el pecho—. Entonces ¿qué quieres hacer ahora?

—¿Nos acostamos ya? Es tarde.

Como no había albornoces en la habitación, Innes fue a por su bolsa de viaje. Rebuscó entre su ropa y Cal observó cómo sacaba unos calzoncillos blancos de abertura frontal, pero tal vez fuesen demasiado viejos o no estaban lo bastante blancos porque los dejó a un lado y le tendió a Cal una camisa de cuadros como la que él llevaba puesta. Cal dejó caer la toalla. Cogió la camisa y se la puso. Le venía dos tallas grande, parecía un camisón.

—A veces, cuando hablas de tu padre, tengo la sensación de que estamos hablando de dos personas distintas. Me cuesta imaginarme a John cortejando a una mujer en… ¿dónde habías dicho?

—En Tolsta.

—Eeeh…, Tolsta. Es un hombre bastante tímido. Muy recto.

—Bueno, ya te he dicho que no tengo pruebas. Es solo una corazonada.

Se quedaron de pie, cada uno en un extremo de la habitación. Era demasiado pequeña y ellos estaban acostumbrados a los espacios abiertos. No había ningún sitio al que ir, ninguna forma de apartarse el uno del otro. Cal se puso a registrar los bolsillos de la chaqueta de Innes hasta dar con sus cigarros. Fue hasta la ventana y contempló el aparcamiento húmedo mientras fumaba. Se preguntó por qué Innes no había dado ningún paso. Se sentía insultado, enfadado con

aquel hotel mugriento en las afueras de una ciudad aburrida y con aquel solterón extraño y tímido. Tal vez lo había interpretado todo mal. Tal vez solo iban a ver furgonetas.

Entonces pensó en Doll, en cómo había aprendido a conformarse con tan poco. En todas las cosas que habían hecho a escondidas, en el modo en que había permitido que su amigo cogiese siempre lo que quería y desechara el resto.

Al otro lado de la carretera había una gasolinera. Los últimos borrachos de la noche hacían cola en la ventanilla para comprar latas de cerveza y papel de fumar. La mujer que atendía iba despacio, y en la cola estaban coreando canciones de Johnny Cash. Cal lanzó la colilla a la lluvia de un capirotazo. Quería vestirse y largarse de allí. Pensó en bajar a la gasolinera y ver si aquel grupito pensaba seguir de fiesta en algún sitio. Ya que Innes pasaba de él, tal vez estaría bien humillarlo, irse con aquellos jóvenes y dejarlo allí plantado.

—*Tha gaol aig d'athair ort* —dijo Innes sin venir a cuento.

Había un cansancio en su voz que hizo que Cal se sintiese un poco estúpido. Percibió aquel matiz, aquella insinuación leve, con más claridad que las propias palabras de consuelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, sé que tu padre está orgulloso de ti.

Cal se dejó caer sobre la cama que había junto a la ventana.

—Mi padre ni siquiera me conoce, Innes. No sabe nada de mí.

Observó cómo Innes se quitaba las botas y las dejaba cuidadosamente en el suelo. Tenía los pies grandes y planos, lo cual confirmó sus sospechas de que estaba bien dotado.

—¿Tú crees que es verdad…? —Se hurgó los dientes delanteros—. ¿Crees que si no le pido a Jesús que me salve, acabaré en el

infierno?

Innes, que estaba desabrochándose la camisa, se detuvo de repente.

—Espero que no.

La camisa estaba deshilachada por algunas partes. Una hilera de puntadas mantenía el puño unido a la manga. El remiendo estaba muy bien hecho, con maña.

—Puede que los católicos estén en lo cierto.

—¡Por favor, no le digas nunca eso a tu padre!

—Cuando me muera —dijo Cal sonriendo—, dejaré dinero para que un coro de *drag queens* se plante en la catedral de St Giles y cante por mi alma eterna.

—¡Herejía!

—Por probar no pierdo nada. Me gustaría que fueran como Michael Jeter en *El rey pescador*: hombres de mediana edad con bigotes y mucha lentejuela. Pueden cantar lo que quieran siempre que una vez a la semana se animen con «Modern Girl», de Sheena Easton. —Sonrió de lado al ver la cara que ponía Innes—. Es mi canción para venirme arriba. Me pone las pilas por las mañanas.

Innes frunció el ceño. Siendo un hombre tan esquivo, aquella reacción resultaba casi agresiva.

—Dime una cosa —acabó diciendo—. ¿Por qué *drag queens*?

—Si vas a suplicar por tu salvación, más vale llamar la atención de Dios.

—Vaya, en tal caso sí que me gustaría verlo —dijo—. Espero que te mueras antes que yo.

Cal soltó una carcajada.

—Innes MacInnes. Eres una caja llena de sorpresas.

Innes esperó a que Cal dejase de reírse antes de decir:

—Ya que hablas de la muerte, la semana pasada fui al cementerio. Quería asegurarme de que todo estuviera en orden para mi padre. ¿Sabes que cuando mueras, te enterrarán en la parcela oeste, justo al lado de tu padre? Y ahí, justo al otro lado, en la parcela de los MacInnes, estaré yo.

—Genial —dijo—. ¿Podremos darnos la manita?

—Me temo que no.

Innes se tumbó en la cama y soltó un suspiro de alivio. Seguía llevando la camiseta interior y los pantalones de tweed, y entrelazó las manos sobre el pecho como si fuese un monumento funerario a un soldado caído. La cama era demasiado pequeña y los pies le colgaban por el borde. Cal sonrió ante la imagen.

Permanecieron así, sin hablar ninguno de los dos, hasta que la respiración se les fue calmando.

Al cabo de un rato, Innes metió un brazo debajo de la cabeza. Apenas había un metro de separación entre las camas. Chasqueó los dedos e hizo un gesto para llamar la atención de Cal. Este se giró de lado y los dedos de ambos hombres se chocaron en el hueco entre las camas.

—Supongo que esta noche no ha sido como esperabas. Siento que no tengas amigos de tu edad.

—Es mejor que pasar otra noche en casa.

Innes le dio un golpecito en los nudillos.

—Cuando era más joven, un poco mayor de lo que eres tú ahora, en invierno me sentía tan solo que a veces me iba unos días al continente. Iba a un pub de Glasgow. Un bar mugriento cerca de la universidad, siempre estaba lleno de tíos engreídos y mujeres

facilonas. Quería ver lo que veía Sorley. Ahorraba durante meses para poder ir, pero una vez que estaba allí, no sabía ni qué decir.

—¿Pero tú hablas con un montón de desconocidos, no? Con eso de las radios y tal.

—Qué va. Ahí no se habla de verdad. Lanzas una señal, alguien responde, y nada más. —Se frotó la cara—. Las CB estuvieron de moda en los ochenta, pero ya no. Yo escuchaba a los camioneros. Cuando hacía buen tiempo, la señal de la antena llegaba hasta el continente.

—¿Y qué decían?

—A veces mencionaban a alguna mujer. Y decían las cosas que dicen los hombres cuando creen que nadie más los escucha.

—Ah, eres un voyeur. ¡Un voyeur de conversaciones!

Innes se ruborizó.

—Nunca me gustó hablar. Me preocupaba que alguien de las islas me oyera y entonces…, en fin. También había mujeres que usaban la radio para hablar con sus maridos en los pesqueros. Casi todo el mundo hablaba y yo escuchaba. Era más seguro así.

—Uy, eso suena a que hablaban de guarradas.

—No. —Hizo una pausa—. Casi siempre era aburrido. Pero a veces hablaban de cosas íntimas. Había momentos en que parecía una confesión. Si los hombres confiaban en la otra persona, hablaban de sus mujeres, de sus hijos, de sus preocupaciones. Y yo me limitaba a escuchar. Es mejor escuchar y ya está.

—Hablas como un cura. —Innes le golpeó los nudillos con el puño; Cal se quejó del dolor y se frotó la mano—. Entonces, ¿qué es lo peor que has oído?

Por un instante pareció que Innes no iba a responder, pero al final dijo:

—Un hombre mató a su hija. La muchacha tenía problemas con las drogas y él la echó de casa. Y luego el mundo fue cruel con ella.

—Uf, ¿quién quiere oír algo así?

—Hablas igual que tu padre. Una vez lo dejé escuchar. Todas aquellas almas sin cuerpo. Dijo que era obra del Diablo.

Cal resopló.

—Muy propio de John.

Se apoyó sobre un codo y cambió la cinta. La camisa se le subió un poco y se le vio el culo, pero no hizo nada por taparse. Cuando encontró la canción que quería, se tumbó boca abajo sobre la almohada. Y de este modo, tumbados cada uno en su cama, escucharon Massive Attack, algo de Leonard Cohen, de Sinéad O'Connor (Cal quería que Innes oyese «John, I Love You»). Cada vez que Cal le decía que le gustaba una canción, Innes la escuchaba un rato y luego tarareaba la melodía, como si quisiera memorizarla. De vez en cuando, Cal le daba golpecitos en el dorso de la mano, le tocaba los dedos como si fuesen las teclas de un piano.

—¿De verdad tenemos que ir mañana a mirar furgonetas? ¿No podemos quedarnos así todo el día?

—No.

—¿Y podremos comer al menos en un McDonald's?

—Puede. —Innes señaló con la cabeza las piernas desnudas de Cal—. ¿Siempre has sido tan blanco?

—No hay ni una sola parte de mí que sea blanca. —Levantó la muñeca. Se pasó el dedo por la cara interior del brazo—. Mira. Esta es la parte más pálida de mi cuerpo, pero no es blanca del todo,

tiene el color del liquen de reno, o del queso *crowdie* tal vez. Esta parte tiene el color de la luz de enero sobre la pared del fondo de la iglesia; esta, el de esa misma luz sobre la pared lateral. Esta parte de aquí es del color del…

—¿Nabo crudo?

Cal se subió la manga y presionó con fuerza la vena azul que le recorría la cara interior del antebrazo.

—Lapislázuli, azul aciano, botella de ginebra…, bombona de gas.

—Espera…

Innes alargó la mano y rebuscó en la mesilla de noche. Se puso unas gafas gruesas muy poco favorecedoras de la seguridad social que Cal nunca le había visto. Cuando volvió la cara hacia él, sus ojos verdes parecían diminutos, casi reptilianos.

—Madre mía. Qué gafas tan horrorosas. ¿Hay algo más que no me hayas contado?

—Nada, este ojo, que es de cristal.

Innes se dio unos golpecitos en la nuca. Sonrió, complacido con su propia broma. Después se quedó tumbado mientras examinaba a Cal, parecía que quería memorizar cada detalle de su rostro.

Si iba a hacerlo, tenía que ser ahora.

Cal se incorporó sobre los codos. Bajó de la cama reptando como un animal al acecho y, agachado, se deslizó por el hueco que separaba ambas camas. Siguió avanzando, cada vez estaba más cerca de él, no descartaba que en cualquier momento Innes le dijera que parase. Apenas los separaban unos centímetros, Cal podía oler la crema de afeitar Imperial Leather sobre su piel. Era la misma marca que usaba su padre.

Lo besó.

Le gustó la dureza del beso de Innes. Era justo lo que esperaba: un hombre al que no le interesaba la ternura. Cal suspiró y siguió besándolo.

Tardó un momento en darse cuenta de que Innes no le estaba devolviendo el beso, de que aquello no era dureza ni timidez, solo estaba tolerándolo, como si sus buenos modales lo obligasen a aguantar, como si su amabilidad le impidiera herir los sentimientos de Cal.

Al comprender —demasiado tarde— que aquel beso no era deseado, se apartó. Parpadeó y le dijo:

—Puedes hacerme lo que quieras.

Innes sonrió con tristeza.

Cal retrocedió hasta su propia cama. Se tumbó de lado y hundió el rostro en la almohada.

—Eh… —dijo Innes y alargó la mano hasta rozar la de Cal—. No hagamos esto nunca más, ¿vale?

Cal fue incapaz de decir nada. Solo se oía el zumbido de la pequeña nevera.

—No se lo dirás a mi padre, ¿verdad?

Innes le sujetó la muñeca con firmeza. Le hundió el pulgar sobre la arteria azul. Sus manos eran ásperas, pero tenía unos dedos largos y elegantes, como si Dios se los hubiese concedido pensando en una vida que jamás llegaría a vivir.

—¿Cómo iba a contarle algo así? —dijo—. No sabría ni por dónde empezar.

FICHEAD'S A H-AON / VEINTIUNO

Innes salió de la cama. Llevaba dentro un mar de tristeza. Había empezado el día anterior, un leve goteo, y ahora lo inundaba desde los talones hasta la garganta y amenazaba con ahogarlo si permanecía tumbado un minuto más.

Se sentó en la silla y veló el sueño del joven. Cal dormía boca arriba con la boca entreabierta, las manos por encima de la cabeza y una pierna flexionada, parecía un bailarín de *reel*, un metodista galés gritando aleluya.

Se llevó un brazo a la cara y soltó un gruñidito. La vieja camisa se le subió por encima del ombligo. La polla, que estaba hinchándose, tuvo una pequeña sacudida y volvió a caer sobre el muslo. Luego, de repente y sin abrir los ojos, se incorporó y fue directo al baño. Innes observó desde el rincón cómo se chocaba con los muebles tratando de buscar el camino hasta la puerta. Lo escuchó mear. El chorro cayó en la taza del váter y luego en el suelo antes de que Cal soltase una maldición y apuntase de nuevo dentro. Regresó entre tambaleos al dormitorio y se quitó la camisa por la cabeza, la hizo un ovillo y se la apretó contra el pecho. Desnudo, se dejó caer boca abajo sobre la cama.

Innes recordó la conversación que habían tenido de madrugada, cuando Cal le confesó que de pequeño le inquietaba que, en la

iglesia, siempre lo sorprendía observándolo. No te observaba a ti, había querido decirle, sino al John que reconocía en ti.

Pasó una hora sentado, quizá más, viendo cómo la mañana avanzaba sobre aquel cuerpo, cómo la luz convertía sus músculos en un reloj de sol. Los primeros rayos oblicuos del día bosquejaron un claroscuro que realzaba el río de su columna y las redondeces de sus nalgas. A medida que el sol ascendía y la mañana se volvía más clara, las sombras desaparecieron y una suavidad inmaculada se apoderó de su cuerpo.

Innes le pidió a Dios que lo protegiese. Rezó para que el mundo fuera bueno con él.

Pensó en Cal en la plaza del pueblo esperándolo bajo la lluvia durante horas, en su sonrisa al verlo aparecer. Luego pensó en el padre de Cal. Recordó la cara de John al ver los cimientos de hormigón del telar: incluso bajo la amenaza de quedarse sin hogar, una vida junto a él no parecía ofrecerle consuelo alguno.

Pensó en todas las veces que había pedido cosas contradictorias a Dios, y se preguntó si tal vez no lo habría confundido. Se acordó de todas aquellas noches en las que le había suplicado que John cayese rendido en sus brazos, para luego, bajo la luz sobria de la mañana, rogarle que lo salvase de su pecado, que lo librase de la condenación.

Mientras observaba a Cal rascarse la planta de un pie con los dedos del otro, se preguntó si Dios no lo habría abandonado. Tal vez, en recompensa por tantos años de devoción, Dios no le había concedido ni la absolución de su pecado ni la paz frente a su tormento, sino aquello que más necesitaba en el mundo: un ángel salvador.

Innes se levantó de la silla. Cruzó la habitación y se quedó de pie junto al joven durmiente. Observó cómo sus costillas se expandían y replegaban con cada respiración.

Le quedarían genial unas alas. Tenía unos hombros preciosos.

La noche anterior casi le dio un infarto cuando Cal se quitó la ropa; estuvo a punto de arrodillarse y pedir clemencia. Le robó incontables miradas, siempre procurando que él no se diese cuenta. Aunque no había arrogancia ni vanidad en su belleza, Cal sabía que tenía la ventaja del vigor y la juventud frente al público más receptivo de todos: un hombre que estaba perdiendo los suyos.

Ver a Cal secarse el cuerpo era como compartir habitación con el fantasma de su padre. Sus gestos eran clavados a los de John, el John de otra época. Cada vez que se volvía hacia Innes, la franqueza casi insolente de su mirada hacía flaquear un poco esa ilusión, pero visto de espaldas eran prácticamente el mismo hombre.

Acercó la mano a Cal e imaginó que lo tocaba. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que desprendía. Dejó que sus dedos flotasen sobre su cuerpo: los muslos delgados, el vello dorado de las nalgas, la hondonada de la columna y el remolino de pelo de la nuca.

No se había dado cuenta de que estaba llorando. Una lágrima resbaló desde la punta de su nariz y se precipitó antes de que pudiese atraparla. Cayó en la espalda de Cal, e Innes contuvo el aliento mientras la lágrima descendía hasta perderse en la suave pelusilla de la base de la columna.

Le rezó a la mejor versión de sí mismo, le pidió que diese un paso al frente, como si dentro de él hubiera una multitud de hombres y el más bondadoso de ellos hubiese quedado arrinconado al fondo.

Sin despertarse, Cal se rascó la gota de la espalda. Agitó la mano como si una mosca lo estuviese molestando.

En el pasillo se oyeron unas puertas abrirse y cerrarse. Luego, en algún lugar de la planta inferior, el zumbido agudo de una aspiradora.

Innes levantó la vista y se vio reflejado en el espejo. Un viejo imbécil aferrándose a fantasmas del pasado.

Recogió el abrigo y las botas. Después cogió el reloj, dejó unos billetes sobre la cómoda y avanzó en silencio hacia la puerta.

Pensaba que sería capaz de esperarse a llegar a casa, pero mientras hacía la cola del ferri lo venció la necesidad de oír la voz de John. Miró el reloj; todavía faltaba un rato para embarcar, así que salió de la furgoneta y se dirigió a la cabina telefónica. John respondió al cuarto tono.

—Soy yo, Johnnie —dijo—. ¿Puedes hablar?

—*La verdad es que no me pillas muy bien*. —John respondió en gaélico, lo que le hizo deducir que Ella andaba cerca—. *¿Qué tal la búsqueda de furgoneta?*

—*Eeeh…, tenías razón. Quieren desplumarme. Creo que me voy a esperar un poco, a ver si sale alguna oferta.*

—*Haces bien. ¿Cuándo vuelves?*

—*En el siguiente barco.* —Sonrió aunque no hubiera nadie para verlo—. *Te echo de menos, John.*

—*Muy bien.*

—*¿Te apetece dar un paseo luego?*

—*Igual sí. Creo que he perdido a ese hijo mío.*

Innes se volvió hacia el ferri. Estaban a punto de embarcar los camiones articulados. Pensó en esperar a llegar a casa para preguntarle a John por Tolsta. Pero si lo que Cal había dicho era cierto, si John se había puesto su mejor traje porque tenía una aventura con alguien, entonces prefería que John le mintiese. Y John mentía mejor por teléfono.

—He coincidido en el barco con alguien que dice que te conoce.

—¿Con quién?

—Un hombre. Nos pusimos a hablar en el bar. Le dije que era de Falabay y me preguntó si conocía a un tal John Macleod. No pude evitar reírme. No le dije que te conocía porque sé que no te gusta que la gente hable. Pero entonces empezó a contarme cosas de ti, cosas íntimas. Me habló de todos tus problemas con Grace.

—¿Qué?

El primero de los camiones soltó el freno neumático con un siseo y el encargado de cubierta le indicó cómo subir a bordo.

—Parecía conocerte muy bien, pero no tengo ni idea de quién era, a mí desde luego no me sonaba de nada.

—Debe de ser alguien de la iglesia. ¿Cómo era?

—Pues como cualquier otro isleño.

—¿De dónde?

—No me acuerdo… —Despegó una pegatina descolorida del cristal de la cabina—. *¿De Tolsta quizá?*

—¿Tolsta?

—Entonces, ¿lo conoces?

—Es posible.

—¿Y cómo se llamaba?

—Anndra.

—Anndra.

Innes grabó el nombre en la memoria. Le vino el recuerdo de un Anndra que conoció en cierta ocasión. Un granjero grandote y ancho de espaldas con la barba pelirroja. Una imagen espantosa de aquel Anndra arrodillado frente a John le cruzó la mente. Intentó apartarla.

—Ah, entonces estoy seguro de que no lo conozco.

—No —dijo John—. *No creo que lo conozcas.*

El encargado de cubierta avanzó hasta la fila donde estaba aparcada la furgoneta de Innes. Al ver que no había nadie en ella, hizo un gesto de frustración. Innes le indicó con la mano que esperase cinco minutos más, y el hombre masculló una maldición antes de ordenar a los coches de detrás que lo adelantaran.

No quería saber que John le había sido infiel. No quería demostrarlo.

—Pues el tal Anndra preguntó por ti. Dijo que habías ido a verlo hace poco. Me contó que habíais pasado una tarde muy agradable y que estaba deseando volver a verte.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Eeeh…, me extrañó tanta confianza. «Una tarde muy agradable…». Estaba convencido de que se había equivocado de John Macleod. —No había ningún alivio en sorprender a John mintiendo. Se tragó el dolor e hizo lo posible por mantener un tono liviano y desenfadado—. *No me conocía de nada y aun así hablaba de ti como si fuerais íntimos.*

—Apenas conozco a ese hombre. No entiendo por qué te habló de mí, la verdad.

—Por eso te lo cuento. Deberías escoger mejor a tus amistades. — Su furgoneta era la última que quedaba en la rampa. Si esperaba mucho más, el barco zarparía sin él—. *Por cierto… Esto te va a hacer gracia. Había un joven en el concesionario… y te juro por Dios que se puso a coquetear conmigo.*

—¿A coquetear…? —preguntó John, incrédulo—. *¿Contigo?*

—Eeeh…, más que coquetear. Era muy directo, ya sabes cómo son en el continente. —John no respondió, pero Innes podía oírlo respirar—. *Era guapísimo, John. No te imaginas lo guapo que era. —* Si se marchaba ahora, si se montaba en la furgoneta y conducía a toda velocidad, quizá encontraría a Cal dormido. Quizá podría tumbarse en la cama de al lado y fingir que no se había ido—. *Pero no era más que un chaval* —dijo mientras sonaban los pitidos que reclamaban más monedas—. *Aun así, fue agradable que alguien se fijara en mí.*

FICHEAD'S A DHÀ / VEINTIDÓS

Cal estuvo a punto de perder el ferri, y cuando por fin regresó a la isla, ya era casi de noche. Un camionero lo recogió y lo dejó en el desvío. Echó a correr hacia Falabay mientras murmuraba por lo bajo e imaginaba mil maneras de humillar a Innes, de infligirle el mismo daño que él le había hecho.

Aquella mañana se había despertado en una habitación de hotel vacía. Al principio pensó que Innes había salido en busca de un desayuno grasiento o de algún remedio para la resaca. Luego debió de quedarse dormido otra vez porque, cuando se despertó de nuevo, el hotel ya bullía con el ir y venir de las camareras de piso. Fue entonces cuando vio el dinero que Innes había dejado sobre la cómoda.

Al pasar corriendo junto al *croft* de los MacInnes, vio que la furgoneta de Innes no estaba, así que aflojó el paso y siguió caminando hacia casa.

Había varios coches aparcados frente a la casa de los Macleod. La luz del salón bueno estaba encendida y se preguntó qué hacía allí tanta gente un sábado por la noche. Fue hasta el cubo donde recogían el agua de lluvia y, tras apartar unas cuantas moscas muertas, se lavó la cara. Tomó un sorbo y se lo bebió; luego otro, lo hizo pasar entre los dientes y lo escupió sobre la hierba.

Entró a hurtadillas por la puerta trasera y se sorprendió al ver que Ella no estaba en la cocina. Le dio un mordisco a un trozo de queso que había sobre la encimera y avanzó hacia la parte frontal de la casa. La puerta del salón bueno estaba entreabierta y se detuvo al oír una voz que parecía ser la de Shockie, el marido de Beady:

—Sé que es una decisión importante. Piense en todo lo que John ha hecho por usted.

Cal pegó el ojo a la rendija de la puerta. Alcanzó a ver al reverendo. La habitación estaba llena de hombres de la iglesia. Se abuela estaba de pie en mitad de la alfombra. Habían ido a verla por el tema de la cesión, sin duda, y Cal sonrió con desprecio al darse cuenta de la maniobra de su padre: había recurrido a siete hombres trajeados para ayudar a una anciana a ver la luz. Observó a Ella colocar varios platos sobre la bandeja del té. Cal dio un paso atrás y esperó a que su abuela saliese al pasillo.

Ella dejó la bandeja sobre la mesita del teléfono, se frotó las sienes y susurró:

—Vete a la cocina. Esconde los putos cuchillos.

Antes de que pudiera responder, su padre lo llamó:

—¿Cal, eres tú? Entra un momento.

Ella suspiró. Le enderezó el cuello de la camisa.

—Cuidado con lo que dices. No están de humor para tus tonterías —le advirtió y lo empujó con suavidad hacia la puerta.

La primera persona a la que buscó fue a Innes, pero él fue el único hombre que no levantó la vista cuando entró. El fuego crepitaba en la chimenea. Era noche de baño, así que ninguno de los presentes se había aseado todavía y la habitación apestaba a té agrio, tabaco y el sudor de hombres enfundados en trajes de lana.

Todos llevaban sus mejores tweeds y el reverendo lucía el alzacuello. Solo su padre estaba en mangas de camisa, con los antebrazos desnudos, extrañamente fuera de lugar incluso en su propia casa.

—¿Dónde has estado?

El único lugar donde podría haber pasado la noche era en casa de su madre, pero quería evitar decir eso delante de los demás hombres.

—Estaba… estaba comprando pienso para las ovejas.

Su padre entrecerró los ojos y Cal comprendió enseguida el error. Las ovejas habían pasado el invierno en el cobertizo de Innes y tenían pienso de sobra.

—El reverendo lleva esperándote toda la tarde.

—No te preocupes —dijo el reverendo Rose—. Somos nosotros quienes hemos venido sin avisar.

Cal le estrechó la mano al reverendo y se disculpó por haberlo hecho esperar. Después fue saludando a los demás hombres. Le dio la mano a cada uno de ellos, algo totalmente apropiado y, al mismo tiempo, del todo innecesario. Estaba ganando tiempo mientras examinaba los rostros para intentar descifrar qué había llevado a aquellos hombres hasta el final de la carretera para interrumpir a su padre un sábado por la noche. Pero, cada vez que intercambiaba miradas con alguno de ellos, todos le devolvían una sonrisa discreta que no revelaba nada. ¿Se alegraban de verlo? ¿Esperaban presenciar algún correctivo?

Todos compartían la misma tensión nerviosa. Estaban sentados muy erguidos, como niños buenos, como queriendo exhibir sus mejores modales delante del reverendo.

El reverendo Rose estaban en el sillón de su padre, y el padre destronado, en el sofá, en el sitio donde Ella solía sentarse. El padre de Innes ocupaba el centro del otro sofá, e Innes, acomodado a su lado, le daba pequeños trozos de sándwich. Shockie, Flash y Donnie —el padre de Doll— parecían incómodos, demasiado grandes para las sillas que habían traído del cobertizo.

Doll estaba sentado en el reposapiés acolchado que había junto al hogar, como si fuese una mascota. A pesar de que el fuego estaba encendido, todos tenían las manos frías y húmedas. Ninguno de los hombres allí reunidos tenía a Doll en alta estima, pero Cal no pudo evitar preguntarse por qué aquel muchacho de cabeza dorada parecía tan apagado. Entonces cayó en la cuenta de que debía de estar en plena resaca; a las cinco y media de la tarde ya había dejado atrás los temblores y el sudor frío; toda su energía se concentraba ahora en mantener la bilis a raya. No había vuelto a verlo desde el *cèilidh*, cuando Doll lo mandó a dormir a la calle para liarse con la irlandesa. Sintió una punzada de dolor seguida de un deseo de venganza.

Ella entró portando otro reposapiés tan bajo que casi habría sido más cómodo sentarse en el suelo. Cal se lo quitó de las manos y se acomodó al otro lado de la chimenea, frente a Doll. Parecían un par de gárgolas penitentes. Las rodillas le llegaban a la altura de los hombros y estiró sus largas piernas hacia el fuego, pero percibió la desaprobación de su padre y se abrazó las rodillas.

—Me da la impresión de que estoy metido en un lío y no sé por qué.

—¿Has hecho algo malo? —preguntó el reverendo.

—Todos somos pecadores, ¿no?

—Así es —dijo el reverendo—. Lo somos. —Shockie y Doll no tenían demasiada soltura en gaélico. Entendían casi todo lo que se decía, pero eran lentos y poco elocuentes a la hora de responder. Por eso los hombres conversaban en inglés. El reverendo dejó la taza sobre la mesa y siguió diciendo—: Bueno, no es nuestra intención distraerte de tus obligaciones. La lluvia no tardará en volver. —Se recolocó la cortinilla para ocultar su incipiente calva pecosa—. ¿Cuánto cobra Lockhart por un saco de pienso?

—No lo sé. Nosotros preferimos comprárselo a Gillies. Él lo apunta en la libreta de mi padre y ya está.

Notó la mirada de desaprobación de su padre. Se metió las manos en los bolsillos, pero temió que pareciese irrespetuoso y las entrelazó sobre la rodilla. Le lanzó otra mirada furtiva a Innes, pero este seguía pendiente del plato que tenía en el regazo.

John siguió la dirección de la mirada de Cal. Frunció el ceño y dijo:

—El señor Macdonald quiere hablar contigo.

Al instante, Cal miró a Doll de soslayo, quizá todo aquello tenía que ver con la gran borrachera. Pero su amigo tenía las manos bajo las axilas y se balanceaba ligeramente, ajeno a las conversaciones que tenían lugar a su alrededor.

—Un momento, John —dijo el reverendo—. Me gustaría preguntarle a John hijo qué tal está Grace. Según tengo entendido, sigue en contacto con ella.

—Sí, está bien, gracias —dijo Cal—. El negocio le va bien, creo, aunque también le estresa mucho.

—Mi mujer está encantada con los jabones esos. Dice que te limpian hasta las huellas dactilares, aunque para las manchas morales son bastante menos eficaces. —El reverendo se echó hacia

atrás dejando escapar una risita. Cuando se reía, lo hacía con la boca cerrada, sus labios fruncidos bloqueaban el sonido, como si se avergonzase de él. La risa le vibró en la garganta como el trino ahogado de un pájaro atrapado en un pozo—. Eres un buen hombre por no dejar que la vergüenza te impida quererla.

—No me cuesta ningún esfuerzo. Es mi madre —dijo Cal, incapaz de contenerse.

—¡De esto es mejor no hablar! —lo interrumpió John.

De esto. No de ella, sino de esto, o de eso, como si fuera un problema o el tiempo o una mesa.

El reverendo asintió.

—Bueno, a mí tu madre siempre me cayó bien. No me gustaría verla arder.

John clavó la mirada en su hijo. Cal podía sentir la presión, como si el índice de John estuviese taladrándole la sien de verdad. Le entraron ganas de frotársela.

—Claro. Mi madre es buena persona.

—¿Buena? Ojo. —El reverendo volvió a reírse entre dientes—. Hablas como un Hutcheson. No serás de esos que creen en la moral inherente, ¿no? —Se inclinó para dar unos golpecitos en la mesa y se dirigió a John—: Quizá tenías razón, igual lo de la escuela de arte no era tan buena idea. —Soltó una carcajada y todos los hombres lo imitaron medio segundo después. Sus ojos gris claro brillaban en mitad de su rostro pálido y flácido—. Libertinaje. Laxitud moral. Según dicen, eso es lo que hay en las Tierras Bajas. Todo tipo de gente interactuando entre sí. Hombres y mujeres fornicando antes del matrimonio, ¡y entregándose al adulterio una vez casados! En fin, que Dios nos ampare.

Lo más sensato era desconfiar del reverendo. Sus modales aparentemente afables ocultaban una dureza inflexible. Su falsa cercanía atraía a los fieles y le permitía ejercer una crueldad silenciosa sobre ellos. Disfrutaba viendo el miedo en sus ojos cuando impartía disciplina. Durante los oficios, adoptaba un tono suave, pero desprovisto de compasión. Después de generaciones de oradores coléricos —hombres airados y apocalípticos que tronaban sobre la congregación y parecían situarse por encima del resto de los mortales—, él se presentaba con una humildad impostada, como si fuera uno más, un buen vecino, otra oveja descarriada. A Ella le gustaban sus sermones porque tenía una voz agradable y podía pensar en sus cosas mientras él peroraba en gaélico. Pero el reverendo Rose entendía que el temor de Dios calaba más hondo cuando se infiltraba entre el rebaño. Berrear furioso desde lo alto de una colina era mucho menos efectivo. En el trato diario, los feligreses rara vez percibían la dureza de sus juicios porque los envolvía en una sonrisa cálida, una risita contenida, una mano suave sobre el brazo. Solo más tarde, desvelados en mitad de la noche, volvían a pensar en sus palabras y comprendían con qué claridad los había visto, con qué sutileza los había diseccionado.

Los hombres empezaron a inquietarse en aquella habitación baja y estrecha. Permanecían sentados con las piernas abiertas; la tela alrededor de los muslos se tensaba por el peso de sus pelotas, cada vez más caídas con el paso de los años. El reverendo se recolocó en el asiento y algunos de los presentes lo tomaron como permiso para hacer lo mismo. Miró el reloj. Luego a los hombres.

—Estas pobres bestias deben de estar ansiosas por ir al abrevadero. —Sus ojos se desviaron hacia Doll y luego volvieron a

Cal—. No he venido aquí en calidad de representante oficial de la iglesia, sino como padre o amigo. ¿Lo entendéis? Permitidme ser uno más esta noche. Y mañana… —Sonrió mientras se golpeaba el puño con la palma de la otra mano. Cal no pudo evitar mirar de nuevo a Innes—. Creo que hemos llamado a la puerta adecuada. Todo este asunto de tu madre… Es evidente que no te gusta ver sufrir a la gente. Verás, tenemos un problema. Últimamente circulan demasiados «fulano ha dicho tal, mengano ha dicho cual». Demasiadas habladurías. Demasiados rumores venenosos. —El viejo MacInnes murmuró en señal de conformidad. Era el único hombre al que el traje le quedaba grande, tanto que parecía colgado de una percha—. Cuando le pregunto a las colinas quién puede ayudarme con este problema, el mar a mis espaldas me devuelve tu nombre. —Sus labios volvieron a esbozar aquella fina sonrisa—. Aunque quizá sean las gaviotas.

Ella interrumpió al reverendo al entrar con una tetera recién hecha. La habitación estaba llena de tazas a medio terminar y hasta los más devotos rezumaban aburrimiento por todos sus poros. Cuando Ella salió, el reverendo le hizo un gesto a Donnie para que tomase el relevo de la conversación. El padre de Doll apenas cabía en la endeble silla de cocina. Apoyó sus manos enormes sobre sus rodillas, también enormes. Le habló a la alfombra, a los pies de Cal.

—*Tha i trom* —dijo. *Está encinta.*

Cal frunció el ceño y miró a su padre en busca de alguna explicación.

—*Tha Isla air… tuiteam* —añadió John en voz baja. *Isla ha caído en el pecado.*

—¡No! —sonó más alterado de lo que le habría gustado—. Perdón. Quiero decir… ¿Ha conocido a alguien en la universidad?

Llevó la mirada de Donnie a su padre y, por la dureza en el semblante de John, supo antes de que Donnie respondiese que no era el caso.

—No. No ha conocido a nadie en la universidad.

—Entonces ¿el padre es algún chico del instituto?

—Según lo poco que nos ha querido decir, no. No es ningún chico del instituto.

—Entonces no entiendo nada.

Volvió a mirar a su padre, pero John lo observaba con una hosquedad impenetrable que no le aclaraba nada. La habitación parecía haberse hecho más pequeña.

El reverendo dejó la taza sobre el plato.

—Isla, por razones que no quiere explicar, se niega a decirnos quién es el padre. Pensábamos que quizá tú podrías ayudarnos.

—¿Yo? Pero si hace siglos que no veo a Isla. La última vez que la vi fue en septiembre del año pasado. Hará ya seis… siete meses.

—Lo sabemos —dijo el reverendo—. Está de siete meses.

—Pero ¿cómo puede ser? —Cal se volvió hacia su padre—. ¿Tú sabías esto?

—Me he enterado hace una hora.

Donnie se inclinó hacia delante. Bajó un poco la cabeza y sus hombros se alzaron como una colina asomando por el horizonte.

—Isla nos lo había ocultado, tanto a su madre como a mí. Nos dijo que estaba muy liada con los trabajos de la universidad y que no podía venir a casa por Navidad ni por las comuniones. A nosotros nos extrañó, claro, pero intentamos entenderla.

—¿Y cuándo va a volver?

—Ya ha vuelto. Lleva tres semanas en casa.

—Pero no la he visto por la carretera.

—No —dijo él con sequedad—. Ni la verás.

Cal miró alrededor en busca de apoyo, pero los hombres tenían la vista clavada en sus respectivos regazos.

—Creemos que ha intentado arreglar esto ella sola —intervino el reverendo.

—Vale. ¿Y ahora qué? ¿Por qué no quiere decir quién es el padre?

—No lo sé —dijo Donnie—. Dínoslo tú.

Cal levantó las manos como un mendigo pidiendo ayuda.

—Donnie, no puedes hablar en serio. Yo jamás trataría así a tu hija. ¡Jamás pondría a Isla en una situación así!

El reverendo se inclinó hacia delante.

—Me temo que te vieron con ella detrás de la posada. Según parece, no dejabas de abrazarla y de darle besos.

Cal lanzó una mirada rápida a Flash.

—No. Nosotros…, eh… —dijo tratando de encontrar las palabras—. Solo nos estábamos despidiendo. No significaba nada.

—¡Así que mi hija no significa nada para ti! Me sorprende oírte hablar así de ella. Si no significa nada, supongo que tampoco te costaría arruinarle la vida.

Miró a Doll, pero Doll solo miraba a su padre. Luego a Innes, pero Innes estaba quitando las cortezas de un sándwich. Luego miró a su propio padre, pero John hizo un gesto con la mano para indicarle que se calmase.

—Pero, papá. ¡Yo no he sido! Lo juro.

John inclinó la cabeza. Cuando habló, le habló a los pies de Donnie.

—¿Ves? Te lo dije.

—¿Y tú lo crees? Claro que sí. Cómo no ibas a creerlo… —replicó Donnie.

—Basta —intervino el reverendo alzando la mano.

Los hombres se echaron hacia atrás, pero entre Cal y Donnie seguía flotando una hostilidad palpable. Intentaron serenarse, pero no sirvió de nada, el rencor seguía supurando dentro de ellos y, en vez de poder expresarlo, se veían obligados a quedarse sentados y rumiarlo en silencio. El reverendo le pidió a Shockie que dirigiese una oración. Mientras los miembros de la congregación recogían sus Biblias, Cal hundió el rostro entre las manos. Le dolía que ni Innes ni Doll hubieran salido en defensa de su nombre. Le enfurecía que Isla hubiese dejado que aquello llegara tan lejos. Se preguntó quién podría ser el padre, pero, tras hacer repaso mental de los feligreses de Falabay, solo había dos hombres que no estaban emparentados de una forma u otra con el clan Macdonald. Uno era su padre. El otro era él. Pensó en Sorley MacInnes, el único hombre ausente, aunque, según tenía entendido, su madre era prima segunda de la madre de Sarah. Entonces su mente retrocedió al otoño pasado, al momento en que él volvió a casa. La respuesta se le reveló con tal certeza que le provocó un escalofrío.

Tuvo una visión del pescador de Glasgow, el muchacho atractivo de pelo rubio. Vio al joven llamando a la puerta de la vieja casa parroquial. Vio cómo alguien —que, sin duda, no era el urólogo ni su esposa— lo recibía. Pensó en el manojo de llaves y en todas las casas que Isla limpiaba.

Entonces comprendió por qué Isla ocultaba la identidad del padre: aquello la condenaría para toda la eternidad. Acostarse con un chico del pueblo que estuviese enamorado de ella ya habría sido un pecado mortal, pero dejar que un desconocido se la follara, un hombre impío al que apenas podía conocer de pocos días, era una depravación innombrable. Y el hecho de que se hubieran acostado en la vieja casa parroquial sería un sacrilegio que la iglesia no perdonaría jamás.

Era tan horrible que, mientras los hombres rezaban, Cal deseó que Isla no hubiese dado su consentimiento, que aquel hombre la hubiera atraído de algún modo hasta la casa parroquial y se hubiese aprovechado de ella por la fuerza.

La oración terminó. Los hombres levantaron la cabeza.

Había estado tan concentrado en el padre de Isla que se había olvidado de Flash, pero este lo había estado observando y, cuando Cal dijo que él no era el padre, Flash debió de atar cabos.

—No sé muy bien cómo decir esto —empezó Flash—, y no puedo estar seguro, pero supongo que os acordaréis del pesquero que se quedó varado poco antes de que Isla se marchara… —Cal lo miró con ojos suplicantes, pero la preocupación de Flash por el alma de Isla pesaba más que cualquier consideración sobre su reputación—. Había siete u ocho hombres de Glasgow, ¿os acordáis? —Al decir esto, el tiempo se detuvo, un instante horrible en el que Donnie pareció a punto de perder los nervios ante la insinuación de que Isla hubiese estado con más de un hombre, pero Flash percibió de inmediato el temor de su cuñado y se apresuró a aclararlo—: No, Donnie, no. Había uno en concreto, un rubio, algo mayor que Cal. Los vi una tarde hablando junto a la rampa del embarcadero. Dios

sabe qué le estaría diciendo, pero se reían a carcajadas, así que fui hasta allí y me la llevé. —Posó su manaza rosada sobre la muñeca de Donnie—. Pensaba que aquello había terminado allí.

Donnie fulminó a Cal con la mirada y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Sabes algo de eso?

—No, nada.

Ella entró en la estancia y a Cal le faltó aplaudir de la alegría que le produjo la interrupción. John le hizo un gesto para que se marchara, pero llevaba un plato de sándwiches de queso.

—Mi nieto no ha cenado.

Le entregó un plato a Cal y, mientras los hombres seguían digiriendo la noticia, Ella se llevó un dedo bajo la barbilla y levantó un poco la cabeza. Cal suspiró, pero se puso algo más erguido. Los hombres esperaron a que la anciana saliera. Ella dejó la puerta ligeramente entreabierta, pero John se dio cuenta y se levantó para cerrarla tras ella.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó John con su pragmatismo habitual—. ¿Cómo podemos ayudaros?

El padre de Isla se inclinó hacia delante en la silla. Sus ojos azul pálido se habían enrojecido.

—Podríamos ir al continente —sugirió Flash—. Podríamos hacer entrar en razón a ese desgraciado. Obligarlo a portarse como un hombre decente.

Innes apartó unas migas de la solapa de su padre.

—Eeeh…, pero ¿de verdad quieres casar a tu sobrina con un tipo así, con alguien que la ha mancillado?

El reverendo Rose se desabrochó el alzacuello y lo dejó sobre la rodilla. Resultaba tan extraño verlo sin él que parecía otra persona.

Examinó a Cal un instante antes de hablar.

—¿Sabías que la madre de Sarah era prima de mi esposa?

—No.

—Bueno, ya sean las gaviotas o los cotillas quienes susurran tu nombre, lo cierto es que, cuando pregunto por Isla, me dicen que es John hijo quien está interesado en ella. Y cuando pregunto a la gente cercana a ella, me dicen que no, que es Isla quien está interesada en ti. Todo rumores. Fulano ha dicho tal, mengano ha dicho cual.

—No son más que habladurías.

—Sí, pero, por lo que sé, hubo un tiempo en que todos teníamos grandes esperanzas en vosotros dos. Creíamos que os acabaríais casando, teniendo hijos y criándolos en la fe. Y, sin embargo, aquí estamos, con una madre soltera y un niño sin padre. Dos almas abocadas a la condenación. Mañana Isla tendrá que responder por sus pecados, pero esta noche te pido que examines tu corazón, que pienses si alguna vez has albergado algún sentimiento por ella y si sería posible de algún modo… acelerar un poco las cosas. —Se interrumpió para coger una taza de té recalentado—. Estas últimas semanas me he reunido muchas veces con Donnie. Hemos rezado y le hemos preguntado a Dios qué podía hacerse. No puedo pasar por alto la transgresión de Isla. Pero ella nunca nos ha dado motivos para dudar de su amor por Dios. Y, discreta como es, creo que no dirá una palabra más sobre el tipo ese de Glasgow. Estamos convencidos de que no padece esa clase de enfermedad romántica que en ocasiones aflige a las muchachas jóvenes.

Flash dejó escapar un sonido extraño, casi como si estuviese intentando contener un sollozo. Todos los hombres se volvieron

hacia él.

—Ese demonio se ha aprovechado de mi sobrina. Puede que incluso la forzara.

—Jesús nos ampare —jadeó Donnie.

—Alguien tenía que decirlo —dijo Flash—. ¿Acaso vosotros no lo habíais pensado?

—Una chica joven criada en este rincón aislado del mundo —dijo el reverendo tras dar un sorbo al té— es demasiado ingenua respecto a la naturaleza de los hombres. Tú has estado en la gran ciudad. Has visto toda clase de perversidades. Hasta ahora se ha mantenido en sus trece y no se ha arrepentido. Pero cuando llegue el momento, ese bebé acabará siendo una carga terrible para ella.

—Aterradora —añadió el viejo MacInnes.

—En fin, que estoy convencido de que Isla se verá obligada a reconsiderar sus opciones. —El reverendo se cansó del té y dejó la taza sobre la mesa. Volvió sus ojos pálidos hacia la ventana y se incorporó un poco para contemplar la borrosa línea donde la tierra se encontraba con el mar, y ambos, a su vez, con el cielo—. Aquí todo es tan tranquilo. Un lugar maravilloso para criar una familia.

Aquello era un silbato de pastoreo. Cal no tenía elección: o daba una coz o lo llevaban a empujones hasta el redil. Así que dio la coz.

—Entre Isla y yo nunca ha habido nada. —Y luego, desviando cobardemente la atención, añadió—: Además, yo no le gusto de esa manera.

—Tiene un espíritu contumaz, pero se le pasará. —Al ver que Cal no lo había entendido, el reverendo aclaró—: Las mujeres tienen una naturaleza incoherente, hijo. A menudo dicen lo contrario de lo que quieren decir. Y rara vez saben lo que más les conviene. —Se quitó

una pelusa del cuello—. Uno de los mayores placeres de mi posición es visitar todas las parroquias, ver a los amigos, formar parte de la vida comunitaria. Es un privilegio maravilloso, en serio. Pero, créeme, esto ya lo he visto muchas veces. El problema de los chicos jóvenes es que creen estar descubriendo emociones que nadie ha vivido antes. Todo el mundo se alegra de que hayas vuelto. Tú. Eres. Querido. Entonces, dime: ¿qué más sigues buscando?

La habitación pareció quedarse sin aire. Estaba seguro de que, si abría una ventana, todos recuperarían el juicio. Podría terminar con aquello de inmediato hablando en su mismo lenguaje y arrojando sobre Isla la luz implacable de las Escrituras. Ella había mancillado la pureza del lecho matrimonial. Era indigna del reino de Dios, indigna de él. Pero vio el miedo en los ojos de Donnie, y Cal carecía de la crueldad necesaria para condenarla delante de su padre.

En contra de su buen juicio, dijo:

—¿Puedo pensarlo?

—¡No! —gritó Donnie—. ¡Has tenido años para pensarlo! Si hubieras mostrado el menor interés por ella, yo no estaría aquí sentado suplicando como un *ceàrd*, vestido con mi mejor traje de domingo.

—Ya basta —dijo John en voz baja—. No olvides que el reverendo está presente.

Cal buscó alguna muestra de comprensión entre los rostros de los hombres, pero no halló ninguna. Isla Macdonald era una chica preciosa. Cualquier hombre que la hubiese visto pasar con la falda del uniforme y esos calcetines dados de sí había imaginado maneras de hacerla gemir de placer y quizá también un poco de dolor. Incluso

a sus propios tíos se les había pasado fugazmente por la cabeza antes de rezar horrorizados por haber albergado semejante idea.

Cal miró a Innes y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Eh… —Innes arqueó las cejas—. Creo que todos tenemos el corazón roto por la pobre chica. Y el desamor vuelve loca a la gente.

Cal se volvió hacia el reverendo y negó con la cabeza.

—Quiero a Isla, pero no puedo ayudarla.

La habitación quedó en silencio mientras todos asimilaban su negativa.

—Bueno, pues ya está —dijo el reverendo—. Gracias por tu sinceridad.

Donnie se puso en pie de un salto y se volvió hacia los hombres.

—¿Qué pasa, os hace gracia que este puto maricón de mierda no quiera casarse con Isla? —Le dio un empujón en el hombro. Aunque Cal no era precisamente pequeño, el viejo Macdonald era capaz de tumbar a cualquier hombre. Cal salió despedido hacia atrás. Cayó del taburete y aterrizó sobre las baldosas de la chimenea—. ¡Un hombre de verdad no tendría que pensárselo dos veces para casarse con una chica como Isla! ¡No mereces ni lamerle las botas!

Cal se puso en pie. Se limpió el hollín de la palma de la mano y reprimió el impulso de recordarle a Donnie que las botas de Isla ya habían sido lamidas.

John se acercó a Donnie con actitud conciliadora; tenía la mirada fija en la alfombra y los brazos abiertos, como un acomodador que no señala exactamente la salida, pero la insinúa, la sugiere.

—No puedes hablarle así a mi hijo. Nada de esto es culpa del chico.

—Estoy de acuerdo —convino el reverendo—. Pídele disculpas a John hijo por haberlo insultado de esa forma tan repugnante.

—No pienso pedirle disculpas a nadie, y menos a él. A él, que ha estado mareando a mi hija tantos años. —Donnie, obligado a redirigir la rabia, señaló con brusquedad a su hijo con el pulgar—. ¡Tú, inútil! ¡Mueve el culo! —Le arreó tal cogotazo que todos los hombres se quedaron boquiabiertos—. ¡Todo esto es por tu culpa! Nos has dado tantos quebraderos de cabeza que no hemos podido prestar atención a tu hermana.

John fue tras los Macdonald. Los demás oyeron cómo trataba de calmar a Donnie mientras caminaban de un lado a otro sobre la grava de la playa.

—Como me entere de que os estáis riendo de mi familia…

—Nadie se está riendo de nadie. Solo queremos ayudar.

—Pues más vale que así sea, porque si no, pienso reventar a hostias a ese hijo tuyo.

Las rodillas de los hombres chasquearon al unísono cuando se pusieron en pie. Innes metió las manos bajo los brazos de su padre y lo ayudó a levantarse. Shockie se abrochó el botón del pantalón que se había aflojado. Flash se pasó la mano por su espesa cabellera pelirroja. Mientras recogían sus cosas, intercambiaron miradas sombrías.

Cal se quedó a solas con el reverendo.

No veía el momento en que regresara su padre.

—Hablaré con Donnie sobre su temperamento —dijo el reverendo mientras volvía a colocarse el alzacuello—. Pero me alegra que este tira y afloja haya terminado por fin. Todo el mundo daba por hecho

que el niño era tuyo. No te imaginas lo insistentes que pueden llegar a ser las mujeres cuando se les mete algo entre ceja y ceja.

—Sinceramente —dijo Cal—, creo que alguien me debe una disculpa.

—¡¿Una disculpa?! —chilló el reverendo con tal brusquedad que los hombres se sobresaltaron—. ¿No será más bien que tú le debes una disculpa a Dios? ¿O es que has olvidado el séptimo mandamiento? —Lo señaló con el dedo—. Te vieron manoseando a una muchacha detrás de los cubos de basura. Sí, a ti. Así que no eres lo que se dice un hombre inocente. Eres tú quien debería disculparse ante estos hombres y agradecerles la discreción que han tenido contigo. —Alzó la barbilla y se irguió un poco antes de cambiar al gaélico bíblico—: *«Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano».*

Ahí estaba por fin, revelada al completo, aquella dureza incontestable.

—Sí. Claro. Perdóneme.

Cal inclinó la cabeza. Estaba loco por que su padre regresara.

Fue Innes quien intervino y suavizó el silencio:

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora con Isla?

Los ojos del reverendo todavía brillaban de ira cuando se volvió hacia él.

—Donnie quiere que vaya a vivir con una tía suya de Uist. No pueden flaquear en su compromiso con la Palabra, eso perjudicaría mucho a las demás muchachas.

—Eeeh…, ¿y qué pasará con el bebé?

—Sarah lo criará como si fuera suyo.

John regresó al fin al salón. La parte delantera de la camisa estaba mojada por la lluvia; los vellos del pecho se le habían rizado y estaban pegados a la tela. Innes pareció preguntarle con la mirada por la gravedad de la situación, y John respondió con un leve movimiento de cabeza: muy grave.

Cal, con la vista clavada en el suelo, preguntó sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Y vosotros qué habríais hecho en mi lugar?

Fue el reverendo quien respondió.

—¿Yo? Bueno, yo jamás me habría visto en una situación así. Pero si fuera tú… —Le apoyó la mano en el hombro. Un contacto mínimo; de hecho, Cal no estaba seguro de que lo hubiese llegado a tocar—. Si tienes corazón, reconsidera tu postura. Pero no lo pienses demasiado. Hay cosas que no se resuelven con la cabeza.

Cal no vio a su padre estrechar la mano de los hombres, pero oyó el roce de sus callos, áspero como papel de lija. Un sonido de fricción cada vez que John atrapaba sus manos en aquel apretón poderoso y firme.

Innes condujo a su padre hacia la puerta. Se marcharon sin despedirse de Cal, así que este se apartó del reverendo con la excusa de que necesitaba ir al baño; salió a toda prisa y se disculpó al pasar junto a su padre.

Cogió un paraguas del paragüero y vio a Innes en la carretera; estaba ayudando a su padre a subir a la parte trasera del Austin Maestro de Shockie. Cuando Innes lo vio acercarse, el rostro se le descompuso.

Cal acercó el paraguas a Innes para resguardarlo de la lluvia. Luego le sonrió al viejo MacInnes y le estrechó la mano. El anciano

había perdido ya la visión, y la cabeza también debía de estar fallándole porque, después de pasarse una hora entera en el juicio contra Cal, el viejo MacInnes le preguntó a su hijo quién era aquel muchacho, e Innes tuvo que explicarle que era John, el hijo de John.

En cuanto Innes abrochó el cinturón de su padre y cerró la puerta, Cal le agarró el brazo con fuerza y lo arrastró detrás del vehículo, fuera del halo de luz del porche. Después lo obligó a rodear la casa, hasta que quedaron entre la vivienda y la caravana enterrada.

—¿Por qué me dejaste tirado? Estuve horas esperándote, creía que ibas a volver.

Innes apoyó la mano en el hombro de Cal. Quería mantener al joven a distancia, bajo control.

—¿Cómo te atreves a agarrarme así delante de mi padre?

—Tu padre no sabe ni en qué día vive.

Innes se apartó de él.

Cal estaba a punto de decir algo más cuando los hombres salieron por la puerta principal. Shockie llamó a Innes por encima del techo del coche:

—¿Qué os parece si nos acercamos a ver a Donnie y Sarah?

Flash ayudó al reverendo a subir al coche. Innes le lanzó una última mirada a Cal y luego se montó en el asiento trasero, junto a su padre, mientras Shockie se sentaba al volante.

Cal vio cómo los coches se alejaban.

Despacio, de forma metódica, cerró el paraguas; luego, en un arranque de rabia, lo lanzó tras ellos como si fuese una lanza.

Cuando consiguió serenarse un poco, volvió a entrar. Su abuela estaba colocando las tazas del té sobre una bandeja metálica. Cal

cogió algunas galletas a medio comer de los platillos y se las fue metiendo en la boca una tras otra.

—Ella, no quiero que andes espiando detrás de las puertas —dijo John.

—¿Y qué pretendes entonces? ¿Que las teteras y los sángüiches salgan volando solos?

—Sándwiches. Sánd-wi-ches —la corrigió. Luego se volvió hacia Cal—. Y tú. Has hecho exactamente lo que no debías hacer. Has dejado en ridículo a los Macdonald.

—Se han dejado en ridículo ellos solitos, sin ayuda de nadie. ¡Pero esto qué puta mierda es! ¿Una novela de Thomas Hardy? —Se quitó la goma del pelo—. ¿Por qué no saliste antes a defenderme?

—Salí a defenderte. Pero luego tuve que callarme cuando empezaron a decir que le habías metido mano a la chica.

—No le metí mano. Era pleno día.

—Así que estabas comprando pienso para las ovejas, ¿eh? Esa sí que ha sido buena. Gillies, el de Leverburgh, cerró hace años. Ni uno solo de los hombres que estaba aquí se lo ha tragado. ¿Y luego quieres que se crean que no le metiste mano a Isla? —John se dejó caer en el sillón. Se giró y ahuecó el cojín—. ¿Queda algo de whisky, Ella?

—Me temo que no.

—Pero si había una botella entera. —Fulminó a Cal con la mirada —. ¿Qué ha pasado?

—A mí no me mires.

Ella suspiró y se secó las manos en el delantal.

—Dejé la botella en una bandeja con varios vasos. Doll subió al baño y, cuando volvió a bajar, la botella había desaparecido…

—Ella, deberías habérnoslo dicho.

—¿Ah, sí? ¿Es que no hemos tenido bastantes broncas por hoy?

Cal sonrió con desprecio y se desató las deportivas antes de preguntar:

—¿Whisky? ¿Qué es lo que estabais celebrando?

—Ay, hijo, espabila —dijo su abuela—. El último bebé que nació en el pueblo fue Eilidh Macdonald, y eso fue hace… ¿diez años? Es una noticia maravillosa, por mucho que digan estos amargados.

Ella olfateó la jarra de leche para comprobar si se había agriado con el calor. La sirvió en un vaso y se lo tendió a John. John dio un sorbo y, tras asegurarse de que estaba bien, se lo bebió de un trago.

—Todo esto podría haberse llevado de otra manera —dijo—. Todavía tendremos que vivir junto a los Macdonald muchos años. —Miró a Ella—. Y no te dejes engañar por esa actitud comprensiva del reverendo. Si ha concedido ese margen, ha sido por consideración a la prima de su mujer. Pero Isla ha sellado su destino. Tendrán que excomulgarla.

Aquella palabra sonaba un poco a «extirparla», y eso sería exactamente lo que sentirían los Macdonald cuando procediesen a amputar y desechar el alma inmortal de Isla.

—Donnie ha dicho que estaba muy furiosa y que no pensaba arrepentirse.

—¿Furiosa? —dijo Ella—. ¿Qué le hizo ese hombre?

—Sabes lo mismo que yo —dijo John—. Pero es muy probable que, antes de que acabe el año, los Macdonald tengan a dos hijos fuera de la iglesia.

Cal pensó que debería ir a ver a Isla y hacerla entrar en razón. Podía arrepentirse sin sentirlo de verdad. Pero su padre pareció

haberle leído el pensamiento porque, justo cuando levantó la vista, John tenía la mirada clavada en él.

—Ni se te ocurra ir a verla. No quiero que relacionen tu nombre con el suyo. —John sostuvo el vaso vacío en alto como un terrateniente hasta que Ella se acercó renqueando para recogerlo—. Una pena, la verdad. Si no la hubieran deshonrado, tú podrías haber acabado con ella y quedarte con este *croft* y todas las tierras de los Macdonald.

—¿Y Doll, qué?

—¿Doll? Apestaba a whisky a kilómetros. —Permanecieron un momento en silencio mientras asimilaban aquella triste verdad. Al poco, John siguió diciendo—: Tengo que confesarte que en el fondo esperaba que el niño fuese tuyo. Además, Isla habría sido una buena esposa, obediente, ya que tú habrías sido su salvación. Los Macdonald te habrían dado cualquier cosa que hubieras querido. Imagina todo lo que habrías heredado. Esa casa tan nueva con calefacción central…

—Vaya, disculpa por tener sueños propios y arruinar los tuyos. —Ella soltó una risita y Cal la fulminó con la mirada—. ¿Y tú de qué te ríes, Judas? Eres igual que mi padre. Te dije desde el minuto uno que no tenía ningún interés en Isla, pero tú siempre tienes que estar ahí metiendo cizaña.

Ella no respondió. Siguió colocando las cosas del té en la bandeja. Debería haberle contado la verdad sobre su abuelo. Tendría que haberlo hecho años atrás, cuando aún era un niño y era posible manipularlo para que guardase un secreto. Algunas noches, aquello no la dejaba dormir. Se imaginaba qué habría sido de ella en Glasgow si Calum Morrison no se hubiese ofrecido a casarse con ella

y criar al hijo de otro hombre, un hombre que tal vez se llamaba Jimmy o Johnny o Bobby… La música estaba tan alta.

—*Siempre metiendo las narices* —dijo John en gaélico—. *Desesperada por ser el centro de atención*.

—¿Qué ha dicho?

John se inclinó hacia delante en el sillón.

—He dicho: tú, el fantasma de todos mis fracasos. ¿Por qué sigues merodeando por esta casa?

—¡Papá!

—¿Qué ha dicho?

El rostro de John estaba alarmantemente sereno. Su tono era circunspecto, uniforme. Lo único que delataba su crueldad era la precisión con la que pronunciaba cada palabra.

—Tu cháchara absurda es lo último que oigo por la noche y lo primero que oigo por la mañana. Cuando me siento en el váter y todavía conserva el calor de tu culo, me entran ganas de ponerme a gritar. Me dan ganas de coger un cuchillo y despellejarte viva.

Cal lo intentó en gaélico.

—¡Athair!

—¡Y míralo! Tú tienes la culpa de que mi hijo se haya alejado de las Escrituras. Con tus insinuaciones y tus ideas retorcidas. Ojalá tu hija te hubiera arrastrado con ella. Ojalá os fuerais las dos al infierno.

Ella miró a Cal. Cal fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Ya veo —dijo su abuela—. Acaba de decir los resultados del fútbol, ¿no?

Ella recogió las cucharillas. Examinó cuáles estaban sucias y se guardó las limpias en el bolsillo.

—Cuando el padre de Grace me trajo a las islas, yo no entendía ni una palabra de la lengua antigua. Todos se reían de mí y decían que no sabía ni hablar inglés.

—*Por favor*… —John se frotó las sienes—. *Vete a tu despensa.*

Ella se rascó el labio superior con los dientes inferiores.

—¿Sabes una cosa? Durante todos esos años, si alguna mujer quería dejarme fuera de la conversación, se ponía a hablar en gaélico. A veces ni siquiera era para excluirme. Era solo porque le daba la gana. Igual tenía la regla. O se aburría. Y estuve aguantando aquello durante más de cuarenta años, me quedaba allí sonriendo como una idiota. Luego volvía a casa, criaba a tu hijo y tú me hacías exactamente lo mismo. —Sus ojos miraban al centro de la estancia, clavados en algo que los hombres no podían ver—. *Carson nach urra… urrainn… dhut a bhith toilichte?*

Cal se volvió hacia su padre y dijo:

—Pídele perdón. ¡Pídeselo!

—Bah, ¡está jugando al mismo juego de siempre! Lo que sea con tal de ponerte en mi contra.

—Eso es mérito tuyo, John. No necesitas mi ayuda. —Ella cogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta—. Pero te digo una cosa, como vuelvas a hablarme así, voy a echar tanta lejía en el baño que se te va a derretir la cara. Que el mundo vea al demonio que vive dentro del cantante favorito de Dios.

Los hombres la vieron marcharse.

Cal se sentía impotente, incapaz de ayudar.

Ella no conseguía cerrar la puerta, así que Cal cruzó la habitación y la cerró por ella. Apoyó la frente sobre la madera pintada y se quedó esperando hasta oír el clic del pestillo.

—Que Dios nos ampare. —Su padre se levantó del sillón y empezó a pasearse por la habitación—. ¿Le has enseñado tú gaélico? —le preguntó John. Cal se acordó de aquella tardes lluviosas, de cómo Ella repetía fragmentos sueltos y él le corregía la pronunciación. Le había enseñado las dieciocho letras del alfabeto, pero todo había sido tan informal que jamás creyó que pudiera acabar hablando con esa fluidez. Recordó también el diccionario y los viejos libros de texto de cuando él iba al colegio que Ella guardaba en las estanterías de su dormitorio. Él suponía que los había puesto allí para que no se deteriorasen—. ¿Por qué nunca te pones de mi parte? —John lo agarró del cuello de la camisa. Entonces se detuvo. Frotó la tela, como sorprendido por su suavidad—. ¿De quién es esa camisa?

Cal bajó la vista. Llevaba puesta la camisa de Innes. Un estampado de cuadros corriente y vulgar. Todos los hombres que conocía tenían alguna parecida comprada por catálogo.

—Me la encontré.

—¿Te encontraste una camisa?

—Abajo, en el redil. Pensaba que era tuya. Hacía un frío de muerte y me la puse.

—¿En el redil? ¿Mientras alimentabas a las ovejas con el pienso de Gillies, el que cerró la tienda hace siglos? —John recorrió con los dedos el remiendo del cuello—. Esta camisa es de Innes.

—¿Sí? Pues tendré que devolvérsela antes de que se dé cuenta.

—Quítatela.

—Sí, ahora en cuanto me bañe…

—¿Dónde estuviste anoche?

Su padre estaba demasiado cerca y, a esa distancia, no podía mentir. Intentó esquivarlo y coger el sándwich que Ella le había preparado.

—Voy a cenar y luego…

John le dio una bofetada.

Cal estaba mirando a su padre —no a los ojos, sino al segundo botón de la camisa— y, de pronto, su mirada acabó clavada en la pared. La visión se le llenó de motas blancas y abrasadoras, cometas boreales atravesando un cielo dentro de su cabeza. Su campo de visión cambió de repente, como el mecanismo tosco de un espejo retrovisor. Ahora veía las rosas del papel pintado de su madre. Había algo hermoso en aquella profusión de pétalos abiertos.

—*Mírame* —dijo John. Cal no sabía si era capaz de volver la cabeza. Sentía como si le hubiesen dado un latigazo en el cuello—. *¡Mírame!* —Su padre le agarró la cara. Hundió los pulgares en la carne blanda bajo los ojos. Le inmovilizó la nuca con aquellos dedos largos de tejedor—. No estabas en casa de tu madre. Así que te lo voy a preguntar por última vez. ¿Dónde estabas?

Cal lo agarró por las muñecas, pero no consiguió zafarse. Viendo que escapar era imposible, lo empujó, hundió la cabeza en su pecho y lo hizo retroceder.

John cayó en el sillón y Cal encima de él. Uno de los dos le dio una patada a la mesa y las tazas que quedaban por recoger se hicieron añicos en el suelo. Comenzaron a luchar sin ningún tipo de dignidad; John intentaba sujetarlo mientras Cal hacía lo posible por liberarse. Luego su padre lo cogió del jersey y tiró de él hacia arriba. Después le agarró la camisa y la tela se rasgó, vencida por el desgaste de los años.

John le sujetó la cabeza bajo el brazo, igual que hace un pastor con las ovejas para inmovilizarlas. Cerró el puño y le golpeó las costillas. Una vez. Dos. Un pareado de impactos sordos, carnosos.

Cal logró zafarse del jersey. La camisa había quedado hecha jirones.

Se quedó de pie sobre su padre, sin aliento, con una mano en el costado.

En el rostro de John había indignación, como si le ofendiera que Cal hubiera tenido la osadía de liberarse, de negarse a aceptar la somanta de palos como un niño bueno.

Cal lo miró, el cuerpo le temblaba de furia.

—Una vez pillé a Flash riéndose de ti a tus espaldas. Hablaba con los hombres del bar. Te llaman John Mamporros, ¿lo sabías? Siempre se están riendo de ti, todo el rato. —Rasgó lo que quedaba de la camisa. La hizo una bola y se la lanzó a la cara a su padre.

Cuando entró en la cocina, Ella estaba ante el fregadero con las manos inmóviles dentro del agua. El agua estaba turbia y las burbujas habían perdido toda efervescencia. Al oír sus pasos, los ojos de Ella volvieron a enfocarse.

—Eso no lo has hecho por mí, ¿verdad?

—No —dijo Cal—. Esta vez no. —En una olla había carne de carnero: vísceras y sobrantes que su abuela estaba hirviendo para el perro. El olor de la grasa derretida impregnaba el ambiente—. Nunca he estado de acuerdo con nada de lo que decía. Siento haberme quedado callado todo este tiempo.

Se le escapó un sollozo. El esfuerzo por ahogarlo le sacudió el cuerpo entero.

Su abuela se secó las manos y le ofreció el paño de cocina que llevaba colgado del delantal. Cal se lo arrimó a la cara para sofocar los sollozos. Mientras lloraba, Ella volvió al fregadero y se quedó mirando el mar ennegrecido.

—*Chaidh… thu… dhan cholaiste* —dijo en un gaélico vacilante—. *Me he tirado cuatro años sentada en esa habitación todos los miércoles y todos los domingos por la noche escuchándoos hablar por teléfono.* —Hizo una pausa—*. Vosotros os creíais que yo no entendía nada. Pero sí os entendía. Y lo que no entendía, lo buscaba luego…* —Vaciló un instante. Lo siguiente que quería decir parecía demasiado complejo, así que retomó el inglés—. Los hombres sois tan previsibles… Vuestra incapacidad para expresaros es lamentable.

Nunca sabían qué hacer después de los arrebatos de John, después de sus patadas, empujones o bofetadas. A lo largo de los años habían intentado numerosas tácticas. Intervenciones y represalias, periodos largos y terribles evitándolo a toda costa, seguidos de silencios penitentes. Ella cogía al niño en brazos y se lo llevaba, pero John siempre acababa encontrándolos y le exigía que le devolviese a su hijo. Aquella casa vieja siempre encontraba la manera de hacerlos volver. En algún momento, y sin hablarlo nunca, habían aprendido a aceptar la ira de John como algo que iba y venía. Y bajo aquella resignación tácita, descubrieron que ya ni siquiera anhelaban su arrepentimiento, porque John nunca estaba dispuesto a cambiar… o quizá era incapaz de hacerlo. Lo único que podían hacer era levantarse, intentar olvidar y seguir adelante de la mejor manera posible.

Ella fue a buscar el bote de harina. Cal le puso una mano en el brazo.

—Voy a prepararte un baño —dijo su abuela—. Voy a subirte la estufa portátil, que sé que te gusta.

Cal se limpió los mocos con el paño y se acercó a la mesa alargada. Le dio un mordisco a uno de los sándwiches resecos y, sin terminarlo, abrió otro y arrancó el jamón que había dentro. Ella observó cómo se lo metía en la boca. Cal fue revisando uno a uno los sándwiches, comiéndose solo las partes que le apetecían. Le lanzó una rodaja de tomate al perro; Tick la atrapó y al momento la escupió sobre el linóleo.

—Tienes que irte —dijo él—. Tienes que irte a vivir con mi *mamaidh*…

—No digas tonterías.

—No puedo irme y hacer mi vida si tú sigues aquí.

—¿Qué os pasa a los pastores, que tratáis a las mujeres como si fuéramos ganado, venga a arrearnos de un lado a otro?

Ella abrió el congelador y sacó unos cuantos hielos de la cubitera. Los envolvió en el paño y volvió a dárselo. Cal puso cara de dolor cuando se lo acercó a la mejilla.

—Por favor —dijo—. Firma el traspaso del *croft* a nombre de mi *mamaidh*. No es de él y tampoco mío. Si quiere quedarse aquí y hacerse cargo del lugar, que aprenda a agachar la cabeza y a tragarse el orgullo. Y si no es capaz de hacerlo… que se vaya a vivir debajo de algún barco volcado. No creo que vaya a ser más desgraciado de lo que ya lo es.

Ella le sirvió un vaso de leche. Él esperó a que dijese algo, pero cuando terminó de servirla, se dio la vuelta y se fue. Mientras

esperaba, Cal se bebió la leche y levantó la vista hacia el tendedero del techo. De aquella estructura colgaban las camisas de su padre y varios pares de calzoncillos viejos, lacios como banderas en un día sin viento. Entre la ropa tendida colgaban también dos costillares de cordero en salazón, desollados, carne grisácea llena de vetas de grasa color crema.

Oyó a Ella batallar con los cajones de la cómoda. Cuando regresó a la cocina, llevaba en la mano el sobre de una factura de luz antigua.

—Ahora escúchame —dijo—. Voy a darte una cosa. No quiero discutir y me ofenderé si la rechazas. No quiero oírte decir otra cosa que no sea «gracias». No montes ninguna escena. ¿Me has oído?

El sobre estaba repleto de billetes. Vio que había de distintos colores, sobre todo verdes, aunque también algunos azules, marrones y morados. Nunca se le habían dado bien las matemáticas, pero, si tuviera que calcularlo, diría que allí había varios miles de libras.

—He ido ahorrando un poco de dinero. Iba a dártelo cuando te fuiste a la universidad, pero como eras tan inmaduro, me daba miedo que lo invirtieras en alguna tontería.

—¿Como cuál? ¿Pagarme los estudios?

—En un sombrero de cowboy o alguna gilipollez de esas.

Cal se echó a reír.

—Jamás me habría comprado un sombrero de cowboy.

—Hubo una época en que lo único que querías por tu cumpleaños era un Stetson blanco. Y luego también te dio por un chándal morado.

—Tenía doce años.

—La verdad, no sé cómo te dejaron entrar en la escuela de arte.

La combinación de un sombrero Stetson y un chándal era tan horrorosa que habría sido el atuendo perfecto para la escuela de arte. Les habría encantado a todos esos imbéciles que iban de guais.

El sobre estaba a punto de reventar por las esquinas. Ella se lo tendió.

—No sé qué decir.

—Ya te he dicho qué decir.

—Pues… gracias, abuela.

Ella asintió con rigidez. Cogió el sobre, le levantó la parte delantera del jersey y se lo metió bajo la cinturilla del pantalón. Luego se apartó un poco para asegurarse de que no se viera ningún bulto.

—Guárdalo en algún sitio seguro. Donde él no pueda verlo.

—Vale.

—¿Vas a volver a la ciudad?

—Sí. —Cal hizo una pausa—. ¿De dónde has sacado todo ese dinero?

Vio cómo Ella cruzaba la habitación y cerraba la puerta de la cocina, algo que casi nunca hacían.

—El reverendo McAllister… Verás, nunca me gustó un pelo el viejo ese. El alma siempre acaba reflejándose en la cara. Hace muchos años dio un sermón sobre el deber de las esposas que me puso los pelos de punta. Empezó a hablar de la obediencia y a soltar indirectas sobre tu madre, sobre cómo, al marcharse, no solo había abandonado a tu padre, sino también a todos los hombres devotos, como si fuera una novilla descarriada. Y allí estabas tú, con diez años, sentado a mi lado, hecho un pincel, mirándolo embobado. —

Se pasó la lengua por el labio—. Tu padre me da la colecta los viernes por la noche, y yo sacaba algo de dinero del sobre. No lo he robado —aclaró al ver la expresión de Cal—. Digamos que lo he retenido. Hay una diferencia.

—Lo sé —dijo él sin estar muy convencido.

Los dos sabían que las *cèisean* de la iglesia estaban numeradas para identificar a cada familia y que, el primer martes de cada mes, los diáconos se reunían para contar las ofrendas. Cal se palpó el sobre, que ahora le quemaba la piel. El pegamento reseco del cierre se le adhería a la pelusilla del vientre.

—Aquel reverendo era una comadreja rastrera y venenosa. No sabes el daño que hizo. Dio un sermón sobre los jóvenes del continente, ya sabes, esos tan guapos con manchas de leproso. Dijo que se lo merecían, y que sus madres también, que esas eran las quemaduras que salen cuando bailas bajo la luz del Diablo. Yo jamás había escuchado nada igual en una iglesia. Esa dureza. No podía creerlo.

Ella lanzó una mirada hacia la pared y luego clavó los ojos en Cal.

Se quedaron observándose un instante.

—¿Qué? —preguntó él.

—Estoy cansada, hijo. Soy una anciana con el corazón enfermo. No vengas luego a mi funeral diciendo que me querías si entre nosotros quedan secretos.

—¿Qué secretos? —Cal se abrazó las costillas doloridas—. No soy homosexual, si es eso lo que estás preguntando.

—¿Seguro?

Si se lo hubiera preguntado la semana anterior, si se lo hubiese preguntado apenas unas horas antes, quizá se habría sincerado con

ella. Pero, de pronto, fue consciente de su propio agotamiento. Solo le apetecía tumbarse en el suelo y pudrirse sobre el linóleo.

—Creo que yo lo sabría, ¿no?

Ella torció el gesto mientras barría con una mano las cortezas que él había dejado sobre la mesa y las dejaba caer en el cuenco del perro.

—Tengo visto y comprobado que los hombres sabéis más de lo que decís saber. —Cal la observó mientras humedecía un trapo y limpiaba la encimera. Era como si aquella fuese otra noche cualquiera, como si no acabase de pasar nada extraordinario—. Y no le digas a tu padre nada del dinero. —Ella fue por la habitación apagando las lámparas—. Sé feliz, hijo. Por Dios bendito, que al menos uno de nosotros tenga esa suerte. —Recogió el periódico y lo dejó en la caja del papel para encender la lumbre—. Pero si te compras un sombrero de cowboy, hazme el favor de comprarte también un buen caballo —dijo y puso la rejilla delante de la chimenea.

Cal se echó a reír.

—*Oidhche mhath, a sheanmhair*.

—Sí —dijo ella—. *Oidhche mhath, a ghràidh.*

FICHEAD'S A-TRÌ / VEINTITRÉS

Se iría. Se iría en el primer barco. A la mierda su padre. A la mierda el amigo de su padre. El sobre le abrasaba la piel mientras subía las escaleras de dos en dos. Cerró la puerta del dormitorio y empezó a meter cosas en la mochila a toda prisa. No le importaba hacer ruido, sentía un placer perverso en dejar atrás toda su vida, salvo la ropa de segunda mano, las cintas y los libros. Pero mientras hacía una bola con los vaqueros azules remendados y los embutía a golpes en la mochila, cayó en la cuenta: mañana era domingo. No había ferris.

El lunes temprano salía uno. Un ferri de suministros que no podía llevar pasajeros, pero si les decía lo desesperado que estaba por llegar al continente, si se inventaba algún examen o alguna cita médica, quizá los marineros se apiadarían de él. Miró la mochila, repleta a más no poder. Se puso en pie y le dio una patada a la pared del fondo.

Pasó despierto casi toda la noche y, por los sonidos de desasosiego que se oían en la casa, supo que su padre y su abuela tampoco estaban pegando ojo. Se levantaron temprano, algo de lo que los tres acabarían arrepintiéndose por la tarde. Se reunieron en la sala alargada y rezaron juntos antes de que Ella les sirviera un desayuno a base de sándwiches sobrantes, que comieron en un silencio agotado, sentados hombro con hombro.

El día avanzaba despacio, como una marea perezosa. La claridad interminable de finales de primavera parecía un castigo; Cal tenía demasiadas horas por delante y ninguna manera de pasarlas, salvo entregándose a la reflexión silenciosa. No quería quedarse a solas con sus cavilaciones, quería estar en un bar, entre una multitud de desconocidos, con la música tan alta que no pudiese oír los pensamientos que se le pasaban por la cabeza.

Antes del primer oficio, los hombres de la iglesia formaron una especie de círculo y llevaron a John y a Donnie al centro, como dos niños castigados por haberse peleado en el recreo. Donnie le estrechó la mano a John y le pidió disculpas por su mal genio. Cal sabía que era lo correcto, una formalidad social, pero la sangre le hervía por dentro mientras su padre aceptaba las disculpas y decía que lamentaban cualquier ofensa que hubieran podido causar, cualquier cosa que hubiese hecho creer a Donnie que estaban juzgando a su hija. Aunque el tono de Donnie era conciliador, la escasa firmeza de su apretón de manos le dejó claro a John que ni él ni su hijo pusilánime iban a ser perdonados. John aferró aquella mano grande intentando recuperar su amistad a la fuerza, pero Donnie dejó el brazo completamente flojo.

El sermón que vino después no fue más que una letanía de palabras muertas: un texto antiguo que el reverendo Rose había escrito años atrás. Lo leyó en un tono monocorde mientras la congregación se preguntaba por qué era incapaz de ofrecerles consuelo justo cuando más lo necesitaban. Después del esperado paréntesis de la temporada de comuniones, el regreso a los oficios normales les había dejado una sensación de vacío y abandono. Cuando las parroquias vecinas acudían a los servicios religiosos, se

renovaba la fe y se recordaban unos a otros que, por pocos que fuesen, seguían acompañados bajo el amparo de Dios. Ahora, bañados por la luz blancoazulada de la iglesia, los escasos miembros de la congregación volvían a sentir miedo de que el mundo los hubiese olvidado otra vez.

Tendrían que pasar aún muchas semanas antes de que el sol de primavera calentase los muros de piedra. Los fieles seguían tiritando bajo las ropas de invierno. La estufa de parafina desprendía un calor mínimo que apenas llegaba a los miembros del consejo. Para cuando terminaba el oficio, solo los que habían pasado al frente lograban entrar un poco en calor, mientras que el resto tenía que confiar en que la luz de Dios los reconfortase.

Cal se pasó aquella misa interminable mirando las nucas de los Macdonald, ordenadas por altura. Habrían formado una línea descendente perfecta de no ser por la ausencia de Isla. Para matar el tiempo, se puso a reordenarlas, del rubio blanco al rubio trigo, y, cuando empezó a aburrirse con aquello, se puso a clasificar a la congregación entera, de los tonos más claros a los más oscuros, de los más cálidos a los más fríos.

Estaba mirando a la gente con los ojos entrecerrados para averiguar si tenían aura cuando Ella le clavó el codo en las costillas.

Luego observó a Innes durante un rato. Tenía el brazo sobre los hombros de su padre para impedir que se desplomase en el banco. Se volvió y sorprendió a Cal mirándolo. Al momento, Innes llevó la mirada hacia la luz que entraba por la ventana oriental.

Cuando terminó el oficio, la gente salió deseosa de quedarse un rato al sol. Sarah llevaba un sombrero nuevo y un abrigo a juego teñido de azul regio. Cal se la imaginó encargando aquella armadura

en el mismo instante en que Isla le dijo que estaba embarazada. Sarah dejó atrás a toda su prole y se acercó a él. Cuando pasó de la luz artificial al exterior, Cal percibió un destello extraño en el abrigo nuevo. Se había vuelto rojo para luego adquirir un tono como purpúreo antes de regresar al azul regio. El tinte era inestable y, con ciertas luces, el sombrero y el abrigo no combinaban en absoluto. Eso le dio pena.

—No soporto cuando el reverendo lee un sermón antiguo.

Sarah tomó la mano de Cal entre las suyas. Le acarició sus tendones delgados.

—Siento mucho lo de Isla —dijo él en voz baja—. ¿Cómo lo está llevando?

Sarah sonrió con tristeza.

—Está aburrida. El otro día la llamaron por teléfono algunas amigas que ha hecho en la universidad. Eso le levantó un poco el ánimo.

—Tiene que terminar los estudios. Es la octava persona más inteligente de Escocia.

—¿Alguna vez dejará que olvides ese detalle? —Le acarició la mejilla como si todavía fuese un niño. Luego le apretó la barbilla, no fuerte, pero sí lo bastante como para hacerle notar el reproche—. Ven a vernos pronto, anda. Seguro que todos nos animamos.

Sarah se dirigió hacia la carretera. Cuando Cal volvió a darse la vuelta, Licky estaba plantada delante de él.

—La verdad es que tiene su mérito. Siempre encuentras maneras nuevas de decepcionarnos.

Le dio un golpecito detrás de la oreja y luego se alejó barriendo el suelo con su falda negra. Beady había visto lo que la viuda acababa

de hacer y, mientras Cal se frotaba la cabeza, se acercó a él atravesándolo con aquellos ojos violetas y ardientes.

Todas las mujeres estaban al tanto de la situación de Isla. Llevaban tiempo alimentando una furia colectiva, primero porque estaban convencidas de que Cal la había mancillado, y ahora porque sabían que no había sido él. Aquella furia acabó concentrándose no contra Isla, sino contra todos los hombres que la habían dejado en una situación vulnerable. Al salir de la iglesia, todas le dieron un manotazo o un golpe en el hombro. Era una reprimenda confusa, cargada a la vez de afecto y de enfado. La pasividad de Cal había dejado expuesta a la muchacha. No le había hecho nada, pero tampoco había hecho nada por ella y, por tanto, la había acabado haciendo daño por partida doble.

Jeanie le dio un pellizco en la cintura.

—*Glaoic* —dijo. *Tonto, chico tonto.*

Ella le lanzó una mirada que parecía decir: aguanta, y él entendió que debía soportar sus murmullos, aceptar aquellos pequeños reproches en silencio, quizás incluso con cierta gratitud porque le tuviesen el cariño suficiente para decírselo a la cara. Lo pellizcaron y zarandearon hasta que cada mujer hubo dejado constancia de su decepción, y todas se amasaron las palmas con una insatisfacción satisfecha.

Ella se acercó y se colocó a su lado.

—Bien hecho. —Cal buscó a Innes con la mirada, pero estaba ocupado acomodando a gente en la furgoneta—. Dentro de un par de días esa muchacha no será más que una puta. Se olvidarán del pescador y toda la culpa recaerá sobre ella. Al final, las mujeres acaban traicionándose a sí mismas, ya verás.

Ella fue a despedirse mientras Cal esperaba en los escalones tratando de vencer el impulso de frotarse la cabeza dolorida. Las mujeres parecían animadas por aquella forma extraña de ocio violento; Cal las observó mientras se besaban unas a otras y le agradecían a Ella por haberles proporcionado a su nieto como saco de boxeo.

Después ayudó a Ella a acercarse al coche y la acomodó en el asiento del copiloto. Su abuela estaba tardando en meter la pierna y a él le sobrevino el pensamiento sombrío de cerrar la puerta de golpe y dejarle de verdad el pie morado como hígado de ternera.

Ella lo sorprendió mirándola.

—Si no te conociera mejor, pensaría que eres uno de esos pervertidos a los que les gustan los pies de las mujeres. —Cal cerró la puerta y rodeó el coche por detrás. Se quedaron allí con caras de pocos amigos mientras esperaban a John—. Acuérdate del gran Joseph —dijo su abuela de pronto.

—¿Cuál de ellos? ¿Joe el de Scarbost? ¿O Joe el que puso el termo?

—No, hombre, el padre de Jesús. Jesús no era hijo de José. ¿Qué habría sido de la Virgen sin él?

—Eso huele a discurso católico —dijo Cal y le tendió la mano.

—La cuestión es que todos hemos tenido que criar hijos que no eran nuestros. —Ella rebuscó en el bolso y dejó caer una pastilla de menta en la palma de Cal—. Isla es una buena muchacha. Te he lavado muchos calcetines y sé perfectamente que estás faltito de cariño.

Por la noche, su padre les leyó un pasaje de Efesios mientras Ella profanaba el día del Señor deshaciendo una prenda de punto para recuperar la lana. John estaba demasiado cansado para protestar, así que Cal le ofreció las manos para enrollar la madeja. Fue consciente en ese momento de la admirable contención de Ella, había sido capaz de quedarse callada y no reaccionar en incontables ocasiones, a pesar de que entendía mucho más gaélico de lo que aparentaba. Su abuela llevaba puesta una camiseta de los Rangers, un regalo que Grace le había hecho a Cal por su cumpleaños y que a él no le hizo especial ilusión. Seguro que había entendido todas las crueldades que las mujeres decían de ella, todos los comentarios mezquinos acerca de su aspecto; comentarios que hacían no a sus espaldas, sino estando ella delante, con su rostro dulce y sonriente. Entonces Cal sintió una admiración profunda por ella, por cómo les había plantado cara haciendo exactamente lo que le daba la gana, siendo exactamente ella misma. Alargó la mano y apretó la de su abuela, y esta le soltó una palabrota y le dijo que estaba jodiéndole la lana.

Más tarde, durante la cena, mientras les servía huevos fritos y patatas congeladas —y su padre fruncía el ceño, visiblemente decepcionado—, Ella dijo:

—Creo que me voy a vivir con Grace. Esos hijos suyos son unos salvajes. Paganos correteando entre el brezo.

Lo dijo con toda naturalidad, como si hubiera preguntado si a los huevos les faltaba sal.

Cal levantó la taza de té para dejar que su padre respondiera.

—Si esto es por lo que dije…

John dejó la frase en el aire.

Cal bajó ligeramente la taza esperando que su padre lo dijera: que, por una vez en la vida, dijera que lo sentía. Qué fácil sería quererlo si dijese esas palabras. Se convertirían en ejemplos perfectos de perdón cristiano si él fuese capaz de reconocer su error.

Pero al cabo de un momento John se aclaró la garganta y dijo:

—Ayer fue un día extraño. Difícil. Con lo de Isla y el bebé.

Cal siguió bebiéndose el té.

—Bueno, ya he tomado la decisión. Y vosotros ya sois mayorcitos para haceros de comer.

Empezaron a rezar y John pidió que Isla encontrase el camino de regreso a Jesús. Cal y Ella estaban perdidos en sus pensamientos y John tuvo que repetir «amén» porque ninguno de los dos lo dijo a la primera.

Luego comieron en silencio. Los huevos eran de las gallinas de Licky. Las yemas eran espesas y pastosas.

Cal esperaba que su padre preguntara por el arrendamiento, pero no dijo nada al respecto.

—Hablaré con Innes —dijo al fin—. Podemos pagarle para que te ayude con la mudanza. Y te doy las gracias, Ella. Tendría que habértelas dado hace mucho. Gracias por ayudarme a criar a nuestro muchacho hasta convertirlo en un hombre. No siempre hemos estado de acuerdo, pero has sido una bendición en nuestras vidas.

Faltaban todavía muchas horas para que zarpase el ferri de suministros. No podían ver la televisión, así que intentó leer un libro, pero después de un rato vio que era incapaz de concentrarse. Así

que cogió la chaqueta y le dijo a Ella que iba a recoger las cadenas de los columpios.

Con los últimos restos de luz, se internó tierra adentro y fue serpenteando entre los pequeños lagos. Cuando coronó la primera colina, divisó a su padre junto al agua. John estaba paseando a Tick por la orilla por si encontraba restos de maderas o, con algo más de suerte, ámbar gris. Cal se preguntó cuánto duraría esta vez el silencio —dos semanas, seis, ocho—, y entonces cayó en la cuenta de que ya no estaría allí para averiguarlo.

Cuando llegó al embarcadero, vio que la posada estaba a oscuras, aunque se oían voces dentro. Varios de los hombres importantes de la iglesia estaban allí discutiendo sobre Isla mientras empinaban bien el codo. Seguro que Flash lo dejaría entrar si llamaba a la puerta, pero no tenía ganas de aguantar a hipócritas, especialmente a Shockie, que apenas unas horas antes les había echado un sermón sobre la templanza y les había leído el Evangelio de san Mateo.

Desenganchó la cadena y los columpios se balancearon con el viento. No le apetecía volver a casa, así que se echó los eslabones sobre el cuerpo y siguió caminando carretera arriba. No tenía ningún destino en mente, pero mientras avanzaba, solo podía pensar en Innes. La rabia que había sentido parecía haberse disipado, y entendió que en realidad no había sido rabia, sino dolor, una sensación de rechazo. Pensó que quizá podría acercarse al *croft* de los MacInnes e intentar hablar de nuevo con él. Quizá le diría que iba a marcharse.

Pasó junto a un *croft* abandonado que había sido tomado por las flores silvestres. Se detuvo y recogió un puñado de campanillas y saxífragas. Mientras lo hacía, se dejó llevar por la fantasía ingenua

de que Innes se sentiría tan aterrado ante la idea de perderlo que acabaría confesándole sus sentimientos y le rogaría que se quedase. Dispuso las flores en un ramo desaliñado.

Cuando llegó al *croft* de los MacInnes, se dio cuenta de lo tarde que era y de lo absurda que era aquella idea. En la casa ya estaban preparándose para acostarse. Pero sintió que aquel era el momento de hacerlo, que quizá no volvería a tener otra oportunidad, así que rodeó la casa por detrás. Lo más seguro es que no pasara nada, pero al menos Innes se reiría. Al menos conseguiría llamar su atención.

Llegó hasta un cobertizo nuevo que los hermanos estaban construyendo. Las paredes estaban ya levantadas sobre la estructura y había unos rollos de material aislante cubiertos con una lona. Soltó las cadenas y las escondió detrás de los rollos. No estaba seguro de cuál era el dormitorio de Innes, pero cuando las luces comenzaron a apagarse, eligió la habitación cuya luz se extinguió la penúltima, pensando que el viejo MacInnes sería el primero en dormirse y que Sorley se quedaría leyendo hasta tarde. Ramo cutre en mano, comenzó a avanzar con sigilo hacia la casa. Trepó por el bajante que, según sus conjeturas anteriores, conducía hasta la habitación de Innes.

Abrió la ventana despacio. Los cristales temblaron en el marco. Se coló por la abertura y, justo cuando estaba a horcajadas sobre el alféizar, una lámpara se encendió.

Innes estaba sentado en la cama, apoyado contra la pared.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—Ah, bien —dijo Cal entre risitas, aliviado—. No sé qué habría hecho si me llego a meter en el cuarto de Sorley.

Innes le hizo un gesto para que bajase la voz.

Cal cayó dentro de la habitación. Se sacudió el polvo de los pantalones. Las flores se habían aplastado durante la subida; sopló sobre ellas, las sacudió un poco y se las ofreció.

Innes las miró, incrédulo.

—¿Te has vuelto loco? —Se levantó de la cama. Llevaba solo la parte de abajo del pijama y cruzó la habitación encorvado por el pudor. Encontró la parte de arriba y se la puso—. Mi hermano está en la habitación de al lado. Y mi padre, al otro lado del pasillo.

—Ya, pero he esperado a que se durmieran.

—No puedes estar aquí. No puedes hacer esto.

—Solo he venido a disculparme. Nunca consigo estar contigo a solas. Y necesitaba hacerlo esta noche. Tengo algo que decirte. —Se sintió ridículo con las flores en la mano. Las dejó encima de la cama, como si la cama fuera una tumba—. Estuve horas esperándote en ese hotel. Luego bajé y me quedé esperándote en la calle como un perro sin dueño.

Innes se acercó a la puerta. Pasó la mano por la rendija para asegurarse de que estuviera completamente cerrada, y dijo:

—Lo siento. Nunca debería haber hecho eso. Pensé que sería más fácil.

Cal se tomó un momento para mirar a su alrededor. El dormitorio de Innes seguía igual que cuando era niño. Un escritorio pequeño y una cama estrecha. Las estanterías pintadas, llenas de objetos que coleccionaba: aviones Airfix, radios CB, soldaditos verdes. Había varios aparatos de radio. Innes encendió uno, sintonizó las noticias de madrugada y luego bajó el volumen lo justo para que tapase la conversación.

Cal se acercó al escritorio. Había una bandeja con relojes de pulsera en distintos estados de reparación.

—Siento haberte besado.

—Eeeh…, ¿y te parece que trepar hasta mi ventana es la mejor forma de pedir disculpas?

La camisa del pijama estaba abierta. Cal robó una mirada a aquel pecho delgado, al vello oscuro salpicado de canas. Tenía un poco de barriga, no por comer en exceso, sino por la flacidez propia de la edad. Era el cuerpo corriente de un hombre corriente. Quería acariciarlo.

—¿Por qué no puedo visitarte si somos amigos?

—Solo con hacerme esa pregunta ya me estás diciendo que no eres una persona seria.

—¿Ah, sí? Pues igual ya estoy harto de tantas personas serias.

Innes fue hasta el armario y lo abrió con cuidado para que las bisagras no chirriasen. Cogió algo de la balda superior, un montón de trapos, y se los dio a Cal. Cuando Cal lo desplegó, vio que era la camisa que Innes le había dejado en el hotel, la que su padre había roto en un ataque de furia.

—Te he puesto en un aprieto horrible.

—No pasa nada. Le dije a mi padre que me la había encontrado tirada por ahí.

—Pero yo le dije que tenías frío. Le dije que te la había dejado.

—Me da igual. —Cal hizo una bola con la camisa y la lanzó sobre la cama.

Se acercó a Innes, pero este lo esquivó y se dirigió al escritorio. Hizo como que estaba ocupado, y Cal lo observó enderezar unos papeles que ya estaban perfectamente rectos.

—Nunca debería haber ido —dijo Innes al cabo de un rato—. No debería haber aceptado quedar contigo. Pero, no sé, me sentí halagado por tu amistad.

—¿Halagado? Venga ya.

—Fingí que no sabía por qué querías acompañarme al continente, pero sí lo sabía, me di cuenta por cómo me mirabas en la furgoneta.

—Entonces… —Cal vaciló—. ¿Por qué fuiste si no eres…? —Titubeó —. Innes, ¿lo eres?

La habitación estaba en penumbra. El gesto fue tan rápido, tan sutil, que en los días siguientes Cal llegó a preguntarse si realmente lo había visto asentir. Y quizás eso era justo lo que Innes pretendía. Si Cal hubiese tenido a alguien a quien contárselo —que no era el caso—, él habría podido negarlo y decir que era un mentiroso.

Innes se quedó mirando un momento el suelo junto a los pies de Cal y luego apartó la vista.

—A veces me siento tan solo que es como si ni siquiera existiera. A veces no me reconoce ni mi propio padre, y mi hermano…, en fin.

Cal lo agarró del brazo. Lo giró con suavidad hasta que ambos hombres quedaron cara a cara, pero ni siquiera entonces Innes fue capaz de sostenerle la mirada.

Cal le puso la mano sobre el pecho. Sintió el calor de su piel recién salida del sueño. La tela era tan fina.

«Por favor. No».

Fue solo un susurro. Un pensamiento dotado de voz. Una súplica, no una negativa.

Cal bajó la mano. Las yemas de sus dedos acariciaron la piel de su pecho. Apenas lo estaba rozando, pero sintió cómo la piel de Innes se erizaba en respuesta al beso de sus dedos.

Innes colocó la mano sobre la de él. Le acarició el dorso con el pulgar. Después apartó la mano de Cal.

—Te he puesto en un aprieto horrible —repitió. Dio un paso atrás. Pero no había ningún sitio al que ir.

—¿Es por la diferencia de edad?

—No lo entiendes y no puedo explicártelo.

—Pero ¿es eso lo que te echa para atrás? ¿La diferencia de edad?

—Aunque tuviera veinte años menos, yo…

Innes negó con la cabeza.

Cal intentó no decir lo que dijo a continuación. Pudo oír lo lamentable que sonaba antes incluso de pronunciarlo.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Es que… no te gusto?

Innes abrió la boca varias veces, pero no atinaba a responder nada. Al final encontró las palabras que quería decir y las dijo:

—Te conozco desde antes de que nacieras, cuando solo existías en la imaginación de tu madre. Adoro hasta el último pelo de esa cabeza tuya tan estúpida y tan hermosa.

—Ahora soy un hombre, Innes.

—Eeeh…, y yo un viejo. He desperdiciado mi vida esperando —dijo—. No desperdicies la tuya. Vete. Vete y conoce mundo.

La verdad llegó acompañada de una revelación que lo dejó sin aire. Cal no quería el mundo. Aquel era su hogar. Quiso gritar: «Lo único que quiero de este mundo es alguien a quien amar, y aquí estás tú». Pero ya había besado a aquel hombre. Ya había trepado por su ventana. Ya se había rebajado bastante. Se metió las manos en los bolsillos, se clavó las uñas en el muslo y se encogió de hombros.

—Vale. Muy bien.

Innes sonrió con tristeza.

—*Math* —dijo. *Bien.*

Entonces se oyó un sonido extraño que al principio creyeron que venía de la radio. Guardaron silencio. Innes bajó el volumen del aparato y ladeó la cabeza para aguzar el oído. Entonces volvieron a oírlo: el sonido de unos pasos al otro lado de la puerta.

Innes se apartó de Cal. Se abotonó la camisa todo lo rápido que pudo.

Durante un instante largo y horrible contuvieron la respiración mientras escuchaban al padre de Innes abrirse camino hacia el baño; los nudillos golpeaban la pared, las zapatillas se arrastraban por la moqueta.

—*¿Papá?* —dijo Innes—. *¿Papá, estás bien?*

Su padre no respondió. Todo quedó en silencio unos segundos hasta que, de pronto, se oyó el golpetazo de la tapa del váter.

Cal vio cómo los hombros de Innes se relajaban.

—Tengo que ir a ayudar a mi padre —dijo en voz baja—. Y cuando vuelva, me gustaría que no estuvieras aquí.

—Innes, por favor…

Innes hizo un gesto con la mano para pedirle que se callara.

—Si me ves por la carretera, párate a saludarme, hazme algún comentario sobre el tiempo, pregúntame por mi padre. Pero esto tiene que terminar. ¿Me oyes? —Permanecieron un rato en silencio, mirándose el uno al otro. Innes estaba esperando una respuesta, pero Cal no dijo nada, simplemente frunció los labios y volvió a encogerse de hombros. Entonces Innes asintió y dijo—: Vale. Ten cuidado al volver a casa.

Se cortó la mano mientras descendía por el bajante. Había un borde oxidado y le abrió un tajo en la palma. Gritó de dolor. Soltó el tubo y cayó sobre las losas del suelo.

Sin aliento, empezó a retorcerse mientras se tapaba la hemorragia con la mano buena, esperando que Innes lo viese, lo cogiese en brazos y le suplicara perdón. Esperó y esperó mientras la lluvia le salpicaba el rostro. Permaneció tumbado hasta que empezó a sentir vergüenza de su propio patetismo, y, al igual que un niño tras un berrinche, comprendió que no le quedaba más remedio que levantarse.

Se envolvió la mano con el bajo de la camiseta y, apretándose el corte, emprendió el camino de vuelta a casa.

Armó tal escándalo que su abuela salió de la despensa y se encontró la cocina cubierta de huellas de sangre. Le curó la herida lo mejor que pudo, pero aquello necesitaría puntos para que se cerrase en condiciones. Cal empezó a notar el calor en la nariz, ese escozor que precede al llanto. Y rompió a llorar mientras Ella dejaba caer gotas de pegamento instantáneo sobre la herida para tratar de contener la hemorragia.

Cuando John bajó las escaleras, se mantuvo algo apartado y olfateó el aire para comprobar si estaba borracho. Dejó que Ella tomase las riendas. Ella le preguntó a Cal dónde había estado a aquellas horas y Cal mintió entre lágrimas. Dijo que no podía dormir y que había bajado a la orilla y que se resbaló al pisar unas algas.

Después se cubrió la cara con la mano sana y empezó a llorar mientras Tick recorría la cocina lamiendo la sangre del linóleo.

John no dijo nada. Observaba a su hijo con cautela mientras Ella le palpaba por varias zonas para comprobar si tenía algún hueso roto o alguna herida más grave que no alcanzase a ver.

No dejaba de sangrar; para cuando las agujas del reloj empezaron a adentrarse en la madrugada, ya había empapado dos toallas. Ella llamó al hostal donde se alojaba Anna-Marie, la enfermera, y esta le dijo que intentaría estar allí lo antes posible. Descartaron por completo la idea de dormir mientras Ella ponía la tetera al fuego. Cal tenía la cabeza apoyada en el pliegue del codo y no paraba de llorar, desconcertado ante el hecho de que la mano le doliese tanto. Ni a John ni a Ella se les daba bien consolar. Pero Ella le daba unas palmaditas en el hombro de vez en cuando, siempre manteniéndose a distancia, como si Cal fuera un perro capaz de girarse y morderle en cualquier momento.

—Papá —dijo con voz pequeña.

Hubo una larga pausa antes de que John respondiera, y Cal supo que su padre ya se había encerrado en su silencio punitivo.

—¿Sí?

—Quiero que me afeites la cabeza. —Se enjugó los ojos con la muñeca—. Al cero.

John fue descalzo al cobertizo y regresó con las tijeras de latón del telar. Para evitar que Cal se arrepintiera en el último momento, no puso periódicos en el suelo ni le pidió que se inclinara sobre el fregadero. Le recogió el pelo y fue cortándolo desde la raíz. Los mechones color trigo fueron cayéndole sobre el regazo.

—No quiero que seas amigo de Innes —dijo John—. Nos engaña con las ovejas. ¿Cómo es que tiene dinero para levantar cobertizos, graneros y torres de radio y nosotros no tenemos nada?

John terminó de cortarle el pelo y dejó que Ella repasara el corte y arreglase los trasquilones que le había dejado. Cuando acabó, su abuela le lavó la cabeza en el fregadero de la cocina mientras John se tumbaba en el sofá y cerraba los ojos durante una hora.

Anna-Marie llegó pasadas las dos de la mañana. La mano de Cal había empapado las toallas de sangre y, cuando la enfermera vio que Ella había sellado la herida con Super Glue, le preguntó si se había criado en Glasgow. John no salió a recibirla ni a darle las gracias. Se quedó en el salón bueno, pero Cal sabía que estaría allí tumbado, con los ojos cerrados, escuchando cada palabra que se decía.

Las mujeres compartieron una tetera mientras Anna-Marie sumergía la herida de Cal en agua jabonosa para intentar ablandar el pegamento. Después le echó quitaesmalte para disolverlo. Cal se retorcía de dolor, pero las muñecas de la enfermera se habían curtido en las urgencias del Southern General de Glasgow. El ardor de la acetona logró apartarle a Innes de la cabeza, pero, en cuanto remitió el escozor, volvió a pensar en él.

—Esa mirada me suena de algo —dijo la enfermera—. ¿Quién es la afortunada?

Cal miró el reloj. Había perdido el ferri de suministros.

Anna-Marie le dio doce puntos. Cal tenía la mano tan dormida por la acetona que apenas había sentido la aguja.

—Tengo que darte las gracias, ¿sabes? Conseguiste que se fijara en mí.

—¿Quién?

—Sorley. Nos vio juntos en el coche. Se enfadó conmigo. Creía que te estaba tirando los tejos. —Cal soltó un resuello de cansancio —. En fin, que gracias. Prefiero mil veces que se enfade conmigo a que pase de mí. Me devolviste un poco de poder.

Estaban tan cerca el uno del otro, absortos en la tarea de curar la herida, que Cal solo necesitó susurrar:

—Odio a los hermanos MacInnes. Vaya par de imbéciles, no tienen sangre en las venas. Ojalá caiga un rayo sobre esa torre de radio y prenda fuego a toda la finca.

Anna-Marie se mordió el labio.

—Por fin. Qué harta estoy de escuchar a todo el mundo hablar maravillas de sus vecinos. Mucha amabilidad, pero todo es fachada. No le veo el sentido.

—No es amabilidad —dijo él—. Es cobardía.

La enfermera le envolvió la mano con la gasa. Debía de haber hecho aquello mil veces porque apenas miraba hacia abajo, sus ojos estaban clavados en el rostro de Cal.

—Me gusta lo que te has hecho en el pelo. Tienes unas cejas muy bonitas.

—Gracias —dijo él—. Venían incluidas con la cara.

Estaba mirando el tubo de pegamento, tal vez luego podría llevárselo a su cuarto y esnifar un poco.

Anna-Marie cortó un trozo de esparadrapo quirúrgico y aseguró el vendaje.

—Gracias por poner celoso a Sorley, aunque al final he tirado la toalla. El estrecho de Minch ha podido conmigo. Me vuelvo a Glasgow.

Sonrió y bajó la cabeza, y en sus labios volvió a asomar una sombra de decepción. Cal observó cómo se concentraba. Era tan hermosa. Si él fuese un hombre de verdad, se enamoraría de ella hasta las trancas.

—Entonces —dijo Cal inclinándose en busca de sus ojos—. Un hombre va al médico…

—¡Ni se te ocurra!

—Y le dice: «Doctor, tengo mariposas en el estómago…». Entonces el médico le pregunta: «¿Y qué es lo que ha comido últimamente?». Y el hombre responde: «Mariposas».

Anna-Marie soltó una carcajada escandalosa que hizo que Cal se sintiera mejor. Y mientras ella se reía, Cal inclinó un poco el maletín donde llevaba el material médico y echó un vistazo dentro por si había algún analgésico.

Todavía era de noche cuando la enfermera se marchó. Ella estaba cortando puerros para hacer sopa mientras su padre seguía tumbado en el sofá. Cal subió a su cuarto y se metió bajo las mantas unas pocas horas. A pesar de los calmantes, la mano le palpitaba como si tuviese el corazón allí metido. Empezó a repasar una y otra vez la conversación con Innes; tal vez podría ir a verlo por la mañana y pedirle perdón por lo que sea que le hubiese molestado. Se preguntó si lograría dormirse y, unos segundos después, el mundo se desvaneció.

Había en sus sueños una sensación reconfortante de movimiento. Todas las nubes flotaban en la misma dirección, cosa que nunca hacían normalmente. Innes caminaba a su lado por la carretera

estrecha, tarareando alegremente mientras comía patatas fritas envueltas en papel de periódico. Cuando se cruzaban con alguna oveja, ninguna pronunciaba su nombre, como hacían a veces en sus sueños. No se encontraron con nadie. Pero conseguían avanzar, progresar, no estaban atrapados en el mismo tramo de asfalto, como le había ocurrido en muchas pesadillas anteriores. Aquella noche, todas las perspectivas eran correctas: la casa era más grande que los hombres, el perro más pequeño que la caravana. La tierra bajo sus pies no se levantaba ni se inclinaba ni se resquebrajaba ni lo arrastraba hacia el mar. Aquella noche su madre no huía colina arriba. Y él no tenía que ir tras ella sin alcanzarla nunca, por más que corriese.

El sonido de unos golpes lo despertó.

Una luz grande estalló como una bomba atómica y Cal se incorporó de repente; los ojos le ardían por el resplandor. Su padre le estaba gritando, y el miedo instintivo de haber hecho algo malo lo invadió al instante. John maldecía en inglés mientras le lanzaba ropa.

—¡Hay luces en la orilla! —gritó—. ¡Levántate! ¡Levántate!

Se vistió tan rápido como pudo. Se pasó la mano sana por la cabeza y la sensación del pelo rapado fue tan inesperada que se asustó y dio un grito.

Más allá de la ventana del dormitorio, el azul oscuro de la noche seguía dominando el cielo, apenas un resplandor rosado empezaba a vislumbrase en el horizonte lejano. Vio que su padre tenía razón: había luces, muchísimas, luces extrañas que parpadeaban a lo lejos.

Su padre conducía demasiado rápido. Ella se tapó sus párpados apergaminados con los dedos, prefería mantener los ojos cerrados. Llegaron al embarcadero y dejaron atrás la posada. Avanzaron unos kilómetros más antes de verse obligados a detenerse detrás de los coches que bloqueaban la carretera. Todos los motores seguían en marcha y los faros apuntaban en todas direcciones, como las linternas de una expedición perdida en la niebla.

Sus vecinos se estaban congregando junto a la orilla, parecían diminutos bajo aquel cielo inmenso. Estaban separados unos de otros, aislados, como los postes fantasmales de un embarcadero podrido. Cal observó cómo poco a poco la distancia entre ellos empezaba a estrecharse. Y, cuando por fin se juntaron, sus espaldas formaron un muro y se aferraron unos a otros buscando algo más que calor.

Cal se había vuelto a poner la ropa ensangrentada que su padre le había arrojado. Mientras ayudaba a su abuela a cruzar las rocas, sintió cómo los calcetines deportivos se le arrugaban en la punta de los zapatos. Se quedaron rezagados mientras John avanzaba a grandes zancadas y rodeaba el muro de cuerpos, los faldones de su camisa agitándose al viento. Ella se aferraba a Cal. Tiraba de él como si cada paso le costase la misma vida; en su rostro se dibujaba la expresión de quien había visto demasiado y no quería descubrir qué aguardaba al otro lado del corrillo de isleños.

Doll parecía teñido de un hermoso azul pálido.

Absorbía la luz tenue del amanecer en su totalidad. Su piel tenía un aspecto calcáreo, como si raspase al tacto. Los labios eran de un azul grisáceo muy intenso, había en ellos una palidez espectral que

le recordó las nubes sobre la nieve recién caída. Sus ojos sin brillo eran del color del cielo antes de la tormenta.

Yacía en la parte de atrás de la vieja furgoneta Bedford, solo llevaba unos bóxers descoloridos. Los vaqueros le colgaban de los tobillos como una sombra cosida a su cuerpo, un Peter Pan abotargado. El resto de la ropa estaba desperdigada a su alrededor. Tenía la boca entreabierta, como si estuviera roncando. Parecía dormido, Cal estaba seguro de ello.

Alguien había arrancado la lona de la parte trasera de la furgoneta. Estaba sujeta por una esquina mediante una roca enorme y ahora el viento la hacía danzar como un espectro ruidoso y burlón. Beady tomó a Ella del brazo y ambas se unieron al grupo de isleños. Cal se acercó despacio. Cogió la lona y la obligó a detener aquel baile frenético.

Observó cómo Innes se arrodillaba junto a Doll. Le cerró los ojos al muchacho antes de limpiarle la bilis de los labios. Después volvió a meterle el pene flácido, que asomaba inocentemente por la abertura delantera, dentro de los calzoncillos.

Sarah Macdonald llevaba a sus dos hijas pequeñas de la mano. El viento se colaba por debajo de su falda larga, inflándola, y daba la impresión de que flotaba sobre las rocas. Sus facciones estaban atravesadas por el dolor, los labios agrietados y retraídos dejaban sus dientes al descubierto. Cuando se acercó a ellos, Cal comprendió que llevaba todo el tiempo gritando, un único alarido interminable, pero tenía la garganta en carne viva y el sonido que brotaba de ella recordaba al roce del mar contras las piedras.

Donnie Macdonald permanecía de pie junto a su hijo, como si estuviera custodiándolo. Sarah extendió la mano hacia él, parecía

que iba a desplomarse de un momento a otro, y entonces su marido la sujetó del brazo, pero ella se apartó y empezó a arañarle el jersey. Donnie no se defendió mientras ella se lo arrancaba por la cabeza. Siguió tirando de él y dándole manotazos, como si estuviera quitándole la ropa a un niño lleno de barro.

Las demás mujeres se acercaron. Formaron un muro alrededor de Sarah y la ayudaron a levantar y mover el cuerpo mientras ella vestía a su hijo con la ropa caliente de su padre.

Sin la argamasa de las mujeres, los hombres se dispersaron. Bajaron hacia la orilla y formaron un círculo impreciso. Inclinaron la cabeza mientras Shockie guiaba sus plegarias.

Mientras rezaba, Cal sintió el calor de otro cuerpo a su lado. Isla utilizó un dedo para abrirle el puño, cerrado como una lapa. Sin levantar la cabeza, él la observó de reojo. El abultado vientre le caía sobre las caderas. Lo sostenía con una mano mientras él le acariciaba el dorso de la otra con el pulgar. Cal desvió la mirada hacia la derecha y supo que su padre los estaba observando.

La oración terminó. Levantaron la cabeza. Cal pudo mirarla bien por primera vez. Parecía mucho más adulta con ese vestido premamá de su madre. La rodeó con los brazos, le daba igual lo que pensaran los hombres.

Innes alzó en brazos a las pequeñas Macdonald y las estrechó contra su pecho. Las envolvió con el abrigo y ellas se acurrucaron dentro hasta desaparecer por completo, solo sobresalían algunos mechones de pelo pajizo por el cuello de la prenda. Innes quedó transformado en un espantapájaros a punto de reventar por las costuras.

FICHEAD'S A CEITHIR / VEINTICUATRO

Su madre había dispuesto el cuerpo en el porche acristalado. Doll parecía estar completamente en paz bajo la luz suave del sol. Era tan alto, tan corpulento, que el fabricante del ataúd había tenido que retirar parte del acolchado. Y el enterrador tuvo que doblarle las rodillas para que cupiese. Tenía los hombros caídos hacia delante y la coronilla aplastada contra la madera, con la cabeza un poco inclinada, como si hubiese cerrado los ojos un instante y estuviera a punto de hacerte una pregunta.

Vino gente de todas las Hébridas Occidentales. Furgonetas llenas de antiguos compañeros del colegio y algunos pescadores de langostinos que los Macdonald conocían de los barcos. Acudieron también los fieles de las demás parroquias, y todas las muchachas que en algún momento habían sufrido las salidas de tono de Doll abarrotaban ahora el pasillo de la casa de su madre. El Pompis y los chicos parecían incómodos dentro de aquellos trajes prestados.

Había venido todo el mundo excepto Shiv Malone, que compensó su ausencia con una corona enorme de flores con forma de langosta que había encargado a una floristería del continente. Tenía un aspecto vulgar y suponía una afrenta tal a la sencillez calvinista que Sarah hizo que sus hijas desmontasen el arreglo y repartieran las flores en sencillos jarrones blancos.

Los hombres sacaron el ataúd de Falabay en un lento cortejo. El cuerpo de Doll era el más pesado que Cal había portado jamás. Desde que tuvo edad suficiente, había ayudado a llevar a seis vecinos hasta la tumba. Todos habían sido bendecidos con vidas muy longevas, y al morir, sus cuerpos parecían arenques en salazón: todo huesos y Biblias, todo encaje funerario y rencores enquistados.

El peso de Doll se dejaba sentir en cada paso que daban los portadores. Caminaban todo el tiempo que podían hasta que otra cuadrilla de hombres les daba un toquecito en el hombro para relevarlos y cumplir con su deber otros cuatrocientos metros. Cuando perdieron de vista la iglesia, cargaron el cuerpo en la parte trasera del coche oxidado de Flash. Seguidamente, este cerró el maletero y lo aseguró con una cuerda elástica mientras los hombres se preparaban para dejar atrás a las mujeres.

No podían enterrar a Doll en Falabay, allí no podían enterrar a ninguno de sus muertos. El suelo —una capa de tierra cuarteada sobre un lecho de roca— no tenía la profundidad suficiente. Todos sus muertos descansaban en la costa atlántica, en el fértil *machair* arenoso: praderas onduladas formadas durante milenios a partir de conchas trituradas y sal marina, donde cada primavera brotaban campánulas, eufrasias y ranúnculos dorados.

Las mujeres debían quedarse en casa. Pero Sarah Macdonald se empeñó en acompañar a su hijo hasta la tumba. Se metió en el asiento trasero de uno de los coches y, cuando los hombres le pidieron que saliera, obedeció y fue corriendo a montarse en otro. Cuando volvieron a negárselo —con suavidad, con amabilidad, pero negándoselo al fin y al cabo—, echó a andar por la carretera que iba a la costa oeste, una caminata de unos cuarenta kilómetros, y las

demás mujeres no tuvieron más remedio que seguirla por miedo a que se hiciese daño.

Al final, los miembros del consejo dieron su brazo a torcer e Innes recogió a las mujeres en la furgoneta de las ovejas. Las llevó hasta una colina situada a varios kilómetros del cementerio. Subieron juntas y observaron desde lejos cómo los hombres daban sepultura a Doll.

Enterraron a Doll el primer día del año que había amanecido totalmente despejado. Mientras Cal caminaba por el *machair*, percibió el olor del trébol rojo aplastado bajo sus pies; aquel aroma delicado atrapaba la sal del Atlántico y se mezclaba con la cera de limón que Sarah había usado para sacar brillo a la madera de palisandro.

Había whisky para cauterizar mil heridas. Los hombres lo bebían sin placer. Reunidos detrás del cobertizo de los Macdonald, se fumaban un cigarrillo tras otro. No soportaban estar dentro de la casa, atrapados con sus mujeres, que no se paraban quietas ni un segundo.

Sarah no había tenido tiempo de llorar a su hijo. Se había pasado toda la semana atendiendo a las visitas, limpiando la casa, consolando a sus hijas. Ahora que el hijo descansaba bajo tierra, la luz había abandonado los ojos de la madre, y las mujeres fueron testigos de ello. Sarah estaba sentada en su butaca azul, con la espalda erguida, mientras el desconsuelo la arrastraba a un lugar al que nadie podía seguirla.

Las mujeres no dejaban de ponerle delante bollos untados en mantequilla y dulces empalagosos. Intentaban rescatarla de aquel lugar, pero acabaron enfrentándose entre ellas, divididas entre las que creían estar ayudando y las que pensaban que lo único que hacían allí era estorbar. A medida que las mujeres se iban turnando para girar el plato y ofrecerle a Sarah algo salado, seguido de algo dulce, la escena fue adquiriendo un tono casi cómico, una torpe pantomima de buenas intenciones.

Ella se adelantó y sujetó el plato para impedir que las mujeres siguieran girándolo sobre las baldosas de la mesa. Quería acabar con ese chirrido tan irritante. Le costaba participar en aquel homenaje al muchacho. Doll se había ido y había dejado la historia a medias. Era un libro al que habían arrancado la parte final, y pronto las mujeres empezaron a imaginar sus propios desenlaces: con quién podría haberse casado (una muchacha protestante, guapa y culta que hubiese visto mundo), el tipo de padre en que se habría convertido (permisivo, divertido, bueno con sus hijas porque había sido bueno con sus hermanas), y la flota de barcos que habría comprado con los frutos de su trabajo (recién pintados de un rojo cardenal, lo bastante grandes para surcar aguas profundas).

Le contaban todas estas historias a Sarah para tratar de consolarla. No lo hacían con mala intención, pero Ella no veía ningún consuelo en ello. Se excusó y se puso a limpiar la cocina. Después lavó un montón de ropa que recogió del dormitorio de las chicas.

Los hombres la vieron salir de la casa con un cesto pesado. Tras hablar entre ellos en voz baja, Shockie dio un paso al frente.

—Es pecado —dijo—. Hoy no es día para trabajar, Ella.

Ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Puedo hacer lo que estoy haciendo o puedo emborracharme, lo que prefiráis.

Mientras tendía la ropa interior de las niñas, la inocencia de aquellas prendas la conmovió, las florecitas estampadas de las camisetas, los ingenuos adornos de encaje que bordeaban las braguitas. Pensó en Grace y volvió a sentirse mal, como le pasaba a menudo, por haber sido una mala madre. Había elegido a su nieto antes que a su hija, a pesar de que el mundo era más cruel con las mujeres, a pesar de saber que siempre lo era. Le echaba la culpa a Cal, a su necesidad de que alguien velase por él, a lo pequeño que era todavía, a su incapacidad para cortarse la comida él solo. Le echaba la culpa al *croft*, a la iglesia, a la ira de John, al dinero miserable que ganaba, al mal tiempo, al buen tiempo, a la cabina de rayos UVA, a aquella casa húmeda y llena de fantasmas del pasado. Todo le servía de excusa para justificar por qué no había seguido a Grace hasta el páramo. Cuando la verdad era que se había quedado porque quería. Se había quedado porque aquel era su hogar.

Mientras los hombres la observaban trabajar, ella percibió la rabia de John por no poder impedírselo. Dejó que la fulminasen con la mirada un buen rato. Después, avanzando con dificultad sobre sus tobillos hinchados, se acercó para decirles que la ropa tendida iba a acabar oliendo a tabaco y, acto seguido, empezó a ahuyentarlos a palmadas. Las suelas de cuero de los hombres repiqueteaban cual pezuñas sobre las losas mientras se apartaban de las cuerdas de tender. Hostigados por la anciana, que no dejaba de chasquear la lengua para que se fuesen de una vez, rodearon la casa como una manada de ungulados negros.

Se refugiaron en el esqueleto calcinado de la casa abandonada. Se colocaron en semicírculo y siguieron bebiendo en silencio.

Ella se puso a tender la colada. Desdobló un vestido premamá —justo lo último que alguien querría encontrar en un velatorio— y, mientras lo sujetaba al tendedero con pinzas, le sobrevino la sensación de que también le había fallado a Isla.

Cal no quería beber con los hombres. No soportaba estar cerca de Innes mientras su padre vigilaba cada uno de sus movimientos. La muerte de Doll había agrandado la distancia entre todos ellos, como si todo lo ocurrido les hubiera sucedido a otras personas en otro tiempo. Ya no existía el «antes» ni el «los viejos tiempos», solo aquel ahora horrible e interminable.

Subió las escaleras sin rumbo y fue en busca de Isla. La encontró dormitando en la cama de Doll, de espaldas a la puerta. La puerta estaba abierta, así que entró en silencio y se sentó en un puf que había en una esquina con la idea de quedarse allí esperando hasta que Isla se despertara. La habitación seguía exactamente igual que la recordaba: demasiado calurosa en los días soleados y con ese olor rancio a semen que recordaba de su juventud. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de un Biggie Smalls corpulento y desafiante. En la esquina del fondo había apoyado un tubo de escape.

No la oyó despertarse. Cal se puso a ojear unos vinilos y, cuando se volvió, ella ya se había dado la vuelta y estaba observándolo.

—No te he despertado, ¿verdad?

—No estaba dormida.

Isla iba vestida para el velatorio, aunque su padre le había prohibido bajar. Alguien le había cortado aquel pelo que nunca se había cortado y ahora llevaba una melenita insulsa de mujer de mediana edad.

No debió de ser fácil encontrarle algo apropiado que ponerse. ¿Quién iba a tener un vestido premamá negro? Seguramente pidieron prestado un vestido a las vecinas y, siendo Ella la más corpulenta de todas las mujeres, Cal se preguntó si aquel no sería un vestido de su abuela, algo de los años sesenta.

—No te falta mucho, ¿verdad?

—Mi padre no me perdonaría jamás si rompiera aguas en el funeral de mi hermano. —Le costaba incorporarse.

—¿Has podido despedirte de Doll?

—Sí —dijo—. Esta mañana he tenido un momento a solas con él.

Al otro lado del rellano oscuro, en el dormitorio de enfrente, Cal veía a las hermanas pequeñas de Isla jugar bajo la luz del sol. El cabello rubio, casi blanco, contrastaba con el negro abisal de los vestidos de luto. La casa guardaba un silencio respetuoso y por eso las niñas bailaban al ritmo de una música que solo existía en sus cabezas. Estaban imitando a alguna princesita del pop que habían visto en la tele. Giraban y se contoneaban siguiendo una coreografía que habían ensayado previamente mientras susurraban una canción que Cal no podía oír. Acariciaban con sensualidad sus vestidos de funeral y deslizaban las manos sobre sus pechos aún planos de una forma que le resultó perturbadora.

—Si mi padre las ve, me echará la culpa por haber dejado entrar el pecado en esta casa. Como si el pecado fueran moscas negras y

yo una ventana que él se dejó abierta. —El vientre le caía sobre el regazo.

La mañana en que encontraron el cuerpo de Doll le había parecido casi una niña; ahora, en cambio, parecía absurdamente mayor.

—¿Te hizo daño el pescador ese?

—Ya le vale a Flash, ¿por qué ha tenido que contárselo a todo el mundo?

—Estaban preocupados por ti.

—No —dijo ella—. Estaban preocupados por ellos mismos. —Cal no pudo contradecirla. Los hombres veían la conducta de Isla como un fracaso propio. Era responsabilidad de ellos protegerla, educarla, asustarla. No le habían metido suficiente miedo, no habían conseguido convertirla en enemiga de sus propios deseos—. Les he hecho quedar mal.

—Pero ¿te hizo daño? —Cal no era capaz de sostenerle la mirada.

—Si preguntas si me obligó, la respuesta es no. Y si preguntas si me quitó la virginidad, tampoco. Ese trofeo se lo llevó Martin Macleod, un chico de un curso anterior al mío. Mientras me llevaba a dar vueltas por los jardines del castillo de Lewis, todo eran grandes promesas. Decía que iba a casarse conmigo. Que no me iba a doler. —Tiró de la costura de las medias hasta dejarlas rectas—. Y para colmo, fue él el que acabó llorando. Allí estaba yo, con la falda manchada de sangre, y él lloriqueando como un crío mientras bajábamos la colina.

Cal intentó ponerle cara a aquel chico. Repasó mentalmente los cientos de Macleod que conocía y descubrió que solo ubicaba a un Martin —ese nombre tan inglés— y, si la memoria no le fallaba, tenía

un hijo que también se llamaba Martin: un niño mimado con cara de no haber roto un plato.

Era media tarde, pero la luz del día ya estaba desapareciendo tras la colina. El astro blanco ponía rumbo a América, la tierra de la televisión en color y del desenfreno adolescente, donde amaban y adoraban el sol, y el sol, a cambio, parecía derramar sobre ellos su mejor luz. A Cal le costaba creer que fuera el mismo orbe pálido que ahora pasaba sobre ellos.

Isla se metió la mano por dentro del vestido, dentro del sujetador. Se tocó un pecho y, cuando volvió a sacar la mano, se frotó los dedos.

—¿Conoces la canción «Under the Bridge»?

—¿De los Red Hot?

—Sí —asintió Isla—. Lo invité a la casa parroquial. El médico tiene un cuarto lleno de guitarras. Anthony, así se llama el pescador, cogió una y empezó a cantarme una canción. Totalmente en serio, muy entregado… No sé cómo no me dio la risa.

—No es pescador, Isla. Y con un nombre como Anthony, me juego lo que quieras a que tampoco es protestante.

—Ya, pero yo no sabía nada de eso, ¿vale? Solo quería estar con alguien que pareciera saber lo que hacía antes de acabar casada con un buenazo simplón de la isla.

Cal pensó en aquellos ojos brillantes bajo la mata de pelo, en aquella media sonrisa que dejaba entrever una pizquita de crueldad, y supo que, de haber tenido la ocasión, él también habría dejado que el pescador hiciese con él lo que hubiese querido.

Había oído a John contarle a Ella que los tíos de Isla habían ido al continente en busca del pescador. A los hombres les había llevado

dos días localizar el barco y sonsacarle al «capitán» la dirección del muchacho. Pensaban traerlo de vuelta a la isla y obligarlo a asumir sus responsabilidades, pero, cuando llegaron a la dirección indicada, se encontraron hileras e hileras de pisos sociales tapiados, hombres borrachos con los brazos desnudos y mujeres descalzas, todos ebrios a plena luz del día, cantando, peleándose y follando en los rellanos de los edificios, mientras los niños, sucios y desnutridos, jugaban por las calles. Frente a aquella Gomorra de piedra arenisca, los hombres decidieron que era mejor no seguir adelante con el plan. John no pudo por menos que aprobar su prudencia. «¿Qué clase de idiota entra en el infierno y se trae un demonio a casa?», les dijo.

—Esto va a doler, ¿verdad? —preguntó Isla mientras se masajeaba a sí misma la espalda. Cal no sabía nada sobre partos, salvo lo que había aprendido de las ovejas y su estoicismo; el modo en que, tras un silencio sombrío, se volvían de repente parlanchinas cuando sus crías, aún cubiertas de mucosidad, caían sobre la hierba. Isla siguió diciendo—: Mi padre no ha dado muestras suficientes de arrepentimiento. Licky llamó al reverendo para decírselo. Le pidió que no permitiera a mi familia sentarse en el banco de la iglesia que nos corresponde hasta que mostrásemos un arrepentimiento sincero. Mi padre se puso hecho una furia. Le recordó al reverendo que su abuelo fue quien construyó la iglesia.

—Todo el mundo dice que fue su abuelo quien construyó la iglesia.

—El reverendo le dijo a mi padre que debía arrepentirme o, de lo contrario, mi condena arrastraría también al bebé. —Volvió el rostro hacia la ventana. Cerró los ojos ante los últimos resquicios de sol—. Sé lo que te pidieron. Les dije que el bebé no era tuyo y que bajo ningún concepto debían mencionártelo.

—Lo siento.

—¿Sientes no poder hacerte el héroe? —resopló ella—. En fin, que se vayan todos a pastar.

—Tiene que haber algo que pueda hacer para ayudarte. ¿Qué necesitas?

—Necesito que se termine este cansancio. Necesito volver a sentirme yo misma, no la de antes, sino la Isla que soy ahora. Necesito que los hombres dejen de mirarme como si fuese una niña buena echada a perder. Necesito que las mujeres se metan el asco por donde les quepa. Necesito que dejen de hacerme siempre la misma pregunta: «¿Qué hombre te hizo esto?». Porque me lo hice yo sola. En cuanto vi a aquel pescador, lo supe. —Abrió los ojos y miró a Cal—: Nos acostamos tres veces. ¿Qué te parece? ¿Soy más puta de lo que pensabas? —Cal sintió vergüenza al descubrir que, en efecto, eso era lo que pensaba—. Quedé con él en tres casas distintas, tres veces distintas. ¿Y sabes qué? Ni una sola vez me trató como si yo no supiera lo que quería.

Encima de la cómoda de Doll había un santuario de aftershaves y desodorantes de fragancia intensa. Estaban colocados con esmero, igual que una mujer hacendosa exhibiría sus mejores adornos. Algunos seguían dentro de sus cajas. Delante había un cinturón fino de cuero italiano y una corbata estrecha de seda. Cal dejó que la seda se deslizase entre sus dedos.

—¿Te vas a vivir a Uist con tu tía?

—No —dijo ella—. ¿Quiénes se creen que son para quitarme a mi hijo?

Se oyeron pisadas fuera. Las niñas, que seguían en el dormitorio de enfrente, dejaron de bailar y se plegaron como tumbonas,

dejándose caer al suelo con las piernas cruzadas y agarrando el primer libro que encontraron. Beady apareció en la puerta. Echó un vistazo a las niñas pequeñas y, al verlas leyendo, se volvió hacia Isla.

—A ver, ¿qué estáis tramando vosotros dos?

—Tía Màiri —dijo Isla tratando de ocultar su frustración—. Nada, estaba hablando con Cal, poniéndonos al día.

—No estaría mal que te guardaras tus asuntos para ti sola. Por una vez en tu corta vida. ¡Y estás arrugando el vestido! —Beady metió las manos bajo las axilas de Isla y la alzó hasta ponerla en pie. Le pasó los dedos por aquel corte bob horrible—. ¿Y a ti qué es lo que te pasa, Macleod?

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Te has peleado con Innes MacInnes?

—¿Yo? ¿Pelearme con Innes? —Beady-Màiri, que había criado a seis hijos varones, no tenía por costumbre repetir lo que decía. Sus ojos violetas se clavaron en él, ardientes como la llama piloto de un calentador. Produjeron exactamente el efecto que pretendían. Cal acabó cediendo—: Que yo sepa, no.

—Cada vez que entras en una habitación, él se va.

Beady aporreó la espalda de Isla para alisarle las arrugas del vestido, aunque más bien parecía querer devolverles la vida a sus órganos. Isla se agarró el vientre para protegerse de aquel ataque. Allí estaba otra vez, convertida en una niña pequeña a la que manejaban y sacudían a su antojo para dejarla presentable. Fue aquello lo que hizo que Cal perdiese los nervios. Beady era una arpía en toda regla. Le entraron ganas de ponerle una brida.

—No creo que haya nada raro entre Innes y yo. Pero tampoco voy a llevarte la contraria. Tú eres la experta en hacer que la gente salga

huyendo.

Beady dejó de aporrear a Isla. Esbozó una sonrisa mínima y tirante que Cal no había visto en su vida. Y, sin embargo, aquel gesto ínfimo y contenido encerraba una docena de cosas distintas: ofensa, indignación, ganas de cruzarle la cara. Pero debajo de todo aquello se escondía también un placer enfermizo. Cal acababa de desafiarla y esto le había procurado un deleite amargo al anticipar los meses de lamentos y quejas que aquel insulto le permitiría alimentar. Y Cal pudo ver tras esa sonrisa pétrea y gélida, que se espesaba como sirope en el fondo de una copa de helado, que Beady estaba paladeando ya el delicioso sabor de la venganza.

—Gracias. —Fue lo único que dijo antes de soltar a Isla y regresar al pasillo—. Gracias.

Cal e Isla dieron por hecho que iría inmediatamente a buscar a los padres de ambos.

Isla esperó a que Beady se alejase lo suficiente antes de hablar. Tenía los ojos muy abiertos, horrorizados, pero en sus labios se dibujó una tímida sonrisa de entusiasmo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Relájate. Total, en más líos ya no te puedes meter.

Al otro lado del pasillo, Eilidh empezó a enseñarles una nueva coreografía a las pequeñas. Estaba de rodillas sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha como si un hombre invisible le estuviese dando bofetadas. Isla fulminó a su hermana con la mirada. Cal cerró la puerta de un empujón.

—¿Te acuerdas de cuando tú y Doll dejasteis a Eilidh en la colina para que se la llevaran las gaviotas? Le echasteis el chal por encima

y lo sujetasteis con piedras. Tuvisteis suerte de que las águilas no la vieran.

—Me dieron una buena paliza por aquello. Y todo había sido cosa de Doll. Se le ocurrió en la escuela dominical. La prueba de Abraham.

En el marco de la puerta había marcas de tiza que daban cuenta del tránsito de Doll de niño a hombre. Su madre las había ido haciendo cada cumpleaños hasta que su padre empezó a decir en broma que ya no tenían que medirle la altura, sino la anchura, y las marcas pasaron al dintel superior. Cal recorrió los años con el dedo. En algunos puntos figuraba también su altura junto a la de Doll, aparecía y desaparecía en función de si estaban peleados o en buenos términos.

—No tienes por qué quedarte. Puedes volver abajo, si quieres.

—¿Quieres venir conmigo?

—No puedo hacerle eso a mi madre. Hoy no —suspiró—. Me estoy volviendo loca con el Deuteronomio, Cal. Van a negarme la entrada a la asamblea del Señor. Como vuelva a oírlo una vez más, soy capaz de salir levitando y arder en llamas. A ver qué me niegan entonces.

Tenía los pómulos hundidos y el pelo parecía una peluca mal colocada.

—No has comido nada, Isla. ¿Quieres que te suba algo?

—No tengo hambre. —Se secó la nariz—. ¿Sabes? Hemos recibido noticias del forense. —Aquello pilló a Cal del todo desprevenido, estaba pensando en si preferiría pescado en conserva o jamón. Ella siguió diciendo—: Nos mandaron el informe oficial. Por lo visto, Doll tenía el hígado reventado, como de un hombre mucho mayor, negro

y lleno de grasa. Pero al final no fue la bebida lo que lo mató. Se ahogó.

—¿Cómo es posible? Si lo encontramos en la orilla, junto a la furgoneta.

—Sí, pero tenía agua salada en los pulmones. Creen que estaba intentando quitarse la ropa mojada cuando se ahogó.

—Isla, no puedes ahogarte en tierra firme.

—Vaya, ¿no me digas que ahora eres experto en autopsias? —Había sonado más brusco de lo que pretendía. Respiró hondo—. Perdona. Mi padre se lo preguntó a la enfermera y, al parecer, a veces pasa…, sobre todo a los niños. Puede ocurrir días después de haber tragado agua. Una mujer se ahogó conduciendo por la autopista horas después de haber estado en la playa.

—Pero hacía un frío de mil demonios. ¿Qué hacía metiéndose en el mar?

—Licky dice que a lo mejor quería ahogarse. Pero, si te digo la verdad, yo creo que estaba aburrido y ya está. —Miró hacia la puerta cerrada—. Puta Licky, la odio. ¿Cómo se atreve a decirle eso a mi madre? Mi madre lo quería muchísimo. Lo quería más que todos nosotros juntos.

—Sí, esa es la impresión que da.

—Esto va a matarla. Va a… —Isla rompió a llorar de repente. Se tapó la boca con la mano—. Quiero a mi madre. Me siento egoísta por decirlo, pero tengo muchísimo miedo.

Cal se agachó delante de ella.

—Vamos a buscar a mi abuela, ¿vale? Puedes preguntarle lo que quieras.

Isla se echó el flequillo sobre los ojos como si quisiera esconder las lágrimas, pero ya le goteaban por la punta de la nariz.

—Mi madre perderá el trabajo si descubren lo de la casa parroquial. Y mi padre perderá el barco. No puede permitirse repartir las ganancias con otro hombre.

—Entonces os echaremos una mano entre todos. —Sonrió intentando animarla—. Quiero decir, Doll lo hacía. No puede ser tan difícil, ¿no?

A Cal le sorprendió ver cómo Isla trataba de transformar su tristeza en algo más soportable, cómo cubría el dolor con una sonrisa falsa y temblorosa.

—Cuando se murió una de mis conejas, le hice un túmulo de piedras. Fui a la parte oeste de las colinas porque pensaba que Julieta preferiría ver el atardecer antes que el amanecer. Y debo añadir que tenía dieciocho años —dijo entre risas y mordiéndose el labio de vergüenza—. Eso es lo que pasa cuando lees tantas novelas de las Brontë.

—Si se muriera uno de mis conejos, Ella lo echaría a la olla.

Isla se rio.

—Mi *mamaidh* le dijo a Doll que fuera a ver dónde me había metido. Había estado todo el día trabajando en el barco y se notaba que tenía hambre y no le hacía ninguna gracia tener que salir a buscarme. Pero, cuando me encontró y vio lo triste que estaba, se puso a arrancar musgo y flores para la tumba de una coneja. Un tiarrón de casi dos metros.

—En el fondo era un buenazo.

Ella dejó escapar un murmullo de asentimiento.

—Se notaba que te echaba de menos. Antes de que te fueras a la universidad nunca había hablado mucho conmigo. —Isla le hizo un gesto para que se sentara a su lado; Cal se dejó caer en la alfombra y apoyó la espalda en la cama. Podían verse en el espejo de la cómoda. Él la saludó con la mano y ella le devolvió el gesto—. De niña, te tenía muchísimos celos por haberme robado a mi hermano. Y luego, cuando me hice algo mayor, empecé a tener celos de él por pasar tanto tiempo a solas contigo. Las vacaciones de verano eran una tortura.

—Tenías a tus hermanas.

Ella le acarició el lóbulo de la oreja.

—Siempre me pregunté por qué os gustaba tanto aquella furgoneta tan fea. Por qué ibais allí hiciera el tiempo que hiciese.

—Precisamente por eso. Allí podíamos resguardarnos de la lluvia.

—No. Cállate. —Le puso una mano en el hombro—. Os vi. Os vi juntos. Os vi con mis propios ojos. —Cal se arrepintió de haberse sentado en el suelo y de estar mirándola a través del espejo. No era fácil levantarse y fingir que algo reclamaba su atención en la otra punta del cuarto. Ella lo observaba sin pestañear, una mirada clara como el agua de un lago—. Os vi el verano antes de que te fueras a la universidad. Estaba enfadada con Doll por hacerte perder el tiempo de aquella manera, así que una noche os seguí hasta la furgoneta. Os vi a través de la ventana. Él encima de ti. Y tú debajo, con las piernas abiertas como una mujer. Te oí cómo gemías.

—Solo estábamos jugando.

Isla soltó una carcajada y, un segundo después, escandalizada por el sonido de su propia risa, sintió cómo se le inundaban de nuevo los ojos de lágrimas.

Cal notó el sabor del humo de los cigarrillos que estaban fumándose los hombres bajo la ventana. Las mujeres empezaron a cantar en voz baja «Mo Chridhe Trom's Duilich Leam». *Mi corazón pesa y está lleno de tristeza*.

—Por favor —suplicó él—. Isla, por favor.

—¿Por qué tenía que beber de esa manera? —Cal había visto los ojos de Doll cuando yacían juntos en la furgoneta. Había visto la vacilación, la vergüenza y el arrepentimiento que se apoderaban de él una vez que el deseo y el hambre se disipaban—. No se lo diré a nadie —dijo Isla—. Pero no lo hago por ti. Ni por él. —Señaló hacia el suelo, como si pudiera trazar una línea hasta su madre, sentada en la habitación de abajo—. Lo hago por ella.

En el pasillo sonaba el golpeteo de unos pulgares sobre una Game Boy y el bucle frenético de la melodía del Tetris. Se oyeron unos pasos cansados en la escalera, y luego el sonido de niñas quitándose de en medio a regañadientes.

La puerta se abrió. En los ojos caídos de Donnie brillaba el fuego del whisky.

Miró primero a su hija y luego al rostro desencajado de Macleod, mientras Eilidh, pegada al costado de su padre, apartaba de vez en cuando sus ojos brillantes del aparato electrónico para observar el problema que se desplegaba ante ella.

—¿Qué hace esta puerta cerrada?

Cal se puso de pie. Se sentía como una ladera cubierta de derrubios. Estaba desmoronándose, despeñándose cuesta abajo. Se cruzó de brazos, no para defenderse, sino para mantenerse de una pieza.

La mano de Isla desapareció bajo el flequillo.

—Echamos de menos a Doll, papá. Estábamos compartiendo recuerdos.

Donnie fulminó con la mirada a Cal, que tenía el rostro blanco como la leche. No sabía lo que habían estado haciendo, pero copular no, de eso estaba seguro.

—¿Qué le has dicho a tu tía Màiri para alterarla de esa manera?

—Fui yo —intervino Cal—. No me gustó cómo le estaba hablando a Isla. Y se lo dije.

Eso desconcertó a Donnie. Descolocó sus lealtades. Volvió a mirar a Isla.

—Sabes que tiene buena intención. Pero tiene esa manera de hablar…

—Lo sé, papá.

Donnie ya no sabía qué hacer. Parecía perdido dentro de su propia casa.

Isla percibió su desconcierto. Le tendió la mano y él se la cogió. Donnie puso la otra mano en la mejilla de su hija y le dio un beso en la coronilla. Después miró a Cal una última vez y, tras apremiar a Eilidh a salir del cuarto, volvió al pasillo. Unos segundos después, se giró y cerró la puerta.

Cuando Isla levantó la vista de nuevo, Cal estaba delante de ella con un sobre en las manos.

—¿Qué es eso?

—Dinero. Suficiente para que vuelvas a la universidad.

—No puedo aceptar eso.

—Tienes que hacerlo. No creo que vuelva a ofrecértelo.

—No tienes que comprar mi silencio.

Él le metió el sobre en las manos.

Había poco menos de tres mil libras. Las había contado. Era una cantidad enorme si pensaba en el tiempo que debía de haber tardado Ella en reunirlo, apartando a escondidas billetes de cinco libras de las ofrendas semanales.

—Ella me lo dio. Me dijo que hiciera con el dinero lo que me diera la gana.

—Pero seguro que te lo dio para que volvieras al continente. No puedo aceptar esto. ¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo sé. —Su siguiente pensamiento fue Innes—. Seguir como hasta ahora.

Isla contempló el sobre que tenía en las manos. Separó un fajo de billetes, una quinta parte del total más o menos.

—Quiero que compres el coche de Doll. Si le ofreces este dinero a mi padre, lo aceptará. Por favor. Estarías ayudando a todo el mundo. Así tendrá un par de meses para pensar qué hacer con el barco. Y tú necesitas un coche propio. Podrías visitar a tu madre. Ir a la ciudad cada vez que quieras.

—Pero si ese cacharro siempre tenía alguna avería.

—Ahora funcionará bien. Te lo prometo. —Isla le puso el dinero en la mano—. Era mi madre. Le preocupaba que Doll condujera borracho. Y cuando él estaba en el barco, se ponía a trastear con el coche. Cada vez que él arreglaba algo, ella le estropeaba otra cosa… —Cal dobló los billetes y se los guardó en el bolsillo—. Compra el coche. Y ven a visitarme a Glasgow.

—Sí —dijo él; luego, con menos convicción—: Quizá. Ya veremos.

FICHEAD'S A CÒIG / VEINTICINCO

Isla tuvo al bebé tres semanas después. En los días previos al parto, Anna-Marie modificó sus rondas para estar cerca de Falabay. La enfermera acudió en cuanto la llamaron y ayudó a traer al mundo a un niño sano. Con aquella mata de pelo blanco como un diente de león, no había duda de que era un Macdonald. Y aquella cara rosada y regordeta les recordaba a todos a Doll.

La gente tenía el corazón dividido. Por un lado, era una bendición poco común y se alegraban de que madre e hijo estuviesen bien, pero no parecía correcto celebrar la vida después de una pérdida tan terrible. No sabían cómo actuar cuando se cruzaban con Donnie por la carretera, si felicitarlo o mirar hacia otro lado.

Desde el funeral de Doll, Sarah parecía cada vez más perdida. Las mujeres se organizaron por turnos para ayudar a alimentar y cuidar a la familia. Ella pospuso su mudanza a Pàrras y, los lunes y los jueves, Cal la ayudaba a llevar cazuelas y ollas de caldo al *croft* de los Macdonald. Mientras las mujeres hacían compañía a Sarah, él se sentaba a la mesa de la cocina y echaba una mano a las pequeñas con los deberes y el estudio de la Biblia. En cada visita encontraba un momento para excusarse y subir al cuarto donde dormían Isla y el bebé. Le gustaba acunar en sus brazos al niño dormido. Le sorprendía lo pesado que era. El algodón suave de la ropita heredada le recordaba al vellón rizado de un cordero recién nacido.

Un día, cuando el bebé tenía ya varias semanas, Cal estaba arriba echándole un ojo, como de costumbre. Apoyó su mano alargada sobre el pecho de la criatura y sintió cómo se elevaba la respiración, aquel corazón fuerte y obstinado que latía bajo sus dedos. Lo aupó en brazos y besó su mejilla caliente.

No había oído subir a Isla, que estaba apoyada en el marco de la puerta. Cal no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí.

—Ella está preparando tostadas con queso —dijo—. ¿Quieres?

—Sí, por favor. ¿Puedes decirle que le eche cebolla a la mía? Ella sabe cómo me gusta.

Había un restillo de leche seca en la mejilla del bebé. Isla se chupó el pulgar y se lo limpió. El niño puso cara como de haber oído algo interesante, mamó un momento y volvió a quedarse dormido.

Bajaron a almorzar con el resto de las niñas. Después, mientras fregaban los platos, Isla le pidió que la invitara a dar un paseo. Dijo que, si era él quien la invitaba, Beady no podría negarse. Cal hizo lo que le pidió, pero cuando sus hermanas oyeron que Isla iba a salir de casa, empezaron a decir que ellas también querían, cosa que complació a su tía. Isla subió con las niñas en busca de sus jerséis, pero cuando volvió a bajar, estaba sola. Dijo que sus hermanas habían cambiado de idea y preferían quedarse leyendo. Cal reprimió una sonrisa y se preguntó si las habría amenazado con darles una patada.

El cochecito de los Macdonald chirriaba como una rata nerviosa. Era un Silver Cross antiguo que a Cal le recordaba las películas de terror que tanto le gustaban a Doll de niño. El padre de Sarah lo había comprado a plazos en algún momento de los años cincuenta, y en su día se consideró una ostentación absurda. Pero aquel

cochecito resultó ser indestructible: había llevado a Sarah y a sus hermanos, luego a sus hijos y ahora a sus nietos.

Aquella tarde, cuando la iglesia quedó oculta tras la ladera, Isla soltó el manillar. Dejó escapar un pequeño jadeo al ver cómo el Silver Cross echaba a rodar cuesta abajo. Miró a Cal de reojo, parecían estar retándose a ver cuál de los dos se acobardaba primero y salía corriendo detrás del cochecito. A medida que ganaba velocidad empezó a tambalearse y luego viró de forma inesperada, amenazando con lanzar al bebé a la cuneta. Cal echó a correr y agarró el manillar. Cuando volvió a mirar a Isla, vio que estaba como aturdida, inexpresiva.

La única prenda que le quedaba bien era el abrigo de su padre. Estaba preocupada por el peso que había ganado con el embarazo, así que caminaron durante horas, a veces bajo el sol y otras bajo una lluvia fina y suave. Cada cierto tiempo se detenía para hacer pis. No había arbustos ni árboles tras los que esconderse, así que Cal abría el abrigo y se colocaba delante de ella como un exhibicionista.

De vez en cuando la miraba de reojo. Nunca había sentido demasiada curiosidad por las mujeres y sus cuerpos, y tampoco había nada en aquellas carnes tiernas que le despertase deseo en este momento. Una de las veces, se salpicó al orinar y soltó una maldición. Cal se echó a reír, despertando la risa de Isla, que acabó poniéndose perdida de pis. Sus carcajadas resonaron por la ladera. Luego se mordieron los labios y los invadió un silencio culpable.

No había hojas con las que limpiarse, así que, cuando terminó, meneó el culo como un patito antes de volver a subirse las bragas. Cal cerró el abrigo y se apartó. Tenía pequeñas gotas de orina sobre el cuero de sus zapatos.

—Hace un año ni siquiera podía darte un abrazo en público —dijo él—. Y ahora míranos…

Siguieron caminando. El sol salió cuando pasaron junto a la vieja Bedford, e Isla dijo que quería pararse un rato. Dejó a Cal con el cochecito mientras ella se abría paso entre las rocas e iba hasta la furgoneta. Se sentó sobre una piedra grande y se cruzó el abrigo sobre el pecho mientras contemplaba el amasijo de hierros oxidados.

Hubo un tiempo en que contemplar aquel amasijo llenaba a Cal de emoción. Ahora sentía una zozobra que le daba ganas de huir, una vergüenza que le irritaba los poros de la piel. Era un monumento a su impiedad y permanecería allí oxidándose durante años. No podía prenderle fuego. No podía empujarla hasta el mar.

Dejó a Isla descansar un rato y siguió caminando con la excusa de calmar al bebé. Cuando dobló la siguiente curva se detuvo y se cubrió la cara con las manos. Tendría que pasar junto a aquella furgoneta cada vez que saliera de casa. Tendría que pasar junto al *croft* de los Macdonald y la casa de los MacInnes. Esa era la crueldad de la carretera de la cinta.

Al cabo de un rato, Isla apareció por la carretera y reanudaron el paseo.

—¿Lo querías? —preguntó ella.

—Un poco —dijo él—. Pero él no me quería a mí. Lo nuestro no era eso.

Caminaron un poco más y Cal se preguntó si, tal vez, se habría expresado mal, si había dicho «no me quería» cuando en realidad quería decir «no podía quererme». En ese momento, Isla resopló por la nariz y preguntó:

—¿Y a mí? ¿Me querías?

Pensó en mentir, pero ¿de qué serviría?

—No lo sé —dijo—. Supongo que quería quererte.

Cuando llegaron al final de la carretera, se sentaron un rato en la parada con forma de cruz. Cada vez que cambiaba el viento, daban la vuelta a la parada para resguardarse. Isla sacó al bebé del cochecito y lo acomodó dentro del abrigo. Se levantó el jersey y le dio el pecho. Compartieron una lata de Coca-Cola que Cal había cogido de la casa. Bebían tan despacio que al final ya no quedaban burbujas.

—Me voy —dijo ella—. La semana que viene, no, la otra.

—Pero todavía faltan meses para que empiece la universidad.

—Ya lo sé. Pero aún me quedan muchas cosas que organizar. Y me preocupa quedarme aquí demasiado tiempo y acomodarme. Noto que estoy empezando a rendirme.

Cal pensó en el ferri de suministros y en todos los barcos que habían zarpado desde entonces.

—¿Y qué dirán tus padres?

—Mi madre no me habla. Mi padre dirá que no puedo. Llamarán a mis tías para que hablen conmigo e intentarán hacerme sentir culpable y que me quede. Pero hace apenas un mes todos pensaban que lo mejor era quitarme al bebé y esconderme en Uist, así que…

—Entonces ¿no vas a decírselo?

—No —dijo—. No voy a decirles nada. —El viento le revolvió el pelo y un mechón se le pegó al labio. Isla tenía las manos ocupadas con el bebé, así que Cal alargó la mano y le apartó el cabello—. Te aviso para cuando vayan a tu casa a preguntarte.

—¿Y qué se supone que debo decirles?

—Diles que no sabes nada. Te escribiré una vez que me instale.

Por una parte, lo sorprendía la frialdad con que había tomado la decisión de marcharse mientras la familia seguía de duelo; por otra, envidiaba aquella determinación.

El bebé había terminado de comer. Isla, siendo la mayor de cinco hermanas, tenía años de experiencia; casi sin pensar, le hizo soltar un eructito, lo envolvió y lo puso de nuevo en el Silver Cross. Luego se abrochó el abrigo y volvió a sentarse. Se quedaron mirando las colinas y las casitas blancas dispersas a lo lejos. Isla tomó la mano herida de Cal entre las suyas y recolocó algunos hilos sueltos de la vieja venda.

Él no sabía muy bien qué sentir al respecto. Por un lado, se alegraría cuando se fuese, pues ya no tendría que preocuparse por lo que ella sabía. Pero, al mismo tiempo, la echaría de menos.

—Has sido muy buena conmigo —dijo—. Gracias.

El viejo autobús de la isla apareció al pie de la colina resollando en una marcha corta. Redujo la velocidad para recogerlos, pero ellos le hicieron señas para que siguiera y observaron cómo pasaba de largo.

—Es lo mejor para mi padre —dijo Isla—. Dos bocas menos que alimentar.

Cal apuró el resto de la Coca-Cola sin gas.

—Ella se va a mudar a casa de mi madre. ¿Vendrás a almorzar algún día para desearle suerte?

El día empezó a apagarse y emprendieron el camino de vuelta.

Llegó la mañana de la mudanza. El dormitorio de la casa de Grace era tres veces más grande que la despensa, así que Ella insistió en

llevarse todas las cosas que guardaba en la casa y todo lo que había tenido que almacenar de su vida anterior en la cabaña. Tendrían que dar al menos dos viajes para trasladar todas sus pertenencias.

Pasaron la mañana cargando la furgoneta de las ovejas de Innes para llevarla hasta Pàrras, donde Grace y un puñado de vecinos la ayudarían con las cajas. Innes estaba siempre pegado a John, por lo que Cal nunca conseguía quedarse a solas con él. Estuvo ayudando a los hombres durante una hora más o menos y, luego, viendo que no iba a tener ocasión, utilizó la mano como excusa para retirarse y dejar que su padre e Innes se ocupasen del resto de la mudanza.

Entró en la despensa, se dejó caer sobre la cama de Ella y se quedó observando cómo su abuela envolvía algunos adornos en papel de periódico.

—¿Qué te pasa con Innes? ¿Habéis discutido?

—No. Nada.

—¿Y qué tal con Isla?

—No lo sé. Me siento culpable. —Se subió la mano bajo la camiseta y se la pasó por el vientre—. Siento que le he fallado.

Ella tenía un pelo en la barbilla que llevaba un rato incordiándola. Mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y se hurgaba la papada con las uñas, pensó en contarle la verdad sobre su abuelo. Pero ¿de qué serviría ya? ¿Qué sentido tenía arrebatárselo, condenarlo a vivir sabiendo que no era ni la mitad de hombre de lo que había sido el viejo Calum? Calum la había salvado justo a tiempo, pero el bebé de Isla ya estaba allí. Era demasiado tarde.

Dejó escapar un suspiro lleno de tristeza que hizo que Cal alzase la vista, preocupado. Los dedos de su abuela encontraron por fin el pelo que andaba buscando y se lo arrancó de un tirón.

Ella veía bastante la tele y hojeaba algunas revistas de moda de Grace, las suficientes para confiar en que los tiempos estaban cambiando a mejor, pero casi en el mismo instante en que lo pensaba, una voz dentro de su cabeza decía: «Puede ser, pero los hombres siempre han sido y serán unos hijos de perra».

Llamaron a la puerta. John estaba en el umbral mirando la estrecha habitación y fijándose en todos los detalles, como si fuese la primera vez que entraba en la parte trasera de su propia casa.

—Innes ya ha terminado de cargar. ¿Estás lista?

Ella soltó un suspiro nervioso. Señaló todas las cosas que le quedaban por guardar.

—Vete —dijo Cal—. Yo termino de empaquetar esto. Estará todo listo cuando volváis.

La ayudó a cargar las últimas cajas en la furgoneta. Su abuela llevaba una rebeca de color limón y un elegante vestido floral que había pedido por catálogo. Tenía unas sandalias nuevas, trenzadas, que le apretaban un poco los pies, y a Cal le vino la imagen de una empanada con demasiado relleno. Parecía una mujer nueva, robusta, con una salud de hierro, y Cal se lo dijo no sin cierta amargura.

Innes le quitó la última caja de los brazos sin mirarlo siquiera.

—¿Sabes si en casa de tu madre habrá alguien para ayudarnos?

—No —dijo Cal—. Pero puedo ir a echar una mano, si quieres.

—No tengo sitio. —Innes frunció el ceño ante aquella montaña de trastos—. Seguro que nos apañamos.

En las semanas que siguieron a la noche en que trepó a su dormitorio, Cal no había tenido ocasión de hablar con Innes. Lo había visto en el funeral y los domingos, en la iglesia. También se lo

encontraba a veces en la colina, pero siempre que se acercaba a él, Innes se escabullía. Una tarde, cuando pasaba junto al *croft* de los MacInnes, Innes se asomó a la ventana. Estaba mirando el cielo para ver si se mantendría despejado cuando vio a Cal parado en la carretera, observándolo desde abajo. Cal había pasado por allí al menos dos docenas de veces en las últimas semanas con la esperanza de encontrárselo. Quería saludarlo con la mano y hacerle señas para que saliera, pero antes de que le diese tiempo a hacer nada, Innes miró hacia otro lado y volvió a desaparecer entre las sombras.

Cal miró por encima del hombro para asegurarse de que estaban solos.

—Innes, lo siento muchísimo —susurró—. ¿Podemos hablar? ¿Puedes perdonarme?

Pero antes de que Innes pudiera responder, apareció John. Estaba enrollando un cable alrededor de la base de una lámpara.

—¿Queda sitio para esto?

Los Macleod observaron cómo Innes encontraba el último hueco libre para la lámpara. Cerró con suavidad las puertas de la furgoneta y todas las pertenencias de Ella temblaron un poco antes de asentarse de nuevo.

Isla llegó temprano para ayudar a Cal a preparar el almuerzo. Aparcó el cochecito y dejó al bebé durmiendo al aire fresco. Cal la dejó sola en la cocina mientras él salía a cortar cebollino del huerto de su abuela. Al volver por la puerta trasera, la vio un instante sola junto al fregadero, pálida como un hueso, con una expresión de vacío

absoluto en el rostro. Estado mirando por la ventana y Cal la había sorprendido justo en el momento en que Isla acababa de expulsar todo el aire de los pulmones y se preguntaba si merecía la pena volver a inhalar. Cuando ella lo vio en la puerta, se recompuso y le dedicó una sonrisa dulce.

Cal había comprado las navajas a un hombre que iba vendiéndolas de puerta en puerta. Aquellos moluscos tenían un aspecto desagradable, como lenguas blancas y viscosas de flema o, peor aún, penes desollados y sin sangre. Sabía que a Ella le encantaban: fritas con un poco de panceta sobre unas tostadas de mantequilla. Era la única de la casa a la que le gustaban las navajas y por eso no las comían casi nunca. Pero se suponía que aquel debía ser un día feliz, una última comida con su abuela antes de que se marchase a la costa oeste, y quería demostrarle lo bien que podrían arreglárselas sin ella.

Como tenía la mano vendada, le costaba abrir las conchas. Isla golpeó una contra la encimera y ambos se quedaron a la espera, como dos monos curiosos. Ninguno tenía la menor idea de cómo cocinar aquello. Intentaron freírlas en la sartén negra, pero las conchas seguían sin abrirse. A Cal se le ocurrió hervirlas unos segundos e Isla soltó un chillido de alegría cuando por fin se abrieron de golpe en un intento fútil por escapar de aquella muerte burbujeante y grasienta.

—Mi padre me ha dicho que echaste una mano en el barco.

—No estuvo tan mal —dijo Isla—. Un frío horroroso, pero era genial estar allí, sola en el mar.

—Pero sigues adelante con la idea de marcharte, ¿no?

—Sí —dijo ella sin demasiada convicción—. Sí.

Habían recogido la salicornia en el momento preciso. Estaba tierna, aún no tenía esa textura leñosa que adquiere con el avance de la estación. Isla picó la planta marina y Cal la frio en manteca.

Mientras untaban mantequilla en las tostadas, oyeron el gruñido de la furgoneta de Innes. La casa parecía haberse quedado sin alma. Todas las cosas que Cal pensaba que eran de sus padres, pertenecían en realidad a Ella. De su abuela solo quedarían pequeñas huellas de su ternura: las mantas que hacía para los cumpleaños, el cojín cilíndrico que cosió cuando John se cayó y se lastimó la espalda, los calcetines sin costuras que había tejido para las botas de invierno.

Se respiraba una sensación de cambio de régimen. El sentido práctico de su padre iba desplazando poco a poco el toque atento y considerado de su abuela. Odiaba aquel paquete de veinticuatro rollos de papel higiénico que ahora descansaba junto al váter. Odiaba el cajón pegajoso de los cubiertos que ahora estaba encima de la encimera de la cocina, donde probablemente permanecería hasta el fin de los tiempos.

Innes ayudó a Ella a entrar en la cocina. Su abuela fingió alegrarse de ver a Isla junto al fregadero, pero Cal se dio cuenta de que estaba molesta.

—¿Estás haciendo audiciones para sustituirme?

—Tú eres insustituible, abuela. —Cal se volvió hacia Innes e intentó sonar amistoso, despreocupado—. ¿Te quedas a comer? Mi padre volverá enseguida.

—No, gracias —dijo él—. Tengo que volverme ya. Mi padre está solo y querrá tomar el té. —Parecía agotado—. Eeeh…, supongo que

no te habrás enterado. Sorley se ha tomado el día libre. Se ha ido a Luskentyre con la enfermera intrépida.

—Espera, ¿qué? Pero si la vi hace unas semanas. —Cal levantó la mano vendada como prueba—. ¡Dijo que iba a pasar de él! ¡Que se volvía a Glasgow!

—Y, como estrategia, le ha salido estupendamente.

—Bien por la chica —dijo Ella con un fugaz «jeje» de satisfacción —. Entonces, ¿tendremos boda en invierno?

Innes hizo un gesto vacilante.

—Eeeh…, es difícil saberlo. Pero el pez ya ha mordido el anzuelo y ella lo está recogiendo poco a poco, despacito.

Innes se lavó las manos antes de marcharse y, una vez que se fue, los tres se sentaron a comer. Cal había preparado la mesa con especial esmero. Incluso había traído las sillas del cobertizo para poder sentarse unos frente a otros mientras comían.

Ella le preguntó a Isla por su madre, por su padre, por el bebé. La conversación fluía con facilidad e Isla le contó a Ella muchos detalles que ni siquiera se había molestado en contarle a Cal.

Cal se recostó en la silla. Le gustaba escuchar hablar a las mujeres. Ella tenía restos de mantequilla en la barbilla. Isla se echaba a reír de vez en cuando. Y en el centro de la mesa había flores que él no había cortado, en un jarrón que ni siquiera sabía que tenían.

Aquella misma mañana, John había visto a Innes y a Ella marcharse de Falabay. Tras esperar varios minutos, condujo hasta Pàrras y aparcó a cierta distancia de la casa de Grace. Observó cómo los

vecinos ayudaban a Innes a descargar las pertenencias de Ella. Había tres mujeres de la edad de Grace, todas con vaqueros azules, con ese aire tan continental, tan poco femenino. Formaron una cadena, Innes en un extremo y Grace en el otro. John permaneció sentado en el Land Rover viendo cómo su mujer y su amante se reían mientras se pasaban cajas de mano en mano.

Al final resultó ser uno de esos días extraños, lejos de las ovejas, que le hacían sentirse optimista respecto al futuro. Fue a Huisinish en coche y caminó luego por la playa desierta. Se quedó en ropa interior y se metió en el océano helado. El impacto del Atlántico fue como una sacudida revitalizante. Cuando salió de las olas, se sentía un hombre absuelto, rodeado por una luz blanca y brillante. Mientras se secaba con una camisa vieja, contempló maravillado el paisaje. Estaba convencido de que, si existía toda aquella belleza, no hacía falta un gran salto de fe para creer que también debía de existir el Cielo.

Cuando llegó a casa, oyó música proveniente de la cocina y supo que Cal estaba despidiéndose de su abuela. Apenas podía creer la suerte que tenía. Todo aquello estaba llegando a su fin. Por fin sería dueño de sí mismo, en su propia casa.

Innes regresó con la furgoneta un poco después. Mientras los hombres cargaban los últimos muebles, Ella se pasó una hora en la despensa ordenando el bolso. Vertía el contenido sobre el colchón desnudo y limpiaba cada objeto con un paño antes de volver a guardarlo. En cuanto terminaba de ordenarlo, le entraban ganas de vaciarlo y revisarlo otra vez.

Se puso el abrigo y salió a ver cómo iban los hombres. Al cruzar la mirada con John, le hizo una seña para que la siguiera, y él fue tras ella rodeando la casa hasta la orilla. John la ayudó a llegar hasta la caravana sepultada, y Ella se apoyó en el techo semienterrado. Él se sentó a su lado y ambos se quedaron un rato mirando el mar.

La tierra se precipitaba ante ellos unos seis metros hasta el océano. El cielo estaba sembrado de nubes algodonosas, pero aquí y allá se abrían algunos claros, y la luz descendía en diagonal entre las grietas del cielo, derramando urdimbres de sol dorado.

—¿Querías hablar? —preguntó John al cabo de un rato.

—Mira qué hermoso es todo esto. —Ella no parecía tener ninguna prisa. Sacó del bolsillo un bote de crema que él imaginó que sería uno de los ungüentos de Grace. La observó mientras se la extendía en las manos. El aire se llenó de olor a lilas—. Antes me encantaba cuando el aire olía a lilas. Iba por ahí olisqueando, tratando de averiguar quién habría plantado lilas para pedirle un esqueje. Nunca te perdonaré cuando me dijiste que no eran flores, sino alguna oveja muerta, hinchada, pudriéndose en alguna zanja… —Le ofreció un poco de crema de manos, pero John la rechazó—. Deberías venir conmigo cuando me vaya a Pàrras. ¿No crees que ya es hora? A Grace le haría muchísima ilusión verte. —Se quedó mirando el perfil de John: las cejas pesadas, la nariz rota y noble—. A Uilleam ya no le queda mucho tiempo. Cada vez que voy, parece que está peor, como ido.

John no había hablado con su hermano desde que este se fue a vivir con Grace. Las únicas veces que había visto a Uilleam habían sido en la cuidad, de pasada, o cuando se cruzaban en la carretera principal y se saludaban por cortesía antes de darse cuenta de quién

conducía el otro vehículo. Lo había visto unos años atrás, en la gasolinera. Estaba sentado en el coche mientras Grace llenaba el depósito. Uilleam tenía cincuenta y ocho años, pero parecía mucho mayor, y la forma en que su mandíbula empezaba a perder firmeza le recordó a su padre dormitando en el sillón entre una misa y otra. Debió de notar que John lo estaba observando, porque alzó la vista y lo miró, pero enseguida apartó la mirada, como si no tuviese ni idea de quién era.

Nunca habían estado especialmente unidos. Se llevaban doce años y Uilleam parecía más un tío que un hermano. Uilleam y su padre tenían una relación muy estrecha, pero cuando nació John, su padre ya era demasiado mayor para ocuparse de un niño pequeño y Uilleam llevaba mal que acaparase la atención de su padre. Aunque era algo muy sutil, siempre había cierta frialdad, cierta distancia en la manera en que lo trataban. Era como una corriente de aire que se colaba en una habitación, una corriente cuyo origen nadie lograba encontrar ni demostrar que existía.

Sentía que su hermano lo culpaba por haber nacido y por la muerte de su madre. Veía a John como un mal negocio sellado con Dios. Estaba seguro de que entre Grace y Uilleam no había habido nada, no hasta después de que Grace lo dejase por su aventura con Innes. Pero a menudo se preguntaba si no se habría acercado a su mujer motivado por el deseo de arrebatarle algo suyo, como venganza por lo que John le había arrebatado a él.

Ella volvió a meter la mano en el bolsillo y esta vez sacó un pequeño disco de plástico. Era negro y brillante y, desde donde estaba sentado John, parecía la tapa del objetivo de una cámara. Se lo tendió, pero él frunció el ceño, así que Ella accionó el cierre. El

estuche se abrió de golpe dejando a la vista una selección de sombras de ojos en tonos oscuros y dramáticos como negro gasolina, gris nube de tormenta o morado hematoma.

Se puso un poco de sombra en el dorso de la mano. La inclinó para que John pudiese apreciar el color. Tenía un matiz violáceo y mortecino, como carne cruda cubierta de ceniza. Era aquel color hígado que había detectado en sus pies el día en que le dijo que el corazón le estaba fallando.

—Me mentiste.

Ella torció el gesto.

—Aquí el experto en mentiras eres tú. Todos estos años viviendo en mi casa como un cuco amargado. —Se chupó el pulgar y se limpió la mancha de la mano—. ¿Cuándo vas a contarle lo tuyo con Innes? —La conversación avanzaba demasiado deprisa para él—. Tiene derecho a saberlo.

John bajó la vista hacia sus propias manos; vio las venas y la piel moteada, los lechos de las uñas inflamados y los nudillos llenos de grietas. Al verlas, se preguntó a quién pertenecían aquellas herramientas extrañas. Hubo un tiempo en que sí tenía claro quién era él.

Pensó en sí mismo de joven, cuando tenía quince años y se enamoró por primera vez. Entonces le había parecido posible amar tanto a Dios como a Innes y vivir una vida junto a aquel hombre, aunque fuese una vida incompleta y furtiva. No tenía forma de saber que harían falta tantas mentiras, ni que aquellas mentiras echarían raíces, necesitarían cuidados constantes, se volverían espinosas y se enredarían alrededor de sus seres queridos y que todos terminarían formando parte del mismo zarzal. Parecía una broma cruel que,

mientras él salaba la tierra a su paso, las mentiras fuesen el fruto más abundante que aquellas rocas hubiesen dado jamás.

Cerró los ojos e intentó encontrarse a sí mismo entre todo aquel ruido.

Amaba a Dios. Amaba a Innes. Amaba a Dios y Dios odiaba la manera en que él amaba a Innes.

—Si fueras Cal, ¿podrías perdonarme?

Ella sacó unas hebras tabaco de liar del bolsillo y las dejó caer sobre un papel.

—No lo hicimos por ti, John. Lo hicimos por él. Lo hicimos para que no tuviera que ser el niño del internado con un padre homosexual. Pero ahora ya es un hombre. Tiene la cabeza bien amueblada.

—Pero cuando ella se fue, la mentira se convirtió en algo peor. Ya no había manera de controlarla, Ella.

—Mi hija se fue para que pudieras estar con Innes. ¿O esperabas que se quedase aquí, mirando?

—¿Y si Cal llegara a enterarse?

—Estás insultando a mi hija. Cada año que pasas renunciando a tu propia felicidad, estás pisoteando el sacrificio que hizo.

—No puedes presentarte ante el Juicio Final y decir: «Sí, Señor, pequé, pero fui feliz».

Ella encendió el cigarrillo y le dio una calada larga hasta que prendió. Había estado racionando el tabaco, apartando dinero para dárselo a Innes, para el diésel. Aquel cigarrillo raquítico no le ofrecía ningún alivio. Al contrario, la irritaba.

—Pues que sepas que el otro día le pregunté a Cal si era maricón.

—¿Por qué le preguntaste eso?

—Tienes ojos en la cara igual que yo. Sabes perfectamente por qué. —Soltó un aro de humo—. Resulta que ha salido igualito al padre. Me mintió. Me dijo que no lo era.

—Pues ahí tienes la respuesta. No vuelvas a preguntárselo. Sea una cosa u otra, deja que se lo guarde para sí.

—Islas dentro de islas —murmuró—, dentro de islas, dentro de islas. —Volvió a coger el estuche de maquillaje y lo hizo girar entre los dedos—. Grace y yo siempre tuvimos nuestras sospechas. Pero como se llevaba tan bien con Isla… Y en fin, que aquello ya parecía una broma de mal gusto: venga, otro desviado en la familia. Era muy raro, muy raro. —Se le había dormido la pierna y empezó a golpeársela con los nudillos—. No era algo de lo que yo pudiera hablar contigo. ¿Cómo le dices a un hombre que se odia a sí mismo que su hijo está hecho a su imagen y semejanza? —Le apoyó la mano en la rodilla—. ¿Sabes lo duro que es vivir con un elefante en mitad de la habitación y que los desgraciados con los que vives finjan que no lo ven? Casi me volvéis loca entre los dos.

Él no quería saberlo. Hacía años que había decidido que no le preguntaría acerca de su sexualidad. Sacar el tema a la luz significaría iluminarlo, y aquello debía quedarse en la penumbra, que era donde pertenecía. Cal tenía la miopía de la juventud, le preocupaban cosas como la honestidad, la felicidad y el presente. El deber de un padre era pensar a largo plazo; su experiencia debía servir para evitarles el daño a sus hijos, aunque ellos no desearan otra cosa.

Estaba convencido de que Cal podría vivir una vida discreta, de que algún día se convertiría en un buen marido cristiano y en un padre cariñoso, teniendo, eso sí, algún que otro escarceo que le

permitiese satisfacer sus impulsos, pues tal era el modo en que los hombres como ellos lograban sobrevivir.

Ella continuó:

—Grace y yo esperábamos que, con un poco de distancia, Cal acabara descubriendo quién era. Pero me he pasado cuatro años sentada en ese salón todos los miércoles y los domingos por la noche escuchándoos hablar. Y notaba cómo la distancia entre vosotros se hacía cada vez más grande. Notaba cómo el chico se alejaba. —Miró pensativa hacia el estuche—. Y todo ha sido culpa tuya, John. Has alejado de mí a todas las personas que quiero.

—¿Todo tiene que ser culpa mía, no?

—Yo crie a ese chico. Para mí es como un hijo. —Ella cerró el estuche con un clic y volvió a guardárselo en el bolsillo—. Me costó horrores pintarme los pies. Ya no tengo la elasticidad que tenía antes.

—No tienes ni idea del daño que has causado.

—Yo solo quería verlo. Tenerlo en casa unas semanas. Unos meses, quizá.

Guardaron silencio un rato mientras observaban los claros de sol que se derramaban sobre el mar. Al cabo de un momento, Ella sacó un sobre del bolsillo. Alisó una arruga y se lo tendió.

Antes de abrirlo, John ya sabía lo que era. Llevaba el sello del administrador. Se trataba de una notificación en la que se informaba de un cambio en el registro oficial de *crofts*. No tuvo que leer mucho hasta dar con aquello que temía.

Ella había transferido el *croft* a nombre de Grace.

—Guárdatelo. Puedes seguir viviendo aquí. No tiene por qué cambiar nada. Puedes vivir en la casa y seguir con las ovejas. Es

solo una formalidad, para que no haya confusiones cuando me muera. El *croft* es tuyo hasta…, hasta… —Ella se detuvo y John se lo agradeció. Si hubiese dicho que podría quedarse hasta el día de su muerte, habría faltado a la verdad. Sabía que en algún momento alguno de los hijos de Grace podría querer hacerse cargo de las tierras. Tal vez necesitara un hogar para su propia familia, y ¿qué pasaría entonces?—.Nadie tiene por qué enterarse. No se lo diremos a los vecinos.

—¿Y si no acepto?

Ella lo miró con una compasión que a John le resultó insultante.

—No lo veas como un castigo.

—¿Y qué pasa si decido no quedarme? ¿Quién mantendrá el *croft*?

John percibió el titubeo de Ella. Estaba tan segura de que se quedaría, tan convencida de que estaba atrapado en sus costumbres, anclado al lecho de roca, de que podían hacer lo que quisieran y él no tendría más remedio que aceptarlo. Estaban seguros de que entregaría su vida a la subsistencia de todos ellos.

—Bueno, lo entendería. Cal tampoco quiere quedarse. Pero antes de que te fueras, me gustaría pedirte un favor: que le dieras una mano de pintura a todas las habitaciones. El cuarto de Cal podrías pintarlo de algún color así mono, azul huevo de pato, por ejemplo. Grace y yo le podemos hacer unas cortinas. Y comprarle una funda nueva al sofá.

—¿Para alquilárselo a los turistas?

—No, quita, quita, eso es un jaleo —dijo rápidamente—. No. Cuando lo hayas arreglado, me gustaría que hablaras con los miembros del consejo y que luego fueras a casa de los Macdonald y

le ofrecieras el *croft* a Isla. Significaría mucho más para ella si viniera de ti.

—¿Le darías a Isla la tierra por la que nos hemos dejado la vida?

Ella respiró hondo y dejó escapar un largo suspiro.

—Quizá ya va siendo hora de que pasemos página. He estado pensando en el viejo Calum y en qué hacer por el apellido Morrison. Él jamás habría permitido que una muchacha joven se viera en una situación así. Isla va a intentar criar a ese bebé lo mejor que pueda, y un poco de independencia podría cambiarle la vida. ¿Qué joven puede permitirse una casa aquí con tanto médico forrado comprándolo todo?

—¿Y qué pasa con tu nieto mayor? ¿Es que no piensas en él?

Ella miró a John con el ceño fruncido.

—Ya te lo he dicho, Cal no lo quiere. Y acabamos de enterrar a un muchacho de veintiún años que se ha pasado la vida encerrado en esta isla. Haciendo todo lo que su padre le pedía.

—Tuvo una buena vida. Y ahora Donnie perderá ese barco.

—Pues que se hunda —dijo ella—. ¡Atad a la pobre Sarah al mástil y que se lo trague el mar!

Entre ellos cayó un silencio pesado. Escucharon el mar golpeando la orilla.

—Su barco no tiene mástil.

John había visto a Isla unos días antes. Le impresionó verla recién parida trabajando en el barco de su padre, entrando a puerto con la marea. Su cuerpo menudo se perdía dentro de las botas de pescador de su hermano y tenía la cara roja de los azotes del frío. Pero por lo visto había aguantado bien el tipo: no se había mareado y había

logrado contener las ganas de mear todo el rato que pasaron faenando en el Minch. Donnie podría seguir pagando las cuotas.

—Le di dinero a Cal. Le dije que siguiera con su vida. —Le apretó el antebrazo a John—. No debes interferir en su decisión.

—¿Así que haces volver a mi hijo porque lo echabas de menos y luego lo mandas lejos cuando te hartas de él? ¿Quién eres tú para jugar a ser Dios?

En algún lugar, al otro lado de la casa, oyeron a Innes cerrar de un portazo la puerta de la furgoneta.

—Necesitaba estar completamente segura. Y ahora ya lo estoy. ¿Qué joven querría atarse a una casa vieja como esta? Mírala. Si se está cayendo a pedazos.

—¿Qué sentido tenía arreglarla? Si total, me lo ibas a quitar todo.

Ella volvió a estudiar el perfil de John y vio, por la rigidez de su mandíbula, que tal vez lo estaba diciendo en serio, que aquel hombre, pese a estar tan arraigado en aquel lugar, sería capaz de abandonarlo todo por orgullo, de marcharse sin más.

—No es más que papeleo, Johnnie. Ahora ya está todo claro. ¿De verdad que no quieres quedarte? —John la imaginó contándole aquella conversación a Grace. Seguro que se pasaban horas analizando, discutiendo, intentando descifrar lo que le pasaba por la cabeza a sus hombres, ese era el pasatiempo preferido de las mujeres. Imaginó (y paladeó) el momento en que Ella comprendería que una madre joven jamás podría ocuparse de aquella tierra indómita. Le gustaría ver cómo la realidad les caía encima como una losa cuando Isla intentase hacerse cargo de una casa que nadie quería, de una cabaña en ruinas y de un campo baldío. Ella estaba a punto de conseguir exactamente lo que quería, y pronto se daría

cuenta de lo equivocada que estaba. Le dio unas palmaditas a John en la rodilla y añadió—: También puedes verlo de otra manera. Como una oportunidad para empezar una vida nueva con Innes.

—Eso no es asunto tuyo.

—Bueno. Hagas lo que hagas, no te precipites. Te juro que ya ni te reconozco.

Ella le tendió la mano y John la ayudó a levantarse, no sin antes vencer el impulso de arrojarla al mar. Caminó a su lado medio aturdido mientras cruzaban el terreno pedregoso. Vieron a Innes esperando justo a la vuelta de la esquina. Estaba apoyado en la furgoneta mirando a Ishbel, la oveja guía, la cual le devolvía la mirada sin amedrentarse.

—Qué hombre tan encantador —dijo Ella con un suspiro melancólico—. A ver si lo traes un día a cenar. A Grace le encantaría. Siempre nos ha gustado más Innes que tú. Y Grace está encantada porque ha envejecido mejor que él, así que… —Se alisó la parte de atrás del pelo—. No paráis de salir en la radio, Johnnie. Y en la tele. Todo el tiempo oigo hablar de lo fabulosos que son los gais. Se referirán a otros, imagino, porque tú de fabuloso tienes poco.

Haciendo un esfuerzo enorme de contención, John se quedó rezagado. Al verla cojear hacia la casa, supo que se había quedado a gusto, satisfecha. Satisfecha de que su plan hubiese salido exactamente como quería. John sabía que, por mucho que ella lo negara, por mucho que sus propios motivos permaneciesen ocultos incluso para sí misma, Ella Morrison sentía que por fin había ajustado cuentas con él.

Entonces la oyó silbar el salmo 133. Había que ser muy hija de puta, pensó John, para escoger esa melodía: «Mirad cuán bueno y

cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía».

—Una última cosa —dijo John. Vio a Innes a lo lejos. Había sido un día muy largo, e Innes llevaba rato viendo cómo avanzaban a paso de tortuga. Al ver que John volvía a detenerse, alzó los brazos, impaciente. Ella se dio la vuelta. Estaba sonriendo. John la miró a los ojos, primero al bueno, y luego al que los años habían ido enturbiando poco a poco—. Isla no lo sabe. Y Cal tampoco, al menos, de momento. Pero deberías saber que Donnie vino a verme esta mañana. Me dijo que Cal le había dado a Isla todo ese dinero del que me has hablado. —Ella seguía sonriendo mientras entrecerraba los ojos, incrédula—. Parece que los dos estáis empeñados en ayudar a la chica. Me emocioné mucho al enterarme. Se ve que estáis cortados por el mismo patrón. Dos cristianos de los buenos.

—No te creo. Ese dinero era para él. Para que pudiera alejarse de ti.

John alzó las manos como si el mundo estuviera loco, como si él tampoco alcanzase a entender jamás las motivaciones de Cal.

—Cree lo que quieras, pero que sepas que le ha dado el dinero. Donnie me enseñó el sobre. Lo encontró en su habitación. Una vieja factura del gas con tu nombre escrito delante. —Ella dejó escapar un pequeño «oh». A John le daba igual que se desmayase—. Y que sepas que sabía lo de tu chanchullo con los fondos de la iglesia. Tu «colchoncito». Lo sé desde hace años. —Acercó los labios a su oído —. ¿Nunca se te ocurrió pensar que el reverendo McAllister podría hablar conmigo al ver que faltaba dinero? Uy, no sabes lo que le costó decírmelo. Le daba mucha vergüenza tener que preguntármelo de una forma tan directa. Pero quería saber si teníamos algún

problema en casa, cualquier cosa que estuviese afectando a nuestro compromiso con la iglesia. Yo puse lo que faltaba, por supuesto. Pero quiero que sepas que lo sabía. Siempre lo he sabido.

—¿Y qué más da?

John dio un paso atrás para saborear mejor el desconcierto en el rostro de Ella.

—También deberías saber que la asamblea ha aprobado la venta de la vieja iglesia.

—¿Qué?

—Por lo visto, una forastera pasó por allí en coche y vio el edificio. Les envió un… —Se frotó la yema del pulgar con los dedos mientras buscaba la palabra—: un correo electrónico. Les hizo una oferta tan generosa que no pudieron rechazarla. Dinero suficiente para garantizar la continuidad de varias casas de misión. Mira a tu alrededor. No hay niños. No hay esperanza de futuro. Y la fe se está resquebrajando. Quedan muy pocos que crean en la Palabra verdadera, y hay demasiados que quieren deformarla y adaptarla a sus propias debilidades, demasiados dispuestos a descafeinarla para atraer a los jóvenes. —John suspiró, derrotado—. Así que se la han vendido a una actriz del continente que sueña con ser alfarera. Va a transformar la iglesia en un taller para hacer platos, cuencos y Dios sabe qué más cosas que tú y yo jamás podríamos permitirnos. Por lo visto, encontró el lugar «deliciosamente austero». Esas fueron sus palabras exactas.

—No lo sabía.

—Ya —dijo él—. Nosotros tampoco. No querían molestarnos mientras estábamos de duelo.

—¿Molestarnos? Pero… —Ella se retorció las manos—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—La actriz quiere celebrar la Navidad aquí con sus amigos. Incluso ha preguntado si yo estaría dispuesto a dirigir un coro de salmos tradicionales para la inauguración. —Soltó una risa amarga, metió la mano en el bolsillo interior y sacó el sobre del administrador. Pasó el pulgar por el borde afilado—. Hay un error en este documento.

Ella parpadeó.

—¿Qué estás diciendo? No hay ningún error.

—Sí que lo hay. Pero no te preocupes, estás a tiempo de arreglarlo. —Le entregó la carta a Ella. Observó cómo la abría y entornaba los ojos para leerla—. Sé lo difícil que te ha resultado construir una vida aquí. Sé que nunca has conseguido echar raíces del todo, sentir que pertenecías a este lugar. Pero mucho me temo que todo el mundo acabará dándote la espalda, y no solo a ti, sino también a Grace y a sus hijos, si llega a saberse que has estado años robándole a una iglesia moribunda. —Cuando ella levantó la vista, John añadió—: Donnie ha visto un sobre lleno de dinero con tu nombre escrito en el anverso y, en fin, ya sabes que la gente es muy dada a inventarse historias. —John le dio unas palmaditas en el brazo al pasar junto a ella—. Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos en marcha? Innes estará loco por darse un baño.

Dejó a Ella mirando al mar con la carta del administrador en la mano, agitándose al viento.

John se dirigió hacia la furgoneta y le guiñó un ojo a Innes, que le devolvió una mirada ceñuda.

—*Te aprovechas de mi bondad, John.*

—*¿Y ahora te das cuenta?* —John le apoyó una mano en el hombro y se lo apretó con fuerza—. *Teníamos unos asuntos familiares pendientes. Pero ya está todo arreglado.*

—*Pareces sospechosamente contento*.

Los dos hombres se dieron media vuelta y observaron a Ella caminar hacia la casa. Parecía más insegura de lo habitual. Llegó a la puerta principal y tuvo que agarrarse al marco para subir el escalón y entrar al recibidor.

—*¿La ayudamos?*

—*No. Está bien* —dijo John—. *Todo esto le habrá afectado un poco*.

Esperaron hasta que Ella desapareció entre las sombras de la casa.

Entonces John dio un silbido e inclinó la cabeza para indicarle a Innes que lo siguiera, como si fuese un perro. Innes soltó una carcajada, pero ambos rodearon la furgoneta y fueron hasta el lado opuesto. En cuanto quedaron fuera de la vista, John agarró a Innes por la parte delantera del mono de trabajo y lo estampó contra el vehículo. Lo empujó con tanta fuerza que la Transit se balanceó sobre las ruedas.

Lo dio un beso apresurado. Innes se quedó mudo de la sorpresa.

—*Cuando termines de ayudarla con la mudanza, vamos a abrir una botella de algo fuerte.* —Arrimó la polla a la de Innes. Movió las caderas de un lado a otro y sintió cómo sus cuerpos se rozaban y chocaban entre sí—. *Luego podemos dar un paseo hasta los asfódelos. Vamos a celebrarlo.*

Innes recorrió la mandíbula de John con el lateral del pulgar.

—*¿Y qué es exactamente lo que vamos a celebrar?*

John lo besó una última vez antes de apartarse y limpiarse la boca.

—*He arreglado lo del arrendamiento*. —Estaba caminando en círculos, sonriendo con aire triunfal, así que no vio la reacción de Innes cuando añadió—: *Ella pensaba que se había salido con la suya, pero mira tú por donde, al final el* croft *será mío. Así que tú y yo podremos seguir exactamente como estábamos.*

FICHEAD'S A SIA/ VEINTISÉIS

Cal colgó el teléfono. Cuando entró en la sala alargada, su padre estaba poniendo unos cuencos de sopa sobre la mesa.

—¿Quién era?

Dudó un instante porque no se acordaba del verdadero nombre del Pompis y prefería no disgustar a su padre contándole la historia de cómo aquel joven había acabado con el culo en carne viva.

—Ah, un amigo de Doll, de Lewis. Su primo es el capataz de la nueva piscifactoría. Me ha conseguido un trabajo.

Cal vio un destello de desaprobación en la mirada de su padre, el orgullo del viejo isleño, esa vieja idea de que a los ojos de Dios era mejor ser pobre, pero libre. Llevó a la mesa la fuente de pan con mantequilla. John lo había dispuesto todo en su mejor bandeja, como si aquello pudiera dignificar un poco aquel almuerzo tan simple. Los hombres se sentaron uno frente al otro.

—He ahorrado un poco de dinero. No mucho. Pensaba ir a ver a Donnie. A ver si me vende la vieja cafetera de Doll. Podría darle una entrada y, si consigo el trabajo, ir pagándole cada semana hasta terminar de pagar el coche.

—Estás hasta arriba de deudas.

—Y sin un trabajo de verdad nunca voy a saldarlas. Flash no puede mantenerme más en la posada.

—Ese coche no va a arrancar en la vida.

—Me han asegurado que sí.

—Haría falta un milagro.

—O que por fin cambie mi suerte, no sé. —Cal dobló una rebanada de pan y la mojó en el caldo. No había visto las latas antes de que su padre las abriese y, al probar aquel líquido turbio, no sabía decir si era sopa de champiñones, de rabo de buey o de cualquier otra cosa—. A lo mejor le pido a Innes que le eche un vistazo. Se le dan bien los coches.

Levantó la vista justo en el instante en que su padre bajaba la suya.

—Deja a Innes tranquilo.

Cal volvió a probar la sopa.

—Papá, ¿esto qué es?

—Una lata de sopa escocesa y otra de *mulligatawny*. Son las únicas que quedaban.

Su padre no concebía la idea de que cada uno pudiese comer una sopa distinta.

John llevaba puesto el traje bueno. Había estado visitando a los feligreses y atendiendo a Licky McAllister, que había caído en una profunda tristeza espiritual. Varios de los fieles de mayor edad, al enterarse de la venta de la iglesia, se habían metido en la cama, derrotados y con el corazón roto.

—He visto a Donnie en el barco esta mañana —dijo John mientras echaba sal en la sopa—. Sarah ha intentado ahogarse otra vez.

Habían pasado casi siete semanas desde el funeral de Doll y su madre ya había intentado ahogarse en dos ocasiones. En mitad de la noche se había adentrado en el Minch y se había tragado toda el agua de mar que pudo. Por la mañana, Donnie la encontró junto a la

furgoneta, sentada en las rocas tan tranquila. Tosía y tenía arcadas, pero el «ahogamiento en tierra firme» no había acabado con ella y, a medida que avanzaba el día, empezó a enfurecerse por seguir viva. Donnie se había visto obligado a cerrar con llave cada vez que salía de casa. Sus hijas hicieron un cuadrante de turnos con lápices de colores para tener vigilada a su madre mientras él estaba en el barco.

—¿Quieres un consejo gratis? Puede que te entren ganas de convencer a Isla para que vuelva a la universidad o vea mundo y haga algo con su vida. Pero yo intentaría resistir el impulso. Es pecado creer que sabemos qué es lo mejor para los demás. —Cal pensó con cierta amargura que los mejores consejos solían darlos aquellos que más necesitaban aplicárselos a sí mismos—. Lo que ocurra en esa familia no nos incumbe. No nos corresponde intervenir. Ahora mismo necesitan a Isla en casa…, quizá no sea así siempre, pero ahora mismo sí.

—¿Y qué pasa con lo que ella necesita?

—Ella no tiene necesidades. Solo deseos.

—Era una alumna brillante…

John dejó escapar un murmullo, como si no estuviese de acuerdo.

—Pues que brille aquí. Que sea una luz para su familia. —Revolvió la sopa en busca de alguna hebra de carne—. Donnie dice que el bebé es el único consuelo que le queda a Sarah. ¿Quién eres tú para partirle el corazón a una abuela?

Se preguntó si su padre sabría algo del dinero de la iglesia, pero no había manera de comentárselo sin incriminar a su abuela. Si su padre tenía razón e Isla sentía el deber de quedarse, entonces había desperdiciado en cierto modo aquel dinero. Tendría que habérselo

quedado él y haber regresado al continente. Tal vez podría pedirle que se lo devolviera.

Cuando volvió a levantar la vista, su padre lo estaba observando.

—Estoy orgulloso de ti —dijo—. No lo dudaste ni un segundo. Te necesitábamos y viniste. —John arrancó un pedazo de pan y se lo dio al perro—. En las comuniones era cuando lo pasaba peor. Todo el mundo con sus familias. Y yo siempre solo. —John miró hacia la ventana. La luz del día lo iluminó sin ninguna sombra. Había algo austero en él: el traje negro sobre la camisa blanca, los listones del banco sobre la pared desnuda de yeso—. Si el silencio empieza a pesarte, intenta mantenerte ocupado. A mí me ayuda.

Su padre depositaba toda su fe en la penicilina presbiteriana. Daba igual cuál fuese el mal, solo existía una cura: trabajo y oración.

Cal recogió la mesa mientras John subía a cambiarse de ropa. Le dio el resto de los cuencos al perro y Tick los lamió con tanto esmero que Cal volvió a guardarlos en el armario sin lavarlos siquiera.

La fábrica les había enviado un patrón nuevo, así que siguió a su padre hasta el cobertizo para preparar la urdimbre. Tomaron los hilos y los pasaron por los lizos. Era un trabajo minucioso y delicado, cientos de hilos pasando por aberturas diminutas, y bastaba que uno se torciera o que se confundiesen de orden para tener que empezar de nuevo. Trabajaron hombro con hombro y en silencio, concentrados en el recuento. Cuando completaron una sección, John se incorporó y estiró la espalda.

—*Am fear dhan dàn a' chroich, cha tèid gu bràth a bhàthadh* —dijo—. Yo lo creo. ¿Y tú?

—No. Me niego a aceptar que no podamos hacer nada.

—El hombre destinado a ahogarse se ahogará. Y no hay nada que tú puedas hacer.

Mientras desenredaba los hilos, Cal pensó en lo mucho que odiaba aquella creencia, aquella resignación dócil al plan de Dios. Y todavía odiaba más la sabiduría popular de su abuela. Le sacaba de quicio cuando suspiraba y decía: «Lo que es para uno, tarde o temprano llega». Se preguntó por qué los escoceses nunca decían: «Y si no llega, levanta el puto culo y ve a por ello». O: «Si tu destino no te gusta, espabila y haz otro a tu medida». Aquella aceptación pasiva de todo lo que la vida quisiera echarte encima seguro que era herencia de los ingleses del sur. No podía ser de otra manera. Él no encontraba esperanza alguna en nada de eso. Y, sin embargo, allí estaba: atrapado, incapaz de seguir adelante, aceptándolo.

—Fui un mal amigo.

Cal miró los nudos que tenía entre las manos. Había demasiadas cosas que jamás podría contarle a su padre.

—Últimamente has sufrido muchas pérdidas. Muchas decepciones.

—Sí —dijo dejando escapar un pequeño suspiro.

Cuando pensaba en Doll o en Grace, en Innes o en Ella, le resultaba difícil no sentirse rechazado, no sentir que lo habían dejado de lado. Como si una sensación de fracaso se cerniese sobre él. Mirara donde mirase, pensara en quien pensase, todo le despertaba algún tipo de arrepentimiento.

No fue hasta que su padre puso una mano sobre la suya cuando se dio cuenta de que estaba temblando. Observó con pasividad cómo John le apartaba la urdimbre de las manos. Dejó los hilos a un lado para desenredarlos más tarde.

Su padre tenía razón: el aire fresco ayudaba. Estar fuera de casa, en el valle, trabajando la turba, le hacía sentirse mejor. Aquello lo alejaba un rato de sus pensamientos, porque en cuanto una idea empezaba a gestarse, una ráfaga de viento se levantaba y la arrancaba de cuajo.

Les había llevado dos días desbrozar el terreno, apartar el musgo y el brezo hasta llegar a la turba combustible de debajo. Su padre trabajaba a su lado, le cantaba al viento mientras cortaba la turba. Con el talón de la bota, John hundía la hoja del *tairsgear* en la turba expuesta, la cortaba como si fuese un bizcocho denso, y luego se apartaba un momento, apoyaba las manos entrelazadas sobre el mango de la herramienta, la barbilla sobre las manos y los ojos sobre la tierra de Dios. Cal desenterraba los bloques y los apartaba para que se secasen. La tierra era densa y resbaladiza como la arcilla del alfarero. En varias ocasiones, Cal se puso a trabajar en sentido contrario a las agujas del reloj, y su padre lo reprendió y le dijo que debía seguir siempre el sol si quería atraer la buena suerte.

—Déjame que levante yo los bloques —dijo su padre al cabo de un rato.

Pero Cal no lo dejó. Quería el trabajo más duro. Levantar los bloques era lo que marcaba el ritmo. No soportaba cortar y esperar de brazos cruzados, mirando y dándole vueltas a la cabeza.

No hablaron mucho más aquella tarde. Le habían quitado los puntos y la herida estaba prácticamente curada, pero, siguiendo las instrucciones de la enfermera, seguía usando un guante Marigold en la mano herida cada vez que trabajaba con mierda y barro.

Mientras Cal levantaba los bloques, John repasaba la lista de vecinos demasiado viejos o demasiado débiles para cortar su propia turba. Se asegurarían de que todos tuvieran sus reservas, de que nadie se quedara sin combustible en pleno invierno.

A última hora de la tarde, Cal estaba cubierto de mugre y la espalda le pedía a gritos un suelo duro sobre el que tumbarse. Pero el trabajo había hecho justo lo que su padre le había prometido. No le quedaban fuerzas para compadecerse de sí mismo.

—¿Tienes hambre? —preguntó John.

—Un poco. Y me vendría bien un baño.

John observó las nubes.

—Bueno, podemos seguir mañana. El cielo anda raro, pero todavía nos dará tregua para rato. —Cubrió las herramientas con una lona encerada. Luego humedeció una toalla con té frío y se limpió el barro de las manos—. Vamos a pasarnos por casa de los MacInnes —dijo—. Seguro que Innes se enfada porque hemos empezado sin él.

—¿Y arriesgarnos a que se apunte Sorley también?

John chasqueó la lengua. La camisa estaba empapada en sudor, así que se la quitó. Cal podía contar con una mano las veces que había visto el cuerpo de su padre, y rara vez lejos del agua. Los años de pastoreo le habían dejado en los antebrazos una marca parecida a una línea de marea y, si entornaba los ojos, parecía que llevase puestos unos guanteletes de cuero de Vachetta. Era como un hombre cosido a partir de otros hombres. Su rostro pertenecía casi a otra raza distinta de aquel cuerpo pálido y, ahora que podía observarlo bien, vio que uno de sus curtidos antebrazos estaba mucho más moreno que el otro.

John desplegó una camisa limpia de algodón fino y arrugado. Se la puso y empezó a abotonársela desde abajo. Cuando terminó, se dio cuenta de que Cal lo observaba con lágrimas en los ojos.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa ahora?

—Nada. Es solo que… —Últimamente le afectaba todo. Todo parecía una pérdida, un fracaso, una derrota. Se enjugó los ojos y, al hacerlo, se manchó la cara de barro fresco y empezó a llorar más si cabe—. Papá, no sé qué me pasa.

—No te pasa nada.

John le dio la espalda. Se puso a buscar entre los matorrales las cosas del almuerzo y las herramientas que les faltaban. Era obvio que lo había hecho para que Cal pudiese llorar en privado. Cuando por fin logró serenarse, John se enderezó y se dio la vuelta justo a tiempo.

—Vamos a ver a Innes —dijo—. Que nos eche la bronca por haber empezado sin él.

—Quizá debería volver andando a casa, papá. No me encuentro demasiado bien.

John se metió la camisa limpia dentro de la cinturilla del pantalón. Ahora que estaba abrochada, Cal vio un remiendo junto a los botones hecho a base de meticulosos pespuntes en cruz. Su padre llevaba la vieja camisa de cuadros de Innes, la misma con la que él había dormido en el continente, la misma que John le había arrancado del cuerpo.

—Bueno —dijo John levantando la bolsa del suelo—. Sea lo que sea lo que haya provocado este desencuentro entre vosotros, intenta arreglarlo. Por favor —repitió—. Por mí.

La luz del sol hacía relucir el mar como una lámina de estaño. Iban en el coche con todas las ventanillas bajadas.

John tarareaba un salmo mientras disfrutaba del buen tiempo. Cal observó a su padre con la camisa remendada y se preguntó si estaría al tanto de lo ocurrido entre él e Innes. Resultaba difícil leer su expresión. Pensó en todos aquellos años en que su padre había permanecido en el púlpito con el rostro más inescrutable del mundo, todos aquellos años de preocupaciones y escasez, de peleas en casa, y en cómo borraba cualquier indicio de inquietud del rostro en el mismo instante en que subía aquellos escalones.

Recordó la vez que lo llevó a un aparte para soltarle un sermón sobre los chismes. Le dijo no era necesario hablar tanto. Que comentar todo lo que uno veía era una forma femenina de incontinencia. Los hombres de verdad sabían cuándo guardar silencio.

Todos los domingos, John se plantaba ante los fieles y era capaz de ver con claridad cuándo estaban inquietos, cuándo dudaban, cuándo flaqueaba su fe. Pasaba las mañanas vigilando el rebaño y detectando cualquier enfermedad antes de que pudiera extenderse. Cal comprendió entonces que su padre debía de haber notado el modo en que él e Innes habían congeniado durante la época de los partos, cómo retomaban bromas que habían empezado en otro sitio, durante alguna conversación privada de la que él jamás había formado parte. Y seguro que se había dado cuenta de la distancia repentina que se abrió entre ellos, de cómo se acabaron las risas y las conversaciones triviales.

Y quizá le había preguntado a Innes por ello. Quizá le había preguntado qué había ocurrido para que pasaran tan bruscamente de ser vecinos a amigos, y de ser amigos a extraños. Y quizá Innes, que mentía fatal, le había dicho que ya no disfrutaba de la compañía de Cal, que el chico le parecía inmaduro y un poco egocéntrico.

Se detuvieron al llegar al *croft* de los MacInnes. La furgoneta de las ovejas no estaba allí, seguramente Innes había salido aprovechando que hacía buen tiempo, y John sugirió llamar a la puerta y preguntar cuándo volvería. Rodearon la casa zigzagueando entre piezas de coches y maquinaria agrícola. Sorley estaba en el jardín trasero vaciando un pilón lleno de agua de lluvia. Cuando vio a los hombres, soltó el recipiente y el suelo se inundó de agua podrida.

—Hasta Sísifo se echaría a llorar —dijo John.

—Hay que aprovechar el día y medio de sol que tenemos al año.

—¿Dónde está tu hermano? Creía que ya había dejado lo de las chapuzas a domicilio.

—Sí, sí. Lo ha dejado del todo. —Sorley frunció el ceño—. ¿No ha ido a verte?

—No. ¿Verme para qué?

Sorley se rascó la barbilla con el dorso de una mano. Era un gesto extrañamente elegante y amanerado que dejaba ver al poeta dandi que le gustaría ser.

—Qué raro. Ha ido a casa de todos los vecinos para despedirse. Ha estado con Flash y Shockie. Luego pasó un rato con Sarah y el bebé.

—¿Despidiéndose? ¿De qué estás hablando? ¿Adónde se ha ido?

Sorley se encogió de hombros con una indolencia irritante.

—No me lo ha dicho.

John miró a Cal con ojos suplicantes, como si de pronto estuviese en un país extranjero donde nadie entendía lo que decía.

Cal dio un paso adelante.

—¿Adónde ha ido?

—Solo sé lo que le contó a mi padre. Va a visitar algunos de los lugares desde los que respondieron a sus llamadas por radio. Seguro que has visto la carpeta esa que tiene llena de tarjetas. Le estuvo enseñando a mi padre todas las ciudades y le dijo que quería conocerlas antes de hacerse demasiado viejo. —Señaló el lugar donde solía estar aparcada la Transit, una mancha de aceite había ennegrecido las piedras—. Quitó el colchón de la cama y lo puso en la parte de atrás de la furgoneta. Empaquetó sus libros, algunos de los trastos esos de radioaficionado, compró un hornillo nuevo y, nada, se fue.

—¿Cuándo volverá?

Sorley hundió la mano en una jardinera y sacó una capa de verdín.

—Eso no lo sé. Pero me dio la impresión de que se iba para siempre. Les dijo a Shockie y a Flash que volvería pronto, pero porque no quería montar un drama, seguro.

Era evidente que a Sorley le encantaba tener público. Tenía la irritante costumbre de mantener el suspense hasta el final.

—No —dijo John con un apagado tono de rendición—. No. Él no haría algo así. No abandonaría a tu padre de esa manera. No ahora. No estando tan cerca del final.

—Hace años que mi padre ya no es él mismo. Mi hermano se ha despedido de él muchas veces.

Cal sintió que la sangre le abandonaba la cara. Se le ocurrió que Innes se había marchado por lo que él había hecho. Estaba convencido de que tarde o temprano su padre llegaría a la misma conclusión.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Cómo sabes que no volverá? —le preguntó.

Sorley dejó escapar un murmullo de satisfacción, como si por fin Cal hubiese hecho la pregunta correcta.

—Mi hermano me escribió una carta hace unas semanas. Me hizo una oferta. Me dijo que, si le daba algo de dinero, me cedería el arrendamiento, la casa y las ovejas. Así que fui a Stornoway y pedí un pequeño préstamo. Le metí el dinero por debajo de la puerta y, bueno, ahora… —Hizo un gesto hacia la parcela de los MacInnes—. Todo esto es mío.

—Él nunca renunciaría al *croft* tan fácilmente —dijo John, incapaz de creerlo.

Se sucedió un silencio incómodo antes de que Sorley dijera:

—Bueno, siento que la noticia os haya pillado por sorpresa. La verdad es que me extraña mucho que Innes no os lo haya contado. En fin, la cuestión es que voy a casarme con Anna-Marie. Y, si Dios quiere, criaremos aquí a nuestros hijos. —Miró hacia la casa—. Innes sabía que, a la larga, era lo mejor. ¿Qué iba a hacer un solterón aquí? Al final todo esto acabaría muriendo con él.

De pronto, John se dio media vuelta y regresó hacia la carretera. Cal vio el conflicto en su manera de andar, como si quisiera mantener la dignidad y echar a correr al mismo tiempo.

Mientras John escrutaba el horizonte, Sorley miró a Cal y le dedicó una mueca espantosa que dejaba claro lo incómodo que le resultaba

aquello. Lo miraba como si ambos estuviesen atrapados en una situación absurda, obligados a presenciar la reacción desproporcionada de John. Cal pensó en lo mucho que disfrutaría ayudando a su padre a moler a golpes a aquel hombre. En cómo se irían turnando para destrozarle a puñetazos aquella cara de suficiencia.

—La radio de Innes tenía un alcance de más de tres mil kilómetros. Clinkie Muir, Droop… Flange. —Sonrió—. Me acuerdo de esos sitios porque tenían nombres graciosos. Pero también mencionó Dungeness, Marsella, Le Havre. —Hizo un gesto hacia las enormes antenas de radio—. No sé adónde va porque creo que ni él mismo lo sabe. Pero imagino que irá hacia el sur, hasta Inglaterra, y luego quizá cruce hasta Róterdam. Tenemos unos primos por parte de mi madre en Gante. Cuarenta y seis años y acaba de solicitar su primer pasaporte. Me escribió una nota para preguntarme cómo se hacía y yo le escribí otra para explicárselo. —Sorley sacó la cartera. Rebuscó hasta encontrar una pequeña foto de pasaporte—. El viejo isleño sale al mundo.

John se acercó a grandes zancadas y le quitó la foto de las manos.

—¿Por qué tienes eso?

—Es mi hermano —dijo Sorley encogiéndose de hombros.

Innes llevaba una camisa blanca sobre un fondo blanco. El flash había borrado todo el color de su piel y hacía resaltar sus ojos verdes y profundos, un poco perdidos, un poco asustados. Parecía como desdibujado, como si perteneciese a otra época, un tiempo ya lejano.

Sorley acercó la mano para recuperarla, pero John apretó los dedos que sujetaban la foto.

—Sé lo que estás pensando, John. Pero la verdad es que yo no podría haber pedido más de un hermano. Me ha hecho un gran regalo. La oportunidad de construir una nueva vida.

Sorley hizo un gesto para que lo siguieran y los condujo a través de un sendero lleno de barro. Tras dejar atrás el redil, subieron unos escalones cubiertos de musgo; al fondo del jardín, oculto desde la carretera, había un cobertizo nuevo de trabajo.

—Oh… —El sonido se le escapó a John antes de poder contenerlo.

Sorley esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Es maravilloso, ¿verdad? —Se trataba de una sencilla construcción de madera, de una sola estancia, pintada de verde oscuro y coronada por un tejado de chapa ondulada. En el extremo más alejado sobresalía el tubo metálico de una estufa de leña. La fachada, orientada hacia la casa principal y el mar, estaba formada por una puerta corredera enorme que daba a una terraza de cedro donde había una mesa metálica y dos sillas plegables que miraban al amanecer. Un sendero conducía hasta una puerta roja, y sobre los alféizares de ambos lados descansaban macetas de capuchinas. A Cal le resultaba demasiado recargado. No tenía nada que ver con ninguno de los cobertizos del cabo, más bien parecía una casita de veraneo, un sitio que podrían alquilar a turistas—. Me daba miedo que estuviera construyendo una ermita para desterrarme allí. ¡Pero míralo! —Sorley sonreía radiante mientras los hacía pasar al interior —. Vaya regalo de boda.

Todo estaba pegado a las paredes, y el centro de la habitación permanecía vacío, como esperando algún mueble grande. Había dos sillones junto a la estufa, viejos y cómodos, llenos de flecos horribles y deshilachados. Bajo una de las ventanas había una especie de

diván hecho con palés y un colchón artesanal. Y al lado, un tocadiscos Pioneer y un montón de elepés. Cal se agachó y echó un vistazo a los vinilos, música tranquila en su mayoría, algo de pop cristiano, los Carpenters, The Mamas & the Papas y, encima de todos, un álbum de Nana Mouskouri con estándares de jazz. No había nada que le apeteciese pedir prestado. Cuando volvió la vista a la habitación, su padre estaba desplomado en uno de los sillones, como si se hubiera puesto enfermo de repente.

Sorley no se había dado cuenta y seguía parloteando:

—Será un lugar estupendo para que Anna-Marie haga sus proyectitos. Quiere probar con la tapicería.

Cuando volvió a mirar hacia su padre, este ya se había ido.

Cal salió a toda prisa y bajó corriendo por el sendero. Tras rodear la casa, vio que estaba atravesando la verja.

—¡Papá! ¡Espera! Llevas todo el día al sol. Bebe un poco de agua.

La mirada de John se perdía en la carretera que llevaba a su casa.

—He visto una borrega cuando veníamos. Estaba cojeando, seguro que mañana no puede ni tenerse en pie. Me da mala espina, podría ser podredumbre.

—Espera. Tenemos que hablar de Innes.

—¿Para qué? —John se dirigió hacia el Land Rover—. Venga, vamos. No nos queda mucha luz.

Avanzaron unos cuatrocientos metros por la carretera y, justo cuando la iglesia empezaba a asomar por el horizonte, encontraron al animal tumbado en la ladera. Atendieron a la borrega coja. Cal la sujetó entre las rodillas mientras John le sacaba un trozo de piedra de la pezuña y limpiaba el estiércol de la herida. Le recortaron la pezuña para que pudiese apoyarla de nuevo. Mientras estaban

manos a la obra, Cal observó a su padre, pero había recuperado su flema habitual y su expresión no dejaba traslucir nada de lo que estaba pensando. Cal siguió esperando a que dijese algo más.

Mientras limaba la queratina, John susurró algo al oído de la borrega que Cal no alcanzó a entender del todo, aunque creyó oír: «Estamos tan cerca…», y supuso que quería decirle que faltaba poco y que dejase de forcejear, pero entonces John añadió, y de eso Cal sí estaba seguro: «tan cerca del cielo».

Estaban sujetando al animal entre los dos, y quizá fue aquella proximidad, o tal vez el hecho de que apenas tuviese que murmurar las palabras y, por tanto, podría negarlas después, lo que hizo que John se atreviese a decir:

—¿Qué puedo hacer? Todos los ferris han zarpado ya. Y no sé si se ha ido al norte o al sur.

—Y si lo supieras, ¿irías a buscarlo?

—Sí —susurró—. Sí.

Cal soltó a la borrega. El animal salió brincando sobre sus pezuñas recién arregladas.

John seguía arrodillado. Se secó la cara con el dorso de la mano. Las viejas tijeras de cascos tenían un aspecto tan brutal, y estaban tan cerca de sus ojos, que Cal se las quitó de las manos.

John dejó escapar un sollozo que sobresaltó a ambos. Sonó como si algo se hubiese desgarrado dentro de él y, mientras trataba de contener el llanto, empezó a emitir una serie de jadeos entrecortados. Parecía que le costaba respirar, era como si aquel sollozo le hubiese arrebatado la vida del cuerpo. Entonces soltó un alarido de dolor.

Cal no recordaba haber visto jamás a su padre llorar por su madre.

Así no era como los hombres lloraban por sus amigos.

Apartó la mirada para ahorrarle la vergüenza. No sabía cómo consolarlo, se limitó a quedarse junto a él. Se puso a limpiar con calma las tijeras en la tela del pantalón, que acabó manchado de sangre y mierda. Después comprobó el muelle. Necesitaban aceite.

Mientras esperaba, comprendió que aquella verdad llevaba enterrada dentro de él desde siempre. En aquel momento, mientras su padre lloraba, empezó a tirar de la red y la verdad emergió desde las profundidades, apareció ante él, extendida como una nasa llena de criaturas horribles.

Su padre amaba a Innes e Innes había amado a su padre.

De aquella verdad se habían originado el resto de los problemas de sus vidas.

Sintió el peso de las viejas tijeras en la mano.

Alguien llamó a su padre por su nombre. John apartó la vista de la voz, mientras Cal, medio aturdido, se volvía hacia ella. Sorley avanzaba por la carretera con paso despreocupado agitando un cartoncito como si hubiese ganado la lotería.

—Le he comentado a mi padre que habías venido de visita. Y entonces me habló de esto. Has tenido suerte de que se haya acordado, la verdad… —Golpeó con suavidad la tarjeta QSL verde menta—. La tenía encima de la repisa de la chimenea con instrucciones de entregártela. Pero, claro, nadie se molestó en decírmelo.

Cal obedeció el impulso de interponerse entre ellos y proteger a su padre de aquel hombre. A su espalda oyó las rodillas de John crujir

mientras se ponía en pie. Luego lo oyó sorber por la nariz mientras intentaba recomponerse. Cal tomó la tarjeta de manos de Sorley. Llevaba el código de la isla de Skye y, al dorso, con la letra pulcra de Innes, decía: PORTREE, JUEVES 16 DE JULIO, 20.00 HORAS.

La fecha era hoy. Faltaban menos de dos horas.

John le quitó la tarjeta sin mirarlo a los ojos, como si Cal fuese un ser despreciable. Mientras la examinaba, Cal vio que Sorley estaba observando a su padre —la cara surcada de lágrimas, la mandíbula agarrotada—, y parecía disfrutar con aquella visión. Un brillo de certeza iluminó sus ojos, como si justo en ese instante hubiese llegado a las mismas conclusiones que Cal.

—¿Eso es todo, Sorley?

Cal sabía que quería quedarse rondando por allí, descubrir qué había hecho llorar al gran diácono, pero Cal le sostuvo la mirada con calma y dejó que la sonrisa desapareciese poco a poco de su rostro hasta que a Sorley no le quedó otra que regresar a su casa. Tardó una eternidad en subir la carretera, se detenía de vez en cuando para recoger algún trasto inútil de la cuneta.

Cuando estuvo seguro de que volvían a estar solos, se acercó a su padre y vio que ya se había recompuesto. Tenía la mirada clavada en el mar.

—Así que al final se ha ido a Uig.

—Eso parece.

—No hay barcos hasta mañana.

—No. Pero quería que supieras dónde estaba. Supongo que quiere verte.

John dobló la tarjeta. Cal vio que ya estaba preparándose para encarar la pérdida, endureciéndose de nuevo frente al mundo.

La locura de los minutos anteriores ya había desaparecido y, ahora que John había recuperado el control, se aferraría a él hasta el día de su muerte. Cal sabía que su padre no daría ni un solo paso en el camino hacia la verdad, que no había forma de enfrentarlo a sus mentiras, de obligarlo a desarmarse por dentro. Había pasado toda su vida ocultando aquella verdad y las conversaciones que necesitaban mantener requerirían una vida entera: años —quizá décadas— de alusiones indirectas, furtivas, solo para descubrir que su padre seguiría anclado a las mismas ideas. Fuera lo que fuese lo que les aguardaba, sabía que continuarían mintiéndose el uno al otro.

—Podrías pedirle a Donnie que te lleve en el barco. —Cal se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros. Sacó el poco dinero que tenía —. Con esto debería haber bastante para el combustible.

John chasqueó la lengua.

—¿Qué…? ¿Llamar a su puerta y pedirle que haga un viaje de ida y vuelta de… cuánto… seis horas? ¿Y para qué? ¿Por qué iba yo a ir detrás de Innes?

—Solo intento ayudar.

—¿Y qué esperas que le diga a Donnie?

Su padre le arrebató las tijeras de las manos. Echó a andar tras un grupo de ovejas que merodeaban algo más arriba y Cal no tuvo más remedio que recoger la bolsa de las herramientas y seguirlo.

—Ahí fuera hay un mundo lleno de perversiones. Pecados de toda clase. —Cal no estaba muy seguro de qué decir a continuación—: Pobre Innes. No debe de estar en sus cabales. Seguro que ha tenido una crisis de fe. ¡Eso es! Primero cierran la iglesia. ¡Y luego su hermano le roba la herencia! —Por fin alcanzó a su padre y añadió

—: Sorley es un manipulador, papá. Se ha aprovechado de la situación. ¡Ha echado a Innes de su propia casa! —John miraba de reojo a Cal con esa incredulidad a medio camino entre el horror y la sorpresa con la que se contempla a un mentiroso que improvisa sobre la marcha. Y, en efecto, Cal estaba tejiendo mentiras para su padre, observándolo como un niño aterrorizado ante la posibilidad de que lo descubriesen—. ¡Es una puta vergüenza!

—Sí —dijo John débilmente—. Tienes razón.

—Vamos. No es nada propio de Innes largarse así sin más. Jamás le daría la espalda a Falabay. Estaremos perdidos sin él —dijo con algo más de aplomo. Mientras caminaban, Cal le puso la mano en el hombro y se dio cuenta de que había encontrado la coartada, la excusa cristiana, la posibilidad de que su padre siguiera a su amante sin poner en riesgo su reputación—. Alguien tiene que ir y ver cómo está, ¿qué clase de comunidad seríamos si no? Es perfectamente normal que estés preocupado. Eso es todo lo que tienes que decir. Donnie lo entenderá. Por el amor de Dios. Piensa en la pobre Sarah, en todo lo que ha tenido que pasar.

Cal vio cómo un destello de inspiración surcaba el rostro de su padre.

—«Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarría una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado?» —dijo John al recordar un pasaje del Evangelio de Mateo.

—¡Exacto!

Pronto llegarían a la cima y podrían divisar la isla de Skye. Cal intentó calcular cuánto tardaría el barco de Donnie en cruzar el Minch, pero no tenía ni idea de cómo se desenvolvían aquellas

embarcaciones familiares en aguas más profundas. En ferri serían unas pocas horas.

—¿Crees que debería ir a buscarlo y traerlo de vuelta? —preguntó John.

—¿De vuelta a qué casa? ¿A esa casa? —Cal señaló hacia la parcela de los MacInnes—. No, papá. Innes necesita tu ayuda. Primero escucha cuáles son sus planes. Luego confía en Dios y ve con él.

—¿Confiar en Dios?

—Sí. No hace falta que te ausentes mucho tiempo. Pero podría ser una buena oportunidad para hacer alguna labor misionera. Esa gente… No sabes lo alejada que está de Dios. Podrías visitar otras parroquias. Fortalecer vínculos. Traernos de vuelta algo de su luz. Nos hace muchísima falta. —Cal estaba exagerando de más, y se dio cuenta de que, si insistía demasiado, su padre volvería a cerrarse en banda—. Yo puedo ocuparme del *croft* mientras tanto. Al menos durante una temporada. Puedo hacerlo.

—¿Y si él no quiere volver?

—Esta es la prueba que te ha sido dada. Recuérdale las bondades de este lugar. —Señaló con la cabeza hacia la casa de los MacInnes —. Pero no volverá si tiene que vivir ahí. Sería humillante. Tú, mejor que nadie, lo entiendes.

—Sí. Lo sería.

—Entonces debería vivir contigo.

—¿Te has vuelto loco?

Cal soltó una carcajada mientras atravesaban una hondonada. Quizá podría argumentar que, precisamente en aquel instante, acababa de recuperar la cordura.

—Innes debería quedarse en mi habitación. Os saldría más barato a los dos. Yo tengo que volver al continente, papá. Ya que me he sacado una carrera, debería hacer algo con ella. Y para eso necesito que Innes viva contigo en la casa. Me quedaría más tranquilo sabiendo que hay alguien pendiente de ti. Ya no eres tan joven, seguro que ya mismo empiezas a tener achaques. Y cocinas de pena. —Le sujetó la nuca como si él fuese el padre, y John el hijo—. Así que ve con él. Habla con Donnie. Seguro que te ayuda.

Llevó a su padre hasta la casa de los Macdonald. Se detuvieron junto al *croft* y apagó el motor. La conmoción estaba dejando paso a la amargura. Una costra fina empezaba a formarse sobre aquella ira amarga, y Cal se dijo a sí mismo que no debía rascarla todavía.

Mientras su padre recogía sus cosas, Cal contempló sus propias manos sobre el volante. Se rio para sí al darse cuenta de que seguía llevando puesto el guante Marigold. Se lo arrancó con un chasquido húmedo. Los dedos agradecieron el airecito.

—Tu *mamaidh*… —empezó a decir John.

—¿Sí? ¿Qué pasa con ella?

John negó con la cabeza.

—Pórtate bien con ella.

Con el motor apagado, Tick asomó la cabeza hacia la parte delantera del coche para ver cuál era la siguiente tarea. Luego, el perro dio un bostezo y el espacio entre ellos se llenó de su aliento a pescado.

—¿Puedes perdonarme? Por…

John había comenzado una frase que no sabía cómo terminar, una disculpa de la que no lograba siquiera trazar el contorno. Hizo un gesto vago con la mano, como diciendo: «Por todo, por esta vida».

Cal miró el reloj. Marcaba las 19.05 horas.

—Vas a llegar tarde —dijo—. Ya hablaremos de eso en otro momento.

Sujetó al perro por el collar mientras su padre se bajaba del Land Rover.

Le dijo adiós con la mano mientras John avanzaba vacilante por el sendero, dándose la vuelta una y otra vez en busca de la aprobación de Cal, como un niño en su primer día de colegio. Se quedaría esperando hasta que su padre llamase a la puerta y los Macdonald lo hicieran pasar. Ya en el último escalón, John se detuvo, se pasó una mano por el pelo y volvió a girarse para dedicarle una última mirada. Cal levantó el pulgar. John llamó a la puerta y, unos segundos después, esta se abrió e Isla apareció en el porche.

Habían quedado en volver a encontrarse en la rampa del embarcadero media hora más tarde, así que Cal salió disparado hacia la casa y, tras entrar a toda velocidad por la puerta trasera, subió las escaleras con un puñado de bolsas de basura en la mano.

Estaba fuera de sí, exultante y destrozado al mismo tiempo. Daba vueltas por la casa intentando acallar sus propios sentimientos heridos, intentando no pensar en su padre y en Innes juntos, y al mismo tiempo imaginándoselos a los dos con total claridad. Le asaltó la duda de si seguirían follando, y luego se preguntó cómo serían

sus polvos, y luego trató de apartar aquellos pensamientos al notar que empezaba a excitarse.

Empezó a meter la ropa de su padre en las bolsas de basura, a lo loco, las camisas finas, la ropa interior amarillenta. Entró en el baño y barrió con el brazo un estante repleto de productos de aseo sin comprobar siquiera a quién pertenecían.

Intentó imaginarse a su padre durmiendo en la parte trasera de una Transit y se estremeció ante la imagen. John se quejaría del suelo frío, de las caderas entumecidas, de la humillación de tener que salir de la furgoneta en el aparcamiento de un supermercado después de haber pasado allí la noche. Odiaría tener que ir al baño de una cafetería, odiaría lavarse en ríos helados. Había visto lo mucho que aterraba a su padre lo desconocido y, pese a que lo animaba a seguir adelante con el plan, seguía teniendo el impulso de protegerlo.

No le costaría mucho desalentarlo, y Cal coqueteó con la fantasía egoísta de ocupar el lugar de su padre. Se imaginó yendo a buscar a Innes, viajando con él por Europa. Quizá, con el tiempo, Innes llegaría a quererlo un poco.

Se imaginó aparcando en la linde de un bosque espeso, abriendo las puertas de la furgoneta al amanecer lluvioso. Se imaginó en sus brazos mientras los árboles exhalaban e inundaban el vehículo de aquel aliento verde y húmedo.

Encontró el traje de su padre colgado detrás de la puerta. Siempre ofrecía un aspecto impecable cuando lo llevaba, pero Cal vio cómo la tela empezaba a desgastarse por algunas zonas, el brillo de la lana bajo los brazos. John debía de haberse mantenido muy erguido para que nadie de la congregación lo advirtiese.

Mientras metía la ropa en las bolsas, procuraba hacer todo el ruido posible para no pensar en la casa vacía. Trató de consolarse imaginando las reuniones que podría organizar allí. El asado que le prepararía a su *mamaidh*, en cómo la seguiría de una habitación a otra escuchando sus historias, como si fuese una exiliada que hubiera regresado a su patria. Les prepararía alubias y tostadas de mantequilla a Isla y Anna-Marie, y se quedarían despiertos hasta tarde, cotilleando y escuchando música. Podría invitar también al Pompis. Le prepararía un pollo al curri y, cuando el vino barato les hubiese ennegrecido los dientes, le diría que era demasiado peligroso conducir y le ofrecería una cama para pasar la noche.

Fue hasta la ventana y contempló el mar. El viento erizaba las olas. La marea jugaría en su contra. El reloj sobre la repisa marcaba las 19.17 horas.

Su padre llegaría con muchas horas de retraso. Jamás alcanzaría Portree a tiempo.

Empezó a preocuparse. Sentía que había empujado a su padre a hacer aquello sabiendo que la tarea era imposible y que, cuando llegara a Portree y descubriera que Innes ya se había marchado, se sentiría tan avergonzado de su propia ingenuidad que cargaría a Cal con toda la culpa.

No conocía a nadie que viviese en Skye, pero creía recordar haber visto el número de una tienda local garabateado en los márgenes de la guía telefónica. Su abuela sospechaba que Beady les cobraba de más, así que recopilaba los números de las tiendas de las islas más apartadas. Varias veces al año llamaba a los colmados de Portree, Lochmaddy y Castlebay y volvía locas a las dependientas preguntándoles el precio de los alimentos.

Pasó las páginas de la guía y encontró el número de una tienda de Portree junto a una larga tabla de precios que Ella había ido anotando durante años. Cogió el teléfono y, sin saber muy bien qué pretendía hacer, marcó el número.

El teléfono sonó durante un rato, pero justo cuando empezaba a temer que la tienda estuviese ya cerrada, una mujer respondió y se disculpó por haberlo hecho esperar.

Cal le pidió que mirase por la ventana y le dijera si había una furgoneta Transit aparcada cerca del muelle. Ella se rio y dijo que sí, que de hecho había tres o cuatro furgonetas. Entonces le preguntó si veía a un hombre rondando por allí, un hombre alto, de ojos verdes y tristes, y la mujer volvió a reírse y le dijo que sí, que, de hecho, había estado hacía poco en la tienda comprando leche.

—¿Necesita algo más?

—Sí —dijo Cal—. Me preguntaba si podría salir y darle un mensaje a ese hombre. Dígale que espere un poco más. Que John viene en el barco de Donnie. Y dígale también que, por mucho que John proteste o le pida que vuelva a casa, no debe ceder. ¿Está claro? Dígale que ahora él es el carnero guía… Él lo entenderá.

La mujer soltó un pequeño jadeo. Dijo que lo intentaría, aunque le explicó que, aunque Portree no fuera muy grande, no podía prometerle que encontrara al hombre.

Cal le dio las gracias y dejó el auricular sobre la horquilla.

Se quedó junto a la mesita del teléfono, desconcertado, como en un estado de parálisis. Tenía que ir al embarcadero, pero la cabeza le iba a mil por hora mientras trataba de poner sus pensamientos en orden. No había un solo recuerdo de su vida que no se hubiese visto alterado por lo que acababa de descubrir sobre su padre. Cada

nueva pregunta traía consigo una reinterpretación repentina. Todas las cosas que jamás habían tenido sentido quedaban por fin aclaradas. Todos aquellos actos que había tachado de crueles adquirían un nuevo significado.

El tintineo apagado de una campanilla de hojalata lo arrancó de sus cavilaciones. Ishbel dobló la esquina del pasillo y Cal se dio cuenta de que había dejado abierta la puerta trasera. La oveja avanzaba con un andar lento e insolente. Iba rozando la pared, humedeciéndola con su lana apelmazada.

—No te he oído llamar —dijo Cal.

Ishbel hizo rechinar sus encías desdentadas. Miraba alrededor con indiferencia, como si los cambios en aquella casa vieja no le causaran la más mínima sorpresa.

Cal se frotó los párpados. Echó un último vistazo para comprobar si se había olvidado algo. Se preguntó si debía cogerle el abrigo grueso. Tal vez podría prepararle un termo de té para el viaje. También se preguntó si sería buena idea sacar algunas Biblias de la caja que había bajo la escalera. Decidió que sí, aunque solo fuera para mantener en pie la ilusión de rectitud de su padre.

Parpadeó y vio que la oveja guía estaba observándolo. Miró aquellos ojos rasgados y, aunque sabía que era absurdo —que él no era más que un hombre vacío en una casa vacía—, alargó la mano y le acarició el hocico encanecido.

—¿Puedes llevarle un mensaje a mi abuela? —dijo, avergonzado, y dejó escapar una risita—. ¿Puedes pedirle que vuelva?

AGRADECIMIENTOS

Llegué a las Hébridas Occidentales en 2019, en mitad de aquel periodo largo y angustioso previo a la publicación de mi primera novela. Apenas conocía a un puñado de isleños, pero, cuando me marché unos meses después, dejé atrás a cientos de personas a las que tengo la suerte de poder llamar «amigos». Mientras recorría el archipiélago desde Vatersay hasta Lewis, fui recibido en todas partes con una hospitalidad y generosidad inmensas. Fue durante este viaje cuando empecé a escribir lo que acabaría convirtiéndose en los primeros esbozos de esta novela, y no puedo por menos que estar agradecido a todos aquellos que dedicaron parte de su tiempo a hablar conmigo. Pero esta es una obra de ficción, no un trabajo etnográfico. Falabay existe únicamente en la imaginación y, como tal, todos los personajes, sus mentiras y sus flaquezas, nacen únicamente de mí.

Permítanme empezar dando las gracias a estos nuevos amigos de Vatersay, Castlebay, Allasdale, Eoligarry, Tarbert, Quidinish, Uig, Bragar, Ness, Shawbost, Carloway, Scalpay y Stornoway. Gracias a mi querida amiga Margaret Ann Macleod por su infinita paciencia con mis larguísimos correos electrónicos, y a Lorna MacAulay, de la Harris Tweed Authority, por enseñarme las reglas para que luego yo pudiese torcerlas a mi antojo. Estoy profundamente agradecido a todos los tejedores domésticos que me abrieron sus talleres y me

enseñaron sus métodos de trabajo y la belleza de su oficio. Quisiera hacer una mención especial a Sheila Mary Carruthers y al tristemente fallecido Hamish Carruthers, que despertó en mí un amor por el arte de tejer que me acompañará toda la vida. Se te echa muchísimo de menos.

Estoy profundamente agradecido al equipo de An Lanntair: Roddy Murray y Jon Macleod. *Tapadh leibh* a la maravillosa comunidad de Bragar, y especialmente a Euan Macleod por arrojar luz sobre la etimología gaélica, así como a Alison Laing, de Gaelic Books, y a Michel Byrne por ayudarme a comprender la gramática y la ortografía de una lengua antigua, viva y en permanente cambio. He hecho lo posible por representar de forma auténtica el gaélico de mis personajes y de su mundo, pero es importante señalar que, en los diálogos en cursiva, he evitado las traducciones literales en favor de la naturalidad y la fuerza expresiva.

Quiero expresar mi agradecimiento al reverendo Paul Murray, a Donnie MacDonald y al reverendo Mark E. Johnstone por su ayuda en cuestiones de fe. He de dar también las gracias a Mary Morrison, Coinneach MacLeod, Cathy McLennan, Iain MacLeod, Anne Campbell, Malcolm Campbell y Mhairi Law por todo lo que me enseñaron sobre la historia de las islas. Estoy especialmente agradecido a Iain MacLennan (Clendy), que en paz descanse, por todas las risas y por haberme descubierto el maravilloso mundo de la radioafición. Gracias a Kevin MacNeil, Donald Macleod, K. Patrick, Donald S. Murray e Iain MacLeod por la inspiración que hallé en sus escritos. Y, por último, aunque desde luego no menos importante, *mòran taing* a Moira y David Amos, a John y Mary Macleod, y a Beka y Nikolai Globe por su amistad y hospitalidad. Y, por supuesto, le

debo más de un whisky a Tina Pohlman, Clive Smith y Valentina Castellani.

Detrás de una novela hay siempre una pequeña comunidad de personas con talento, así que no puedo dejar de dar las gracias a mi agente, Anna Stein, y a mi editor, Peter Blackstock, por creer siempre en mí y no presionarme jamás. Gracias a Morgan Entrekin, Deb Seager, Fraser Crichton, Anne Rieley y a todo el equipo de Grove Atlantic. También a Lucy Luck, Claire Nozieres, Blythe Zadrozny, Katie Kennaway y Zoe Willis. Quisiera expresar también mi más profundo agradecimiento a la increíble familia de Picador UK, especialmente a la maravillosa Mary Mount, Rosie Shackles, Elle Gibbons, James Taylor, Rory O'Brien y a la incomparable Camilla Elworthy. Y gracias, como siempre, a mis grandes apoyos en el extranjero: Cathrine Bakke Bolin, Merete Borre, Daniel Sandström, Susanne van Leeuwen, Valentine Gay, Lina Muzur, Julia Graf, Leena Balme, Chiara Scaglioni, Albert Puigdueta y Ravi Mirchandani.

Nada de esto habría sido posible sin el apoyo de mi marido, Michael Cary, cuyo apuesto rostro amortigua, aunque solo sea un poquito, la ferocidad de sus críticas. *Tapadh leat, a ghràidh*.

Regresa Douglas Stuart, ganador del Premio Booker 2020, con una novela impresionante.

Seleccionada en el club de lectura de Oprah Winfrey «Ha tejido con brillantez una historia compleja, cautivadora e íntima».
Oprah Winfrey

«La obra literaria más lograda de Stuart hasta la fecha».
The Observer

«*John, hijo de John* posee el alcance emocional y la empatía de sus libros anteriores, pero esta novela es especial: tiene urgencia, inmediatez, un deslumbrante sentido del lugar y el dramatismo de una emoción feroz, reprimida, oculta y volcánicamente expuesta».
Colm Tóibín



Sin dinero y con una formación artística que de poco le ha servido, John-Calum Macleod toma el ferry de vuelta a Harris, la isla donde nació, para descubrir que nada ha cambiado. Salvo él. En la desolada granja familiar donde creció, Cal retoma su antigua vida entre los dos polos que marcaron su infancia: su padre, John, pastor de ovejas, tejedor y puntal de la iglesia presbiteriana local, y su abuela materna, Ella, que durante décadas ha mantenido con su yerno una paz precaria.

Mientras Cal se pregunta si habrá otros hombres solitarios en las laderas yermas de su hogar, John contempla con desasosiego el pelo largo de su hijo y su aparente resistencia a ser salvado. Con el paso de las estaciones, todo empieza a cambiar: los hilos que sostienen esa frágil comunidad están a punto de romperse.

Después de *Historia de Shuggie Bain* (premio Booker 2020) y *Un lugar para Mungo*, regresa uno de los novelistas británicos más destacados con la conmovedora historia de una fractura familiar en una aislada comunidad rural escocesa.

La crítica ha dicho:

«Íntima y, a la vez, de alcance épico, contiene a partes iguales drama pastoral, relato de fractura familiar, historia de amor e indagación en distintas formas de soledad».
Yagnishsing Dawoor, *The Guardian*

«Poderosa y sorprendente [ ]. Una nueva novela conmovedora, cargada de suspense y que merece absolutamente la pena leer [ ]. *John, hijo de John* es como un cartucho de dinamita a punto de estallar en las manos del lector».
Mark Harris, *The New York Times Book Review*

«Douglas Stuart ha tejido con brillantez una historia compleja, cautivadora e íntima sobre la identidad, el significado de la pertenencia y el valor necesario para reivindicar la propia verdad».
Oprah Winfrey

«Una narrativa vigorosa, de técnica impecable. Su mejor obra hasta la fecha […]. La prosa de Stuart es espléndida y la construcción de la trama, magistral […]. *John, hijo de John* es uno de los triunfos literarios de 2026».
Hamilton Cain, *The Boston Globe*

«Con su don para crear personajes y escenarios de una especificidad vibrante, Stuart vuelve a tocar una profunda verdad humana».

Kirkus Reviews

«Pocos novelistas contemporáneos escriben una prosa tan vívida, generosa y rotunda».
The Sunday Times

«Narrada con una prosa hermosa y meditada, capaz de transportar a los lectores a vidas y lugares que jamás conocerán».
Financial Times

«Un impactante relato queer de formación».
People

Douglas Stuart (Glasgow, 1976) se graduó en el Royal College of Art en Glasgow. Más tarde se trasladó a Nueva York, donde empezó su carrera como diseñador de moda. Su primera novela, *Historia de Shuggie Bain*, ganó el premio Booker y fue doblemente premiada en los British Book Awards como mejor libro del año y mejor debut del año. También, entre otros muchos premios, fue finalista del National Book Award en la categoría de ficción, y ha sido traducida a treinta y ocho idiomas. Su segunda novela, *Un lugar para Mungo*, alcanzó el n.º1 en la lista de los más vendidos en *The Sunday Times*. Stuart ha publicado sus relatos en *The New Yorker*, y su ensayo *Poverty, Anxiety, and Gender in Scottish Working-Class Literature en LitHub*. Actualmente vive entre Nueva York y Glasgow.



Titulo original: *John of John*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Douglas Stuart
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Francisco González López, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Paul Duke

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-397-4649-2

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Traducción de José Luis López Muñoz, Alianza Editorial, Madrid, 2014.

[2] Douglas Stuart marca con cursiva los diálogos que, aunque escritos en inglés, son pronunciados en gaélico por los personajes. Esta convención se ha mantenido en la presente traducción. *(N. del T.)*

[3] Todas las citas bíblicas incluidas en esta traducción proceden de *La Santa Biblia*, versión Reina-Valera, revisión de 1960, Sociedades Bíblicas Unidas, Nueva York, 1960. *(N. del T.)*

Índice

John, hijo de John

A H-Aon / Uno

A Dhà / Dos

A Trì / Tres

A Ceithir / Cuatro

A Còig / Cinco

A Sia / Seis

A Seachd / Siete

A H-Ochd / Ocho

A Naoi / Nueve

A Deich / Diez

Aon-Deug / Once

Dhà-Dheug / Doce

Trì-Deug / TRece

Ceithir-Deug / Catorce

Còig-Deug / Quince

Sia-Deug / Dieciséis

Seachd-Deug / Diecisiete

Ochd-Deug / Dieciocho

Naoi-Deug / Diecinueve

Fichead / Veinte

Fichead’s A H-Aon / Veintiuno

Fichead’s A Dhà / Veintidós

Fichead’s A-Trì / Veintitrés

Fichead’s A Ceithir / Veinticuatro

Fichead’s A Còig / Veinticinco

Fichead’s A Sia/ Veintiséis

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Douglas Stuart

Créditos

Notas